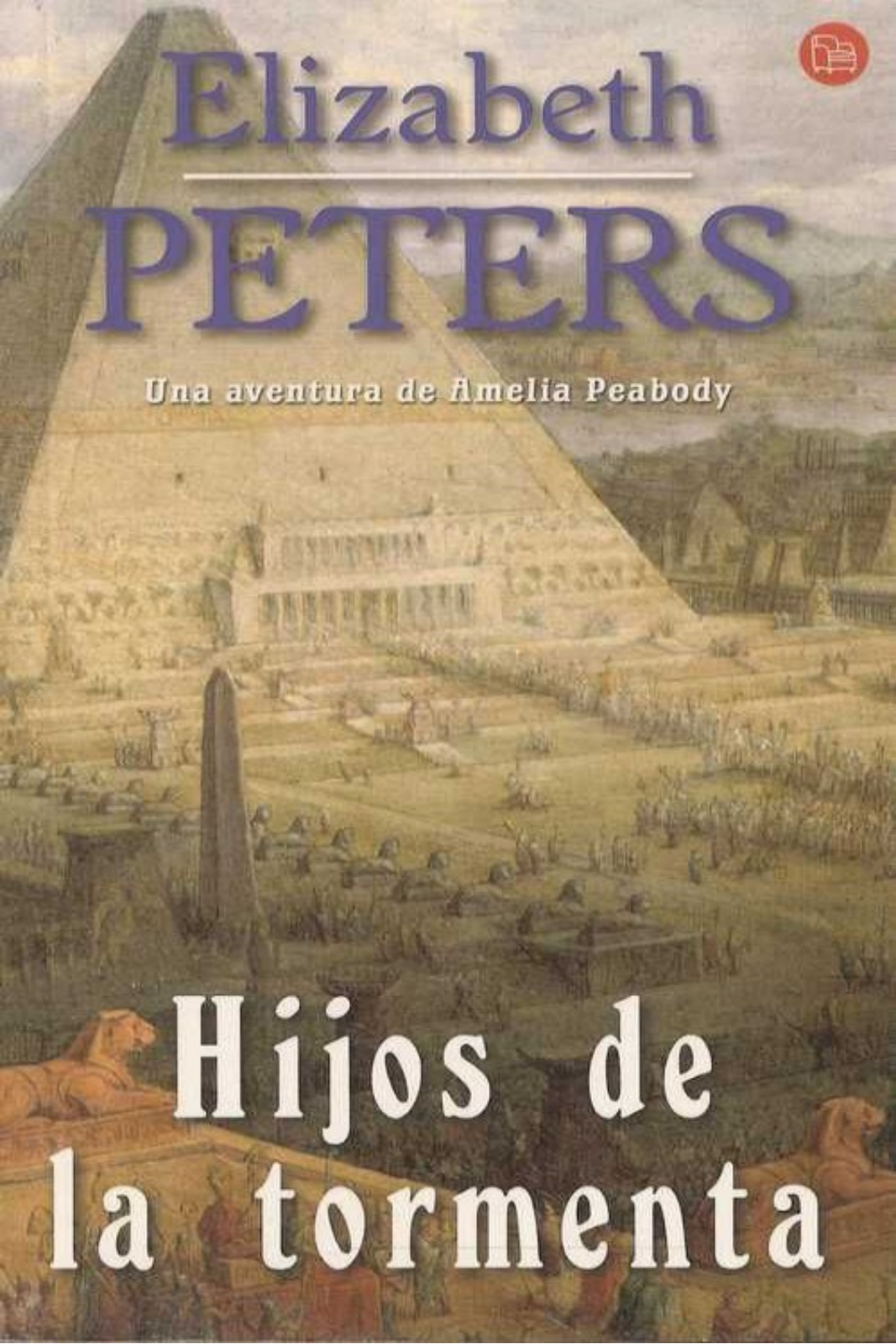
Elizabeth
PETERS
Una aventura de Amelia Peabody
Hijos de la tormenta

# Elizabeth Peters
# Hijos de la tormenta

# Nº 15 Serie Amelia Peabody

*A Joan Hess Pax Ovinica*
*El día de los hijos de la tempestad. Muy peligroso. No entrar en el agua ese día.*
*Fragmento de un antiguo horóscopo egipcio .*

# Argumento

Por fin ha terminado la guerra. Amelia Peabody y su esposo, el eminente egiptólogo Emerson, ya pueden respirar tranquilos, pues su hijo, Ramsés, se ha liberado de sus obligaciones para el servicio de Inglaterra británico. La llegada de una época de paz y alegría marca el inicio de un nuevo período en la vida de los Emerson, son el aumento de la familia y todas las fascinantes maravillas por descubrir bajo las cambiantes arenas egipcias.

# Agradecimientos

Me siento profundamente en deuda con el Benson Ford Research Center del Museo Henry Ford, en Greenfield Village, y con la archivista Carol Whittaker por haberme procurado información detallada sobre el uso del Ford Patrulla tanto en el curso de la campaña palestina, durante la I Guerra Mundial, como también posteriormente. La descripción de Emerson de este sorprendente vehículo no exageraba en modo alguno sus posibilidades.

Quisiera asimismo manifestar mi agradecimiento a los serviciales amigos que leyeron todo el manuscrito y me hicieron sugerencias sobre el mismo: Dr. W. Raymond Johnson, director de Investigación Epigráfica de la Universidad de Chicago; Dennis Forbes, director de KMT: una Revista Moderna sobre el Antiguo Egipto; George B. Johnson, director de proyectos especiales de KMT y, como siempre, mi inestimable ayudante, Kristen Whitbread. Me considero completamente responsable de los posibles errores que pueda seguir habiendo en el texto a pesar de su ayuda.

# Prefacio

La editora recuerda que el presente libro corresponde al volumen número quince de los diarios ya publicados de Mrs. Amelia P. Emerson. Cuando solicitó a Mrs. Emerson que preparara los mismos para su publicación, era ya consciente de que se iba a tratar de una empresa formidable, como de hecho ha sido. El descubrimiento de ulteriores documentos pertenecientes a su marido, incluyendo el, en cierto modo irregular, diario de su hijo (Manuscrito H), complicó la tarea aún más si cabe. A pesar de las lagunas existentes en los diarios debidas a la pérdida de algunos de ellos, se trata de una sorprendente saga familiar que abarca tres generaciones, una guerra mundial y treinta y cinco años de turbulenta historia.

Tal como diría Amelia, era inevitable que una segunda generación siguiera a la primera. Walter Emerson y su mujer se retiraron a la finca familiar que ésta tenía en Yorkshire, donde él pudo proseguir con sus estudios sobre lenguas antiguas. Ambos tuvieron seis hijos (uno de los cuales murió siendo todavía un niño): Radcliffe Júnior, Margaret, Amelia Júnior (quien insistió en que se la llamara Lía para evitar confusiones con su tía), y dos gemelos, Johnny y Willy. Johnny murió en Francia, mientras servía a su país en el curso de la I Guerra Mundial.

Por razones que Mrs. Emerson se niega a discutir (y considero que está en su derecho a hacerlo), los Emerson de mayor edad sólo tuvieron un hijo, un niño llamado Walter Peabody Emerson pero conocido sobre todo como Ramsés, apodo que le atribuyó su padre por ser «tan moreno como un egipcio y tan arrogante como un faraón». Su madre diría (como de hecho hace a menudo) que

cualquier mujer tendría más que suficiente con un hijo como él. Pero lo cierto es que, a pesar de haber sido un niño precoz, prolijo y pedante, y de haber sobrevivido por los pelos a un buen número de terroríficas aventuras, con el pasar del tiempo llegó a convertirse en un joven con todas las cualidades que una madre pueda desear.

Ambas familias aumentaron ulteriormente por medio de la adopción o el matrimonio. En el transcurso de un viaje a un oasis desconocido del Desierto Occidental, Amelia y Emerson (quien prefiere este último al nombre de Radcliffe) conocieron a una muchachita inglesa, Nefret Forth, y, tras adoptarla, se la llevaron de vuelta a Inglaterra donde ella y Ramsés crecieron como si fueran hermanos. Puede que ésta fuera la razón de que a Nefret le costara algo de tiempo comprender que sus sentimientos hacia él eran considerablemente más cálidos que los que se suelen experimentar por un hermano. (Ramsés fue mucho más rápido en darse cuenta.) Tras un buen número de malentendidos, angustia y frustración (sobre todo por parte de Ramsés), ambos acabaron casándose y -tal como veremos en el presente volumen- dieron lugar a la tercera generación de Emerson.

El otro hijo adoptivo fue David Todros, un joven artista egipcio lleno de talento que trabajaba en condiciones de semiesclavitud para un falsificador de antigüedades cuando los Emerson lo encontraron y lo liberaron. Nieto del rais o capataz egipcio de la familia, Abdullah (de quien se hablará más adelante), David no sólo llegó a convertirse en el hermano de sangre de Ramsés, sino también en su primo tras contraer matrimonio con Lía Emerson. Lía y David añadieron a la tercera generación una niña llamada Evelyn, como su abuela materna, y un niño llamado Ab-dullah, en recuerdo de su abuelo paterno.

Los Emerson apenas se relacionaban con la familia de Amelia Peabody, un grupo nada atrayente del que salió uno de los peores canallas con los que se tuvieron que enfrentar en el curso de sus aventuras. La única cosa buena que hizo Percy en su vida fue tener una hija, Sennia, que fue posteriormente adoptada por los Emerson, llegando a ganarse por completo su afecto. En compensación, Amelia consideraba al grupo de egipcios emparentados con su rais Abdullah como su segunda familia. Los innumerables parientes de Abdullah trabajaban para los Emerson tanto en las excavaciones

como en su casa y algunos de ellos llegaron a convertirse en amigos entrañables de la familia. Entre los mismos cabe citar a: Selim, el hijo menor de Abdullah, quien ocupó el puesto de rais tras la heroica muerte de su padre; Daoud, el sobrino de Abdullah, conocido por su inmensa fuerza, su talante amistoso y su pasión por el chismorreo; Fátima, la nuera de Abdullah, indispensable ama de llaves de los Emerson; Kadija, mujer de Daoud, creadora de un ungüento verde de milagrosos efectos; y, por supuesto, David Todros.

Según Amelia, a los egipcios les encantan los apodos. Y, por lo visto, también a los Emerson. A Ramsés y a Lía se les llama principalmente por su nombre; Amelia, a su vez, se siente halagada cuando la gente se dirige a ella llamándola Sitt Hakim, señora doctora, aunque le gusta asimismo que su marido use su nombre de soltera, Peabody, como demostración de igualdad y afecto. Emerson detesta su nombre y prefiere que se dirijan a él por su apellido o por su apodo egipcio, Padre de las Maldiciones; seudónimo que, según afirma Amelia, se ganó a pulso a pesar de todos los esfuerzos que hizo ella por corregirle la fea costumbre de soltar palabrotas. Muchos egipcios llamaban a Nefret Nur Misur, Luz de Egipto. El apodo de su marido, Hermano de los Demonios, resultaba algo menos encantador, aunque se tratara realmente de un cumplido por su habilidad para disfrazarse y por su dominio de los idiomas.

Otro de los miembros de la familia tenía también un sinfín de seudónimos. La primera vez que Amelia y Emerson se encontraron con Sethos, el Maestro del Crimen, o bien el Maestro, lo consideraron un enemigo peligrosísimo: cabeza visible del comercio ilegal de antigüedades de Egipto y Oriente Próximo y, por si fuera poco, rival de Emerson por el afecto de Amelia. Descubrir que se trataba del hermano ilegítimo de Emerson fue un auténtico shock para ellos (la editora tiene que reconocer que para ella también). Durante la I Guerra Mundial, Sethos redimió sus culpas sirviendo como agente secreto británico, trabajo para el que estaba particularmente dotado teniendo en cuenta su habilidad para disfrazarse y sus conocimientos sobre Oriente Próximo. Ramsés, cuyos talentos no le iban a la zaga, fue también reclutado por los Servicios Secretos y tomó parte en varias misiones de alto riesgo en Egipto y Oriente Próximo. Su mejor amigo, David, colaboró con él

en una de ellas; la editora sospecha que podría haber estado involucrado en, al menos, una más pero, desgraciadamente, los diarios correspondientes a estos años todavía no han sido hallados. Para sorpresa de todos, excepto de Amelia (quien reclama, además, el mérito de su conversión), Sethos llegó a convertirse con el tiempo en un buen amigo y en uno de los pilares de la familia.

Y ahora, mis queridos lectores, la Gran Guerra acaba de finalizar y la familia está a punto de reunirse de nuevo. ¡La saga continúa!

# Capítulo 1

El sol, color carmesí, descendía lentamente sobre las cimas de las montañas de Tebas. Otro espléndido anochecer egipcio ardía en el horizonte, incendiando el cielo.

Aunque lo cierto es que yo no podía contemplarlo, ya que en ese preciso momento me encontraba mirando justo hacia el este. Pero como había visto ya una infinidad de puestas de sol, mi magnífica imaginación me supo procurar, sin dificultad alguna, una imagen adecuada de la escena. A medida que el cielo de Luxor se oscurecía, las sombras de los barrotes que cubrían puertas y ventanas se iban alargando y desdibujando, semejantes a las rayas de la piel de tigre, sobre las dos formas acuclilladas en el suelo. Una de ellas dijo:

- Spoceeva.

- Ruso -murmuró Ramsés, escribiendo apresuradamente algo sobre su cuaderno de notas-. Ayer era arameo. Anteayer parecía…

- Un puro galimatías -dijo su mujer.

- No -insistió Ramsés-. Tiene que tener un significado. Usan las palabras esenciales de una docena de idiomas, y es evidente que se entienden entre ellos. ¿Lo ves? Está asintiendo. Se levantan. Van… -Su voz se elevó-. ¡Dejad en paz al gato!

El Gran Gato de Ra se estiró sobre el respaldo del sofá que había detrás de Ramsés, se incorporó sin perder tiempo y saltó sobre su cabeza, desde donde volvió a saltar de nuevo sobre un estante. Ramsés hizo a un lado su cuaderno y miró con severidad a las dos figuras que tenía de pie frente a él.

- Die Katze istganz verboten. Kedi, hay ir. Em nedjeroo pa meeoo.

El Gran Gato de Ra gruñó en señal de acuerdo. Cuando lo

recogimos era apenas un pequeño gatito de aspecto miserable, pero Sennia había insistido en ponerle ese nombre altisonante y, para mi sorpresa, el animal había crecido haciendo honor a él. Su aspecto era algo distinto al del resto de nuestros gatos: tenía el pelo largo y gris, con manchas negras, y su cola se abría formando un enorme penacho. Con obstinación típicamente felina insistía siempre en hacernos compañía durante la hora del té, a pesar de que sabía que debía mantener las distancias para eludir a sus jóvenes admiradores quienes, en ese preciso momento, prorrumpieron en un melodioso parloteo de protesta, aunque también es posible que sólo estuvieran tratando de justificarse.

- Querido, limitémonos a un solo idioma, ¿te parece bien? -dijo Nefret.

A pesar de su sonrisa, tuve la impresión de que su voz estaba algo alterada

- Si sigues dirigiéndote a ellos en egipcio antiguo o en anglosajón no van a aprender nunca a hablar.

- Ya saben hacerlo -dijo Ramsés en voz alta, tratando de hacerse oír por encima de las voces de los pequeños-. El lenguaje humano reconocible, sin embargo…

- Decid papá -les sugirió Nefret dulcemente, inclinándose hacia delante-. Decídselo a mamá.

- Bap -dijo uno de ellos, cuyos ojos tenían la misma tonalidad azul aciano.

- Menudos diablillos -dijo Ramsés mientras la niña se subía a su rodilla y apoyaba la cabeza en su pecho.

En un principio pensé que lo único que pretendía era acercarse al gato, pero lo cierto es que resultó conmovedor ver cómo se estrechaba contra su padre. Eran dos criaturas muy afectuosas, a quienes les gustaba dar besos y abrazos, sobre todo entre ellos.

- Tienen ya más de dos años -prosiguió Ramsés, acariciando los rizos negros de la pequeña-. Yo ya hablaba claramente a esa edad, ¿verdad, madre?

- Por Dios, sí -dije, con una sonrisa un tanto forzada. Si he de ser franca, cosa que trato siempre de hacer en las páginas de mi diario, temía el momento en que los gemelos empezaran a hablar. Una vez que Ramsés empezó a hacerlo, no se detuvo nunca, excepto para comer o dormir, durante más de quince años, y la prolijidad y

pedantería de su modo de expresarse conseguían sacarme de quicio. La idea de que no sólo uno, sino dos niños pudieran seguir los pasos de su padre me ponía los pelos de punta.

Haciendo gala de mi habitual optimismo, me dije a mí misma que no había razón alguna que hiciera prever un desastre semejante. Puede que los pequeños salieran a su madre, o a mí.

- No todos los niños aprenden las cosas al mismo tiempo -traté de explicarle a mi hijo-. Y los gemelos, según dicen los expertos, empiezan a veces a hablar algo más tarde, dado que pueden comunicarse entre ellos muy pronto.

- Y porque consiguen todo lo que quieren sin necesidad de pedirlo -refunfuñó Ramsés. A pesar de que se negaban a hablarlo, los niños, obviamente, entendían el inglés; la pequeña levantó su cabeza y parpadeó coquetamente, haciendo aletear sus largas pestañas. Su padre hizo aletear entonces las suyas, a modo de respuesta. Charla soltó una risita y le dio un abrazo.

Elegir los nombres adecuados para los gemelos nos había llevado meses. Y digo «nos» porque no me pareció que hubiera ninguna razón para dejar de proponer uno o dos. (Considero que no hay nada malo en hacer sugerencias, siempre y cuando las personas a las que van dirigidas no estén obligadas a aceptarlas.) No me di cuenta de que Nefret esperaba gemelos hasta el final de su embarazo pero, dado que habíamos elegido ya un nombre de chico y otro de chica, no hubo mayor problema. Todos estuvimos de acuerdo en que si era niño tenía que llamarse David John; nadie se opuso al deseo de Ramsés de llamar a su hijo como su primo y mejor amigo, que había muerto en Francia en 1915.

El nombre para la niña no fue tan fácil de encontrar. Emerson afirmó (sin malicia, estoy segura) que con dos Amelias en la familia (nuestra sobrina y una servidora) teníamos más que suficiente. Con alguna duda que otra, me permití recordarles entonces que mi madre se llamaba Charlotte; Nefret se mostró de acuerdo, lo que me produjo una pequeña satisfacción de la que, sin embargo, no di muestras.

- Es un nombre muy bonito y nada extravagante -dijo.

- A diferencia del de Nefret -replicó su marido.

- O Ramsés. -Tras dejar escapar una risita, le acarició la mejilla-. Aunque no veo de qué otro modo te podrías llamar.

Charla, tal como acabamos llamándola, tenía el mismo pelo negro y rizado de su padre y sus mismos ojos oscuros. Su hermano Davy, que en ese momento se encontraba subido a la rodilla de su madre, era rubio y tenía unos ojos azules idénticos a los de aquélla, aunque con una nariz y una barbilla tan prominentes como las de su padre. No se parecían en nada, excepto en la altura y en la excentricidad lingüística. Davy era algo más tranquilo que su hermana pero tenía una habilidad poco menos que sobrenatural para desaparecer de un lugar y materializarse a continuación en otro situado a una cierta distancia. Tanto es así que nos habíamos visto obligados a poner barrotes en todas las habitaciones que solíamos frecuentar, incluida la galería -donde en ese momento estábamos sentados esperando a que Fátima nos sirviera el té- después de que se produjera el siguiente incidente: en una ocasión, al mirar más allá de la arcada, había visto a Davy -quien diez segundos antes se encontraba robando tranquilamente unas galletas- persiguiendo a uno de los feroces perros callejeros del pueblo, mientras le gritaba algo que podía muy bien significar, o no, «perro» en un idioma completamente incomprensible. El animal en cuestión corría lo más deprisa que podía.

Nuestra casa en Luxor era un lugar con pocas pretensiones pero en continua y desordenada expansión, construido con piedras y ladrillos de adobe, y rodeado de una flora a la que yo había dedicado todos mis cuidados. Su estructura era semejante a la de la mayoría de las casas egipcias y estaba compuesta por una serie de patios rodeados de habitaciones; el único elemento inusual era la galería que había en su parte delantera. Una arcada abierta permitía contemplar (antes de que nacieran los gemelos) la franja verde de cultivos que bordeaba el río, más allá del desierto, con las montañas orientales al fondo. Apoca distancia de ella se encontraba la pequeña casa que ocupaban Ramsés y Nefret con sus hijos. Su disposición era, cuando menos, fortuita, ya que a ella se habían ido añadiendo alas y elementos adicionales a medida que iban siendo necesarios, pero, aun así, el resultado -que yo misma había diseñado- era bonito y acogedor.

Ahora necesitábamos más espacio, ya que nuestra familia inglesa estaba a punto de reunirse con nosotros por primera vez desde el inicio de la Gran Guerra. Aunque las hostilidades habían finalizado

en noviembre de 1918, la sombra que había arrojado sobre todos ese terrible conflicto aún no se había desvanecido por completo. A aquellos que habían perdido a sus seres queridos en las embarradas trincheras francesas o en las playas ensangrentadas de Gallípoli, dicha sombra no los iba a abandonar nunca del todo. El hermano de Emerson, Walter, y su mujer, Evelyn, no dejarían nunca de llorar la muerte de su hijo Johnny, al igual que todos nosotros; pero 1919 era el primer año completo de paz y yo estaba decidida a que esas Navidades resultaran inolvidables. Era maravilloso volver a tenerlos a nuestro lado: Walter y Evelyn, su hija Lía y su marido David, que era también el mejor amigo de Ramsés además de un consumado artista, por no mencionar a sus dos encantadores hijos.

Lo que suponía cuatro niños en casa. ¡Aquellas sí que iban a ser unas Navidades bulliciosas, desde luego!

Al posar mi orgullosa mirada sobre los gemelos, que en ese momento se encontraban acurrucados entre los brazos de sus atractivos padres, decidí pedirle a David que pintara un retrato del grupo pues aunque teníamos ya muchísimas fotografías de ellos, consideraba que era necesario el color para captar en todos sus detalles su impresionante aspecto. Las marcadas facciones de Ramsés y su cuerpo bien formado recordaban a los de su padre, pero mi hijo tenía la piel oscura como los egipcios, una bonita cabellera negra y ondulada, y unas pestañas largas y espesas. El cutis claro de Nefret y sus rizos dorados con reflejos rojizos eran los propios de una belleza inglesa. Y los niños habían heredado, combinándolos, los mejores rasgos de los dos.

Siempre y cuando pudiéramos conseguir que las dos criaturas resistieran sentadas y sin moverse durante el tiempo necesario… Simultáneamente, ambos niños se desasieron de sus padres y echaron a correr velozmente hacia la puerta que conducía al interior de la casa. Esta se abrió para dar paso a su abuelo.

Algunas veces he sido acusada de exagerar, pero cuando digo que mi marido es el egiptólogo más famoso y respetado de todos los tiempos no estoy diciendo sino la pura verdad. Después de más de treinta años de actividad seguía siendo el hombre erguido y robusto que conocí en su día; y lo mismo se podía afirmar de sus ojos zafíreos, de sus anchas espaldas, y de su pelo color ébano, sin canas todavía, exceptuando los pequeños mechones blancos que tenía en

las sienes.

- ¡Caramba! -exclamó, al ver que los gemelos se arrojaban a sus piernas.

- No maldigas delante de los niños, Emerson -le regañé.

- No era una maldición -dijo Emerson-. Pero esto es intolerable. Un ataque injustificado, ¡y de dos contra uno! Exijo el derecho a defenderme.

Tras alzar a ambos, cada uno en una mano, se acomodó en una silla y los sentó sobre sus rodillas. No puedo asegurar hasta qué punto los niños habían entendido las tonterías de su abuelo, pero lo cierto es que ambos se reían en ese momento como dos locos.

Fátima salió de la casa con la bandeja del té.

- ¿Lo sirve usted, Sitt Hakim? -preguntó.

Emerson se crispó al oír mi apodo egipcio, señora doctora. Siempre lo hace, ya que no tiene una opinión demasiado buena de mis habilidades como médico. Soy la primera en admitir que las mismas no se pueden comparar con las de Nefret -quien había obtenido, de hecho, el diploma de cirujana, lo que no era poco para una mujer en aquella época- pero durante mis primeros años en Egipto, cuando las fellahin egipcias apenas podían acudir a los médicos o a los hospitales, mis esfuerzos habían sido profundamente apreciados y -si se me permite decirlo-, no del todo inadecuados.

- Sí, gracias -le contesté-. Pon aquí la bandeja.

Fátima se detuvo por un momento, con su fea pero bondadosa cara resplandeciente de afecto, a contemplar cómo los niños rodeaban el plato de galletas. Al igual que el resto de los miembros de lo que yo llamaría nuestra familia egipcia, era más una amiga que una criada. Todos ellos eran parientes cercanos de nuestro ya fallecido rais Abdullah y, tras el matrimonio de David y Lía, se habían convertido también en parientes nuestros.

El resto de los integrantes de la casa no tardaron en llegar: Sennia, nuestra pupila, y sus dos fieles acompañantes: su gato Horus y su guardaespaldas Gargery, cumpliendo con un cometido que él mismo se había atribuido. Estrictamente hablando, Gargery era nuestro mayordomo, sólo que últimamente había asumido toda una serie de obligaciones adicionales a las de su puesto que él (y no yo) consideraba necesarias. Entre las mismas estaban incluidas:

escuchar a hurtadillas las conversaciones ajenas, dar consejos que nadie le había pedido y pelearse con Horus.

No quiero ser injusta con Gargery; Horus no se llevaba bien con nadie que no fuera Nefret o Sennia. El gato seguía a la niña dondequiera que fuese, incluso si para ello tenía que aproximarse peligrosamente a los gemelos. Nada más llegar se metió bajo el sofá y trató de ocultarse detrás de mi falda.

Algunas personas malévolas aseguraban que Sennia, ya de nueve años, era la hija ilegítima de Ramsés, lo que no era cierto. La niña era la prueba palpable de que la herencia es algo que se puede superar con una educación adecuada; de hecho, la suya no podía ser peor: su madre era una prostituta egipcia y su padre, mi sobrino, una persona desalmada que había muerto ya como se merecía. El color de su piel era el de una egipcia, sus maneras las de una pequeña niña inglesa bien educada, su carácter tan radiante como el de cualquier niño feliz. Adoraba a Ramsés, quien la había rescatado de una vida de miseria y deshonra, por lo que yo había temido que reaccionara mal ante la llegada de los gemelos. Pero la verdad es que si estaba celosa, lo disimulaba muy bien; y si algunas veces tendía a mostrarse un poco dominante con los pequeños, era lo menos que se podía esperar de ella.

Tras distribuir la genial bebida, me arrellané de nuevo en mi silla para contemplar a aquel grupo alegre y animado con una sonrisa que no dejaba de tener un punto de satisfacción. Creo que no hace falta que me disculpe por sentirme orgullosa de ellos. Habíamos superado momentos muy difíciles en el pasado; antes incluso de que la guerra involucrase a Ramsés en algunas arriesgadas misiones secretas, nos las habíamos tenido que ver con un buen número de ladrones, asesinos, falsificadores, secuestradores y hasta con un Maestro del Crimen. Apenas podía recordar un periodo en el que no hubiéramos tenido que enfrentarnos al peligro en una u otra forma. Por primera vez en muchos años no había nubarrones en el horizonte, y ningún viejo enemigo amenazaba con vengarse.

No puedo negar que algunos de aquellos encuentros resultaron divertidos. Enfrentarse a criminales redomados o luchar contra personas deseosas de hacernos daño pone algo de sal a la vida. En cualquier caso, no es lo mismo arriesgarse solo que ver a los seres

queridos en peligro. Algunas de mis canas (disimuladas periódicamente mediante la aplicación de un inocuo preparado) habían sido causadas por Ramsés. Ya de pequeño era terrible, puesto que si salía de un apuro no era sino para meterse en otro. La madurez no lo había vuelto más prudente y, con la incorporación de David y Nefret a la familia, ahora eran tres los que solían andar siempre metidos en líos.

Pero las cosas habían cambiado, me dije. Ramsés y Nefret se habían convertido en padres y el bienestar de aquellas preciosas criaturas (que en ese preciso momento estaban tratando de trepar por el respaldo del sofá para alcanzar al Gran Gato de Ra) pondría seguramente un freno a sus inquietudes.

Manuscrito H:

- Hoy ha pasado algo muy raro -dijo Ramsés.

El y Nefret se estaban vistiendo para cenar de modo completamente informal ya que su padre sólo consentía los vestidos de noche (que consideraba un engorro) en contadas ocasiones. Sólo que, en cualquier caso, el cambio de ropa resultaba absolutamente imprescindible después de haber pasado una hora con su prole, tras la cual las más variadas sustancias, del chocolate al barro, habían acabado por pasar de los niños a cualquier tipo de superficie con la que éstos hubieran entrado en contacto.

Nefret no respondió. Tenía la cabeza inclinada y parecía abstraída. Se había detenido a escuchar las carcajadas y el parloteo sin sentido que provenía, a través de la ventana abierta, de la ventana de la habitación de los niños, que se encontraba algo más allá, en el pasillo. Se suponía que debían estar ya dormidos sólo que, por supuesto, no lo estaban. Ramsés estaba ya acostumbrado a aquellos ruidos pero, al contemplar el cuerpo de su mujer sentado ante el tocador, se olvidó de lo que estaba a punto de decir. Todavía no se había puesto el vestido; con sus blancos brazos en alto, sus finos dedos recogían en ese instante sus largos rizos dorados en un moño bajo sobre la parte posterior del cuello. Tras acercarse a ella, reemplazó la mano de su mujer por la suya, recorriendo el pelo con sus dedos. Parecía seda.

Ella le sonrió, buscando con sus ojos el reflejo de la cara de su marido en el espejo.

- Lo siento, querido. ¿Decías algo?

- No me acuerdo.

- Vístete, date prisa. Me gustaría echar un vistazo a los niños antes de cenar. El apartó sus manos. -Está bien.

* * *

Las voces de los niños se habían apagado por completo cuando salieron. La casa se encontraba a unos cuantos metros de la principal, oculta entre los árboles y arbustos que su madre había obligado a crecer desafiando el suelo arenoso y la carencia de lluvias. Una serie de faroles iluminaban el sinuoso sendero que atravesaba el jardín, y el perfume de las rosas henchía la noche con su dulzura.

- Adoro este sitio -dijo suavemente Nefret-. Nunca creí que llegaría a hacerlo, ¿sabes? En un principio hubiera preferido estar algo más lejos de la familia.

- Fue muy propio de nuestra madre construir la casa sin consultarnos, pero ha cumplido su palabra y ha respetado nuestra intimidad. Hasta nuestro padre no se deja caer por aquí sin habernos pedido antes permiso.

Nefret soltó una risita, un sonido que siempre recordaba a su enamorado marido el del fluir del agua iluminada por el sol.

- No desde aquella vez en la que entró y nos pilló en la cama a las cinco de la tarde.

- El no está precisamente en condiciones de criticarnos. Ya ni recuerdo la cantidad de veces que he tenido que sentarme a esperar, mano sobre mano, a que nuestra madre y él acabaran de hacer la misma cosa.

En cualquier caso, no llegaron demasiado tarde. Emerson acababa de entrar en el salón, y la causa de su retraso no fue esta vez el coqueteo sino el hecho de haberse entretenido con sus notas.

- ¿Dónde esta la copia que hiciste de la inscripción que encontramos sobre la pared de aquella casa? -le preguntó a su hijo.

- Al menos podrías decirle «Buenas noches» antes de empezar a atosigarlo -le hizo notar su mujer.

- Buenas noches -dijo Emerson-. Ramsés, ¿dónde está…?

Gracias a mi interrupción, a Ramsés le había dado tiempo a recordar la inscripción a la que presumiblemente se refería su padre. Hacía meses que no pensaba en ella.

- Si te refieres a la inscripción de Amenakhte, la tengo entre mis

notas. ¿No te las di ya? Pensaba que lo había hecho.

Sabía de sobra que era así. Sin duda alguna, Emerson las había perdido. Su mesa de trabajo estaba siempre llena a rebosar de montones de papeles en desorden lo que, generalmente, le permitía alcanzar en cualquier momento cualquier documento; sólo que si no encontraba de inmediato lo que buscaba se encolerizaba y empezaba a arrojar papeles por todas partes.

- Mmm -dijo Emerson.

- ¿Lo ha perdido? -le preguntó Nefret-. Debe de estar por algún lado, padre. Si le parece, le ayudaré a echar un vistazo.

- Bah. -Emerson cogió su pipa-. Gracias, querida, pero no será necesario. Yo… esto… no lo necesito precisamente ahora.

- Sí, sí que lo necesitas -le dijo Amelia con cierta acritud-. Emerson, le prometiste ese artículo al Journal hace semanas. Todavía no lo has terminado, ¿verdad?

Emerson clavó en su mujer una mirada tan impresionante, que ella no pudo por menos que abandonar el tema. A pesar de ello, Ramsés estaba prácticamente seguro de que su madre no se había dado por vencida; sabía muy bien cómo manejar a su marido.

- Bueno, ya está bien de hablar de trabajo -dijo alegremente-. Tenemos que discutir sobre el modo en que alojaremos a nuestros huéspedes.

- ¿Acaso no está ya todo arreglado? -preguntó Nefret-. Sennia ha cedido amablemente sus habitaciones a la familia de David, y la tía Amelia y el tío Walter pueden quedarse con nosotros o en la dahabiyya, como prefieran.

- Yo en su lugar me iría a la dahabiyya -dijo Ramsés perezosamente-. Con cuatro niños menores de seis años en la casa, esto va a parecer un zoo. Me pregunto cómo se llevarán Dolly y Ewie con los nuestros.

- Mal, me imagino -dijo su madre-. Los vuestros están acostumbrados a ser el centro de la atención, y Dolly se sentirá herido si Emerson no le hace caso.

- ¡Qué tontería! -exclamó Emerson-. ¡Como si yo fuera capaz de ignorar al pequeño Abdullah!

- Sólo tienes dos rodillas Emerson y, recuerda bien lo que te digo, los cuatro querrán sentarse sobre ellas al mismo tiempo.

- Ya estás otra vez barruntando problemas -gruñó Emerson.

- Previendo posibles dificultades -le corrigió su mujer-. Bueno, estoy segura de que todo va a salir a pedir de boca. Tu tío Walter estará encantado con las inscripciones que hemos encontrado, Ramsés.

- Es el mejor filólogo que hay en la materia -asintió Ramsés.

- Y, además, tengo la intención de pedirle a David que pinte un retrato de grupo contigo, Nefret y los niños -prosiguió su madre-. O tal vez se lo diga a Evelyn; hace muchos años que no pinta, pero estoy segura de que ella…

- ¡Maldita sea! ¡Escucha un momento, Peabody! -exclamó Emerson-. No te voy a permitir que cargues a mi personal con trabajo extra antes incluso de que haya puesto los pies en esta casa: necesito a todos en las excavaciones.

Que hubiera usado su nombre de soltera indicaba que su humor no era tan malo como el que parecía desprenderse de sus palabras. Toda la familia había aprendido a interpretar sus señales: Amelia cuando estaba realmente enfadado; Peabody cuando estaba de buen talante, en afectuoso recuerdo de los días de su noviazgo, cuando él le había hecho el inmenso cumplido de dirigirse a ella como si se tratara de un hombre.

Ramsés y su mujer se miraron. La discusión no estaba cerrada; su madre seguiría adelante con sus planes y su padre continuaría con sus quejas. Ambos parecían divertirse con esas «pequeñas diferencias de opinión», tal como su madre las llamaba, aunque «tiro al blanco» hubiera sido una expresión más adecuada para describirlas. Amelia sonreía; tenía las mejillas sonrosadas y los ojos resplandecientes.

«Su semblante -pensó su hijo-, resulta en cierto modo inquietante, incluso cuando está en reposo»; si estaba molesta por algo alzaba la barbilla y sus ojos gris oscuro brillaban como el acero. El paso de los años no había cambiado mucho su apariencia; su porte seguía siendo erguido y las arrugas recientes en su cara eran debidas a su carácter risueño. Según Nefret, su abundante mata de pelo negro había perdido su tonalidad original. Le había prometido a su marido que no diría una palabra de ello, ni a su madre ni a su padre. Lo cierto es que aquella prueba evidente de coquetería femenina le resultaba bastante conmovedora.

Al captar su mirada, su madre se interrumpió a mitad de una

frase.

- ¿Por qué sonríes, Ramsés? ¿Tengo una mancha en la nariz?

- No. Pensaba simplemente que esta noche está usted muy guapa.

* * *

Cuando, a la mañana siguiente, Ramsés y Emerson llegaron a las excavaciones, el sol acababa de alzarse sobre los despeñaderos occidentales y el pequeño valle de Deir el Medina seguía en la sombra. Una serie de colinas elevadas y áridas lo rodeaban por este y oeste. La entrada principal se encontraba al norte, donde los muros del templo Tolemaico encerraban algunos de los santuarios primitivos dedicados a varias deidades. Las ruinas de otros templos anteriores lo rodeaban. En el suelo del valle se encontraban también los restos de una aldea de trabajadores que había ocupado el lugar durante -según estimaciones de Emerson- al menos trescientos años. Todavía no habían encontrado pruebas de una ocupación anterior; si existían, debían de estar bajo los cimientos de las estructuras posteriores.

A primera vista, resultaba difícil creer que se hubiera estado trabajando allí durante dos años. Al emprender las excavaciones, las ruinas de la aldea estaban completamente cubiertas por los escombros y la arena acumulados durante milenios. En el siglo pasado, varios arqueólogos y habitantes de los pueblos cercanos habían excavado allí sin orden ni concierto a la búsqueda de objetos para vender. Sobre las laderas de la colina occidental se encontraban las tumbas de los trabajadores, coronadas en algunos casos por pequeñas pirámides medio derruidas. Las tumbas también habían sido saqueadas y su contenido se había visto desperdigado. Recientemente, algunos egiptólogos habían excavado con algo más de pericia algunas de ellas, pero, aun así, los museos europeos seguían teniendo en su poder montones de papiros y objetos de todo tipo que habían sido adquiridos en el mercado de antigüedades durante el XIX, muchos de los cuales procedían probablemente de Deir el Medina, sin que se hubiera realizado antes el registro de su origen o localización. En pocas palabras: aquel emplazamiento suponía un reto poco menos que desalentador, y Emerson era uno de los pocos expertos en la materia que podía realizar aquel trabajo. Ramsés respiró satisfecho al contemplar el impresionante escenario.

Su padre prefería los templos y las tumbas pero, en aquella ocasión, estaba saliendo también a la luz un buen número de material escrito: inscripciones y papiros a la espera de ser descifrados… el tipo de tarea que más le gustaba. Si al menos su padre le permitiera concentrarse en ellos en lugar de exigir su presencia en las excavaciones todos los días…

Lo cierto es que habían efectuado muchos progresos, en condiciones nada fáciles. Les había llevado mucho tiempo apartar los escombros hasta llegar a la parte superior de los muros que todavía seguían en pie, y cribar (tal como su madre les había hecho notar en el curso de un inusual ataque de grosería) cada condenado milímetro de aquel maldito material. No obstante, la labor había valido la pena ya que habían encontrado muchos objetos que los excavadores anteriores no habían visto o habían simplemente desechado. Habían descubierto también que la aldea constaba de dos partes, divididas por una estrecha calle principal, y que estaba rodeada por un muro. En aquel momento se encontraban trabajando en la zona norte de dicha calle, vaciando una por una todas las casas.

Un sinfín de distracciones habían retrasado o interrumpido su trabajo. Durante el verano de 1917, cuando resultó evidente para los ojos de lince de la madre de Ramsés que el largamente deseado embarazo de Nefret podía tener complicaciones imprevistas, aquélla se llevo a su nuera al Cairo y ambas se instalaron en el Shepheard bajo la estrecha vigilancia de las dos doctoras que se encontraban al frente del hospital para mujeres que Nefret había fundado. A pesar de los partes diarios con los que trataban de tranquilizarlo, Ramsés fue incapaz de seguir con los cinco sentidos puestos en su trabajo. Su padre tampoco se podía concentrar y tenía los nervios tan crispados que incluso el ayudante del capataz, Daoud, cuya placidez era muy difícil de turbar, trataba de evitarlo. Tras una semana de infructuoso trabajo, Emerson adoptó una medida sin precedentes al cerrar las excavaciones. Ambos, padre e hijo, se habían dirigido entonces a El Cairo donde Emerson se había «comportado como un loco», según palabras textuales de su exasperada mujer. Una parte del tiempo la pasaba en el hospital, inspeccionando el material y hostigando a los médicos, y la otra mirando alarmado la tripa cada vez más abultada de Nefret.

Únicamente la certeza de que manifestando su preocupación sólo conseguiría aumentar la de Nefret, evitó que Ramsés se comportara de un modo aún más ridículo. Por una vez, las maneras de sabelotodo de su madre fueron para él un alivio; se sentía tan desamparado como un niño que no deja de preguntar: ¿Irá todo bien?

- No te olvides de que Nefret es médico -le recordó su madre.

- Pero es la primera vez que tiene un hijo. -Sin poderlo remediar, añadió-: ¿Irá todo bien? Su madre le sonrió comprensiva. -Por supuesto.

Sólo después de que todo hubiera pasado se le ocurrió pensar que, tal vez, lo único que había hecho su madre era tratar de poner al mal tiempo buena cara.

Cuando llegó el momento -por la noche, tal como su madre había pronosticado-, Nefret no le dejó tiempo para perder la cabeza. No dormía; hacía ya varias noches que no dormía; al sentir que su mujer se ponía rígida y empezaba a jadear, Ramsés saltó fuera de la cama y encendió la lámpara. Su mujer lo miró, con las manos extendidas sobre la inmensa montaña que era en esos momentos su tripa.

- ¿Dónde está tu reloj? -le preguntó con calma-. Tenemos que calcular la duración de las contracciones.

- Voy a buscar a nuestra madre.

- Aún no. Podría tratarse de una falsa alarma.

Ramsés dijo algo, ya no recuerda qué, y salió disparado de la habitación. Al volver a ella después de haber despertado a sus padres, Nefret intentó vestirse con algo de torpeza pero sin haber perdido la calma.

Llegaron a tiempo al hospital. Emerson había conseguido controlarse, a pesar de que se había olvidado de abotonar su camisa y Ramsés no recuerda haberlo visto nunca tan pálido. No dejaba de dar palmaditas sobre la mano de Nefret.

- Dentro de nada habrá pasado todo.

Nefret se encogió a causa de una nueva contracción y exclamó claramente:

- ¡Bah!

Su madre había llamado antes por teléfono de modo que, cuando llegaron al hospital, todo estaba ya preparado. La doctora

Sophia se hizo cargo de Nefret mientras el resto de ellos se dirigía al patio. La doctora no permitía fumar en su oficina y Emerson dijo que se consideraba incapaz de pasar por aquella dura prueba sin la ayuda del tabaco. Cuando la otra cirujana, la doctora Ferguson, hizo su aparición, iba ya por la segunda pipa.

- Quiere verle -le dijo a Ramsés, añadiendo con su habitual brusquedad-: Sólo Dios sabe por qué motivo.

No tardó en descubrirlo.

Un comentario de su padre lo hizo regresar del imborrable recuerdo del día más maravilloso y, al mismo tiempo, terrorífico de su vida.

- ¿Decía usted, señor?

- Estabas a miles de kilómetros de aquí -le dijo Emerson con curiosidad-. ¿Puedo saber dónde?

- Más bien meses. La noche en la que nacieron los gemelos.

Emerson se estremeció.

- Espero no tener que volver a pasar por algo semejante en mi vida.

- Usted no tuvo que pasar por nada -dijo Ramsés-. Fue ella la que lo hizo. Y vaya si se aseguró de que yo lo oyera y lo viera todo.

- ¿Es verdad que te insultó?

- Con una elocuencia de la que usted nunca ha sido capaz. -Estremeciéndose, añadió-: En mi vida he visto algo tan terrible. El modo en que las mujeres son capaces de hacer algo así, retroceder, y volver a hacerlo de nuevo…

- A mí no me permitieron quedarme junto a tu madre. Me hubiera gustado, ¿sabes?, aunque me hubiera puesto de vuelta y media. Ella se habría comportado del mismo modo -dijo Emerson pensativo.

- Ya lo sé.

Ramsés apoyó su mano sobre el hombro de su padre. Emerson, que había sido educado de acuerdo con la tradición victoriana que no veía con buenos ojos las manifestaciones de afecto entre hombres, agradeció el gesto asintiendo torpemente con la cabeza y se apresuró a cambiar de tema.

Los trabajadores se habían agrupado. Se trataba de hombres expertos que llevaban con ellos muchos años, miembros de la familia de su anterior rais, Abdullah, que se sentían orgullosos de

continuar con la tradición que aquél había iniciado. El primero en saludarlos fue Selim, quien había reemplazado a su padre como capataz tras la trágica muerte de éste. A pesar de que se trataba del más joven de sus hijos, nadie había puesto nunca en duda su derecho al puesto; tenía el mismo aire autoritario de su padre y, gracias a la formación que tanto éste como Emerson le habían procurado, estaba aún más capacitado que Abdullah. Justo detrás de él se encontraba su primo Daoud. En lugar de contestar al saludo de Selim, Emerson se llevó las manos a la cintura y echó la cabeza hacia atrás, alzando la mirada para observar la colina que se encontraba al este del poblado.

- Hay alguien allí arriba -dijo-. Cerca de nuestra tumba.

La luz del sol hacía brillar las rocas que coronaban la colina. Algo se movía pero Ramsés, cuya agudeza visual era proverbial, no podía ver bien en detalle a aquella distancia.

- Lo más probable es que se trate de alguno de los infatigables ladrones de Gurna -sugirió-. Con la vana esperanza de que nos hayamos olvidado de algo al vaciar la tumba.

Esa había sido, precisamente, la segunda de sus mayores distracciones: esconder las momias y los objetos funerarios pertenecientes a las princesas y esposas de dios del último periodo. Estrictamente hablando, aquella tumba no pertenecía a Emerson sino a Cyrus Vandergelt, ya que aquella temporada compartían el emplazamiento con su viejo amigo y colega americano; a ellos les había correspondido el pueblo y a Cyrus las tumbas sobre la colina. Ni siquiera Emerson se sentía celoso por su descubrimiento; Cyrus había excavado durante años en Tebas sin encontrar nada de importancia y un descubrimiento como aquél era para él como un sueño hecho realidad. Dado que había sido Bertie, el hijastro y ayudante de Cyrus, el que realmente había encontrado la tumba, Cyrus tenía un doble motivo para reclamar su hallazgo. A pesar de que Ramsés había presenciado un buen número de descubrimientos -debido al extraordinario instinto de su padre para ese tipo de cosas- jamás podría olvidar lo que sintió al ver por primera vez la cámara oculta en aquel risco, abarrotada hasta el techo con una deslumbrante colección de ataúdes, vasos canopes y arcones llenos de joyas y de prendas de vestir ricamente adornadas. Todos se pusieron de inmediato manos a la obra para ayudar a Cyrus a vaciar

la tumba y sacar de allí su contenido que en buena parte era enormemente frágil. Esta tarea era prioritaria, ya que los ladrones de tumbas de Tebas se cernían ya sobre ella como buitres, a la espera de la menor ocasión para poderse llevar algunos de los objetos más preciados. Se tardó meses en hacerlo y el proceso de restauración seguía aún en marcha.

- Manda a uno de los hombres allí arriba para tirarlo -gruñó Emerson, sin apartar los ojos de la diminuta figura.

Selim alzó la mirada esbozando una sonrisa, pero permitió que fuera Ramsés el que planteara las evidentes objeciones.

- ¿Para qué desperdiciar fuerzas? -le preguntó-. Allí no queda nada. Si ese tipo tiene ganas de romperse el cuello trepando por esa grieta, dejémosle que lo haga.

- Podría tratarse de un condenado turista -refunfuñó Emerson.

Ramsés deseó en ese momento que su madre los hubiera acompañado en lugar de quedarse con Fátima a discutir sobre asuntos domésticos. Ella sí que habría sabido poner fin a la discusión con un par de agrios comentarios.

- No podemos expulsar a los turistas a menos que interfieran en nuestro trabajo -le hizo notar pacientemente-. Ya lo hizo usted mientras trabajábamos en la tumba y varias docenas de ellos se apresuraron a ir a El Cairo a reclamar.

- Si no lo hubiera hecho, no habríamos acabado nunca el trabajo -gruñó Emerson. El recuerdo de aquellos terribles días todavía le sacaba de quicio-. Esos imbéciles, que hacían su aparición con cartas de presentación firmadas por cualquiera exigiendo que se les enseñara la tumba, tratando de trepar por los andamios, inclinándose con sus cámaras sobre cualquier superficie que se lo permitiera para sacar fotos, ofreciendo propinas a Selim y Daoud. Y esos malditos periodistas eran aún peores.

Durante el vaciado de la tumba, Emerson se las había arreglado para enemistarse con todos aquellos que no lo detestaban ya de antemano. A algunos excavadores les gustaba la fama y accedían con gusto a los ruegos de ciertas personalidades deseosas de entrar en las tumbas. Emerson, por el contrario, aborrecía la publicidad y rechazaba de plano a los visitantes, sin importarle cuántos títulos o diplomas académicos poseyesen. Casi llegó a causar un incidente internacional al expulsar de allí al rey de los belgas y a su comitiva.

La gente no entendía la pérdida de tiempo que, para un excavador atosigado, suponían aquellas visitas. Emerson tenía razón, una prohibición tajante y generalizada era más fácil de poner en práctica que el negociar, una por una, con todas las solicitudes que se presentaban. A pesar de que, con ello, las relaciones con el Departamento de Antigüedades se hicieron enormemente tensas.

- Todo eso es agua pasada -dijo Ramsés, mientras Emerson agitaba el puño a la figura que se encontraba sobre la colina-. Si se trata de un turista, debe de ser un tipo lleno de energía.

- Que se vaya al infierno -dijo Emerson-. ¿Para qué perder tiempo con un estúpido turista? -Y recorriendo el grupo de hombres con su mirada penetrante, preguntó a Selim-: ¿Dónde está hoy Hassan? ¿Es que está enfermo?

En ese momento, Ramsés recordó ese «extraño suceso» que había querido contarle a Nefret. No había motivo para preocuparse, no era tan grave, sólo… un poco extraño.

Selim no dejaba traslucir nada.

- Tenía la intención de hablarle de ello ayer, padre -dijo entonces Ramsés-. Hassan ha presentado su dimisión.

- ¿Dimisión? ¿Quieres decir que deja el trabajo? -Sí, señor.

- ¿Para qué demonios?

- No estoy muy seguro -tuvo que admitir Ramsés-. Me habló de reconciliarse con Alá y dedicar su vida al servicio de un hombre santo.

Selim dejó escapar una exclamación de sorpresa.

- ¿Qué hombre santo?

- No se lo pregunté.

- En ese caso, seré yo el que lo haga -dijo Emerson-. Maldita sea, ¿en qué estará pensando ese tipo? Es uno de mis hombres más expertos. Hablaré con él y le ordenaré…

- Padre, no puede usted hacer eso -protestó Ramsés-. Está en su derecho y es su decisión.

- Pero precisamente Hassan -exclamó Emerson, acariciándose la barbilla-. ¡El sinvergüenza más alegre y divertido de la familia!

- Últimamente se comportaba en un modo extraño -dijo Selim pausadamente-. Desde que murió su mujer se había encerrado en sí mismo.

- Eso explicaría su estado de ánimo -dijo Ramsés.

Emerson sonrió levemente con una expresión de profundo cinismo.

?-No seas tan romántico, muchacho. Bueno, bueno, que haga lo que quiera. Si intento hacerle entrar en razón tu madre me acusará de infringir algún condenado mandamiento o algo por el estilo.

* * *

Los Vandergelt nos habían invitado a cenar aquella noche. Emerson siempre se quejaba cuando teníamos que salir a cenar. Pero, en aquel caso, se trataba, simplemente, de su modo de dar la nota, ya que mi marido apreciaba sinceramente a los Vandergelt y se habría sentido muy decepcionado si hubiera rechazado su invitación. Sus protestas en esa ocasión fueron algo más ruidosas de lo habitual, ya que yo había insistido en que se vistiera adecuadamente para la velada, cosa que él no podía soportar. Acabé de arreglarme mucho antes que él, por supuesto, de modo que me senté a leer tranquilamente una revista mientras escuchaba el altercado que se estaba produciendo en la habitación contigua, donde Gargery estaba tratando de ayudar a Emerson a prepararse. Dado que Emerson carecía de ayuda de cámara, Gargery también había asumido oficiosamente ese puesto.

- Deja ya de lamentarte y date prisa, Emerson -le chillé.

- No entiendo por qué demonios tengo que… ¡maldita sea, Gargery! -dijo Emerson.

Habíamos hablado de ello ya en varias ocasiones sólo que, como Emerson suele hacerse el sordo cuando no le interesa una cosa, tuve que volvérselo a repetir.

- Mr. Lacau ha llegado desde El Cairo para inspeccionar los objetos que se encontraban en la tumba de las princesas. Cyrus cuenta con nosotros para ganar su benevolencia y conseguir que sea generoso a la hora de dividir el contenido de la tumba y le permita conservar una parte del mismo. Todo apunta a que es mucho más estricto que nuestro querido Maspero, así que…

- Te repites, Peabody-rezongó Emerson mientras hacía su aparición por la puerta.

- Estás muy guapo -le dije-. Gracias, Gargery.

- Gracias a usted, madame -dijo Gargery, mostrándose tan complacido como si el cumplido hubiera ido dirigido, en realidad, a su aspecto. Honestamente, hubiera sido difícil hacérselo, dado que

se estaba quedando calvo y su barriga era cada vez más voluminosa.

Incluso en su ya remota juventud no debía de haber sido lo que se dice un hombre atractivo. Pero, tal como dice el refrán, «Lo más feo, con interés, hermoso es», y la lealtad de Gargery y su afición a defender a la familia cuando la ocasión lo requería compensaban sobradamente su apariencia.

Le di las buenas noches con afecto. Emerson introdujo uno de sus dedos índices en su cuello y lanzó a Gargery una mirada llena de odio.

Nuestro pequeño grupo se reunió en el salón, donde yo procedí a inspeccionar a todos cuidadosamente. Emerson podía mofarse, y lo hizo, pero la apariencia es importante y yo era consciente de que una persona tan preocupada por las formas como el director francés del Servicio de Antigüedades podía muy bien no percatarse de nuestros esfuerzos, pero sin duda alguna notaría su ausencia. No tuve nada que objetar al vestido de satén azul marino y a las joyas de turquesas persas que llevaba puestas Nefret; mi nuera tenía muy buen gusto y mucho dinero, lo que se unía a otras ventajas adicionales como la juventud y la belleza. Ramsés odiaba los vestidos de etiqueta tanto como su padre, lo que no impedía que le sentaran muy bien; a pesar de sus esfuerzos por aplastarlo, su pelo había recuperado su habitual aspecto ondulado y rizado que mi hijo tanto detestaba. En lo que a mí concierne, creo puedo decir que mi apariencia era respetable. No suelo dar mucha importancia a mi aspecto personal y no tolero la vanidad, por lo que me había limitado a cepillarme ligeramente el pelo y a seleccionar un vestido del color carmesí que a Emerson tanto le gusta.

Cyrus se había hecho famoso por la elegancia de sus fiestas. Aquella noche, El Castillo, su amplia y bonita residencia en las proximidades de la entrada al Valle de los

Reyes, resplandecía. Cyrus, fiel su hospitalaria costumbre, salió a recibirnos a la puerta y, tras deshacerse en cumplidos, nos condujo hasta el salón donde nos esperaban su mujer y su hijastro.

Al ver ahora a Katherine, convertida en una esposa y madre feliz y en una dama inglesa de exquisitas maneras, costaba creer en su turbulento pasado: un primer matrimonio desgraciado y una carrera llena de éxitos como estafadora y médium espiritual. Bertie, el hijo que había tenido de aquel matrimonio, se había convertido en la

mano derecha de Cyrus y en su fiel ayudante. Inglés por nacimiento, como su madre, había servido lealmente a su país durante la Gran Guerra hasta que, a causa de diversas heridas, fue eximido de sus obligaciones. Fue precisamente durante su periodo de convalecencia en la hospitalaria casa de su padrastro en Luxor, cuando empezó a interesarse por la egiptología. Al descubrir la tumba de las princesas se había asegurado una mención permanente en los anales de la profesión, sin por ello dejar de ser la persona modesta y sencilla de siempre. Yo me había encariñado mucho con aquel muchacho y por ello lamentaba que hubiera empezado a ponerse pañuelos alrededor del cuello y a dejarse crecer el pelo. Semejante moda no iba nada bien con sus rasgos, ya de por sí poco agraciados aunque bondadosos y eminentemente ingleses, pero yo sabía muy bien a qué se debía aquel cambio. Bertie estaba enamorado y la destinataria de su amor se encontraba ausente aquella temporada. El muchacho había perdido la cabeza por Jumana, la hija del hermano de Abdullah, Yusuf. Se trataba de una joven admirable, ambiciosa e inteligente, y entre todos la estábamos ayudando para que pudiera llegar a ser la primera mujer egipcia diplomada en arqueología. Las cosas habían cambiado mucho desde la primera vez que pusimos los pies en Egipto; el excavador autodidacta se estaba convirtiendo en una figura del pasado y, debido a las dificultades causadas por su sexo y nacionalidad, Jumana necesitaba la mejor formación posible. Ese año se encontraba cursando sus estudios en el University College de Londres, bajo la protección del sobrino de Emerson, Willy, y de su mujer.

A pesar de que Bertie nunca había mencionado el afecto que sentía por ella, el mismo resultaba evidente para una estudiosa de la naturaleza humana como yo. Dudaba mucho, sin embargo, que la cosa pudiera llegar a algo; Jumana estaba completamente volcada en su carrera y el tímido y bondadoso Bertie no era, en mi opinión, el tipo de hombre capaz de cautivar a cualquier muchacha. ¡Si al menos ella no fuera tan atractiva! Puede que los hombres aseguren que, a la hora de casarse, lo que buscan en una mujer es, ante todo, su inteligencia y su valor moral, pero he observado que cuando se trata de elegir entre una belleza descerebrada y una mujer de carácter admirable y rasgos poco agraciados, la belleza suele salir

victoriosa en la mayor parte de las ocasiones.

- ¿No ha llegado todavía Mr. Lacau? -pregunté, cogiendo la silla que Cyrus me ofrecía.

- No. -Cyrus tiró de su perilla-. Me gustaría que estuviera ya aquí para poder acabar de una vez por todas con esto. Estoy terriblemente nervioso.

- Puede que hoy no decida nada, Cyrus.

- Es algo pronto para emitir un juicio adecuado. Todavía no he terminado de restaurar la segunda túnica. Será magnífica, se lo aseguro.

La persona que había hablado se adelantó, inclinándose y sonriendo con la boca cerrada. A pesar de que solía sonreír con frecuencia, no mostraba jamás sus dientes que estaban, según había podido comprobar en una ocasión, rotos y llenos de manchas. Aseguraba ser italiano, aunque su pelo claro y sus ojos color miel no eran muy propios de esta nacionalidad; y se consideraba a sí mismo un mujeriego, a pesar de que su escasa estatura y su estúpida fisonomía resultaban muy poco atractivas. Era, sin embargo, uno de los mejores restauradores que había conocido en mi vida, por lo que soportar sus galanterías era en verdad un precio muy reducido por sus servicios (aunque no el único, ya que Cyrus le pagaba también unas sumas exorbitantes).

Le permití que me besara la mano (que luego limpié discretamente en mi falda).

- Buenas noches, señor Martinelli -le dije-. ¿De modo que será usted el culpable de que Mr. Lacau se lleve todas las piezas al museo?

- ¡Ay, Mrs. Emerson, qué bromista es usted! -Se rió mientras volvía la cabeza para sacar uno de los cigarrillos que fumaba sin cesar-. ¿Me permite?

No podía negarme, dado que Emerson había sacado ya su pipa y Cyrus se había encendido un puro. Martinelli prosiguió sin esperar la respuesta.

- Nadie, aparte de mí, podría haber llevado a cabo una tarea como la que acabo de realizar. Si no fuera porque me he ganado ya una buena reputación, la conseguiría con este trabajo. Pero si Lacau tiene la paciencia suficiente para esperar una semana más, podrá verlo completamente terminado.

- ¿Tan pronto? -le pregunté.

- Sí, sí, tengo que acabarlo lo antes posible. Tengo ya otros compromisos, ¿sabe?

A través de la nube de humo que lo envolvía, me guiñó un ojo y me dedicó una sonrisa afectada. Otra de sus desagradables costumbres consistía en referirse continuamente, aunque fuera de modo indirecto, a algo que nosotros jamás mencionábamos, incluso entre nosotros: a saber, el hecho de que Martinelli había trabajado durante años a las órdenes del ladrón de antigüedades más formidable del mundo, quien casualmente era también el hermanastro de Emerson. A pesar de que tenía muy buenas razones para creer en el arrepentimiento de mi cuñado, seguía sin estar del todo segura y, por descontado, me negaba a discutir sobre su pasado criminal delante de personas que apenas lo conocían. De modo que no le pregunté al señor Martinelli sobre el tipo de «compromisos» a los que se refería, aun cuando habría dado lo que fuese por enterarme.

Antes de que Martinelli pudiera seguir adelante con sus impertinencias, el sirviente anunció la llegada de Mr. Lacau. El entusiasmo con el que lo acogimos no pudo por menos que gustarle, aunque el destello de sus ojos indicaba que no dejaba por ello de ser consciente de nuestros ulteriores motivos.

Lacau no había cumplido aún los cincuenta años, pero tenía ya la barba completamente blanca. A pesar de haber sido designado en 1914 para un puesto que hasta entonces había sido prerrogativa de los franceses, se había pasado los últimos cinco años en la guerra. Nadie ponía en duda su competencia para el puesto pero, por razones que no sólo tenían que ver con su aspecto patriarcal, había acabado por ganarse el apodo de «Dios Padre». De hecho, ya había insinuado que estaba considerando la posibilidad de endurecer las leyes que regulaban la distribución de antigüedades. Hasta entonces, la regla había sido, en general, que las mismas se repartieran equitativamente entre el excavador y las colecciones egipcias. El anterior director del departamento, Mr. Maspero, había sido generoso -hasta demasiado, se podría decir- en el reparto de las piezas. El entero contenido de la tumba del arquitecto Kha, integrado por miles de objetos, había sido cedido al Museo de Turín. Pero éste era un escondite real y Lacau estaba en su derecho

a alegar que las piezas eran únicas. Por otro lado, las mismas se podían reunir en tres grupos: ataúdes, vasos canopes y Libros de los Muertos. Tras sonreír dulcemente a Lacau, lo felicité por su buen aspecto.

Con la ayuda de Katherine me las arreglé para que durante la cena la conversación versara sobre los temas habituales. Cyrus procuró que las copas de vino estuvieran siempre llenas, y Emerson se contuvo para no criticar al museo, al resto de sus compañeros de la profesión, y al departamento. Eso le dejó con muy pocas cosas que decir, lo que no pudo ser sino para bien. Las señoras nos retiramos después de cenar, una costumbre con la que no estoy en absoluto de acuerdo pero que, estaba casi segura, Lacau debía de aprobar. Cuando, finalmente, los caballeros se reunieron de nuevo con nosotras, apenas podía controlar ya mi impaciencia.

En circunstancias normales, hubiéramos tenido que enviar los objetos al museo tan pronto éstos hubieran estado lo suficientemente estables como para ser transportados. Pero las circunstancias no eran normales. La guerra había dejado al museo casi sin personal; Lacau había estado fuera de Egipto durante mucho tiempo, y las turbulencias políticas del invierno anterior hacían que el transporte de unos objetos tan valiosos como aquéllos resultara arriesgado. Cyrus les ofrecía la seguridad de unos muros sólidos y de unos guardias bien pagados, al igual que un amplio espacio para el almacenamiento y un laboratorio a su disposición. El museo, por el contrario, se encontraba en esos momentos abarrotado y con menos personal del necesario (mi único deseo era que Emerson no le hubiera dicho precisamente esto a Lacau ya que aunque uno sepa la verdad ello no quiere decir, necesariamente, que le guste que los otros se la digan).

Sin perder más tiempo, nos dirigimos a la habitación donde estaban expuestos los objetos. A pesar de que los había visto ya muchas veces, me quedaba sin respiración cada vez que los contemplaba de nuevo. Los mismos no tenían ya nada que ver con las piezas rotas, descoloridas y amontonadas que nosotros (Bertie, para ser más exactos) habíamos descubierto. No se trataba de la tumba originaria o, mejor, de las tumbas: hasta cuatro de las esposas del dios habían encontrado allí un lugar donde descansar finalmente en paz. En el pasado, cuando las tumbas se veían

amenazadas, los objetos principales eran sacados de ellas para ser llevados a otro sitio: las momias en sus ataúdes internos, los vasos canopes con las vísceras y cualquier otra cosa de valor que no fuera demasiado grande y que pudiera, por tanto, ser transportada sin mayores dificultades. Uno de los ataúdes era de plata maciza, el rostro estaba delicadamente esculpido y aparecía sereno, enmarcado por una gran peluca y por una corona. El resto de los ataúdes eran de madera y estaban cubiertos de incrustaciones con jeroglíficos diminutos e imágenes de los diferentes dioses realizadas con piedras semipreciosas. Los vasos canopes eran de calcita pintada con las cabezas esculpidas de los cuatro hijos de Horus, cada uno de los cuales protegía un particular órgano del cuerpo. Dispuestos sobre varias mesas, como si se tratara de un ejército en miniatura, había cientos de ushebtis, las pequeñas estatuas que representaban a los sirvientes que, tras ser reanimados en el más allá, debían trabajar para el muerto; algunos eran de cerámica, otros de madera y tan sólo había unos pocos realizados con metales preciosos. La habitación, de dimensiones reducidas, estaba abarrotada de material: recipientes de alabastro y de piedra, de plata y oro, una docena de cofres grabados y pintados, y el contenido de ellos: sandalias, ropa y joyas. El oro resplandeciente, la plata bruñida, el lapislázuli azul oscuro, las turquesas y las cornalinas brillaban a la luz de las lámparas eléctricas.

- Asombroso -murmuró Lacau-. Formidable. Les felicito, a todos, el trabajo de restauración es impresionante.

- Todos hemos puesto de nuestra parte -dije, recordando la agotadora tarde que había pasado, en cuclillas en un rincón de la habitación, ensartando diminutas cuentas. Al encontrarse en el mismo orden en el que habían quedado tras pudrirse la cuerda original que las unía, tuve que ensartarlas en ese mismo sitio para poder conservar el diseño original-. No obstante -proseguí-, buena parte del mérito corresponde al señor Martinelli. Y también le estamos muy agradecidos a Mr. Burton, del Metropolitan Museum, por la ayuda que nos ha prestado con las fotografías. El modo en el que introdujo sus cámaras en ese espacio tan estrecho fue casi milagroso. Porque, ¿sabe usted, monsieur?, la cámara estaba llena hasta el techo pero, aun así, Mr. Burton fue capaz de sacar unas cuantas vistas generales de ella antes de que empezáramos a

vaciarla.

- Sí, ya he hablado con él -dijo Lacau, asintiendo con la cabeza-. ¡Con un complicado artilugio compuesto de palos, cuerdas y sólo le bon Dieu sabe qué otra cosa más! Estamos realmente en deuda con él y también con el Metropolitan Museum.

¿Cuál era el alcance de aquella deuda?, me pregunté. ¿Permitir incluso que ciertas piezas viajaran a América, por medio de Cyrus, cuya colección podía ser eventualmente cedida a uno de los museos de aquel país?

Martinelli, quien todavía no había recibido los honores que creía merecer, llamó la atención de Lacau sobre un trozo de tela extendido sobre una larga mesa. Cubierto por completo de cuentas y lentejuelas doradas, resplandecía bajo la luz. Un largo cristal, sostenido a unos centímetros de ella por soportes de acero, la protegía del polvo y de las corrientes de aire.

- Se trata, sin duda, de mi obra maestra -dijo sin excesiva modestia-. Fue doblado varias veces y la tela es tan frágil que bastaría un suspiro para hacerla desaparecer. A medida que lo iba desdoblando, estabilizaba cada capa con un producto químico de mi propia invención. ¡No, monsieur! -exclamó al ver que Lacau extendía su mano-. No lo toque. Todavía no tengo muy claro cuál puede ser el mejor método para conservarla de modo permanente. No sé si podré conseguir que resulte lo suficientemente resistente como para ser transportada.

Lacau miró con avidez la prenda de vestir, pues eso es lo que era: una túnica de lino puro y casi transparente, adornada en el cuello y en el dobladillo con diminutas y exquisitas tiras de abalorios. No cabía duda de que reclamaría aquella pieza: el museo no había contado jamás con nada remotamente parecido (al igual que cualquier otro museo del mundo).

- Tal vez Mr. Lucas pueda sugerirle una solución -dijo Lacau, añadiendo, presumiblemente para honrar a Martinelli-: es el químico del gobierno.

- Sé muy bien quién es -dijo el italiano. Estaba tan enfadado que hasta dejó al descubierto sus dientes llenos de manchas-. No creo que tenga nada que enseñar a Martinelli, monsieur.

Dios Padre le lanzó una mirada que hubiera amedrentado a más de uno. Yo me apresuré entonces a poner paños calientes sobre

aquella explosiva situación.

- Hay varias prendas similares que todavía se encuentran dobladas en el interior de los cofres, Mr. Lacau. El signor Martinelli ha dedicado casi un mes entero a esta túnica. Si lo peor llega a suceder, la prenda puede ser reconstruida. Disponemos de numerosas fotografías y, en unas semanas, esperamos poder contar también con un dibujo a escala y a colores tanto de éste como de otros objetos.

- ¿Realizado por quién? -preguntó el director-. ¿Mr. Cárter?

- David Todros. El y el resto de su familia se reunirán con nosotros la semana que viene, y sé que está deseando ponerse manos a la obra. Imagino que sabe de quién le hablo.

- Ah, sí. El muchacho egipcio que trabajó en una ocasión aquí, en Luxor, para un famoso falsificador de antigüedades.

- Y que ahora se ha convertido en un experto egiptólogo y en un consumado artista -dijo Emerson, quien había conseguido controlarse hasta entonces bastante bien, pero a quien había molestado el tono desdeñoso de Lacau-. Está casado con la hija de mi hermano, monsieur, por si usted no lo sabía.

- Son ustedes realmente afortunados de poder contar con tantos expertos en su personal -dijo Lacau con cierto retintín. Volviéndose hacia Ramsés, añadió-: ¿Cómo va usted con el material escrito?

- Como ya sabe usted, señor, no había mucho -le contestó mi hijo-. Únicamente las inscripciones de los ataúdes y algunas notaciones en los cofres y en las cajas. Las copias del Libro de los Muertos han de ser manejadas con extremo cuidado. Todavía no he tenido tiempo de prestarles la atención que se merecen.

- Agradecerá usted entonces la llegada de su tío -dijo Lacau. Aunque se refería a Walter, estoy segura de que el respingo involuntario que dio Ramsés al oír sus palabras lo provocó el recuerdo de su otro tío. Esperaba realmente que a Sethos no se le ocurriera venir a vernos en ese momento. Le encantaba presentarse sin avisar. No había sabido nada de él desde que estaba en Alemania, de lo que hacía ya varios meses. Suponía que se encontraba allí por encargo de los Servicios Secretos; desde el estallido de la guerra había sido uno de los agentes secretos británicos más reputados y estaba casi segura de que seguía colaborando con los ingleses.

En un rincón de la habitación, yaciendo en sencillas cajas de madera forradas de algodón sin blanquear, estaban las propietarias de todo aquel esplendor. Sólo una persona indiferente al misterio de la muerte podía dejar de dedicar a aquellos cuerpos amortajados un silencio reverencial. Mr. Lacau no se inmutó.

- Las han sacado ustedes de los ataúdes -dijo, estremeciéndose.

Consideré que tenía que ser yo la que respondiera a aquella implícita e inmerecida crítica.

- Fue necesario, monsieur. La madera de tres de ellos estaba muy seca y se quebraba, y muchas de las inscripciones se habían desprendido. Antes de poder moverlos tuvimos que fijar tanto el interior como el exterior de ellos con una sustancia inventada por el signor Martinelli. A la vista tiene los resultados que son, en mi opinión, excelentes.

- Sí, por supuesto -dijo Lacau-. Veo que han resistido ustedes la tentación de desenvolver a estas damas -prosiguió, haciendo una señal de asentimiento con la cabeza a Nefret-. Supongo que usted habrá tenido ya alguna experiencia similar.

- Nefret es una experta cirujana y una especialista en anatomía -le espeté indignada-. Nadie podría hacer mejor…

- Es evidente que jamás se me ocurriría tocarlas sin su permiso, monsieur Lacau -se apresuró a decir Nefret-. Ni siquiera me gustaría que se hiciera. La envoltura se encuentra en perfecto estado y las momias no habían sido tocadas desde que las introdujeron en sus ataúdes; a diferencia del resto de las momias reales. Sería una pena arrancarles las vendas que las envuelven.

- Veo que es usted muy enérgica al respecto, madame -dijo Lacau acariciándose la barba-. Pero ¿qué hacemos entonces con los adornos, amuletos y joyas que, sin duda, debe de haber sobre los cuerpos?

- Tenemos ya un sinfín de bellísimas joyas -le explicó Nefret-. No sabemos en qué estado se encuentran esas momias, así como tampoco lo que hay debajo de las vendas. Es muy posible que nuestros conocimientos actuales no nos permitan averiguar hasta el fondo todo lo que esos miserables restos humanos pueden enseñarnos, de manera que habría que preservarlas para los futuros eruditos, cuyo saber será seguramente mayor que el nuestro.

- Un alegato realmente conmovedor, madame -dijo Lacau con

una sonrisa condescendiente.

Nefret se ruborizó, sin perder por ello el control.

- Lo que me gustaría hacer es someterlas a un examen con rayos X.

- El museo carece del equipo necesario.

- Pero yo sí que dispongo de él (o, lo que es lo mismo, mi hospital en El Cairo). Si recuerda, Mr. Grafton Elliot Smith llevó la momia de Tutmosis TV a una clínica privada para que le realizaran ese tipo de examen.

- En un taxi, sí. Una cosa muy poco decorosa y, desde luego, nada práctica.

- Nosotros podríamos hacer algo mejor -insistió Nefret con vehemencia-. Una ambulancia…

- Vaya, ésa sí que es una sugerencia interesante… Pensaré en ella.

Nefret tuvo el sentido común de darle las gracias y de fingir que incluso estaba encantada por toda aquella consideración. Estaba acostumbrada a que cierto tipo de hombres la tratara con aire protector; la mayoría, diría yo, si no fuera porque eso sería generalizar injustamente (dejo que sea el lector el que juzgue hasta qué punto sería injusta o no semejante afirmación).

Lacau inspeccionó el laboratorio sin entretenerse demasiado; una penetrante mezcla de olores indicaba que Martinelli estaba probando algunos productos químicos sobre las piezas de lino y madera. Cyrus le mostró entonces orgulloso «su» documentación, admitiendo, generoso, que la misma era el resultado de nuestros esfuerzos conjuntos. Era, si se me permite decirlo, modélica -fotografías, planos, bocetos, descripciones escritas con todo detalle- y estaba, en su totalidad, adecuadamente clasificada y ordenada. Luego volvimos a las habitaciones donde se encontraban expuestos los objetos para echar una última mirada.

- Veo que voy a tener que reflexionar detenidamente sobre este asunto -dijo Lacau, recorriendo el conjunto con ojos codiciosos-. Me gustaría exhibir todas las piezas juntas y para ello tendremos que considerar cómo podemos encontrar el espacio adecuado. No pensaba que hubiera tantas cosas.

La cara de Cyrus se ensombreció. Lacau pareció no darse cuenta.

- Por ahora les deseo buenas noches, amigos -prosiguió-. Gracias

por su espléndida hospitalidad y por una experiencia realmente sorprendente.

Tras despedirnos de él, nos volvimos a reunir para tratar de animar a Cyrus, quien había interpretado las palabras de Lacau del modo más deprimente posible.

- No puede llevarse todo -insistió Emerson-. Como diría mi mujer, no anticipes los problemas, Vandergelt. Maldita sea, está en deuda contigo por todo el tiempo, por todos los esfuerzos y por todos los gastos que has tenido, y eso sin mencionar el hecho de que fue Bertie el que descubrió la tumba.

- Creía que estabas a favor de que los objetos más valiosos se quedaran en Egipto -dijo Cyrus sorprendido-. De hecho entregaste el entero contenido de la tumba de Tetisheri al museo.

- La cosa no es tan sencilla -dijo Emerson, sacando su pipa-. Tanto los arqueólogos como los coleccionistas se han dedicado a arrebatar a este país sus antigüedades durante décadas sin que los egipcios pudieran decir nada al respecto. Pero ahora que el sentimiento nacionalista está aumentando…

- De acuerdo pero ¿cómo se conservarán entonces los hallazgos? -gritó Cyrus verdaderamente angustiado-. El museo carece de medios y de personal.

- Sin duda pero ¿de quién es la culpa? -le preguntó Emerson, a quien le gustaba tomar parte en las discusiones sin importarle de qué parte estaba y cambiando de bando cada vez que le apetecía-. En puridad, se trata sencillamente de una cuestión de dinero y, ¿quién es el que ha decidido hasta ahora el modo en que había que gastarlo? Políticos como Cromer y Cecil a quienes les importaba un comino mantener el museo, contratar personal egipcio cualificado o pagarles lo suficiente…

- Disculpa Emerson, pero todos hemos escuchado ya esa perorata -le dije educadamente, aunque con firmeza-. No nos queda otro remedio que confiar en que Mr. Lacau sea razonable.

- Me gustaría que se decidiera de una maldita vez -refunfuñó Cyrus-. Este suspense me está matando.

Al despedirnos, eché un vistazo a mí alrededor para ver si veía al signor Martinelli, pero fue en vano.

- Podía al menos habernos dado las buenas noches antes de retirarse -comenté.

- No se ha ido a la cama -dijo Cyrus-. Ha vuelto a irse a Luxor.

- ¿A esta hora?

- La mejor para hacer lo que debe de estar haciendo ahora allí -dijo Emerson. Él y Cyrus intercambiaron una significativa mirada.

Yo también había oído los rumores, dado que tengo muchos amigos en Luxor y el cotilleo es un deporte muy popular. Al notar que Emerson estaba a punto de explayarse sobre los lugares de entretenimiento de dudosa fama de dicha ciudad, me llevé de allí a mi familia.

La inspección de los objetos nos había llevado mucho tiempo de manera que, cuando llegamos a casa, era ya muy tarde pero estábamos tan profundamente impresionados por lo que había sucedido aquella noche que no podíamos por menos que hablar de ello. Los cuatro nos acomodamos en la galería para concluir la noche con un whisky con soda. Me sorprendió un poco que Nefret aceptara la copa ya que no solía beber alcohol. Caí entonces en la cuenta de que ella también debía de haberse puesto muy nerviosa, probablemente a causa de sus queridas momias. Durante la cena había bebido más vino del que tenía por costumbre.

- Me parece mezquino que no haya querido darnos ni tan siquiera una pista-dije.

- Imagino que se sentía un tanto abrumado -dijo Ramsés pensativo-. ¿Qué demonios va a hacer con todas esas cosas? Tendrán que cambiar la disposición de los objetos que ya están expuestos en el museo, o incluso almacenar buena parte de ellos para hacerles sitio.

Construir cajas para exhibirlos, embalar todo adecuadamente…

- ¿Ellos? Seremos nosotros los que tengamos que embalarlo todo -dije-. No podemos permitir que lo haga cualquiera. Ay, querido. No puedo decir que me apetezca realizar esa tarea. Cuando trasladamos las piezas de la tumba a El Castillo, tuve que usar balas enteras de algodón y todas las telas de algodón y lino que pude encontrar para envolverlos. Temo que a esa bonita túnica le suceda lo peor. Poco importa el material de embalaje que usemos para ella, dudo que sobreviva a un viaje semejante.

- Haremos una copia -dijo Nefret. Tras finalizar su whisky, dejó escapar una risita-. Se me ha ocurrido una idea algo perversa. La próxima vez que me encuentre en esa habitación perderé mi

equilibrio y me dejaré caer pesadamente sobre la mesa. Si el lino se rompe en mil pedazos, como sospecho que sucederá, tal vez Mr. Lacau acepte que nos quedemos con los adornos.

- Estás diciendo tonterías, querida -le dije con una afectuosa sonrisa-. Puro cansancio, espero. A la cama enseguida.

- Me conformaría con algunas de las joyas -dijo Nefret, mientras tendía sus manos a Ramsés y le dejaba que le ayudara a ponerse de pie-. La pulsera con la serpiente de oro y granates, y la otra con las bandas de lapislázuli y oro, y la cabeza de Hator… Madre, ¿no cree usted que un hombre realmente enamorado de su mujer debería hacer lo que estuviera en su mano por conseguir unas chucherías como ésas para ella? Dicen que serían capaces de bajarnos la luna y las estrellas del cielo para arrojarlas en nuestros regazos, pero cuando les pedimos una cosita tan sencilla como una pulsera…

- No está cansada, lo que pasa es que ha bebido demasiado -dijo Ramsés con una sonrisa mientras rodeaba con su brazo el cuerpo ligeramente oscilante de su mujer-. Vamos, pequeña desvergonzada.

- Llévame. -Diciendo esto lo miró, con las mejillas sonrosadas y la boca entreabierta.

Pude oír perfectamente cómo se le cortaba la respiración a mi hijo. Tomándola en brazos, se la llevó. Por una vez, ninguno de los dos se molestó en desearnos las buenas noches.

Emerson me dedicó una mirada de circunstancias.

- No recuerdo haberte visto nunca tan piripi, Peabody.

- Y tú -le repliqué, puesto que sabía de sobra lo que le estaba pasando por la cabeza-, jamás me has ofrecido arrojar la luna y las estrellas en mi regazo.

La respuesta de Emerson fue bastante inteligente pero completamente vulgar en su modo de expresarla, por lo que no la repetiré aquí. Algo más tarde me dijo somnoliento:

- Podría conseguirte una o dos pulseras de oro, si quieres.

Fue bastante extraño, verdaderamente… que mencionáramos las pulseras, quiero decir. Dado que fueron precisamente ésas las piezas que desaparecieron durante la noche, junto Asignar Martinelli.

# Capítulo 2

Uno de los criados de Cyrus, portador de un mensaje de este caballero, fue el encargado de informarnos de los tristes acontecimientos. Nuestro amigo nos imploraba que acudiéramos a su casa, con una letra prácticamente ilegible a causa de la agitación. Dado que era viernes, el día que nuestros hombres dedicaban al descanso y a la oración, habíamos desayunado en familia -niños incluidos- algo más tarde de lo habitual. Esas diminutas criaturas habían insistido en comer solos, para gran regocijo de su abuelo y resignación de su abuela. A los gatos les gustaba especialmente hacernos compañía en aquellos momentos dado que normalmente podían encontrar un montón de comida en el suelo… sobre la mesa… y también sobre nosotros. Por esa misma razón, Sennia no se encontraba allí. A pesar de que estaba muy encariñada con aquellos adorables pequeños, era muy quisquillosa con la ropa y no apreciaba la generosidad con la que arrojaban gajos de naranja y trozos de pan untados con mantequilla en su impecable regazo.

Cuando Fátima abrió la puerta, fui yo la que tomó la nota que nos traía, ya que Davy había aplastado inesperadamente un trozo de tostada generosamente untada de mermelada en la mano de Emerson, dejándola bastante pringosa.

- ¡Maldita sea!- grité con vehemencia.

- No maldigas delante de los niños -dijo Emerson, tratando subrepticiamente de esconder la espachurrada dádiva en su servilleta-. ¿Qué pasa?

- Las joyas de las esposas del dios, han desaparecido, al igual que el signar Martinelli.

- ¿Qué? -Emerson se levantó de un salto de su silla-. ¡Imposible!

- Y sin embargo es verdad, desgraciadamente. La primera cosa que hace Cyrus al levantarse por la mañana es ir a la habitación donde están expuestos los objetos, para relamerse mientras los contempla, me imagino, pero es comprensible, ¿no?. Creo que sólo han desaparecido algunas cosas, dos o tres pulseras, un colgante, pero…

- Eso es ya más que suficiente -dijo Ramsés. Sus cejas, tan espesas y oscuras como las de su padre, se arquearon como solían hacer cuando estaba muy sorprendido o preocupado-. Mr. Lacau atribuirá la responsabilidad a Cyrus. ¿Ha abandonado Martinelli la casa?

- Eso es lo que dice Cyrus. Nos pide que vayamos de inmediato.

- Estamos obligados a hacerlo -dijo Ramsés-. No, gracias Davy, cómete todo el huevo. Yo ya me comí el mío.

- Yo también iré, por supuesto -dijo Nefret.

No fue tan fácil ponerse en camino, dado que empleamos algo de tiempo en llevar a los niños a su cuarto y dejarlos allí con sus niñeras. Emerson tuvo también que cambiarse de pantalones y, además, hubo que ensillar a los caballos. Sennia quiso acompañarnos, pero yo me negué, ante lo cual ella protestó; cuando se le impedía hacer algo solía olvidar que tenía diez años y que «no había dejado de ser aún una niña». En mi opinión, cuanta menos gente estuviera al tanto de lo sucedido, mejor; hasta que no supiéramos algo más, por lo menos.

Por una vez, Cyrus no salió a recibirnos a la puerta. Él, Katherine y Bertie se encontraban en la habitación donde se exhibían los objetos, ocupados en una frenética y, no me cabía duda, repetitiva búsqueda. También vana. Era imposible que las piezas desaparecidas hubieran sido colocadas accidentalmente en otra parte. El hueco que habían dejado en el lugar donde antes reposaban resultaba demasiado evidente.

Consciente enseguida de todo ello, me dispuse sin perder tiempo a tratar de hacer volver a mis agitados amigos a un estado en el que pudieran considerar sensatamente lo sucedido.

- Tenemos que hablar de ello con calma -afirmé-. Cyrus, deja de dar vueltas como un loco, no conseguirás nada con eso y puedes romper algo. ¿Qué es exactamente lo que falta?

Me contestó Bertie, dado que su padrastro me miraba como si no

supiera de qué le estaba hablando.

- Tres pulseras, las mejores del lote, y el colgante con las dos cobras coronadas.

- ¿Nada más?

- No. Eso fue lo que inicialmente me preocupó y, puede estar segura, he repasado todo el inventario.

Le dediqué una sonrisa de aprobación.

- Bien hecho, Bertie. Siempre me ha parecido admirable tu sangre fría. Propongo que salgamos de aquí y que celebremos un pequeño consejo de guerra.

Todos estuvieron de acuerdo, por descontado. Nos instalamos en la salita de Katherine, que ésta había amueblado en un modo encantador. Obedeciendo a mi sugerencia, pidió que nos trajeran café y té ya que, según les hice notar, era necesario que nos comportáramos como si nada hubiera pasado. Tras despedir a los sirvientes, empecé con mi interrogatorio.

Supongo que conduje la investigación con la misma competencia con la que la habría llevado a cabo cualquier agente de policía. Mi suposición, la de que Cyrus había descubierto el robo a primera hora de la mañana en el curso de su cotidiana inspección del tesoro, era correcta. Pensando que Martinelli debía de haberse llevado de allí las joyas para restaurarlas ulteriormente, lo había buscado en el laboratorio sin resultado alguno y entonces, empezando a temerse lo peor, se había precipitado a la habitación del italiano, para descubrir tan sólo que no había dormido en su cama y que no estaba en la casa.

- No saquemos conclusiones apresuradas -dije-. Puede haber pasado la noche en Luxor arreglando… esto… algunos de sus asuntos. ¿Siguen estando su ropa y sus objetos personales en la habitación?

- ¿Qué importa eso? -chilló Cyrus enloquecido-. Dondequiera que esté, tiene las joyas en su poder. El era la única otra persona que tenía las llaves de esa habitación. Anoche cerré la puerta, vosotros me visteis, y seguía cerrada esta mañana.

- Menos mal que les he dicho a los sirvientes que se retiraran -dije con severidad-. Cyrus, sólo espero que, a causa de tu nerviosismo, no se te haya escapado que las joyas han desaparecido.

- No soy tan estúpido -me contestó bruscamente-. Lo que sí que

saben es que he estado buscando a Martinelli.

- No podemos ocultarles su desaparición, siempre y cuando no se trate de un simple retraso -dije-. Supongo que es la primera vez que pasa la noche fuera de casa. ¿No? Entonces es comprensible un cierto grado de preocupación y, en el caso de que no vuelva a dar señales de vida, tendremos que hacer unas cuantas averiguaciones que no podremos mantener en secreto. Lo primero de todo es ver lo que se ha llevado, si es que efectivamente lo ha hecho.

- Echaré un vistazo -se ofreció Bertie.

- Sí, buena idea -asentí-. Probablemente conoces su guardarropa mejor que yo.

Bertie se deslizó fuera de la habitación, con ese modo que tenía él de hacer las cosas sin llamar la atención; Katherine consiguió convencer a su agitado marido para que se sentara y se bebiera una reconfortante taza de café.

- Lo siento mucho, amigos -murmuró Cyrus-. No debería de haber perdido la cabeza en ese modo. Pero ¡maldita sea! Todo esto me deja en una posición terrible.

Era demasiado generoso como para mencionar el corolario de aquello: el hecho de que nuestra posición fuera aún más comprometida. Martinelli había sido uno de los restauradores y falsificadores empleados por Sethos en la época en la que éste estaba al frente del comercio ilegal de antigüedades en Egipto. Había sido precisamente Sethos el que nos lo había recomendado y Cyrus había aceptado sin pensárselo dos veces nuestra palabra de que se trataba de una persona de toda confianza.

A nadie se nos escapaban las terribles implicaciones de todo aquello. Emerson, con el ceño fruncido, fue el primero en expresarlas en voz alta.

- Somos nosotros los auténticos responsables, Vandergelt -anunció, sacando pecho-. Lamento profundamente que te haya sucedido un desastre semejante, pero ten por seguro que no te dejaremos cargar solo con las consecuencias.

- Muy noble por tu parte, Emerson -le dije, mientras Cyrus se volvía hacia él con los ojos empañados y le tendía la mano-. Pero, perdona que te lo diga, de poca ayuda. Por el momento no conocemos las dimensiones de dicho desastre, así como tampoco hemos considerado los medios para disminuirlas. Se me han

ocurrido unas cuantas ideas.

- No lo pongo en duda -rezongó Emerson-. Vamos a ver, Amelia…

Bertie regresó a la habitación, del mismo modo imperceptible en que había salido.

- ¿Y bien? -le preguntó Emerson.

- Si de verdad se ha ido para siempre, nos ha dejado todos sus objetos personales -fue la respuesta-. Ropa, maletas, hasta sus cosas de afeitar. Su abrigo, su sombrero, y el bastón con la empuñadura de oro no están, y creo que también había un pequeño baúl de viaje que ahora no consigo encontrar.

- ¡Qué raro! -exclamé-. Entonces tenía pensado volver.

- No necesariamente -dijo Ramsés. El rostro de mi hijo resultaba ahora menos flemático de lo que había sido en su juventud, cuando Nefret lo había descrito como el de un «faraón de piedra».

Ahora se permitía manifestar alguna que otra emoción, especialmente el conmovedor afecto que sentía por su mujer y sus hijos; pero en esa ocasión asumió de nuevo aquella pétrea expresión para asestar el golpe mortal a mi optimista afirmación.

- Si lo que quería era pasar desapercibido, tenía que salir sin maletas. Y tampoco podía esconder las piezas en ellas si se marchaba oficialmente, sabía de sobra que Cyrus habría repasado el inventario antes de dejarlo salir.

Muy a mi pesar, asentí con la cabeza.

- Una suposición propia de un experto delincuente como, de hecho, ha sido, formado por una de las mentes criminales más admirables…

- ¡Maldita sea, Amelia! -Emerson se puso de pie de un salto, fulminándome con la mirada-. ¿Cómo puedes pronunciar juntas las palabras «admirable» y «criminal»?

La mirada de Cyrus era algo menos severa.

- ¿Quieres decir que Sethos podría estar detrás de todo esto, Amelia? Creí que se había reformado.

- Creo que no es eso lo que quiere decir. -La melodiosa voz de Nefret pareció calmarlos-. Me parece que nos estamos yendo por las ramas. Tenemos que mantenernos unidos y lo primero que debemos hacer es actuar antes de que transcurra demasiado tiempo.

- Mmm -dijo Emerson. Sus penetrantes ojos azules se

dulcificaron-. Esto… Disculpa, Peabody.

Que usara de nuevo mi nombre de soltera, que suele emplear en señal de reconocimiento profesional, me dio a entender que estaba otra vez a mi favor.

- Concedida -le dije, condescendiente-. Nefret tiene razón. Tenemos que tratar de encontrar a Martinelli lo antes posible. Si no aparece tendremos que pensar entonces en lo que debemos hacer a continuación. Después de todo -añadí, intentando, tal como tengo por costumbre, mirar el lado bueno de las cosas-, nadie más sabe que se ha producido el robo y Mr. Lacau tardará algunas semanas en volver. Eso nos deja bastante tiempo para pensar en el modo de salir de ésta. Tengo varias…

Nefret soltó una carcajada y la cara de Cyrus se arrugó en una sonrisa.

- Si tú no eres capaz de encontrar el modo de salir de ésta, nadie más podrá hacerlo. Está bien, encárgate tú. ¿Qué hacemos primero?

La respuesta era obvia para mí, y lo debería ser también para mis avispados lectores. Preguntando al portero nos enteramos de que, la noche anterior, Martinelli había abandonado la casa algo tarde, «tal como hacía a menudo», añadió el tipo con una sonrisa y una mirada maliciosa. Se había marchado a pie por el camino que conducía fuera del Valle, en dirección al río, «caminando como un hombre que está deseando…»; tras interrumpirlo secamente, le hice otra pregunta. Sí, llevaba una maleta pequeña, lo bastante grande como para contener un traje para cambiarse o un par de pijamas.

- O tres pulseras y un pectoral, cuidadosamente empaquetados - gruñó Emerson después de despedir al testigo.

Nos costó un poco encontrar al barquero que había ayudado al italiano a cruzar el río. Estaba enojado con el effendi, lo había esperado durante horas para volverlo a llevar a casa pero el cliente no había aparecido. Había perdido dinero, mucho dinero, rechazando otras ofertas y bla, bla, bla…

A pesar de que dudaba mucho que pudiera tener muchos clientes a esa hora de la noche, nos congraciamos con él pidiéndole que nos condujera hasta Luxor.

El turismo casi había vuelto a la normalidad, por lo que la pequeña ciudad volvía a ser tan animada y bulliciosa como lo había sido antes de la guerra. La fachada del Winter Palace Hotel

resplandecía, recién pintada de rosa, y las polvorientas calles estaban de nuevo abarrotadas de carros, burros y camellos. Los barcos de vapor que transportaban a los turistas y las dahabiyya se alineaban a orillas del río. Desde las cubiertas de algunos de ellos, viajeros perezosos que habían preferido no bajar a tierra, miraban por encima de las aguas límpidas del río, apoyados en las barandillas. Algunos de ellos nos saludaron agitando los brazos. Dudo que supieran quiénes éramos, dado que no pude reconocer ninguna de aquellas caras, pero les devolví el saludo igualmente. Emerson los maldijo.

- Demasiada gente, maldita sea. No va a ser fácil encontrarlo entre toda esta chusma.

Su predicción resultó ser cierta. A pesar de que Katherine se había quedado en El Castillo, éramos seis los encargados de llevar a cabo las averiguaciones pertinentes, así que dividimos nuestras fuerzas. Acordamos encontrarnos de nuevo en la terraza del Winter Palace, tras haber realizado alguna que otra pesquisa tanto en los hoteles como en los restantes lugares de diversión algo menos respetables. (Mi propuesta de interrogar al personal femenino de algunos de esos establecimientos fue unánimemente rechazada.)

El resultado fue desalentador, aunque no sorprendente. Martinelli era muy conocido en los hoteles y en los cafés de la ciudad pero nadie parecía haberlo visto la noche anterior. Las mujeres que Emerson se había encargado de interrogar negaron haberlo visto nunca. Yo era propensa a creerlas, ya que no veía qué motivo podían tener para mentir. Por lo visto, Martinelli tenía el suficiente sentido común (o el suficiente éxito en cualquier otra parte) como para evitar ese tipo de tugurios.

El último en llegar fue Ramsés, quien se había encargado de echar una ojeada en la estación.

- ¿Hubo suerte? -preguntó.

- No, ¿y tú? -preguntó Emerson a su vez.

- Un hombre que se ajusta a su descripción subió al expreso que salió esta mañana en dirección a El Cairo. Pero no es seguro -se apresuró a añadir-. Ya sabéis lo dispuestos que están los egipcios a dar la información que creen que uno quiere oír. Ninguno de ellos recordaba el baúl o el llamativo bastón que suele llevar.

Se hizo un lúgubre silencio.

- Mala cosa -refunfuñó Cyrus-Y ahora, ¿qué hacemos?

Todos me miraron. No pude por menos que sentirme muy halagada.

- Irnos a comer -dije, tras lo cual conduje al grupo hasta el salón comedor.

La dirección de aquel magnífico albergue nos conocía perfectamente, de modo que no nos resultó nada difícil conseguir una mesa. Juntamos nuestras cabezas sobre una botella de vino y sobre la comida que nos habían servido, y que Cyrus apenas tocó. La primera idea de Cyrus, avisar a la policía de El Cairo, parecía lógica; pero yo me sentí en la obligación de hacerles ver su punto débil.

- Si Martinelli ha aprendido algo de su anterior maestro, que era, como todos sabéis de sobra, un consumado artista del disfraz…

- Sí, sí, ya lo sabemos -gruñó Emerson-. Te ruego que no nos sueltes ahora uno de tus prolijos y completamente innecesarios discursos, Peabody. Aunque ese canalla haya cambiado de aspecto, lo mínimo que podemos hacer es intentar encontrarlo. -Apenas acabó de decir esto, mordió salvajemente un panecillo.

Aprovechando la invectiva, di buena cuenta de mi sopa. Como suelo decir siempre, no hay que permitir que las preocupaciones nos arruinen el apetito.

- Estoy de acuerdo -dijo Ramsés-. Somos muy afortunados al estar en buenas relaciones con el ayudante del jefe de la policía. Russell hará lo que le pidamos sin necesidad de darle demasiadas explicaciones.

- ¿Y qué hacemos si encuentra las joyas? -preguntó Cyrus.

- En ese caso, las recuperaremos -le contesté-. No, Emerson, no nos sueltes tampoco tú ahora un discurso prolijo y completamente innecesario. Russell nos debe mucho, o, al menos, le debe mucho a Ramsés, por los servicios que prestó a la policía y al ejército durante la guerra, y puede que nos las arreglemos para salir de ésta sin tener que mencionar el nombre de Sethos. Eso suponiendo que Russell sea capaz de capturar a Martinelli, lo que me parece muy poco probable.

Emerson se había zampado su comida a gran velocidad. Tras apartar el plato, se levantó.

- Voy a la oficina de telégrafos.

- ¿Cuántos telegramas tienes la intención de mandar? -le pregunté.

Me miró desde lo alto.

- Dos, tal vez tres.

Suspiré.

- Supongo que no nos queda otro remedio. ¿Tienes la dirección?

Emerson asintió bruscamente con la cabeza y se marchó.

- Hum. -Cyrus tiró de su perilla-. ¿A quién van dirigidos los otros telegramas?

- No creo que le cueste mucho adivinarlo -dijo Nefret.

- Supongo que no. ¿Nos vamos a la terraza a tomar un café y a mantener una pequeña conversación confidencial?

Era un día cálido y luminoso. Las terrazas gemelas del Winter Palace, a las que se accedía a través de un par de espléndidas escaleras curvas, sobresalían de tal modo por encima de la calle que el polvo que levantaban los pies y los cascos de los animales que se encontraban en ella no llegaba a alcanzarnos. El sol de mediodía hacía resplandecer el río. Cyrus sacó su caja de puros y, tras pedirnos permiso, se encendió uno. El vino y el tabaco lo habían calmado por lo que volvía a ser la persona perspicaz de siempre. Durante años lo habíamos mantenido al margen de determinados asuntos, tanto personales como profesionales. Nuestra responsabilidad en el presente hacía que no fuera posible, en mi opinión, ocultarle la verdad. Y, en cualquier caso, ¡ya iba a ser bastante complicado estar al tanto de todas las mentiras que íbamos a tener que inventar para Russell y Lacau!

- ¿De modo que seguís en contacto con vuestro viejo colega, el Maestro del Crimen? -preguntó Cyrus-. Hasta sabéis su dirección actual. ¿Dónde demonios se encuentra?

- No estoy muy segura de dónde pueda estar en este momento -admití-. Tiene una casa en Cornualles y un apartamento en Londres, pero viaja mucho.

- Apuesto a que lo hace -dijo Cyrus-. Está bien Amelia. De nuevo… ¿dónde demonios se encuentra?

Miré a mis hijos, sentados muy juntos con los dedos entrelazados. Ramsés enarcó las cejas.

- ¿Nos está pidiendo consejo, madre? ¿Qué daría por saber lo que estamos pensando? -preguntó divertido.

- Yo se lo diré sin pedirle nada a cambio -afirmó Nefret-. Creo que podemos confiar en Cyrus completamente y, en cualquier caso, ya estoy harta de secretos. Propongo que se lo contemos todo.

- Rápidamente, antes de que vuelva nuestro padre -añadió Ramsés.

Visto que compartía su opinión, lo hice. Cyrus estaba ya al corriente de las anteriores actividades delictivas de Sethos, ya que se había visto involucrado en algunos de nuestros encuentros con nuestro viejo adversario. No sabía nada, en cambio, de las valerosas y arriesgadas hazañas de Sethos como agente secreto británico pero -aseguró-, no le sorprendían. Le expliqué que si no podía entrar en más detalles era porque tanto sus acciones como las de Ramsés estaban protegidas por la Ley de Secretos Oficiales.

- Está bien -dijo Cyrus- No necesito saberlo, pude ver algunos de los resultados. En 1915, cuando Ramsés tuvo que guardar cama durante una semana, justo después del fracaso del primer ataque turco al Canal, empecé a preguntarme cómo se habría hecho aquellas heridas. ¡Rodando por un precipicio no, desde luego, él no! Las de David eran aún peores; él también estaba involucrado, ¿verdad? Si no dije nada fue porque consideré que no era asunto mío. Luego, al año siguiente, ocurrió aquel interesante incidente en el que Sethos surgió de repente de la nada y ayudó a capturar a un espía alemán. Pero incluso en el caso de que Ramsés hubiera colaborado también en aquel trabajo, ello no explica la estrecha relación que seguís manteniendo todavía con ese individuo.

- No, es cierto -reconocí.

- Aquí llega nuestro padre -dijo Ramsés quien había estado vigilando-. Dígaselo ya, madre.

Como no tenía ganas de ver farfullar y discutir a Emerson, me apresuré a soltarlo.

- Sethos es el hermanastro de Emerson. Ilegítimo, lamento decirlo, pero medio hermano al fin y al cabo y, en los últimos tiempos, mucho más cercano… Mmm. La verdad es que esa frase no suena demasiado bien.

- Me hago una idea -dijo Cyrus con un hilo de voz-. ¡Por el amor de Dios, Amelia! Sospechaba que había algún tipo de relación, pero…

- Informaré a Emerson de que has sido puesto al corriente de la

situación, por supuesto -dije rápidamente, al ver a mi marido subiendo la escalera de dos en dos-. Aunque es más fácil de manejar cuando se le presentan las cosas como hechos consumados. De otro modo lo único que se consigue es pelear con él y perder tiempo con prolijos…

- ¡Madre! -chilló Ramsés.

- Está bien. Ni una palabra de todo esto a nadie, Cyrus. Excepto a Katherine, por supuesto. Confío en su discreción tanto como en la tuya.

- Jamás -me aseguró Cyrus.

Bertie apenas había abierto la boca. Rara vez tenía ocasión de decir algo, ya que era muy educado y no osaba interrumpir las conversaciones y su modestia le impedía, además, atreverse a contradecir las dogmáticas afirmaciones a las que el resto de nosotros era en algún modo propenso. Su ingenua cara daba muestras evidentes de asombro pero aun así fue capaz de reunir las fuerzas suficientes para expresar lo que sentía.

- No sabe hasta qué punto aprecio su confianza, madame.

- Te la has merecido, Bertie -le respondí afectuosamente-. Y sé que sabrás guardar el secreto.

- Por supuesto. Tiene mi palabra.

- ¿Su palabra sobre qué? -preguntó Emerson, surgiendo a mis espaldas.

- No tiene importancia, querido -le contesté-. ¿Te apetece un café?

- No. Será mejor que regresemos. Hasta que no contesten a nuestros mensajes, no podemos hacer nada y, además, tengo trabajo pendiente.

- ¿El artículo? Estupendo, Emerson.

Mi marido se tocó el atractivo hoyuelo (o la grieta, como él prefería llamarlo) que tenía en la barbilla.

- Oh, ese artículo. No hay prisa, Peabody. Pensaba ir unos minutos a las excavaciones esta tarde. La luz será perfecta para sacar unas fotografías, Nefret.

- Lo siento, padre. -Aunque la sonrisa de Nefret era cálida, su tono era firme-. Les prometí a los gemelos que los llevaría a ver a Selim esta tarde para jugar con sus hijos. No puedo decepcionarlos.

- Ah, no, no debes hacerlo. Ramsés…

- Emerson, sabes de sobra que tienen por costumbre visitar a Selim los viernes por la tarde -le dije-. A Ramsés le encanta ir a ver a Selim y a sus hijos. De todos modos, tienes que finalizar ese artículo antes de que vayamos a El Cairo a recoger a la familia. Estoy segura de que querrás tenerlo acabado antes de que lleguen.

- ¿Cuándo os marcháis? -preguntó Cyrus.

- Nos vamos en el tren del domingo por la noche -dije, mientras recogía mis pertenencias: bolso, guantes y sombrilla, y me levantaba-. Para entonces deberíamos haber tenido ya noticias de Mr. Russell, y puede que también de… alguien más. De cualquier modo, sea cual sea el resultado de nuestras primeras averiguaciones, continuaremos con ellas en El Cairo.

Tras cogerme del brazo de Emerson, ambos descendimos por la escalera.

- Luxor está abarrotado esta temporada -le comenté-. Da gusto ver que las cosas vuelven a la normalidad. Oh… ahí está Marjorie. Sólo un minuto, Emerson, nos está saludando con la mano.

- Devuélvele el saludo y sigue andando -dijo Emerson-. Puedes dedicarte al chismorreo cuando te apetezca, Peabody, siempre y cuando lo hagas cuando yo no esté presente. Esas cosas me sacan de quicio.

Agarrándome la mano, me arrastró escaleras abajo. Cuando casi habíamos concluido nuestro descenso, vi que la gente se arremolinaba a los pies de la escalera. Los gritos y la agitación que provenían de allí indicaban que estaba ocurriendo algo. Mi escasa estatura me impedía averiguar la causa, pero Ramsés, quien iba delante con Nefret, tuvo que ver algo que lo incitó a intervenir. Tras soltarse del brazo de su mujer, se precipitó en aquella dirección.

Creo innecesario decir que el resto de nosotros no nos quedamos atrás. Emerson se abrió paso con brusquedad entre el grupo de embobados espectadores. Se habían separado prudentemente de los dos principales protagonistas, quienes luchaban en ese momento a brazo partido. La pelea no duró mucho: con un rápido movimiento, Ramsés (supongo que el lector habrá ya adivinado que uno de los combatientes era mi hijo) aferró al otro hombre y le dobló el brazo por detrás de la espalda. Su contrincante era un individuo corpulento y de pelo oscuro que mostraba sus dientes en una mueca de dolor o rabia. El tercer participante yacía en el suelo,

aparentemente inconsciente.

Era poco menos que un niño, menudo y frágil, con un traje que sólo podía ser obra de un sastre inglés. Se le había caído la gorra. Sus pestañas doradas se abrían en abanico sobre sus aterciopeladas mejillas, y unos rizos dorados coronaban su cabeza descubierta. Su apacible expresión y su delicado cuerpo recordaban a los de un ángel caído, abatido por algún diabólico adversario. Que podría haber sido muy bien el otro hombre, quien, con semblante furibundo y músculos protuberantes, seguía tratando de desasirse de Ramsés.

- Suéltame, estúpido -chillaba-. Suéltame.

- Sujétalo, Ramsés -le ordené a mi hijo.

- Es justo lo que tengo intención de hacer, madre. Estaban luchando cuando los vi, y este tipo derribó al muchacho. ¿Está malherido?

- No veo ninguna herida o magulladura -dijo Nefret. Se había inclinado sobre el muchacho y, estaba a punto de aflojarle el cuello, cuando las doradas pestañas de éste parpadearon y se abrieron, enmarcando unos ojos de un azul suave y celestial. Una embelesada sonrisa curvó sus delicados labios.

- Es usted muy hermosa -dijo, cogiendo la mano de Nefret-. ¿Es usted un ángel o una diosa? Las diosas egipcias tenían el pelo oscuro…

- Tan sólo soy una amiga -le respondió amablemente Nefret-, que le va a cuidar

- François se ocupará de mí. -Sus ojos recorrieron con inocente curiosidad el círculo de miradas que seguían clavadas en él-. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi buen François?

- Aquí, mi joven amo, aquí. -François, cuya identidad quedó determinada por la sonrisa del muchacho, había comprendido finalmente que cualquier resistencia iba a ser inútil. Su cuerpo se relajó entonces y sus facciones se dulcificaron. Aunque la verdad es que distendido no resultaba mucho más agradable pues tenía la nariz torcida y la boca desviada por una cicatriz. Su frente era, además, estrecha, prueba evidente, según algunos expertos, de la propensión a la delincuencia en las personas, y la parte inferior de su cara carecía de cualquier proporción ya que su mandíbula era larga y sus pómulos prominentes.

- Suélteme -suplicó a Ramsés-. *Monsieur, vous plait… je vous en prie…*

- Por lo visto -comenté-, nos hemos equivocado al juzgar la situación. Déjalo ya, Ramsés.

El hombre se arrodilló junto al muchacho y lo alzó con delicadeza, la ternura de sus gestos contrastaba fuertemente con su anterior ferocidad.

- Vamos a casa ahora -murmuró-. Vamos, joven amo. Venga usted con François.

- Sí -asintió el muchacho-, pero antes quiero saber los nombres de mis nuevos amigos y yo tengo que decirles el mío. Soy Justin Fitzroyce. ¿Y usted, bella señora?

Nefret había comprendido la triste verdad, al igual que yo. Le habló como si se tratara de un niño y, precisamente como un niño bien educado, él nos fue dando a todos la mano a medida que Nefret nos presentaba.

- Espero volver a verla -dijo dulcemente-. ¿Vendrá a verme?

- Gracias -dije-. ¿Dónde vive usted?

François, sujetando con un brazo la frágil figura de su «joven amo», hizo un gesto con la cabeza en dirección al río.

- La dahabiyya Isis. Pueden hablar con mi ama si todavía no se fían de mí.

La misma cara que se había mostrado tan bondadosa al hablar con el muchacho, se oscureció de nuevo al lanzar una mirada iracunda a Ramsés.

- No es necesario -dije.

- ¡No! Tienen que venir ustedes. Mi honor ha quedado en entredicho. Ella les contará.

- Lo siento… -empezó a decir mi hijo.

- No es necesario disculparse -dije con firmeza-. François entenderá sin duda que cualquier extraño podría haber malinterpretado su comportamiento y habría salido igualmente en lo que creía ser la defensa del muchacho.

Por toda respuesta, el hombre hizo un brusco gesto con la cabeza; Justin, en cambio, no dejó de sonreímos y de saludarnos con la mano mientras su sirviente se lo llevaba de allí.

- Qué situación tan triste -dijo mi querido y compasivo marido-. Ese muchacho debe de sufrir ataques. El sirviente se habrá visto

obligado a reducirlo para evitar que se dañara a sí mismo.

- Es muy probable -dijo Nefret-. Aunque si François está al tanto del problema de salud de su amo, debería haber aprendido a tratarlo con menor rudeza. Dios mío, dobla en tamaño al muchacho.

- Y su complexión es, además, propia de un boxeador profesional -dijo Ramsés abstraído, acariciando su puño-. Y conoce también algunas jugadas sucias.

- En cualquier caso, no es asunto nuestro -afirmó Emerson-. Ya me has oído, Peabody; te prohíbo que vayas a visitarlos para meterte en sus asuntos y darles una conferencia sobre el tratamiento médico más indicado. Tú siempre…

- No, Emerson, no «siempre» y, además, no tengo ninguna intención de interferirme en este caso. Tenemos otros asuntos que resolver.

- Estoy completamente de acuerdo -dijo Cyrus, suspirando.

Manuscrito H:

Se detuvieron en El Castillo con la vana esperanza de que el italiano desaparecido hubiera regresado. Pero no era así. Emerson convenció a Cyrus y a Bertie para que lo acompañaran a Deir el Medina, y Katherine apoyó entusiasta la invitación. Era imposible tener noticias de Russell antes de bien entrada la noche y, tal como Katherine admitió ingenuamente: «Si he de ser franca, querido, si te vuelvo a ver rebuscando en esa habitación me echaré a gritar».

Ramsés ayudó a Nefret a reunir a su vociferante prole, con toda la parafernalia incluida. Su madre se encaminó resuelta al estudio de Emerson con un brillo en la mirada que hizo que Ramsés se preguntase qué era lo que se llevaría entre manos, llegando a la conclusión de que lo más probable era que Emerson descubriera al entrar en él por la noche que ella había acabado el artículo en su lugar. Luego se produciría una trifulca. Ya iba siendo hora, pensó. Hacía días que sus padres no habían tenido una buena discusión.

Fueron a caballo, ya que la distancia era demasiado grande para ir a pie. Ramsés y su hija montaron sobre Risha, mientras que Nefret hacía lo propio con Davy, quien era algo menos escurridizo que su hermana. Charla se explayó contándole a su padre cuánto les gustaba, a ella y a su hermano, montar a caballo con él. O al menos ése fue el modo en que Ramsés interpretó sus risitas y sus gestos, ya que no entendió una palabra de lo que decía.

En casa de Selim los estaban esperando con impaciencia, especialmente en el cuarto de los hijos de éste, cuyas edades oscilaban entre el año del más pequeño, que estaba aprendiendo a andar, y los seis del mayor. Daoud y su mujer, Kadija, también estaban allí. Ramsés sabía que apenas iba a ver a su mujer durante el resto de la tarde; Nefret y Kadija eran muy amigas y esta última, una mujer corpulenta, dueña de un famoso ungüento verde cuya receta había heredado de sus antepasadas nubias, todavía se sentía cohibida tanto en presencia de él como de su padre. Y así fue, nada más llegar, ambas se marcharon, acompañadas de las mujeres de Selim, dejando que los hombres fumaran y bebieran café a la sombra de la arcada del patio.

Apoyando sus enormes manos sobre sus anchas rodillas, Daoud sonrió alegremente a Ramsés. A pesar de que su barba era ya gris, su fuerza seguía siendo inigualable. Sólo se la podía equiparar a su gran corazón.

- ¿Hay noticias? -preguntó esperanzado.

Había, y muchas. En circunstancias normales, Ramsés le habría contado a Selim el secreto pero, si bien sentía un gran afecto por Daoud, conocía muy bien la afición que éste tenía por el chismorreo.

- Nada que no sepáis ya -dijo-. Nos vamos a El Cairo el domingo, y estaremos de vuelta con toda la familia en unos días.

- Cuanto antes -dijo Daoud con firmeza-. ¡Hace mucho que no los veo y estoy deseando conocer finalmente al tocayo y nieto de mi venerado y querido tío Abdullah!

- Lo llaman Dolly-dijo Ramsés-. Tienen pensado quedarse con nosotros toda la temporada, así que tendrás muchas ocasiones de verlo.

Los bonitos ojos oscuros de Selim habían ido pasando sucesivamente de un interlocutor a otro. Cuando acabaron de hablar, carraspeó.

- Esta vez es Daoud el que tiene algo que contarnos. Ha descubierto la razón de que Hassan abandonara al Padre de las Maldiciones.

Daoud le dirigió una mirada de reproche. Disfrutaba con la reputación que se había ganado como narrador oficial de historias de la familia, y le habría gustado hacer aquella revelación

valiéndose de su propia retórica. No obstante, se repuso de inmediato.

- Son unas noticias sorprendentes, Ramsés. Jamás habría podido imaginarse una cosa semejante. Hasta yo mismo me quedé mudo de asombro cuando me lo dijo. Abrí desmesuradamente los ojos y casi no podía articular palabra.

- Lo que no duró mucho -dijo Selim con una sonrisa fugaz; Ramsés tuvo la impresión de que algo le preocupaba.

- Vamos, Daoud, no te vayas por las ramas. Cuéntale a Ramsés lo que te dijo Hassan.

- Creo que es mejor que se lo muestre -afirmó Daoud, poniéndose pesadamente de pie-. Vamos, Ramsés, no está muy lejos.

Ramsés acalló las protestas de Selim con un gesto de la mano. Daoud había sido privado de su gran anuncio; tenía derecho a alargar el suspense.

- ¿Dónde? -le preguntó, levantándose a su vez.

- Sígame.

Selim fue hasta la puerta de la casa y chilló, alzando la voz para que le pudieran oír por encima de la confusión que reinaba allí dentro.

- Salimos. Volveremos enseguida.

- De modo que tienes que avisar a las damas, ¿no? -le preguntó Ramsés mientras seguían a Daoud por la calle, si es que la misma merecía tal nombre. El pueblo había crecido desordenadamente, sin ningún trazado coherente, por lo que los senderos se retorcían en todas direcciones atravesando incluso tanto las casas de reciente construcción como los antiguos cementerios-. Y, según dice Daoud, estás pensando casarte por tercera vez. Recuerda lo que te advertí el año pasado. Tres mujeres dan seis veces más problemas que dos.

Selim sonrió y se pasó la mano por la barba.

- Me limito a comunicarles lo que he decidido previamente y hago siempre lo que quiero.

- Por supuesto pero ¿y la tercera mujer?

- Ellas no van a querer que me vuelva a casar.

Al ver la expresión cuidadosamente contenida de Ramsés, soltó una carcajada.

- ¿Así que le parezco tan, cuál es la palabra, calzonazos?

- Sólo sensato -dijo Ramsés uniéndose a sus carcajadas-. Tu

inglés mejora, Selim. ¿Crees que a Daoud le habrá ofendido nuestra frivolidad? Hasta su espalda parece resentirse. ¿De qué se trata?

- Quizá sea de verdad mejor que lo vea usted con sus propios ojos -admitió Selim.

Iban camino del cementerio nuevo que se encontraba en las proximidades del pueblo. Al igual que los más antiguos, estaba emplazado en el desierto y no en la banda de tierra cultivada que bordeaba el río. Era el momento más caluroso del día; el suelo reseco ardía bajo los rayos del sol. El cementerio estaba integrado en su mayor parte por tumbas pequeñas y humildes, marcadas únicamente por sencillos pilares o por losas. El monumento más destacado era la tumba que habían erigido en honor de Abdullah. Diseñada por David, su forma era convencional -una estructura cuadrada coronada por una cúpula-, pero de una elegancia y belleza bastante inusuales. Incluso a una cierta distancia, Ramsés se dio cuenta de que su aspecto había cambiado en algo. Su asombro aumentó al acercarse. Una cuerda atravesaba la bonita entrada en forma de arco y de ella había colgada toda una serie de extravagantes objetos: collares de cuentas y de cristal, pañuelos, un mechón de pelo…

Bajo la cúpula, cerca del monumento bajo que cubría la tumba, se encontraba una forma inmóvil, con la cabeza gacha y cubierta por un turbante y las manos entrelazadas.

- ¡Dios mío! -exclamó Ramsés-. ¡Es Hassan! ¿Qué demonios está haciendo aquí?

- Es el siervo del sheikh -dijo Daoud.

- ¿Qué sheikh? ¡Supongo que no te refieres a Abdullah!

Hassan se levantó y se dirigió hacia ellos, agachando la cabeza al pasar bajo la cuerda y sus abigarrados colgantes. Ramsés observó que el blanco suelo de mármol de la tumba estaba cubierto de flores y hojas de palmera. Había estado fumando con un narguile y en derredor había platos con restos de pan y comida.

- ¿Qué significa esto, Hassan? -le preguntó Ramsés-. Yo quería y admiraba a Abdullah como nadie pero no era un santo.

- Me alegra que hayas venido, Hermano de los Demonios -dijo Hassan, usando el apodo egipcio de Ramsés. Su sonrisa era beatífica. Ramsés se preguntó si, además del tabaco, no habría alguna otra cosa en la pipa.

- Abdullah es un sheik, eso es algo innegable -prosiguió Hassan-. ¿Acaso no sacrificó su vida para salvar la de Sitt Hakim? ¿Acaso no se le apareció luego en sueños, como hacen los santos, y le ordenó que construyéramos su propia tumba?

Ramsés miró a Daoud, quien le sostuvo la mirada con una desvergonzada sonrisa. No podía entender el modo en que su corpulento amigo se había enterado de los sueños de su madre; ella se los había ocultado incluso a la familia más cercana hasta hacía muy poco. Creer en la validez de esos sueños era una de las pocas concesiones que su madre hacía a la superstición; pero vaya si creía en ellos. El escepticismo del resto de su familia la dejaba indiferente; Ramsés tenía que reconocer, aunque tan sólo lo hiciera en su fuero interno, que su consistencia e intensidad eran poco frecuentes. Alguno de los criados debía de haberla oído hablar de ellos y debía de haber hecho circular la noticia que, tras llegar a oídos de Daoud, debía de haberse propagado como la pólvora por toda la orilla occidental.

- Pero los santos hacen milagros -le replicó.

- Ha hecho uno -dijo Hassan-. Cuando ese miserable muchacho que había infringido las leyes de nuestro Profeta estuvo a punto de cometer un nuevo asesinato a la sombra de la mismísima tumba del sheikh Abdullah, ¿acaso no puso éste fin a sus días? También ha hecho otros milagros a mi favor. Tenía el corazón lleno de angustia y remordimientos pero tan pronto como vine aquí y le prometí que sería su siervo volví a sentirme feliz y todos los dolores que sentía en mi cuerpo desaparecieron, y, como puede usted ver, ha habido más gente que se ha acercado también para implorar su misericordia. -Al decir esto indicó con un gesto el patético montón de minúsculas ofrendas-. Ha curado a Mohammed de la tos que le impedía respirar, y también la garganta de Alí. Venga, recemos juntos. Pídale su bendición.

No era el hachís el que hacía brillar sus ojos de aquel modo, sino el fervor religioso y, pensó Ramsés, ¿quién demonios soy yo para decirle que se equivoca o para denegarle un deseo tan inofensivo?

Conocía las oraciones. Las había aprendido durante su infancia. Tras quitarse los zapatos, realizó el habitual recorrido alrededor del catafalco. La voz grave y sincera de Daoud se mezclaba con la suya.

- Que la paz sea con los apóstoles, que Dios, Señor de todos los

seres de esta tierra, sea loado…

Regresaron a casa de Selim dejando a Hassan sentado con las piernas cruzadas bajo la cúpula. Daoud parecía encantado con su sorpresa.

- A mi tío Abdullah le habría encantado ser un sheikh -comentó-. La próxima vez que hable con Sitt Hakim se lo dirá.

- Ten por seguro que te lo diré si lo hace -dijo Ramsés con ironía. No alcanzaba a imaginar cómo iba a reaccionar su madre ante aquellas noticias.

Selim había rezado con ellos pero ahora se mantenía al margen de la conversación y caminaba dando zancadas, sin pronunciar una palabra. Ramsés no sabía muy bien hasta qué punto era devoto; respetaba, eso sí, los cuatro pilares del Islam, observando el Ramadán y procurando mostrarse generoso con los necesitados, pero su abierta anglofilia había influido en su modo de comportarse. Era mucho más indulgente con sus jóvenes mujeres de lo que lo eran la mayoría de sus vecinos y había acabado por adoptar algunas de las costumbres inglesas.

Incluyendo el té de la tarde, que estaba ya preparado al llegar a casa, y la presencia de ambos sexos durante el mismo. A Ramsés le hubiera gustado poder hablar a solas con Selim pero le resultó imposible, ya que los niños corretearon y gritaron durante todo el tiempo y las mujeres no dejaron ni por un momento de hablar todas a la vez.

Tras aceptar la taza de té que le ofrecía la más joven de las mujeres de Selim, sonrió a Nefret, quien tenía en su regazo al hijo pequeño de aquél. Se preguntó si no estaría acariciando la idea de tener otro hijo. Hasta entonces no habían hablado de ello. En su opinión, dos eran más que suficientes. No quería que Nefret tuviera que volver a pasar por aquella experiencia tan sangrienta y dolorosa. Ser padre era una enorme responsabilidad. Miles de veces al día se preguntaba si lo estaría haciendo bien.

Cuando Davy se arrojó en su regazo, se las arregló para sujetar la taza, pero no pudo evitar que hasta los posos del té salpicaran el suelo. Estrechó contra él su cálido cuerpecito. Tal vez no lo estuviera haciendo tan mal.

Kadija los contemplaba por encima de su velo. Era la única mujer que no se lo quitaba en su presencia. Su madre no dejaba de

repetirle que, desde el matrimonio de David y Lía, todos formaban ahora parte de una misma familia pero Kadija procedía de una tribu nubia cuyas antiguas tradiciones seguían estando muy arraigadas. Con todo, había aceptado llamarlo por su primer nombre.

- ¿Cómo se hizo usted esa herida en la mano, Ramsés? -le preguntó-. Parecen las marcas que dejan las garras de un animal.

Ramsés se miró las muñecas que las mangas de su camisa habían dejado al descubierto. Los arañazos eran más profundos de lo que había pensado en un principio, desiguales y de mal aspecto.

- Un pequeño recuerdo de un tipo llamado François -dijo-, con unas costumbres un tanto brutales, de las que forman parte unas uñas afiladas y el deseo de usarlas. No es nada.

Trató de bajarse la manga pero Davy se lo impidió, dándole unos besos muy fuertes y húmedos en la mano y murmurando una especie de lamentos (aunque también podía tratarse de unas fórmulas mágicas).

- ¿Por qué no me lo has dicho? -le preguntó Nefret, apartando al niño.

- No es nada -repitió Ramsés.

Kadija se levantó y entró en la casa.

- El famoso ungüento verde no, por favor -protestó Ramsés-. Deja unas manchas indelebles en la ropa. Gracias, Davy, con eso ya basta. Ya estoy mejor.

- La verdad es que todavía no he conseguido aislar el ingrediente que produce sus efectos, pero he de decir que el ungüento tiene, efectivamente, propiedades antisépticas y antiinflamatorias -dijo Nefret-. Las uñas humanas están llenas de suciedad, y no creo que el tal François se haga la manicura. Esos arañazos tenían que haber sido desinfectados de inmediato.

- ¿De quién se trata? -preguntó Selim-. ¿Quién es ese tipo que se comporta como un animal salvaje? ¿Un nuevo enemigo?

- En absoluto -le contestó Ramsés. Kadija regresó, trayendo un pequeño tarro, y Ramsés se resignó a que le untara la muñeca con el pringue en cuestión, mientras le contaba a Selim lo sucedido. La cara de Selim se ensombreció. Había tomado parte en algunas de sus más salvajes aventuras, y disfrutaba realmente con las buenas peleas.

- Siento decepcionarte, Selim -dijo Ramsés-. Se trata de turistas

por lo que no creo que los volvamos a ver. De todos modos, fue un malentendido. No creo que ese tipo me guarde rencor.

- Puf -dijo Selim.

Los niños no tardaron en alcanzar un estado que sus expertos padres conocían de sobra; las lágrimas y los aullidos de rabia infantil se fueron haciendo cada vez más frecuentes, y Labiba tuvo que darle un cachete a Davy por empujar al bebé. Davy se lo devolvió.

- Creo que es hora de volver a casa -dijo Nefret, separando a los contrincantes por la fuerza-. Empiezan a estar cansados.

- Está bien -dijo Ramsés, aferrando a su hija, quien empezó a explicarse indignada… aunque bien pudiera ser que únicamente estuviera protestando. Su padre sólo pudo reconocer dos palabras. Una debía de ser swahili, y la otra sueco. Ninguna de ellas parecía guardar relación alguna con la situación.

Daoud estrechó a ambos niños, mugrientos y sin dejar de retorcerse, en un afectuoso abrazo, antes de pasárselos a sus padres quienes se encontraban ya a lomos de caballo.

- Tienes un aspecto repugnante -le informó Ramsés a su hija-. ¿Qué es esa cosa morada que tienes en la cara?

En respuesta, la niña le dedicó una amplia sonrisa y frotó su cara contra su camisa.

Como de costumbre, a las mujeres les llevó un buen rato despedirse. Mientras intercambiaban los adioses finales y los chismorreos de última hora, Selim se acercó a Ramsés y se detuvo a su lado.

- ¿Le contará usted a Sitt Hakim lo que ha pasado con Hassan y con la tumba de mi padre?

- Ella lo descubrirá antes o después. ¿Qué problema hay, Selim? Veo que algo te preocupa.

- No tiene importancia -le respondió Selim tirando de su barba-. Sólo que… ¿qué habrá hecho Hassan para sentirse tan culpable y necesitado de perdón?

* * *

Emerson se enfureció al descubrir que yo le había acabado el artículo. Tras una pequeña y refrescante escaramuza, se puso a revisar lo que había escrito, refunfuñando para sus adentros y arrojando lápices a la pared. Me felicité por la idea, que servía para

alcanzar dos útiles objetivos: obligaba a Emerson a finalizar su artículo, cosa que él jamás habría hecho sin mi intervención, y evitaba que se obsesionara con el robo y con la imposibilidad de hacer nada al respecto. Emerson se siente siempre enormemente aliviado después de una de sus explosiones, que, en mi opinión, constituyen un excelente medio para reducir el exceso de bilis.

Tal como había imaginado, los telegramas no nos informaron de nada nuevo. La respuesta de Thomas Russell llegó el sábado. Su estilo epistolar era conciso, como el de mi marido. Nadie que respondiera a esa descripción o nombre había sido visto en el tren. No malgastó palabras pidiéndonos explicaciones; conocía lo suficientemente bien a Emerson como para saber que no iba a servir de nada.

Mi marido hizo una pelota con la fina hoja de papel y se la arrojó al Gran Gato de Ra quien, tras olfatearla y decidir que no era comestible, la ignoró olímpicamente.

El domingo por la noche, a punto de subirnos al tren, seguíamos sin tener noticias de Sethos. Emerson había mandado telegramas a sus dos residencias. Le pedí que me los enseñara y puedo asegurar que ambos contenían toda la información necesaria sin revelar por ello la verdad. Lo que habría sido desastroso, ya que los empleados de la oficina de telégrafos habrían difundido la noticia por todo Luxor.

El frenesí inicial de Cyrus había dado paso a un profundo desaliento. No sabía si era mejor venir con nosotros a El Cairo a buscar al ladrón, o quedarse para vigilar los objetos remanentes. Al final se impuso la última consideración ya que, tal como le expliqué, a pesar de que era posible que Martinelli hubiera escapado a la policía, eso no significaba necesariamente que se encontrara en El Cairo. La mera idea de que el malhechor en cuestión pudiera estar al acecho, esperando el momento más propicio para hacer una nueva incursión en el tesoro, le puso los pelos de punta. Ni siquiera vino a despedirse a la estación.

Pero otros amigos y miembros de la familia sí que lo hicieron. Daoud consideró que era su deber bendecirnos antes de partir; se había puesto uno de sus mejores vestidos de seda, como solía hacer siempre en este tipo de ocasiones, aunque se mostraba algo enojado porque le habría gustado venir con nosotros. Los gemelos también

se iban a quedar en Luxor. Si entendía bien el tenor de sus comentarios, estaban enormemente indignados por quedarse varios días sin padres y abuelos. Emerson, que es un perfecto cobarde con los niños y las mujeres, había propuesto que nos marcháramos sin decirles nada, pero Nefret insistió en que no podíamos desaparecer de repente sin darles explicación alguna y sin asegurarles que íbamos a volver. Me mostré de acuerdo con ella, citando a diversos expertos en educación infantil, hasta que Emerson me interrumpió con su habitual brusquedad.

- ¡No me hables de psicología, Peabody!

Tras despedirme afectuosamente de todos, me volví a Selim. No pude por menos que sentir una pequeña punzada, mezcla de placer y de dolor, al percatarme de cuánto se parecía a su padre; pues, a pesar de que era menos corpulento y alto que él, tenía su mismo porte aristocrático y sus mismas hermosas facciones. Selim era la única otra persona a la que le habíamos revelado nuestro secreto.

- Recuerda, Selim -le dije procurando que los otros no me oyeran-, abre todos los telegramas que lleguen y mándanos la información al Shepheard si son… de él. Procura estar al tanto de cualquier rumor…

Emerson me gritó que subiera al tren y Selim me mostró su blanca dentadura al sonreírme.

- Sí, Sitt, ya me lo ha dicho. ¿Acaso no cumplo siempre hasta la más insignificante de sus órdenes? Que tenga un buen viaje. Maassalameh.

El tren se alejó resoplando -tarde, como siempre-; nosotros nos dirigimos de inmediato al vagón comedor, donde yo pedí una copa de vino para Nefret.

- Sé que odias tener que dejar a los niños -le dije comprensiva-. Pero hazme caso, querida, verás como unas breves vacaciones lejos de ellos te probarán. En mis tiempos yo no veía la hora de poder hacerlas.

El rostro pensativo de Nefret se iluminó con una sonrisa.

- Buen consejo, Nefret, de una persona que sabe de qué habla. Así que, cuando yo era pequeño, ¿deseaba usted tanto pasar unas vacaciones sin mí, madre?

- Enormemente -le aseguré. Ramsés se echó a reír, al igual que los otros; pero, como me pareció seguir viendo una sombra de

remordimiento en el rostro de Nefret, le pedí otra copa de vino.

Las lámparas que había sobre la mesa parpadearon y la vajilla traqueteó, lo que hizo aconsejable que cada uno de nosotros sujetara su copa. Pasamos un buen rato degustando nuestro vino, ya que era difícil encontrar cuatro personas tan bien avenidas como nosotros. No obstante, el vagón iba lleno, y eso impidió que pudiéramos hablar confidencialmente. Antes de prepararnos para pasar la noche, celebramos un pequeño consejo de guerra en la cabina que compartíamos Emerson y yo.

- Escuchad lo que os voy a decir -les pedí-. Mr… ¿Qué dices, Emerson?

- He dicho que siempre lo hacemos -murmuró mi marido con la pipa en la boca.

- Ah, gracias, mi querido Emerson. Como iba diciendo, si Mr. Russell se entera de que estamos en El Cairo no nos dejará en paz hasta que le digamos por qué queríamos que detuviera a un inofensivo viajero y qué es lo que nos llevamos entre manos en este momento. Tenemos que decidir qué es lo que le vamos a decir, si es que, efectivamente, le queremos contar algo.

Emerson abrió la boca. Yo proseguí, alzando ligeramente la voz, ya que soy una firme defensora del orden en el discurso.

- Aún más importante es lo que les vamos a decir a Walter y a Evelyn. No saben nada de nuestra relación… su relación, mejor dicho… con Sethos, pero se trata también del hermano de Walter y, en mi opinión…

- Que coincide con la mía… -añadió Emerson, aprovechando una de mis pausas para respirar.

- ¿Cómo has dicho? -le pregunté sorprendida.

- ¿Crees acaso que me atrevería a contradecirte? -Emerson me sonrió-. Yo también pienso que ya es hora de dejarnos de secretos. Si revelamos que Sethos es un agente británico podemos tener problemas con el Ministerio de la Guerra, pero no veo qué otra alternativa nos queda. El resto de la historia carece de sentido si no lo confesamos y, como dirías tú, mi querida Peabody, una verdad a medias puede confundir más que una absoluta mentira. Si conozco bien a Walter, ese pobre e inocente muchacho estará encantado de descubrir que tiene otro hermano.

- Pero puede que la tía Evelyn no lo esté tanto -dijo Ramsés.

Como estábamos en privado, había imitado a su padre y se había aflojado la corbata, desabrochándose también la camisa-. Esa pobre e inocente mujer ha deseado durante años que nos dedicáramos exclusivamente a la arqueología y que dejáramos de mezclarnos con delincuentes.

Hecha un ovillo al lado de Ramsés, con la cabeza apoyada en el hombro de su marido, Nefret dijo medio dormida:

- Entonces se sentirá aliviada cuando se entere de que el mayor criminal de todos los tiempos ha dejado de ser un enemigo para convertirse en amigo y pariente.

- Ése es el enfoque que debemos adoptar -asentí-. Muy bien, querida. David está ya al corriente de las actividades de Sethos como agente secreto e imagino que se lo habrá dicho a Lía: se lo cuenta todo.

- Sin duda -dijo Nefret-. Ninguno de ellos lo menciona en sus cartas, pero supongo que lo hacen para no arriesgarse, ¿no? -Se llevó una mano a la boca para ocultar un bostezo-. Perdón.

- No hay nada que perdonar -dije-. Ramsés, acompaña a tu mujer a… esto… vuestro compartimento, está ya medio dormida.

Tras quedarnos solos, Emerson me dijo que tenía ganas de hacer lo propio, de modo que llamé al camarero para que preparara nuestras literas. Mientras lo hacía, esperamos en el pasillo. Emerson soltó una risita.

- Casi estoy deseando darle a Walter la noticia de que tiene un hermano desconocido que no sólo fue concebido en cama ajena…

- Un tanto vulgar como frase, Emerson.

- Mucho menos que otras que me vienen a la mente… Como iba diciendo: sino que también ha violado al menos cinco de los Diez Mandamientos.

- Será un shock-asentí.

- Le hará bien -dijo Emerson despiadadamente-. Ha llevado una vida demasiado ordenada y si sigue así corre el riesgo de convertirse en una persona estrecha de miras e intolerante.

Este pensamiento, unido a otros que se apresuró a poner en práctica apenas el camarero nos dejó a solas, lo distrajeron de cualquier ulterior discusión; la respiración profunda que llegó desde su litera apenas se introdujo en ella indicaba que se había quedado dormido. A mí me costó un poco más conciliar el sueño.

No tener noticias de Sethos era frustrante pero no funesto. Probablemente se encontraba ausente; y nos cabía esperar que sólo fuera por un cierto periodo. Pensé que era posible que ese miserable italiano hubiera recurrido a algunos de los miembros de la organización criminal de Sethos, ya que en el pasado había formado parte de ella; suponiendo que alguno de ellos se encontrara todavía en El Cairo. Maldita sea, pensé, ¿cómo vamos a actuar si apenas sabemos nada? Debería haber arrinconado a Sethos hace ya muchos años y haberle obligado a darme información detallada del estado actual de la organización y del paradero de sus miembros. Sólo que sus visitas habían sido tan breves y poco frecuentes, y había siempre tantas cosas de las que hablar: 3U tormentosa relación con la periodista Margaret Minton, la tumba y su asombroso contenido, los gemelos, la casa en Cornualles -cuyo propietario legal era en realidad Ramsés, sólo que éste se la había prestado muy gustoso a su tío-, y la hija de Sethos, Molly.

A pesar -¡o precisamente a causa de ello!- de que las mujeres solían encontrar a Sethos muy atractivo, las relaciones de éste con el sexo femenino estaban muy lejos de ser satisfactorias. Durante varios años se había sentido atraído por mi humilde persona: una causa perdida donde las haya, ya que Emerson jamás habría permitido que sucediera algo entre nosotros, incluso en el caso de que yo hubiera visto tambalearse la devoción que siento por mi marido. Recientemente, su afecto se había desplazado hacia Margaret, quien le correspondió con (al menos) la misma intensidad. Pero Margaret había tenido que luchar mucho por su propia carrera como escritora y corresponsal periodística especializada en temas de Oriente Próximo, y no estaba dispuesta a comprometerse con un hombre que anteponía a ella su arriesgada profesión. Eso del patriotismo está muy bien, siempre y cuando una mujer sepa dónde se encuentra su hombre y a qué se dedica, sobre todo cuando la posibilidad de que un día salga de casa para no volver nunca es muy alta.

Luego le llegó el turno a Bertha, amante y cómplice de Sethos durante los años en los que éste estuvo dedicado a sus actividades criminales. Apasionadamente enamorada de él al principio de su relación, sus salvajes sentimientos se habían transformado en cólera al descubrir el pretendido amor que Sethos sentía por mí. Había

muerto violentamente a manos de mis amigos tras intentar acabar varias veces con mi persona. Antes, sin embargo, había dado a luz a la hija de Sethos.

Sólo habíamos visto a Molly -o Maryam, como en realidad se llamaba la muchacha- en una ocasión, cuando tenía catorce años y aún no había descubierto ni la verdadera identidad de su padre ni tampoco la de ella. Poco tiempo después, Molly se enteró de ciertos detalles molestos relativos a la muerte de su madre y se escapó de la casa de su padre. A pesar de su habitual indiferencia por las cosas, sabía que Sethos se sentía culpable y profundamente preocupado por ella pero sus esfuerzos por encontrarla habían resultado inútiles. Hacía años que no la veíamos o teníamos noticias de ella.

La luna, en fase menguante, deslizó unos dedos largos y plateados por las cortinas entreabiertas. Era ya muy tarde. Traté de apartar de mi mente todas aquellas distracciones. La respiración regular de Emerson y el vaivén del tren me fueron arrullando hasta que me quedé finalmente dormida.

* * *

Un año después del armisticio, El Cairo seguía pareciendo un campo de batalla. Debajo de las terrazas del Shepheard, la multitud rodeaba a los oradores que les arengaban contra la injusticia británica y a favor del inalienable derecho de los egipcios a la independencia. El público rechazaba los intentos de los porteros del hotel para acallarlos por medio de empujones y codazos y los clientes más timoratos no se atrevían a pasar por delante de ellos. Nosotros, en cambio, nos detuvimos a escucharlos.

- ¿Alguna cara conocida? -preguntó Emerson a Ramsés, quien en el pasado había formado parte, de modo poco ortodoxo, de uno de aquellos grupos nacionalistas.

- ¡Dios mío, es Rashad! -exclamó Ramsés-. Lo último que me contaron de él era que estaba en la cárcel.

En ese preciso momento, el orador se percató de la presencia de mi hijo e interrumpió lo que estaba diciendo. Sus brillantes ojos pasaban de Ramsés a Emerson, quienes llamaban la atención por su altura. Aferré con fuerza mi sombrilla.

Rashad mostró su dentadura y señaló con un dedo tembloroso a Ramsés pero, antes de que pudiera decir algo, uno de sus acólitos

gritó:

- Son el Padre de las Maldiciones y su hijo, y Sitt Hakim, su mujer, y Luz de Egipto. ¡Bienvenidos! ¿Vienen ustedes a hablar en favor nuestro y de nuestra causa?

- Por supuesto -chilló Emerson por encima del coro de saludos.

- ¡Ahora no, Emerson! -Lo detuve, sujetándole el brazo.

- Bueno, tal vez no -concedió Emerson. Alzando su voz hasta alcanzar el tono que le ha procurado, junto con su dominio de las palabrotas, su seudónimo egipcio, gritó-: Dispersaos, amigos, y llevaos a Rashad de aquí. La policía está a punto de llegar.

Una tropa de hombres a caballo se acercaba rápidamente causando un gran estruendo y capitaneada, como solía ser habitual, por un oficial británico. Rashad volvió su cabeza para mirarnos por encima del hombro mientras huía. Sus labios se movieron. Afortunadamente, no pudimos oír sus palabras, ya que su expresión ceñuda indicaba que no compartía la actitud amistosa de sus partidarios. Cuando la policía llegó, todos habían desaparecido.

Tal vez sea conveniente que recuerde a mis lectores menos informados (una pequeña minoría, por supuesto, pero no por ello merecedora de menos consideración) algo sobre el trasfondo histórico de la situación, para que puedan comprender por qué había un oficial británico al mando de las tropas egipcias, y por qué en El Cairo se respiraban en ese momento aires de revuelta. A pesar de que formalmente formaba parte del Imperio Otomano, Egipto se encontraba en realidad bajo control británico desde mediados del XIX. En 1914 fue declarado protectorado británico bajo ocupación militar, dado que los turcos acechaban en ese momento el canal de Suez y los ingleses temían que los egipcios apoyaran a sus amigos musulmanes en su lucha contra una ocupación de la que siempre se habían resentido. Dichos temores no habían llegado a materializarse, si exceptuamos el intento aislado de insurrección en El Cairo que al final se había visto abortado. El orgullo materno me obliga a añadir ahora que el causante de que el intento fracasara fue precisamente mi hijo, quien había asumido la apariencia de un líder nacionalista, Wardani, para interceptar el envío de armas que hacían los turcos al grupo de éste. De no ser por sus esfuerzos y por el papel igualmente arriesgado que jugó David, el canal podía haber caído en manos enemigas.

Pero, como iba diciendo… Lo que quería Egipto era la independencia, ya fuera de los ingleses, de los turcos, o de cualquier otro país. Acabada la guerra, la demanda de los nacionalistas egipcios se había intensificado.

Los ingleses calcularon mal su respuesta. Cometieron el tremendo error de exiliar al líder nacionalista, Zaghlul Pacha. Se trataba de un hombre alto y de apariencia imponente que era además un espléndido orador y una persona muy querida por los egipcios. La noticia de su deportación sumaria causó disturbios y manifestaciones por todo el país. Aunque la violencia en sí misma nos causaba siempre una profunda tristeza, lo cierto es que el levantamiento que se produjo en el Alto Egipto en aquel año no nos afectó personalmente. Nuestros amigos egipcios eran demasiado sensatos como para comprometerse con un modo de proceder tan vano e incivilizado y, además, nadie se habría atrevido a causar molestias al Padre de las Maldiciones y a su familia.

La rebelión fue sofocada por la fuerza. Zaghlul Pacha fue puesto en libertad, tras lo cual se marchó a París, donde estaba a punto de reunirse la Conferencia de Paz de los Aliados para decidir el destino de los territorios conquistados y ocupados. Las peticiones de Zaghlul fueron rechazadas. El gobierno británico insistió en que el protectorado debía mantenerse. A consecuencia de ello, el descontento seguía latente, se seguían produciendo actos de violencia aislados contra los extranjeros y los oradores como Rashad se dedicaban a soliviantar a la población. Los británicos habían mandado una comisión de investigación de alto nivel bajo la supervisión de lord Milner, el secretario colonial, pero pocas personas creían que su informe pudiera traer consigo los cambios que Egipto reclamaba.

- Aquí tenemos una nueva complicación -dijo Ramsés, mientras subíamos la escalera que conducía a la terraza.

- No, ¿por qué debería serlo? -preguntó Emerson-. No digo que Kamil el Wardani no te pueda guardar rencor, pero ahora está fuera de juego, el líder reconocido del movimiento de independencia es Zaghlul Pacha. ¿Ha cambiado de bando, Rashad?

- Eso carece de importancia -afirmé-. Ya tenemos bastantes cosas de las que preocuparnos sin necesidad de convertimos en unos revolucionarios y hay que procurar por encima de todo que David

no vuelva a verse mezclado con ellos. Emerson, te prohíbo terminantemente que uses un cajón como tribuna y te dediques a lanzar discursos incendiarios.

- Ellos no usan cajones -me respondió dulcemente mi marido.

Al mirar primero su rostro sonriente y satisfecho, y después los ojos entornados de mi hijo, tuve un fuerte presentimiento; uno de esos a los que ya estoy acostumbrada. Ser comprensivos con los derechos de los egipcios era una cosa con la que siempre habíamos estado de acuerdo. Las revueltas y los disturbios eran otra bien distinta.

Nuestras habitaciones del tercer piso del Shepheard eran como una especie de hogar fuera de casa; durante muchos más años de los que me gusta admitir nos habíamos alojado en ellas al menos una vez por temporada. La suite que ocupábamos tenía dos dormitorios situados a ambos lados de una sala bien amueblada, y dos cuartos de baño. Antes de casarse, Nefret había ocupado el segundo dormitorio, y Ramsés uno contiguo (puedo asegurar a mis lectores que los mismos no estaban comunicados).

Al entrar en ella, Emerson se dirigió de inmediato al balcón de la sala, desde el que se puso a contemplar sentimentalmente los tejados y los minaretes de El Cairo. Me pidió que lo acompañara. A pesar de que yo no veía la hora de deshacer las maletas, no pude negarme; ¡cuántas veces nos habíamos asomado a ese mismo balcón, en ese preciso lugar, felices de estar de vuelta en una tierra que amábamos y deleitándonos de antemano por la ajetreada temporada de excavaciones que nos aguardaba! ¡Qué lejano parecía todo y, a la vez, qué cercano!

Tras conceder a Emerson (y a mí misma) aquel breve momento de nostalgia, volví a concentrarme en el presente.

- Si el barco llega a tiempo, nuestros seres queridos estarán aquí mañana por la noche, Emerson. Eso sólo nos deja unas veinticuatro horas para completar nuestras averiguaciones.

- ¿Qué averiguaciones? -preguntó Emerson-. Si estás pensando en practicar tu deporte favorito o, lo que es lo mismo, en atormentar a los anticuarios de esta ciudad con tus preguntas, olvídalo. Sería tan sólo una pérdida de tiempo. Martinelli no se desharía del lote a través de los canales habituales.

- Por lo visto puedes leerle el pensamiento, ¿no?

- Maldita sea, Peabody…

- ¿Qué hay de malo en hacer una pequeña visita al suk? Tengo que comprar algunas cosas y, aprovechando la ocasión, podría hacer alguna que otra pregunta inocente que podría procurarnos información de interés.

- Mmm -dijo Emerson.

Mientras cenábamos con ellos, Nefret no dudó en aceptar de inmediato mi sugerencia aunque pensara, al igual que Emerson, que no era muy probable que averiguáramos nada relativo a las joyas robadas.

- Tengo que comprar cosas para los gemelos -dijo-. Crecen como la mala hierba y la ropa se les está quedando ya muy estrecha.

Ramsés y su padre intercambiaron una mirada de complicidad. Trataban de encontrar alguna excusa para no tener que acompañarnos. De todos modos, yo tampoco quería que lo hicieran; en ocasiones semejantes, Emerson se dedica a caminar arrastrando los pies y a gruñir por lo bajo y la expresión de infinita paciencia que pone Ramsés resulta aún más exasperante.

- No hace falta que vengáis -dije-. Nefret y yo tenemos que comprar algo de ropa para los niños y algunas otras cosas aburridas más como sábanas y fundas de almohada que, si por vosotros fuera, deberían materializarse de la nada. ¿Vamos, Nefret? Espero que tú y Ramsés os comportéis como es debido, Emerson. Nada de alternar con ladrones y espías, y tampoco nada de discursos.

- Lo mismo te digo -refunfuñó Emerson.

- Coja su sombrilla -añadió Ramsés.

Lo hice, claro está. Mis sombrillas habían llegado a ser legendarias en Egipto. A pesar de que habían dejado de estar de moda, yo siempre llevaba una, ya que consideraba que resultaban inapreciables, no sólo para protegerse del sol, sino también como bastones o incluso como armas defensivas. Un buen golpe en la cabeza o en las espinillas con una de ellas era capaz de derribar a la mayor parte de los asaltantes, y las mías, además, estaban especialmente realizadas con pesados mangos de acero y -en uno de los casos- hasta con una espada oculta en el interior. Gracias a las absurdas historias de Daoud, las personas más supersticiosas estaban convencidas de que mis sombrillas en cuestión tenían también poderes mágicos. En ciertos barrios, la simple vista de este

temible objeto bastaba para poner de rodillas a algunos infieles. Dado que no había razón para sentirme amenazada, la que llevaba aquel día no era una de las más contundentes, sino un ejemplar de delicado color azafrán, a juego con mi vestido.

Nefret y yo tuvimos un buen día de compras. No es que a mí me divierta comprar sábanas mucho más que a otras personas, pero cuando es necesario llevar a cabo una tarea lo hago con la mayor eficacia posible, procurando no dejar nada al azar. Comprar ropa a los niños resultó algo más entretenido, a pesar de que Nefret vetó la mayor parte de los vestidos llenos de adornos y de los diminutos abrigos y pantalones que yo habría elegido. No sin razón; hasta Fátima se habría negado a planchar las docenas de vestidos que Charla suele ponerse en el curso de una semana.

Tras tomar en té en Groppi, volvimos al hotel. Nuestras compras se encontraban ya allí. El sufrayi había colocado todos los paquetes en la sala y, mientras nos asegurábamos de que todo fuera correcto, llegó Ramsés.

- ¿Encontrasteis lo que queríais? -preguntó, tomando una silla.

- Sí, querido, gracias por tu interés -le contesté-. ¿Dónde está tu padre?

- ¿Todavía no ha vuelto?

- No. Pensaba que los dos habíais salido juntos.

- ¿Se suponía que debíamos hacerlo?

- Déjalo ya -le ordené. Salir de comprar resulta ya de por sí bastante agotador (siendo ésta una de las razones por las que los hombres obligan a las mujeres a hacerlo) y la costumbre de Ramsés de contestar las preguntas con ulteriores preguntas tenía como objetivo, estaba segura, tomarme el pelo.

- Sí, madre. Nuestro padre salió a dar una vuelta solo; se negó a que lo acompañara, tampoco quiso decirme adonde iba.

- Hum -dije-. ¿Y qué has hecho tú?

La cara de Ramsés, que hasta entonces había tenido una expresión divertida, se ensombreció. Aquella pregunta exigía una respuesta directa.

- Fui a ver a Rashad.

Nefret dejó caer el diminuto zapato que había estado observando.

- ¡Imagino que no habrás ido solo! -exclamó.

- Si exceptúas a los cientos de turistas, vendedores, comerciantes y ciudadanos de El Cairo de diferentes clases, sí -dijo Ramsés-. Pensé que Rashad debía de seguir viviendo en la misma habitación que ocupaba hace unos años, cuando me introduje en ella a través de una de sus ventanas trepando desde el lomo de un camello. Y así es. Sólo que no estaba en casa.

- ¿Por qué fuiste a verlo? -le pregunté.

Ramsés se inclinó hacia atrás y se encendió un cigarrillo.

- Quería saber por qué ha vuelto a El Cairo y dónde se encuentra su anterior líder. Si Wardani está planeando alguna nueva proeza, podría intentar reclutar a David de nuevo.

- Pero seguramente sabrá que David lo traicionó en una ocasión -dije inquieta-. ¿Crees que volvería a confiar en él?

- Nunca se sabe -me contestó Ramsés-. Wardani es un pragmático. Si piensa que David podría resultarle útil, estará dispuesto a pasar por alto ciertas indiscreciones.

- Eso no debemos permitirlo -dije-. Pero bueno, en cualquier caso, no anticipemos los problemas. ¿Has tomado ya el té, querido? Nefret y yo lo hicimos en Groppi, pero puedo pedir al sufrayi que te lo traiga si quieres.

- Gracias, esperaré a nuestro padre.

Tuvimos que hacerlo durante un buen rato. Al final apareció, en un estado de desaliño que hasta en él resultaba poco frecuente. Para empezar, no llevaba sombrero -lo perdía tan a menudo que había dejado de insistir en que se lo pusiera-, y estaba completamente despeinado. Llevaba la corbata con el nudo deshecho, la chaqueta abierta y la camisa manchada con una especie de sustancia oscura y grasienta.

- ¿Dio mío, qué has estado haciendo? -le pregunté-. Eso parece aceite. ¿Te caíste?

- ¿Qué? -Emerson se miró el pecho-. ¿Aceite? ¿Caerme? No. Sí. Otra camisa arruinada, ¿eh, querida?

Soltó una fuerte carcajada, muy poco convincente.

- ¿Te apetece un té, Emerson? -le pregunté.

- No, no, vayamos a cenar al suk, ¿qué os parece?

Aunque había planeado ya cenar en el Shepheard con la esperanza de ver a algunas caras conocidas y de ponerme al día en lo que a chismorreos se refiere, no me importó hacer esta pequeña

concesión por el bien de la paz conyugal: Emerson aborrece los hoteles elegantes, la ropa formal y… a la mayor parte de las personas que conozco. De modo que nos vestimos con ropa más acorde con los callejones llenos de basura y los mugrientos edificios de Khan el Khalili y yo cambié de sombrilla.

- ¡La sombrilla con la espada no! -protestó Emerson-. No me vengas ahora con que has tenido una de tus premoniciones, Peabody, porque no lo voy a tolerar.

- Nada de eso, querido. Es sólo una pequeña precaución.

Volver a Khan el Khalili fue como hacer un viaje al pasado. Los pequeños cambios que se habían producido apenas habían alterado la atmósfera característica de aquel lugar: una especie de cueva de Aladino con relucientes lámparas de latón, mesas con incrustaciones de madreperla, alfombras cuyos adornos tejidos componían auténticos jardines de flores, sandalias de cuero fino y brazaletes de plata. Todos nos saludaban y Emerson parecía encantado, sin que ni siquiera pareciera importarle que Nefret y yo nos detuviéramos a examinar una joya o una pieza de brocado con hilos de oro procedente de Damasco. Hasta llegó a permitir que yo visitara a unos cuantos anticuarios, incluido nuestro viejo amigo Aslimi, quien no pareció muy contento de vernos; aunque lo cierto es que rara vez lo estaba ya que Emerson lo ponía muy nervioso. No me pareció observar, sin embargo, que aquel día lo estuviera particularmente o que diera muestras de sentirse culpable por algo. Tampoco respondió, al igual que el resto de los comerciantes, a la única pregunta que nos atrevimos a hacer: «¿Algo interesante?».

- Espero que estés satisfecha, Peabody -dijo Emerson, mientras proseguíamos con nuestro paseo.

- No lo estoy en absoluto, Emerson. Si Martinelli no se deshizo del lote en Luxor ni tampoco con ninguno de los comerciantes de El Cairo, ¿qué hizo entonces con él?

- Vendérselo a un comprador privado, claro está -me respondió Emerson con impaciencia-. Y ahora, ¿podemos cenar ya? ¿Dónde queréis que vayamos?

- Lo mejor es que vayamos al restaurante de Bassam -dijo Nefret-. Si vamos a otro sitio y él se entera, lo que sucederá sin lugar a dudas, se molestará.

Emerson resopló por aquella tierna consideración hacia los

sentimientos de Bassam pero, dado que se trataba también de su restaurante favorito, no puso mayor objeción. Bassam salió corriendo de su local para saludarnos con unos brazos resplandecientes de sudor ya que, además del propietario, era también el cocinero. No parecía muy sorprendido de vernos. Se había enterado de nuestra llegada y de nuestra visita al Khan; ¿en qué otro lugar podíamos cenar que no fuera allí?

- Bueno -dijo Emerson mientras observaba atentamente el delantal de Bassam: lo más parecido a un menú que ofrecía el local-. Dado que nos esperabas, no dudo que habrás preparado alguno de esos manjares que siempre nos prometes: ostras, antílope…

No lo había hecho. Sus propuestas se limitaron a toda una serie de vagos y extravagantes aspavientos de buena voluntad que él sabía de sobra que nunca íbamos a aceptar.

A Bassam le encantaba hacer notar nuestra presencia, de modo que nos dio la mesa que estaba, como de costumbre, lo más cerca posible de la puerta abierta del local. Lo que no dejaba de ser algo molesto, ya que todos los que pasaban por allí se detenían para saludarnos y hasta un mendigo tuvo el coraje suficiente de pedirnos propina, arriesgándose con ello a desencadenar la cólera de Bassam. De todos modos, aunque Bassam se las arregló aquella noche para espantar de allí a la mayoría de ellos, no pudo evitar sin embargo que después de la cena, mientras saboreábamos su excelente café, un hombre harapiento aprovechara una de sus breves ausencias para acercarse a nosotros con la mano extendida de modo significativo. Ramsés le dio algunas monedas… obteniendo a cambio un trozo de papel doblado. Tras efectuar esta maniobra con gran destreza y habilidad, salió del local.

- ¡Qué curioso! -exclamé-. ¿Qué dice el papel, Ramsés?

Las expresivas cejas de mi hijo se arquearon mientras lo leía.

- Es de Rashad. Dice que quiere verme.

- No -dijo Nefret con vehemencia.

- De ninguna manera -añadí yo.

- Queridas -dijo entonces Emerson-. Por favor.

Tratándose de Emerson, era una protesta bastante moderada pero su tono bastó para que tanto Nefret como yo nos calláramos.

- ¿Y bien, Ramsés? -prosiguió mi marido.

- Dice… -Ramsés miró de nuevo la curvada caligrafía árabe-. Dice que David puede verse en peligro en El Cairo. Quiere ponerlo sobre aviso.

- ¿Qué peligro? -pregunté.

- Me lo dirá cuando vaya a verlo. Tengo que ir, puede que sea tan sólo una falsa alarma, pero si es verdad…

- No vayas solo -dijo Nefret.

- Sí, solo, lo dice muy claro. ¿Acaso crees que tú, o cualquiera de vosotros, me vais a poder seguir sin que él se entere? Es evidente que nos están vigilando. No creo que se trate de una trampa -añadió impaciente-. La nota lleva su firma y da instrucciones muy precisas. El lugar no está lejos de aquí. ¿Lo conoce usted, padre?

Emerson leyó el mensaje. -Podría encontrarlo.

- Esperadme aquí. -Ramsés se levantó-. Estaré de vuelta en una hora, quizás algo menos.

Tras decir esto, desapareció en la oscuridad de la calle.

- Podría tratarse de una trampa -comenté.

- Por supuesto -respondió Emerson-. Bassam, un poco más de café, por favor.

Nefret no abría la boca. Tenía los ojos clavados en la cara de Emerson, quien le sonrió y le dio unas palmaditas en la mano.

- No podías detenerlo, querida, ni siquiera tratar de hacerlo… no cuando pesa una amenaza sobre David.

- No puedo quedarme aquí sentada de brazos cruzados durante una hora -dijo Nefret con fastidio.

- No estás obligada a hacerlo. Dejaremos a Ramsés, y a quien quiera que sea el que lo está siguiendo, el tiempo suficiente para alejarse de aquí. Diez minutos, luego iremos nosotros también.

Era un plan admirable; en teoría, perfecto. Rashad no había dado la dirección. Si de algo no puede alardear El Cairo es, precisamente, de disponer de semejantes comodidades, excepto en los modernos barrios europeos. No obstante, la descripción era muy clara y Emerson estaba seguro de que sabría encontrar el lugar. Por allí no había nadie, sin contar a una media docena de desharrapadas y extensas familias, quienes aseguraron no saber nada de Rashad o de Ramsés. Encogidas de miedo ante la voz atronadora de Emerson y la visión de mi terrible sombrilla, insistieron sobre su inocencia en términos de los que era imposible

dudar; aun así registramos aquel miserable lugar de arriba a abajo. De Ramsés no había ni rastro.

# Capítulo 3

Manuscrito H:

Se preguntó dónde estaba, aunque sin conseguir que la respuesta le importara demasiado. Tenuemente iluminada por unas lámparas que colgaban del techo, la habitación era pequeña y estaba lujosamente amueblada y cubierta de tapices. Había un brasero encendido en una mesita cercana, del que emanaba una pálida nube de humo con un perfume extraño y empalagoso.

Estaba tumbado sobre una superficie suave y blanda; al tratar de moverse, se dio cuenta que tenía las manos y los pies inmovilizados. Con curiosidad un tanto vaga, dobló sus muñecas; las ataduras eran suaves como la seda, lo suficientemente apretadas para sujetarlo sin herirlo.

«Qué considerados -pensó medio dormido-. Quienes quiera que sean. Me pregunto qué es lo que quieren.» Se encontraba bastante a gusto pero, aun así, confiaba en que alguien viniera pronto y se lo dijera. Nefret estaría preocupada…

Vio la cara de su mujer, tan clara como si estuviera de pie a su lado. Como una abertura en los muros de una prisión, atravesaba las nubes oscuras de su memoria. El restaurante de Bassam, el mendigo, el mensaje… ¿Cuánto tiempo habría transcurrido, una hora, un día? Nefret no sabía dónde se encontraba. Ella se preocupaba siempre…

Luchando contra el agradable letargo que debilitaba sus miembros, se concentró en la imagen de su mujer, apartando su cabeza del humo del brasero, moviendo las manos para aflojar sus ataduras. Sintió una punzada de dolor subirle por el antebrazo desde la muñeca. ¿Una herida? No podía recordar nada, pero

continuó retorciendo las manos, cada vez con mayor fuerza, causándose deliberadamente más dolor y, con él, una momentánea lucidez.

- No forcejees. Acabarás por herirte.

Era un susurro, apenas audible, pero en medio de aquel silencio parecía más bien un grito. Ramsés volvió la cabeza en la dirección de la que provenía aquel sonido.

No sabía cómo había podido entrar. Si había una puerta, debía de estar cerrada a sus espaldas. Un halo de luz la rodeaba, como si su carne brillara a través de los finos vestidos de lino que cubrían su cuerpo. Incluso inmerso como estaba entre los vapores de una droga que enturbiaba su mente -o, quién sabe, tal vez fuera precisamente gracias a ellos- pudo apreciar que se trataba del cuerpo de una mujer joven, firme y esbelto. Un velo le cubría la cara y su cabeza estaba coronada con los cuernos y el disco de oro de las diosas egipcias.

- ¿Quién eres? -Tuvo que hacer esfuerzos para que las palabras le salieran de la boca, que sentía como si fuera de goma, fuera de todo control.

- ¿No me reconoces? Me has visto antes, muchas veces, aunque nunca en carne y hueso.

Seguía siendo apenas un susurro. Las palabras eran inglesas, pero con un extraño acento. Ni alemán, ni francés, tampoco… Cada vez le resultaba más difícil pensar con claridad. ¿Hasta qué punto era real todo aquello? ¿Hasta qué punto se lo estaba imaginando? El fino tejido de lino velaba, sin ocultar, el contorno de su cuerpo, sus caderas redondeadas y su pecho.

- Apaga ese maldito brasero -dijo Ramsés con voz ahogada.

Ella suspiró con dulzura, divertida, y dio unas palmadas. Una forma oscura se materializó detrás del diván donde estaba tumbado. Carente de rasgos como ella, de perfil andrógino, apartó el brasero y desapareció. Ramsés exhaló entonces un suspiro largo y discontinuo, tratando de fijar sus ojos en algo. Ella se le acercó.

- Mírame. ¿Me reconoces ahora?

Iba enjoyada como una reina; sus brazos delgados, sus muñecas, estaban cubiertos de oro. La túnica era de lino refinado, con adornos de abalorios en el cuello y el fajín, la corona… y, sobresaliendo a través de la oscura melena que le caía sobre los

hombros, las orejas de un animal. Orejas de vaca. Un resto siempre menor de cordura le dijo que parte de todo aquello eran imaginaciones suyas, que simplemente estaba viendo lo que quería ver.

- Debe de haberte costado mucho encontrar un disfraz semejante -murmuró Ramsés-. Pero no. No te conozco, ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que quieres?

- Verte, únicamente, y conseguir que no me puedas olvidar. Quédate conmigo un día… o dos. Te gustará, te lo prometo.

A Ramsés no le cabía ninguna duda. Por lo visto ella sabía usar de sobra ciertas drogas euforizantes. Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse. Ella retrocedió, alzando una de sus manos.

- Desperdicias tu fuerza -murmuró-. No quiero hacerte daño. Estás bajo mi protección. Recuérdalo y no temas por ti, suceda lo que suceda. La próxima vez que me veas sabrás quién soy.

Un haz de luz blanca salió disparado de su mano, deslumbrándolo. Cegado y aturdido, se dejó caer de nuevo sobre los almohadones. Cuando recuperó la vista, ella se había marchado y el brasero había sido reemplazado.

Ramsés sabía que apenas tenía unos minutos para actuar antes de que las emanaciones de la droga lo dejaran de nuevo fuera de juego, de modo que rodó todo lo lejos que pudo, y levantó las rodillas.

Había llevado a cabo la misma maniobra en numerosas ocasiones, pero sus movimientos eran tan torpes ahora que empleó un tiempo interminable en lograr que sus dedos alcanzaran el tacón de sus botas. Tras desenroscarlo, se extendió inmóvil, tratando de controlar el temblor de sus manos, resollando entre los almohadones. Luego extrajo la delgada tira de acero que llevaba enrollada en el tacón. El borde era dentado y muy afilado; antes de conseguir colocarla junto a sus muñecas, tenía ya los dedos manchados de sangre. Temiendo que se le resbalara, se apresuró a aferraría con mayor fuerza, arriesgándose a cortarse de nuevo, tal como, de hecho, sucedió. Al final acabó por perder la tira de acero pero no antes de que el trabajo estuviera ya realizado; un último tirón liberó finalmente sus manos. Sin detenerse a hacer una pausa, cogió de nuevo la tira y cortó el trozo de tela que sujetaba sus tobillos. Era de seda, enrollada para formar una cuerda. Se sentó

por un momento, mirándola abstraído, y luego la arrojó y empezó a levantarse.

Sus rodillas no le respondían, de modo que se arrastró hasta el rincón más alejado de la habitación donde empezó a recorrer a tientas el muro, buscando tras los tapices, tratando de encontrar una ventana. Finalmente, sus dedos se deslizaron por entre las aberturas talladas de la rejilla de una mashrabiyya, usada en los harenes para permitir a las mujeres mirar fuera de las ventanas sin ser vistas. Sin apenas ya fuerzas, la abrió de golpe y cayó atravesado sobre su elevado antepecho, inspirando a bocanadas el dulce aire de la noche.

Dulce en comparación con el de la habitación, en cualquier caso. Hubiera reconocido aquella variedad de olores en cualquier parte -excrementos de animales, vegetales en estado de putrefacción, carbón encendido, el perfume de las flores nocturnas-; el inefable perfume de El Cairo, como decía su madre orgullosa. Seguía, pues, en esta ciudad. Pero ¿dónde? El aire fresco le iba despejando la mente; alzó la cabeza, tratando de dar con alguna pista. Estaba muy alto, en el primer o segundo piso de la casa; al otro lado del angosto callejón se alzaba frente a él otra de las antiguas casas de El Cairo; su balcón enrejado se encontraba casi al alcance de la mano. No había luces en las ventanas. Debía de ser ya muy tarde. Pero ¿de qué noche? ¿Cuánto tiempo había pasado?

Al pensar que su familia lo debía de estar buscando desesperadamente, se apresuró. Sin respirar, se dirigió tambaleándose hasta el diván para buscar el tacón de su bota y la tira de acero: los habían hecho especialmente para él y reemplazarlos era prácticamente imposible. No se molestó en buscar la puerta de la habitación, lo más probable es que estuviera cerrada bajo llave. En la habitación había seda suficiente para hacer una cuerda, pero tenía miedo de perder tiempo. Aquella dama lunática podía acudir a visitarlo de nuevo. Tras aproximarse otra vez a la ventana, se agachó hasta tocar el suelo con las manos y saltó. Aterrizó, hundiéndose hasta los tobillos, en medio de un montón de basura medio podrida, resbaló y volvió á caer, esta vez a cuatro patas.

El olor era nauseabundo, pero Ramsés lo prefería al del humo perfumado del brasero. Incorporándose, se apoyó contra la pared y

echó un vistazo a su alrededor, tratando de orientarse. Conocía el casco viejo de la ciudad bastante bien, sólo que todas las calles eran prácticamente iguales, estrechas y serpenteantes, rodeadas de altos edificios y terminando, en muchas ocasiones, en inesperados callejones sin salida. Se frotó los ojos. Un ruido lo hizo alzar la mirada. La luz de la ventana iluminaba tenuemente el negro perfil de los hombros y la cabeza de un hombre. Se alejó de allí lo más rápidamente que pudo en medio de aquella oscuridad, saliendo y entrando al azar de aquellos pasajes, estrechos como túneles.

La suerte lo acompañó al final; los ruidos amortiguados de sus perseguidores se apagaron y él fue a dar finalmente a una plaza tan pequeña que ni siquiera tenía nombre. Había estado antes allí. Del sabil que había en el centro, lleno de mugre con el pasar de los años, caía un hilo de agua. En un lado se encontraba el café de pésima reputación que él y David habían frecuentado de vez en cuando. El local estaba cerrado a cal y canto y no se veía ninguna luz. Allí no había nadie, excepto el cuerpo inmóvil de un mendigo, acurrucado en su puerta.

El movimiento y el pasar del tiempo le habían acabado de despejar la cabeza. Sabía dónde estaba: no muy lejos de la rué Neuve, a poco más de kilómetro y medio del hotel. Se detuvo un momento para lavarse la sangre en la fuente y para tratar de quitarse aquella apestosa suciedad de sus manos y brazos. Antes de ponerse camino del hotel dejó caer en el suelo, junto al hombre dormido, unas cuantas monedas. Le parecía apropiado hacer una pequeña ofrenda a algún dios. A algún dios… o a alguna diosa. La mujer iba vestida como Hator, la señora de la turquesa, la diosa dorada.

* * *

Las ventanas de la sala de estar palidecieron con la llegada del amanecer. Nefret y yo llevábamos horas esperando. En un principio, pensamos que Emerson regresaría mucho antes; nos había prometido contarnos los resultados de sus pesquisas antes de que se hiciera de día. Nefret soportaba la espera mejor que yo. Desde que eran niños, ella y Ramsés habían mantenido una extraña relación; ella afirmaba -y un buen número de sucesos lo confirmaban-, que sabía cuándo él se encontraba en inminente peligro. En aquel momento estaba tranquila, me aseguró. La lógica me decía que

Ramsés estaba acostumbrado a meterse en líos como aquellos, y que normalmente sabía salir bien parado de ellos. Pero la lógica es un pobre consuelo cuando el destino de nuestros seres queridos está en juego.

A pesar de su aparente calma, Nefret fue la primera en ponerse en pie de un salto cuando llamaron a la puerta. Un sufrayi con ojos somnolientos le tendió un mensaje, permaneciendo clavado en el suelo con la esperanza de recibir bacshish. Se la di, mientras Nefret abría el mensaje y lo leía. Una trémula palabrota salió de sus labios.

- Esa lengua, querida -dije, cogiéndole el papel.

«Estoy ileso -decían los inconfundibles garabatos de Ramsés-. Me reuniré con vosotros de inmediato.»

- ¡Gracias a Dios! -suspiré-. Siéntate.

Nefret me volvió a arrancar la nota de las manos.

- Al menos podía haber dicho: «Con amor». ¡Maldita sea! ¿Se puede saber dónde está?

Deshaciéndose de mi afectuoso abrazo, se encaminó hacia la puerta. Antes de que pudiera alcanzarla, Ramsés la abrió y entró en la habitación.

El amago de sonrisa que Ramsés tenía en los labios se desvaneció cuando Nefret se precipitó sobre él, aferrándole los brazos con sus manos.

- ¿Dónde has estado? ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo se te ocurrió mandarme este estúpido mensaje en lugar de venir aquí directamente?

- La última vez que me dejé caer sin previo aviso te desmayaste -dijo Ramsés-. Buenas noches, madre. O, mejor dicho, buenos días. ¿Dónde está mi padre?

- Buscándote, ¿dónde si no??-Tenía la voz algo ronca. Carraspeé-. Nefret, deja ya de zarandearlo.

- Y no te me acerques más -dijo mi hijo, apartándola-. Estoy completamente sucio y huelo a basura.

Apartando sus manos, Nefret se arrojó en sus brazos.

- Debe de ser el amor -comentó Ramsés-. Deja que me dé un baño y que me cambie de ropa, querida. Después te contaré la cosa tan absurda que me ha pasado. ¿Cómo puedo encontrar a nuestro padre para decirle que abandone la caza?

- Estará al caer -dije-. Debería haber llegado antes que tú. Sigue

adelante con tu plan, mi querido muchacho; la verdad es que no hueles demasiado bien. Mientras, pediré el desayuno. Si tu padre no ha vuelto para entonces, trataré de buscarlo.

- Gracias, madre. ¿Vienes conmigo, Nefret? No tardaré mucho.

- Te acompaño. -Cogiendo sus manos, les dio la vuelta-. Te has vuelto a abrir esos arañazos, y te has hecho también unos cortes terribles. ¿Qué demonios…?

- Deja que se cambie primero -la interrumpí-. Y… esto… refréscate tú también un poco. Tengo la impresión de que te ha pasado algo de esa suciedad, al rozarte.

Tras llamar al sufrayi y pedirle que nos trajera un desayuno más que abundante, me lavé la cara y los brazos con agua, y cambié mis polvorientos y arrugados vestidos por otros más adecuados para el té. Recuperadas las energías y, para entonces, muerta ya de curiosidad, volví a la sala de estar, donde encontré a mi marido dando órdenes a voz en grito al sufrayi.

- No intimides al pobre hombre, Emerson -dije-. Acabo de pedir el desayuno, y Ramsés ha vuelto ya.

- Lo sé.

- ¿Cómo?

- Te oí cantar, Peabody. La puerta estaba cerrada, pero tu voz resulta bastante penetrante cuando estás de buen humor.

- Siéntate y descansa. Pareces muy cansado.

Emerson se pasó la mano por su barbilla sin afeitar, y se derrumbó con un suspiro sobre una silla.

- Sólo ahora me siento cansado. Al oírte cantar, y ver que Nefret no estaba en la habitación, tuve la esperanza… pero me asustaba creerlo. Me quedé fuera de la puerta durante algunos minutos, escuchando, hasta que pude oír su voz.

- Oh, Emerson, querido -empecé a decir.

- Bah -dijo Emerson después de carraspear-. Bien está lo que bien acaba, como sueles decir tú. La verdad es que no estaría de más que renovaras un poco tus refranes. ¿Os ha contado lo que le ha pasado?

- Todavía no.

Una procesión de camareros cargados con bandejas entró por la puerta; mientras disponían la comida sobre la mesa, llegaron Ramsés y Nefret. Emerson saludó a su hijo tan impertérrito que

costaba creer que lo hubiera estado buscando como un loco durante horas. Ramsés le devolvió el saludo con la misma impasibilidad.

- Buenos días, señor.

Emerson miró sus manos vendadas.

- Supongo que era absurdo confiar en que regresaras sin haberte hecho alguna herida o algo por el estilo

- gruñó-. Esto… ¿puedes sujetar el tenedor y el cuchillo, muchacho? Si quieres, te puedo cortar…

- No será necesario, señor, gracias. Espero no haberle causado demasiados problemas.

- Es a Russell a quien se los has causado -dijo Emerson satisfecho. Aquel caballero nos había jugado una mala pasada una vez, y Emerson seguía guardándole rencor-. Supongo que será mejor decirle que deje de buscarte, antes de que se presente aquí para molestarnos. -Se dirigió al escritorio y garrapateó unas cuantas palabras en un trozo del papel de cartas del hotel-. Llévale esto al conserje y dile que lo mande de inmediato-ordenó a uno de los camareros, tendiéndole el papel-. En cuanto al resto de vosotros, muchachos, evaporaos de aquí. Bueno, Ramsés, ahora podemos escuchar lo que tienes que contarnos.

Había oído un buen número de historias extrañas en mi vida. Muchas cosas que me han pasado podrían ser descritas como raras, hasta absurdas, por personas de escasa imaginación (ya que, en mi opinión, la vida es a menudo mucho más extraordinaria que la ficción). La narración de Ramsés era digna de ocupar un puesto en lo más alto de la lista. Nos la contó sin que lo interrumpiéramos y sin detenerse para comer. Antes había dicho que no tenía hambre.

Nefret fue la primera en romper el silencio.

- No me extraña que no tengas hambre. ¿Qué había en el brasero… opio?

- Opio y algo más que no pude identificar.

- ¿Otro alucinógeno?

- Sin duda. -Ramsés había cogido su tenedor. Lo volvió a poner delicadamente sobre la mesa. El efecto fue el mismo que si lo hubiera arrojado sobre ella-. No me creéis, ¿verdad? Ninguno de vosotros. Pensáis que fue una alucinación.

- ¿Qué otra explicación se te ocurre? -preguntó Nefret con la cara enrojecida-. Una habitación amueblada como un burdel y la

inmortal Hator, en todo su esplendor juvenil, prometiéndote…

- Vamos, vamos -dije. La cara de Ramsés estaba tan colorada como la de ella: iba a explotar de un momento a otro-. Todos estamos un poco cansados y alterados. Es evidente que lo que vio Ramsés fue una mujer disfrazada de Hator, y no a la diosa. En cuanto a la habitación amueblada de ese particular modo… pues bueno, hay muchas así en El Cairo. ¡Maldita sea! -añadí, repentinamente irritada-. Debería haber pensado en ello antes. ¿Podrías encontrar de nuevo la casa, Ramsés?

- Lo dudo. No sé cómo llegué hasta allí. Lo último que recuerdo es un par de manos rodeándome la garganta.

- No tienes ninguna marca en el cuello -dijo Nefret. Su tono era calculadamente neutral.

- Creo que no hará falta que te recuerde -le contestó Ramsés en el mismo tono-, que no es necesario apretar mucho, ni tampoco durante demasiado tiempo, para hacer perder a alguien el conocimiento si uno sabe cómo hacerlo. Aunque puede que también me haya imaginado esto.

- De cualquier modo, tal vez deberíamos intentar encontrar la casa -me apresuré a decir-. Cuando te escapaste de ella…

- Tenía tanta prisa que no me di cuenta de adonde iba y, además, me sentía todavía algo aturdido. En cualquier caso, han tenido tiempo suficiente para abandonar ese lugar, sean quienes sean.

- Eran al menos dos -dije pensativa-. Suponiendo que el mendigo y tu asaltante, y hasta puede que también su misterioso acólito, fueran en realidad la misma persona. Lo que no necesariamente ha de ser así.

Nefret observaba a Ramsés, quien parecía concentrado en su desayuno.

- No quería dar la impresión de que dudo de la palabra de Ramsés -dijo con terquedad-. Lo único que pretendo es entender lo que sucedió, y por qué.

No suelo tener por costumbre hablar mal de mi propio sexo, pero lo cierto es que hay veces en que hasta la mejor de nosotras se comporta «como una mujer», como suelen decir los hombres.

- ¡Dios mío! -dije exasperada-. Eso es lo que todos estamos tratando de averiguar, ¿o no? Hay que encarar la realidad, Nefret,

por muy desagradable que ésta sea. Las mujeres encuentran irresistible a tu marido, al igual que al mío. Tengo que reconocer, sin embargo, que ésta ha llegado demasiado lejos para llamar su atención. El vestido, dices, ¿era auténtico?

Ramsés asintió con la cabeza. Ahora estaba molesto conmigo, por poner en evidencia un hecho que él también consideraba difícil de digerir. Imperturbable, dado que estoy más que acostumbrada a las extravagancias de la mente masculina, proseguí.

- Los pequeños detalles aparentemente sobrenaturales eran bastante fáciles de arreglar. La electricidad se ha convertido en un gran aliado de los charlatanes. Le bastaba atarse una pila eléctrica, encenderla y voilá! Hacer su aparición, como si saliese de la nada. Es muy probable que volviera a usar la pila para deslumbrarte antes de salir de la habitación, esperando que lo tomaras por un rayo de luz divina. Bastante infantil como truco.

- No para un hombre con los sentidos embotados a causa del opio -dijo Emerson. Haciendo a un lado su plato, sacó su pipa-. Es impresionante que Ramsés consiguiera reaccionar como lo hizo.

Ramsés entreabrió la boca. Se miró las manos.

- El dolor ayuda. Lo mismo que… otras cosas. Desgraciadamente, no observé nada que me permitiera reconocerla, ni siquiera su altura, ya sabéis que es difícil calcularla sin algo con la que compararla. Era joven y esbelta, pero no una simple muchachita. Era una mujer. Trató de ocultar su voz susurrando y fingiendo tener acento. Eso es todo lo que sé y, sin querer parecer grosero, madre, ¡su teoría sobre los posibles motivos de esa mujer es pura ficción! No quiero hablar de ello. ¿Qué hizo usted durante la noche, padre? Imagino que iría a buscar al pobre Rashad.

- Era la única pista que teníamos -le contestó Emerson, sonriendo con la pipa en la boca-. Convencí a tu madre y a Nefret para que se quedaran aquí, por si volvías, y luego fui a ver a Thomas Russell. Al menos me di el gusto de sacarlo de la cama. Se quedó algo sorprendido al saber que todos los revolucionarios habían sido liberados, incluso tu amigo Wardani, a pesar de que nadie sabe nada sobre su paradero actual. Russell seguía teniendo a algunos de los suyos tras la pista de Rashad, quien había tenido el sentido común de no volver a su casa después de haber intentado provocar un levantamiento. Encontramos a uno de sus colegas,

Bashir, durmiendo a pierna suelta; nos aseguró que no sabía nada sobre un posible complot contra ti o contra David. Tuve que creerle ya que no podía probar que estuviera mintiendo.

- No creo que lo hiciera -dijo Ramsés-. Rashad no tiene nada que ver con lo que pasó anoche. Le falta imaginación para organizar una puesta en escena semejante. Sí que podría tener que ver, en cambio, con nuestro ladrón desaparecido.

- ¿Crees que tiene esa clase de imaginación? -pregunté.

- El, o uno de los socios de Sethos -me contestó Ramsés-. Reconózcalo, madre, todo esto lleva su sello. No creo que esté personalmente involucrado en esta ocasión, pero su influencia se ha extendido por doquier.

- ¿Todavía no ha contestado? -me preguntó Emerson.

- No, el muy condenado. ¿Añadió algo Russell sobre Martinelli?

- Esa fue precisamente una de las cosas buenas que produjo la noche -contestó Emerson-. Ahora Russell cree que si le pedimos detener a Martinelli fue porque pensábamos que estaba involucrado en un complot nacionalista; el que causó la desaparición de Ramsés. Lo que es altamente improbable, aunque no menos que… esto…

- Hator y su velo -murmuró Nefret. Ramsés la miró con cara de pocos amigos.

- Especular no nos conducirá mucho más lejos en esta ocasión -me apresuré a decir-. Hay que reconocer que el incidente fue, cuando menos, peculiar, pero no hubo daños, excepto los que Ramsés se hizo a sí mismo, y por lo visto no era ésa la intención. De hecho, ¿no fue precisamente eso lo que te dijo ella? ¿Ramsés?

- ¿Qué? -Mi hijo alzó la mirada-. Lo siento, madre. Si mi memoria sigue siendo digna de confianza, lo cierto es que sí, ella dijo algo por el estilo.

Me pareció conveniente cambiar de tema.

- Será mejor que descansemos un poco. ¿Os dais cuenta de que el resto de la familia llega esta noche?

- Sí, madre -dijo Ramsés.

Nuestros hijos se marcharon.

- Tú también, Emerson -dije.

- No necesito descansar -me respondió mi marido-. ¿Qué les pasa a eso dos, Peabody? Parecen enojados el uno con el otro.

- No tengo inconveniente en explicártelo, Emerson, al contrario,

siempre y cuando me dejes hacerlo sin prohibirme hablar de psicología.

- Trata, al menos, de evitar esa palabra -rezongó mi marido.

- La reacción de Nefret es irracional, aunque bastante comprensible para una estudiosa de… bueno, para mí. Es difícil saber qué es lo que le ha molestado más: las supuestas fantasías de su marido sobre atractivas e insinuantes mujeres, o la posibilidad de que una de esas mismas mujeres se le haya insinuado realmente.

- Mmm -dijo Emerson, tocándose el hoyuelo de la barbilla-. De modo que, si a mí me pasara algo por el estilo, tú…

- Me volvería loca de celos -le aseguré, viendo cómo sus labios se curvaban en una sonrisa que no dejaba de tener un cierto toque de vanidad. Proseguí-: Los celos son inevitables, querido; os queremos demasiado como para que nos pueda dejar indiferentes el miedo a perderos.

Ni que decir tiene que la cosa no era tan sencilla. Contrariamente a lo que piensan las personas más sentimentales, los niños generan una cierta tensión en los matrimonios. Se necesita algo de tiempo para saber hacer frente a toda una serie de sentimientos y responsabilidades completamente nuevos. Sé muy bien de lo que hablo, querido lector; ¡a mí me ha costado veinte años! Gracias a la inmensa fortuna que había heredado de su abuelo, Nefret había podido construir un hospital para las mujeres de mala vida (aunque también para aquellas honradas, pero venidas a menos), de El Cairo. Había tenido que luchar también a brazo partido contra los prejuicios masculinos para formarse como cirujana y poder, de este modo, asistir mejor a aquellas desgraciadas. Después, había abandonado su carrera médica por el matrimonio, la maternidad y la arqueología. A pesar de que no se había quejado nunca, no podía por menos que preguntarme si no lo echaría de menos. En cualquier caso, proceder a un análisis serio de todo aquello no habría hecho sino confundir a Emerson. La suya es una mente sin demasiadas complicaciones.

Había, asimismo, toda una serie de dificultades relacionadas con el nacimiento de los niños, pero éstas no eran tampoco el tipo de cuestiones que se pueden discutir con un hombre.

- Mmm -volvió a repetir Emerson-. Bueno, querida, en ese caso, tengo que inclinarme ante tu experiencia. Arreglarán sus

diferencias, ¿verdad?

- A su manera, Emerson, a su manera. Lamentaría que se convirtieran en un matrimonio aburrido como tantos otros. Es poco probable, de todos modos. A nosotros no nos ha pasado, y en mi opinión…

- No hemos sino mejorado gracias a él -aseveró Emerson, mientras se le volvía a iluminar la cara-. Yo también te prescribo un poco de descanso, amor mío.

- No tengo tiempo. Quiero…

- Sobra tiempo -dijo Emerson.

* * *

Dado que los horarios, tanto de los trenes como de los barcos, no eran muy de fiar, habíamos decidido esperar a nuestra familia en el hotel en lugar de dedicarnos a deambular por la estación. Todos habían estado ya en Egipto y, si bien era cierto que Walter y Evelyn hacía muchos años que no habían vuelto a este país, David se movía en él con toda soltura.

Después de haberme asegurado de que todas las habitaciones estuvieran en perfecto estado, con flores frescas en cada una de ellas, no me quedaba nada que hacer aparte de ponerme nerviosa; lo que, si he de ser sincera, hice. La expectación aumenta a medida que se aproxima el acontecimiento que uno ha esperado durante mucho tiempo. Mientras me asomaba peligrosamente al balcón de nuestra habitación por tercera o cuarta vez, Emerson me cogió y me llevó hasta una silla.

- Sería una triste bienvenida que nuestra familia se encontrara con tus restos desparramados sobre la escalera de entrada -me hizo notar-. Incluso en el supuesto de que todas las conexiones sean puntuales, lo que raramente, por no decir nunca, sucede, tardarán todavía algunas horas en llegar. Siéntate, querida, y tómate un whisky con soda. Le diré a Nefret y Ramsés que vengan a hacernos compañía.

Al volver, me anunció complacido.

- Arreglado. Ramsés tardó algo de tiempo en contestar a la puerta.

- No seas vulgar, Emerson.

- Bébete el whisky, Peabody.

Las caras sonrientes de mis niños me confirmaron que,

efectivamente, habían acabado por limar asperezas. Dejando aparte sus manos vendadas, aquella experiencia no parecía haberle sentado mal a Ramsés. A pesar de que mi hijo había rechazado mi teoría, yo seguía convencida de que los motivos de aquella mujer estaban exclusivamente relacionados con la atracción personal. No era culpa de Ramsés, o de Emerson, que ciertas mujeres carentes de principios se sintieran atraídas por sus atractivas facciones, sus cuerpos atléticos y sus maneras galantes. ¿Quién sería la desvergonzada en cuestión? Había repasado ya mentalmente -al igual que, estoy segura, había hecho también Nefret- la, cuando menos, extensa lista de mujeres con las que Ramsés había tenido alguna relación… antes de casarse, claro está. Ninguno de aquellos nombres parecían encajar. No obstante, lo más probable es que no fueran los únicos. Me pregunté si habría algún modo de convencerlo para que me diera la lista completa.

No parecía muy probable.

Al sentir cómo lo escrutaba, mi hijo tiró nervioso de su corbata y empezó a hablar.

- ¿Cuándo se lo van a contar al tío Walter? -preguntó.

- ¿Lo de Sethos? Esta noche no, por supuesto -le respondió Emerson.

- Por descontado -asentí-. Primero les dejaremos disfrutar de su vuelta a Egipto y del reencuentro, después soltaremos la bomba.

- Unas cuantas bombas más bien -dijo Nefret-. Martinelli y las joyas desaparecidas, las revueltas nacionalistas, y ahora la misteriosa dama. ¿Será sólo una casualidad que todas esas cosas hayan sucedido durante los últimos días?

Aquello no era todo, sin embargo. Otros acontecimientos, en apariencia de escasa importancia, nos iban a causar una cierta amargura en los días sucesivos. Soy una mujer sincera; así que no diré que lo sabía. Pero sí que había sentido un cierto desasosiego, ese vago sentimiento de haber olvidado o de haber pasado por alto algo a lo que, casi me atrevería a asegurar, mis lectores deben de estar también habituados.

Las horas de la espera fueron pasando. Nefret dormía, rodeada por el brazo de Ramsés y con la cabeza apoyada en su hombro, cuando finalmente llegaron. Es inútil tratar de describir aquí la alegre barahúnda que produjo su llegada: abrazos, risas, preguntas

y lágrimas. El llanto quejumbroso del miembro más joven de la familia me recordó que no debía descuidar las cuestiones prácticas. Ewie, la hija pequeña de David y Lía, era una criatura angelical, preciosa y con los mismos ojos azules de su madre.

Sólo que en aquel momento tenía bien poco de angelical; la boca, abierta de par en par, daba la impresión de ocupar por completo su menuda cara y lo que hasta entonces había sido tan sólo un simple gimoteo, se fue elevando hasta convertirse en un aullido penetrante.

Tras saludar a los miembros adultos de la familia, Emerson se acercó a Dolly sonriéndole afectuosamente con los brazos abiertos. El robusto pequeñajo, a quien habían llamado así en honor de su gran abuelo Abdullah, tenía sólo cuatro años, el mismo pelo y ojos negros de su padre y los rasgos delicados de su madre. A pesar de que se mantuvo erguido en su sitio, parecía un poco inquieto (¡y qué otra persona de poco menos de un metro de estatura no lo estaría al ver inclinarse sobre ella una forma imponente como la de mi marido!).

- No te abalances sobre él, Emerson -le ordené-. No se acuerda de ti. Dale algo de tiempo para acostumbrarse a las caras nuevas.

- Oh -dijo mi marido, y se detuvo-. Esto… lo siento.

El niño se mostró entonces a la altura de su orgulloso nombre.

- Es mi tío Radcliffe -dijo tendiéndole la mano-. ¿Cómo está usted, señor?

Emerson no se inmutó al oír aquel nombre, que detesta profundamente y con el que muy poca gente se atreve a dirigirse a él. Deshaciéndose en sonrisas, estrechó la diminuta mano.

- ¿Cómo estás, querido muchacho? Bienvenido a Egipto.

- Muy bien -dije, segura de que Emerson, llevado por el sentimiento, estaba a punto de atacar de nuevo-. Creo que lo mejor será que se lleven ya a los niños, ¿qué os parece?

Nos costó muy poco sacarlos de allí, ya que los dos pequeños estaban demasiado cansados como para protestar. Había encargado a la niñera que les preparara una sopa.

- Parece que se durmieron -informé a los otros al volver-. Tal vez el resto de vosotros quiera hacer lo mismo. Ha sido un viaje largo y agotador.

- ¡Imposible! -exclamó Evelyn-. Yo, al menos, estoy demasiado

contenta y excitada como para sentirme cansada. Ven a sentarte a mi lado, Amelia, y deja que te vea mejor. ¿Cómo es posible que estés siempre igual, has vendido tu alma al diablo?

El mérito era, en realidad, del pequeño frasco de tinte para el pelo que guardaba en mi tocador. No vi, sin embargo, la necesidad de mencionarlo. Puede que el afecto con el que Evelyn me miraba la hiciera verme siempre igual; pero lo cierto es que yo había cambiado, y ella también. Su antigua cabellera rubia era ahora completamente blanca y estaba excesivamente delgada; sus ojos azules, sin embargo, conservaban la bondad y la luminosidad de siempre. Por lo que puede que, a fin de cuentas, ella tuviera razón. Tal vez ambas siguiéramos conservando aquello que realmente importa.

Lo mismo se podía decir, sin duda, de Walter, aunque su aspecto físico causara en cierto modo una triste impresión. Nos habíamos dividido por parejas, como solíamos hacer; el contraste entre el cuerpo robusto y vigoroso de Emerson y la figura encorvada y la mirada miope de su hermano, hacía que éste pareciera más viejo que su hermano mayor. Walter tenía, al igual que Emerson, el pelo oscuro y los ojos azules y, tiempo atrás, había sido también un joven robusto, algo menos propenso que su irritable hermano a encolerizarse, aunque no por ello menos dispuesto a defenderse o a defender a los suyos de cualquier peligro. A pesar de que no ponía en duda su deseo de seguir haciéndolo, los años que había pasado estudiando descoloridos papiros habían tenido un efecto devastador sobre él. Emerson, que no es precisamente una persona muy observadora, se había dado cuenta también. Interrumpiendo una animada descripción de Deir el Medina, apretó el brazo de su hermano.

- Ya va siendo hora de que salgas un poco -afirmó-. Eso te reforzará los músculos de los brazos y devolverá el color a tu cara.

Walter se limitó a reírse. Conocía muy bien el modo algo brusco que tenía Emerson de demostrar su afecto y preocupación.

Lía y Nefret se habían sentado juntas y en ese momento hablaban de… ¡niños, por supuesto! ¿De qué otra cosa podrían hablar dos jóvenes madres? A Lía la habían llamado así en mi honor, aunque ella prefería la versión abreviada de mi nombre: para evitar confusiones, pero también porque cuando Emerson,

molesto conmigo por algún motivo, bramaba ¡Amelia!, la muchacha se ponía muy nerviosa. Al contemplar sus ojos azules y el pelo rubio como el de su madre, no pude por menos que recordar afectuosamente a la joven Evelyn, mi compañera durante mi primer memorable viaje a Egipto. Quién hubiera podido imaginar por aquel entonces que nuestras vidas iban a estar unidas en ese modo y que, con el pasar del tiempo, íbamos a tener una cosecha tan abundante de felicidad, con una segunda generación siguiendo nuestros pasos en el mundo de la arqueología.

Era un placer volver a ver a Ramsés y a David juntos, tan unidos como hermanos y casi tan parecidos, con sus negras cabezas bien juntas mientras se ponían al día de las últimas noticias.

No tuvieron mucho tiempo para hablar ya que Emerson, dando por sentado que el resto de nosotros estábamos deseando hablar de arqueología al igual que él, nos obligó a todos a tomar parte en la conversación que en ese momento mantenía con su hermano y nos expuso los planes que tenía para nosotros. Mientras le contaba a Evelyn que Cyrus tenía la esperanza de poder copiar y publicar todas las pinturas de las tumbas de Deir el Medina, alguien llamó imperiosamente a la puerta.

- ¿Quién podrá ser a esta hora? -me pregunté en voz alta.

Entonces recordé que habíamos dicho al conserje del hotel que nos entregara los telegramas tan pronto como llegaran, sin importar la hora.

Emerson y yo nos miramos.

- Voy a ver -dijo, encaminándose hacia la puerta. Tal como tenía por costumbre, la abrió de golpe… y se quedó atónito.

A pesar de que Emerson es una persona bastante voluminosa, su mole no llegaba a ocultar por completo al hombre que tenía frente a él. Distinguí una cabellera negra y un hombro cubierto de tweed marrón. Fue suficiente. Me incorporé de un salto. Emerson cambió posición; trataba, supongo, de bloquear el umbral de la puerta, pero el visitante por lo visto lo consideró como una invitación a entrar y lo esquivó con habilidad.

Había reconocido el traje de tweed que Ramsés le había prestado en una ocasión anterior, y que él no nos devolvió nunca. Una barba negra y un bigote ocultaban la parte inferior de su cara; la parte superior se había visto transformada por las ondas de pelo

que caían sobre su frente despejada y por un par de gafas con cristales de color que daban al ambiguo color de sus ojos un tono castaño, oscureciéndolos. Tras observar rápida pero exhaustivamente la habitación, sonrió.

- ¡Cuánto me alegro de verte, hermano! -exclamó, mientras estrechaba la mano paralizada de Emerson-. Y también al resto de la familia… no contaba con semejante placer. Esta tiene que ser… no puede ser más que ella… mi querida hermana Evelyn. Concédame el privilegio de familia…

- Tras alzar su mano, se la besó respetuosamente mientras ella lo miraba desconcertada. Saludó a Lía del mismo modo, nos abrazó a mí y a Nefret, y estrechó las manos de David y Ramsés. La sorpresa nos había paralizado de tal modo y sus movimientos eran tan rápidos, que pudo llevar a cabo aquel entero y complicado procedimiento sin interrupciones. Cuando, por último, se dirigió a Walter con una expresión en la cara de simulada emoción, consideré que había llegado la hora de intervenir. Desgraciadamente, la confusión y la irritación que sentía me llevaron a decir lo que no debía.

- ¡Sethos, por favor! Walter no sabe… ¡Oh, maldita sea!

Dado que no sabía su verdadero nombre, este alias, de todos los otros que había usado, fue el que primero me vino a la mente. Para Walter fue la gota que colmó el vaso. Su asombro era mayor que el de cualquiera de nosotros, pero no hasta el punto de impedirle recomponer el puzzle. Miró en silencio a Emerson, pidiendo una explicación… no obtuvo nada: respuesta, negación, protesta… se llevó la mano al pecho… palideció… y cayó al suelo inconsciente.

- Ha sido sólo un desmayo -dijo Sethos-. Nada serio.

- No gracias a ti, precisamente -le dije enfadada-. Si hubiera tenido el corazón débil esto podría haber acabado con él. Organizaste esta escena deliberadamente y con malévola premeditación. ¡Deberías avergonzarte!

Si algo no se puede decir de mí es que recurro al ataque para tratar de ocultar a mis lectores mis propias faltas. No me hubiera servido de nada, en cualquier caso. Emerson, cuyos sentimientos hacia su réprobo hermano oscilan entre el afecto involuntario y el profundo disgusto, me dejó helada con una de sus iracundas miradas.

- Tú fuiste la que le propinaste el coup de gráce, Amelia. Puede que Walter hubiera aceptado la existencia de un hermanastro desconocido, pero que ese mismo hermano resulte ser el criminal del que nos ha oído hablar siempre de un modo… esto… tan crítico, fue lo que lo remató.

- Bueno, maldita sea, no sabía su verdadero nombre -repliqué-. Ya que hablamos de eso…

- Pensándolo bien, lo cierto es que mi pequeña broma fue un tanto desafortunada -dijo Sethos suavemente-. Lo siento, Amelia. Sabes de sobra la poca gracia que tengo. Pero considéralo por el lado bueno, querida, como sueles hacer siempre. Tenías la intención de decírselo de todos modos, ¿no? Pues bueno, ya está, ahora podrás dejar de pensar en el mejor modo de dar la buena noticia.

Me dedicó una sonrisa insolente. He de decir en su favor que, cuando ayudó a Emerson a llevar a Walter inconsciente hasta su habitación, no parecía tan tranquilo. No dejó de dar vueltas alrededor de Nefret hasta que ésta acabó de examinarlo y nos anunció que el corazón no estaba dañado. Cuando Walter abrió los ojos y murmuró: «¿Dónde estoy?», retrocedió, cruzó los brazos y trató de comportarse como si con él no fuera la cosa. Siguiendo mi consejo, Nefret suministró a Walter un sedante, después de lo cual lo dejamos a cargo de Evelyn, quien respondió dignamente a la disculpa que Sethos le farfulló con un gesto afirmativo de la cabeza.

El resto de nosotros había vuelto a la sala de estar. Emerson nos sirvió a todos un whisky. Sethos volvía a ser la misma persona incorregible e imperturbable de siempre. Me pareció cansado, sin embargo. Dejándose caer sobre los almohadones, bebió gustosamente de su whisky.

- ¿Saben lo del robo? -preguntó.

- ¿Qué robo? -preguntó David.

- Supongo que habrá que decírselo -admití-. Pero lo que desde luego no voy a hacer, es despertar a Walter para soltarle también eso.

- No hay prisa -dijo Sethos fríamente-. Pero deberíais de contarme algo más a mí. El telegrama de Emerson era, por necesidad, algo críptico.

Tras hurgar en su bolsillo, extrajo de él un trozo arrugado de papel. Me lo tendió y yo lo leí en voz alta.

«M desaparecido con bienes de las señoras. ¿Dónde los llevará? Necesitamos consejo urgente.»

- ¿Cómo pudiste venir tan deprisa? -le pregunté.

- Estaba en Constantinopla. Margaret me envió allí el mensaje, ya que parecía urgente. Vine lo antes que pude. Y ahora contadme el resto. ¿Qué es exactamente lo que falta?

- Tres pulseras, las más valiosas de todo el lote, y un magnífico pectoral.

Con la eficacia que suele ser habitual en mí, le resumí los hechos que todos conocíamos.

- ¡Pobre Cyrus! ¡Menudo disgusto! -exclamó David.

- Lo es también para mí -dijo Sethos-. No tengo nada que ver con esto, Amelia. ¿Me crees?

- Sí, tú te habrías llevado todo el lote. Inclinando hacia atrás su cabeza, Sethos soltó una carcajada.

- Me halagas, querida. Te agradezco tu confianza. Para ser sincero, Martinelli me sorprende ya que, en caso de que haya vuelto realmente a las andadas, esperaba que fuera más concienzudo. A menos que haya encontrado un comprador algo especial que sólo quiere determinados objetos, por razones que escapan a nuestro alcance… Veré lo que puedo averiguar en El Cairo, contad con ello, pero no os hagáis demasiadas ilusiones. Mi antigua organización ya no existe y sus miembros se han dispersado.

- No puedes hacer nada hasta mañana -dijo Emerson-. Yo… esto… tú… esto… Amelia está cansada. -No había sido la única en notar el cansancio reflejado en el semblante de Sethos. Debía de haber viajado día y noche para responder a nuestra llamada.

- Bastante -dije-. ¿Has reservado aquí una habitación?

- Yo siempre tengo un sitio donde alojarme.

Emerson entornó los ojos. El afecto había dado paso a la desconfianza.

- Antes de que os deje finalmente en paz -prosiguió Sethos-, deberíamos confiarnos todo.

- Imagino que lo que pretendes es que nosotros te confiemos todo -le interrumpió Emerson irritado.

- Te aseguro hermano, que os devolveré la confianza tan pronto tenga algo que contaros. ¿Hay algo más que debería saber en relación con todo este asunto?

El color indefinido de sus ojos había sido siempre muy útil para un maestro del disfraz como él; con el maquillaje adecuado, los mismos podían parecer grises, verdes o castaños. Rodeados ahora por unas profundas ojeras, daban la impresión de ser más oscuros, cuando fueron a posarse sobre las manos vendadas de Ramsés.

- No tienen nada que ver con… -empezó a decir mi hijo.

- No podemos estar seguros -le interrumpí-. Sethos podría ver alguna conexión que a nosotros se nos escapa. Vosotros, los jóvenes, no hace falta que os quedéis si estáis cansados.

- De aquí no me mueve nadie -afirmó David-. ¿Ha habido alguna temporada en la que no os hayáis metido en algún lío? No penséis ni por un momento en que me vais a poder dejar al margen de este asunto.

- Ni a mí tampoco -añadió Lía con firmeza.

El rostro de Sethos se suavizó.

- Veo que la sangre de la familia corre por sus venas -dijo, en un tono que hizo que Lía se sonrojara-. Está bien, Ramsés, puedes empezar.

- Demonios -dijo Ramsés, pasándose los dedos por el pelo-. ¿Es necesario?

- Déjame hacerlo a mí -dije, ya que sabía que Ramsés pasaría por alto los detalles más interesantes. Solía ser muy reservado en todo lo concerniente a sus encuentros amorosos con mujeres-. Corrígeme cuando pierda el hilo.

Conté lo sucedido con toda la objetividad de la que fui capaz, pero no había pasado mucho tiempo cuando los labios de Sethos empezaron a retorcerse. Era evidente que se estaba divirtiendo, así que lo miré irritada.

- ¿La historia estimula tu célebre sentido del humor?

Su sonrisa se desvaneció.

- ¡Por Dios, Amelia! No supondrás que tengo algo que ver con toda esta historia, espero. En mi juventud, ya pasada y completamente echada a perder por cierto, fui autor de un buen número de extravagancias aunque nunca nada tan aberrante como esto.

- Mmm -dijo Emerson atravesándolo con la mirada.

- Bueno, hubo una parecida -le concedió Sethos, mirándome nostálgico.

- Basta ya -dije tajante. Emerson no había olvidado, o perdonado del todo, aquella ocasión en la que mi amartelado cuñado (si al menos lo hubiera sabido…) me retuvo prisionera, en un ambiente tan voluptuoso como el que Ramsés acababa de describir.

- Te pido disculpas. Ya ti también, Rad… Emerson. Pero si uno no puede reírse de tonterías como ésa, ¿qué esperanza le queda a la especie humana? -Sacudió su cabeza-. La verdad es que no sé muy bien qué decir. Tal vez deberíamos atribuirlo a… esto… un cierto interés personal por parte de la dama en cuestión. No creo que sea la primera vez, ¿o me equivoco?

Ramsés tenía una cara casi tan roja como la de su padre. A Sethos le encanta provocar a la gente. Vi en ello una señal de cansancio, ya que éste siempre hacía que le entraran ganas de bromear.

- Ya casi es de día -dije-. Creo que todos seremos más razonables después de dormir un poco. ¿Cómo podemos ponernos en contacto contigo?

- No podéis. -Se levantó-. Vendré a veros mañana por la noche. ¿Queréis cenar conmigo? Celebraremos…

- Oh, vete ya -le interrumpí bruscamente.

Manuscrito H:

De algún modo, a Ramsés no le había sorprendido la visita de su réprobo tío. Había que reconocer que Sethos tenía la habilidad de aparecer sin avisar cuando su ayuda era necesaria pero en aquella ocasión daba la impresión de que lo único que había pretendido al hacerlo era buscarse problemas. Había impresionado a su hermanastro hasta el punto de provocar su desmayo, había hecho que Emerson se encolerizara, y todo ello sin ofrecer ninguna información de utilidad, o la perspectiva de hacerlo en el futuro… y (lo más exasperante de todo) se había negado a tomarse en serio la historia de Ramsés. Uno de estos días, pensó Ramsés, me obligará a arrancarle esa arrogante sonrisa de la cara de un golpe.

- ¿Qué has dicho? -preguntó Nefret.

- Nada. -Tras acabar de desvestirse, se metió en la cama-. Durmamos un poco.

Ella seguía sentada en el tocador, cepillándose el pelo.

- Estoy demasiado alterada como para tener ganas de dormir. ¿No quieres que hablemos de la sorprendente aparición del tío

Sethos?

Sus largos bucles de pelo ondeaban con la luz y el movimiento de su cuerpo pero, por una vez, contemplar aquello no consiguió despertar sus sentidos.

- No -dijo secamente y se volvió hacia el otro lado, dándole la espalda. Cuando ella se tumbó finalmente a su lado, se hizo el dormido.

La única persona con la que quería hablar era David. La noche anterior no habían tenido tiempo: su madre se había apresurado a mandarlos a sus habitaciones apenas Sethos salió por la puerta. Pero ellos se conocían bastante bien, David y él. Un intercambio de miradas y unas cuantas palabras bastaron para organizar un encuentro para la mañana siguiente.

Llevaba ya esperándolo un cuarto de hora cuando David hizo su aparición, sonriendo para disculparse.

- Me ha costado escabullirme de los efusivos brazos de la familia -explicó.

- ¿Cómo va el tío Walter?

- Completamente recuperado y muerto de curiosidad. El y el profesor se llevan a los niños al museo. Les deseo suerte. Les sugerí que se llevaran unas correas de perro pero mi propuesta fue desechada a gritos.

- ¿Y los otros?

- Están todos en el hospital con Nefret, excepto la tía Amelia. Creo que ella prefiere acompañar al grupo que visita el museo. Me preguntó adonde iba.

- Muy propio de ella. ¿Qué le dijiste?

Los oscuros ojos de David se abrieron, fingiendo sorpresa.

- La verdad, por supuesto. Que los dos queríamos disponer de algo de tiempo para nosotros mismos.

Recorrió la terraza -abarrotada de turistas bien vestidos, oficiales angloamericanos y camareros de tez oscura-, con una desdeñosa mirada.

- Pero no aquí, si no te importa. Este sitio no ha cambiado nada, ¿no te parece?

- No. ¿Lo hará alguna vez?

- Oh, sí -dijo David suavemente-. Ya lo creo que lo hará.

Ramsés se volvió para mirarlo con el ceño fruncido; sacudiendo

la cabeza, sonrió levemente.

- Mejor no hablemos de política. ¿Adonde vamos?

Encontraron uno de sus cafés predilectos y David se sentó en un banco con un suspiro de satisfacción.

- Justo como en los viejos tiempos. ¿Te acuerdas de aquella noche en la que, mientras estábamos aquí, tú haciéndote pasar por Alí la Rata y yo por uno de sus fieles secuaces, tu padre entró de repente? Cuando se te quedó mirando, tú gritaste: «¡Maldito infiel!».

- Gimoteé más bien. -Ramsés se echó a reír, dejándose llevar por la nostalgia de los recuerdos-. Tenía tanto miedo de que nos reconociera que casi me caigo de la silla.

Un camarero trajo el café que habían pedido, y un narguile para David.

- La verdad es que hemos pasado juntos algunos buenos momentos -dijo David melancólico.

- Ahora que ya han pasado, quizás. Algunos de ellos no resultaron en su momento tan divertidos.

«David ha envejecido -pensó Ramsés-. Aunque supongo que yo también.» Sólo que algunas de las arrugas de la cara de su amigo eran fruto del dolor, y se hundían profundamente en su piel. Según Nefret, nunca conseguiría liberarse de aquello; la herida que había sufrido en 1915 había dañado algunos de los nervios de su pierna, a pesar de que ahora apenas se le notaba al moverse. A Ramsés le costaba imaginar cómo podía mantener aquel paso tan uniforme. Jamás se le ocurriría preguntarle al respecto o compadecerlo pero sólo el hecho de que fuera consciente de ello confirió mayor énfasis a su siguiente afirmación.

- Ahora somos unos señores casados y con hijos. Es tiempo de dejar atrás las locuras propias de la juventud.

David dio una larga calada a su narguile, y luego fue expulsando el humo poco a poco.

- No creo que podamos hacerlo, no mientras sigan sucediendo cosas como el robo de las joyas ante las mismas narices de Cyrus, o esa mujer que, evidentemente, no es lo que parece. Es la historia más absurda que he oído en mi vida… y he oído unas Cuantas.

- Y vivido otras. ¿Crees entonces que sucedió realmente?

- Claro que sucedió.

- Nefret piensa en cambio que parte de ella, si no toda, fue una

alucinación.

- ¿Reconocerías a esa mujer si la volvieras a ver? Ramsés se rió irónicamente.

- Nefret me preguntó lo mismo. ¿Y sabes la tontería que le contesté? Sin pensarlo dos veces le solté: «Seguramente su cara no».

David sonrió comprensivo.

- La llevaba cubierta con un velo.

- Eso era lo que quería decir. Pude ver buena parte del resto de ella pero un bonito cuerpo no basta para identificar a una persona. Fui lo bastante tonto como para decirle eso también. Nefret me hizo al respecto un buen número de feroces comentarios.

- Está preocupada, eso es todo. Y yo también. Cuéntame algo de Rashad.

- No fue él el que mandó el mensaje.

- ¿Cómo lo sabes? ¿Todavía lo conservas?

Era como en los viejos tiempos… demasiado incluso. David siempre se las había arreglado para meterlo en apuros y él no se iba a echar atrás ahora.

- No, no lo tengo -admitió Ramsés-. Se me debió de caer por el camino. Pero ¿qué más da? El modus operandi no era el habitual de Rashad y su gente. No es que yo le importe mucho pero me cuesta creer que me odie hasta el punto de organizar todo este lío sólo por mí. Y además, ¿para qué? ¿Para echarte el guante?

- Yo tampoco le gusto -dijo David-. Pero tomarte como rehén me parece un modo condenadamente complicado de apoderarse de mí. No sabía que estaba en El Cairo.

- ¿De verdad?

David se limitó a mirarlo, arqueando las cejas. Ramsés bajó la mirada.

- Lo siento, David. Sabía que no me mentirías. Pero aquí se han producido revueltas, huelgas y hasta sangrientos asesinatos, y toda esta violencia no puede por menos que recordarme a nuestro viejo amigo Wardani. La policía todavía lo busca por colaborar con el enemigo durante la guerra, y sólo Dios sabe a lo que se puede haber dedicado desde entonces.

- A pocas cosas -dijo David con calma.

- ¿Estaba detrás de los levantamientos de la pasada primavera? En un solo incidente, mataron a ocho personas desarmadas, y…

- Aquello fue en realidad una manifestación espontánea de protesta por el arresto y por la deportación de Zaghlul Pacha.

Ramsés emitió un sonido algo grosero.

- Sí, de acuerdo. Se trató de un auténtico asesinato, cruento e imperdonable, de acuerdo, pero no de un complot organizado; yo hablaría más bien de un grupo de pobres desgraciados soliviantados por un agitador. Wardani no tuvo nada que ver, ni tampoco los turcos o los alemanes, a pesar de las histéricas afirmaciones de algunos oficiales. Deja de sermonearme y escúchame, ¿de acuerdo? Wardani se puso en contacto conmigo hace unos meses. Y no, no sé dónde está. Puede que en París, fisgoneando por la Conferencia de Paz con la esperanza de poder mezclarse astutamente en las discusiones. Pero se trata de una esperanza vana, ya que Zaghlul Pacha es el líder reconocido del movimiento de independencia y Wardani sólo tiene alguna influencia entre unos pocos radicales marginados.

- Como Rashad.

- Rashad no es un revolucionario -dijo David desdeñoso-. Apenas acaba de soltar uno de sus discursos, huye precipitadamente para ponerse a salvo. Wardani es lo suficientemente inteligente como para comprender que lo que tiene que hacer ahora es entrar en el juego político y dejarse de revueltas. Claro, permite que la gente como Rashad hable incansablemente de sedición, pero me sorprendería mucho que Rashad siguiera formando parte de la organización de Wardani.

- Entonces, ¿no tienes la intención de colaborar con ellos?

David agitó las manos y frunció el ceño.

- ¡Maldita sea, Ramsés! Soy un artista, a mi modo, y no un combatiente. Prometí a Lía que me mantendría alejado de Wardani. Y a él le dije la misma cosa, no he vuelto a saber nada de él desde entonces. Y ahora, ¿podemos dejar ya la política y concentrarnos en asuntos que nos tocan más de cerca?

Dejó algunas monedas sobre la mesa y se levantó.

- Vamos, tratemos de encontrar tu exótica prisión.

- Será una pérdida de tiempo -le advirtió Ramsés. David no había contestado a su pregunta. No mentiría, no a un amigo como él, pero le estaba ocultando algo y, hasta que no se sintiera dispuesto a hablar francamente, era inútil y desleal presionarlo.

- Nunca se sabe. Empecemos por… ¿cómo era?… el sabil Khalaoun y tratemos de volver sobre tus pasos.

El café estaba abierto y la diminuta plaza se encontraba abarrotada de gente. Tres calles, callejuelas más bien, conducían a ella.

- ¿Cuál? -preguntó David devolviendo el saludo a un viejo conocido que estaba sentado junto al sabil.

Recorrieron la zona con toda la meticulosidad que las tortuosas calles y los caminos menos frecuentados les permitieron. Las altas casas de El Cairo convertían aquellas callejuelas en auténticos cañones realizados por el hombre, oscuros y techados por balcones de celosías. Las mujeres se asomaban a las ventanas, llamando a los vendedores de comestibles que pasaban por la calle; los burros se abrían paso a empujones y la gente pasaba de largo, ajetreada en sus múltiples quehaceres. Aquellas calles llenas de animación tenían tan poco que ver con la oscuridad silenciosa a través de la cual había efectuado su tambaleante huida, que hasta parecía que estuvieran en otra ciudad.

- ¿No recuerdas algún punto más concreto… una mezquita, alguna tienda? -dijo David exasperado al cabo de un rato.

- Vi un montón de cosas, hasta una pirámide y las velas de una faluca -le respondió secamente Ramsés-. Son los efectos del opio. Me quedaba el suficiente sentido como para saber que todo aquello no era sino producto de mi imaginación pero a la vez estaba tan tremendamente ocupado tratando de escapar del tipo que me perseguía, que no podía distinguir entre la realidad y la alucinación. Y no, no se los mencioné a nuestra familia. Eso habría acabado de convencerles de que el resto de mi historia era también producto de mi truculenta imaginación.

- No lo fue.

- No… Demonios, David. La verdad es que ya no estoy muy seguro de hasta qué punto fue real o no.

- Una cosa es segura -dijo David comprensivo-: estuviste perdido durante horas y no en el sitio que la nota indicaba. A eso lo llamo yo secuestro. -Inclinó su cabeza bajo una bandeja de pan, que un vendedor que pasaba por allí llevaba cargada sobre el hombro-. Bueno, sea como sea, valió la pena intentarlo. Hagamos una visita al suk.

- Si lo que pretendes es preguntar a los comerciantes de antigüedades sobre las joyas de Cyrus he de decirte que nuestros padres lo han intentado ya sin resultado alguno. Y eso que ellos resultan mucho más temibles que cualquiera de nosotros dos.

- Pero nosotros tenemos más encanto. -David sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro.

Prosiguieron en fila india, bajo balcones cubiertos de ropa tendida, hasta llegar a la explanada que se encontraba ante la mezquita de Hussein.

- ¿Qué ha sido de el-Gharbi? -preguntó David sin más preámbulos.

- ¿Quién? -le respondió Ramsés sorprendido.

- Ese proxeneta nubio tan perfumado que controlaba el barrio chino hasta que los ingleses lo metieron en un campo de prisioneros en…

- Sé quién es -le interrumpió Ramsés-¿Cómo olvidar a el-Gharbi? ¿Por qué piensas ahora en él?

- Estaba involucrado en todos los negocios sucios de El Cairo, y te procuró información en varias ocasiones.

El-Gharbi, con sus perfumes, sus joyas y perennemente ataviado con túnicas de mujer de color blanco, era alguien realmente inolvidable. Si bien era cierto que no se podía apreciar o admirar a un hombre que se dedicaba a ese tipo de negocios, también lo era que el-Gharbi había sido un delincuente mucho más inofensivo que muchos de sus colegas.

- Sí, era útil, a su manera -dijo Ramsés-. Desgraciadamente, ya no controla este lugar. Nuestro padre lo sacó del campo de prisioneros a cambio de ciertos favores, con el-Gharbi era siempre un constante toma y daca, lo exiliaron a su pueblo, en el Alto Egipto. Imagino que seguirá allí, si es que todavía vive.

- Es una pena.

Visitaron a los comerciantes más importantes. David les explicó que estaba buscando un brazalete para su mujer, y acabó con varias pulseras de plata, todas ellas de reciente hechura beduina. Uno de ellos les enseñó también varias tiras de «cuentas de momia» de cerámica descolorida que, según les explicó, servían para hacer pulseras. Los había reconocido y debía de suponer que ellos se negarían a comprar una cosa semejante, pero había que intentarlo

de todos modos. Hasta los ingleses son impredecibles.

- Debería haberte advertido que ellos no nos iban a ofrecer las pulseras de Cyrus -dijo Ramsés-. Saben quiénes somos.

- Supongo que no tenemos tiempo de probar con nuestros alegres disfraces de turistas de avanzada edad -dijo David. Parecía lamentarlo.

- Olvídalo, David-dijo Ramsés riendo.

- Bueno, de acuerdo. ¿Comemos en el restaurante de Bassam?

- No creo que nos pueda decir mucho.

- No, pero la comida, al menos, es estupenda y eso me dará los ánimos que necesito para pasar la velada con el tío Sethos.

Supongo que el único que tenía ganas de celebrar aquella cena era el propio Sethos. Si bien yo había preparado lo mejor que había podido a Walter, a quien había encontrado físicamente recuperado, éste seguía mostrándose completamente desconcertado. Se había tomado la noticia de la infidelidad de su padre mejor de lo que me esperaba -probablemente porque él también había sufrido a causa del carácter frío de su madre- pero, a pesar de que traté de convencerlo de que Sethos se había regenerado sirviendo heroicamente a su país y de que ahora estaba completamente cambiado, pude ver que Walter seguía dudando de su hermanastro. (A mí me sucedía lo mismo, y puede que esto fuera la causa de que mis palabras no resultaran demasiado convincentes.)

Insistí para que todos se pusieran sus mejores galas y trataran de comportarse como si se tratara de un encuentro normal entre personas cercanas que llevan mucho tiempo sin verse. Impecablemente vestido con frac y corbata blanca, Sethos nos esperaba a la salida del ascensor y nos condujo al comedor privado que había reservado para la cena. La mesa resplandecía, cubierta con la cristalería y los objetos de plata; habían puesto también flores a lo largo de ella y en cada uno de los sitios que debían ocupar las damas. Sus labios borbotearon floridas alabanzas; insistió en que Emerson se sentara a la cabecera de la mesa y, tan pronto el resto de nosotros ocupó sus asientos, se destaparon las botellas y nuestras copas se llenaron de champán. Dado que hasta una persona de pocas luces se habría dado cuenta de que Emerson no iba a proponer un brindis, Sethos se ocupó de hacerlo en su lugar.

- ¡Por el rey y por todos los leales corazones a su servicio; por el

amor y la amistad!

Ni siquiera Emerson podía negarse a honrar todo aquello.

A medida que íbamos comiendo, plato tras plato, empecé a sentir ciertas dificultades para controlar la risa. Puede que fuera el champán, aunque he de confesar que ver el efecto que la actuación de Sethos iba teniendo en los presentes me divertía enormemente. Se había propuesto cautivarlos y resultaría difícil encontrar otra persona que supiera hacerlo mejor que él. Mi querida Evelyn, que habría sido capaz de perdonar al mismísimo Genghis Khan si éste le hubiera pedido disculpas, sucumbió de inmediato a sus encantos, y también Lía parecía visiblemente fascinada. Sethos alabó la labor filológica que había desarrollado Walter, citando incluso ejemplos que probaban que estaba completamente al tanto de la misma; habló con admiración de los logros de Emerson -y de los míos-, y rindió homenaje al heroísmo de la generación más joven.

- Son los hijos de la tempestad -aseguró-. La tempestad ha pasado gracias al sacrificio, no sólo de los jóvenes que arriesgaron y dieron sus vidas en ella, sino también al de las valerosas mujeres que tuvieron que soportar el dolor aún más profundo de esperarlos y de llorar su pérdida.

Los ojos de Evelyn se llenaron de lágrimas. Nada podía ser más delicado que el reconocimiento al hijo muerto en el campo de batalla. Incluso Emerson parecía conmovido. La única cara que no se dulcificó fue la de Ramsés, a pesar de que aquellas palabras iban también dirigidas a él y a David. Me miró, arqueando las cejas en señal de escepticismo.

Poco después, mi marido empezó a ponerse nervioso. Era imposible entablar lo que él consideraba una conversación inteligente -una conversación sobre egiptología, claro está- en una cena como aquella, y me daba cuenta de que estaba ardiendo en deseos de interrogar a Sethos sobre un buen número de cuestiones. Sin embargo -mediante ceños, guiños y toda una serie de penetrantes miradas- conseguí que se contuviera hasta que retiraron el último plato.

- Una cena muy agradable, pero ahora vayamos a lo nuestro-dijo entonces en voz alta-. Me gustaría saber… Oh… esto… Amelia, ¿has mencionado a Walter…?

- Si te refieres al robo de los objetos de Cyrus, sí, lo ha hecho -

dijo Walter alegremente-. Es una pena, pero estoy seguro de que Amelia no tardará en resolver el caso. -Tras apurar su copa de vino, hizo un gesto al camarero.

- Hum -dijo Emerson-. Creo que ya has bebido bastante, Walter. O te vas a la cama o, a partir de ahora, procuras controlarte un poco.

- En ese caso, me iré a la cama. -Se levantó, sonrojado y sonriente, y su mujer, como no podía ser menos, hizo lo propio-. Buenas noches, a todos. Y gracias poruña de las veladas más encantadoras… uf… esto… hermano.

Después de que hubieran abandonado la habitación, sugerí a los demás que tal vez fuera mejor no discutir los asuntos que Emerson pretendía que discutiéramos en presencia de los camareros. Tras sentarse de nuevo, Sethos se encogió de hombros.

- No tengo nada importante que contaros.

El ceño fruncido de Emerson indicaba que no estaba dispuesto a aceptar una respuesta semejante, por lo que Sethos se vio obligado a dar más detalles.

- Esta tarde me di una vuelta. Tal como sospechaba, mis principales lugartenientes se han marchado.

- ¡Marchado! -exclamé-. ¿Quieres decir…?

- Algunos de ellos murieron en Francia. ¿Recordáis a Rene? Lo mataron durante la primera semana de guerra.

No pude ocultar mi pesar. Apreciaba a aquel joven francés. Había sido un delincuente y un ladrón, es cierto, pero también un caballero.

- Tu admirador, sir Edward, sigue vivo y se encuentra bien -me aseguró Sethos-. Poco importa del resto, basta decir que se encuentran fuera de juego. También hubo bajas entre los miembros de a pie. Abandonados a sí mismos, se volvieron descuidados y pagaron por ello. Resumiendo, siempre y cuando me dejéis hacerlo, dado que Nefret lleva varios minutos tratando de no bostezar, no se me ocurre a quién puede haber vendido Martinelli los objetos en El Cairo.

- ¿Podemos creer en tu palabra? -le preguntó Emerson sin pelos en la lengua.

- No os queda más remedio -fue la respuesta igualmente brusca-. Hay algunas personas con las que realizo tratos privados, pero están

desperdigadas por Europa, América y algunas zonas de Oriente Próximo. Seguiré viendo lo que puedo averiguar, pero no ahora. Mañana tengo que regresar a Constantinopla. He dejado un asunto abierto en esa ciudad.

- Imagino que no te tomarás la molestia de contarnos de qué se trata -dije.

- Como de costumbre, has adivinado, Amelia -dijo Sethos con una sonrisa aún más amplia.

- Entonces, lo mejor será que nos demos las buenas noches -dije, interrumpiendo la incipiente protesta de mi marido.

No tenía ninguna intención de dejar escapar a Sethos tan fácilmente. Pensando que tal vez se decidiera a hablar más abiertamente si el resto de nosotros no estaba presente, los envié a todos a sus habitaciones -dando lugar a que Ramsés me mirara intrigado-, tras lo cual me volví hacia mí cuñado quien, como de costumbre, se anticipó a mis palabras.

- Sí, Amelia, tú y yo nos tenemos que contar algunas cosas.

- Y a mí también -dijo Emerson, quien, creo innecesario decir, había permanecido inmóvil como una roca mientras despedía a los niños.

- De acuerdo -dijo Sethos-. Busquemos un rincón acogedor.

Lo encontramos en el Moorish Hall. El ambiente era muy sugerente, con rincones tenuemente iluminados, en penumbra, pero Sethos no perdió tiempo en divagaciones.

- Os aconsejo que abandonéis El Cairo lo antes posible.

- Yo he llegado a la misma conclusión -le hice saber.

- ¡Maldita sea! -exclamó Emerson, quien en ese momento tenía, hablando en plata, ganas de pelea sin que importara mucho con quién. Permanecer junto a Sethos durante un tiempo, el que fuese, solía producirle ese efecto-. ¿Cuándo llegaste a esa conclusión, Peabody? No me digas que has vuelto a hablar con Abdullah.

Los cejas bien delineadas de Sethos se arquearon repentinamente.

- ¿Cómo?

- Sueña con él -dijo Emerson-. Soy una persona razonable; no me importa que mi mujer mantenga largas conversaciones íntimas con un hombre que ella… esto… admiraba tanto. Qué demonios, yo también sentía un gran afecto por ese tipo. Lo que me molesta es

que pretenda hacer pasar sus propias opiniones por las de un hombre muerto.

- Me sorprende que seas tan dogmático, Radcliffe -dijo Sethos-. Hay más cosas entre el cielo y la tierra…

- Bah -dijo Emerson-. Y haz el favor de no llamarme Radcliffe.

Sethos hizo una mueca con la boca.

- Procuraré no hacerlo. Sólo espero que Amelia, como yo, tome su decisión siguiendo un razonamiento lógico. He estado pensando en la extraña aventura de Ramsés. Me preocupa.

- Y sin embargo da la impresión de que todo este asunto te divierte y no acabas de creértelo, no me pareces en absoluto preocupado -dijo Emerson, frunciendo el ceño.

- No pude resistir la tentación de tomarle el pelo al muchacho. ¡Se toma las cosas tan en serio! Cabe la posibilidad de que alguna, como diría yo, ¿dama?, abrigue una cierta ternura hacia él y se haya valido de un método poco ortodoxo para llamar su atención. Al igual que otros miembros de la familia, la modestia y la consideración hacia los sentimientos de mi querido hermano me impiden mencionarlos, parece atraer mucho a las mujeres.

- ¡Tonterías! -exclamó Emerson.

Sethos se encogió de hombros y se puso serio.

- La alternativa no es tan inocua. Vuestro hijo no ha estado precisamente ocioso en los últimos años; ha molestado casi a tanta gente como yo: los turcos, los senussi, los nacionalistas, incluso a la gente del propio servicio. David tampoco está libre de sospechas; la policía lo tiene identificado como miembro de uno de los grupos nacionalistas egipcios. El malestar popular puede volver a estallar en cualquier momento y, si lo hace, él será uno de los primeros sospechosos.

- ¡Eso sí que no! -exclamé-. Los servicios que prestó a Inglaterra durante la guerra…

- Añaden mayor riesgo a su situación. A pesar de que los miembros ordinarios del servicio desconocen sus actividades, los rangos superiores del mismo están perfectamente al tanto de ellas y no me sorprendería que quisieran volver a contar con él. Algunos de los miembros de la organización a la que pertenecía se encuentran actualmente en libertad y lo consideran un traidor. ¿Acaso creéis que fue pura coincidencia que Ramsés fuera raptado precisamente

un día antes de que David regresara a Egipto?

- No pueden haberse confundido de persona -protestó Emerson.

- He dicho que no me lo explico. También puede ser que no exista ninguna conexión. En cualquier caso, los muchachos estarán más seguros en Luxor.

Emerson se tocó con el dedo el hoyuelo de la barbilla y miró con envidia la barba de su hermano. Seguía resentido conmigo porque me negaba a que se la dejara crecer.

- Eso espero, de verdad -refunfuñó-. Pero…

- Me reuniré con vosotros allí en unos días -dijo Sethos.

- ¿Tengo tu palabra? -le pregunté.

- Desde luego. Imprevistos aparte, claro está.

- ¿Qué estás…?

- Buenas noches, Amelia. Buenas noches, hermano.

* * *

Lo cierto es que había llegado a mi propia conclusión valiéndome de medios estrictamente racionales, dado que yo considero incluidas en esta categoría las deducciones del inconsciente que algunas personas (no daré nombres) desechan como pura intuición. Los sueños en los que ocasionalmente aparecía Abdullah, quien había sacrificado su vida para salvar la mía, podían ser considerados como meros productos del inconsciente; pero se trataba en realidad de unos sueños extraños, tan vividos y consistentes como los encuentros con un amigo aún en vida. Hacía tiempo que no había vuelto a soñar con él; aquella noche lo hice.

Nos solíamos encontrar siempre en el mismo sitio -en el risco que se halla sobre Deir el Bahri, en el sendero que conduce al Valle de los Reyes- y a la misma hora -al amanecer, cuando el sol aleja la oscuridad y llena el valle con su luz.

No había cambiado nada desde que empecé a soñar con él (lo que, supongo, no es sorprendente). Alto y robusto, con una barba negra y juvenil, me saludó como si nos acabáramos de ver todavía en carne y hueso.

- Todos ustedes tienen que marcharse a Luxor lo antes posible.

- Es lo que pretendo hacer -dije algo irritada-. Supongo que si te pido que me expliques la razón lo único que conseguiré será malgastar saliva. Te encanta hacerte el misterioso.

- La razón es que aquí hay problemas -me contestó Abdullah.

- Ya me he dado cuenta.

Abdullah me interrumpió con un gesto de impaciencia.

- No me refiero al robo del tesoro del effendi Vandergelt. Eso es parte de lo que quiero decir pero sólo una mínima parte. Vigile a los niños.

Le aferré con fuerza los brazos.

- Por Dios, Abdullah, no me vengas con misterios sobre esto. Si los niños están realmente en peligro, tengo que saber qué es lo que los amenaza y por qué.

Sonrió, sus dientes blancos resaltaban sobre su negra barba.

- Si lo supiera se lo diría, aunque con ello tuviera que infringir los preceptos a los que tengo que someterme aquí. Veo que todos ustedes están en peligro, ¡lo que, por otra parte, no tiene nada de particular!, y ellos no son capaces de protegerse a sí mismos. Vigílelos bien de cerca y estarán a salvo.

- Puedes estar seguro de que lo haré. Y tú… ¿los vas a vigilar tú también?

- A todos ustedes. Últimamente no ha visitado mi tumba.

- Vaya, es cierto -dije, sorprendida por el repentino cambio de tema-. Cuando regresemos a Luxor…

- Sí, irá y hará que los demás la acompañen. Lleve también al hijo de mi nieto, mi tocayo, para que me presente sus respetos. Creo que le sorprenderá lo que va a encontrar allí, Sitt.

Apartando con gentileza mis manos, se dio la vuelta para alejarse. Sus últimas palabras no iban dirigidas a mí; se trataba más bien de un gruñido quejumbroso, como si estuviera pensando en voz alta.

- No es prudente. Se arriesga demasiado. Haré lo que pueda, pero ella sería capaz de agotar hasta los poderes de xmsheikh.

Me quedé allí, viendo cómo se alejaba a buen paso por el sendero que conducía al valle.

- ¿Qué quieres decir? -le chillé, sabiendo de antemano que no me iba a contestar. Y no lo hizo. Volviéndose para mirarme, me sonrió. Alzó un brazo para indicarme que siguiera… no por aquel sendero de sobra conocido, sino de vuelta a Tebas.

* * *

El resto de la familia aceptó de buena gana mi decisión que yo, por supuesto, les presenté como si se tratara de una sugerencia.

Antes de partir, dispusimos las cosas para que la joven niñera que se ocupaba de los hijos de Lía y David pudiera volver a Inglaterra. Ya durante el viaje había admitido que sentía nostalgia y Egipto no le había gustado en absoluto. Probablemente se asustó con el tumulto y la barahúnda de la estación de trenes, ya que esto fue casi lo único que le dio tiempo a ver de este país. Así que le encontré una familia respetable que regresaba por aquel entonces a Inglaterra y que se mostró encantada de contar con ella para cuidar de sus hijos. Lo último que necesitábamos en ese momento era otra pobre desvalida a nuestro cargo y, además, apenas llegara a Luxor,

Lía iba a podar contar con toda la entusiasta ayuda que quisiera. Todas las mujeres de la familia -me refiero a nuestra familia egipcia- estaban deseando coger en brazos a los hijos de David.

Abandonamos El Cairo en el tren nocturno. Todos los que viajan con niños pequeños lo prefieren, ya que existe la posibilidad de que los pequeños duerman durante el trayecto. Las ojeras que tenían sus padres a la mañana siguiente, me indicaron que Ewie no lo había hecho. Me había percatado enseguida de que se trataba de una niña muy traviesa, con un temperamento explosivo que contradecía su dulce mirada. A buen seguro era una niña malcriada; sus padres y sus abuelos maternos eran personas muy tranquilas. Estaba deseando ver cómo se llevaría con los gemelos. Ninguno de los dos podía ser considerado una persona apacible. Me preocupaba por Dolly, quien había asumido el papel de protector de su hermana menor y cuyo temperamento tranquilo se iba a ver seriamente probado en los próximos días. Pero así es la vida. Decidí hacer lo posible por defenderlo.

No le había contado a nadie la advertencia de Abdullah. No se la habrían tomado en serio, y algunos de ellos la habrían considerado seguramente como una simple muestra de la normal preocupación que todo adulto responsable suele sentir por los que son más débiles e irresponsables que él. Me sentí infinitamente aliviada al comprobar que toda la familia nos esperaba en la estación de Luxor. Daoud y Selim estaban allí, la afectuosa impaciencia que sentía Kadija la había ayudado a superar su habitual timidez, Basima revoloteaba en un segundo plano. Sennia y Gargery agitaban los brazos y nos lanzaban gritos de bienvenida. Con todos aquellos aliados deseosos de ayudarnos, unidos a aquellos que esperaban en

la casa, los niños iban a estar vigilados en todo momento.

- ¿Dónde están los gemelos? -fue lo primero que preguntó Evelyn.

- No nos acompañan a ninguna parte a menos que sea absolutamente necesario -le respondió Gargery lúgubremente.

Evelyn pareció un poco sorprendida.

- Y con una multitud como ésta aún menos -añadí-. Dios mío, vaya aglomeración. Jamás había visto esto tan abarrotado.

Mi primer impulso fue poner fin a todas aquellas efusiones, por miedo a que pudieran molestar a los niños. Recordé, sin embargo, que no era yo la responsable de ellos. Iban pasando de una mano a otra sin que pareciera importarles. Ewie se reía con Daoud, quien se mostraba encantado, y Dolly, solemne y con los ojos abiertos de par en par, respondía tímidamente al abrazo de Kadija. De modo que me hice un poco a un lado, encontrándome junto a Bertie, quien había acudido en representación de su familia.

- Mi madre y Gyrus prefirieron no añadir más confusión a su llegada -dijo con una sonrisa-. Les invitan a cenar esta noche… una sencilla reunión entre viejos amigos, nada formal.

- Creo que al aceptar encantada expreso el parecer de todos, Bertie. -Bajé la voz pero el ruido infernal me obligó a volverla a subir para repetir la pregunta-. ¿Habéis tenido alguna noticia de… esto…?

- No. Y ustedes, ¿averiguaron algo?

- Si hubiéramos encontrado las joyas habríamos llamado de inmediato a Cyrus. Luego se han producido uno o dos asuntillos de interés, pero… Mi querido muchacho, ¿a qué viene esa mirada de terror?

- Lo siento, señora, pero, normalmente, esos asuntillos de interés suelen ser más bien lo que otras personas consideran situaciones sin salida o de peligro de muerte. ¿Qué ha pasado? ¿Está Ramsés…?

- Lo normal es que se trate de él, ¿verdad? Como puedes ver, se encuentra perfectamente. Te lo contaremos todo esta noche, Bertie. ¿Puedo tomarme la libertad de invitar también a Selim? Tanto él como el resto de ellos han sido informados brevemente de lo sucedido. No creo que Cyrus sea hoy capaz de hablar de otra cosa.

- Selim es siempre bienvenido, por supuesto -dijo Bertie-. Y tiene usted razón en lo tocante a Cyrus. Está orgulloso de su reputación

intachable y tiene miedo de perderla.

- En absoluto -dije con firmeza-. Lo sacaremos de esto con una reputación no sólo igual, sino mejor. Cuéntale lo que te acabo de decir, y dile también que nos veremos esta noche.

# Capítulo 4

Cuando finalmente recuperamos nuestro equipaje y alcanzamos la otra orilla del río, el sol había pasado ya su cénit. Decreté entonces a nuestros visitantes una comida ligera y algo de reposo, particularmente a los más pequeños y a los más mayores de ellos. Nefret y Kadija se llevaron de allí en brazos a Ewie, quien no dejaba de chillar, mientras Dolly corría ansioso tras ellas. Los otros se dispersaron, hasta que sólo quedamos Emerson y yo con los tres hombres más jóvenes del grupo, quienes se habían sentado en la galería y conversaban ahora animadamente. ¡Qué apuestos eran los tres! El parecido familiar entre David y su tío Selim era enorme y Ramsés podría haber sido pariente de ambos, con su tez morena y sus negros rizos.

Mientras los contemplaba ufana me di cuenta de que Emerson estaba haciendo lo mismo sólo que, en su caso, el cálculo prevalecía sobre el orgullo.

- Todavía es temprano. ¿Qué os parece si vamos a las excavaciones? -dijo frotándose las manos.

- Déjalos en paz Emerson -le atajé.

- Pero Peabody, me gustaría…

- Sé lo que te gustaría. Por el amor de Dios, concédeles al menos esta tarde para que puedan disfrutar de su mutua compañía antes de ponerlos a trabajar. ¿No es maravilloso verlos tan unidos?

- Hum -dijo Emerson- Bueno… -Vete, Emerson. -¿Adonde?

- Donde quieras, lo bastante lejos para no molestarlos.

Emerson se quedó pensativo por un momento. -¿Dónde está Sennia? Podría darle una lección de arqueología.

- Estoy segura de que querrá jugar contigo, Emerson, si se lo

pides bien.

Sonriendo, Emerson se introdujo en la casa tras lo cual yo me acerqué a los muchachos. Sus cabezas estaban muy juntas y habían dejado de reírse, adoptando un aire más solemne.

- ¿Puedo ofreceros algo? -les pregunté cuando se levantaron para saludarme-. ¿Café? ¿Té?

- No, gracias, madre -dijo Ramsés.

- ¿No se quiere sentar, tía Amelia? -añadió David poco después.

- No quiero molestaros, querido.

- No lo hace -dijo Ramsés, sonriendo levemente-. Coja esta silla, madre. ¿Quiere un cigarrillo?

Selim había sacado uno y David su pipa de modo que me vi obligada a aceptar para evitar que se sintieran incómodos.

- ¿Qué es eso que me han contado sobre Abdullah, que se ha convertido en un hombre santo? -les pregunté, tratando de exhalar por la boca un anillo de humo. El intento fue en vano. No conseguía pillar el truco, probablemente porque no solía fumar. Cualquier arte requiere su práctica.

- ¿Cómo se ha enterado? -preguntó David-. Ramsés nos dijo que no se lo había mencionado a usted, ni tampoco al profesor.

Dirigí entonces una tibia mirada de reproche a mi hijo, quien inmediatamente empezó a inventar excusas.

- Han pasado muchas más cosas… no parecía importante… en aquel momento.

- En aquel momento -repetí lentamente.

- ¿Fue mi padre el que se lo dijo? ¿En uno de sus sueños? -observó Selim, mirando a lo alto.

Temiendo el escepticismo (que Emerson en particular me procuraba), apenas sí le había contado a unas cuantas personas mis extraños sueños sobre Abdullah; a pesar de ello, no me sorprendió que la noticia se hubiera divulgado. Fátima y Gargery eran dos expertos en lo que a escuchar a escondidas se refiere y cualquiera de los dos podía haber hecho circular la noticia como si se tratara de un asunto de interés general. Después de llegar a oídos de Daoud, ésta no debía de haber tardado nada en propagarse por todo Luxor.

- La verdad es que fue Daoud el que me lo contó -dije-. ¿De qué estabais discutiendo? Parecíais muy serios. Ramsés, ¿a qué te

referías cuando dijiste, «en aquel momento»? ¿Ha pasado algo que haya cambiado tu punto de vista?

Ramsés hizo un perfecto anillo con el humo de su cigarrillo, mientras me miraba pensativo. David se echó a reír.

- Es inútil tratar de ocultarle las cosas, Ramsés. ¿Por qué hacerlo, de todos modos? Se trata tan sólo de una curiosa coincidencia. Lo siento por Hassan, pero creo que murió feliz.

- ¡Muerto! -exclamé-. ¿Hassan, el marido de Munifa? ¿Cuándo? ¿Cómo?

- ¿Abdullah no le habló de él? -quiso saber Ramsés-. Hassan ha sido el responsable del nuevo estatus de Abdullah; se proclamó a sí mismo servidor del sheikh y, a partir de ese momento, se hizo cargo de su tumba. La noticia corrió como la pólvora. La gente empezó a acudir para llevarle ofrendas y suplicarle favores. Hassan estaba contento, o, al menos, así lo parecía, la última vez que lo vi. Un peregrino lo encontró muerto hace dos días a primera hora de la mañana.

- Lo enterramos esa noche -dijo Selim-. Fue cosa del corazón, Sitt.

- ¿Cómo lo sabes? ¿Lo examinó un médico?

- No era necesario. No tenía ninguna marca sobre su cuerpo y su semblante era apacible. No era precisamente un hombre joven, Sitt Hakim.

- Lo siento. -Y era cierto. Hassan había estado a nuestro lado durante años, demostrando ser un trabajador leal y un alegre compañero-. Imagino que querrás visitar la tumba uno de estos días, David. Estoy segura de que te gustará ver lo bien que fueron ejecutados tus planes. Iré contigo, si no te importa.

- Sí, tía Amelia. Lía y yo ya hemos hablado de eso.

- Deberíais de llevar también a Dolly.

Los bonitos ojos oscuros de David se abrieron desmesuradamente.

- ¿Piensa realmente que deberíamos hacerlo? ¿No resultará un poco morboso para un niño como él?

- En absoluto. Oír hablar del valor y del carácter noble que tenía su abuelo será un buen ejemplo para Dolly. Prometí… -Me detuve con algo de brusquedad y me levanté-. Tengo cosas que hacer. No os levantéis muchachos.

Lo hicieron, de todos modos. A pesar de que yo misma les había enseñado buenas maneras, sospeché que lo único que pretendía Ramsés era hacerme notar la diferencia de altura que había entre nosotros. Sonriendo, le di unas palmaditas en el hombro.

- Jamás dejaréis de ser unos muchachos para mí -le comuniqué.

Mientras llevaba a cabo mis quehaceres, no dejaba de pensar en la muerte de Hassan. No se la podía considerar una coincidencia; las posibilidades de que muriera, como todos estamos destinados a hacer algún día, en la tumba de Abdullah, eran muy altas ya que era allí donde últimamente pasaba la mayor parte de su tiempo. Lo que me desconcertaba era que hubiera decidido dedicar sus últimos días a las tareas sagradas. Hasta la muerte de su mujer había practicado el hedonismo dentro de los límites establecidos por su religión… y, de vez en cuando, incluso más allá de ellos.

«Bueno, pensé, el fervor religioso sólo es inexplicable para quien no lo siente, y muchas personas buscan el consuelo de la religión en la vejez.» Hassan hubiera estado completamente de acuerdo con san Agustín, quien pidió a Dios perdón por sus pecados… pero sólo después de haber acabado de cometerlos.

Se podía suponer que Abdullah mencionaría la muerte de Hassan. Había insistido en que visitáramos su tumba, pero sin decir por qué. Muy propio de él, realmente: le encantaban las insinuaciones y las frases provocadoras. Según él, estaba obligado a cumplir con las reglas algo vagas de cualquiera que fuera la vida de ultratumba de la que disfrutaba ahora, pero yo no podía dejar de sospechar que toda aquella reserva no tenía otro objetivo que el de tomarme el pelo.

Se suponía que íbamos a tomar el té a las cuatro, dado que Fátima estaba determinada a deleitarnos con una cantidad de comida como no se había visto nunca en aquella casa. Media docena de ojerosas muchachas la ayudaban en ese momento en la cocina; cuando me asomé, me dijo que me marchara de allí. Mejor no discutir con Fátima cuando se encuentra en uno de sus momentos de tiranía, así que la obedecí.

Manuscrito H:

Sentado en el sofá, con su mujer a un lado y su madre al otro, Ramsés se sentía como Ulises tratando de abrirse paso entre Escila y Caribdis

[1]. Y no porque ninguna de las dos guardara algún parecido con aquellos monstruos mitológicos, lo que pasaba era que ambas tenían opiniones muy firmes en lo que a educación infantil se refería, y dichas opiniones no siempre coincidían. Cuando no estaban de acuerdo, recurrían a él.

En ese momento se encontraban todos en la galería, abarrotándola: los adultos alineados junto a la pared o sobre el reborde, y los niños jugando en el centro. «Si es que a eso se le puede llamar jugar», pensó. Se habían estado observando hasta que Davy, a instancias de Nefret, le había ofrecido a Ewie una jirafa de madera tallada y un extenso e incomprensible saludo.

- No puede hablar -dijo Ewie, quien sí que podía, y de hecho lo hacía incansablemente-. ¿Puede la otra?

- Es tu prima Charlotte -dijo Lía mirando avergonzada a Nefret-. No es de buena educación llamarla «la otra».

- Entonces, ¿quién es «éste»? -preguntó de nuevo Ewie.

- Tiene el mismo nombre que tu padre -dijo Nefret-. Puedes llamarlo Davy.

Dolly, quien estaba hecho un pequeño caballero, se presentó a sí mismo y a su hermana y tendió su mano para estrecharla. Las marcadas cejas oscuras de Charla se habían aproximado al fruncir ésta el ceño, recordando cómicamente a su abuelo al hacerlo. Su semblante se despejó temporalmente en tanto respondía al amistoso gesto de Dolly; entonces Ewie tendió a su vez la mano a Davy mostrando al sonreír toda una serie de pequeños dientes nacarados.

- Me gusta «éste» -declaró.

Incapaz de pronunciar palabra, deslumhrado por los gruesos mechones color miel, los hoyuelos, y las delicadas facciones, Davy metió a la fuerza la jirafa en su mano y la invitó, con un expansivo gesto, a sentarse con él en el suelo, donde había dispuesto el resto de la colección de fieras.

A Charla aquello no le gustó nada. Los animales de madera -que incluían un león, un hipopótamo y un improbable elefante- habían sido tallados por un sudanés que vivía en Luxor y por el momento, al menos, eran los juguetes favoritos de los gemelos.

Afortunadamente, nadie entendió nada de lo que dijo Charla.

- ¿Queréis que os dé, a ti y a Ewie, una galleta? -se apresuró a preguntarle Ramsés.

Las cosas no fueron tan mal, después de todo. La única víctima fue Dolly quien, como suele suceder a todos los pacificadores, recibió un golpe en la cara mientras trataba de poner fin a una discusión entre las dos niñas por una muñeca. Ya de entrada, la muñeca no tenía pelo dado que Charla solía arrancárselo junto con la ropa apenas las recibía; en el curso de la contienda perdió además un brazo y ambas piernas. Ewie pegó a su hermano con una de ellas, puede que sin querer.

Emerson, quien hasta entonces se había limitado a contemplar la escena con una fatua sonrisa, tomó en brazos a Dolly, cuyos ojos estaban anegados en lágrimas. Tras darle un abrazo y pasárselo a su mujer, se sentó en el suelo junto a los otros para ayudarles a acabar de desmembrar a la muñeca, mientras les hablaba sobre el proceso de momificación.

- Los egipcios no les quitaban la cabeza -explicó a su extasiada audiencia-. Introducían un gancho aquí -les hizo una demostración valiéndose de su largo dedo índice-, aquí, hundiéndolo en…

- Padre -murmuró Nefret-. Por favor.

- A los niños les gustan las momias -dijo su suegra (quien, con toda probabilidad, habría hecho la misma objeción si Nefret no se le hubiera adelantado). El modo en el que abrazaba a Dolly, hizo que Ramsés tuviera un terrible presentimiento. Era un niño encantador y su madre había sentido un enorme afecto por su tocayo, de modo que no era sorprendente que ahora quisiera ponerlo bajo su protección. Confiaba en que Nefret lo entendiera también así. Hasta aquel momento, los gemelos no habían tenido rival en el afecto de sus abuelos. Pero ahora, con cuatro niños (uno de los cuales era Ewie), era inevitable que se produjeran problemas.

Los únicos que apreciaron como se debía el magnífico té que había preparado Fátima fueron su tío Walter y David, quienes parecían haber delegado en sus mujeres la cuestión de la disciplina, y, como no podía ser menos, los niños, a quienes Emerson atiborró de pasteles y galletas. Sintiéndose algo agobiado con tanta criatura, Ramsés se levantó y fue a sentarse junto a David.

- ¿Cómo va? -le preguntó.

A David no le hizo falta preguntar por el significado de aquellas palabras. Se limitó a mirar a aquel remolino infantil, al que se acababa de añadir Horus. A pesar de que al gato le fascinaban los

niños, había intentado de todos modos meterse bajo el sofá para poderlos observar sin que lo molestaran sin conseguirlo; gracias a la enérgica intervención de Emerson se salvó de correr la misma suerte de la muñeca.

- Ya se calmarán -dijo David perezosamente. Su mirada de artista se detuvo a contemplar extasiado la larga franja de desierto, de un dorado pálido, bordeada por el verde de los cultivos y cubierta a esa hora por el azul grisáceo del crepúsculo. Rodeando los hombros de Ramsés con su brazo, exhaló un profundo suspiro.

- ¡Dios, qué estupendo es estar de nuevo en casa!

- Espero que no cambies de opinión mañana cuando nuestro padre te saque de la cama al amanecer para arrastrarte hasta Deir el Medina.

David se rió, doblando sus manos.

- Eso es precisamente lo que llevo varios años deseando. ¿Qué proyecto se lleva Cyrus entre manos?

- Tiene varios en mente. Quiere realizar una serie de volúmenes sobre las pinturas de la tumba de Deir el Medina. Algunas de ellas son maravillosas, como sabes, y nunca han sido copiadas como se debe. De todos modos, creo que lo primero que te pedirá será que pintes algunos de los objetos pertenecientes a la tumba de las princesas. Las fotografías en blanco y negro no bastan para dar una idea de su belleza. Hay una túnica adornada con abalorios que te va a dejar con la boca abierta.

- Estoy deseando ver la colección. -David se puso serio-. ¿Hay algo más que podamos hacer para encontrar las joyas robadas?

- Ya sabes cómo es Luxor -dijo Ramsés encogiéndose de hombros-. Las noticias sobre la existencia de objetos inusuales en circulación corren deprisa, y Selim conoce a toda la ciudad. No ha oído nada. Además, tenemos que creer en la palabra de Sethos, quien asegura que no ha averiguado nada en El Cairo. Si él fracasó, no veo cómo vamos a conseguir algo nosotros. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos.

- Tal vez, si hablo con alguno de los comerciantes de la ciudad…

- Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos -le repitió Ramsés con vehemencia-. Maldita sea, David, no quiero parecer egoísta, pero me gustaría hacer a un lado todas estas distracciones para poder concentrarme en mi trabajo.

- ¿Y qué hay de la mujer con el velo?

- Creí que habíamos acordado olvidar ese asunto.

- Se me ha ocurrido una nueva idea -dijo David-. No sé cómo decírtelo…

- Creo que yo podré hacerlo en tu lugar. -Ramsés sabía que tarde o temprano iban a llegar a aquello, sin que por ello le gustara en lo más mínimo. Se pasó los dedos por el pelo-. ¿Hay alguna mujer que yo haya podido seducir y abandonar sin piedad en el pasado y que ahora quiera vengarse? Es eso lo que piensas, ¿no es cierto?

- Será mejor que bajes la voz -dijo David con calma-. Nefret nos está mirando. Ni lo he pensado ni lo pienso.

- Ella en cambio, sí.

- ¿Te lo ha dicho?

- No. -Ramsés consiguió controlarse-. En cierto modo, me gustaría que lo hiciera. Hay algo en los silencios de Nefret que resulta aún peor que sus acusaciones directas.

- Sé perfectamente a qué te refieres -dijo David con profundo sentimiento-. De todas las armas femeninas, es la más eficaz. Si tú niegas tu culpabilidad antes de ser acusado, lo consideran como una confesión. Mira, Ramsés, sé de sobra que nunca te has comportado como un canalla con ninguna mujer, pero no todas las mujeres son tan racionales como nosotros, los hombres. ¿Estás seguro de que no se te ocurre nadie que pueda abrigar algún tipo de resentimiento irracional contra ti?

- No, y no me pidas ahora que repase todos los nombres de la lista.

- De acuerdo, no lo haré. -Los ojos de David brillaban divertidos-. Piensa sólo un poco en esta posibilidad.

Al serle negada una galleta (se había comido ya seis), su hija lanzó un rugido ensordecedor. David hizo una mueca.

- Hablaremos de ello en otro momento. Creo que es hora de que ayude a Lía a meter el león en su jaula para pasar la noche.

Se llevaron de allí a los niños, en varias fases de protesta, y el resto fueron a cambiarse.

- ¿De qué hablabais tú y David? -le preguntó Nefret como quien no quiere la cosa.

Si había una cosa que había aprendido con el matrimonio era a responder rápidamente y con prudencia a una pregunta tan

intencionada como aquélla.

- Está preocupado por las joyas que han desaparecido. Me preguntó si había algo que hacer al respecto.

- ¿Y lo hay? -Nefret se sentó para quitarse los zapatos y las medias.

- No veo cómo. Selim ha rastreado ya todas las posibles fuentes de información.

- ¿Eso fue todo?

Ramsés se acabó de desvestir, con más prisa que esmero.

- Hablamos sobre algunos planes para el futuro. Me bañaré primero, si no te importa.

- Ve, pues.

Una vez en la bañera, se maldijo a sí mismo por haber eludido la cuestión en lugar de afrontarla abiertamente para acabar con ella. A él también se le había ocurrido la teoría de David, pero se había negado a considerarla seriamente. Aquella condenada mujer no lo había herido ni tampoco había demostrado ninguna intención de hacerlo. Lo único que había hecho había sido avergonzarlo y causarle problemas con su mujer. Pero ése era precisamente el modo que algunas mujeres elegirían para vengarse adecuadamente por un supuesto daño.

¿Dolly Bellingham, por ejemplo? Por aquel entonces, él tenía sólo dieciséis años y quizá no había sido muy delicado al tratar de eludir el acoso al que lo sometía. Se trataba de una mujer egoísta y vanidosa que puede que hasta lo culpara a él de la muerte de su padre. Y tenía buenas razones para ello, pensó irónicamente. Pero ¿era lo suficientemente inteligente como para urdir un plan tan complejo y malicioso y, además, contaba con los recursos suficientes para hacerlo? No tenía la más mínima idea de lo que podía haber sido de ella.

¿Christabel? La mera idea de aquella delicada sufragista balanceándose en la túnica de Hator, murmurando dulces sandeces, era tan absurda que no pudo por menos que echarse a reír. No se habían separado en términos precisamente amistosos, pero ella no era del tipo de las que abandonan su causa por una mezquina venganza. Qué sería sin embargo de…

La puerta se abrió para dejar entrar a Nefret. Se levantó sintiéndose culpable, cogió una toalla y se escabulló de allí,

farfullando disculpas por haber tardado tanto. ¿Había estado realmente arrellanado en la bañera repasando la lista de sus… conquistas, como las llamarían algunos? En su propia defensa podía decir que la mayor parte de ellas habían sido unilaterales y que nunca habían llegado a consumarse. Excepto en el caso de Enid, Layla y una o dos más… tres o cuatro… No. Era una teoría ridícula, y no pensaba darle más vueltas.

* * *

Las llamadas del atardecer de los muecines se apagaron y el cielo empezó a oscurecerse mientras recorrían el sendero que conducía a El Castillo. Selim llegó algo después, justo en el momento en el que ellos se apeaban de sus carruajes. Vestido con una túnica suelta y a lomos de su caballo favorito resultaba muy atractivo; bajo el resplandor carmesí de las antorchas que iluminaban el patio, era como una imagen de fábula, y él, obviamente, lo sabía. Evelyn lanzó una exclamación de admiración y Lía aplaudió. Selim sonrió complacido.

- Bien calculado, Selim -dijo Ramsés.

Selim bajó con un movimiento decidido de su silla y tendió las riendas a uno de los mozos de establo de Cyrus.

- Debería de haber elegido otro momento, alguien me disparó.

Se oyeron varias exclamaciones de alarma y de preocupación, sobre todo por parte de los recién llegados. Una vez conseguido el efecto que deseaba, Selim adoptó un aire de masculina indiferencia.

- No estoy herido. No me alcanzaron.

- Uno de esos malditos cazadores, supongo -dijo Emerson impasible-. Salen al anochecer a cazar chacales. Ahora son mucho más numerosos, Walter, y algunos de ellos no son de fiar con una arma en las manos.

- ¡Ay! -dijo su hermano asustado-. ¿No es peligroso?

- Peligroso no, molesto sí. Trata de no ir a dar una vuelta al anochecer cerca del valle o del Ramesseum.

- ¡Vamos amigos, entremos de una vez! -Cyrus los llamaba desde la puerta de la casa-. ¡Bienvenidos! Es estupendo teneros de vuelta.

Mientras Cyrus procedía a estrechar sus manos, Selim llevó aparte a Ramsés.

- No quería asustar a las mujeres -le dijo en voz baja.

- ¿Asustar a mi madre?

- Sitt Hakim no teme a ningún hombre, animal o demonio de la noche -dijo Selim, adaptando uno de los dichos más frecuentes de Daoud sobre Emerson-. Pero alguien debería hablar con la policía sobre los cazadores, Ramsés. Se están volviendo peligrosos.

Extendió los brazos, tirando de la tela de su túnica exterior. La luz era escasa, pero Ramsés sabía lo que tenía que buscar. Había varios agujeros. Cuando Selim bajó sus brazos, la tela recuperó sus bonitos pliegues y los agujeros se superpusieron. Una sola bala. Pero se había aproximado peligrosamente al costado de Selim.

- Hablaré con mi padre -le prometió Ramsés-. Y tú tendrás más cuidado.

La reunión era informal; en atención al odio que Emerson sentía por la ropa de noche, Cyrus se había puesto uno de sus elegantes trajes blancos de lino. Bertie recordaba cada vez más a uno de los poetas menores: insistía en llevar un pañuelo anudado alrededor del cuello y en aquella ocasión lucía además una chaqueta de terciopelo azul y una expresión meditabunda en la cara.

Sin embargo, el placer con el que Cyrus los había saludado al entrar no duró mucho y la expresión de su cara no tardó en volver a ser la de un perro apaleado. Tal como Ramsés se había imaginado, su madre no permitió que aquella situación siguiera adelante.

- Vamos, Cyrus, ya va siendo hora de que afrontes adecuadamente este asunto -dijo, mordiendo con energía un panecillo-. No es tan importante.

- ¡Que no es importante! -gritó Cyrus angustiado-. Pero yo…

- Hay cientos de objetos en esa colección, Cyrus, incluidos otros brazaletes y algunos pectorales. Es imposible que Mr. Lacau los pueda recordar todos después de una sola visita. Será su palabra contra la nuestra.

Su tono era tan impasible que, por un momento, aquella ridícula sugerencia casi parecía tener sentido. Emerson miró a su mujer.

- Por Dios, Peabody, no puedes estar hablando en serio. Eso sería… Hum…

- Extremadamente difícil y carente por completo de ética -dijo Ramsés, alarmado porque su padre parecía estar empezando a considerar la posibilidad-. Deberíamos modificar todos los registros, y hay docenas de referencias a esas piezas, todas cuidadosamente entrecruzadas. Su reputación se vería seriamente amenazada si lo

pillaran tratando de hacer una cosa semejante, Cyrus. Usted ha preservado para Egipto y también para el resto del mundo un hallazgo espectacular, poniendo en juego no pocas de sus energías o de su salud. Ni siquiera Lacau puede considerarlo responsable por la venalidad de uno de sus empleados. Ese tipo de cosas suceden a menudo. -Tras decir esto, añadió-: Nuestra madre trataba de hacer una de sus pequeñas bromas. ¿No es así madre?

Amelia hizo frente a su mirada acusadora con una leve sonrisa.

- Una pequeña broma nunca está de más. La verdad es que has expuesto perfectamente el caso, querido.

- ¿Crees que Lacau lo verá también de ese modo? -preguntó Cyrus, algo menos trágico.

- Si no lo hace -dijo Emerson-, le recordaré algunos incidentes vergonzosos en los que estuvo involucrado el Servicio de Antigüedades. Dios mío, han robado hasta en sus propios almacenes, y en lo tocante al museo…

- Sí, padre, todos sabemos ya lo que piensa usted del museo -dijo Nefret.

Pero era imposible hacerlo callar.

- Nuestra momia -gruñó-. La que encontramos en la tumba de Tetisheri. La perdieron, ¿sabes? ¡La perdieron!

- Ya lo sabemos, Emerson -dijo su mujer-. Tu argumento es excelente, y estoy segura de que impresionará a Mr. Lacau. De todos modos… -Se detuvo para mordisquear delicadamente una rodaja de tomate-. De todos modos, tardará todavía algunas semanas en regresar así que, ¡aún puede suceder algo!

Después de cenar, fueron arriba a ver la colección. Cyrus tardó unos minutos en abrir la puerta; había puesto dos nuevos cierres, uno de los cuales era un candado tan pesado que habría podido hundir un pequeño barco. Al ver la mirada burlona de Ramsés, Cyrus sonrió tímidamente.

- Cerrando el establo después de que los caballos hayan sido robados, por lo que veo.

- En absoluto. Martinelli tenía la otra llave y es de suponer que la conserva todavía.

- Donde quiera que ese hijo de… su madre esté.

- ¿Quién más ha entrado en la habitación?

- Muchos menos de los que querían hacerlo -replicó Cyrus,

tirando de su perilla-. Ya sabéis lo que pasa cuando uno encuentra algo poco habitual. Durante un tiempo recibía sin cesar peticiones de todos los turistas que llegaban a Luxor, todos aseguraban ser amigos míos o amigos de viejos amigos, o de alguna persona importante. Me quité de encima a la mayor parte de ellos. Hubo unos pocos, sin embargo, a los que no les pude decir que no: aquellos que traían cartas de presentación firmadas por Lacau, o colegas como Howard Cárter… Decidme, ¿no estaréis pensando en que uno de ellos pueda tener algo que ver con el robo?

- No veo cómo -admitió Ramsés.

Una pregunta de Lía alejó a Cyrus de allí, mientras Ramsés se preguntaba qué era lo que le habría empujado a preguntar por los visitantes. Incluso en el supuesto de que uno de ellos se hubiera dejado llevar por la tentación, no debía de haberle resultado nada fácil (a él o a ella) meterse los objetos en el bolsillo en las mismas narices de Cyrus; y, además, el momento en el que se había producido el robo confirmaba la culpabilidad de Martinelli. Aunque lo limitado del mismo fuera más acorde con un ataque de cleptomanía que con el trabajo de un ladrón profesional con toda la colección a su alcance y todo el tiempo del mundo para proceder. Buena parte de los objetos más pequeños podían ser transportados sin peligro alguno, incluyendo el resto de las joyas, y tampoco ocupaban mucho espacio si se los embalaba adecuadamente.

Pero si el responsable era un afortunado amateur, ¿qué había sido entonces del italiano?

Cyrus se llenó de orgullo al oír las exclamaciones que lanzaban los recién llegados al contemplar la asombrosa exhibición. Aunque puede que David fuera el único que supiera apreciar realmente el esfuerzo que habían realizado para preservar las piezas. Los había ayudado a vaciar la tumba de Tetisheri y había participado activamente en la restauración de muchos de los artefactos.

Walter inspeccionó los objetos admirado pero sin prestarles demasiada atención, antes de ser atraído por los ataúdes cubiertos de incrustaciones.

- Las inscripciones estándar-dijo a Ramsés-. ¿No hay más papiros, aparte el Libro de los Muertos?

- No, señor, pero hay mucho material procedente del poblado: tablillas y trozos de papiros. Hace unas semanas hallamos un

sorprendente escondite de papiros: podría tratarse de la librería privada de alguien, arrojada al interior de un pozo y cubierta por un descendiente que, desde luego, no era un lector. Parecen ser fragmentos de un libro sobre medicina y de algunos textos literarios. He tratado de dedicarles algo de tiempo pero…

El rostro fino de su tío se iluminó al sonreír.

- Comprendo. Bueno, mi querido muchacho, tal vez pueda echarte una mano. Sobre medicina, ¿dices?

Emerson, cuyo oído era terriblemente agudo cuando uno esperaba que no estuviera oyendo lo que se decía, se acercó a ellos resueltamente.

- Esos malditos textos pueden esperar. Os necesito a los dos en las excavaciones. A menos que hayas olvidado todo lo que te enseñé sobre la técnica de excavar, Walter.

- Ha pasado mucho tiempo -fue la dulce respuesta.

- Te pondrás al día de inmediato -aseguró Emerson.

Antes de que salieran, Emerson había dispuesto ya todo a su entera satisfacción.

- Os espero en Deir el Medina mañana por la mañana, ¿eh? -Se marchó sin esperar la respuesta.

Procuro no contradecir nunca en público las dogmáticas afirmaciones de Emerson. Es de mala educación y, a pesar de que no me importa mantener de vez en cuando una enérgica diatriba con él -ni tampoco a Emerson, he de reconocerlo-, a algunos miembros de la familia les molesta. En cualquier caso, no le iba a permitir que pasara por alto las necesidades e intereses de su personal de un modo tan dictatorial. No me había dado cuenta, hasta que oí de pasada la conversación entre Walter y Ramsés sobre la gran cantidad de inscripciones que habíamos encontrado, de hasta qué punto mi hijo estaba deseando trabajar en esos textos. Al igual que a su tío, a Ramsés le interesaban por encima de todo, las lenguas antiguas y su literatura. Su voz anhelante y el brillo de sus ojos eran los de un muchacho presa de la excitación. Los ojos, sin embargo, estaban algo hundidos; debía de haberse pasado las noches casi en blanco estudiando los restos, después de haber pasado un día agotador en las excavaciones. Aquello no podía ser bueno para su salud o, ya puestos, para su matrimonio. Mi instinto materno me dio a entender que le había fallado. Debería haberme

enfrentado a su padre. Tratándose de Emerson, siempre había un motivo para hacerlo.

También debería haber defendido a Walter. Y a Cyrus. En pocas semanas, la mayoría de los objetos de la tumba iban a ser transportados al museo. Sólo Dios sabe cómo iban a sobrevivir a aquel transporte y a la manipulación de que iban a ser objeto en El Cairo. Era el momento justo para realizar las copias de los mismos y no podíamos en modo alguno desaprovechar las habilidades de dos expertos artistas.

Estaba segura de que Emerson había decidido asimismo ignorar otras cuestiones aún más serias. Cuando Cyrus contrató a Martinelli, Mr. Lacau no había pedido sus antecedentes pero ahora que se había comportado como un ingenioso ladrón, Lacau querría saber por qué habíamos empleado un restaurador que el Departamento de Antigüedades desconocía. Sethos podía aparecer en cualquier momento, bajo un aspecto u otro, complicándonos aún más las cosas. Luego estaba el extraño episodio de Ramsés. Había elaborado una pequeña teoría al respecto que tenía la intención de profundizar apenas tuviera tiempo de hacerlo.

Aquella noche, después de habernos retirado a nuestra habitación, le comenté algunos de estos temas a Emerson. Uno tras otro los fue desdeñando. Uno tras otro, fue demoliendo mis argumentos. Acabamos plantándonos cara, chillándonos el uno al otro. Emerson gritaba porque estaba encolerizado, mientras que si yo alzaba la voz era sólo para que me pudiera oír.

- Así que, ¿cómo explicas lo de la dama con el velo? -le pregunté.

- No veo por qué demonios debería de hacerlo.

- ¿Acaso no te importa que pongan en peligro la vida de tu hijo?

Sabía que esto lo haría reaccionar. Su cara, congestionada de ira, palideció.

- Peabody-dijo en tono lastimero-, por lo que sé sobre ese encuentro, la dama en cuestión no pretendía hacer daño a Ramsés sino tan sólo… esto… hum. Hasta puede que sólo se trate de una broma.

- ¿Una broma? ¡Por el amor de Dios, Emerson!

- La palabra no es muy acertada, de acuerdo -admitió Emerson, tocándose con el dedo el hoyuelo de la barbilla-. Maldita sea,

Peabody, sabes de sobra lo que quiero decir. Sethos lo insinuó la otra noche. Alguna lunática debe de haberse encaprichado del muchacho. Egipto está lleno de gente así -prosiguió Emerson, explayándose-: Creyentes en el misticismo, la reencarnación, la sabiduría de nuestros antepasados, y todo ese tipo de sandeces. Durante estos años hemos conocido a un buen número de ellos.

Habían sido, en efecto, muchos, incluyendo a madame Berengeria, quien aseguraba haber estado casada con Emerson no sólo en una sino en varias vidas precedentes, y a la pobre y confusa Miss Murgatroyd, una teósofa y creyente en la reencarnación. (Me veo obligada a añadir, para ser justa con los miembros de mi sexo, que las víctimas de semejantes engañifas no eran sólo mujeres). Si Emerson estaba en lo justo, era posible que aquella mujer no hubiera tenido nada que ver con nosotros en el pasado.

- Admítelo, Peabody, es la explicación más lógica -prosiguió mi marido-: No creo que nos haya seguido hasta Luxor y, además, considero poco probable que Ramsés vuelva a caer en una trampa similar. Vigilaré al muchacho, como hago siempre. ¿Por qué demonios no me dejas seguir adelante con mi trabajo?

- ¿Permitirás entonces que los demás puedan seguir con el trabajo que les interesa a ellos? Walter es un filólogo, no un excavador; Ramsés está deseando concentrarse en esas inscripciones. Evelyn y David…

- Pueden dibujar todos y cada uno de los malditos artefactos de la colección de Cyrus, si eso es lo que quieres. No sé por qué me molesto en discutir contigo -rezongó mi marido mientras se desvestía, arrojando la ropa en derredor-. Siempre me ganas.

- Querido, entre nosotros no se trata de ganar o perder. -Me senté en mi tocador, saqué las horquillas de mi pelo y sacudí la cabeza-. ¿Acaso no estamos siempre de acuerdo? Soy, como me has dicho a menudo, tu otra mitad… la voz de tu conciencia, la que te recuerda lo que es justo.

Emerson se acercó por detrás y tomó mi pelo entre sus manos.

- Lo mejor de mí mismo, quieres decir. Bueno, querida, puede que tengas razón. Todavía no estoy completamente derrotado, pero si deseas probar con otro tipo de persuasión…

Lo hice más que gustosa. A Emerson le sientan particularmente bien sus arranques de ira.

Así pues, habiendo solucionado todo, me dispuse a explicar sus obligaciones a las personas afectadas durante el desayuno. La presencia de los cuatro niños y de los dos gatos hacía que fuera difícil concentrarse pero yo perseveré.

- Cyrus te espera en El Castillo, Evelyn -dije, devolviendo a Davy el huevo duro que me acababa de ofrecer-. Supongo que querrá empezar a trabajar en los adornos de la túnica. Imagino que te gusta, ¿no? Estupendo. Yo… esto, nosotros… Emerson y yo… le hemos ofrecido también los servicios de David todas las tardes, durante algunas horas, siempre y cuando David esté de acuerdo… Magnífico. Walter, imagino que querrás echar un vistazo a las excavaciones pero no creo que sea muy aconsejable que te pases allí el día entero hasta que te hayas aclimatado por completo. ¿Estás de acuerdo? Sí. Si te parece, podrías trabajar en las inscripciones después de comer. Ramsés te mostrará lo que ha hecho hasta ahora, ¿de acuerdo, muchacho? Sí. Lía, querida, el Gran Gato de Ra sólo araña cuando se siente acorralado. Por lo visto, es lo que acaba de hacer Ewie. Tal vez sea mejor… Gracias. Creo que -proseguí, mientras los padres de las criaturas y Fátima los sacaban de debajo de varios muebles y trataban de arrastrarlos fuera de allí-, dejando aparte ciertas excepciones, los niños deberían desayunar solos a partir de ahora. Vamos a llegar tarde.

Aquello era algo duro para Dolly, cuyos modales eran impecables. No obstante, estaba segura de que prefería estar con los otros niños.

Si se me permite decirlo, formábamos un bonito grupo, todos a caballo. Los animales, descendientes de un par de hermosos caballos árabes que Ramsés y David habían recibido como regalo tiempo atrás, eran unas bestias espléndidas. Ramsés manejaba su imponente semental con graciosa desenvoltura y Nefret no se quedaba a la zaga subida a su silla de montar. Walter nos siguió mejor de lo que esperaba; cuando le hice un cumplido, me confesó que antes del viaje había montado todos los días para prepararse.

- Pero -añadió melancólico-, los años no pasan en balde, mi querida Amelia. Hace ya mucho tiempo que perdí la habilidad de esos dos muchachos.

No lo contradije aunque lo cierto era que Walter nunca lo había llegado a hacer con igual maestría. Los muchachos montaban al

estilo árabe; estilo que, en mi opinión, resulta mucho menos rígido que el inglés.

Mientras atravesábamos la estrecha abertura que conducía al valle desde el norte, más allá de los muros del templo Tolemaico, el sol se iba elevando sobre la cima de la colina situada al este. Incluso en la clara luz de la mañana, el valle tenía un aire lóbrego o, al menos, a mí me lo parecía. Aislado y remoto, rodeado de escarpadas pendientes rocosas, el beige grisáceo de su paisaje llegaba a resultar monótono, sin que se pudiera oír el murmullo del agua o ver el verde de una planta por ninguna parte. Era también un lugar silencioso. Las voces de los visitantes retumbaban como si se tratara de una intrusión.

Pensé que aquel lugar debía de haber resultado muy distinto a sus antiguos habitantes, cuando las casas estaban en pie y las calles abarrotadas de gente ajetreada que corría de aquí para allá, gritándose para saludarse alegremente o para, siendo la gente como es, discutir con mordacidad. A pesar de estar apiñadas, las casas resultaban bastante confortables para aquella época; en general estaban integradas por varias habitaciones, incluyendo un recibidor y una cocina y, en ocasiones, incluso un sótano para almacenar cosas. No tenían muchas ventanas pero su tejado plano permitía la salida del aire. En aquel momento, en Egipto no había muchos pueblos como aquél que estuvieran siendo excavados, así que podíamos considerarnos afortunados por haber obtenido aquella concesión. No podía por menos que reconocer que, como siempre, Emerson había emprendido aquel trabajo con su habitual energía y dedicación pero era a la vez consciente de que, en su fuero interno, seguía suspirando por poder excavar en algún templo o en alguna tumba. Si he de ser franca, yo también. Si ese temperamento suyo tan explosivo no lo hubiera llevado a discutir con Mr. Maspero…

Pero no, me dije a mí misma, volviendo a mostrarme justa con mi marido, no era del todo culpa suya. La mayor parte de los emplazamientos interesantes de Tebas habían sido otorgados a otras expediciones, y era muy poco probable que lord Carnavon renunciara a la concesión del Valle de los Reyes. A pesar de que era un hombre bastante afable, mis insinuaciones no habían conseguido hacer mella en él.

Apenas llegamos se hizo evidente que Emerson no había hecho

ningún caso del pequeño sermón que le había echado la noche anterior. En lugar de dejar a los otros el tiempo necesario para que se pudieran dedicar a sus propias actividades, había decidido poner a trabajar a un segundo grupo en una área que se encontraba fuera del pueblo. Me mordí los labios enojada mientras él se dedicaba a explicar sus intenciones y a dar órdenes. Walter, un tanto desconcertado, se marchó con Selim para seguir excavando en la calle del pueblo. Emerson condujo al resto de nosotros al templo, sin dejar de dar instrucciones ni por un momento.

El templo Tolemaico estaba rodeado por un muro de ladrillos de adobe. Este común y práctico material de construcción resiste notablemente la acción destructiva del tiempo y la naturaleza; en algunos lugares, de hecho, muros de hasta casi seis metros de alto siguen en pie. Aquél rodeaba no sólo el templo, que estaba en bastante buen estado, sino también las ruinas desperdigadas de santuarios anteriores, construidos por los habitantes del pueblo para sus devociones. Había también restos de otras estructuras fuera del muro, en el norte y en el oeste. Algunos de nuestros incompetentes predecesores habían excavado pozos en aquella zona, encontrando bonitas estelas votivas y otros objetos. Emerson tenía la intención de despejarla por completo rigurosamente. Todo un reto, incluso para alguien como mi marido.

- Vaya caos -murmuró Lía, recorriendo el suelo con la mirada.

- Precisamente -le contestó Emerson, arremangándose-. Dividiremos la zona en secciones de varios metros cuadrados, empezando… por aquí. Ramsés y David, ayudadme a poner las señales.

Durante las semanas que habíamos estando sacando los artefactos de la tumba habíamos sido acosados por un sinfín de visitantes deseosos de echar un vistazo al tesoro. El descaro de ciertas personas nunca dejará de sorprenderme; algunos habían tratado de sobornar a nuestros hombres y otros habían llegado incluso a abrirse paso a la fuerza saltándose a los guardianes, para tratar de arrancar después las cubiertas que protegían algunos de los objetos más frágiles. Emerson los había tratado con sus habituales maneras enérgicas.

Ahora que no quedaba nada que ver, exceptuando a un mugriento grupo de personas excavando, el flujo de personas había

disminuido. No obstante, de vez en cuando se dejaba caer por allí algún que otro turista, ya que el templo aparecía mencionado en la Baedeker

[2]. No pensaba que nos fueran a causar muchos problemas; aquellas ruinas no resultaban demasiado atrayentes y los intérpretes que dirigían los grupos sabían que era mejor no cruzarse en el camino de mi marido.

En cualquier caso, pensé que no estaba de más seguir teniéndolos bajo control, de modo que fui la primera en notar a aquel grupo algo inusual. Lo componían cuatro personas, sin contar a los muchachos que se ocupaban de los burros y al intérprete. Una de las mujeres caminaba apoyada sobre el último miembro de la fila. Iba encorvada y los mechones de pelo que le sobresalían del velo que llevaba sobre la cabeza a modo de mantilla eran completamente blancos. Sujetándola por el otro lado había otra mujer, aparentemente más joven, aunque ya madura. Su pelo oscuro estaba cubierto de mechones grises y tenía la cara llena de arrugas. Tras ayudar a la anciana a sentarse sobre una roca, empezó a abanicarla.

Pero los que llamaron mi atención fueron, sobre todo, los otros dos miembros del grupo. Se trataba de una pareja difícil de olvidar. Emerson también los había visto. Se irguió y se los quedó mirando.

El muchacho que se había presentado a nosotros como Justin Fitzroyce nos vio. Gritando al reconocernos, se acercó a mí trepando ágilmente sobre el escarpado suelo seguido muy de cerca por su hosco protector.

- Son mis amigos, los Emerson-exclamó el muchacho-. ¿Son ustedes arqueólogos? ¿Qué están haciendo? ¿Dónde está la hermosa señora?

Emerson se había quedado con la boca abierta. Tras cerrarla de nuevo, me miró desamparado. Era imposible tratar rudamente a aquel muchacho, cuya cara resplandecía de ingenuidad.

- Buenos días, Mr. Justin -dije-. De modo que sigue usted en Luxor.

- Sí, nos gusta estar aquí. He visto todas las tumbas del Valle de los Reyes y varios templos. Pero todavía me quedan muchas cosas por visitar. -Al ver que Nefret se aproximaba a nosotros, exclamó-:

Aquí llega. Recuerdo su nombre… Mrs. Emerson. Hay dos Mrs. Emerson.

- Tres, de hecho -dijo Nefret con simpatía-. Todavía no ha conocido a la otra. ¿Han venido usted y François solos?

La cara ceñuda de su asistente semejaba un nubarrón de tormenta amenazando el semblante luminoso del muchacho.

- Puedo cuidar de mi joven amo -gruñó.

- No hemos venido solos. -Justin se volvió para indicar a las dos mujeres-. Es mi abuela. Su salud ha mejorado mucho desde que estamos aquí pero es su primera excursión y debe procurar no cansarse.

- ¿Quién es la otra dama? -pregunté.

- No es una dama -dijo Justin indiferente-. Es Miss Underhill.

- ¿La acompañante de su abuela?

Justin asintió con la cabeza, pasando por alto a la no-dama.

- Les diré que vuelvan al hotel. Me quedaré con ustedes.

- Déjeme hablar con su abuela -dije, anticipándome a las protestas de Emerson. Estaba convencida de que la dama en cuestión rechazaría un plan semejante.

Mientras Nefret y yo nos presentamos, la anciana permaneció sentada, encorvada y con la cabeza inclinada. Al principio no hubo respuesta.

- Me llamo Fitzroyce -dijo al cabo de un rato con una voz cascada por la edad-. Espero que me disculpen si me despido de ustedes en lugar de saludarlas. Ha sido una excursión muy interesante pero a mi edad hasta el más mínimo esfuerzo me deja agotada.

- Es comprensible -dije-. ¿Podemos ayudarla de algún modo?

- No, gracias -me contestó. Luego, apretó su pañuelo contra los labios.

- No se preocupe, yo ayudaré a la señora -se ofreció el intérprete.

Conocía al tipo: era uno de los guías más serios de Luxor. Mrs. Fitzroyce parecía tener toda la ayuda que necesitaba, a pesar de que su acompañante había retrocedido unos pasos hasta quedar a la sombra de una columna, adoptando el aire humilde de un subordinado. Vestía ropa adecuada a su puesto, descolorida, gastada y poco favorecedora. Me pregunté si no la habría heredado

de su ama. Cualquier mujer que se respetara a sí misma se habría negado a comprar un sombrero como aquél; viejo, de paja, y que se ataba a la barbilla con una cinta descolorida. El velo moteado que lo adornaba estaba, además, desgarrado.

- Me quedo aquí-anunció Justin-. Quiero ver el templo de Hator y ayudar a mis amigos a excavar.

- Me temo… -empecé a decir.

Una risa aguda y desagradable procedente de la anciana me interrumpió.

- No quiere que se entrometa en sus asuntos, ¿no es así Mrs. Emerson? Ya has oído a la señora, Justin. Vendrás conmigo.:

La anciana temblaba al hablar, lo que no impedía que su voz siguiera siendo autoritaria. Justin hizo unos pucheros, como correspondía al niño que seguía siendo mentalmente, a pesar de que su físico pareciera desmentirlo. Yo le hubiera echado unos catorce años. Su vocabulario y su facilidad de palabra eran, en ocasiones, avanzadas para su edad. Lo que no parecía muy normal, en cambio, era su adaptación social y emocional. Resultaba simpático y por eso lamentaba decepcionarlo pero, además de la molestia que suponía tenerlo con nosotros, no quería tener que asumir la responsabilidad de ocuparme de él.

- Bueno, está bien -dijo el muchacho-. Iré a visitarlos otro día. ¿Dónde viven ustedes?

- Eso sería estupendo -dijo Nefret, evitando delicadamente la respuesta-. Pero ahora tenemos que volver al trabajo. Adiós.

Les llevó algo de tiempo ponerse de nuevo en camino; al levantar la vista de mi trabajo de vez en cuando, veía brillar la reluciente cabellera de Justin mientras iba de un lado a otro agitado y oía la voz de su ayudante rogándole que no se quedara rezagado. Luego los perdí de vista. Nos acercábamos al mediodía y tuve que recordarle a Emerson que había prometido que enviaría a Walter a casa a aquella hora para pasar la tarde. Bastaba echarle un vistazo para acallar cualquier posible objeción de mi marido; a pesar de que no se había quejado y de que había llevado a cabo sin titubear su tarea, ahora estaba completamente congestionado por el sol y se tambaleaba a causa del cansancio. Emerson ni siquiera protestó cuando hice que Ramsés lo acompañara hasta casa. El resto de nosotros nos acomodamos en el pequeño refugio que había a la

sombra de uno de los muros del templo y abrimos nuestras cestas de picnic.

La mayor parte de los turistas también se habían ido a descansar al Cook's Rest House o a sus hoteles. Una agradable calma se extendió por el valle… sin tener en cuenta la voz de mi marido, que seguía disertando. Lo dejé hablar, sobre todo porque no iba a ser nada fácil hacerlo callar. Lía me había preocupado un poco al principio, pero había resistido bien la mañana. David seguía siendo el mismo ágil y entusiasta de siempre. Tan pronto acabó de zamparse unos sándwiches, se puso de pie de un salto y nos comunicó que quería mirar más de cerca algunos de los relieves del templo Tolemaico.

- Mira todo lo que quieras pero no te entusiasmes demasiado -dijo Emerson-. Vandergelt tiene pensado hacer unas copias de las pinturas de la tumba. La tumba de Sennedjem…

Su voz se fue apagando. Miraba a la colina, donde las ruinas de las pequeñas pirámides de ladrillos y las capillas indicaban el emplazamiento de lo que había sido el cementerio del pueblo. Tras dejar caer lenta y deliberadamente su muslo de pollo, se puso de pie.

- ¿Qué pasa? -le pregunté-. ¿Qué es lo que…?

Emerson se había puesto ya en camino, corriendo y dando brincos sobre el suelo escarpado en dirección a la colina. Un estentóreo «¡Maldita sea!» fue la única respuesta a mi pregunta. Entonces miré hacia arriba y vi aquello que había causado su reacción. En lo alto había dos figuras que se movían lentamente por uno de los senderos que atravesaban la ladera. Reconocí, al igual que debió de haberlo hecho mi marido, el traje de tweed marrón y el cuerpo delgado de Justin, seguido de su corpulenta sombra.

- ¡Dios mío! -exclamó Neftret-. ¿Es Justin? No debería estar ahí arriba.

- Emerson llegó a la misma conclusión y, como puedes ver, se está comportando con su habitual celeridad -le repliqué-. Será mejor que vaya yo también, por si les hace falta una intervención femenina que los apacigüe. Vosotros quedaos aquí.

Nefret había hecho amago de levantarse. Asintió con la cabeza pero con el entrecejo fruncido.

- Tenga cuidado, madre.

Estaba segura de que una presencia apaciguadora iba a resultar indispensable; y no porque hubiera tenido un presentimiento o una premonición, no en este caso, sino porque conocía demasiado bien tanto el carácter como el modo de comportarse de mi marido. Sabía que no iba a poder alcanzar nunca a Emerson, pero fui todo lo deprisa que pude, profiriendo en voz baja algunas palabrotas de mi propia cosecha mientras corría. ¿Había conseguido Justin escapar de su abuela, o la había convencido para que lo dejara quedarse allí? En circunstancias normales no me habría preocupado ya que el sendero, aunque algo abrupto en algunos puntos, no presentaba mayores dificultades para un joven sano como él. Un resbalón o un tropezón podían sin embargo causarle serias heridas y no estaba muy segura de que François fuera capaz de actuar con la rapidez y la eficacia necesarias en el caso de que Justin tuviera otro de sus ataques. Ninguno de los dos estaba familiarizado con un terreno como aquél.

Me encontraba en la ladera inferior cuando Emerson alcanzó a la pareja. Su voz retumbó como un trueno.

- ¿Qué demonios pretende, permitiendo que el muchacho haga una cosa semejante? Ven conmigo, Justin.

Yo podría haberle dicho a Emerson -y lo habría hecho, si hubiera estado más cerca-, que aquél no era precisamente el mejor modo de abordarlos. Emerson lo empeoró ulteriormente agarrando autoritariamente al muchacho. Si bien es cierto que, movido por la ansiedad, lo aferró con fuerza, no es posible que le hiciera tanto daño como para explicar la reacción de Justin: chillando agudamente, empezó a retorcerse tratando de desasirse.

No creo que mis advertencias hubieran servido para evitar el accidente; en cualquier caso, no me quedaba el suficiente aliento para gritar. Cuando todavía me encontraba a unos tres metros, François cogió a Justin por los hombros y tiró de él. La cabeza del muchacho se balanceó hacia delante y hacia detrás, haciendo caer su sombrero. No había dejado de retorcerse y de chillar. François lo dejó ir y le echó a Emerson las manos al cuello. Los tres formaban en ese momento un grupo de cuerpos entrelazados y extremidades que se agitaban incontroladamente a la manera de Laocoonte. Emerson me explicaría más tarde que se separó de ellos cuando se dio cuenta de que el muchacho podía salir malherido de aquel

combate; sólo que, al retroceder, cayó de cabeza y bajó rodando por la pendiente en medio de una avalancha de rocas y piedras.

Entre gritos de alarma, el resto de nuestro grupo corrió hacia los pies de la colina con Selim a la cabeza. Me bastó una rápida mirada para ver que Emerson trataba de incorporarse, a pesar de los esfuerzos que hacían los otros para detenerlo. Una retahíla de palabrotas y quejas, enérgicamente pronunciadas, me aseguraron que su poderío oral, al menos, seguía intacto. A pesar de la ansiedad que sentía por ayudarlo, pensé que no podía abandonar al muchacho. No obstante, éste parecía haberse serenado y en ese momento sacudía tranquilamente el polvo de su traje. Me miró asombrado.

- ¿Qué le ha pasado a Mr. Emerson? -me preguntó inocentemente.

- Se cayó -le respondió-. Creo que tu ayudante le puso la zancadilla.

- ¡Deberías avergonzarte, François! -exclamó Justin-. No deberías haber hecho eso. No es correcto.

- Le estaba haciendo daño a usted -refunfuñó el tipo.

- ¿De verdad? No creo; parece un hombre muy amable. Espero que no se haya hecho daño.

- Lo mismo digo -dije, mirando duramente a François.

Aun siendo imposible que una persona como él pudiera parecer inofensiva, he de reconocer que, en aquel momento, tenía un aire extrañamente dócil.

- Fue un accidente -musitó-. No quería hacerle daño pero nadie debe tocar a mi joven amo.

- Eso es precisamente lo que tengo intención de hacer en este mismo momento -le dije firmemente-. Dame la mano, Justin, bajaremos juntos. Manténgase a una cierta distancia, François, no queremos más accidentes, ¿verdad?

El muchacho me dio confiado la mano y permitió que lo ayudase a bajar por el sendero. Era un poco más alto que yo pero más delgado. Del breve y violento interludio no quedaba ya ni rastro; su semblante era ahora afable.

- No deberías haber subido hasta allí, Justin -le dije.

- Quería ver las tumbas.

- Eso podría resultar aún más peligroso que el sendero. Algunos

de los pozos están abiertos; si te cayeras en uno podrías herirte gravemente. Prométeme que no volverás a ir allí.

- ¿Puedo ver entonces el templo? Está dedicado a Hator. Era una diosa muy bella, como la otra Mrs. Emerson. ¿Viene ella alguna vez por aquí?

Ligeramente sorprendida, me di cuenta de que no estaba hablando de Nefret.

- No, no creo que venga, Justin.

- El intérprete dice que sí. Las noches de luna llena. Él asegura haberla visto, al igual que algunos de sus amigos.

Me dije a mí misma que iba a tener que hablar con aquel caballero. No debía de seguir metiendo esas absurdas ideas en la cabeza del muchacho. Tal vez fuera aconsejable hablar también con Mrs. Fitzroyce. ¿Cómo podía confiar a su nieto a un bellaco como François? Sin duda alguna era una persona leal, pero su juicio dejaba mucho que desear. En algún modo era tan poco sensato como su amo.

Emerson se aproximó con paso airado hacia nosotros. Temiendo que se reanudase el combate, me interpuse entre él y François.

- Vaya, da pena verte -le dije mientras lo inspeccionaba-. Otra camisa… y no sólo la camisa esta vez, te has roto las rodillas de los pantalones.

- Mejor los pantalones que la cabeza -dijo Emerson-. Como puedes ver, querida, no he salido demasiado malparado. ¿Está bien el muchacho?

Justin retrocedió.

- Está sangrando. No me gusta la sangre.

Temiendo, al ver la expresión asustada del muchacho, que éste tuviera otro de sus ataques, traté de hacerlo reír.

- No está malherido, Justin.

- En absoluto -dijo Emerson con énfasis-. Cuando uno se cae de este modo, el truco es proteger la cabeza y rodar, en lugar de…

- Si algo no nos hace falta ahora es una conferencia sobre el mejor modo de caerse al suelo, Emerson -le interrumpí-. Ven al refugio y deja que Nefret te desinfecte esos cortes. Justin, vete a casa de inmediato. ¿Tenéis algún medio de transporte?

La pregunta iba dirigida a François, pero fue Justin el que respondió.

- Nuestros caballos nos están esperando. Yo sé montar muy bien. Pero no quiero marcharme ya, quiero quedarme con la bonita Mrs. Emerson.

- Tú harás lo que te digamos. François…

- Sí, madame. Ya nos vamos. Lamento…

- Hum -masculló Emerson, mirándolo fijamente-. Considérese afortunado de no haber intentado sus estratagemas con una persona menos… esto., atlética.

- Estoy obligado a proteger a mi joven amo -refunfuñó François malhumorado.

- Si hiere a alguien cumpliendo con su deber, será despedido y puede que hasta encarcelado -dijo Emerson-. Se lo prometo. Controle su temperamento como yo hago con el mío. Sólo la presencia del muchacho me impide darle una lección que no iba a olvidar usted tan fácilmente.

Era cierto que Emerson se estaba controlando bastante bien pero, en mi opinión, hubiera sido mejor omitir la última frase. Sonaba demasiado a desafío y, de hecho, así fue entendido. La cara llena de cicatrices de François se retorció en una mueca y dirigió a Emerson una mirada hostil.

- Márchense ya -dije bruscamente.

Le pedí a David que los acompañara a preparar sus caballos. Al volver, nos confirmó que finalmente se habían marchado y que las inocentes fanfarronadas de Justin no eran, por lo visto, tan exageradas.

- Maneja bien al caballo, y lo hace con mucho estilo. Me dio las gracias con mucha amabilidad. ¿Cómo habéis conocido a esa extraña pareja?

- A Amelia le gusta relacionarse con pobres desvalidos y enamorados desgraciados -dijo mi marido mientras se resistía impaciente a los intentos que hacía Nefret para vendar algunos de los cortes más profundos que tenía en las manos y en las rodillas.

- Fue Ramsés el que lo hizo en esta ocasión -le repliqué-. El pobre muchacho tuvo uno de sus ataques en el paseo junto al río, en Luxor, y Ramsés, comprensiblemente, entendió mal los esfuerzos de François por sujetarlo. Es demasiado joven para estar enamorado, con suerte o sin ella.

- Yo no estaría muy segura de eso -dijo Lía con una sonrisa

maliciosa-. Apenas podía apartar los ojos de Nefret. Los muchachos de esa edad pueden sentir a veces un violento apego por alguien.

- No hay el más mínimo rastro de violencia en ese muchacho -dije-. Considera a Nefret una diosa… Hator quizás. Se le ha metido en esa pobre y algo confusa cabeza suya que la diosa se aparece aquí, en el templo.

Selim, quien esperaba instrucciones, alzó la mirada.

- No es el único que piensa así, Sitt Hakim. Dos hombres de Gurna aseguran haber visto frente al templo a una mujer vestida de blanco, con la cabeza cubierta por un velo y una corona de oro.

La descripción resultaba desagradablemente familiar.

- ¿Por qué no me habías dicho nada, Selim? -le pregunté.

Nuestro amigo se encogió de hombros.

- Ese tipo de historias son muy frecuentes, se expanden rápidamente entre la gente supersticiosa. Probablemente esos hombres se acercaron por aquí con la esperanza de poder robar algo; debieron de ver un rayo de luna o una sombra y quisieron darse importancia contando esa mentira…

Sus ojos pasaron de mi semblante ceñudo al de Emerson, antes de abrirse de par en par cuando cayó en la cuenta.

- ¿Están ustedes pensando en la mujer de El Cairo? Estoy seguro de que es sólo una coincidencia. Fue una visión, un sueño, una mentira.

- Mi abuelo hubiera dicho que los antiguos dioses sólo permanecen en los lugares sagrados para aquellos que tienen ojos para verlos -dijo David-. Sería un buen tema para uno de mis famosos cuadros románticos: el templo en ruinas durante la noche, formas indistintas en la oscuridad y, entre los pilones, resplandeciendo con luz propia, la diosa velada y coronada…

- Lo que no veo muy probable es que uno de esos antiguos dioses se deje caer por una vivienda de El Cairo -dije-. Tienes razón, Selim, se trata tan sólo de una coincidencia.

- ¿Va a contarle a Ramsés lo de Hator? -me preguntó Nefret.

- Si surge el tema, ¿por qué no? -le respondí sorprendida.

- Porque entonces él la querrá ver con sus propios ojos. ¿Qué pasaría si…?

- Tonterías -la interrumpí tajante-. Eres demasiado inteligente para dejarte llevar por negros presagios y hacerte preguntas de ese

tipo. ¿Habéis acabado de comer?

- Volvamos al trabajo -dijo Emerson, levantándose de un salto-. Este pequeño incidente nos ha hecho perder casi una hora.

- Dios mío, es verdad -dije, mirando mi reloj-. Será mejor que te vayas, David.

- ¿Que se vaya adonde? -preguntó Emerson indignado-. Lo necesito para…

- Prometí a Cyrus que podría disponer de David todas las tardes. Nos veremos de nuevo en casa a la hora del té, David.

Emerson apretó los dientes.

- Y tú, Emerson, deberías cambiarte -proseguí-. Estás aún más desaliñado de lo habitual.

- No tengo la intención de desfilar vestido de arqueólogo para suscitar la admiración de esos condenados turistas -afirmó Emerson.

David se marchó y Nefret se ofreció con gran amabilidad a ayudarme a cribar ya que la montaña de escombros no hacía sino aumentar. Parecía algo pensativa.

- Ese tipo, François, no me parece el ayudante más adecuado para un muchacho como Justin -dijo después de un largo silencio-. ¿Piensas que deberíamos hablar con su abuela?

- Emerson diría que somos unas metomentodo.

- Eso no le ha detenido a usted nunca a la hora de intervenir.

- Por su puesto que no. Soy yo la dueña de mi propia conciencia y la que decide cómo debo comportarme. Yo también he pensado en ello -admití, sacando un pequeño fragmento de cerámica del cedazo y poniéndolo a un lado-. Pero si intervenimos en este caso, el daño puede ser mayor que todo el bien que podamos hacer. Las personas ancianas tienen sus manías y no les gusta que las critiquen. Y, si he de ser justa, no tengo muy claro qué es lo que le pasa a ese muchacho. Es una extraña mezcla de inocencia y savoir faire, de discurso razonable y de inesperado non sequiturs.

Nefret se sentó sobre sus talones y se secó la frente con la manga.

- Algunos de esos síntomas son típicos de los ataques del grand mal. No obstante, la inteligencia de la mayor parte de los epilépticos es normal, e incluso superior a la media. Justin parece algo infantil para su edad. Pero bueno, no soy una experta en enfermedades mentales.

Aunque me habría gustado estudiar algo más sobre el tema.

- ¿Además de la cirugía y la ginecología? Mi querida muchacha, creo que tienes ya bastantes cosas que hacer, tu marido, los niños, el hospital, por no hablar del hecho de que Emerson te obligue a venir a las excavaciones todos los días.

Pretendía hacerle con ello una pequeña alabanza, pero no me devolvió la sonrisa.

- Hace dos años que prácticamente no hago nada en el hospital, madre. A pesar de que sé que está en buenas manos, a veces lo echo de menos. En cuanto a la clínica que me gustaría abrir en Luxor… Bueno, ya sabe lo que ha pasado con eso.

- Tienes aquí todo tu instrumental y un amplio espacio para las consultas e incluso habitaciones para poder operar -dije-. Ahora que los niños son más mayores, no veo por qué no puedes abrir esa clínica como planeabas.

- Estoy algo oxidada, madre. ¡Como buena parte de mi instrumental! Últimamente sólo he ayudado en algún que otro parto difícil y he arreglado uno o dos huesos rotos.

- Razón de más para que pongas de nuevo en práctica tus conocimientos. No sabía que te sentías así, Nefret. Tenías que habérmelo dicho. Dispondré de inmediato que preparen esas habitaciones.

Su cara se iluminó y soltó una de sus melodiosas risitas.

- Es usted única, madre. No pretendía quejarme. No se moleste usted, por favor. ¡Tiene ya bastante con ocuparse del resto de la familia!

- Comparado con ocuparme de Emerson, será todo un placer -le aseguré.

Todavía no entiendo cómo no me di cuenta. No soy de las que se excusan, así que no mencionaré el hecho de que estuve muy ocupada preparando la clínica de Nefret. Contaba ya con ella al construir la casa, de modo que había destinado espacio más que suficiente para montarla: tres habitaciones que, si bien eran pequeñas, servían perfectamente para aquella finalidad y que estaban, además, separadas del resto de la casa, con una entrada propia. Habían permanecido cerradas y llenas de polvo durante dos años, de modo que tuvimos que cepillar, encalar y desinfectar todas las superficies antes de colocar en ellas los muebles adecuados. Los

farmacéuticos de Luxor nos procuraron los productos básicos y yo propuse el nombre de varias muchachas que me parecían adecuadas para aspirar al puesto de ayudante de enfermería.

Nefret, sin embargo, había pensado ya en alguien.

- La nieta de Kadija, Nisrin, vino a verme tan pronto oyó hablar de la clínica. Siempre quiso ser enfermera y ha aprendido muchas cosas de su abuela.

- Ah, sí, me acuerdo de ella. Una muchacha muy agradable aunque… esto… algo fea.

- Tiene sólo catorce años, y ya está prometida para casarse -dijo Nefret, con un tono de voz que indicaba hasta qué punto desaprobaba la costumbre egipcia de los matrimonios tempranos.

- Imagino que lo que pretendes es «rescatar» a una más, ¿me equivoco?

- Si trabaja tan bien como espero y quiere continuar… sí. Fue su padre el que arregló el matrimonio. Pero si Daoud y Kadija me apoyan, lo obligaré a renunciar.

Visto que Daoud hacía todo lo que Nefret quería y que Kadija era una de sus mejores amigas y admiradoras, estaba segura de que la apoyarían. Fui yo la que entrevistó a la muchacha. Por alguna razón, Nisrin siempre se había mostrado reservada conmigo pero me las arreglé para vencer su timidez, llegando a la conclusión de que era perfecta para el puesto.

Así que, entre una cosa y otra… Baste decir que pasé por alto las señales de mal agüero, de modo que el desastre se precipitó sobre mí tan inesperado como un rayo de luz en un cielo azul.

Más tarde, caí en la cuenta de que Emerson llevaba algunos días comportándose en un modo extraño. Sólo que pensé que estaba preocupado porque la maldita estratigrafía estaba resultando ser más complicada de lo que había pensado. Su inusual interés por el correo podía deberse también a la preocupación por su hermanastro, quien seguía sin responder a nuestros telegramas. Selim, que, tal como supe más tarde participaba en el complot desde el principio, tuvo el sentido común de apartarse de mi camino. Hasta que una tarde, al ir a buscarlo, me di cuenta de que no lo había visto en todo el día. Fui a buscar a Emerson de inmediato.

- ¿Dónde está Selim? Quiero preguntarle algo sobre…

- Sí, sí -dijo Emerson con un tono de voz inusualmente agudo-. Sé dónde está. -¿Qué te pasa, Emerson?

El semblante moreno de mi marido se expandió en una amplia y aterradora sonrisa.

- Tengo una sorpresa para ti, Peabody.

- Dime -le imploré, haciendo esfuerzos denodados porque mi voz no temblara-. No me dejes en ascuas. ¿Qué…?

- No, no, te lo enseñaré. ¡Os lo enseñaré a todos! -Se quitó el reloj, lo miró, y lanzó un grito tan fuerte que es muy probable que todos los que se encontraban en ese momento en la orilla oeste lo pudieran oír-. ¡Hemos acabado por hoy! ¡Venid conmigo!

Eso fue todo. Era sólo primera hora de la tarde y no solía acabar de trabajar nunca a esa hora. Extrañados y, en mi caso, temiéndome lo peor, montamos en nuestros caballos para regresar a casa. Pregunté a Ramsés, a Nefret, a Lía; todos me aseguraron que no tenían ni idea de qué podía tratarse.

Emerson se había adelantado y nos esperaba ya en la galería, caminando arriba y abajo.

- Perfectamente puntual -dijo-. Aquí llega.

Al mirar fuera, vi una extraordinaria caravana dirigiéndose hacia la casa. Una fila de carros tirados por burros y muías, dos camellos pesadamente cargados y varias docenas de hombres, cantando y haciendo cabriolas. Selim iba a la cabeza, a caballo.

Los carros se detuvieron frente a la casa. En su interior había algunas cajas enormes. Los hombres empezaron a descargarlos y también a los burros. Emerson salió a su encuentro corriendo.

- ¿Está todo, Selim?

- Enseguida lo sabremos, Emerson. -Selim blandía una palanca, Emerson se la arrancó de las manos y empezó a forzar con ella la mayor de las cajas de madera.

La espantosa verdad salió a la luz.

- ¡Oh, Dios mío! -exclamé con voz cavernosa-. No es posible.

Al sufrir el enérgico ataque de Emerson, la tapa de la caja se levantó y sus laterales cayeron al suelo, dejando al descubierto una estructura metálica. A primera vista no se parecía nada al objeto que había esperado y temido ver, dado que le faltaban muchas piezas. Sabía lo que eran y dónde estaban -en el resto de las cajas que los hombres, siguiendo instrucciones de Selim, estaban

abriendo en ese momento. Uno a uno, fueron apareciendo el capó y los parachoques, cuatro grandes ruedas y una infinidad de objetos que no fui capaz de identificar.

Habíamos tenido ya varios coches. Mi principal objeción a esos malditos trastos era que mi marido insistía en conducirlos. En nuestra casa de Inglaterra, en Kent, los habitantes del pueblo donde vivíamos no tardaron en aprender a apartarse de la carretera cuando Emerson se encontraba a bordo de uno de ellos; sin embargo, acostumbrarse a ir en coche con mi marido por las abarrotadas calles de El Cairo requería algo más de tiempo. Por aquel entonces era ya frecuente verlos en la ciudad y los militares habían construido carreteras en otras zonas de Egipto durante la guerra, pero cuando nos trasladamos a Luxor para pasar allí una temporada, me las arreglé para convencer a mi marido de que lo vendiera, argumentando que apenas nos iba a servir en aquella parte del país.

Emerson se había hecho ya con una considerable audiencia -nosotros, Walter incluido, los trabajadores, los porteadores y la mitad de los habitantes de Gurna-. Algunos se agachaban y otros se abrían paso entre empujones y codazos para poder ver mejor aquella cosa; un auténtico remolino de túnicas en revoloteo.

Cuando finalmente recuperé mi voz, tuve que alzarla hasta gritar para que me pudieran oír en medio de todo aquel tumulto. Emerson, arrodillado junto al mecanismo, hizo al principio como que no me oía pero, después de que repitiera por tercera vez su nombre en tono enérgico, llegó a la conclusión de que no le quedaba más remedio que aguantar el chaparrón. Se levantó y se acercó a mí, tendiéndome una mano negra y grasienta.

- Ven a echar un vistazo, querida -me dijo-. Todo parece funcionar a la perfección aunque no podemos estar completamente seguros hasta que no lo acabemos de montar. Ramsés, ¿te importaría echarnos una mano? Tú y yo, Selim, David… ¿Dónde está? Mandé a alguien a El Castillo para buscarlo.

- Imagino que no tardará en llegar -dijo Ramsés mirándome con una cierta inquietud-. Padre, ¿no sería conveniente que retiráramos antes los restos de material? Alguien va a acabar por pisar un clavo o por clavarse una astilla en el pie.

- ¡Excelente idea! -exclamó Emerson.

- ¿Vais a montarlo aquí… ahora mismo? -chillé de modo conmovedor-. ¿Justo delante de la casa? En primer lugar, ¿se puede saber por qué lo habéis desmontado? ¡Eso era lo que estabais haciendo aquel día en El Cairo! ¿Por qué, Emerson? ¿Por qué?

- Me pareció el modo más rápido de traerlo hasta aquí sin que sufriera daños -me explicó Emerson en tono poco convincente. Se secó la frente con el dorso de la mano, dejando sobre ella una larga raya negra-. Tenía que haber llegado en el tren de ayer, pero por lo visto no había bastante sitio. Selim supervisó con gran eficacia la descarga y metió las cajas en el ferry, y luego encontró a estos tipos tan serviciales…

- ¡Eso no es lo que quiero decir, lo sabes de sobra! ¿Para qué te va a servir aquí el coche? ¡No hay carreteras que merezcan ese nombre!

- Por Dios, Peabody, atravesamos el Sinaí y los wadis en un vehículo como éste. Las carreteras han mejorado mucho desde la guerra. -A continuación, se contradijo a sí mismo al añadir-: Se están deshaciendo de los T Ford Light, que hicieron un espléndido trabajo en la lucha contra los Senussi

[3], y a nadie en el ejército le importa ya el mantenimiento de las carreteras en el desierto. Así es como pude hacerme con este vehículo. Se trata de un modelo mejorado del T Ford Light…

- No quiero saber nada de él.

Sólo se podía intimidar a Emerson hasta un cierto punto. Irguiéndose, me miró y se frotó el hoyuelo de la barbilla, dejando sobre el mismo nuevas manchas de grasa.

- Supongo que uno tiene derecho a comprarse un coche si quiere.

Di la discusión por perdida. Lo estaba ya, de hecho, desde el momento en que llegó esa maldita cosa. Es más, cualquier hombre de los alrededores estaba de parte de mi marido; Ramsés me había abandonado y estaba ayudando a Selim a ordenar tornillos, tuercas y otros objetos indeterminados; Walter se había quitado la chaqueta y se estaba arremangando. Refuerzos adicionales estaban a punto de llegar. Uno de los caballos que se acercaba era la yegua de David, Asfur. Otras dos personas a caballo lo acompañaban: Cyrusy Bertie, supuse. Evelyn y Katherine habían sido capaces de resistir la

tentación.

Nefret me rodeó con su brazo.

- Entremos a tomar una taza de té, madre.

- Creo que es lo mejor que podemos hacer -dijo Lía-. Van a estar jugando con el coche el resto del día.

Fátima no se había atrevido a salir; aferrada a la verja, miraba el automóvil como si se tratara de un enorme y peligroso animal. Le pedí que nos preparara un té y se fue corriendo a hacerlo mientras nosotras nos sentábamos para contemplar el proceso.

- Menos mal que Gargery no está aquí -dije-. Seguro que querría echar también una mano. Espero que acaben de montar esa maldita cosa y que la metan en el establo ante de que vengan los niños a tomar el té.

- No me parece muy probable -observó Lía. David ni siquiera la había saludado. Exceptuando a Cyrus, que los observaba desde una cierta distancia, el resto de los hombres se había quitado la camisa y ahora hacían aspavientos y discutían. Los porteadores se afanaban recogiendo el material sobrante; cualquier trozo de madera, cualquier clavo podía resultarles útil.

- Perderán un montón de tiempo discutiendo sobre lo que hay que hacer y sobre quién es el que lo tiene que hacer -constaté-. Les vendría muy bien la mente despejada de una mujer. Pero también podemos dejarles que sigan adelante con su desastroso método. Ah, gracias, Fátima. Siéntate con nosotras si quieres, creo que nos vamos a divertir.

Manuscrito H:

Por una vez, la arrebatadora pasión que Emerson sentía hacia la arqueología cedió terreno a una aún mayor. Como el hombre de disciplina de acero que era, seguía acudiendo todas las mañanas a las excavaciones -arrastrando consigo a la mayor parte del grupo- pero, en su fuero interno, no veía la hora de poder volver junto a su nuevo juguete. Las razones que había tenido Emerson para desmontarlo no eran a fin de cuentas tan insensatas -subir y bajar un vehículo como aquél de un vagón de mercancías conllevaba toda una serie de riesgos intrínsecos dados los métodos improvisados que los egipcios solían emplear-, pero Ramsés no podía dejar de sospechar que su padre lo había hecho simplemente para divertirse montándolo y desmontándolo. Ni siquiera se quejaba del público

que todas las tardes se congregaba a su alrededor. Sólo una pequeña parte de los habitantes de

Luxor habían visto un coche alguna vez en su vida. Se sentaban alrededor de ellos, en círculo, contemplando con los ojos abiertos y casi sin respirar todos los movimientos de Emerson y Selim. A partir de la segunda tarde, Ramsés y David pasaron a formar parte del público ya que no se les permitía hacer nada. Por descontado, se habían perdido un buen número de tornillos y tuercas. Selim consiguió reemplazarlos. En Egipto se puede encontrar de todo o, en caso de no ser así, a la persona capaz de hacerlo. Selim era un experto mecánico pero, a pesar de ello, el proceso resultó algo más largo de lo debido gracias a la «ayuda» de Emerson.

Su madre soportaba todo aquel circo con sorprendente ecuanimidad. A Ramsés le pareció ver cómo disimulaba una sonrisa mientras contemplaba la escena desde la puerta enrejada. No sólo los lugareños sino también los residentes extranjeros y los turistas los acosaban, ofreciéndoles consejo y ayuda. Emerson ignoraba el primero y rechazaba la segunda, pero no le importaba en absoluto hacer un alto en el trabajo para conversar, responder a sus preguntas y, en general, mostrar lo que estaba haciendo. Los niños hicieron todo lo posible por salir para unirse a la diversión; el único que consiguió eludir la vigilancia fue Davy, a quien Emerson cogió en brazos justo cuando se disponía a apoderarse de una llave inglesa. Colocando al niño bajo el brazo, procedimiento que pareció gustar mucho a Davy, lo metió de nuevo en casa.

- Dios mío, Peabody ¿por qué le dejasteis salir? -preguntó-. Podía haberse herido con alguna de esas pesadas herramientas, ¿acaso no lo sabes?

Su mujer alzó la mirada al cielo.

- Sí, Emerson, claro que lo sé. Si hubieras tenido el sentido común de llevar el coche al establo, fuera del alcance de la vista de los niños…

- ¡Bah! -dijo su marido-. Se supone que cuatro mujeres deberían bastar para controlar a unos cuantos mocosos.

Amelia apretó los labios hasta casi hacerlos desaparecer pero se limitó a decir:

- Tomaré las medidas oportunas, Emerson.

Lo que hizo fue encerrar a los niños en una zona lo más alejada

posible de la galería. Como barricada colocaron toda una serie de muebles y de cajas; si bien era cierto que cualquiera de los niños podía trepar o serpentear por debajo de ellos, era imposible hacerlo sin que un adulto se diera cuenta. Llenó el recinto de juguetes, almohadones y alfombras, una mesa para niños y unas cuantas sillas tomadas en préstamo de la habitación de los gemelos. La indignación inicial de los niños se diluyó cuando ella les explicó que aquél era su territorio, un lugar en el que ningún adulto iba a poder entrar a menos que lo invitaran, entregándoles al mismo tiempo una caja de lápices y un montón de hojas de papel.

- Veamos quién es capaz de hacer el mejor dibujo -dijo.

Ramsés dudaba que unas cuantas cajas bastaran para mantener a Davy bajo control, así que se ofreció para vigilar a los pequeños y se sentó en una silla junto a la barricada. Apenas un cuarto de hora después, deseaba ya que su madre no hubiera añadido aquel reto suplementario a lo que ya de por sí era un plan estupendo. Los niños no cesaron de plantarle ante sus mismas narices una hoja de papel tras otra, exigiendo que las admirara. Exceptuando los de Dolly, excelentes para un niño de su edad, apenas podía entender el significado de aquellos garabatos. Los de Ewie eran tan ininteligibles como los de sus propios hijos. Tuvo que hacer un esfuerzo para no alegrarse por ello. Hasta entonces no le había preocupado mucho la incapacidad de los gemelos para expresarse, pero que Ewie hablara ya como una cotorra no dejaba de suscitar molestas comparaciones. Las mujeres -las madres- no pueden evitar hacerlas, supuso. Hasta contaban el número de dientes. Nefret le había informado que Charla tenía dos más que Ewie.

A última hora de la tarde del jueves apretaron por fin el último tornillo y toda la familia se reunió para ver cómo Emerson, sudoroso, grasiento y pletórico, daba a la manivela de encendido una enérgica vuelta. El motor se puso en marcha con un rugido que fue respondido por la fuerte aclamación del público presente y Emerson entró en el coche de un salto, acomodándose en el asiento del conductor. Ramsés vio cómo la cara de su madre se contraía en un espasmo. No se había atrevido a prohibir a su marido que lo probara, si bien era cierto que sólo un terremoto hubiera podido detenerlo en aquella ocasión.

- Ve despacio, Emerson, te lo suplico -gritó-. ¡Despacio y con

cuidado, querido!

Emerson se negó a entrar a tomar el té. Rezongando, permitió que Selim se sentara de vez en cuando frente al volante; ambos pasaron la hora siguiente conduciendo arriba y abajo frente a la casa. Las invitaciones a montar en él eran acogidas con entusiasmo por los niños pero firmemente rechazadas por sus madres y abuelas. Sólo la explosión de una de las ruedas fue capaz de poner fin a aquella actuación; por lo visto, aún quedaba algún que otro clavo por el suelo.

- Esperemos que lo peor haya pasado ya -dijo Amelia irónicamente, después de que Emerson se hubiera marchado a bañarse y a cambiarse de ropa-. No podemos seguir descuidando nuestras obligaciones por más tiempo. Mañana es viernes. Nefret, supongo que tú y Ramsés iréis a visitar a Selim. ¿Qué vas a hacer tú, David?

- Esta semana no pensaba ir, a pesar de que Selim tuvo la gentileza de invitarme. Me gustaría visitar la tumba de mi abuelo.

- ¿Llevarás a los niños?

- Dolly quiere ir. Se figura que su abuelo fue una especie de héroe. Supongo que tendremos que llevarnos a Ewie también, insiste siempre en ir donde va su hermano.

Las cejas arqueadas de Nefret indicaban que no estaba de acuerdo con una parte de aquel plan, pero no dijo nada por el momento. Al día siguiente por la tarde, tras regresar de Deir el Medina, Ramsés, retenido hasta ese momento por una de las conferencias de su padre, fue a cambiarse a su habitación. Nefret estaba sentada delante del espejo, tan abstraída en lo que estaba haciendo que no lo oyó entrar. Con la cabeza y los hombros inclinados hacia atrás, estiraba con sus manos la fina tela de la ropa interior que llevaba puesta pegándola a su cuerpo, lo que hacía resaltar todas las curvas del mismo.

- ¿Puedo ayudarte? -le preguntó, observando complacido el efecto.

Nefret soltó el aire emitiendo una especie de chillido y se dio la vuelta.

- ¡Preferiría que te acercaras a mí con algo menos de sigilo!

- No estaba… Lo siento. ¿Qué estabas haciendo?

- Nada. -Dejando que la tela se deslizara hasta recuperar sus

pliegues habituales, se dirigió hacia el tocador-. Me quedé sorprendida cuando David dijo que piensa llevar los niños al cementerio. Nosotros no hemos llevado nunca a los gemelos.

- ¿Quieres que lo hagamos?

- Lo que trataba de conseguir en realidad -le respondió su mujer con un sarcasmo poco habitual en ella-, era saber tu opinión y no que me preguntaras sobre la mía.

- Ah. Vaya, la verdad es que no tengo ninguna. Depende completamente de lo que quieras tú. -La expresión de la cara de su mujer le dio a entender que aquello no era lo que ella quería oír, de modo que lo intentó de nuevo-. Nuestros hijos no conocieron a Abdullah; para ellos, a su edad, es alguien tan lejano como… bueno, como uno de esos héroes que aparecen en los libros que les lees. Ahora bien, no creo que pueda hacer ningún daño a los niños escuchar las valerosas hazañas de sus amigos y antepasados.

- Eso es lo que pienso yo también.

- ¿Quieres ir con ellos?

- En otra ocasión, quizás. Selim nos espera y Kadija se sentiría decepcionada si no vamos. ¿Te importa?

- Claro que no -dijo, añadiendo con una sonrisa-: Os quiero tanto que me encanta estar con vosotros.

- Ramsés…

- ¿Qué pasa, querida?

Había estado jugueteando con los objetos que había sobre el tocador, cambiándolos de sitio sin parar. Volviéndose, puso sus manos sobre los hombros de su marido.

- ¿Te ha dicho nuestra madre…?

- ¿Decirme el qué?

Sujetando delicadamente la parte posterior de su cabeza con sus manos, la fue bajando hasta que sus caras se encontraron. Su boca era dulce pero apremiante y, en su proximidad, a él se le empezaron a ocurrir algunas cosas más apetecibles que cumplir con las obligaciones sociales.

- Te quiero mucho -le susurró ella.

- Yo también. ¿A qué viene todo esto? No es que me importe… -añadió-. Volvamos a hacerlo.

Trató de sujetarla, pero ella se escabulló riendo. Su semblante resplandecía.

- Los niños empezarán a aporrear la puerta de un momento a otro si novamos, querido.

Tenía razón, por supuesto. Los niños eran una bendición, desde luego, pero había momentos en los que… Con nostalgia, no exenta de un cierto sentimiento de culpabilidad, recordó los días en los que sus abrazos no eran tan calculados y los únicos que los interrumpían eran los criminales… y, alguna que otra vez, su padre.

Siguió pensando en ello toda la tarde, extrañamente consciente de la presencia de su mujer. Ella había empezado a preguntarle algo, pero luego había cambiado de parecer. ¿Sabía algo que él desconocía -algo que le había dicho su madre-, algo que la hacía temer por él? ¿Qué era lo que había provocado aquel beso espontáneo y apasionado? Era como si ambas hubieran decidido que había que protegerlo…

Selim tuvo que repetirle dos veces la misma cosa antes de conseguir que le respondiera.

- Lo siento, estaba distraído.

Selim se había percatado del modo en que miraba a Nefret, sin apartar los ojos de ella.

- Una cosa alegre en la que pensar, desde luego. Pero bueno, ¿cuándo tienen pensado venir a Gurna? Daoud quiere hacer una fantasía.

- Habla con mi madre -dijo Ramsés-. Por cierto, ¿dónde esta Daoud? Normalmente viene a vernos.

- Le picó un escorpión.

Las picaduras de escorpión raramente eran fatales pero eran muy dolorosas y a menudo producían una gran debilidad, incluso en un hombre tan fuerte como Daoud.

- ¿Cuándo sucedió? -preguntó Ramsés-. ¿Por qué no fue a ver a Nefret?

- Esta mañana. Por lo visto esas criaturas habían decidido reunirse en el dormitorio de Daoud -dijo Selim-. Le picó en el pie y no puede andar. Pero Kadija se ha ocupado ya de él. Mañana podrá trabajar.

- El famoso ungüento verde -murmuró Ramsés. Era muy posible que tuviera el efecto deseado: Daoud creía firmemente en él y esa cosa parecía funcionar.

- Dile que se quede en casa si no se encuentra mejor.

Selim asintió con la cabeza y prosiguió hablando de otra cosa. Los escorpiones eran muy frecuentes en Egipto, lo que no era habitual era encontrarlos dentro de las casas.

Al despedirse, Ramsés le prometió comentar a su madre lo de la fantasía. Los niños habían pasado toda la tarde entretenidos con un juego absurdo consistente en correr, saltar y rodar de un lado a otro del patio, por lo que los gemelos estaban ahora tan sucios como de costumbre y mucho más cansados de lo que solía ser habitual. Ramsés dejó caer su mirada sobre la cabecita cubierta de rizos negros que descansaba sobre su pecho.

- Puede que se queden dormidos enseguida -dijo esperanzado.

Nefret soltó una risita.

- No cuentes con ello. Los Vandergelt vienen a cenar.

- Razón de más para darse prisa.

Mientras atravesaban el grupo de casas del pueblo situado sobre la ladera de la colina, mantuvieron los caballos al paso. Al llegar al desierto el terreno se allanaba por lo que Ramsés decidió poner a Risha al galope pero se detuvo al oír algo.

- Escucha -dijo, sujetando al caballo.

- No… -Se produjo de nuevo y Nefret lo oyó esta vez: un grito agudo que iba y venía.

Ramsés apartó a Charla de su pecho y se la tendió a su mujer.

- Cógela, rápido.

Nefret obedeció al instante de modo instintivo, rodeando cuidadosamente los dos cuerpecitos con sus brazos. Dio gracias a Dios por ser una buena amazona y porque Moonlight respondiera siempre al menor de sus gestos o palabras. Se produjo un nuevo alarido, seguido esta vez de un grito de ayuda. Las palabras eran inglesas, la voz la de una mujer. Los ojos de Nefret se abrieron como platos.

- Ramsés, ¿qué…?

- Lleva a los niños a casa. Ahora mismo.

Se marchó sin esperar la respuesta. Mientras se encaminaba hacia las colinas a lomos de Risha, miró hacia atrás y vio que Moonlight había iniciado su suave y largo galope. Si hubiera estado sola, Nefret habría insistido en acompañarlo, pero la seguridad de los niños estaba por encima de todo, a pesar de que no era muy probable que aquella alterada mujer se encontrase realmente en

peligro.

La mujer seguía chillando; su voz iba siendo cada vez más débil, entrecortada por unos sollozos ahogados. Finalmente la encontró, de espaldas contra una roca. Su atacante se reía mientras ella trataba de golpearlo con algo semejante a un látigo. Una arma insignificante si.se la comparaba con el cuchillo que blandía él. Jugaba deliberadamente con ella, esquivando sin dificultad sus débiles golpes mientras le hacía cortes en los brazos y en la cara. Le gustaba tanto aquel juego que no oyó los cascos del caballo hasta que Ramsés estuvo casi encima de ellos, entonces lanzó un balido de alarma y se alejó corriendo de allí. Cuando Ramsés estaba a punto de salir en pos de él la mujer se desplomó.

No sabiendo hasta qué punto estaba malherida, Ramsés abandonó la idea de perseguirlo. La había reconocido de inmediato, al ver sus vestidos. Eran los mismos que lucía el día en que Justin y su abuela habían visitado Deir el Medina: un vestido oscuro y descolorido y un sombrero que incluso él imaginó de segunda mano. La acompañante de Mrs. Fitzroyce. ¿Qué demonios estaba haciendo allí, sola y víctima de aquel ataque? Los gurnawis no solían atacar a los turistas.

Había sangre en el suelo: no mucha, pero seguía fluyendo. Le dio la vuelta cuidadosamente hasta ponerla boca arriba. Uno de los cortes del brazo sangraba. No pudo ver más heridas sobre su cuerpo. Con gran delicadeza desató el lazo de su espantoso sombrero y se lo quitó.

Tenía los ojos abiertos. Eran castaños y estaban rodeados por unas largas pestañas. Las lágrimas y uña peculiar capa grisácea habían manchado sus mejillas. Por debajo, su cutis era suave y estaba cubierto de pecas.

De repente reconoció aquellos ojos castaños.

- Dios mío -susurró-. No puede ser… ¿Molly?

# Capítulo 5

Nuestra pequeña expedición al cementerio no se puso en camino hasta última hora de la tarde. Emerson había decidido acompañarnos y siempre le lleva algo de tiempo apartar su mente del trabajo para concentrarla en actividades de carácter más mundano (si es que la visita a la tumba de un santo puede ser considerada mundana). Su sugerencia de que fuéramos con el coche fue rechazada desde un primer momento; sólo la hizo para provocarme. En mi opinión, no era demasiado útil como medio de transporte. Al igual que los otros que habíamos usado en Palestina, tan sólo estaba provisto de dos asientos, con una especie de plataforma en la parte posterior destinada al transporte de cosas y de personas. Alguien, probablemente Selim, había instalado en el otro coche una cubierta y unos asientos relativamente confortables; Nefret y yo soportamos un largo y agotador viaje a través del Sinaí embutidas en aquella especie de «tonel», por describirlo en algún modo. Desconocía las ulteriores modificaciones que tanto Selim como mi marido tenían pensado hacer a éste y dudaba bastante de que fueran ellos mismos los que las hicieran. Se pasaban el tiempo arrancándole piezas para volvérselas a colocar poco después.

Con esa ingratitud que es propia de los más jóvenes, los niños preferían a Emerson por encima de cualquier otra persona, incluyendo las madres que los habían alimentado y las almas devotas que los habían mantenido a salvo, limpios y rebosantes de salud. Lo único que podía explicar aquella anómala predilección eran sus poco ortodoxas nociones de lo que debe ser considerado como diversión y una admiración exenta por completo de sentido crítico. Ya se sabe que los niños carecen de la capacidad de

discernir racionalmente. Después de que Ewie le explicara con toda claridad lo que quería hacer, mi marido la cogió en brazos. Había alquilado algunos burros para toda la temporada, después de que Evelyn reconociera francamente que prefería su paso lento. Destiné uno de ellos a Dolly, causando un gran placer al pequeño.

Dejamos a los animales fuera del cementerio. Desconocía si había alguna regla que impidiera su entrada pero, en cualquier caso, no me parecía correcto. Cuando Emerson bajó a Ewie al suelo, ésta trató de desasirse de él pero mi marido la sujetó firmemente.

- Es como si estuviéramos en una iglesia -le explicó-. Tienes que estar quiera y no debes correr por encima de las tumbas.

- Los muertos, ¿están ahí, bajo el suelo? -preguntó la niña con curiosidad.

- Sí. Y allí… -apunté con el dedo-. Allí está la tumba de tu abuelo.

David no había visto todavía el monumento terminado. Mientras los otros trataban de sujetar a Ewie (procurando, a la vez, que dejara de hablar de muertos), él y yo nos adelantamos.

- Es curioso, ¿sabe?, pensar que mi abuelo pueda ser un santo -dijo-. Fue el hombre más valiente y sincero que he conocido en mi vida, pero…

- Tenía sus pequeños defectos -le concedí, riéndome entre dientes al recordarlo-. La mayor parte de aquellos que han llegado a convertirse en santos los tenían, David. La santidad se alcanza, precisamente, superando los propios instintos primarios.

Emerson nos alcanzó a tiempo de oír mi comentario. Dejó escapar un potente «Mmm», pero no dijo nada. Permanecimos en silencio en el exterior de la entrada en forma de arco del monumento.

- Yo me llamo como él -dijo Dolly orgulloso.

Lo rodeé con mi brazo.

- Sí, y él se siente… mejor dicho, se sentiría muy contento y orgulloso si lo supiera.

- Vuélveme a contar lo que hizo -dijo Dolly muy tieso.

De modo que le conté de nuevo, con las palabras más sencillas que pude, el modo en el que había muerto Ab-dullah, cómo había dado su vida para salvar la mía, y también todas las otras ocasiones en las que la había arriesgado para protegernos, a Emerson y a mí.

- Era un hombre bondadoso y valiente -concluí-. Todos lo queríamos mucho y ahora lo echamos de menos.

- Pero él es ahora feliz en el cielo -dijo Dolly.

- Así parece, desde luego -asentí distraída.

Los demás arrastraron los pies y carraspearon y Evelyn, cuyas opiniones religiosas eran más convencionales que las mías, cambió de tema.

- El diseño es precioso, David. Sencillo y tradicional pero, aun así, de una extraordinaria elegancia.

- Sí, desde luego -convino Walter-. Qué lástima que lo hayan estropeado con esa indecorosa basura.

La cuerda que colgaba a la entrada sostenía lo que era, había que reconocerlo, una repugnante colección de objetos. Pero no por ello indecorosa, me sentí obligada a observar.

- No nos corresponde a nosotros, Walter, decidir lo que deben hacer los creyentes de cada religión.

Por ejemplo, nuestra costumbre de entrar en la iglesia sin habernos quitado antes los zapatos sería inconcebible para un musulmán. Esos humildes exvotos son su modo de agradecer al santo que haya atendido sus plegarias.

Con un esfuerzo considerable por su parte, Emerson había conseguido hasta el momento abstenerse de hacer alguno de sus sarcásticos comentarios sobre lo que le parecen las religiones organizadas en general, aunque alzó la mirada impaciente en bastantes ocasiones. Gracias a mi insistencia, evitaba hacer aquellos heréticos comentarios en presencia de los niños. La religión es ya de por sí un tema bastante difícil sin necesidad de que alguien como mi marido lo complique ulteriormente.

- Por lo visto Abdullah ha contestado a un sinfín de plegarias en un tiempo récord -comentó, tras carraspear, curvando ligeramente los labios y dirigiéndome una mirada provocadora.

- Por lo visto así ha sido -me limité a decir. No iba a consentir que Emerson me arrastrara a una nueva discusión teológica.

- Lo encuentro conmovedor -dijo Evelyn dulcemente-. Me pregunto qué es lo que le pedirán.

- Las mismas cosas que cualquier ser humano desea -dije con un suspiro-. Salud, hijos, una vida apacible y perdón para nuestros pecados.

Ewie se sentó de repente y empezó a desatarse los zapatos. Dudo que fuera el decoro el que la movió a hacerlo; pienso más bien que se trataba tan sólo del deseo de desprenderse de aquella prenda de vestir que, como muchos niños, rechazaba de plano. Su madre protestó ya que, como no podía ser menos, tenía miedo de los escorpiones, de las serpientes o de las piedras afiladas. Mientras discutíamos sobre el asunto, una figura emergió de la oscuridad que había en el interior del monumento y nos saludó en árabe.

La aparición me hizo dar un respingo; no me había percatado de que hubiera alguien dentro. El hombre en cuestión iba ataviado con un turbante y una galabiyya, y cubría la parte inferior de su cara con la barba de rigor. Aunque me resultaba vagamente familiar, no pude identificarlo inmediatamente. En cualquier caso, le devolví el saludo y lo mismo hizo David, en tanto que los otros musitaban algunas palabras de cortesía. Un examen más detenido de la cara de aquel tipo me dio finalmente la pista. Se trataba, obviamente, de un pariente lejano de Abdullah.

- Eres Abdulrassah, el hijo de Abu, ¿me equivoco?

- Soy el siervo del sheikh -fue la respuesta, acompañada de una alegre sonrisa.

- Ya veo. ¿Has ocupado el puesto de Hassan?

El muchacho -no parecía mucho mayor que eso- asintió con la cabeza.

- ¿Han venido ustedes a rezar? Eso está bien.

- Yo, por mi parte, no creo que lo haga -musitó Walter en inglés-. ¿Te importa, Amelia? No quiero parecer irrespetuoso, sólo que…

- Está bien -le repliqué-. ¿Qué hay del resto de vosotros?

Evelyn decidió asimismo quedarse con Walter y, después de recibir una mirada más que dudosa de Abdulrassah, Lía dijo que ella también se quedaría fuera con la niña.

- No recuerdo las oraciones -explicó-. Y no creo que sea «decoroso» que Ewie se dedique a correr por el interior.

Sólo yo, la única destinataria en realidad, pude oír la excusa que puso Emerson.

- No me importa rezar cuando es oportuno hacerlo pero Abdullah se moriría de risa si me viese haciendo cabriolas alrededor de su tumba.

No entendía qué podía haber de malo en que mi viejo amigo se carcajeara un poco a costa de mi marido y también estaba segura de que a Abdullah le iba a divertir, y no ofender, ver jugar a uno de sus inocentes descendientes por allí. En cualquier caso, Dolly se estaba tomando el asunto muy en serio. Con el semblante grave y los ojos bien abiertos, se había quitado ya los zapatos. De modo que, al final, sólo entramos David, Dolly y yo; y la verdad es que fue lo más adecuado, ya que éramos los tres a quienes importaba más todo aquello. David tomó la mano de su hijo y lo fue guiando a través de todos los pasos que prescribía el ritual. A pesar de que su padre había sido copto -un egipcio cristiano- él había crecido entre musulmanes y también con nosotros. La estrechez de miras no es precisamente uno de nuestros defectos y tanto Emerson como Ramsés conocían a la perfección las hermosas oraciones del islam. David las recordaba bastante bien. Los ojos tan abiertos de Dolly y su respiración entrecortada daban a entender que el pequeño estaba muy impresionado, aunque no creo que entendiera mucho de lo que estaba diciendo.

Abdulrassah nos acompañó al salir de nuevo a la luz del día.

- El santo está contento de que haya venido a visitarlo su familia -anunció-. ¿Quieren hacer ustedes una ofrenda? -Al decirlo indicó un cuenco que se encontraba en el suelo nada más entrar. En su interior había algunas monedas.

- Por supuesto -exclamó Walter. Siendo como era un hombre de buen corazón, quería compensar de algún modo lo que podía haber sido considerado una falta de respeto, así que no hice ninguna objeción cuando lo vi vaciar sus bolsillos de la mayor parte de las monedas que éstos contenían. La cara de Abdulrassah se iluminó con una sonrisa realmente seráfica.

- ¿Para qué sirve el dinero? -le pregunté.

El ingenuo joven no trató de disimular.

- El dinero es para mí, Sitt Hakim. ¿Acaso no soy su siervo? Recito las oraciones, barro el suelo.

Para probar lo que estaba diciendo, cogió la escoba que destinaba sólo a este fin, y empezó a barrer enérgicamente nuestras pisadas. Ésta era una más de las tantas tradiciones fascinantes que seguían vivas en Egipto: los antiguos sacerdotes barrían los pasillos de la tumba después de que la momia hubiera sido colocada en su

lugar de descanso y de que los acompañantes del féretro se hubieran marchado, cancelando con ello todo rastro del mundo exterior.

Lo dejamos con sus oraciones, o con una reproducción exacta de aquellas.

- Es un muchacho muy perezoso -dije pensativa.

David se echó a reír.

- Tía Amelia, es usted una cínica incorregible. ¿Está tratando de insinuar que Abdulrassah asumió ese puesto con la única intención de evitar el trabajo manual?

- No es mi intención criticar los motivos de nadie, David. Alguien tenía que suceder a Hassan.

- Su muerte podría ser considerada un mal presagio, sin embargo -musitó David.

- Las personas religiosas no piensan en ese modo -expliqué-. Para un auténtico creyente, poco importa que pertenezca a nuestra fe o a la de Hassan, la muerte no es el final sino el principio una nueva vida así que, ¿qué mejor modo puede haber de garantizar la inmortalidad que sirviendo a un hombre santo?

Emerson abrió la boca. Luego, tras mirar al muchachito que tenía de la mano, volvió a cerrarla.

- ¿Vamos a casa de Selim a recoger a los demás? -pregunté.

- Será mejor que llevemos a la joven Sejmet

[4] a casa -dijo David. Llevaba a cuestas a su hija y he de reconocer que el apodo le iba a la niña, dueña de una melena rubia de la misma tonalidad leonina y de un temperamento explosivo, como anillo al dedo. En ese momento, sin embargo, bostezando medio dormida en brazos de su padre, recordaba más bien a la diosa en uno de sus momentos más propicios.

- Tenemos que organizar una visita como se debe -añadió Lía-. Y no este ir y venir apresurado. Todos estamos cansados.

Ewie se despejó lo suficiente para insistir en que Emerson la llevara con él a caballo, y no tardó en volverse a dormir abrazada a él. Fuimos despacio, al paso de los burros y sus jinetes. Nuestras sombras se iban alargando en la arena a medida que el sol se hundía por el oeste.

- Los otros deben de estar ya de vuelta -dije, al acercarnos a la

casa- ¿No es Nefret la que está en la galería?

- Entremos -dijo David, desmontando rápidamente y ayudando a Evelyn a hacer lo propio-. Llevaré los animales al establo.

Me había parecido distinguir una cabellera rubia pero me equivoqué al identificar a la persona en cuestión. Confortablemente sentado, nos saludó con la calma propia de un huésped que hubiera sido efectivamente invitado.

- ¡Finalmente! Llevo esperándolos bastante tiempo. -Justin! -exclamé-. ¿Qué estás haciendo aquí?

Manuscrito H:

Su identidad no ofrecía lugar a dudas, a pesar de los chorretones de maquillaje que le cubrían la cara y de los vestidos poco favorecedores que lucía. Sus ojos castaños estaban anegados en lágrimas.

- No quería que tú, que ninguno de vosotros, me vierais. Deja que me vaya. Ya estoy bien.

- No puedes irte andando al anochecer -dijo Ramsés. Jamás había visto a nadie chillar tanto; había llorado a lágrima viva. Aun temiendo que se pusiera histérica si decía lo que no debía, se aventuró-: ¿Cómo llegaste hasta aquí? A pie no, desde luego.

Ella le dirigió entonces una mirada inexpresiva y húmeda. Al ver que Ramsés sacaba su cuchillo retrocedió lanzando un pequeño grito.

- Lo único que pretendo es cortarte la manga -dijo-. Es demasiado estrecha para que te puedas arremangar y quiero ver hasta qué punto es profundo ese corte. Por el amor del cielo, Molly, ¿me tienes miedo?

- Tenía un burro -susurró-. Se escapó cuando ese hombre…

- No te preocupes, él se ha marchado ya. -Tras hacer un corte en la manga, tiró de ella hacia arriba. El corte era largo y poco profundo y le cruzaba la parte posterior del antebrazo-. No es grave -dijo con una sonrisa tranquilizadora-. Será mejor que te lleve a casa para que nuestra madre te lo pueda vendar como se debe.

- ¡No, no puedo! No me obligues a ir. Si me puedes volver a llevar al muelle puedo conseguir una barca…

Temblaba fuertemente.

- No discutas, no estás en condiciones de pensar como se debe -dijo él-. Lo que no me sorprende, después de una experiencia como

ésta. A nuestra madre le encanta ocuparse de la gente. Se llevará una alegría al volverte al ver.

Cogiéndola en brazos, la subió a lomos de Risha. Parecía un pobre ser indefenso y atemorizado sentada allí, en lo alto del caballo, con los pies colgando. El se colocó detrás de ella y la sujetó con un brazo. Rígida como una estatua, Molly miró hacia otro lado y sacó un pañuelo de uno de los bolsillos de su camisa.

- No quería que me vieras -repitió con voz débil y trémula.

Pintada como una mujer de mediana edad, ¿una simple empleada?, su aspecto era, desde luego, el de una persona venida a menos desde la última vez que la vio. Por aquel entonces, cuando se produjo aquel terrible y vergonzoso encuentro en su habitación en el que Molly le confesó que lo amaba y que quería estar con él, tenía sólo catorce años. Todavía se estremecía al recordarlo; ella era tan apasionada, tan patética y, sobre todo, ¡tan joven! Aquello había sucedido hacía ya cuatro años… ¿o eran cinco? No es que ahora pareciera mucho más mayor pero unos conocidos comunes le habían dicho que ella se había casado. ¿Qué había sido de aquel rico y chocho marido americano? ¿Qué hacía sola en la orilla oeste? Y, además, ¿quién era el hombre que la había atacado? Ramsés decidió dejar todas aquellas cuestiones para su madre. No quería interrogar a aquella criatura mientras siguiera estando tan nerviosa. Aun así, osó hacerle una pregunta más.

- ¿Qué estabas haciendo en la orilla oeste? -le preguntó como de pasada.

- Justin. -Con gran cuidado, se acabó de limpiar la cara, cancelando los últimos rastros de maquillaje y lágrimas-. Se escapó de François esta tarde. Pensé que podía haber atravesado el río. No dejaba de decir que quería veros excavar y de mencionar los otros templos en ruinas. Por eso fui a Ramesseum e iba camino de Deir el Bhari…

- Ya ha pasado todo -la atajó rápidamente Ramsés-. Lo siento por el muchacho. Te pondremos en condiciones y después yo mismo te conduciré al otro lado del río. Si por entonces Justin sigue sin aparecer, os ayudaré a buscarlo.

- Ella se enfadará. -Tenía la voz como amortiguada; se había relajado y había apoyado la cara en su pecho.

- ¿Mrs. Fitzroyce? No fue culpa tuya. Lo encontraremos, te lo

prometo. -Siguió hablando, dado que sus maneras expeditivas parecían calmarla-. ¿Crees que puede haber ido a nuestra casa? El otro día dijo que quería visitarnos.

No hubo respuesta. Ramsés se preguntó inquieto si no se habría desmayado. Se había dejado caer con la languidez de una muñeca de trapo y su cara había quedado completamente oculta en su pecho. Ramsés estrechó su abrazo.

Estaban todos reunidos en la galería: los adultos, los niños, los gatos… y una figura delgada, vestida de tweed marrón y cuyo pelo brillaba como si se tratara de una aureola.

- ¡Vaya! ¿Qué te dije? -dijo Ramsés con jovialidad-. Aquí lo tienes. Ileso y pletórico de alegría.

A pesar de que la familia estaba ya más que acostumbrada a las apariciones inesperadas, verlo entrar con una mujer inconsciente en brazos era lo bastante chocante como para se convirtiera de inmediato en el centro de la atención. Nefret lo aguardaba. Fue la primera en llegar a la puerta, seguida muy de cerca por sus padres.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Nefret-. ¿Quién es ella?

Su madre, por descontado, sabía la respuesta.

- La señora de compañía de Mrs. Fitzroyce, me parece. Recuerdo esa… eh… prenda bastante bien. ¿Está herida?

- Apenas, madre. ¿Puede cogerla alguien? Creo que se ha desmayado.

- No. -La esbelta figura parecía haber recuperado las energías. Volviendo los ojos, los alzó para mirarlo. Exceptuando su pelo, a mechas blancas y negras, no parecía mucho mayor que la niña de catorce años que él recordaba tan bien. Sus ojos se habían secado y su expresión era cauta pero resignada.

- Puedes bajarme, por favor.

Su padre extendió los brazos.

- Permita que la ayude, Miss… esto…

- Se va a llevar usted una buena sorpresa, padre -le advirtió Ramsés.

- ¡Dios mío! -exclamó Emerson. Tras colocar delicadamente a la muchacha en el suelo, la miró fijamente-. No es Miss… No obstante, me resulta familiar. Veamos, ¿donde…?

- Molly-le interrumpió su mujer. El hecho de que tuviera que recobrar el aliento por un momento, fue lo único que puso en

evidencia su asombro. Prosiguió, sin embargo, como si nada-: Y, me parece, también Miss… eh… también. Cabría preguntarse… Bueno, tal vez sea mejor no hacerlo ahora. Pareces haber sufrido un ligero accidente. Ven conmigo, por favor.

Con la cabeza gacha, Molly permitió que la condujeran a la casa. Ramsés miró a su mujer.

- ¿Qué demonios…? -empezó a decir ella.

- Esa lengua -dijo Ramsés-. Entra y cierra la puerta. ¡Davy, no!

Consiguió capturar al pequeño antes de que llegara muy lejos, y lo llevó de vuelta a la galería.

- ¡Caramba! -dijo Emerson-. Vaya sorpresa. ¿Qué está haciendo esa muchacha aquí?

- Trabaja como señora de compañía de Mrs. Fitzroyce -le contestó Ramsés-. Vino a la orilla oeste buscando a Justin.

La sonrisa del muchacho era, en ese momento, luminosa y apacible.

- No me pudo encontrar, sin embargo. Menos mal. Me he divertido mucho con mis amigos y con la hermosa Mrs. Emerson.

- No deberías… -empezó a decir Ramsés, pero se interrumpió antes de acabar la frase. A fin de cuentas, no le correspondía a él regañar al muchacho.

- Quisiera otra taza de té, por favor -dijo Justin amablemente-. Y a Ewie le gustaría comer otra galleta.

Dirigió entonces una encantadora sonrisa a la niña quien, de pie junto a él, parecía abrigar unas intenciones muy claras sobre la bandeja de galletas. Justin le dio unas palmaditas en la mejilla.

- Me gusta -dijo-. Me gustan todos los niños.

* * *

Tuve una conversación bastante larga con Molly-o Maryam, como prefería que la llamaran- mientras le desinfectaba y le vendaba el corte que aquel hombre le había hecho en el brazo. La conversación fue, sin embargo, de algún modo unilateral. Sus respuestas fueron breves y no me aclararon nada; parecía distraída. Si no hubiera sido porque la conocía de sobra, habría pensado incluso que me tenía miedo. Sólo una vez me respondió con su habitual energía, cuando le dije que su padre la había estado buscando y que ahora se iba a sentir muy aliviado al saber que estaba sana y salva.

- ¡No debe decírselo! -gritó-. Prométame que no lo hará.

- No puedo hacerlo. Estoy segura de que no le gustará nada saber que te has visto obligada a trabajar como señora de compañía. Debes decirle a Mrs. Fitzroyce que abandonas el empleo.

- No puedo -dijo Maryam en voz baja-.Ya ha visto cómo es Justin. El muchacho confía en mí. Le cuesta habituarse a los extraños y François, a pesar de que se dedica en cuerpo y alma a él, tiene sus fallos.

- Vaya si los tiene -dije-. Bueno, Maryam, ese sentido del deber te honra. Pero tu padre…

- No quiero volver a depender ni de él ni de nadie -dijo, levantando la barbilla-. No le importo nada. Se valió de mí para alcanzar sus propios propósitos.

- Te equivocas -le aseguré.

- Quizás. ¿Puedo irme ya? Mrs. Fitzroyce debe de estar preocupada por Justin.

- No puedo retenerte si lo que quieres es marcharte pero, por favor, piensa en lo que te acabo de decir. No hay por qué avergonzarse de trabajar, sea en lo que sea, pero tu posición no es nada fácil y, como miembro de nuestra familia, tienes derecho a que te ayudemos.

- Gracias. -La expresión distante que había mantenido hasta entonces no se alteró. Se puso de pie, volviéndose a bajar la manga.

A pesar de que las mechas grises eran teñidas no dejaba de parecerme algo mayor respecto a la última vez que nos habíamos visto, y eso que apenas debía de tener unos dieciocho o diecinueve años.

Sus ojos castaños, enmarcados poruñas largas pestañas, tenían la misma forma que los de su padre. El abominable vestido que llevaba puesto no conseguía ocultar del todo su atractiva y menuda figura.

- ¿Puedo darte un sombrero? -le dije.

Se trataba de uno bastante bonito, de auténtica paja, con muchos velos y varias flores artificiales. Justin, quien si alguna virtud tenía era la de la franqueza, remarcó de inmediato lo bien que le sentaba.

- Imagino que querrá tomar una taza de té; eso espero, por lo menos -añadió

- No -se apresuró a decir Maryam-. Tenemos que volver ya, Justin. Su abuela estará preocupada.

- No podemos irnos ahora -le respondió Justin relajado-. Mi burro se ha escapado.

- Cogeré el coche -dijo Emerson. Acto seguido salió, lanzándome una mirada de desafío. Últimamente se mostraba un tanto susceptible sobre ese tema ya que no se le había permitido usar el coche todo lo que hubiera gustado. No puse mayor objeción: estaba tan ansiosa como él por quitarme de encima a la pareja y, además, pensé que no era muy probable que pudiera matarlos en un trayecto tan corto como el que había desde nuestra casa al muelle.

Había convencido a Emerson para que lo guardara en el establo, a pesar de que estaba segura de que no iba a permanecer allí dentro durante demasiado tiempo. Sus admiradores eran numerosos y algunos de ellos habían adquirido la costumbre de visitarlo diariamente aunque mientras lo hacían procuraban mantenerse a una cierta distancia puesto que tanto Emerson como Selim habían dejado bien claro que todo el que osara acercarse al coche con intenciones de tocarlo sería sometido a un terrible castigo que bien podría incluir hasta una o dos maldiciones. Cuando el vehículo apareció finalmente, no me sorprendió ver a Selim sentado en el asiento de al lado. Nuestro amigo pasaba buena parte de su tiempo libre haciendo pequeñas reparaciones a aquel condenado trasto.

La llegada del coche distrajo a Justin e hizo que éste cambiara el tenor de sus preguntas.

- ¡Un coche! ¿Voy a subir en él? ¿Puedo conducirlo?

- ¿Sabes cómo hacerlo? -le pregunté.

- No, pero imagino que no será muy difícil aprender. Me encantaría.

- Nadie conduce el coche, aparte de Selim y yo -dijo enérgicamente mi marido aunque faltando en cierto modo a la verdad.

- Deja que conduzca Selim, Emerson -le ordené-. No hay sitio para todos y, en cualquier caso, te necesito aquí.

Emerson refunfuñó un poco pero no le hice caso porque sabía de sobra que, en realidad, se estaba muriendo por comentar los últimos acontecimientos. Selim se sentó en el asiento del conductor. Mientras Justin se disponía a meterse en coche, Emerson lo agarró

por el cuello.

- Deja que Miss… esto… entre antes -le ordenó.

El cuerpo delgado del muchacho se crispó.

- Suéltalo inmediatamente, Emerson -dije, recordando el modo en que solía reaccionar Justin cuando se le aferraba.

- No le haré daño -gritó Emerson iracundo pero sin dejar por ello de obedecerme-. Haz lo que te he dicho, Justin. No se te ocurra tocar los mandos. Obedece a Selim como harías conmigo. Si le causas algún problema no podrás volver a visitarnos. Selim, llévalos a la otra orilla y deja al muchacho en la dahabiyya.

- No será necesario -dijo Maryam-. No se volverá a escapar, ¿verdad Justin?

- Por supuesto que no. -El muchacho sonrió dulcemente-. Buenas noches a todos. No tardaremos en volvernos a ver.

Con algo de aprensión, contemplé cómo se alejaba el coche envuelto en una nube de polvo. Parecía funcionar correctamente. Le dije a Fátima que fuera a buscar a las niñeras para que se llevaran a los niños a la cama. Por una vez, sus padres no se ofrecieron a echar una mano; todos permanecían sentados y en silencio, esperando a que yo tomara la palabra. Me desplomé sobre una silla.

- Es algo temprano pero creo que si alguien me ofreciera un whisky con soda lo aceptaría gustosa.

Emerson se apresuró de inmediato a complacerme y, a continuación, se sirvió también uno bien cargado. Al observar la expresión de aturdimiento de su hermano Walter, preparó otro aún más cargado y se lo introdujo con fuerza en la mano.

- Alegra esa cara, Walter. Ésta es, por el momento, la última relación desconocida que te quedaba por saber.

- Eso espero, realmente. -Walter dio un largo sorbo a su whisky-. ¿Tenemos por casualidad alguna que sea algo más respetable?

- Que yo sepa, Maryam lo es -le repliqué. Decía con ello, como siempre trato de hacer, la pura verdad. Lo que no quitaba que yo pudiera abrigar mis propias sospechas sobre ella sólo que, hasta ese momento, no pasaban de ser meras suposiciones.

- Pero ella es…

Lo atajé con un gesto imperativo porque me imaginé la palabra que debía de tener en la punta de la lengua. Sennia no se consideraba ya como «uno de los niños» de modo que seguía allí,

con los cinco sentidos puestos en lo que decíamos. La ilegitimidad no era uno de los temas que considerara que podían ser tratados en su presencia. Aquella palabra no le era del todo desconocida: la había oído ya, junto a otras aún peores, de boca de algunos abominables niños que frecuentaban el mismo colegio que ella en El Cairo, quienes la debían de haber aprendido de sus padres; la primera vez que me preguntó, hecha un mar de lágrimas y completamente desconcertada por su significado, hice lo que pude por tratar de convencerla de que sólo las personas ignorantes y vulgares se preocupan verdaderamente por ese tipo de cosas.

- ¿Qué piensas de ella, Sennia? -le pregunté.

Sennia se acicaló la boca y puso en orden las pulseras que rodeaban sus delgadas y morenas muñecas.

- No me gusta. No me gustaba ya entonces.

- No debemos ser duros con ella, Sennia. Lo ha pasado mal y, después de todo, es de la familia.

- ¿Qué relación hay entre nosotras?

- No mucha más de la que había entre Hécuba

[5] y Hamlet-murmuró Ramsés-. En concreto… primas en algún grado, supongo. ¿No es así, madre?

- Déjame ver. El padre de Sennia era sobrino mío y Maryam es…

Algo confundida, apuré mi whisky.

- Oh, Dios mío, ¿qué mas da?

Sennia no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

- ¿Qué relación tiene con Ramsés?

- Ya es hora de que te vayas a la cama, Sennia -le dije, cortándola en seco.

- Ahora hablaréis de cosas que no queréis que yo oiga.

Miss Sennia se levantó muy digna, arreglándose la falda.

- Ya entiendo. Buenas noches a todos. Pero insisto, no me gusta.

- Es abrumador -dijo Evelyn sacudiendo la cabeza-. Emerson nos puso al corriente de su pasado, mientras tú estabas con ella, Amelia. ¿Te explicó qué fue lo que la condujo a una situación tan desagradable?

- Brevemente. -Di un nuevo sorbo a mi whisky-. Su marido murió de repente, no era precisamente lo que se dice un hombre joven, y la dejó a ella sin nada. Según parece, había llevado a cabo

algunas especulaciones un tanto arriesgadas. Ella tuvo que vender hasta su anillo de bodas para poder enterrarlo.

- Tal como nos describieron ese diamante, debió de ser un funeral más bien extravagante -musitó Nefret.

- Fuera como fuese, tenía que salir del paso de algún modo. El de señora de compañía era el único puesto que podía desempeñar pero, desgraciadamente, no tardó en descubrir que su apariencia juvenil la perjudicaba. Eso explica su pelo gris y su semblante artificialmente envejecido. Supongo que habrá aprendido algunas nociones sobre el arte del disfraz de su padre. En cualquier caso, seguía sin encontrar trabajo hasta que contestó al anuncio de una señora que buscaba a alguien familiarizado con Egipto porque tenía la intención de pasar aquí el invierno. Sin duda -añadí-, la edad avanzada de Mrs. Fitzroyce y su debilitada vista facilitaron que Maryam pudiera llevar a cabo con éxito su mascarada.

- Todo eso es muy interesante -dijo Ramsés en un tono que indicaba a las claras que pensaba exactamente lo contrario- pero lo que realmente me gustaría saber es por qué la atacaron hoy. Al oír los gritos, lo primero que pensé fue que se trataba del alarido de alguna turista nerviosa que estaba siendo molestada por un inoportuno mendigo, pero el tipo en cuestión trataba de herirla con un cuchillo, y eso es inaudito.

- Le pregunté por ello, por supuesto -le repliqué.

- ¿Y qué te dijo?

- Que no tenía ni la más remota idea de por qué la habían querido herir. Pero tiene que haber una razón -declaré-. No una buena, desde luego, la violencia es siempre inexcusable, pero algo que ella haya podido hacer, o que alguien crea que ella ha hecho, hasta el punto de despertar el deseo de venganza.

- ¡Qué sarta de disparates! -gritó Emerson-. Eso no es más que tu melodramática imaginación, Peabody, que no puede dejar de ver misterios por todas partes. ¿Qué puede haber hecho una criatura como ésa?

- Eso, en cambio, no hace sino probar tu ingenuidad masculina, Emerson, para quien la juventud y la belleza son garantía suficiente de inocencia. Ten por seguro que las personas irracionales pueden reaccionar violentamente a ofensas relativamente inocuas y, escucha bien lo que te digo, estoy segura de que hay algo detrás de

todo esto, algo que debemos descubrir por el propio bien de esa muchacha. Si hoy la dejé marcharse fue porque no podía retenerla a la fuerza pero espero convencerla de que se quede con nosotros.

- ¿Aquí? -exclamó Nefret.

- Al menos hasta que su padre se pueda hacer cargo de ella. Él dijo que nos veríamos pronto pero le mandaré un mensaje de todos modos. Aunque Maryam todavía le guarda rencor, creo que podré ayudarla a superarlo. ¿Querías decir algo, Emerson?

- No -me respondió mi marido.

- Mirabas al techo sin dejar de mover los labios.

- Supongo que tengo derecho a cambiar de expresión sin tener que pedirte permiso.

- Hum. Como iba a decir, creo que ella aceptará ahora mejor las explicaciones de su padre. No hay nada tan capaz de acabar con el orgullo como la pobreza. Tenemos la obligación moral de hacer lo posible por que padre e hija se reconcilien, del mismo modo que debemos ayudar a cualquier miembro de nuestra familia que lo necesite.

- ¡Maldita sea! -dijo Emerson con vehemencia-. Cuando empiezas a citar algunos de tus piadosos axiomas es imposible hacerte cambiar de opinión.

- ¿Qué razones tienes para no querer que ella se quede aquí?

- Ninguna, ninguna, maldi…eh… caramba. Lo siento por esa muchacha, pero…

- ¡Una premonición! -exclamé-. ¿Tienes una premonición?

- ¡No las tengo jamás! Son pura superstición. Sois los únicos que…

- Hay una cosa que me preocupa -dijo Nefret, interrumpiendo a Emerson justo cuando éste estaba a punto de estallar-.Justin. Si ella se queda con nosotros, ese muchacho volverá. Ya visteis cómo se comportaba hoy con los niños.

- Fue encantador -dijo Lía-. Y a los pequeños les gusta.

- Oh, él es encantador, desde luego -le replicó Nefret-. Y absolutamente irresponsable. Si les permites que vayan a jugar o a dar una vuelta con él podría tener otro de sus ataques o, simplemente, podría marcharse dejándolos solos.

Ramsés intervino con inusual ardor.

- Nefret, es imposible que eso ocurra. Incluso en el caso de que

nos visite de nuevo, lo que es muy probable que haga tanto si ella se encuentra aquí como si no, nadie de nosotros está lo suficientemente loco como para dejarlo solo con los niños o para permitirle que los saque de la casa.

- Eso es verdad -corroboré.

Lo cierto es que la reaparición de Maryam me había alterado más de que lo que en realidad quería reconocer. Y, sin embargo -me dije para tratar de tranquilizarme-, ¿qué razón podía tener para desconfiar de ella? Durante la breve relación que habíamos mantenido con ella en el pasado, había demostrado ser una persona molesta, cabezota e indisciplinada, de acuerdo, pero de ahí a ser peligrosa… Su padre creía que su hija había encontrado un protector masculino después de abandonar su casa pero, aun en el caso de que fuera cierto, más que censurarla lo que había que hacer era sentir lástima por ella.

- Jamás un momento de respiro -dije alegremente-. Y ahora, propongo que nos preparemos para recibir a nuestros huéspedes.

Antes de que llegaran los Vandergelt tuve tiempo de darme un baño, cambiarme de ropa e incluso escribir un telegrama. Emerson había insistido en verlo antes de que lo mandara.

- No quiero ser explícita -le expliqué mientras se lo tendía-. Smith, el colega de Sethos que prometió pasarle nuestros mensajes, no es precisamente la clase de individuo del que uno se pueda fiar cuando se trata de información tan personal y delicada.

- De hecho, la ha usado ya contra nosotros en el pasado -masculló Emerson-. Mmm. Bueno, creo que es correcto. «Persona perdida encontrada. Ven enseguida si es posible.» Mandaré a Alí a la oficina de telégrafos.

Una vez resuelto aquel asunto fui capaz de recibir a nuestros invitados relajada y con la mejor de mis sonrisas. La noche era fresca de modo que nos reunimos en la sala de estar en lugar de hacerlo en la galería.

- Espero no haber llegado con demasiada antelación -dijo Cyrus al ver que Evelyn y yo éramos los únicos miembros de la familia presentes.

- No, en absoluto, son los demás los que llegan con retraso -dije algo enojada-. Lo siento. Hago lo que puedo por inculcarles buenos modales pero a veces llego a pensar que es una tarea inútil, sobre

todo en lo que a Emerson se refiere.

- Y a Walter -dijo su mujer con una sonrisa-. Espero que se haya decidido a robar algunos minutos a sus textos. Cuando está concentrado en una traducción a veces tengo que sacudirlo para que me haga caso.

Lía y David entraron, seguidos muy de cerca por Nefret. Me llamó la atención que Ramsés no llegara con ellos y observé que Nefret parecía preocupada o enojada.

- Lo siento -dijo.

- No te preocupes -le respondió Katherine restándole importancia-. ¿Estaban inquietos los niños?

- Los nuestros por lo menos sí -le contestó David-. Los llevamos a ver la tumba de Abdullah esta tarde. No podían dejar de hablar de ello. Dolly quería que le contara todas las historias que recordara sobre su abuelo, y Ewie me hizo unas espantosas preguntas…

- Sólo tiene dos años -lo interrumpió Lía en tono de reproche-. Y, además, no entiendo por qué las encuentras tan espantosas.

- ¿Se parecen los muertos a las imágenes que hay en los libros de tío Radcliffe? -Era evidente que David repetía una de las preguntas.

- ¡Dios mío! -exclamó Katherine-. ¿Le ha enseñado Emerson fotografías de momias a esos niños?

- Se lo prohibí tajantemente -dije indignada.

- No parece que les haya molestado -dijo David.

- ¿Qué le respondiste a Ewie? -le pregunté.

- Le dije que no, que no se parecen y después me apresuré a cambiar de tema para que no me hiciera más preguntas -añadió David echándose a reír.

Yo decidí entonces hacer lo mismo, ya que no quería hacer como esas abuelas chochas que creen que los demás disfrutan escuchando durante toda una noche historias sobre sus nietos.

- Esta tarde tuvimos una interesante visita -dije-. Katherine, ¿recuerdas a una joven llamada Molly Hamilton?

Katherine asintió con la cabeza.

- Esa chica malcriada que organizó aquella escena cuando su tío quiso… -Se interrumpió, entornando sus verdes ojos-. La sobrina del mayor Hamilton… pero, él no era… Él era…

- El mayor Hamilton no -dije-. Y ella no era su sobrina sino su hija. Y lo sigue siendo.

Escucharon mi resumen en medio de un fascinado silencio.

- La trama se complica -dijo Cyrus sacudiendo la cabeza-. ¿Qué vais a hacer con ella?

- Integrarla en el seno de la familia, por supuesto -dijo Emerson desde la puerta-. Como mi… eh… otro hermano dijo una vez, Amelia tiene la costumbre de adoptar a todos los pobres desgraciados con los que se va topando, recurriendo para ello a la fuerza si es necesario.

- Llegas muy tarde, Emerson -le reproché-. ¡Deberías avergonzarte! Y, por si fuera poco, ¿les has estado enseñando a los niños imágenes de momias después de que te prohibiera terminantemente… de que te pidiera que procuraras no hacerlo?

Sin dejarse impresionar por este doble ataque, Emerson sonrió a los presentes y musitó algunas palabras de saludo a nuestros invitados, tras lo cual se dirigió al aparador, donde empezó a servirse de varias botellas. No se había dado por vencido, sin embargo. Dándonos la espalda, observó:

- No soy el último, querida. Ramsés y Walter todavía no han llegado.

- Eso no hace sino empeorar las cosas, Emerson. ¿Por qué no vas a buscarlos?

- Tanto escándalo para nada -dijo Emerson tendiéndome un vaso-. Ten, Peabody; bébete el whisky y compórtate como se debe. Los he oído llegar.

Entraron a la vez. Iban tan absortos en la conversación que podría jurar que Walter no se dio cuenta de nada hasta que Ramsés lo cogió por el brazo para que dejara de hablar y le hizo notar la presencia de los demás.

- Lo siento -dijo parpadeando-. ¿Os he hecho esperar? Es culpa mía. Estaba trabajando en un texto particularmente fascinante y quise pedir a Ramsés su opinión sobre una o dos palabras que no consigo entender del todo. Parece ser…

- Siéntate Walter, y cálmate -le dijo Emerson afablemente-. A nadie le importan tus oscuros intereses filológicos. Me ha sorprendido no verte estos días por Deir el Medina, Vandergelt. ¿Estás abandonando tu parte de la concesión?

- No te hagas muchas ilusiones -dijo Cyrus, acariciándose la perilla-. Esas tumbas son mías y no tardaré mucho en volver al

trabajo. Hemos estado muy ocupados.

- ¿Haciendo qué? -preguntó mi marido francamente sorprendido.

Fátima anunció que la cena estaba lista y todos nos dirigimos hacia el comedor. Cyrus empezó a explicar a Emerson en tono algo indignado que la preservación y registro del tesoro de las viudas del dios eran en aquel momento prioritarios, cosa que Emerson sabía de sobra pero prefería ignorar, ya que tenía sus propios planes.

La única cosa que no me gusta de las reuniones algo numerosas es que resulta imposible seguir todas las conversaciones a la vez. Éramos un grupo bastante hablador -y que conste que no lo digo para lamentarme-y, dado que también éramos inteligentes, siempre valía la pena escuchar lo que decíamos. Incluso Bertie parecía de buen humor y charlaba animadamente con Lía. (Los había sentado adrede juntos ya que Lía solía interrumpir menos que los otros.) Al oír una de las frases que pronunciaba el muchacho, supe que estaba alabando las virtudes de su amada Jumana, ausente de Luxor aquella temporada.

Sólo al final de la cena, la conversación se hizo general. Fue precisamente uno de los comentarios de Emerson, lanzado con su habitual vehemencia, lo que atrajo la atención de todos.

- No veo por qué no podemos hacer algo al respecto.

- ¿Sobre qué? -le pregunté

Emerson hablaba en aquel momento con Ramsés, quien se encargó de responder a mi pregunta.

- Sobre el ataque a Molly, Maryam, que se produjo esta tarde. Le he dicho a mi padre que deberíamos tratar de localizar al asaltante.

- Estoy de acuerdo -asintió Cyrus-. No podemos permitir que se produzcan ese tipo de cosas. Sin tratar de desmerecer por ello tus teorías, Amelia, creo que la explicación más plausible es que se trata de un loco. Podría atacar a otros turistas. ¿Qué pensáis hacer?

- Antes de nada, hay que avisar a la policía -dijo Ramsés pasando por alto los gruñidos de Emerson-. Y es a nuestro padre a quien le corresponde hacerlo; así estaremos seguros de que lo escuchan. Propongo que ofrezcamos también una recompensa, empezando ya desde mañana por la mañana con nuestros compañeros. Conocen a todos los habitantes de la orilla oeste y pueden hacer correr la voz.

- Bien pensado -corroboré-. ¿Emerson?

- ¿Eh?, ah, maldita sea, supongo que no me queda otro remedio -masculló Emerson.

- Mañana por la mañana -dije.

- Mañana por la tarde -replicó mi marido.

Consentí, aparentemente de mala gana, haciendo creer a Emerson que me daba por vencida. Pero lo cierto es que aquel horario me venía de perillas ya que debía ocuparme de otros asuntos en Luxor.

* * *

Apenas llegamos a Deir el Medina a la mañana siguiente, pusimos en práctica parte del plan de Ramsés reuniendo a nuestros hombres y contándoles lo que había sucedido. Lo único que sacamos en claro, sin embargo, fue que se mostraron impresionados y sorprendidos y que nos manifestaron su disponibilidad a cooperar. Selim recapituló declarando que ningún habitante de la orilla oeste podía ser el responsable de aquello. Consideraciones morales aparte, todos ellos sabían de sobra que los ataques a los turistas eran severamente castigados. Apenas había unos cuantos locos en los alrededores; todos los conocían y los asistían de acuerdo con el respeto que los musulmanes muestran hacia los enfermos mentales; ninguno de ellos era, por otra parte, propenso a la violencia.

- Haremos circular la noticia -nos prometió Selim-. Y trataremos de averiguar algo sobre los forasteros.

Y ahí terminó la cosa. David y Evelyn se habían marchado a El Castillo pero Bertie y Sennia habían venido con nosotros. Permitir a la niña que nos acompañara era una recompensa y un honor que, según consideré, se merecía. Desgraciadamente, hacerlo implicaba que Gargery y Horus vinieran también con ella. Ambos eran un terrible estorbo. Horus gruñía y trataba de morder a todo el que se acercara a Sennia mientras que Gargery se negaba a admitir que ya no era lo bastante rápido y fuerte para protegerla del peligro. Ver como Sennia se ajetreaba de un lado a otro del yacimiento seguida de Gargery cojeando y maldiciendo a Horus quien, a su vez, le devolvía el insulto, podía haber resultado divertido si no hubiera sido tan engorroso. No tuve valor, sin embargo, para impedir que vinieran con nosotros.

Sennia había establecido que debía ser ella la que se ocupara de recoger las inscripciones para Ramsés, de modo que la convencí

para que me ayudara a cribar los escombros que los hombres habían sacado de la casa que estábamos vaciando. Su mirada era aguda y había sido entrenada para saber reconocer la escritura cursiva hierática. Pero aquellos trozos de cerámica rota, tanto los pequeños como los más grandes, contenían a veces meros croquis en lugar de inscripciones propiamente dichas. Afortunadamente, llegué a tiempo de apartar uno de ellos antes de que Sennia pudiera verlo. Más tarde, se lo mostré a Ramsés.

- Gracias, madre -dijo-. Es éste… ¡Oh, Dios mío! ¿Lo ha visto Sennia?

- No, le dije que fuera a ayudar a Emerson. Según parece le habéis permitido que trate de recomponer los fragmentos rotos; espero y confío que no se haya encontrado con otros de este tipo.

- Yo también lo espero -refunfuñó mi hijo, sujetando el trozo por sus bordes-. Pero no creo, madre. Conociendo a Sennia, si hubiera encontrado otro me lo habría enseñado y me habría pedido que se lo explicara. En cualquier caso, les echaré un vistazo antes de que ella empiece a trabajar en ellos.

- Éste es parte de una pieza más grande. Se ve aquí, donde está esta extremidad inferior…

- Sí -se apresuró a decir mi hijo. Era evidente que se sentía violento, no tanto por el tema del dibujo sino por el hecho de que fuera yo la que le estaba hablando de él. Los jóvenes aceptan con cierta dificultad que sus padres -y, más en particular, sus madres- estén familiarizados con los mecanismos propios del cuerpo humano.

- Me recuerdan -proseguí- los dibujos de aquel papiro del Museo de Turín.

- ¿Cómo demonios…? -Ramsés casi hizo caer el trozo de sus manos-. Perdone, madre, ¿cómo es posible que haya podido ver ese papiro? Se supone que las mujeres no…

- ¿Acaso me han detenido alguna vez estúpidas convenciones como ésa en mis averiguaciones? A pesar de que su origen es desconocido, es muy posible que ese papiro haya sido descubierto aquí, en Deir el Medina, a principios del siglo pasado. Sus habitantes deben de haber sido… esto… un grupo algo divertido.

- Bastante, desde luego -dijo Ramsés, rojo como un tomate y cubierto de sudor-. Si me disculpa ahora, madre…

- Espera un momento. Quiero discutir otra cosa contigo.

Ramsés se sentó, resignado. Estaba segura de que este tema le iba a parecer aún más embarazoso que el anterior pero, si de verdad era hijo mío, no podía no habérsele ocurrido a él también. Fui directa al grano.

- La reaparición de Maryam arroja una nueva luz sobre el asunto de la Hator velada, apoyando en particular una de nuestras teorías. La verdad es que no la había incluido en mi lista…

- ¿Lista? -Al comprender mis palabras, se sintió ultrajado; apretó los dientes y entornó los ojos hasta casi hacerlos desaparecer-. ¿Qué lista? ¡No, madre!

- La considero una parte legítima y hasta necesaria de mi investigación criminal.

Echando hacia atrás el sombrero, Ramsés se cubrió su congestionada cara con las manos.

- Supongo que consultaría usted a Nefret-masculló por entre los dedos que apretaban su cara.

- Pero querido, ¿cómo es posible que me creas capaz de una cosa semejante? He esperado a que pudiéramos estar a solas para sacar el tema. Y por favor -proseguí-, te suplico que no malgastes tu tiempo con falsas modestias. Emerson te reñiría enfadado por eso. Maryam, cuando era Molly, se enamoró de ti…

- Por el amor de Dios, madre, sólo tenía catorce años. Fue un amor de juventud, nada más.

No hacía falta que le recordara lo que ella había hecho; la escena debía de seguir tan viva en su mente como en la mía: a solas con él en su habitación después de que ella hubiera dejado caer al suelo su vestido para mostrarle un cuerpo joven pero ya maduro. No hizo falta que le preguntara lo que había sucedido después. Ella lo había agredido y mi hijo se había apresurado a llamarme.

- Sea como sea, puede que ella se considere una mujer rechazada -dije-. Los catorce son una edad difícil, propensa al melodrama y a los largos resentimientos.

- ¡Largos puede, pero no de cuatro años! -Ramsés se secó el sudor que le caía por la frente con la manga.

- ¿Hubo alguien más que ahora te pueda guardar rencor?

En lugar de protestar, mi hijo se limitó a encogerse de hombros, en señal de impotencia.

- ¿Cómo demonios puedo saber lo que una mujer considera…? Bueno, está bien, madre, ya que insiste. Dolly Bellingham. Tal vez el hecho de que asesinara a su padre la haya podido poner en mi contra.

- Lo único que pretendías era defenderte y defenderme también a mí -dije-. Ya había pensado en ella, por supuesto…

- Por supuesto -rezongó Ramsés.

- Pero era una criatura absolutamente egoísta a quien le importaba bien poco su padre. Y algo alocada también, ¿no estás de acuerdo?

- Completamente. -Una sonrisa involuntaria curvó los labios de Ramsés-. Debe de haber pasado al menos por una docena de hombres desde entonces.

- Yo lo hubiera expresado de otro modo pero, en sustancia, estoy de acuerdo. ¿Alguien más?

- No. Mi padre me está buscando. ¿Me perdona?

Le permití marcharse, consciente de que no iba a poder sonsacarle mucho más… por el momento. Sin duda alguna, tenía razón al decir que el enamoramiento de Maryam había sido pasajero; pero ella tenía otra razón más convincente para odiarnos a todos. Me pregunté si Ramsés habría olvidado que su madre murió de modo violento a manos de uno de nuestros hombres… sin que nunca hubiéramos llegado a saber cuál de ellos había sido. Si bien era cierto que Bertha trataba de matarme en aquel momento, Maryam podía no verlo de aquel modo. Recordé las palabras de Sethos: «Si ella me culpa de la muerte de su madre, ¿qué crees entonces que siente por ti?».

Me estremecí pero luego me dije que debía ser sensata. Desconocía lo que sentía la muchacha hacia un montón de cosas y lo mismo le pasaba a su padre.

Lo que no quitaba para que la añadiese a la lista.

A media tarde, me las arreglé como pude para sacar a Emerson de las excavaciones y lo obligué a ponerse un traje adecuado. Todos habían decidido acompañarnos. Después de hacer nuestros respectivos recados, íbamos a cenar juntos en el Winter Palace. Daoud se había ofrecido a llevarnos a la otra orilla a bordo de su nuevo barco. Lo había comprado para que uno de sus hijos pudiera ganarse la vida transportando a los turistas de un lado al otro del

río, de Luxor a las tumbas y templos de la orilla oeste. Según nos dijo su padre, Sabir era uno de los barqueros de mayor éxito, lo que no era de extrañar ya que su barco era el más bonito: pintado con brillantes colores, estaba inmaculado y tenía el suelo cubierto de alfombras y los asientos de ambos lados llenos de abigarrados almohadones.

Tras amarrarlo en el muelle entre otras embarcaciones similares, Daoud nos anunció que se iba a visitar a unos parientes y que luego nos esperaría para llevarnos devuelta a casa. Traté de disuadirle, explicándole que llegaríamos tarde, pero él no dio su brazo a torcer. Al ver cómo lo rodeaban los otros barqueros comprendí que lo que estaba deseando, realmente, era chismorrear un poco con sus amigos. Una vez en tierra firme, nos separamos. David y Walter fueron a buscar antigüedades y a reanudar sus relaciones con varios comerciantes; Evelyn y Lía decidieron dar un paseo y, quizás, visitar algunas tiendas. Me pidieron que fuera con ellas, pero yo rechacé su invitación.

- Supongo que quieres ir a la policía conmigo -dijo Emerson resignado.

- Vaya, pues no, querido, ve tú si quieres. ¿Acompañas a tu padre, Ramsés?

Mi hijo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

- Creo que deberíamos informarles también de la negligencia de los cazadores. Nos veremos más tarde en el hotel.

Uno junto al otro, ambos se marcharon por la carretera llena de polvo.

- Bueno, finalmente nos los quitamos de encima -le dije a Nefret, quien se había quedado conmigo.

- Sí. Supongo que lo que quiere es hacer una visita a Mrs. Fitzroyce. Mi padre no lo aprobaría.

- Por eso precisamente quería que se marchara. Imagino que comprendes hasta qué punto es necesaria.

- Entiendo la razón que le hace a usted pensar que lo es.

- ¿No estás de acuerdo?

- No lo sé -dijo Nefret, frunciendo ligeramente el entrecejo- No tengo nada contra esa muchacha y me gustaría que se reconciliara con su padre, tanto por él como por ella.

- ¿Pero?

- Pero… -El ceño de Nefret se suavizó y me dirigió una afectuosa sonrisa-. No hay peros. Usted se ofreció a ayudarla y si yo estuviera en su lugar, esperaría a que fuera ella la que diera ahora el primer paso. Pero es usted la que decide.

El Isis era una de las pocas dahabiyyas que había amarradas junto a los barcos de vapor que transportaban a los turistas. Nefret silbó al verlo (una costumbre que había aprendido de Ramsés). Era una dahabiyya a vapor, uno de los barcos más grandes y ostentosos que había visto en mi vida. Sus barandillas de cobre relucían y el toldo carmesí y dorado que daba sombra en la cubierta de arriba estaba adornado con borlas de este último color. El nombre del barco estaba escrito en letras también doradas y en popa ondeaba la bandera británica. Una ancha pasarela cubierta por alfombras permitía acceder a ella desde la orilla. Aparentemente, no había nadie en cubierta pero tan pronto como puse el pie en ella apareció un hombre vestido al estilo egipcio y me preguntó qué era lo que deseaba. Le contesté en árabe que quería ver a la Sitt.

- Llévele esto -proseguí, tendiéndole una de mis tarjetas de visita-. Y pregúntele si puedo verla.

Me hizo una cortés reverencia pero, en lugar de hacer lo que le había dicho, entregó la tarjeta a otro sirviente que había acudido cómodamente calzado con unas babuchas de fieltro.

- Espere aquí, por favor -me dijo.

Era un tipo robusto y musculoso, preparado, a todas luces, para detenernos en caso de que hiciéramos caso omiso de su ruego. Me pareció lógico que Mrs. Fitzroyce tomara aquellas precauciones. Sabía por propia experiencia que los visitantes ociosos suelen tratar de avasallar a las personas que consideran importantes.

No nos hizo esperar mucho. El segundo sirviente regresó acompañado de una persona obesa que llevaba puesto un fez sobre su enorme cabeza. Tenía una abundante mata de pelo negro y su cara formaba una esfera casi perfecta. Era, además de eso, una cara joven, de cutis claro y expresión bondadosa, que un bigote rizado hacía resaltar. Iba elegantemente vestido con una levita, unos pantalones a rayas y un extraordinario chaleco bordado con rosas de color rosa.

- En un honor conocerla, Sitt Hakim -dijo, sacudiendo enérgico la cabeza y sonriendo abiertamente-. Soy el doctor Mohammed

Abdul Khattab. El médico personal de Mrs. Fitzroyce.

Le presenté a Nefret, lo que originó una nueva serie de cabeceos y sonrisas.

- ¿Está Mrs. Fitzroyce enferma? -le pregunté.

- Sólo cosas propias de la edad -me respondió el doctor restándole importancia-. Las recibirá pero debo recordarles que se cansa fácilmente.

- Hace bien en decírnoslo -le dije-. No nos quedaremos mucho.

Las cortinas de las ventanas del salón habían sido echadas para evitar que entraran los rayos directos del último sol. De todos modos, la luz que restaba era suficiente para poder ver. La habitación en cuestión estaba elegantemente amueblada -abarrotada de muebles, más bien- con un piano, hileras de estanterías llenas de libros, mesas, sillas y sofás. Recordaba el estilo de decoración popular de finales del siglo pasado, al igual que la dama que nos esperaba en su interior. La encontramos sentada muy erguida en un sillón, con las manos apoyadas en el mango de su bastón. La ropa que lucía era tan negra y envolvente como la de nuestra ya fallecida reina

[6], quien, en mi opinión, había guardado luto por su marido durante demasiado tiempo. En lugar de guantes llevaba puestos unos mitones de encaje, de un tipo que yo no había vuelto a ver en años. El doctor Khattab se dirigió de inmediato a ella y le tomó una mano, haciendo presión con sus dedos en la muñeca para tomarle el pulso. Ella le apartó la mano.

- Espero que Mrs. Emerson no se ofenda -dijo con voz chillona-, si digo que, a pesar de que agradezco su visita, no creo que me sobreexcite con ella.

- En absoluto -dije, respondiendo a su pequeña broma con una amable risita.

- Tomen asiento, por favor -prosiguió-. ¿Puedo ofrecerles una taza de té?

- No, gracias. Soló le robaremos unos minutos. Vinimos para…

- Quejarse de mi nieto -me interrumpió.

Dado que parecía ser una persona a la que no le gustaba irse por las ramas, decidí complacerla.

- No, de quien hemos venido a quejarnos es del criado de Justin.

Fue el causante de que ayer mi marido se cayera rodando por una pendiente.

- Espero que no esté gravemente herido.

No eran las palabras, sino el tono, lo que me resultaba un tanto irritante. La vejez tiene sus privilegios pero no creo que la rudeza deba ser precisamente uno de ellos.

- Si no lo está no es, desde luego, gracias a François -repliqué-. ¿Le parece a usted una persona adecuada para ocuparse de un muchacho tan apacible como Justin?

- Supongo que más que una pregunta, la suya es una crítica velada. Es evidente que me parece apropiado o, de otro modo, no lo habría empleado. -Prosiguió en un tono algo menos autoritario-: Lamento que su marido se haya herido y ya he hablado con François al respecto. No volverá a pasar. ¿Fue usted la que le dio a mi acompañante ese sombrero?

Aquel brusco cambio de tema me dejó por un momento sin saber qué decir.

- Había perdido el suyo y pensé que no era correcto que se dejara ver en público sin uno.

- Es un bonito sombrero -dijo Mrs. Fitzroyce-. Yo tenía uno aún más bonito cuando era niña. Con una cacatúa disecada en lo alto con dos rubíes en lugar de ojos.

Cabeceaba continuamente y hablaba con una voz dulce y melodiosa que contrastaba con el tono casi dictatorial de apenas unos momentos antes. Lancé una mirada interrogante a su médico, quien me sonrió a su vez encogiéndose de hombros. Era evidente que la anciana tenía también sus «recaídas» en las que se hundía sin previo aviso en una reminiscencia senil.

- ¿Está ella aquí? -le pregunté.

- No, murió hace veinte años -musitó Mrs. Fitzroyce-. Era una niña preciosa, pero no tanto como yo…

- Miss Underhill se ha ido con Justin y François a Karnak -dijo el médico en voz baja.

- Correcto -dijo Mrs. Fitzroyce con repentina coherencia-. ¿Por qué responde usted a las preguntas que me dirigen a mí, Khattab?

- Disculpe, señora. -El doctor parecía haberse quedado con la sonrisa pegada a la cara.

No sabiendo cuánto podía durar aquel intervalo de lucidez traté

de proseguir nuestra conversación.

- Miss Underhill y yo hemos descubierto que tenemos muchos conocidos en común. Me pregunto si usted le permitiría venir a nuestra casa alguna vez, a cenar o a pasar el día.

- Es una buena muchacha -murmuró Mrs. Fitzroyce. No estuve muy segura de si se refería a la belleza fallecida tanto tiempo atrás o a Maryam, hasta que prosiguió-: Muy leal. No me ha fallado ni un solo día desde que llegó.

Levantó lánguidamente una mano que el doctor Khattab se apresuró a coger.

- Está muy débil -nos anunció a continuación dándose importancia-. Demasiado débil, mi querida señora.

- La estamos fatigando -dije mientras me levantaba-. Adiós, señora.

- ¿La hermosa Mrs. Emerson no tiene nada que decir? -preguntó la anciana.

- Solo le diré adiós -dijo Nefret, ya de pie.

- Es usted muy guapa -dijo Mrs. Fitzroyce aparentemente en su juicio-. Pero no tanto como lo era ella.

Mientras el médico permanecía con su paciente, uno de los hombres de la tripulación nos condujo hasta la pasarela.

- No le ha dicho usted nada de Maryam -me dijo Nefret en voz baja.

- Cualquier intromisión tiene un límite que hasta yo considero conveniente -le contesté-. No me siento con derecho a contar al ama de Maryam el secreto de la muchacha. Encuentro que Mrs. Fitzroyce es una persona interesante, ¿no te parece?

- Debe de haber tenido un carácter muy dominante antes de que empezara a fallarle la cabeza. Con Mrs. Fitzroyce cada día más débil tanto física como mentalmente y Justin comportándose en un modo tan impredecible, no me sorprende que necesiten tanto personal.

Dado que aún era pronto, nos paseamos por el camino que bordeaba el río en dirección al suk.

Luxor no es una ciudad muy grande de modo que no tardamos mucho en encontrarnos con Lía y Evelyn. Les sugerí que uniéramos nuestras fuerzas para buscar a David y Walter quienes, con toda probabilidad, debían de haber perdido la noción del tiempo buscando antigüedades. Los encontramos en la tienda de Ornar,

bebiendo té e inspeccionando la colección de dudosos papiros y más que cuestionables ushebtis de aquel viejo truhán. Siempre valía la pena echar una ojeada por allí dentro, ya que de vez en cuando solía mezclar unos cuantos artículos auténticos con sus artefactos falsos. Estaba segura de que disfrutaba poniendo a prueba los conocimientos de sus clientes ya que, cuando éstos descubrían el engaño, se daba por vencido de buen talante y sin avergonzarse en lo más mínimo.

David era particularmente hábil descubriendo las falsificaciones: él mismo había sido el autor de un buen número de ellas durante su juventud.

- ¿Qué sucede, es ya la hora del té? -nos preguntó cuando entramos en la tienda-. Me tienen a su entera disposición, señoras; Ornar no tiene por el momento nada interesante que ofrecer excepto este amuleto de Isis. El problema es que pide mucho dinero por él.

Con una mirada divertida, Ornar lanzó un desgarrador gemido.

- ¿Demasiado? ¡Se lo estoy ofreciendo por una miseria, por menos de lo que yo pagué por él!

- Imagino que habréis estado haciendo algunas preguntas sobre joyería, sobre pulseras en particular -les dije tras salir de la tienda de Ornar sin haber comprado el amuleto.

- Agucé un poco los oídos -admitió David mientras me ofrecía su brazo-. Cyrus parece haberse resignado a la pérdida de esos objetos pero yo sigo sin entender cómo es posible que Martinelli haya desaparecido con el lote sin dejar rastro.

- No es demasiado difícil perderse entre las innumerables casas de El Cairo, querido, y tú deberías saberlo. Estoy segura de que fue allí donde se marchó tras desaparecer. Si se hubiera quedado en Luxor lo habríamos encontrado ya.

Las terrazas del Winter Palace ofrecían una vista incomparable que alcanzaba, más allá del río, resplandeciente de bermellón y escarlata en el anochecer, hasta los riscos de la orilla oeste que brillaban también rosáceos con los últimos rayos del sol. Ramsés nos estaba esperando.

- ¿Dónde está tu padre? -pregunté.

- Entró un momento en Cook. -Tras coger una silla, hizo una señal al camarero-. Se ocupan de la mayor parte de los tours, de

modo que tal vez sean más eficaces que la policía a la hora de controlar las partidas de caza.

Nefret se rió entre dientes.

- Lía, ¿qué te parece si vamos a buscarlo y escuchamos lo que les dice desde detrás de la puerta? Me encantaría oír a nuestro padre leyéndole a alguien la cartilla.

Lía se echó a reír.

- Te veo muy contenta esta noche, Nefret. ¿Qué has estado haciendo con nuestra madre? -le dijo Ramsés.

Nefret se dispuso entonces a deleitarles con una vivaz descripción de nuestra visita a Mrs. Fitzroyce. Apenas había pronunciado unas cuantas frases fue interrumpida por la llegada de Emerson y tuvo que volver a empezar la historia desde un principio.

- Sabía que iríais allí -me dijo Emerson.

- No, no lo sabías.

- Le he pedido un vaso de whisky con soda, padre -dijo Ramsés en lo que, debía saberlo ya, no era sino un vano intento de evitar que Emerson siguiera adelante con la discusión-. Confío en que sea de su gusto.

- Gracias, muchacho. Sí, lo sabía. Es más -dijo Emerson triunfalmente-, te diré cómo me enteré. Nos encontramos con Daoud fuera del zabtiyeh

[7] mientras éste iba camino de la casa de su primo y…

- Él nos había visto subir a bordo del bis o alguien que nos había visto hacerlo se lo había contado -concluí-. Daoud es más eficaz que un periódico difundiendo información. ¡A esta hora todo Luxor debe de saber ya dónde hemos estado y dónde vamos a estar durante todos y cada uno de los minutos restantes de la velada!

- ¿Y que hay de malo en ello? -preguntó David. No tardamos en saberlo.

Pasamos una noche muy entretenida disfrutando de nuestra recíproca compañía e intercambiando saludos con nuestros amigos; poco antes de que dieran las diez les recordé que habíamos quedado en encontrarnos con Daoud a esa hora. A pesar de que no tenía reloj, Daoud podía indicarla con bastante precisión mirando el sol y las estrellas (o preguntándosela a los demás) y era muy puntilloso en lo que a puntualidad se refería. Y así fue, apenas llegamos al

muelle salió a nuestro encuentro corriendo. Algunos otros botes se balanceaban en sus amarres pero, exceptuando a nuestro grupo, en el embarcadero no había nadie. La noche era fresca e incluso soplaba una brisa algo fuerte. Tras entrar en el barco y acomodarnos en su interior, Daoud tiró de la pasarela que, en realidad, consistía tan sólo en una plancha de menos de medio metro de ancha y unos dos de larga.

Era una noche deliciosa para navegar. La luna, casi llena, arrojaba ondas plateadas sobre el agua y las estrellas resplandecían. Cuando nos encontrábamos ya a varios metros de la orilla, empecé a percibir un frío bastante desagradable en la planta de los pies. Antes incluso de que pudiera hacer algún comentario al respecto, el frío me subió por el empeine hasta alcanzar el tobillo.

- Dios mío -observé-. Creo que está entrando agua.

- Me parece que tienes razón -dijo Emerson con calma, mientras el agua iba rodeando nuestros tobillos. El resto de nosotros se puso de pie en medio de exclamaciones de alarma y Daoud, preocupado hasta entonces por la vela y el timón, lanzó un fuerte grito.

- ¡Es imposible! ¡El barco está en buen estado!

Dado que era evidente que ya no era así, nadie se molestó en contradecirlo. Ramsés se inclinó y empezó a retirar las alfombras empapadas. Encontró el problema casi de inmediato, anunciando su descubrimiento en voz alta.

- Alguien ha hecho tres agujeros en el fondo. Daoud, regresa de inmediato, no llegaremos nunca a la otra orilla. Nefret, por favor, dame tu pañuelo.

- Es inútil -dijo Emerson bruscamente. Arrodillado, tanteaba con las manos hundidas en el agua que no dejaba de subir-. Cada uno de ellos tiene más de dos centímetros de diámetro. Deben de haber sido tapados con una sustancia que se disuelve lentamente en el agua o que puede ser arrancada con el movimiento de las olas.

David se había reunido con Daoud en la proa y en ese momento lo ayudaba con la vela y el timón, pero el barco se movía de todos modos muy lentamente. Estaba claro que se iba a hundir antes de que pudiéramos llegar a la orilla. Emerson se quitó la chaqueta y el chaleco. Ramsés ya lo había hecho. Cogiendo la larga y pesada plancha, la arrojó por la borda y se introdujo en el agua.

- ¡Nefret!

Ella lo siguió sin pensárselo dos veces. Walter había alcanzado los asientos y todavía trataba de levantarse.

- Déjalo ya, David -le gritó Emerson-. Ayúdame con los demás.

Se volvió hacia mí. Sabía que me tenía que quitar la falda que llevaba puesta y que me llegaba hasta los pies, pues la misma no haría sino enredárseme entre las piernas una vez en el agua, pero me las veía y me las deseaba para poder desabrocharla ya que mis manos no eran en ese momento todo lo firmes que yo hubiera deseado. A pesar de que no soy una experta nadadora no sentía nada de miedo con Emerson a mi lado. Mi marido se encontraba a sus anchas en el agua, al igual que David y Ramsés. Eran los otros, Evelyn y Walter en particular, los que me preocupaban. Me tranquilizó un poco ver que Walter se quitaba cuidadosamente las gafas y luego se las metía en un bolsillo interior, que Evelyn se deslizaba fuera de su vestido de noche de terciopelo y que Lía se arrastraba a lo largo del banco en dirección a su madre. No podía sino agradecer a Dios que todo aquello nos hubiera sucedido cuando los niños no estaban con nosotros.

Mientras seguía luchando con mis botones, Emerson agarró mi vestido por el cuello, me lo arrancó de un tirón, me cogió en brazos y me echó por la borda. Volví farfullando a la superficie ayudada por la mano firme de mi hijo, comprobando al hacerlo que los otros también habían abandonado el barco. Emerson sujetaba a su hermano con un brazo y a su cuñada con el otro tratando de acercarlos a la plancha a la que Nefret se había ya aferrado. David llevaba a Lía a remolque. Tras apartar algunos mechones mojados de mi cara, me apresuré a hacer inventario. Sí, todos estábamos presentes, sanos y salvos por el momento. Todos excepto…

Me estremecí horrorizada. Una forma oscura resaltaba sobre las ondas plateadas, el barco se hundió y con él Daoud, sentado muy tieso en la proa. Lo último que vi de él fue su cara, grande e impasible, con los ojos abiertos de par en par y los labios apretados, que el agua iba cubriendo poco a poco. Sólo entonces recordé que era incapaz de dar ni siquiera una brazada.

# Capítulo 6

- ¡Daoud! -chillé-. ¡Salvadlo! ¡Deprisa!

Esto es lo que, en realidad, me hubiera gustado decir. Desgraciadamente, una ola me pasó por encima de la cabeza y lo único que conseguí articular para expresar mis sentimientos fue un prolongado gorgoteo. Sujetándome a la plancha con una mano, parpadeé para quitarme el agua de los ojos en el preciso momento en el que los pies de Ramsés desaparecían bajo el agua. Mi admonición había sido innecesaria; se había apresurado a ayudar a Daoud apenas se aseguró de que yo estaba a salvo.

- ¡Sujétate, Peabody! -me gritó Emerson al oído-. ¡Y, por el amor de Dios, cierra la boca!

Sus manos me alzaron para que mis brazos pudieran sujetar a lo ancho la astillada superficie de la plancha. Entonces se hundieron, mi marido también, era consciente, en aquellas oscuras profundidades en pos de Daoud.

Así que allí estábamos, balanceándonos arriba y abajo en los remolinos de agua, alineados alrededor de la plancha como si fuéramos los huéspedes de una cena. Con un estremecimiento de orgullo patriótico observé que, a pesar de que chorreaban agua y tenían el pelo empapado pegado a ellos, nuestros semblantes conservaban la expresión imperturbable que tienen las personas bien educadas cuando asisten a una velada.

Entonces vi algo que llamó poderosamente mi atención. Era la cabeza de Daoud, con los ojos todavía abiertos y la boca cerrada, emergiendo del agua. Lo siguiente en aparecer fueron sus brazos, abiertos de par en par. Emerson lo sujetaba por un lado y Ramsés por el otro.

Daoud parpadeó, miró a su alrededor y abrió la boca con cautela.

- Y ahora, ¿qué debo hacer? -preguntó.

El río está muy tranquilo durante la noche, exceptuando a algún que otro turista deseoso de navegar a la luz de la luna. Evidentemente, ninguno de ellos había sentido la romántica inclinación de hacerlo aquella noche por lo que, tras una breve discusión, Ramsés empezó a nadar hacia la orilla. Obedeciendo a mi sugerencia, el resto de nosotros nos pusimos a dar vigorosas patadas en el agua con el fin de luchar contra el frío y los calambres, mientras David nos levantaba el ánimo dándole a Daoud su primera lección de natación. La confianza que éste tenía en nosotros era ilimitada; al seguir las instrucciones de David descubrió encantado que su enorme cuerpo podía flotar ligero como una hoja. (Yo misma soy incapaz de explicarme el fenómeno; debe de tener algo que ver con su capacidad de mantenerse a flote en cualquier situación.) La imagen de él, tumbado de espaldas, con sólo la cara y los dedos de los pies fuera de la superficie del agua y la túnica ondeando a su alrededor como si se tratara de las alas de un pájaro en vuelo, es algo que difícilmente podré olvidar.

A pesar de lo entretenido que resultaba todo aquello, me sentí aliviada al vislumbrar una luz que se acercaba y al oír los gritos de varios hombres que (según Ramsés nos contó después) mi hijo se había encontrado durmiendo a bordo de su barco y a los que había despertado con maneras un tanto expeditivas. Tras subirnos al barco, nos condujeron de inmediato a la orilla oeste, donde nuestros carruajes estaban esperándonos. Daoud declinó nuestra invitación de subir a uno de ellos; la verdad es que, en caso de que la hubiera aceptado, nos habríamos tenido que embutir dentro de ellos ya que nuestro amigo ocupaba el espacio de dos personas. Se marchó, sonriendo todavía, con la túnica empapada agitándose al andar y el turbante, que había permanecido milagrosamente en su sitio, recordando más bien a una coliflor aplastada. Nada más llegar, Fátima y yo dimos un baño de agua caliente a Evelyn y luego la metimos en la cama.

- ¿Se pondrá bien? -me preguntó Walter ansioso. Se inclinó sobre ella. Su mujer aún le sonrió somnolienta pero apenas podía mantener los párpados abiertos.

- Está aterida y exhausta pero no parece haberse hecho nada más grave, creo -le contesté-. Vete tú también a la cama, Walter.

- ¿Mientras vosotros celebráis uno de vuestros consejos de guerra? -Seguía estando bastante mojado, pero se había secado las gafas antes de volvérselas a colocar, por lo que ahora podía ver perfectamente cómo le brillaban los ojos-. Por Dios, Amelia, ¿cómo puedes pretender que duerma después de una aventura como ésta? Lo que quiero es hablar. Quiero escuchar. Quiero… sí, Dios mío, ¡quiero un whisky con soda!

- Y comida -dijo Fátima con vehemencia-. Hay pollo frío en la nevera y kunafeh [8], y pan, y lechuga…

- Bueno, bueno, Fátima, pero luego ven y siéntate con nosotros. Sobre todo, no despiertes a Gargery, esta noche no estoy de humor para soportar uno de sus sermones.

Fátima tenía la inveterada costumbre de alimentarnos a cualquier hora del día y de la noche pero me había percatado de que lo que quería en aquel momento era, sobre todo, ser la primera en oír cómo habíamos escapado para poder hacérselo pesar a Gargery a la mañana siguiente. Los dos mantenían una amistosa pero no por ello menos intransigente rivalidad en lo tocante a ese tipo de asuntos.

A pesar de que no habíamos decidido tener una reunión sobre el tema era obvio que todos compartíamos la opinión de Walter sobre su necesidad; los otros entraron, vestidos informalmente con batas y ropa de estar por casa y todos procedimos a dar buena cuenta del banquete que nos había preparado Fátima. El ejercicio físico, cuando es arduo, abre realmente el apetito.

- Pareces muy satisfecho de ti mismo, Walter -observó Emerson, tendiendo a su hermano el whisky con soda que éste le había pedido-, ¿puedo saber por qué?

- Porque aunque no haya sido de mucha ayuda -le respondió Walter-, al menos nadie ha tenido que rescatarme.

¡Qué bien podía entender la emoción que escondía aquella sencilla frase! Temía que su vida sedentaria lo hubiera dejado incapaz de correr nuevas aventuras… que llegado un momento de crisis él no pudiera estar ya a la altura. Le sonreí afectuosamente.

- Sólo espero que no reproches a Daoud el que tuviéramos que rescatarlo -le dijo en cambio mi marido, dueño de una mente mucho más literal que la mía.

- ¡Dios mío, no! -exclamó su hermano-. Me has interpretado mal, Radcliffe. Se comportó de un modo espléndido. Y tampoco tengo nada que objetar al barco. El pobre ha sufrido una pérdida económica considerable.

- Le procuraremos uno nuevo o se lo repararemos, por supuesto -dijo Ramsés.

Se produjo un breve silencio.

- ¿Acaso pensáis que somos nosotros los responsables de su pérdida? -preguntó Lía entonces, reanudando la conversación-. ¿No podría tratarse de un accidente o de una vendetta privada?

Emerson arqueó las cejas sorprendido.

- Di por sentado que eL.eh… gesto iba dirigido a nosotros. Ese tipo de demostraciones suelen estarlo. Lo que desde luego no ha sido es un accidente. Alguien hizo deliberadamente esos agujeros en el fondo del barco y luego los tapó con arcilla o con cualquier otra sustancia que se disuelve gradualmente en el agua.

Fátima se tapó la boca con las manos y nos miró horrorizada.

- ¿Quién sería capaz de hacer una cosa así?

- Ésa es precisamente la cuestión -le respondió Ramsés. Inclinándose hacia atrás, se encendió un cigarrillo-. Deben de haberlo hecho poco antes de que regresáramos al muelle.

- Medio Luxor estaba al tanto de nuestros planes -dije pensativa-. Ese canalla se arriesgó, sin embargo. Si hubiéramos llegado media hora más tarde, nos habríamos encontrado con el barco lleno de agua. Media hora antes y lo habríamos pillado con las manos en la masa. ¿Alguno de vosotros lo vio o lo oyó?

- No había nadie en los alrededores -dijo Ramsés-. La mayor parte de los barqueros se había marchado ya a casa. Y, además, el riesgo que corría tampoco era tan grande. Aun en el caso de que no hubiera acabado lo que tenía que hacer, nos habría oído llegar de todos modos y le habría dado tiempo a escapar.

- No somos unos niños, ni tampoco unos cobardes -dije-. Debemos afrontar los hechos. No creo que ninguno de los barqueros de Luxor sea tan vengativo o tan estúpido como para arriesgarse a desencadenar la ira de Daoud. No; el ataque iba dirigido a nosotros

aunque tengo que decir que como método para cometer un asesinato me parece algo chapucero.

- Por no decir drástico -dijo Emerson envuelto en el humo de su pipa-. ¿Esperaba de verdad que nos ahogáramos todos o sus intenciones se centraban en una sola persona?

- Todos sabemos nadar -dije meditabunda-. Lo sabe cualquiera, supongo.

- Todos excepto uno -observó Ramsés-. Y esto también lo sabe cualquiera.

- Daoud -masculló mi marido-. ¡Imposible! No tiene un solo enemigo en este mundo.

Naturalmente, ninguno de nosotros permitió que un pequeño incidente como aquél alterara nuestro programa de trabajo. Los niños más pequeños desayunaron en sus propias habitaciones bajo la mirada bondadosa de Fátima y Basima, lo que permitió que nosotros tardáramos mucho menos en dar buena cuenta del nuestro. Gargery, que había permitido, condescendiente, que Fátima se ocupara de los niños, nos obligó a escuchar, sin embargo, uno de sus mordaces discursos. Según él, le estaba haciendo un favor, aunque yo era más propensa a pensar que cuatro criaturas como aquéllas eran demasiado para él.

- Aquí está pasando algo -afirmó, mientras servía con cuentagotas el café en la taza de Emerson-. No tienen ustedes derecho a ocultármelo, señores.

Una de las costumbres más exasperantes de Gargery (tenía varias) consistía precisamente en servir la comida y la bebida en minúsculas cantidades cuando estaba enojado con nosotros. Emerson le arrebató la cafetera.

- No sé qué demonios está pasando aquí, Gargery -gruñó mi marido-. En cualquier caso, no tengo la menor intención de hablar con usted de ello en presencia de… -Guiñando los ojos de modo exagerado, le hizo un gesto con la cabeza en dirección a Sennia.

Por una vez, la niña estaba devorando su porridge sin discutir. Aquella mañana me pareció particularmente guapa, su aspecto era impecable, con el pelo recogido en la nuca con un lazo, y… según pude observar además con una punzada de dolor, parecía muy mayor. No pasó por alto la observación de Emerson.

- Estoy ya al corriente de todo, profesor -dijo, con una sonrisa

ligeramente desdeñosa-. Fátima nos lo contó esta mañana, a Gargery y a mí.

Gargery emitió un sonido gutural. Detestaba enterarse de las cosas por Fátima.

- Es muy extraño -prosiguió Sennia-. ¿Quién puede querer hacer daño a Daoud?

- Todavía no sabemos a ciencia cierta si el ataque estaba dirigido o no a otra persona -replicó Ramsés-. Lo máximo a lo que podía aspirar razonablemente ese tipo era a que todos nos diéramos un chapuzón. El barco puede ser reemplazado y lo será, Sennia.

Sus intentos por tranquilizarla no acabaron de convencerla.

- Daoud no sabe nadar.

- Pero nosotros sí-insistió mi hijo-. Entre mi padre y yo lo sacamos en menos de un minuto. -Riéndose un poco, prosiguió animadamente-: Deberías haberlo visto, Sennia. Ni por un momento perdió la calma, o la cabeza… ¡ni siquiera el turbante!

- Fue una jugada muy sucia, de todos modos -dijo la niña estremeciéndose-. ¿Qué vamos a hacer después de esto?

- Ocupamos de nuestros asuntos como si no hubiera pasado nada -le contesté-. Es nuestra tradición, Sennia.

- ¿Sin inmutarnos? -preguntó Sennia muy seria.

- Eso es -asintió David-. Espero que no estés preocupada, Pajarito. Es cierto que, como dices, fue una jugada muy sucia pero nadie podría hacerte nada parecido.

- No estoy en absoluto preocupada. La tía Nefret me está enseñando a disparar con el arco.

- ¡Dios mío! -exclamé-. No me digas que estás practicando de nuevo el tiro al arco, Nefret. Hace tiempo eras muy hábil en este deporte pero, ahora, con tanto niño alrededor…

- He ido con mucho cuidado, madre. -Nefret evitó la mirada de su marido; era evidente que él tampoco estaba al tanto y que la noticia no le había gustado.

- Mmm -dije-. Evelyn, ¿te sientes de verdad con fuerzas para trabajar hoy?

- Por supuesto -me respondió mi cuñada, alzando la mirada y sonriéndome-. Es difícil decir cuánto me estoy divirtiendo. Sennia, querida, coge tus libros y vamos.

Sennia había dejado de protestar por las lecciones con Katherine

ya que después podía aprender a dibujar con Evelyn. Salió al trote y yo acompañé a Evelyn a la galería.

- ¿Crees que debería ir armada, Amelia? -me dijo con aire grave mientras se ponía los guantes.

Me entraron ganas de echarme a reír y de abrazarla pero la solemnidad que había en aquel dulce semblante enmarcado por sus cabellos de plata me advirtió que no debía herir sus sentimientos.

- ¿En qué tipo de arma estás pensando, Evelyn? -le pregunté entonces con igual gravedad-. ¿Una pistola?

- Por Dios Amelia, no, me aterrorizan las armas de fuego y, además, es probable que acabara por disparar a la persona equivocada. ¿Qué te parece un cuchillo?

Que Evelyn fuera capaz de hundir un cuchillo en un cuerpo humano hubiera sido considerado por la mayor parte de las personas como algo inconcebible. Yo, sin embargo, la había visto hacer algo casi tan increíble: meter cuatro balas en el pecho del desalmado que, según creía (equivocadamente, por fortuna), había matado a su marido. Las personas apacibles pueden resultar extremadamente peligrosas cuando se enfurecen al ver a sus seres queridos en peligro.

- ¿Crees que no sería capaz de reaccionar si Sennia se viera amenazada? -dijo con vehemencia al ver mi expresión.

- Creo que podrías, y también que lo harías -le aseguré convencida-. Pero Evelyn, os acompaña Gargery y Abdul, el cochero, es una persona fuerte y leal. No hay motivo alguno para temer por ella.

- Lo cierto es que no sabemos quién puede estar en peligro -me replicó Evelyn-. ¿Me equivoco?

- Bueno… esto… no. ¡Ya está! ¡Claro! Llévate una de mis sombrillas. Siempre puedes, en caso de que sea necesario, manejar una con eficacia.

- ¿La sombrilla con la espada?

No era una simple petición. Quería justo ésa.

- Está bien -le respondí apresurada al oír la voz de Sennia-. Cógela. Pero ¡no se lo digas a Emerson!

No tuve que pedirle, en cambio, que no se lo dijera a Walter. Habría puesto el grito en el cielo. Dios mío, pensé mientras el carruaje se alejaba, ¡nos habíamos convertido en un grupo

realmente belicoso! Evelyn armada con una espada, Sennia y Nefret con arcos y flechas…

Podía pedir a Nefret que me diera unas cuantas lecciones a mí también.

Sin decirle nada a Emerson.

Manuscrito H:

- ¡Maldita sea! -dijo Emerson-. ¡Mirad eso! Tardarán horas en ponerse a trabajar.

Ramsés se detuvo con Risba junto a su padre. Una multitud se había reunido cerca del área restringida de excavaciones que había detrás del templo. En el centro, con su cabeza sobresaliendo por encima de la de los espectadores más bajos que él, se encontraba Daoud. Por los aspavientos que hacía resultaba evidente que estaba contando a los presentes los dramáticos acontecimientos de la noche anterior.

- Tiene derecho a su momento de gloria -dijo Ramsés tolerante-. No sólo ha perdido su barco, casi se ahoga también.

Daoud procedió a hacerlo, hundiéndose lentamente hasta perderse de vista. Un coro de respetuosas exclamaciones aplaudió la actuación estallando de entusiasmo cuando su cabeza emergió de nuevo mientras él empezaba a bracear.

Los otros, que los habían seguido a paso más lento, se detuvieron junto a ellos.

- ¿Qué pasa? -preguntó Walter. Lía soltó una risita.

- Daoud está representando su rescate. Creo que lo que pretende con todas esas brazadas es hacerles ver cómo nadó. Dios lo bendiga, no le interrumpáis, está realizando una espléndida actuación.

- Bah -dijo Emerson.

Selim, que se había quedado un poco apartado, fue el primero de toda aquella embelesada audiencia en verlos llegar.

- Aquí está el Padre de las Maldiciones -gritó-. Ya era hora…

- ¡Sí! -gritó a su vez Daoud-. ¡Mis salvadores! El Padre de las Maldiciones y el Hermano de los Demonios me sacaron del agua y todos los demás se enfrentaron a la muerte con una sonrisa en los labios. ¡Son unos héroes!

Se elevó una fuerte aclamación.

- ¡Menudo comediante está hecho! -murmuró Emerson ocultando con la mano una sonrisa-. Ha recitado su parte con la

misma habilidad de un actor.

- Me pregunto hasta qué punto la historia era exacta -dijo Ramsés, agitando la mano para responder a los aplausos de la multitud-. Hola, Selim. Siento haberos interrumpido.

- Ya era hora -dijo Selim frunciendo el ceño-. Mi respetable tío es un gran mentiroso pero… ¿Es cierto que hundieron el barco deliberadamente?

Emerson había desmontado.

- Es cierto -dijo, apartando educadamente a dos admiradores, los hijos de Daoud, que trataban de abrazarlo-. Ramsés, aprovechando que Daoud los ha dejado bien dispuestos, ¿hablas tú con ellos, por favor?

- Sí, señor -dijo su hijo. Levantó la mano para pedir silencio y todas las caras se volvieron expectantes hacia él-. ¡Amigos! Daoud os ha contado ya lo que pasó. No fue un accidente. Le procuraremos un barco nuevo, pero hemos de encontrar al culpable de un acto tan vil. Os pedimos vuestra ayuda, sabiendo ya de antemano que, como siempre, podremos contar con ella. -Se habría detenido aquí si no hubiera sido porque, al ver el semblante esperanzado de Daoud, tuvo que añadir-: Daoud no os lo dirá por modestia pero él es también un héroe. Debemos reconocerle su gran valor.

- Bien hecho, mi niño -musitó Nefret.

Hacía ya mucho tiempo que no lo llamaba así. Se volvió de inmediato hacia ella pero su mujer había empezado ya a bajarse del caballo. El resto del grupo hizo lo mismo y uno de los hombres se llevó los caballos al refugio que la madre de Ramsés había construido con palos y trozos de lona.

- Pon a trabajar a los hombres, Selim -le ordenó Emerson.

- Aún no -le respondió Selim mirando severamente a su jefe-. Es un asunto muy feo, Padre de las Maldiciones. Debemos hablar sobre qué estrategia vamos a seguir.

- No tengo ninguna -le replicó Emerson-. ¿Qué demonios…?

Su mujer le dio un pequeño golpe con la sombrilla.

- Puede que Selim tenga una, Emerson. Podrías al menos tener la cortesía de escucharlo.

Antes de que Selim pudiera contestarles, llegó Bertie. Ramsés no se había percatado hasta entonces de su presencia pero, por la expresión ceñuda que había en su cara, normalmente sonriente y

afable, era evidente que el muchacho había formado parte de la audiencia.

- Es horrible, profesor -dijo tras quitarse el salacot en atención a las señoras-. ¡Podían haberles matado! ¿Cómo pueden dar por zanjado un incidente como ése con tanta calma?

- Si tú y Selim tenéis algún consejo práctico que darme lo oiré encantado -dijo Emerson cruzando los brazos y frunciendo el entrecejo.

No lo tenían. Ni tampoco Daoud, quien sí les informó que su hijo, capitán nominal del barco hundido, se había ido bien temprano aquella mañana a Luxor para ver si podían sacar a flote el barco y para tratar de averiguar algo entre los barqueros.

- No podemos hacer nada más por el momento -dijo Emerson con firmeza-. Si alguien sabe algo, Selim se enterará. Y ahora, ¿me permitís que siga adelante con mi trabajo? Bertie, quiero un plano de la casa que acabamos de excavar ayer. Coge las cámaras, David. Walter, aquí en la fachada hay varias inscripciones que copiar.

Selim se atrevió a prolongar la conversación todavía un poco más.

- ¿Es verdad que Daoud sabe ahora nadar? Se estaba jactando de que David le había enseñado.

- Puede que necesite algunas lecciones más -dijo David. La sonrisa divertida que curvaba sus labios se desvaneció-. Y puede que lo mejor sea que lo haga. Y tú también, Selim.

- No estoy de acuerdo -dijo Selim retrocediendo-. Nado ya bastante bien. Bueno, Padre de las Maldiciones, voy a poner manos a la obra a los hombres que trabajan en el templo.

Emerson, de hecho, se había alejado ya.

- ¡Ramsés! -gritó.

La excavación de las ruinas de las estructuras que se encontraban al norte del templo Tolemaico presentaban algunos pequeños problemas. No quedaba ni un solo muro en pie por lo que era difícil establecer cómo habían estado dispuestas en el pasado las ruinas. Constructores posteriores se habían llevado de allí muchas piedras. Fellahin y arqueólogos en búsqueda de artefactos habían excavado aquí y allá, dejando montones de escombros y una confusión aún mayor en la estratigrafía. Emerson profirió una retahíla de palabrotas más que adecuadas para la ocasión, cuando

uno de los hombres encontró una página de un periódico alemán fechada el 4 de enero de 1843 a poco más de medio metro de la superficie. Habían hecho algunos progresos, sin embargo, y, algo más tarde aquella misma mañana, Emerson recuperó los ánimos al encontrar un trozo de columna con un cartouche de Seti I. Cuando se detuvieron para comer, echó un vistazo a la colección de objetos que habían encontrado con visible satisfacción. Incluía fragmentos de estatuas y estelas.

- Dinastía XIX-aseveró-. Dedicados a Hator.

- Esa diosa no deja de salimos al encuentro, ¿verdad? -murmuró David.

Por una vez, se habían dividido en grupos según la edad, los padres a un lado y los cuatro más jóvenes al otro. Ramsés miró a su amigo y apretó los dientes para no contestarle mal. Últimamente se mostraba un tanto sensible en todo lo referente a aquella diosa.

David, en cambio, pareció no darse cuenta.

- Mañana es luna llena, ¿no? -prosiguió.

- ¿Y qué? -preguntó Lía.

David acabó su sándwich y se inclinó hacia atrás, apoyándose en los codos.

- Hace mucho tiempo que no nos damos un paseo bajo la luz de la luna. Los templos de Luxor y Karnak resultan mágicos bajo la luna llena.

Lía sacudió la cabeza.

- Todos los turistas salen para contemplarlos.

- Entonces, ¿qué os parece Medinet Habu o Deir el Bahri? ¿O este templo? He estado pensando en pintarlo.

- Por mí de acuerdo -dijo Ramsés perezoso.

Nefret separó las piernas y se puso de rodillas, mirando duramente a David.

- Se lo has dicho, ¿verdad?

- ¿Decirme qué? -preguntó Ramsés.

- ¿Decirle qué? -preguntó a su vez David. Entonces su cara se iluminó mientras se echaba a reír-. Ah, ya, Ramsés no estaba aquí la otra mañana cuando ese chico farfullaba algo sobre la gente que ha visto aparecerse a Hator en el templo durante las noches de luna llena.

Vamos, Nefret, no te habrás creído esas historias absurdas, ¿o sí?

- Nadie me lo ha contado -dijo Ramsés. Trató de que su voz sonara indiferente, sin conseguirlo; las mejillas de Nefret se sonrojaron y sé negó a mirar a su marido. Los otros dos se callaron, conscientes de la tensión que flotaba en el ambiente.

- Lo siento -musitó Nefret al cabo de un rato-. Ya sé que es estúpido y supersticioso ver cualquier posible relación entre esas ridículas historias y lo que te sucedió a ti en El Cairo pero antes no circulaban ese tipo de bulos por Deir el Medina, ¿verdad?

- Que yo sepa no -reconoció Ramsés-. Todos hemos oído hablar del gato gigante que se aparece en Karnak y que luego se transforma en una mujer medio desnuda que seduce a los hombres antes de ahogarlos. Las leyendas como ésa son bastante frecuentes así que no me sorprende que Deir el Medina tenga también la suya. No te entiendo, Nefret. ¿Por qué no querías que David me lo contara? ¿Tenías miedo de que, al saberlo, viniera hasta aquí, solo y a escondidas, para investigar y…? ¿Y qué? ¿Que permitiera entonces que una loca disfrazada me sedujera?

Nefret había intentado interrumpirlo en varias ocasiones. La última frase hizo que se pusiera de pie, roja como un tomate.

- Yo… Tú… -farfulló sonrojada-. Eso es atroz, Ramsés. Jamás se me ha ocurrido nada por el estilo! ¿Por qué te lo tomas enseguida a mal? Solo pretendía…

- Calmaos, los dos -dijo David plácidamente-. O, de otro modo, en un minuto tendréis aquí a tía Amelia queriendo saber por qué estáis riñendo. Tal vez deberíais escucharos el uno al otro en lugar de lanzaros acusaciones. A menos que, claro está, lo hagáis por el mero placer de discutir.

Nefret se sentó.

- A mí no me divierte.

- Bueno, eso es ya un cambio -dijo Ramsés con brusquedad-. Siempre me acusas de evitar los enfrentamientos. Sólo pretendía…

Se interrumpió al oír la carcajada de David.

- Venga, daos la mano -les sugirió-, y pediros perdón.

Algo avergonzado, Ramsés estrechó la mano que le tendía Nefret.

- Lo siento -dijo-. ¿Es así cómo haces con tus turbulentos hijos, David?

- Con Ewie no funciona -le respondió su amigo.

- Ella no se arrepiente nunca de lo que hace -añadió Lía.

- Yo sí -murmuró Nefret, inclinando la cabeza-. La verdad es que ni siquiera soy capaz de explicarme a mí misma por qué me molesta tanto esto.

- Yo, en cambio, creo que lo entiendo -dijo Lía. Nefret alzó la mirada. Sus ojos se encontraron con los de su amiga, quien le hizo un gesto con la cabeza y le sonrió para darle ánimos antes de continuar-. Todo aquello que no podemos explicar nos inquieta. Y si alguno de vosotros dos, caballeros, se atreve a pronunciar las palabras «intuición femenina»…

- Dios no lo quiera -dijo David con voz horrorizada y un irreprimible destello en los ojos-. Yo también tengo algunas premoniciones. Pero la situación es inexplicable sólo porque todavía no hemos averiguado el motivo. Lo haremos. Y, además, creo que sería un error considerar que las supuestas apariciones de Hator no tienen nada que ver con lo sucedido. Nefret tiene razón: todas esas historias han empezado este año. Creo que, en cualquier caso, vale la pena investigar.

Acordaron que la expedición los incluiría sólo a ellos cuatro. David quería pintar el templo bajo la luz de la luna: éste sería el motivo aparente.

- Aunque no entiendo por qué demonios tenemos que justificarnos porque queramos irnos simplemente por nuestra cuenta -refunfuñó Ramsés-. Me resultan un poco asfixiantes, ¿no? Especialmente…

- Tal vez no vean la hora de deshacerse de nosotros por un tiempo -dijo David dando muestras de un excelente sentido del humor.

Después de comer, él y Walter se marcharon: David a El Castillo y Walter a casa para proseguir con sus traducciones. Ramsés los vio partir sin ocultar la envidia que le causaban. Habían encontrado mucho material escrito, la mayor parte de él fragmentario pero, en cualquier caso, interesante y, según él, al menos tan importante como aquel maldito templo en ruinas. Su padre no lo necesitaba realmente en las excavaciones. Después de años excavando bajo los gritos de Emerson, los hombres del equipo sabían perfectamente cómo hacerlo; muchos de ellos, Selim incluido, eran incluso capaces de leer y escribir y de registrar adecuadamente los hallazgos. Con

Bertie, Lía, Nefret y su madre, Emerson tenía un personal más que suficiente para sus necesidades. Ramsés decidió sacar el tema aquella misma noche. Había discutido ya con su tío la posibilidad de publicar juntos algunos de los textos más interesantes. Walter no era demasiado bueno a la hora de enfrentarse con Emerson -¡como tampoco lo era él!- pero puede que, uniendo sus fuerzas, entre los dos pudieran resultar más convincentes.

Después de volver a casa aquella tarde, se cambió sin perder tiempo y, tras dejar a Nefret con los niños, se dirigió de inmediato a ver a su tío. Una de las habitaciones de la nueva ala de la casa había sido dispuesta como almacén y lugar de trabajo. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con cajas llenas de fragmentos de cerámica clasificados y etiquetados. Una serie de números realizados con tinta india en los bordes o en la parte posterior de cada uno de ellos los relacionaban con el índice que había sido elaborado en el momento de su descubrimiento. Una larga mesa hacía las veces de pupitre. Ramsés encontró a su tío inclinado sobre ella, con la nariz casi pegada a la superficie marrón y quebradiza del papiro que tenía frente a él mientras sus ojos iban y venían del mismo a la hoja de papel donde estaba copiando las figuras hieráticas.

- Ah, Ramsés -dijo al verlo entrar-. Me alegra que hayas venido. ¿Qué te parece este grupo de signos? Recuerdan a la palabra «amarradero», pero eso no guarda relación alguna con el contexto.

En realidad, Ramsés había acudido con la esperanza de poder trabajar en la traducción que tenía entre manos pero no podía negarse a ayudar a su tío. Cogió la hoja de papel. En contraste con los signos descoloridos y en ocasiones incompletos del papiro, la copia que había realizado su tío era un ejemplo de pulcritud y claridad, exceptuando los espacios en blanco que indicaban aquello que no había sido capaz de entender.

- Ha hecho usted muchos progresos -murmuró Ramsés, escudriñando las líneas-. «Éste es el día en que los muertos recorren la necrópolis para… algo… el enemigo… ¿del amarradero?» Es una metáfora que indica a los moribundos, entrando en el amarradero. ¿Llegando sanos y salvos a la orilla oeste?

- ¿El enemigo del amarradero? -repitió Walter dudoso-. Resulta un tanto esotérico, incluso para los egipcios, ¿no te parece?

Seguían allí, conversando en perfecta sintonía y completamente ajenos al pasar del tiempo, cuando se abrió la puerta. Nefret los estaba buscando. Cuando Ramsés estaba a punto de disculparse por su tardanza, su mujer habló con voz alterada.

- Nuestra madre quiere que vengáis de inmediato. Tenemos un visitante.

* * *

Estaba sentada a solas en la galería. En los últimos tiempos no podía disfrutar mucho de momentos de intimidad como aquél, por lo que no pude por menos que desear egoístamente que se repitieran más a menudo. Adoro a todos los miembros de mi familia pero hay veces en los que los individuos de temperamento reflexivo como el mío desean, e incluso necesitan, estar solos. ¿Por qué no se marchaban todos y hacían cosas por su cuenta? No siempre; sólo de vez en cuando.

Me gusta particularmente esa hora de la tarde, cuando la luz cae como un manto dorado sobre el desierto, haciendo brillar el río a lo lejos. Aquel día, sin embargo, ese condenado coche que Emerson dejaba siempre fuera de la casa en lugar de meterlo en el establo, me estropeaba la vista. De modo que no pude ver el carruaje sino hasta el mismo momento en que éste se detuvo y un hombre salió de él. Lo conocía. Una espantosa premonición me dejó sin aliento. En lugar de responder a mi telegrama había venido en persona para decirme… ¿qué?

El honorable Algernon Bracegirdle-Boisdragon, más conocido como Mr. Smith, avanzaba hacia la puerta enrejada, con sus finos labios estirados en una sonrisa.

- Espero que disculpe mi intromisión, Mrs. Emerson. Vine antes pero su mayordomo me dijo que no estaba usted en casa y se negó a dejarme entrar.

Ahí había un hombre al que ni Gargery era capaz de hacer bajar la mirada. Sus ojos eran tan afilados como cuchillos; no cambiaban de expresión cuando sonreía, ni tampoco su delgada cara se ensanchaba al hacerlo.

- ¿Qué ha pasado? -chillé-. Está Sethos… Está…

- ¡Mi querida Mrs. Emerson! Le pido disculpas por alarmarla. Le aseguro que su, que nuestro amigo está vivo y que no corre un peligro inmediato. De todos modos, su… eh… situación actual es un

tanto compleja, por lo que pensé que tal vez era mejor si se la explicaba personalmente. Ah, profesor. Me alegro de verlo.

Emerson se acercó a mí.

- ¿Qué estáis haciendo aquí? -preguntó-. Está Sethos… Está…

- Está vivo, Emerson -dije.

- Oh. Bueno, en ese caso, ¿qué demonios trataba usted de hacer asustando a Mrs. Emerson? La ha dejado usted pálida y temblorosa. Será mejor que te tomes un whisky, querida.

- Te aseguro, Emerson, que mis nervios se encuentran en perfecto estado. Pero puede que tú…

- No, ¿por qué? A mis nervios no les pasa nada -dijo Emerson, pasándose una mano por las cejas, perladas de sudor.

- ¿Puedo entrar y explicárselo? -preguntó Mr. Smith, asomándose por entre las rejas.

- Debe hacerlo -dijo Emerson quitando el cerrojo a la puerta.

- Caramba -dijo Mr. Smith meditabundo-. Me parece que he metido la pata. ¡Y pensar que lo que pretendía era no inquietarlos! La verdad es… -Se interrumpió haciendo una mueca con sus finos labios al ver cómo se abría la puerta de la casa. Nefret iba a la cabeza, seguida de Evelyn y Lía. Se quedó de una pieza al ver a Mr. Smith.

- A mi nuera ya la conoce -dije-. Éstas son Mrs. Evelyn Emerson y su hija, Mrs. Todros. Evelyn, Lía, ¿puedo presentaros a… esto… Mr. Smith? Ha venido para traernos noticias de nuestro pariente. Mr. Smith, deje a un lado la cortesía y cuéntenos. No me gustaría tener que acusarle de tenernos deliberadamente en suspense.

- Nada más lejos de mi intención, se lo aseguro -dijo Mr. Smith-. Siendo así, se lo diré en pocas palabras: su pariente está en el hospital. Las heridas que ha sufrido no hacen temer por su vida…

- ¡Heridas! -exclamé-. ¿En qué andaba metido?

- No lo sé. Ni siquiera sabía -dijo entre dientes- que se encontraba en Jerusalén. Recibí un mensaje escrito de él hace unos días, de manos de un rufián con turbante, en el que me comunicaba que se encontraba en un aprieto, son palabras suyas, aunque me aseguraba también que no tardaría en salir del hospital y en venir a verles. Eso es todo lo que sé, Mrs. Emerson, sólo que, conociéndola, estaba seguro de que asaltaría mi oficina de El Cairo si no obtenía una respuesta inmediata a su telegrama.

- Gracias -le dije, agradeciendo el cumplido, aunque en realidad no fuera esa la intención.

- Pero es terrible -dijo Evelyn, con ojos dulces y comprensivos-. ¿Qué tipo de hospital puede haber en Jerusalén?

- Lo dirigen unas monjas francesas -le respondió Mr. Smith-. Los cuidados que está recibiendo son excelentes, se lo aseguro.

Sin que pareciera importarle ser el centro de unas cuantas miradas de hostilidad, se acomodó en una silla dispuesto, por lo visto, a quedarse. ¡Aja!, pensé. La razón de su visita no era sólo la de darnos aquella noticia.

- ¿Tomará usted el té con nosotros, Mr. Smith? -le pregunté.

- Gracias, Mrs. Emerson, me encantaría. Nos miramos con idéntica falsedad. -Iré a ver dónde están los demás -dije, mientras me encaminaba hacia la puerta. Emerson me siguió.

- ¡Peabody! -Aquel pretendido susurro hizo zumbar mis oídos-. ¿Te has vuelto loca? Ese bastardo no se comportaría de ese modo tan agradable si no fuera porque pretende algo de nosotros. Si lo que quiere es reclutar a Ramsés para otro de esos trabajos…

- ¡Chsss! -susurré, adentrándome en la casa con él-. La guerra ha terminado, Emerson.

- Pero Sethos sigue involucrado. Sólo Dios sabe en qué. Si mi hermano -dijo mi marido, pronunciando fuertemente la erre- se ha metido en otro de sus líos y espera que sea Ramsés el que lo saque del apuro…

- Él no haría una cosa así.

- ¡Siempre defiendes a ese bas… a ese tipo! -gritó Emerson. Por muy enfadado que estuviese, mi marido evitaba siempre usar su epíteto favorito para aludir a su hermano ilegítimo.

- Madre. -Nefret me tiró de la manga-. Dígale que se vaya.

- Tengo mis propias razones para querer que Mr. Smith se quede -dije-. Os las explicaré más tarde. Oh, Fátima, estás aquí. Gracias por esperar; trae el té ahora, si eres tan amable.

»Nefret, ¿puedes ir a buscar a Walter, a Ramsés y a David y decirles que vengan? Y trae también a los niños. A todos.

La cara que puso Smith cuando el resto de la familia irrumpió en la galería no pudo por menos que producirme una perversa satisfacción. Los tres niños más pequeños fueron pasando como balas, rebotando de un adulto a otro para abrazarnos y saludarnos

con sus dulces, agudas y extremadamente penetrantes voces. Acabaron deteniéndose en fila frente a Smith, quien los miró con ojos de loco, como un hombre acosado por perros salvajes.

- ¿Quién eres? -le preguntó Ewie.

- Es Mr. Smith -dije-. Dile hola.

Los niños seguían mirándolo sin parpadear.

- Hola, vaya -dijo Smith, dando unas palmaditas en la cabeza de Ewie.

- Odio que la gente me haga eso -dijo la niña, apartándole la mano-. Davy también lo odia. Y Charla muerde.

- Está bien, niños, basta ya. -Ramsés cogió a sus dos hijos-. Id con mamá. Dejad en paz a este señor.

- Qué niños tan encantadores -comentó Mr. Smith con una sonrisa forzada-. ¿Son suyos?

- Sólo dos de ellos. Incluida la niña que muerde.

- Eso no me sorprende -musitó Smith-. Y éste debe de ser Mr. Todros. Es un placer conocerlo finalmente.

David asintió con la cabeza sin decir nada y con una fría mirada. Nefret debía de haberle dicho quién era.

- Éste es mi tío, Mr. Walter Emerson. Se lo presentaría formalmente si supiera el nombre que usa actualmente -dijo Ramsés.

Una sonrisa, fugaz y hermética, reconoció la pulla.

- Llámeme Smith. Buenas tardes, Mrs. Emerson.

- Y yo soy Sennia Emerson -dijo la jovencita, cogiéndose la falda para hacerle una reverencia-. Supongo que habrá oído hablar de mí.

- Sí… esto… ¿cómo está usted?

- Muy bien, gracias, ¿y usted?

- Siéntate, Sennia -la atajó Ramsés-. Un caballero permanece de pie hasta que todas las damas presentes se hayan sentado.

Aquello iba directamente dirigido a Nefret quien, en aquellos momentos, seguía de pie sujetando a los gemelos emulando a Níobe

[9] mientras trataba de proteger a sus hijos de las flechas mortales de Apolo y Artemisa. Enrojeciendo, su mujer se apresuró a sentarse junto a Lía.

- ¿Todo el mundo bebe té? -pregunté.

Ramsés me fue pasando las tazas a medida que yo las llenaba.

- Imagino que tendrá un buen motivo para todo esto -me dijo sotto voce.

- Yo siempre tengo al menos una razón. Ahora que los niños lo han alterado un poco es posible que le podamos sacar algunas respuestas más razonables.

Tras dispensar la genial bebida y pedir a Sennia que fuera ofreciendo las galletas, carraspeé.

- Mr. Smith ha venido para traernos noticias de nuestro pariente. Ha estado enfermo pero, por lo visto, se está recuperando bien.

- ¿Malaria de nuevo? -preguntó Nefret, dejando que el interés profesional se superpusiera al afán de protección propio de la maternidad.

- No. Sufrió algunas heridas. Nada serio.

Walter había permanecido hasta entonces sumido en sus propias cavilaciones. Al contarle lo que había hecho Sethos durante la guerra no le mencionamos a Smith pero a la mente analítica de mi cuñado no le costó mucho conectarlos.

- ¿Cómo se llama?

- ¿Perdone? -le respondió Smith, clavando en él su penetrante mirada.

- Imagino que él trabaja para usted, o con usted, o usted a sus órdenes en alguna agencia gubernamental -dijo Walter, sin dejarse impresionar por la mirada en cuestión-. Me cuesta creer que la burocracia británica haya empleado a alguien sin haber investigado antes todos los detalles de su vida pasada, incluyendo su nombre.

La pregunta pareció despertar el sentido del humor de Smith, a menudo dormido. Entornó los ojos, lo que hizo que las arrugas de sus comisuras se desplegaran en abanico.

- ¿Ninguno de ustedes lo sabe? Vaya, vaya. Ya que él no ha juzgado conveniente decírselo, no creo que sea correcto que yo traicione su confianza.

- ¿Dónde está? -preguntó Ramsés.

- Un momento, por favor -dije, frunciendo el ceño en señal de advertencia a mi hijo-. Sennia, querida, ¿te importaría llevar a los niños a su pequeño rincón y darles papel y lápiz? Gracias. Bueno, Mr. Smith, ahora puede contestar a la pregunta de Ramsés.

- Me temo que no soy capaz de hacerlo.

- ¿Porque no puede o porque no quiere? -Nefret se inclinó hacia

delante juntando las manos-. Francamente, no me importa en absoluto lo que haya hecho. La guerra ha terminado y si Sethos ha vuelto al negocio de antigüedades es su problema. No puede esperar usted que Ramsés…

- Disculpa si te interrumpo, Nefret -dijo Ramsés.

- Discúlpame tú -le respondió ella incorporándose con las manos aún juntas.

A Smith le gustó aquella escaramuza. Consideraba divertidas las diferencias de opinión… y potencialmente útiles.

- No pretendo que su marido haga nada -dijo suavemente-. Aunque no niego que sus talentos podrían resultarnos muy útiles: los servicios de inteligencia siguen necesitando gente a pesar del armisticio y, además, la situación actual en Oriente Próximo y Egipto es explosiva.

- Gracias a nuestro incoherente y taimado comportamiento -dijo Emerson-. Hay una flagrante contradicción entre el principio de autodeterminación, que nosotros apoyamos en teoría, y las políticas que llevamos a cabo. Francia no renunciará a Siria, del mismo modo que nosotros no renunciaremos a Egipto, y, por si fuera poco, hemos prometido Palestina tanto a los sionistas como a los árabes.

- Según algunas personas, los nativos de estas zonas no son capaces de gobernarse solos -dijo Smith.

Trataba, evidentemente, de discutir con Emerson. Lo que no era difícil.

- ¡Ja! -exclamó mi marido-. Bueno, reconozco que lo que hemos hecho en Egipto es mejor que lo que podían haber hecho otras potencias ocupantes, pero ya es hora de que nos vayamos con la música a otra parte y permitamos que los egipcios decidan su propio destino. Porque, ál fin y al cabo, ¿quiénes somos nosotros para mirarlos por encima del hombro? Nuestra grandiosa civilización occidental y cristiana ha quemado personas vivas, las ha metido en guetos y se ha apoderado de sus territorios mediante argucias o por la fuerza… y acaba de enfrentarse en la guerra más sangrienta de la historia.

- Puede que a nuestro invitado no le interese conocer tus puntos de vista, Emerson -dije mirando a Smith.

- Oh, sí que me interesa, Mrs. Emerson. Y mucho. Sólo espero que la simpatía que el profesor parece sentir por las aspiraciones

nacionalistas no le impida notificar a El Cairo cualquier posible plan de revuelta en el Alto Egipto que llegue a sus oídos.

- Ninguno de nosotros cree en la violencia -dijo mi hijo cuyos ojos, como los míos, no se apartaban del inexpresivo semblante de Mr. Smith-. Algo que, por otra parte, usted debería ya saber. ¿Adonde quiere ir a parar, Mr. Smith?

- Charla se está comiendo su lápiz -dijo Ewie.

Así parecía, desde luego. Del lápiz de la niña quedaba apenas un trocho y la mueca de disgusto que había en su cara sugería, sin dejar casi lugar a dudas, que aquel pequeño objeto rojo no estaba tan bueno como había pensado en un principio. Ramsés corrió hacia ella y la cogió en brazos.

- ¡Escúpelo! -le ordenó-. ¡Ahora mismo!

- Le dije que no lo hiciera -dijo Ewie haciéndose la santurrona.

Ramsés metió un dedo en la boca de la Charla.

- ¿De qué están hechas esas malditas cosas? ¿Son venenosas? ¡Ay! Madre, puede usted tratar de que ella…

- Ése no es el modo de hacerlo -dije-. Dámela.

Inclinando a Charla sobre mi brazo, le di un fuerte golpe entre los omoplatos. De su boca salió un chorro de asquerosos pedacitos que fueron a caer, en su mayor parte, sobre los pantalones de franela cuidadosamente planchados de Mr. Smith.

- No creo que se haya tragado ninguno -dije mientras los inspeccionaba-. Pero deberíamos asegurarnos, ¿estás de acuerdo, Nefret?

- Yo lo haré -dijo Nefret cogiéndome a la niña, que no dejaba de retorcerse-. ¿Me echas una mano, Ramsés?

- ¿Qué se supone que vais a hacer? -preguntó Emerson alarmado.

- Créeme, querido, es mejor que no lo sepas -le aseguré.

Mis hijos salieron con Charla, quien protestaba locuazmente, aunque fuera imposible entender lo que decía.

- ¡Dios mío! -exclamó mi marido-. No pretenderéis… ¡Pobre criatura!

- No es la primera vez que pasa -dije-. Es uno de esos niños infinitamente curiosos pero demasiado pequeños para entender las consecuencias de lo que hacen. Emplea todas sus energías en investigar el mundo que la rodea. Puede que un día llegue a ser una

reconocida científica, siempre y cuando consigamos evitar que se envenene antes de alcanzar la edad de la razón. Mr. Smith, lamento que se haya ensuciado sus bonitos pantalones. Le recomiendo que deje secar todos esos trochos antes de sacudirlos.

Ya lo había intentado, sin embargo. El resultado era repugnante y, mucho me temía, las manchas indelebles.

- Un pequeño precio por una deliciosa inmersión en la vida familiar -dijo Smith, con evidente falta de sinceridad-. Pero ahora me tengo que marchar. Debo coger el tren nocturno para El Cairo. Adiós a todos y gracias por su… eh… encantadora hospitalidad.

- Emerson y yo lo acompañaremos hasta su carruaje -dije.

Smith me contempló mientras abría todos los cerrojos y ganchos que había en la puerta.

- Espero -dijo en voz baja-, que todas estas precauciones no se deban a que se sienten amenazados. Ya saben que, si lo necesitan, no tienen más que pedirnos ayuda.

- Las rejas y los cerrojos no son para impedir que entre el enemigo, sino que los niños se escapen.

Llegué a tiempo de coger a Davy, quien me miró como si la idea de salir por la puerta no se le hubiera pasado jamás por la cabeza. Con sus enormes ojos azules, sus rizos dorados y su expresión angelical podía engañar a cualquiera, a todos menos a una abuela experta como yo. Se lo pasé a Evelyn.

- En Luxor me contaron lo del coche -dijo Smith, deteniéndose a mirarlo-. No se habla de otra cosa en la ciudad. Así como del accidente que sufrieron ustedes anoche. Porque fue un accidente, ¿no es cierto?

- Deje de jugar al detective, Mr. Smith -le dije de buen humor-. Le sugiero que nos mande a Sethos tan pronto como pueda viajar. Con nuestros cuidados, se restablecerá antes aquí que en cualquier hospital. Supongo que le entregaría nuestro primer mensaje, ¿no es así?

- Sí, por supuesto. ¿Quién es la persona que ha desaparecido?

- Ya que él no ha juzgado conveniente decírselo, no creo que sea correcto que yo traicione su confianza.

- ¡Maldita sea! -dijo Emerson-. Sólo una cosa más, Smith, y luego podrá irse a Luxor, o al infierno si quiere. ¿Qué quería decir al insinuar que puede haber una revuelta en esta zona? ¿Les han

indicado sus agentes esa posibilidad?

- Está previsto que la comisión de lord Milner llegue a Egipto en unas semanas -dijo Smith-. Y lo que va a ofrecer no es lo que este país quiere. Habrá problemas.

- Está claro que los habrá si los ingleses se niegan a renunciar al protectorado -refunfuñó mi marido, acaridándose la barbilla-. No ha respondido a mi pregunta, Smith.

El cochero, de pie junto a la puerta del carruaje, esperaba a que Smith subiera finalmente al mismo.

- Y no lo hará, Emerson -dije-. Adiós, Mr. Smith.

Con un pie en el escalón, Smith miró tristemente sus estropeados pantalones.

- ¿Se divirtió con esto, Mrs. Emerson?

- Creo que es usted soltero, ¿o me equivoco, Mr. Smith?

Inclinando la cabeza, se adentró con agilidad en el vehículo. Oí un sonido ahogado que bien podría haber sido una risa.

- De modo que éste era el misterioso Mr. Smith -dijo Walter-. Ha sido muy amable por su parte, venir hasta aquí para tranquilizarnos.

- Su verdadero nombre es Bracegirdle-Boisdragon -dijo Emerson-. Y la verdadera razón de su visita no tiene nada que ver con la amabilidad.

- ¿Qué quería, entonces? -preguntó Ramsés-. Ustedes hablaron con él durante algunos minutos; deberían haber sido capaces de sonsacarle algo.

- Lo cierto es que fue él el que se pasó la mayor parte del tiempo tratando de sonsacarnos -le repliqué-. No lo consiguió pero tampoco nos contó nada interesante… tan sólo que prevén un aumento del malestar popular con la llegada a Egipto de la comisión de lord Milner, algo que cualquiera se hubiera podido imaginar.

- ¿Qué quiso decir cuando insinuó que puede haber revueltas aquí, en Luxor? -preguntó Walter-. Si va a haber violencia, los niños y las mujeres deberían ser puestos a salvo.

- Vaya tontería -dijo Evelyn sin inmutarse.

- Una completa tontería -asintió Emerson-. Selim se enterará de cualquier posible rumor con la suficiente antelación y, además, llegado el caso, ningún hombre de Luxor nos molestaría. La primavera pasada no nos causaron ningún problema.

- ¿Y qué hay de ti, David? -preguntó Walter-. Ese tipo no dejaba de mirarte. Me prometiste que habías roto tus relaciones con los nacionalistas. La responsabilidad que tienes hacia tu mujer y tus hijos…

- Soy perfectamente consciente de ella -dijo David. Siempre trataba a su suegro con deferencia; que se hubiera permitido interrumpirle y que apretara la mandíbula eran los únicos signos que dejaban entrever su rabia-. Le di mi palabra y la cumpliré.

- Entonces, ¿por qué ése, ese tal Smith, sacó el tema? -preguntó Walter-. Daba la impresión de estarte acusando de algo.

- O advirtiendo -murmuré. Varios de nosotros se pusieron entonces a hablar a la vez: Lía defendía indignada a su marido, Evelyn trataba por su parte de calmar al suyo, mientras que Emerson, bramando como un toro, conseguía ahogar casi por completo el resto de las voces más quedas.

- Eres tú el que hace acusaciones infundadas, Walter. No permitas que ese taimado de Smith siembre la cizaña entre nosotros.

- ¿Qué os parece si nos bebemos un buen whisky con soda? -sugerí. Rezongando, Emerson se dirigió a la mesa mientras que yo me volvía sonriendo al niño que se había acercado tímidamente a mí-. ¿Quieres enseñarme un nuevo dibujo, Dolly? ¡Qué bonito! Está muy bien, realmente. Enséñaselo a tu abuelo Walter.

- Tiene bastante talento -dijo Evelyn orgullosa.

- Es un burro -explicó Dolly-. Soy yo el que lo monta.

- Sí, ya veo. -La expresión del semblante de Walter se dulcificó-. Y es un burro muy bueno, también. Esto… ¿por qué tiene seis patas?

- Porque está corriendo. -Dolly le quitó el papel de las manos a su abuelo y examinó el dibujo con aire crítico-. Me parece que le haré más patas. Corre muy deprisa.

La inocente intervención de aquella deliciosa criatura había conseguido calmar un poco las aguas. Me pregunté si habría notado la tensión que se había producido entre su padre y su abuelo; era un niño muy sensible. Walter miró cohibido a David.

- Lo siento, es sólo que me…

- Le preocupa comprometer el futuro. -David era incapaz de sentir rencor; sus cálidos ojos castaños estaban llenos de afecto y

comprensión-. A mí también, señor.

- ¿Qué son esos papeles que tienes ahí, Walter? -le pregunté aceptando el vaso de whisky con soda que me ofrecía Emerson.

- ¿Qué papeles? -me respondió Walter sin entender a qué me refería.

Evelyn los cogió del suelo y se los dio.

- Lleva algo de tiempo trabajando en un manuscrito muy importante -explicó-. Supongo que querías leernos la traducción, ¿no es así, Walter?

- Oh, sí, para estar seguro. -Walter extendió los papeles. Alguien había dibujado algo semejante a una pirámide en la parte posterior de uno de ellos.

- Se supone que no se debería traer trabajo a una de nuestras reuniones sociales -gruñó Emerson-. Echa un vistazo a estos dibujos, Ramsés.

Diciendo esto, sacó un rollo de papel de la cartera que tenía junto a su silla y se lo dio a su hijo.

- ¿Lo ha hecho David? -preguntó Ramsés observando el boceto meticulosamente pintado de un fragmento de la tapa de un ataúd.

- Lo ha hecho Evelyn -le corrigió Emerson-. Éste es de David. Ha acabado de dibujar la decoración de la túnica.

- Los dos son maravillosos -dijo Ramsés sinceramente admirado.

- Apártalo antes de que alguien derrame el té sobre ellos -dije-. No deberías haberlos traído a una de nuestras reuniones sociales, Emerson.

Mi marido hizo caso omiso de aquella indirecta con una habilidad fruto de la larga experiencia.

- ¿Cuánto tiempo vas a trabajar en la colección de Vandergelt? ¿Cuántos objetos te quedan por copiar?

- Podríamos dedicarle años y años -respondió David, aceptando la taza de té que yo le ofrecía-. Pero, obviamente, eso no sería práctico. Tenemos que seleccionar los objetos más importantes y frágiles y esa selección les corresponde a usted y a Cyrus.

Emerson abrió la boca pero, antes de que pudiera decir lo que pensaba, lo interrumpí.

- Organizaremos una pequeña reunión de comité, Emerson, y pediremos consejo a todos los interesados… Cyrus incluido. ¿Mañana por la tarde, quizás? Magnífico, se lo diré a Cyrus. Y ahora

propongo que escuchemos la traducción de Walter.

- Bueno, de acuerdo -dijo Emerson-. ¿Por qué te parece tan importante ese texto, Walter?

- Te lo dije hace unos días, Radcliffe. El horóscopo.

- Ah, sí -dijo Emerson, quien, a todas luces, no se acordaba de aquella conversación.

- La palabra no es del todo exacta -nos explicó con entusiasmo Walter-. No parece estar basado en la astrología o en cualquier otro sistema conocido. Enumera los días del año, los clasifica como buenos o malos y predice lo que es probable que suceda. Por ejemplo: «Primer mes de Akhet, día veinticuatro. Muy bueno. El dios navega con viento favorable. Todos los nacidos en este día morirán venerados a edad avanzada».

- Akhet es la primera estación del año, ¿verdad? -preguntó Lía.

Su padre asintió con la cabeza.

- La estación de la inundación, cuando el Nilo crecía, anegando sus orillas. La reaparición de la estrella Sirius marcaba el primer día del año.

- Caramba, caramba -dijo Emerson, haciendo un denodado esfuerzo-. ¡Qué interesante!

- ¿Verdad? -Walter le sonrió encantado-. Pero ésta no es la parte más interesante. Ayer descubrí este fragmento. «El día de los hijos de la tempestad. Muy peligroso. No entrar en el agua ese día.»

Había conseguido atraer la atención de Emerson, la mía… y la de todos los demás. Ramsés enarcó las cejas.

- ¿Recuerdas lo que nuestro… esto… que… eh… Sethos dijo el otro día sobre los hijos de la tempestad? -Walter prosiguió con inocente entusiasmo-. Me produjo una extraña sensación ver la misma frase en un texto egipcio antiguo. Claro que se refiere a otra cosa. Eh… Sethos… hablaba de modo figurado y poético, mientras que esto tiene un contenido específicamente religioso.

Con algo de retraso, se dio cuenta de que sus compañeros lo miraban sin pestañear.

- Toda una coincidencia, ¿no os parece? -preguntó inseguro.

David fue el primero en hablar.

- Sí, toda una coincidencia.

- Y nada más que eso -aseveró Emerson con considerable vehemencia-. Todas las ciencias ocultas se basan en la

coincidencia… en ella y en el deseo de creer. Los crédulos son capaces de recordar un solo vaticinio, acertado por pura casualidad, al mismo tiempo que olvidan las miles de predicciones que nunca se realizaron. Incluso en el caso de que la fecha resulte ser…

Su voz se fue apagando.

- ¿Cuál es la fecha, tío Walter? -preguntó Nefret. Walter miró el papel.

- Tercer mes de Akhet, día diecinueve. En términos actuales… Imposible decirlo de improviso. Como todos sabéis, el calendario egipcio constaba de trescientos sesenta y cinco días pero, dado que el año solar es en realidad más largo, a los egipcios les faltaba un día cada cuatro años más o menos. No es fácil calcular la correspondencia. Se puede intentar, por supuesto…

- Pero no lo haremos -afirmó Emerson-. Sería una completa pérdida de tiempo. ¿Qué quieres, Gargery? No te molestes recogiendo ahora las cosas del té.

- No es molestia, señor -le respondió nuestro mayordomo mientras iba amontonando las tazas.

- Qué amabilidad por tu parte, decirlo -comentó Emerson sarcástico-. Te aseguro, Gargery, que no te pierdes nada. Estamos discutiendo sobre un antiguo texto egipcio.

- Sí, señor. Sin embargo, señor, no pude evitar oír…

- ¡Maldita sea! -gritó Emerson-. No me digas que de nuevo te dedicas a escuchar a escondidas.

- Dio la casualidad de que pasaba junto a la puerta, señor. -La cara de Gargery adoptó una expresión de doloroso reproche. Indicando el texto de mi cuñado, añadió-: Ese calendario que Mr. Walter estaba leyendo…

- Es un absoluto disparate -lo atajó Emerson.

- Bueno, señor, puede que esos egipcios fueran unos paganos, pero sabían mucho de estas cosas. Me parece que debería seguirlo leyendo para descubrir qué es lo que va a pasar.

Ramsés carraspeó.

- Hablando de papiros, padre, he estado pensando que tal vez yo podría…

- ¡Maldita sea! -gritó mi marido-. Demonios, Gargery, cuántas veces le he dicho…

- Padre -dijo Ramsés en voz alta. Con los ojos a punto de

salírsele de las órbitas, Emerson miró al rincón adonde apuntaba la mano de su hijo, y donde estaba sentada Sennia, petrificada por la sorpresa.

- Oh -dijo Emerson-. Esto… no te había visto, Sennia. Te pido disculpas por mi lenguaje. Yo…

- Usted debería pedirle disculpas a Gargery -le dijo Sennia severamente-. Él sólo intentaba ayudar.

- Eso es cierto, señor -dijo Gargery con una furiosa sonrisa-. Me he limitado a decir lo que tenía que decir, cumpliendo con mi deber. Venga conmigo, Miss Sennia, es hora de que usted cene ya.

Salieron juntos, cogidos de la mano, y Emerson, hirviendo todavía de cólera reprimida, miró a su alrededor buscando una posible víctima.

- Mira lo que has hecho, Walter-exclamó-. ¡Llenar de sandeces la cabeza de esa niña!

- El verdadero problema es la cabeza de Gargery, no la de Sennia -murmuró Ramsés-. Padre, llevo tiempo queriendo preguntarle…

Su padre no le hizo caso.

- Y otra cosa, Walter. En el futuro, ¿podrías evitar referirte a nuestro hermano como… «esto… Sethos»? ¿Acaso no puedes pronunciar su nombre sin tartamudear?

Walter enrojeció ante lo injusto de aquellas palabras y alzó el tono con inusual vehemencia.

- No, no puedo, Radcliffe. ¿Qué clase de nombre es ése para un inglés y un cristiano?

- No estoy muy seguro de que sea cristiano -dijo Emerson divertido-. Nunca se lo he preguntado.

- ¿Ni siquiera le preguntaste su verdadero nombre? No me digas que le pusieron ese nombre al bautizarlo.

- Hasta ahora no ha querido que lo descubriéramos -dijo mi marido malhumorado-. ¿Por qué demonios no se lo preguntas tú ya que parece importarte tanto? -Con esto dio por concluida la discusión y se volvió hacia mí-. ¿No es hora de que los niños se vayan a la cama?

- Ya lo creo -dije-. Nefret… Oh, todavía está con Charla.

- Ese idiota supersticioso -refunfuñó su padre. Se refería a Gargery, según pude deducir de las palabras que pronunció a continuación-. Ahora le contará a Fátima y al resto de la familia

todo lo relativo a ese condenado papiro, y ellos se retorcerán las manos y verán terribles presagios por todas partes. Probablemente querrán que exorcice a los espíritus malignos. ¡Maldición! Oh… ¿qué era lo que me querías preguntar, hijo?

- Puede esperar. -Ramsés se colocó a Davy sobre uno de sus hombros. El niño, al que le gustaban aquellos métodos tan poco ortodoxos de transporte, se echó a reír complacido-. Quiero ver cómo está Charla.

- ¡Oh, Dios mío! -dijo Emerson consternado-. Me había olvidado por completo de esa pobre criatura. Voy con vosotros. Tal vez consigamos animarla con unas cuantas galletas.

A continuación procedió a llenarse los bolsillos con las galletas que habían sobrado. No puse mayor objeción. Los niños tienen unos estómagos a prueba de todo.

En lugar de regañarlo, opté por una forma algo más sutil de castigo que, por otra parte, tenía la ventaja añadida de arreglar las cosas a mi conveniencia. Me costó algo llevar a cabo el primer paso dado que Emerson rechazó mi «sugerencia» de parar pronto de trabajar. En realidad no se trataba de una verdadera sugerencia por lo que, tan pronto se metió esto en la cabeza, hizo lo que le había dicho. Fuimos directamente a El Castillo, donde Cyrus nos estaba esperando.

No había visto a mi amigo en varios días y me entristecí al ver que su perilla estaba algo menos cuidada de lo que solía ser habitual. No dejó de tirar de ella mientras nos dirigíamos a su oficina, donde él había dispuesto las cosas siguiendo las instrucciones que yo le había dado con gran tacto en mi nota. La mesa de caoba había sido despejada y habían colocado varias sillas a su alrededor, con papel y lápiz en cada uno de los sitios dispuestos para los asistentes a la reunión. Cyrus me ofreció presidir la mesa pero yo insistí en que fuera él el que lo hiciera.

- Me sentaré a tu derecha, Cyrus -añadí-, y haré de secretaria.

- Supongo que habrás preparado un orden del día, ¿no es así?

- No exactamente -dijo Cyrus, sin quitar ojo a los papeles que yo había sacado de mi bolso-. Supuse que lo harías tú.

- Apenas unas cuantas notas -dije con modestia.

- Ja! -exclamó Emerson, quien se había sentado frente a mí-. Lo que quiero saber…

Di un golpe brusco con el lápiz sobre la mesa.

- Te estás saltando el orden del día, Emerson. Antes tenemos que hablar de los informes del comité.

- ¿Comité? -estalló mi marido-. ¿Qué comité?

- Pero, antes de eso, escucharemos las observaciones de nuestro presidente. -Hice un gesto con la cabeza a Cyrus.

- Será mejor que las hagas tú, Amelia -dijo nuestro amigo, tratando de evitar la sonrisa que le producía el ver el semblante cada vez más congestionado de Emerson-. Fue idea tuya.

Como imaginaba que diría eso, estaba ya preparada para tomar inmediatamente la palabra, adelantándome a mi marido.

- Tengo muy claro, al igual que deberíais tenerlo vosotros, que debemos definir nuestros objetivos y metas y decidir cuál es el modo más eficiente de distribuir tanto el tiempo como el personal del que disponemos entre los distintos proyectos que actualmente llevamos entre manos. Somos realmente muy afortunados al poder contar con tantas personas de talento entre nosotros… -Al decir esto, dirigí un breve gesto con la cabeza y una sonrisa a cada una de esas personas. Algunas de ellas me respondieron del mismo modo. Lo único que obtuve de Emerson fue un silencioso gruñido. Nefret, sentada junto a él, con su mano sobre la de su padre, trataba como podía de no echarse a reír. David había apoyado los codos sobre la mesa y se sujetaba la barbilla con las manos; a pesar de que sus dedos ocultaban su boca, pude ver cómo ésta se retorcía.

- … pero la misma amplitud de dicho talento hace imprescindible la organización -proseguí-. De otro modo, nos arriesgamos a disipar nuestra energía colectiva y a desperdiciar un tiempo precioso.

- Bien dicho, madre -dijo suavemente Ramsés, quien no había dejado de observar a su padre ni por un momento-. ¿Por casualidad no habrá hecho ya una lista de esos proyectos?

Cogí al vuelo la insinuación.

- Sí, por supuesto. No están en orden de importancia, al contrario, fui anotando los nombres a medida que se me ocurrían. En primer lugar se encuentra el tesoro de las princesas. Mr. Lacau puede volver en cualquier momento y todavía no ha tenido la delicadeza de informarnos sobre lo que piensa hacer con él. Pero es probable que nos pida que embalemos y saquemos todos los objetos

de aquí. Por ese motivo, David y Evelyn deberían concentrarse en las copias de los más importantes. Supongo que todos estamos de acuerdo sobre este punto, ¿me equivoco? Bien. Hay otra cuestión relativa al tesoro que deberíamos considerar pero lo haremos cuando Cyrus haya hecho su informe.

»El segundo proyecto es la excavación y copia de las tumbas de Deir el Medina. La misma deberá ser pospuesta hasta que David y Evelyn hayan acabado aquí, lo que no impide que Cyrus pueda iniciar ya los preparativos.

»El proyecto numero tres concierne al material escrito que hemos encontrado: las tablillas, los restos de las mismas y los papiros que deben ser cotejados, traducidos y publicados. -Pasé la página y carraspeé-. El proyecto número cuatro es, por descontado, la excavación del pueblo y sus alrededores.

Incluso Nefret fue incapaz de controlar a Emerson por más tiempo.

- Me preguntaba ya cuándo lo ibas a mencionar, Peabody -explotó-. Ingenuamente pensaba que era nuestro primer objetivo.

- Nada te impide seguir adelante con tus excavaciones, Emerson.

Estaba tan enfurecido que las palabras que estaba a punto de pronunciar se le atragantaron, causándole un ataque de tos.

- Sugiero la siguiente distribución de personal -proseguí elevando la voz-. Ramsés y Walter se ocuparán del material escrito; Evelyn y David del tesoro de las princesas. Eso te deja, Emerson, con Lía, Nefret, Selim y yo; más que suficiente, sobre todo porque Bertie trabajará con nosotros hasta que enviemos el tesoro de las princesas a El Cairo y Cyrus se dispone a volver ya al cementerio. Si estáis de acuerdo, propongo que vayamos al almacén y evaluemos la situación allí mismo.

- ¿Qué pasa entonces con los informes del comité? -preguntó Ramsés intrigado con voz apagada.

Sabía que lo preguntaría.

- Tal como tu padre nos ha indicado de modo tan convincente, no hay comités por el momento. Veremos esos informes en nuestra próxima reunión.

Tras apilar mis papeles me levanté, dando por terminado el encuentro. Los demás no pusieron mayor inconveniente… excepto Emerson.

- Luego te diré unas cuantas cosas, Amelia -me dijo cuando pasé por delante de él, camino de la puerta.

Estaba segura de que lo haría. Sólo con pensar en ello me entraba la risa.

Manuscrito H:

En contra de lo que Ramsés se imaginaba, no fue necesario inventar ninguna excusa para impedir que sus padres los acompañaran en su paseo a caballo bajo la luz de la luna hasta Deir el Medina.

- Espero que os divirtáis mucho, queridos -musitó su madre con una sentimental sonrisa en los labios.

Emerson se limitó a gruñir. No dejaba de darle vueltas a su derrota, tal como él la consideraba, por lo que no veía la hora de quedarse a solas con su mujer. Después de cenar se tragó a toda prisa su café, anunció que era hora de retirarse e invitó a su mujer a que lo acompañara. Salieron juntos: él con semblante altivo y ceñudo y ella con la cara iluminada por el regocijo que le causaba lo que la esperaba.

- ¿Por qué retirarse tan pronto? -preguntó Walter algo sorprendido-. Pensaba trabajar unas horas.

- Nosotros les deseamos ya también buenas noches -dijo Ramsés-, pues lo más probable es que volvamos bastante tarde. No permita que se le canse demasiado la vista con ese papiro, Evelyn, hasta con buena luz es difícil de leer.

- Cuenta con ello -dijo su tía con una sonrisa.

* * *

Dejaron que los caballos fueran al paso, mientras disfrutaban del fresco aire de la noche y de la calma reinante. La oscura bóveda celeste resplandecía de estrellas.

- Te dije que se alegrarían de poder deshacerse de nosotros -dijo David.

- Yo sé por qué nuestro padre estaba así -murmuró Ramsés-. ¿Ella lo hace adrede? Sacarlo de sus casillas, quiero decir.

- En parte -le respondió su mujer con una risita-. ¿No te has dado cuenta de cómo lo mira cuando él se enfurece? Le brillan los ojos y apenas puede contener la sonrisa. Es un juego que practican desde hace años; ambos conocen las reglas y disfrutan enormemente con cada movimiento.

- Supongo que es así. -Ramsés sabía también cómo se debía de estar desarrollando el juego en aquellos momentos y cómo era probable que finalizara y, aunque lo aprobara en teoría, no podía, sin embargo, dejar de sentirse algo violento al pensar en sus padres…-. En cualquier caso, esta tarde ella se ha comportado con su habitual eficiencia. Dispuso todo y consiguió que los demás estuviéramos de acuerdo.

Un chorro de luz se derramó sobre los riscos, extendiéndose por el paisaje. Rocas, arena, árboles y casas brotaron de nuevo como si la enorme brocha de un pintor las hubiera cubierto antes de oscuridad. Había salido la luna.

Era imposible pensar en ello de otro modo… imposible reducir aquel globo luminoso a una simple pelota de roca fría situada a miles de kilómetros de allí, o creer que la superficie sobre la que se encontraban se movía imperceptiblemente, pero sin dejar jamás de hacerlo. No era sorprendente que los antiguos pueblos hubieran considerado al globo lunar una divinidad.

Cuando llegaron a la entrada del valle de Deir el Medina, las ruinas del templo brillaban tenuemente, produciendo una clara penumbra a su alrededor. David dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

- Media hora más y la luz será perfecta. No voy a necesitar ni siquiera una antorcha.

Dejaron los caballos cerca del refugio y se encaminaron hacia las ruinas. Ambos hombres iban cargados, David con sus utensilios para dibujar y Ramsés con mantas y cestas de comida y bebida… un auténtico picnic, según palabras de Nefret. O aquel lugar había dejado de ponerla nerviosa o estaba decidida a superarlo. Ramsés había sugerido que se quedaran a pasar allí la noche; ella no había dicho ni sí ni no, pero las mantas era una buena señal. Aquello lo animó. Hacía mucho tiempo que no dormían bajo las estrellas… desde que los niños habían nacido.

Tras ir de aquí para allá, arrastrando a los otros tras de sí mientras le iban dando su opinión, David se decidió finalmente por un lugar cuya vista le satisfizo. Se encontraba en el lado opuesto del templo por el que se habían aproximado, en el interior del recinto rodeado por el muro. Su superficie no era completamente lisa pero, apartando las piedras más grandes y angulosas que había por el

suelo, hicieron un poco de sitio para poder extender las mantas. Nefret esparció los almohadones que había cogido en el refugio, y se dejó caer cómodamente sobre ellos, haciendo una seña a Lía para que la imitara.

- Nosotras nos quedamos aquí tumbadas -dijo-, esperando a que nos sirvan. ¿Me abres esto Ramsés?

Su marido cogió la fina y alta botella.

- ¿Vino?

- Sí, ¿por qué no? Podemos beber un poco. Todos menos David. Tiene que pintar.

David había conseguido instalar el caballete, sujetando sus patas con unas piedras.

- David también -dijo riéndose-. Puede que sea la inspiración que necesito.

- Supongo que tienes pensado recurrir a una cierta licencia artística -dijo Ramsés mientras destapaba la botella que sostenía entre sus piernas-. Como templo, éste no tiene nada de especial.

- Le añadiré uno o dos obeliscos rotos y puede que hasta un coloso sin cabeza. -David realizó unos cuantos trazos, rápidos y seguros, con su carboncillo. Tras hacer algunos bocetos, se reunió con los otros.

El vino era tan pálido como la luz de la luna, tan fresco y seco como el aire de aquella noche. Tras apurar entre todos la botella, David contempló las ruinas inmersas en la oscuridad.

- La inspiración, diosa voluble, sigue esquivándome -dijo-. ¿Queda más vino?

Ramsés se echó a reír y procedió a abrir la segunda botella. Hacía semanas que no se sentía tan feliz y relajado. No era sólo el vino, sino más bien un conjunto de cosas: la paz y el silencio, la absoluta belleza de aquel lugar, la compañía de sus mejores amigos -incluida su mujer- y el hecho de que sus adorados hijos y sus queridos padres se encontraran muy lejos. Nefret canturreaba dulcemente, casi para sus adentros. Entendió algunas palabras y reconoció entonces una de las baladas sentimentales preferidas de su mujer. Pronunciadas por su dulce voz y con la luz de la luna haciendo brillar su pelo, aquellas palabras resultaron menos banales de lo que deberían haber sido. Había olvidado ya el aparente motivo que los había llevado hasta allí y David, tumbado sobre la

manta con la cabeza apoyada en el hombro de Lía, parecía haber perdido también todo interés por el arte a pesar de que la lima estaba ya alta en el cielo e iluminaba perfectamente la fachada del templo. Ramsés se preguntó con algo de pereza quién de ellos sería el primero en proponer que se separaran. Entonces dejó caer la mano de Nefret y se puso repentinamente de pie.

- ¿Qué pasa? -preguntó su mujer.

- Viene alguien, escucha.

- ¿Hator? -David se sentó.

- Para ser sólo ella, arma demasiado jaleo -replicó Ramsés.

Las voces se podían oír cada vez mejor. Se acercaban por el muro del recinto en dirección a la entrada. Apenas podían entender lo que decían: el crujido de las piedras bajo las pisadas o los cascos de los caballos ahogaban sus palabras. Quienquiera que fuera, aquello no era el modo subrepticio de acercarse que habrían empleado unos posibles ladrones o unos cautelosos lugareños con ganas de echar un vistazo a la diosa. Debía de tratarse de un grupo de turistas deseosos de vivir una experiencia poco habitual, incitados a ello por el intérprete algo emprendedor que se había inventado la historia de las apariciones de Hator. La irritación se superpuso a la sorpresa inicial. Se encaminaron hacia la entrada con la intención de encontrarse con el grupo y echarlo de allí. Al salir del recinto, los vieron venir hacia ellos: dos personas a lomos de burro, una de ellas llevaba puesta una galabiyya y la otra…

- ¡Dios mío! -dijo mientras corría para sujetar las bridas del animal-. ¿Qué estás haciendo aquí, Maryam?

La muchacha llevaba puesto el ridículo sombrero adornado con flores que su madre le había dado. Se lo apartó de la cara.

- ¿Lo has visto? -dijo jadeando-. ¿Está aquí?

- Supongo que te refieres a Justin -dijo Nefret a sus espaldas con frialdad-. ¿Qué te hace suponer que pueda estar aquí?

- Quería ver a la diosa. No ha hablado de otra cosa durante todo el día. ¡Gracias a Dios que estáis aquí! Ayudadnos a buscarlo, por favor.

- Llevamos aquí varias horas -dijo David-, y no hemos visto a nadie.

- Podría estar escondido en alguna parte. -Su voz se elevó-. Podría haberse caído y haberse dado un golpe en la cabeza, tiene el

mismo sentido común que un niño.

Ramsés tuvo que reconocer que aquello era perfectamente plausible. Era posible saltar el muro que rodeaba el recinto en varios sitios y las rocas que había por el suelo procuraban un sinfín de lugares en los que esconderse. No tenía ninguna dificultad en imaginarse a Justin agazapado tras una de ellas, espiándolos embelesado mientras esperaba la aparición de la diosa.

- Oh, está bien -dijo a regañadientes. Aquello daba al traste con su idilio bajo la luna-. ¿Por qué no pruebas a llamarlo, Nefret?

Volviéndose a su mujer, dejó escapar una especie de maldición al ver que ella tenía un arco en la mano. Había una flecha en él, lista para ser disparada.

- ¡Dios mío, Nefret! ¿Cómo has…?

- Poco importa eso ahora -lo atajó ella-. ¿Alguien más lo está buscando? ¿Dónde está el leal François? ¿Quién es este hombre?

Ramsés tampoco conocía a aquel egipcio. Inclinándose sobre el cuello del animal que montaba, respondió, como no podía ser de otro modo, a Ramsés y no a Nefret.

- Soy uno de los miembros de la tripulación del Isis, señor. Los otros lo están buscando entre las ruinas que hay al otro lado del muro.

- Justin debe de estar dentro del recinto -dijo Nefret-, si lo que quiere es ver bien a la diosa.

Maryam se puso entonces a gritar, de un modo tan penetrante e inesperado que hizo que todos se sobresaltaran.

- Justin, Justin! ¿Dónde estás? ¡Contéstame!

Al desmontar, tropezó y se sujetó del brazo de Ramsés. Este podía oír a los otros llamando al muchacho a lo lejos, la voz áspera y de fuerte acento de François resaltaba entre todas las demás.

- Coge las antorchas, David -dijo Ramsés-. Lía y tú id por la izquierda. Tenemos que mirar detrás de cada maldita roca, ese diablillo está jugando al escondite. Nefret, ¿puedes hacerme el favor de poner ese condenado arco en el suelo?

- Esa lengua -dijo dulcemente su mujer.

David miró hacia el sitio donde habían dejado sus provisiones. Antes de que pudiera alcanzarlo, un grito tembloroso de Maryam hizo que todos apuntaran con sus ojos en dirección al templo.

- ¡Mirad! Allí, entre los pilones… una mujer… resplandeciente…

brillante…

Ramsés trató de desasirse de ella pero la muchacha se aferró a él con mayor fuerza, clavándole los dedos. La figura permanecía en la entrada, pálida como una columna tallada de alabastro, sólo que en su caso no se trataba de una estatua, se movía, alzaba sus mangas sueltas. Le pareció ver un brillo dorado. Algo le pasó rozando. Con un movimiento brusco se deshizo de Maryam y arrancó a Nefret el arco de las manos.

Lía se echó a reír de modo incongruente.

- La has matado.

Una forma acurrucada yacía en el suelo, en el mismo punto en el que antes se encontraba la figura. Al llegar junto a ella, lo único que había allí era una túnica, con una de las flechas de Nefret entre sus pliegues. Les llevó unos cuantos minutos encontrar a Justin. Lo encontraron tumbado boca arriba sobre la base de una columna, como en los antiguos sacrificios, con las manos apoyadas en el pecho y una sonrisa extasiada en la cara.

# Capítulo 7

- Supongo que después rastrearíais toda la zona meticulosamente -dije mientras decapitaba limpiamente mi huevo pasado por agua-. Aunque tal vez no esté de más que vaya a echar un vistazo por mi cuenta.

Emerson bajó finalmente la tostada que había tenido suspendida en el aire desde que Ramsés había empezado a contarles el asunto del templo de Hator, tal como lo llamaba yo. Su mirada, penetrante y azul, abandonó paulatinamente a su hijo para dejarse caer sobre mí.

- Amelia -dijo.

- Sirve un poco más de café al profesor, Gargery, si eres tan amable.

- No quiero más maldito… -Sí que quería, sin embargo, y por eso dejó la frase a medias. Gargery, que hasta entonces nos había estado escuchando fascinado, se apresuró a complacerme mientras Emerson le decía con el mismo tono suavemente amenazador-: Gracias, Gargery. Ramsés, ¿por qué has esperado hasta el desayuno para contárnoslo?

- Pensamos, todos, que no era necesario despertaros -dijo Nefret, enfatizando la frase de un modo que me hizo sospechar que el acuerdo había sido precedido de una cierta discusión-. No había nada que usted, o que nuestra madre, pudieran hacer en aquel momento. Rastreamos el lugar tan minuciosamente como nos fue posible. No fue fácil, con toda esa gente por allí y sólo las antorchas para iluminarnos, y… y… lo siento, padre.

- Lo siento -repitió Emerson. Se levantó, magistral como Júpiter

[10], aunque le faltara la barba-. ¿Puede venir alguien a las excavaciones conmigo, Amelia, o tienes otros planes para ellos? Por nada del mundo quisiera interferirme. Te lo pregunto por mera curiosidad.

- ¿No quieres discutir este asunto, Emerson?

- No, Amelia, no quiero. -Mirándome con una terrible expresión ceñuda, añadió-: Me voy con el coche a las excavaciones. Si alguien quiere acompañarme, debe venir de inmediato.

Tras decir esto, abandonó la habitación dando zancadas.

- ¡Ay! -dijo Lía-, creo que se ha enfadado.

- A mediodía se le habrá pasado ya -le repliqué. Así lo esperaba, al menos; el hecho de que se hubiera dirigido a mí llamándome tres veces por mi nombre indicaba que su exasperación era netamente superior a lo normal-. De todos modos, si alguno de vosotros lo acompaña esta mañana eso podría contribuir a volverlo a poner de buen humor. Además, no será necesario que arriesguéis vuestra vida en el coche; parece habérsele olvidado que ayer por la noche se les pinchó una rueda a él y a Selim y no la cambiaron. ¿No quieres ir tú, Evelyn? ¿Walter?

- ¿Quiere usted que vaya con el profesor, tía Amelia? -preguntó David.

- Si no te importa, querido. Sólo unas pocas horas.

- En absoluto. -Miró a Ramsés, quien asintió con la cabeza-. Queríamos volver a echar una ojeada por allí, en cualquier caso.

- Yo también voy -anunció Walter, levantando la barbilla y ajustándose las gafas sobre la nariz. Conocía los síntomas: estaba sufriendo uno de sus ataques de fiebre investigadora. Aunque no lo creía capaz de descubrir algo de utilidad, pensé que se divertiría afanándose inútilmente por allí y encontrando pistas que los demás habían ya descubierto de antemano. Me quité de encima a Gargery pidiéndole que acompañara a Evelyn y a Sennia a El Castillo con lo que conseguí quedarme a solas con Nefret.

- Me gustaría hablar con usted, madre -dijo.

- Como siempre, me adivinas el pensamiento, querida. Estaba a punto de decirte lo mismo.

Encontramos un lugar apartado en el jardín que había entre las dos casas, donde nadie nos pudiera escuchar. Estaba muy orgullosa de aquel jardín: a pesar de que el clima egipcio es propicio al

cultivo de plantas tanto tropicales como originarias de lugares más templados, me había costado un gran esfuerzo mantenerlas convenientemente regadas y abonadas. Lo que antes era una simple franja de terreno árido se encontraba ahora a la sombra de jóvenes perseas y tamariscos. Los arbustos de rosas e hibiscos hacían gala de sus flores de intensos colores, mientras que los arriates de capuchinas y de otras flores inglesas nos traían a la mente nostálgicos recuerdos de nuestro querido país.

- Bueno -dije, arrancando con las uñas una rosa completamente marchita-. Cuéntamelo todo. La historia de Ramsés fue algo escueta.

- A la fuerza -dijo Nefret con una tenue sonrisa-. Sabía que nuestro padre no le dejaría pronunciar mucho más que unas cuantas frases.

- Desde el principio -la apremié-. Y te ruego que trates de recordar todo lo que viste y oíste, al igual que tus reacciones. Uno no sabe nunca qué detalle aparentemente insignificante puede ser considerado por los demás como de gran relevancia.

Su relato fue completo y detallado aunque noté que en el mismo faltaban algunas cosas… como el efecto que pueden producir la luz de la luna y un lugar solitario en cuatro jóvenes. Dudaba mucho que cualquiera de ellos se encontrara en el estado de ánimo más adecuado para responder con presteza a los asombrosos acontecimientos de aquella noche. No le dije nada, claro está, al igual que tampoco le reproché que no me hubieran invitado a ir con ellos.

- ¡Maldita sea! -observé-. Justo ahora, cuando finalmente había conseguido tener todo bajo control, hasta a mi marido! No me esperaba una cosa como estay la verdad es que no me alegro mucho de que se haya producido.

- Es lo mínimo que se puede decir-me replicó Nefret irónicamente-. Ahora bien, ¿es realmente algo inesperado, madre?

- ¿Tú te imaginabas algo semejante? Me gustaría que te confiaras más abiertamente conmigo, querida. Creo firmemente en las premoniciones. Son producto del subconsciente que relaciona indicios…

- Sí, madre, estoy de acuerdo. Pero en este caso, sin embargo, la que trabajaba era más bien mi mente racional. Dados todos los esfuerzos que esa mujer de El Cairo tuvo que llevar a cabo para

ponerle la mano encima a Ramsés, imagino que se sentiría muy decepcionada al enterarse de su huida. ¿No es lógico entonces que quisiera intentarlo de nuevo?

- Si eso era otro nuevo intento de secuestro he de decir que me parece algo chapucero -dije con aire crítico-. Le habrían hecho falta al menos una docena de robustos ayudantes para ocuparse de vosotros. Por no mencionar a ese muchacho histérico y sus acompañantes.

Los labios de Nefret se curvaron en una involuntaria sonrisa.

- Fue realmente absurdo… puro melodrama, sin un director de escena competente. Todos corriendo de un lado a otro, cruzándose en el camino de los demás, tropezando con las cosas y gritando. François y su grupo, había tres hombres de la tripulación con él, saltaron el muro y se unieron a la confusión. -Su sonrisa se desvaneció-. Sólo que yo estaba demasiado preocupada por Justin como para disfrutar con todo aquel sainete. Cuando lo vi tumbado sobre aquella losa, con la cara pálida, rígido, mirando a la luna con los ojos abiertos como platos, pensé que estaba muerto.

- Pero no lo estaba.

- Estaba vivo y completamente consciente -dijo Nefret con cierta acritud-. François no me permitió examinarlo. No insistí demasiado ya que ese pequeño diablillo parecía más contento que un escolar en vacaciones, saltando exultante y jactándose de que la diosa le había sonreído y lo había bendecido con sus manos.

- ¿Y lo hizo?

- Y yo qué sé. Perdí la cabeza -admitió Nefret-. Cogí mi arco porque… Bueno, porque pensé que alguno de nosotros debía estar armado, por si acaso. Ya sabe lo que piensa Ramsés de las pistolas.

- Un arma de fuego habría sido excesiva.

- No se puede disparar a una mujer a sangre fría -asintió Nefret-. En cualquier caso, soy mejor tiradora con el arco que con la pistola y apunté a sus pies o, más bien, al punto en el suelo donde pensaba que debían de estar. Ramsés me arrancó el arco de las manos; antes, sin embargo, tuvo que deshacerse de Maryam, quien se había colgado de él y no dejaba de chillar. Cuando llegamos a la entrada del templo ella se había marchado ya. Ramsés y David la buscaron pero, conociendo la zona como es evidente que la conocía, tuvo tiempo más que suficiente para escapar.

Archivé este hecho con la intención de considerarlo más tarde. Solo carecía de significado… o, al contrario, podía significar un buen número de cosas. Pero, juntando todos los elementos, era posible componer una imagen. Debía dedicar algo de tiempo a realizar uno de mis pequeños esquemas: habían resultado muy útiles en el pasado.

- Supongo que lo más conveniente es ir ahora a las excavaciones -dije-. La primera reacción de Emerson a cualquier molestia es echarme la culpa a mí, pero cuando se le pasa es uno de los hombres más razonables que he conocido. No te preocupes, querida, conseguiré que mañana todo esté de nuevo en su sitio y Ramsés podrá volver a trabajar otra vez en sus textos.

- Está usted en todo, madre.

- Últimamente se me han escapado una o dos cosas -reconocí con elegancia-. Por una razón, estoy preocupada por Sethos. Espero que no tarde en recuperarse para poder viajar; me gustaría apartar a Maryam de ese muchacho impredecible y de su abuela, pero no me enfrentaré a Mrs. Fitzroyce en su guarida hasta que Sethos no esté aquí. Cuando le pregunté si Maryam podría visitarnos no parecía muy dispuesta a ayudarnos.

- Tal vez pueda pillar a la anciana en uno de sus momentos de senilidad -sugirió Nefret.

- Eso me convendría. Luego hay que ocuparse también de Mr. Lacau -proseguí mientras paseábamos lentamente por el sendero-. Creo que en el asunto de las joyas robadas hemos llegado a un punto muerto. Es muy probable que tanto ellas como el ladrón se encuentren ya fuera del país por lo que las posibilidades de recuperarlas son nulas. Me ocuparé yo misma de darle la noticia a Lacau cuando se digne aparecer por aquí, pero no veo qué ventaja puede haber en invitarlo.

Nefret hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Su expresión, sin embargo, seguía siendo ceñuda así que me esforcé por hacerle ver el lado bueno de las cosas.

- De este modo, el único asunto que nos queda por resolver es el de Maryam y ahí sí que no podemos hacer nada hasta que no venga su padre; cosa que hará, a su debido momento. Por descontado, pondré en marcha mi talento analítico para descubrir la identidad de la falsa Hator pero en mi opinión se trata sólo de una pista falsa:

una molestia, una distracción. Pensándolo bien, ¿qué daño ha causado?

- Hasta que no sepamos quién es y por qué hace eso no podemos predecir el daño que es capaz de hacer. -Nefret se detuvo. Esquivando mi mirada, arrancó una zinnia de intenso color amarillo y empezó a deshojarla-. No puedo discutir esto con Ramsés, madre, pero usted debe de haber pensado también en la posibilidad de que se trate de una antigua…

- ¿Amante? No tengas miedo de escandalizarme, Nefret, estoy bastante familiarizada con esta palabra y también con la… esto… historia de Ramsés en ese terreno.

- ¿Hasta qué punto familiarizada? -Nefret alzó la mirada, apartándola de la pobre flor mutilada.

- Tal vez hablar de «sospechas» sería más adecuado. Por supuesto, él jamás reconocerá nada. Todo eso sucedió antes de que os casarais. No hay razón alguna para dudar de su fidelidad. El te quiere…

- Con locura, con pasión -musitó Nefret arrancando un pétalo por cada palabra-. No dudo de él, madre. Sólo me pregunto si hubo alguna más especial que las otras. Pero no le pediré a usted que hable de eso a sus espaldas.

Antes de acabar su frase, arrojó la flor. -Eso no sería justo ni correcto -dije-. Pero pensaré en ello.

Me cogió del brazo y seguimos andando. En el sendero, a nuestras espaldas, el sol hacía brillar los pétalos dorados de la flor.

Tras esperar a que Fátima diera los últimos toques a uno de sus extravagantes picnics, Nefret y yo cabalgamos hasta Deir el Medina. Al llegar tuvimos que esquivar a un gran grupo de turistas de Cook a lomos de unos lúgubres burros. No pudimos evitar, sin embargo, llamar su atención; pude oír como uno de sus malditos guías proclamaba nuestros nombres en voz alta. Empezaron a disparar con sus cámaras.

- Deténgase un momento, Mrs. Emerson -nos gritó una señora muy resuelta-, así le podré sacar una buena foto.

Huelga decir que yo seguí adelante sin detenerme y sin ni siquiera contestarle.

- Debería haberse acostumbrado ya, madre -dijo Nefret con una risita-. Somos una de las atracciones más populares de Luxor.

Por culpa de Emerson. Tal como uno de nuestros amigos periodistas había dicho en una ocasión, mi marido constituía un ejemplar espléndido cuando se ponía a gritar y a golpear a la gente. Últimamente no había pegado a nadie pero había dado un buen espectáculo de sí mismo durante el vaciado de la tumba de Cyrus, agitando su puño ante los turistas y amenazando a los periodistas impertinentes… que disfrutaban luego escribiendo todas y cada una de las palabrotas que mi marido les había dedicado.

Me sentí aliviada al comprobar que ninguno de aquellos turistas se había atrevido a acercarse a la zona que Emerson había acordonado. En su parámetro empezaban a emerger los rudimentos de un plano, a pesar de que sólo un ojo bien entrenado (como el mío) era capaz de entender algo entre todos aquellos muros fragmentarios y bases de columnas dispersas aquí y allá. Nefret y yo dejamos nuestros caballos junto a los otros y nos acercamos a Emerson quien, con las manos apoyadas sobre sus caderas, contemplaba en ese momento cómo Bertie realizaba algunos bocetos de los fragmentos en su papel.

- Veo que va mejorando -comenté afablemente-. Este debe de ser el atrio delantero del templo de Seti I.

- De hecho, se trata de las columnas del vestíbulo de un templo aún más antiguo -replicó Emerson-. ¿Dónde te habías metido, Peabody? Los escombros no hacen sino aumentar.

- Me pondré manos a la obra enseguida. Muy bien, Bertie. ¡Con qué precisión has dibujado todos esos trozos y pedazos!

- Gracias, ma'am. -Bertie echó hacia atrás su salacot y se enjugó el sudor de la frente-. Selim y David nos han echado una mano con las medidas, pero el diseño es complicado.

- ¿Dónde está Ramsés? -preguntó Nefret.

- Por allí -le indicó Emerson con un ademán-. Cavando una zanja de prueba a lo largo del lado norte del muro del recinto para ver si es posible encontrar un lugar donde nuestros malditos predecesores no hayan excavado ya a la búsqueda de artefactos. No sé quiénes son peores, si los ladrones locales o esos condenados egiptólogos. ¿Cómo puedo realizar una estratigrafía con algo de sentido si ellos se han dedicado a revolverlo todo?

- Eso no hace sino aumentar tu mérito, querido, por haber sabido dar un sentido al caos que ellos dejaron.

Emerson me miró algo cohibido y me hizo a un lado.

- Lo siento, Peabody -dijo, echando hacia atrás sus imponentes hombros. Su pelo negro brillaba como las alas de un cuervo. No me pareció adecuado preguntarle, justo en ese momento, qué había sido de su sombrero.

- Está olvidado, Emerson.,

- ¿De verdad? -me preguntó-. ¿Estás segura de que no te lo has guardado para volverlo a sacar a relucir en el futuro junto al resto de mis pecados?

- Pero querido, si apenas puedo estar al tanto de todos ellos.

Emerson se rió entre dientes, me cogió y, tras lanzar una mirada a Bertie, volvió a dejar caer a un lado su brazo.

- Hemos buscado por todas partes, Peabody. En el suelo había huellas tanto de pies descalzos como de zapatos. Lo único que encontramos fue un trozo de tela enganchado en el muro del recinto, en una parte del mismo por la que no es muy difícil saltar. Había escombros amontonados a ambos lados.

Hurgó en sus bolsillos y, después de haber sacado de él su pipa, su petaca, pedacitos de cerámica y toda la serie de extraños objetos que los hombres suelen llevar en ellos, extrajo finalmente un trozo de tela blanca y me lo tendió.

- Hum -mascullé mientras lo examinaba-. Es un lino refinado con restos de plisado, me parece. Aparta la pipa, Emerson, antes de que se te caiga. ¿Por qué tienes el bolsillo lleno de clavos?

- Estaba colocando una señal -me explicó mi marido pinchándose un dedo con uno de los clavos. Se lo chupó antes de proseguir-: Una señal bien clara que mantenga alejados a esos condenados turistas. Uno de ellos ha llegado hasta el punto de ofrecerme dinero por posar para una fotografía.

- Las fotografías se han convertido en otra de las maldiciones del trabajo de los arqueólogos -asentí-. Sólo espero que no lo golpearas, Emerson.

- Era una mujer -dijo mi marido con aire sombrío-. Ni siquiera la pude insultar; dado que tú aún no habías llegado, Lía lo tuvo que hacer por mí.

Juzgué conveniente echar una ojeada a la señal en cuestión. Empezaba diciendo: «Mataré con mis propias manos…» para proseguir después con unas cuantas frases más por el estilo.

Mientras la inspeccionaba, Selim, relevado de su guardia, se reunió conmigo.

- Tengo que hacer otra en árabe -me hizo saber con una sonrisa-. Empleando las mismas palabras.

- Podríamos hacer algunas más en francés y en alemán. Busca algunas tablas más. ¿Alguna novedad?

- ¿Sobre la noche pasada? Es un auténtico misterio, Sitt Hakim. El resto de los hombres están tan asombrados como yo.

- ¿Sabían en Gurna que Ramsés y los demás iban a venir aquí?

- Oh, sí, Sitt. No hicieron de ello un secreto. -Selim se rascó delicadamente la barba y me miró por debajo de sus pestañas-. Todos saben también que no es la primera vez que la Señora Blanca se aparece durante una noche de luna llena.

- ¿Cuánta gente la ha visto realmente?

Selim se detuvo a pensar un momento, frunciendo el ceño.

- Ésa sí que es una buena pregunta, Sitt. La verdad es que no he hablado con nadie que la haya visto; las personas que me lo contaron habían oído solamente la historia, al igual que yo, de boca de otros.

- Entonces, ¿no han venido hasta aquí las mujeres para pedir su favor a la diosa? Los antiguos egipcios le pedían felicidad en el amor, e hijos.

- Imagino que tienen miedo de acercarse después de que haya oscurecido, Sitt. Les asustan los demonios y los fantasmas.

- Qué interesante -dije meditabunda.

- Sí, Sitt. Pero ¿qué quiere decir?

Otra buena pregunta, cuya respuesta desconocía.

Selim tenía un montón de noticias relativamente buenas que contarme. El barco había sido localizado a unos cuantos metros río abajo, encallado en la orilla. El hombre que lo había descubierto se había apresurado a decírselo a Daoud; a pesar de que los daños eran considerables, se podía reparar, y había sido remolcado ya hasta el desembarcadero que había cerca de Luxor.

- Hasta que el barco no esté reparado, Sabir carece de ingresos -dije a los demás cuando nos reunimos alrededor de la cesta de comida-. Dile que se compre otra embarcación, Daoud. Se la pagaremos nosotros, por supuesto.

- Pero será sólo un préstamo -dijo Daoud tajante-. Les devolveré

el dinero.

- Bah -dijo mi marido-. Somos nosotros los responsables… a menos que Sabir tenga un competidor celoso de su éxito. ¿Se te ocurre alguien?

- Todos le tienen envidia -dijo Daoud orgulloso-. Todos los barqueros. Porque Sabir ganó más dinero que ellos. Pero nadie destruiría el barco de otro, no sería… no sería…

- Honrado -le sugerí, mientras Daoud vacilaba buscando la palabra correcta-. Una cuestión de ética profesional.

- Eso es -dijo Daoud aliviado. Como no apartaba los ojos de los sándwiches que habían sobrado, le invité a coger uno.

- Come lo que quieras, Daoud, nosotros hemos acabado ya. Incluso en el caso de que tu juicio no sea correcto, y estoy segura de que lo es, no consigo imaginarme quién podría arriesgarse a hacernos daño.

- El Padre de las Maldiciones es más peligroso que una tormenta en el desierto -asintió Daoud.

* * *

El estado de ánimo de mi marido mejora después de haber comido. Después de disfrutar del excelente almuerzo que Fátima nos había preparado, Emerson aceptó sin poner mayores pegas que su personal se dispersara. Ramsés dijo que quería terminar de excavar la zanja y yo volví a mi montón de basura acompañada de Lía. Esperaba fervientemente que Emerson, al volver a casa aquella tarde, se retirara a su estudio con el plano de Bertie y sus propias anotaciones, pero mi marido dijo que no quería faltar a su cita habitual con sus adorados niños.

- Apenas los vemos -se lamentó al volver del baño, mientras se ponía apresuradamente algo de ropa limpia-. No dejas que desayunen con nosotros y se van a la cama tan pronto…

- La cantidad de tiempo que pasamos con ellos depende por completo de ti, Emerson. Si tú dejaras de trabajar unas cuantas horas al día podríamos dar paseos con ellos y llevarlos a ver cosas, organizar pequeños juegos, enseñarles a montar a caballo y otras cosas por el estilo.

Ewie y Dolly no han estado todavía en El Castillo, o en casa de Selim, ni siquiera en Luxor.

- Dominas como nadie el arte de hacer recaer la culpa en los

demás -rezongó mi marido.

Me dirigí hacia la galería, donde Evelyn charlaba en ese momento con Fátima, ocupada en preparar las cosas para el té. Walter se dedicaba a hurgar entre un montón de cartas.

- Espero que no te importe, Amelia -dijo-. Quería ver si había algo para Evelyn o para mí.

- Sigue mirando, Walter, por favor. Estos últimos días se nos ha acumulado el correo. No me ha dado tiempo a mirarlo.

Después de entresacar algunas cartas y de pasar algunas de ellas a su mujer, me entregó el cesto con su rebosante contenido.

- Es de Raddie -dijo Evelyn y procedió a leerla con una sonrisa de felicidad en los labios.

- Una breve nota de Willy -dijo Walter-. Y una carta de Griffith. Quiere más inscripciones meroíticas

[11].

- ¿Y por qué demonios supone que las vamos a encontrar en Luxor? -preguntó Emerson.

- Uno nunca sabe lo que pueden tener los comerciantes -dijo Walter suavemente-. He abandonado el meroítico, como ya sabéis, de modo que todo lo que encuentro se lo mando a Frank.

- Mr. Griffith y tú tenéis una relación considerablemente buena -comenté, entregando a Emerson un montón de cartas-. La mayor parte de los egiptólogos son rencorosos y posesivos.

- Si te estabas refiriendo a mí, Peabody, lo niego rotundamente -dijo Emerson, mirando apresuradamente sus cartas y volviéndolas a arrojar al interior del cesto.

- ¿No era ésa una carta de Mr. Winlock? -le pregunté.

- No me interesa lo que tenga que decir ese bastardo.

Los gritos de los niños, que llegaban en ese momento, me impidieron preguntarle qué era lo que había hecho Mr. Winlock para provocar su ira. Los gemelos entraron de golpe, acompañados de sus padres y yo tuve que levantar el cesto del correo para impedir que Davy, que adoraba las cartas y creía que todas las que llegaban eran para él, las pudiera alcanzar. Emerson colocó a los niños en su regazo. Tras dar a Ramsés y Nefret sus mensajes, procedí a abrir los míos.

- ¿Nada de…? -preguntó Emerson.

- No. En su mayor parte, es lo mismo de siempre.

- ¿Lo mismo de siempre? -preguntó Emerson.

Leí unos cuantos en voz alta, para divertir a los otros.

- «Querida Mrs. Emerson. Usted no me conoce pero mi hermano es el yerno de lady Worthington y me gustaría mucho poder conocerla. ¿A qué hora le viene bien que vaya a visitarla?»

- ¿Quién es lady Worthington? -preguntó Nefret.

- No tengo ni idea. «Querida Mrs. Emerson. Sería un gran placer para mí que su marido me mostrara los emplazamientos de Luxor. Estaremos esta semana en el Winter Palace.»

- ¿Más cartas de visitantes impertinentes? -preguntó David. Lía y él acababan de entrar acompañados de sus dos hijos y de Sennia. Ewie corrió en dirección a Davy y lo abrazó con ferocidad. El niño le devolvió el abrazo, gorjeando melodiosamente, mientras Charla los contemplaba con el ceño fruncido.

- Las recibimos sin parar -dijo Sennia con aire mundano-. Léenos alguna más, tía Amelia, son realmente divertidas.

- Este es un ejemplo particularmente encantador -dije-. «Somos dos jóvenes señoras americanas ansiosas por conocer a su hijo. Mr. Weigall, a quien conocimos en Londres el mes pasado, nos ha asegurado que es un erudito y también un hombre muy atractivo.»

- Le debo una a Weigall por esto -refunfuñó Ramsés.

- Dudo mucho que dijera una cosa semejante -repliqué, arrojando media docena más de mensajes como aquél a la papelera.

- Cuando era inspector no hacía otra cosa que mariposear en sociedad -observó Nefret-. Siempre dándose aires sobre el príncipe tal y la dama cual.

- No debemos ser tan despiadados con él, querida. En el ejercicio de sus funciones oficiales, Mr. Weigall tenía que mostrarse educado con los visitantes importantes. Al igual que hacen nuestros colegas que dependen de las contribuciones privadas. Nosotros no padecemos restricciones semejantes y, además, la gente como ésa resulta muy molesta cuando uno les permite aprovecharse. Gargery nos ha sido siempre muy útil al respecto: cuando algún extraño se presentaba preguntando por nosotros, le dejábamos que se ocupara de él, asumiendo sus maneras de mayordomo. Cuando los mira por encima del hombro y entona: «El profesor y Mrs. Emerson no se encuentran en casa», hasta el más inoportuno de los americanos se

bate en retirada.

- Gargery no puede mirar a nadie por encima del hombro -dijo Lía con una carcajada-. Apenas mide un metro y… oh, Gargery, lo siento, no le había visto.

- No importa, Miss Lía -le respondió él poniéndola en su sitio al llamarla Miss en lugar de madame.

- Gargery puede mirar por encima del hombro a cualquiera -dije-. No es una cuestión de altura sino de presencia.

- Gracias, madame -me respondió Gargery-. ¿Traigo la bandeja de las bebidas, profesor?

- Sí, ¿por qué no? -Mi marido se sentó en el suelo e hizo señas a los niños para que se acercaran-. Mirad lo que he encontrado hoy.

Era una pequeña estatua de piedra caliza, de unos quince centímetros de altura. Estaba tallada de un modo bastante tosco, pero su rostro sonriente poseía un ingenuo encanto.

- Un tipo llamado Ikhetaper se la dedicó a la reina Ahmose Nefertari -les explicó Emerson recorriendo la línea de jeroglíficos con su dedo-. Podéis mirarla pero sin tocarla. No es una muñeca.

- Me gustaría excavar contigo, y con mamá y papá -dijo Ewie-. Si encuentro algo, ¿puedo quedármelo?

A Emerson no se le escapó la mirada asesina que Charla lanzó a la niña al oír sus palabras. Sabía que no debía acceder a aquella petición.

- Escucha -le dijo entusiasta-. Creo que te podría enseñar a montar en burro. El otro día le dije a tu abuela que ya va siendo hora de que aprendas.

La oferta fue recibida con una aclamación general. No soy una mujer mezquina, así que no mencioné que aquella idea era mía.

En conjunto, las lecciones fueron todo un éxito. O, mejor dicho, fueron un éxito para los niños. A los burros no les gustó nada y el comportamiento de uno de los adultos presentes dejó también bastante que desear. Me refiero, por supuesto, a Emerson, quien hacía bajar a los niños de las pequeñas bestias cada vez que ellos (me refiero a los animales) apretaban ligeramente el paso. Ewie se cayó dos veces y Davy una (creo que para mostrarse solidario con la niña en la segunda ocasión). El más feliz de todos era Dolly, quien no dejó de dar vueltas trotando alrededor del patio como si no hubiera hecho otra cosa en su vida que ir a lomos de burro. Cuando

Emerson, jadeante y cubierto de polvo, dio por terminada la lección, Dolly desmontó sin rechistar. Acercándose a mí, me cogió la mano.

- Lo has hecho muy bien -le dije-. Ese burro es para ti.

- Gracias, tía Amelia. Cuando sea mayor, ¿podré montar un gran caballo blanco como mi tatarabuelo?

- Bisabuelo -le corregí, preguntándome al mismo tiempo qué demonios le habría estado contando Emerson al niño. Abdullah nunca había sido lo que se dice un entusiasta jinete.

- ¿Cuándo volveremos a ir a verlo?

- Muy pronto. Ve ahora a lavarte para la cena.

Charla se negaba a bajar del burro. Se pegó a él como una lapa hasta que Ramsés consiguió arrancarla de allí y se la llevó.

Dado que me había mantenido a una cierta distancia de todo aquel circo, no me llevó demasiado tiempo asearme. Así que, mientras los demás acababan de prepararse, me concedí el lujo de darme un pequeño paseo por el jardín para ver mis plantas. Me pareció que uno de los rosales estaba un poco marchito; me dije que tenía que recordarle a Fátima que recordara a Alí que había que regarlo. Aquél sí que era un lugar apacible… el suave perfume de las flores, el melodioso canto de los pájaros… Un abejaruco pasó veloz por encima de mi cabeza, bronce tornasolado y acero verdiazul, y una paloma emitió un extraño chillido, semejante a una risa humana. El chillido en cuestión se transformó en graznido y, afortunadamente, tuve tiempo de hundirme entre los arbustos para salvar a la paloma de las garras de Horus antes de que el daño fuera irreparable. La paloma se alejó aleteando mientras Horus me maldecía. Qué lugar tan apacible…

Había incurrido en una cierta arrogancia al asegurar a Nefret que tenía todo bajo control. No es que le hubiera mentido -nunca lo hago, a menos que sea absolutamente necesario-, tan sólo me había limitado a darle el consuelo que pensé que necesitaba. Sólo que las cosas estaban sucediendo tan deprisa que era casi imposible llevar la cuenta de todas ellas. La exasperante visita de Mr. Smith había añadido ulteriores complicaciones.

Había llegado la hora de hacer una de mis pequeñas listas.

Tan pronto como acabamos de cenar me disculpé, alegando que tenía algunas cosas pendientes que hacer… lo que no era sino la

pura verdad. Sentada ante mi escritorio, empecé a dividir la hoja de papel en varias secciones. Luego, encabecé cada una de ellas del siguiente modo: primero, «Sucesos Molestos y Misteriosos»; segundo, «Teorías», y tercero, «Pasos a Seguir».

«La Hator velada de El Cairo» era el primer suceso a tomar en consideración. Al respecto, se me ocurrían tres posibles explicaciones: primera, que era alguien que formaba parte del pasado de Ramsés; segunda, que ese alguien lo que quería era, en cambio, formar parte de su futuro; tercero, que el motivo no tenía nada que ver con la atracción personal. No tenía ni la más remota idea de cuál pudiera ser aquel motivo. En mi opinión lo único que podía hacer era considerar cuidadosamente las mujeres que habían tenido, en algún momento de su vida, alguna relación con mi hijo. Preguntar a Ramsés por ellas debería haber sido el paso siguiente si no hubiera sido porque sabía ya de antemano que por ese camino no iría a ninguna parte. Tras arrancar otra hoja de papel, empecé una nueva lista.

Una vez completada, la observé algo sorprendida. No me había dado cuenta hasta entonces de que fueran tantas. Y eso que estaba segura de que faltaban algunas. No obstante, algunos nombres merecían ser investigados.

Una horquilla cayó sobre el escritorio y un mechón de pelo me tapó los ojos. Lo aparté mascullando y arreglé algunas horquillas más que se habían soltado. Tengo la fea costumbre de hacer presión sobre mi cabeza con las manos cuando me encuentro sumida en mis pensamientos. Si bien es cierto que el efecto sobre mi peinado es terrible, el gesto parece ayudarme a razonar.

El asunto del templo de Hator me vino a continuación al pensamiento. ¿Se trataba de la misma mujer? Todo buen detective debe considerar todas las posibilidades pero me costaba imaginar que dos mujeres resentidas se hubieran aliado para hacer una cosa semejante. En cualquier caso, era imposible que Maryam hubiera sido la segunda Hator.

El incidente nos había dejado, al menos, dos pruebas físicas. Nefret me había entregado la túnica blanca y arrugada que habían encontrado en el templo. Tras sacar aquella pieza desgarrada de lino de un cajón, la extendí sobre el escritorio con la intención de someterla a un análisis detallado que hasta entonces no había

podido hacer.

Era de puro algodón blanco y su hechura era sencilla: dos rectángulos cosidos a ambos lados y en la parte superior, dejando espacio para los brazos y la cabeza. Había sido cosida a mano, de modo bastante tosco. Estaba rasgada en algunos puntos: cerca del dobladillo, donde la flecha de Nefret había penetrado el tejido, y junto a las costuras, donde se habían soltado algunos puntos, probablemente debido a la prisa con la que la persona que la llevaba puesta se la quitó. No había nada en ella que llamara particularmente la atención. Estaba segura de que aquella prenda no había sido comprada en el suk, sino realizada por la misma persona que la llevó.

El trozo de tela enganchado en la pared no provenía de la túnica. El tejido era completamente distinto: lino fino, plisado y casi transparente. Debía de haberse desprendido de la prenda que ella llevaba bajo la túnica al saltar el muro: una prenda diáfana y seductora como la que había visto Ramsés en El Cairo.

A pesar de que debía de tratarse de una persona ágil y buena conocedora del terreno, la suerte había jugado un papel decisivo en el éxito de su huida. Si Justin y compañía no hubieran echado por tierra sus planes… Un desagradable escalofrío me recorrió la espalda a medida que una nueva teoría se abría paso poco a poco en mi mente. Ella debía de saber que los chicos tenían intención de visitar el templo aquella noche. Y aun así se había arriesgado a que la capturaran, quedando al descubierto, ya que. ella había acudido sola y ellos eran cuatro, todos ellos jóvenes, ágiles e igualmente familiarizados con el terreno.

A menos que hubiera sido capaz de detenerlos antes de que se acercaran lo bastante a ella como para poder atraparla… ¿llevaba una arma escondida entre los pliegues de aquella voluminosa prenda? Con una sola bala habría podido impedir que la persiguieran: bastaba con que matara o hiriera a uno de ellos. Había asegurado a Ramsés que su intención no era hacerle daño, así que era muy posible que él no fuera la víctima que buscaba. ¿Quién entonces? ¿David? ¿Lía? ¿Nefret?

¿O, de todos modos, Ramsés? Su hijo había conseguido escapar. ¿Cómo saber las verdaderas intenciones de ella respecto a él?

Tan absorta estaba en medio de aquellas terribles especulaciones

que el mero hecho de que se abriera la puerta me hizo soltar un chillido e hizo que me pusiera de pie de un salto.

- ¿Esperabas acaso a un asesino? -preguntó Emerson-. Siento decepcionarte, Peabody.

- Oh, Emerson, acabo de tener una idea espantosa.

- Vaya novedad -dijo mi marido. Dejando de sonreír, me estrechó entre sus brazos-. Vamos, mi querida niña, estás temblando. Cuéntame esa idea tan horrible.

A Emerson le encanta que tiemble y me cuelgue de él. Piensa que no lo hago demasiado a menudo. Así que no pude por menos que darle gusto mientras le explicaba mi última teoría. Esperaba que se mofara de mí y que me dijera que, una vez más, me había dejado llevar por mi desbordante imaginación pero, al levantar la mirada vi que había fruncido el ceño y que apretaba los labios. Lentamente, sacudió su cabeza.

- ¡Maldita sea, Peabody! -comentó-. Odio tener que admitirlo, pero no deja de tener sentido.

- Esperaba que te burlaras de mí y me dijeras que, una vez más, me había dejado llevar por mi desbordante imaginación.

Las arrugas de su entrecejo se suavizaron un poco mientras esbozaba una leve sonrisa.

- Lo has hecho, lo has hecho. Podrías escribir una novela excelente con esa trama pero no por ello dejan de ser simples conjeturas. Ven, dame un beso.

- ¿Qué tiene que ver eso con…?

- Nada en absoluto -dijo Emerson, quitando con un sencillo gesto de su mano las pocas horquillas que quedaban en mi pelo y echando hacia atrás mi cabeza. Cuando terminó de besarme, dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

- Así está mejor. Y ahora, siéntate y dime a qué otras brillantes deducciones has llegado. ¿Me equivoco, o éste es otro de tus famosos esquemas?

Le tendí el papel con docilidad. Lo examinó con una simple ojeada (tengo que reconocer que no había mucho que ver).

- Hum. No pongo en duda tu capacidad, querida, pero la verdad es que no creo que esto nos conduzca mucho más lejos. ¿De qué se trata? -Cogiendo la otra lista, la recorrió rápidamente con la mirada. Hablaba por sí misma, particularmente para un hombre de

la inteligencia de Emerson. Al mirarme de nuevo, había una mezcla de admiración y consternación en su cara-. ¿Cómo demonios has conseguido esto? No de Ramsés, por descontado.

- Claro que no. Sería una grosería por mi parte tratar de sonsacarle sobre un tema tan delicado. No creo que tú…

- ¡No, por Dios! -El atractivo rostro de mi marido había cambiado su habitual color bronceado por otro de tonalidad más cobriza.

- Bueno, ¿crees que me he olvidado de alguien?

- Sería una grosería por mi parte especular -dijo Emerson remilgadamente aunque sin despegar la vista de la hoja-. Mmm. Sí. Recuerdo a Bellingham, esa chiquilla. Espantosa jovencita. ¿Quién es Clara?

- Una chica que conoció en Alemania. La mencionaba en sus cartas.

- ¿Cómo sabes que él…? No importa, no me lo digas. ¿Violeta? Ay, sí, lo perseguía desesperadamente, ¿verdad? Pero estoy seguro de que él nunca… Dios mío. ¡Mrs. Fraser no! Aunque me pregunto si por aquel entonces… -Su voz se elevó, pasando del murmullo al grito- ¿Layla? Vamos, Peabody, cómo puedes estar segura de que ellas…

- No estoy segura de ninguna de ellas -le repliqué. Había recuperado la calma; era delicioso especular con mi querido esposo como si fuéramos dos detectives y más delicioso aún era, si cabe, verlo disfrutar con la misma clase de vulgar cotilleo que él aseguraba deplorar-. Ella le salvó la vida, arriesgando en cierta medida la suya, y supongo que esperaba algo a cambio. Era una… esto… una mujer de sangre ardiente. Según creo, hubo una época en la que te tenía echado el ojo.

- Se lo tenía echado a un buen número de hombres -replicó Emerson-. Era su profesión. En cualquier caso, ella no puede ser la velada Hator. Ramsés dijo que se trataba de una joven y Layla era ya una mujer madura hace diez años.

- No obstante, tiene una de las cualidades requeridas para la última aparición. Conoce palmo a palmo la orilla oeste.

- Al igual que todos los hombres que viven en ella -asintió Emerson con el tipo de sonrisa en los labios que suelo pasar por alto-. ¿Qué ha sido de ella?

- No lo sé pero estoy segura de que Selim lo sabrá. Hay un buen número de embarazosos problemas a los que tenemos que hacer frente, Emerson, pero, a la luz de mi última teoría, creo que lo que debemos hacer es, por encima de todo, desenmascarar a Hator.

Como atraídos por un imán, los ojos de mi marido se posaron de nuevo sobre la lista de nombres.

- ¿Mrs. Pankhurst?

**[12]**

* * *

No sabía muy bien si referir o no a los chicos mi desagradable última teoría. Una buena noche de sueño reparador, una espléndida mañana y, particularmente, las afectuosas atenciones de mi marido me devolvieron mi natural optimismo y me recordaron que ya no eran unos niños, que se habían convertido en unos adultos responsables, y que era mi deber advertirles de cualquier posible peligro. Esperé a que Sennia hubiera acabado de desayunar y se hubiera marchado a coger sus libros antes de decírselo.

El único que se lo tomó en serio fue Gargery. Como buen romántico que era, la velada Hator lo intrigó sobremanera. Los otros manifestaron las mismas reservas a las que Emerson había hecho alusión la noche anterior: a saber, que todo aquello era pura quimera.

- ¿Qué le hace pensar que podía ir armada? -preguntó Ramsés, enarcando las cejas en señal de escepticismo-. Estoy seguro de que si nos hubiera apuntado con una pistola, alguno de nosotros se habría dado cuenta.

- Yo no estaría tan segura -le repliqué-. Con todos mis respetos, querido, ninguno de vosotros parece haberse dado cuenta de demasiadas cosas.

- Los acontecimientos se precipitaron-dijo David mientras cogía la mermelada-. Empiezo a sentir lástima por esa pobre mujer. Debe de haberse sentido completamente desconcertada al ver cómo esa multitud vociferante interrumpía su actuación… ¿os la podéis imaginar, trepando por la pared y rasgándose esa elegante túnica?

- Sea como sea -dijo Emerson, quien había acabado ya de desayunar y no apartaba los ojos del reloj-, debemos considerar todas las posibilidades. Las salvajes… eh… poco ortodoxas teorías

de Peabody han resultado ser a menudo… esto… algunas veces ciertas. Os aconsejo que estéis ojo avizor, todos.

Tan pronto como llegamos a las excavaciones, fui a buscar a Selim y le dije que quería hablar con él. Desde la llegada del coche se había mostrado algo cohibido conmigo pero aquella mañana tenía, además, un nuevo motivo de queja.

- ¿Cuándo vamos a organizar una fantasía de bienvenida, Sitt Hakim? Deberíamos haberla hecho ya. Ramsés dijo que hablaría con usted y nosotros hemos estado esperando a que usted nos dijera cuándo.

- Lo siento, Selim -le dije, reconociendo lo justo de su queja-. Ramsés me lo dijo pero yo me olvidé. Ya sabes lo difícil que resulta conseguir que Emerson asista a cualquier acontecimiento social.

- Pero esto no es un acontecimiento social-dijo Selim. Ahora que me tenía ya a la defensiva, cruzó sus brazos y me clavó una severa mirada-. Es una obligación, una costumbre honorable y, además, un placer. El Padre de las Maldiciones complace siempre el menor de sus deseos.

- Ignoró por completo mis deseos sobre el coche.

- Usted no le prohibió tener uno, Sitt.

Su barba se retorció, al igual que hacía la de su padre cuando trataba de reprimir una sonrisa. Sin poderme contener por más tiempo, me eché a reír.

- Tienes razón, Selim. Últimamente no me he preocupado mucho por entretener a la familia. Mrs. Vandergelt quiere dar una fiesta en su honor y algunos viejos amigos de Luxor nos han invitado también. ¿Te parece bien que la hagamos el próximo viernes?

Selim no pudo reprimir por más tiempo su sonrisa.

- Se lo diré a Daoud y Kadija.

- Ahora que hemos resuelto el problema principal, me gustaría hablar de unas cuantas cosas contigo. -Desdoblé la hoja de papel. Me había dado tiempo a hacer una nueva lista. Se titulaba: «Cuestiones Extraordinarias».

- Ah -dijo Selim-. Una lista.

Algunos de los ítems se habían producido hacía ya un cierto tiempo y Selim no tenía nada nuevo que añadir a ellos. El supuesto loco que había atacado a Maryam no había sido identificado, como tampoco el causante del hundimiento del bote de Daoud. No había

rastro ni de las joyas robadas a Cyrus, ni de Martinelli. La cara de Selim se iba poniendo cada vez más larga a medida que yo iba leyendo. Se sentía muy orgulloso de sus contactos y odiaba tener que reconocer que aquella vez no había resultado ser de excesiva utilidad. La última pregunta lo cogió por sorpresa.

- ¿Layla? Sí, Sitt, claro que me acuerdo de ella. La tercera mujer de Abd el Hamed. ¿Por qué me pregunta por ella?

- He estado pensando en la gente que puede guardarnos rencor -le expliqué.

- ¿Por qué debería guardarles rencor? La trataron ustedes con más amabilidad de la que se merecía. -Selim se acarició la barba-. Ya no está en Luxor, Sitt. Creo que alguien me dijo que se había ido a vivir con las monjas, a Assiut.

- ¿Qué? -pregunté asombrada-. ¿Layla una monja?

Selim sonrió.

- No la creo capaz de atreverse a convertirse al cristianismo, ni siquiera ella. Pero era una mujer de extremos, Sitt.

- Eso sí que sería ir de un extremo al otro, desde luego.

- La gente a veces lo hace -dijo Selim con aire de saber de qué hablaba-.¿Cree que debo investigar, Sitt?

- Es igual. De todos modos, es poco probable. Gracias de todos modos por tu ayuda, Selim.

- No he sido capaz de ayudarlos mucho, Sitt. Sitt… quisiera preguntarle algo. -Arrastró los pies y bajó la mirada, como si se tratara de un tímido escolar-. ¿Puede preguntar a Emerson si me deja conducir el coche hasta la fantasía?

- ¿Subir con él hasta tu casa? Eso es imposible, Selim.

- ¡Claro que se puede, Sitt! -Sus ojos lanzaban destellos-. ¿Acaso no conduje el otro coche por el Wadi el Arish, subí las colinas con él y atravesé el desierto? La fantasía tendrá lugar en casa de Daoud que, como usted ya sabe, se encuentra en una pendiente poco pronunciada y, además, hay un camino, un buen camino, no demasiado empinado, excepto en algunos puntos, y un amplio espacio frente a la casa donde hacer girar al coche, donde todos pueden verlo. Algunas mujeres y niños todavía no lo han visto, así como tampoco han visto cómo lo conduzco.

- Hablaré con Emerson -le prometí, dándole unas palmaditas en el hombro. -¡Gracias, Sitt! ¡Gracias!

Lo contemplé con afecto mientras se marchaba, dando pequeños brincos. Lo único que quería era que sus mujeres y sus parientes lo vieran. ¿Quiénes éramos nosotros para negar a un amigo leal como él un placer tan inofensivo?

Eso fue lo que le dije a Emerson, y él se mostró de acuerdo. Tras comprobar que aquel infernal armatoste funcionaba aparentemente bien, le había permitido que hiciera varios viajes de ida y vuelta hasta el río sentado al volante del mismo. Le encantaba hacerlo y, además, mientras se entretenía jugando con el coche yo podía seguir adelante con mis quehaceres.

Le había prometido a Katherine que tomaría con ella el té aquella tarde y que aprovecharía la ocasión para echar un vistazo a los progresos que estaban realizando con la colección. Después de vestirme adecuadamente para la ocasión, me dirigí a la habitación donde habíamos instalado el estudio de Walter; Ramsés y él se encontraban allí, descifrando unos restos. Estaban tan embelesados que tuve que toser varias veces para que notaran mi presencia.

- Lo siento, madre -dijo Ramsés poniéndose de pie-. ¿Lleva ya mucho rato aquí?

- No, querido. -Le hice una seña, indicándole que se sentara de nuevo-. ¿Un texto interesante?

- ¡Fascinante! Escuche: «La casa de Amennakhte, hijo de Bukentef, cuya madre es Tarekhanu; su mujer Tentpaoper, hija de Khaemhedjet, cuya madre es Tentkhenuemheb…» ¡Se trata del mismo tipo cuya casa vaciamos a principios de este año! Estoy seguro de haber visto otro fragmento del mismo texto en alguna parte… -Al ver mi expresión de indiferencia se echó a reír-. Lo sé, no parece gran cosa, pero es algo así como una especie de censo, ¿no lo ve? Y proporciona la genealogía de una familia… varias generaciones, si puedo encontrar el resto de él.

Me enternecí al ver su cara, habitualmente seria, iluminarse mientras se reía.

- ¡Estupendo! -exclamé de todo corazón-. ¿Y tú Walter… has dado por imposibles tus papiros?

- No, en absoluto -dijo mi cuñado, ajustándose las gafas-. Sólo trataba de ayudar a Ramsés a encontrar más fragmentos de su genealogía. Hace falta una cierta experiencia para reconocer la misma escritura.

Sus finos dedos siguieron separando los fragmentos, moviéndose con la misma habilidad con que lo harían los dedos de una mujer al tratar de hacer encajar los retales para una colcha de patchwork. Era una demostración impresionante de su pericia ya que las piezas eran de todos los tamaños y formas y en ellas se podía encontrar tanto la clara escritura hierática de los escribas como los garabatos del demótico posterior, más cursivos, que siempre me habían recordado a una hilera de huellas de gallinas.

- Eres muy amable, Walter -le dije-. ¿Has adelantado mucho con tu horóscopo?

- Aquí está mi copia, por si quieres echarle un vistazo. -Walter me indicó unas hojas de papel.

- Mi querido Walter, sería como ofrecerme un manuscrito en chino. ¿No lo vas a traducir?

- Más adelante. ¡Ah! -Extrayendo un fragmento, lo examinó por un momento-. No. La escritura es parecida, pero esto forma parte de una lista de provisiones.

- No quería molestaros -dije-. Me voy a El Castillo a tomar el té. ¿Algún mensaje para Cyrus?

Walter se limitó a gruñir. Ramsés se levantó y me acompañó hasta la puerta.

- ¿En qué está pensando, madre? -me preguntó, enarcando las cejas.

- En nada, querido. Esto… imagino que no te habrás topado con otra interesante predicción en ese papiro, ¿verdad?

Cogiéndome por los hombros, me dio un afectuoso abrazo.

- ¡Honestamente, madre! ¿Se cree usted esas tonterías?

- Claro que no -dije, riéndome-. A bientót, entonces.

Tal como Walter nos había explicado, era prácticamente imposible hacer coincidir la fecha del papiro con un calendario moderno. De todos modos, si se tomaba como punto de partida el día en que había acaecido nuestro accidente y se contaban los días que habían pasado a partir de entonces… Era una pura cuestión de curiosidad académica que no iba a ser capaz de satisfacer a menos que consiguiera que uno de aquellos absortos eruditos me tradujera el texto.

Emerson no se mostró en absoluto contento cuando le dije que Katherine nos había invitado a una recepción el domingo y que yo

había aceptado. De hecho, ya estaba algo irritado a causa de la fantasía.

- Selim ha estado tan ocupado últimamente con los preparativos que no me ha servido para nada -refunfuñó-. Y lo mismo se puede decir de Daoud. Y ahora me propones que desperdicie otro día. No lo haré, Peabody, es mi última palabra.

- Supón que te dejo a Ramsés y a David mañana y pasado mañana para recuperar el tiempo perdido.

- ¿Dejarme? Hum -dijo Emerson.

Todos se mostraron conformes, incluso Walter, quien nos aseguró que no le importaba nada pasar un día al aire libre. De modo que todos, incluidos Sennia y Gargery, acudimos a las excavaciones a la tarde siguiente. Horus iba a todas partes con Sennia y el Gran Gato de Ra había decidido acompañarnos también. El y Horus se llevaban razonablemente bien, dado que el primero de ellos estaba especialmente ligado a Ramsés y por eso no ponía en discusión la exclusividad que Horus pretendía tener sobre Sennia. El Gran Gato de Ra, especialista en serpientes, hizo salir a una enfurecida cobra de su agujero y no fue fácil impedirle que la atacara. Emerson mató a la pobre serpiente. Lo cierto es que se había limitado a comportarse como cualquier serpiente tiene derecho a hacer, pero hay que reconocer que una serpiente venenosa es siempre un vecino peligroso. No es muy frecuente encontrarlas, ya que suelen evitar a los seres humanos.

Me dejaron a solas con mi basura, dado que todos encontraban aquella tarea aburrida y habían puesto todo tipo de excusas para no tener que estar allí. Los miré con una cierta envidia ya que yo también empezaba a cansarme de todos aquellos escombros. Evelyn se encontraba en el refugio, descansando un poco; su pelo plateado brillaba incluso en la penumbra. Emerson, con la cabeza descubierta a plena luz del sol, estaba echando un discurso a Walter sobre algo… Mientras mis ojos deambulaban de un lado a otro, noté algo extraño, como un insecto, que zumbaba. A medida que el ruido aumentaba, miré a mí alrededor, tratando de saber de dónde provenía.

Ramsés, cuyo fino oído es proverbial en Egipto, salió de detrás de la pared en ruinas que estaba excavando. Al igual que su padre, iba sin sombrero. Haciendo sombra sobre sus ojos con la mano,

miró hacia arriba.

Me levanté de un salto, algo sorprendida, y me precipité en dirección a Emerson. Los demás también lo habían visto; se habían quedado paralizados en idénticas posturas, con la cabeza levantada, y miraban en medio de un silencio lleno de asombro cómo el aeroplano giraba y se desviaba por encima del río.

- ¿Qué es lo que miran todos boquiabiertos? -preguntó Emerson recuperándose de su inicial sorpresa-. ¿Acaso no han visto nunca un avión?

Habían visto, y muchos, durante la revuelta de la pasada primavera. Los aviones habían arrojado entonces hojas volantes por todo el país, advirtiendo que cualquiera que cometiese actos de sabotaje sería fusilado, y también bombas, sobre cualquier reunión de personas que los observadores militares consideraron sospechosa. Por eso no fue sorprendente que, cuando éste dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia nosotros, se oyera un gran grito y algunos de los hombres se tiraran al suelo. He de reconocer que aquella condenada cosa me puso también a mí un tanto nerviosa. Cuando estaban en el aire parecían irreales: no como un pájaro, o una máquina, sino como una especie de insecto volador mitológico, rígido y frágil, que se deslizase por el aire con sus alas inmóviles.

Esta vez pasó directamente por encima de nuestras cabezas, tan despacio que fui capaz de ver los círculos concéntricos de rojo, blanco y azul que tenía en sus alas, y las cabezas de dos personas que sobresalían por encima del cuerpo del aparato. Sus caras estaban ocultas tras los cascos y las gafas que llevaban puestos. Uno de ellos levantó un brazo e hizo un gesto.

- ¡Maldita sea! -exclamó Emerson-. ¿Qué pretende hacer ese condenado chiflado?

- Quiere aterrizar -dijo Ramsés sin poder dar crédito a sus ojos-. En este lado del río.

Al acabar de decir esto, echó a correr hacia el refugio donde habíamos dejado los caballos, saltó a lomos de Risha y puso al animal al galope en dirección a la carretera que, rodeando la colina de Kurnet Murai, llevaba hasta el río.

- ¿Adonde va? -preguntó Nefret. Apartando los ojos del avión, que en ese momento hacía un nuevo círculo, los dejó caer sobre su marido.

Emerson se encaminó a grandes zancadas hacia los caballos.

- A conducirlos a un lugar adecuado para aterrizar, supongo. Lo que no entiendo es por qué no lo hacen en la orilla este, donde hay grandes extensiones vacías de desierto para poder hacerlo.

- ¡Espérame! -le grité, corriendo detrás de él. Nefret y David habían montado ya sobre sus caballos.

Estaba segura de que nuestra ayuda iba a ser necesaria. La franja de desierto que se encontraba entre los cultivos y los despeñaderos estaba cubierta de rocas y era empinada, con pozos, tumbas y ruinas por todas partes.

No sabía cuánto espacio podía necesitar un avión para aterrizar, pero la principal carretera turística parecía ser la mejor posibilidad. Cuando llegamos a ella, el avión se había puesto a trazar círculos de nuevo, mientras Ramsés trataba de despejar de burros, carros, camellos y personas una franja de terreno relativamente llano. No era una tarea fácil, ya que corrían en todas direcciones: unos tratando de guarecerse, otros, los más valientes y curiosos, intentando en cambio acercarse. A fuerza de gritar y de, incluso, remolcar testarudas muías y arrogantes camellos, nos las arreglamos para vaciar finalmente una parte de la carretera, a cuyos bordes, sin embargo, se fueron alineando los espectadores.

- Creo que con esto basta -dijo Ramsés jadeando. Dándose la vuelta, insultó en árabe a un conductor de camellos que se acercaba en ese momento-. ¡Aléjese!

- ¿Qué espera? -preguntó Emerson.

- Algo relacionado con el viento -le contestó Ramsés. Levantándose sobre los estribos, agitó los brazos. Desconocía el significado de aquellos gestos pero algo tuvieron que indicarle al piloto ya que el avión, al acercarse de nuevo, se preparó para aterrizar. Las ruedas tocaron el suelo; rebotando en modo alarmante a una considerable velocidad, se precipitó hacia nosotros. En vista de lo cual, el resto de los espectadores se dispersaron entre gritos y rebuznos. El aparato, finalmente, se detuvo.

- ¡No hay nadie herido, gracias a Dios! -rezongó Emerson-. Voy a decirle un par de cosas a ese condenado chiflado y le voy a preguntar qué era lo que pretendía con todo esto.

El avión se había detenido a varios metros de allí. Todos se fueron congregando a su alrededor, exceptuando a los burros

quienes, nada habituados a los estruendos como aquél, no dejaban de dar coces y de rebuznar. Los seguí lentamente. Acababa de tener uno de mis presentimientos.

Al llegar a la escena, el piloto se había quitado el casco y chillaba alegremente a la audiencia.

- Apartaos, amigos, ¡lashi! Alejaos de aquí o, de otro modo, le diré al pájaro grande que os pique.

El segundo hombre, sentado en el asiento del observador, esperó a que me acercara para mostrar su rostro.

- ¡Ah, Amelia!, aquí estás. Buenas tardes a todos.

- ¡Tú! -graznó Emerson.

- ¿Acaso no me esperabais?

- No de este modo -dije.

Sethos me dirigió una mirada provocadora. Al igual que su hermano, a quien se parecía mucho, era un hombre muy atractivo, aunque su cara algo pálida y su porte fuera ahora menos saludable de lo que solía ser habitual. Por su aspecto, parecía que alguien lo hubiera apaleado fuertemente.

- Tenía prisa -explicó-. Rob ha tenido la amabilidad de traerme hasta aquí. Teniente de vuelo Wickins, ¿puedo presentarle a Mrs. Emerson, su marido, el profesor…?

- ¡Vamos, por el amor de Dios! -exclamé-. ¡Sal de una vez de ese maldito trasto!

Sethos cambió de posición, hizo una mueca teatral y tendió la mano a Emerson.

- ¿Me das una mano, colega? Estoy algo agarrotado.

# Capítulo 8

El teniente Wickins rechazó cortésmente mi invitación a tomar el té con nosotros.

- No puedo dejar ese viejo autobús sin vigilancia, ma'am, esos pordioseros arrancarán todo lo que se puedan llevar. Tengo que regresar sea como sea. Mi comandante me va a echar una buena bronca. Me he ausentado sin permiso y, por si mera poco, he robado uno de los valiosos aviones de Su Majestad.

Se rió divertido, como un niño travieso. Debía de tener unos diecinueve o veinte años, su tez era tersa y sus ojos castaños y risueños bajo unas cejas aclaradas por el sol, al igual que su pelo.

- Espero que no tenga usted problemas por esto -dije.

- No puedo negarle nada al bueno y viejo de Badger, ma'am. No me lo hubiera perdido por nada del mundo.

Los miembros más lentos del grupo nos alcanzaron en ese momento. Lía llevaba en brazos al Gran Gato de Ra y se podía oír a Horus bufando y maldiciendo en su cesta. Walter lo miró de hito en hito.

- ¿Badger? -repitió.

Tuve que darle un pequeño codazo.

- Necesitaré gasolina -prosiguió el muchacho-. ¿Pueden procurármela?

Dirigió la pregunta a Emerson, quien, como no podía ser de otro modo, era siempre considerado el líder de cualquier grupo del que formara parte. Pero, en ese momento, mi marido miraba iracundo a su hermano quien se apoyaba patéticamente en su brazo, de manera que fue Ramsés el encargado de responder.

- Sí, por supuesto. Sólo que dentro de nada se hará de noche.

¿No prefiere esperar hasta mañana?

- Será coser y cantar. -Fue la jovial respuesta-. Basta seguir el río y uno llega inevitablemente a El Cairo. Cuanto antes mejor, sin embargo, así que, si no les importa…

- Por supuesto -dijo Ramsés-. Selim se ocupará… ¿Selim?

Selim contemplaba extasiado el avión. Había ya visto algunos en el pasado, no sólo allí sino también en Palestina, durante nuestra pequeña hégira a Gaza, pero aquella debía de ser la primera vez que veía uno en el suelo: una auténtica máquina con un auténtico motor y no una cosa volando a lo lejos en el cielo.

- Sí-dijo, volviendo de nuevo a la realidad-. ¿Decía usted algo, Ramsés?

Sethos dejó escapar un leve gemido.

- Será mejor que lleve a… eh… al bueno y viejo de Badger a casa -dije, mirándolo con dureza-. ¿Nos disculpa teniente? Los hombres se quedarán con usted para ayudarlo, cuente con ello. Espero que nos haga una visita como es debido uno de estos días.

- Será un placer, ma'am.

- Te has portado como un tío grande, colega -dijo Sethos, cargando un poco el acento.

- Voy enseguida -dijo Emerson. Tras ayudar a subir a su hermano expeditivamente al caballo de Selim, regresó para contemplar el avión con la misma expresión de vacua adoración de nuestro amigo egipcio. Un intenso presentimiento hizo que me estremeciera.

Al llegar a casa, mandé a Sethos a su habitación para que se aseara un poco y pedí a Fátima que preparara el té. Valiéndome de unas cuantas indirectas llenas de delicadeza, conseguí alejar de allí a casi todos, a pesar de que Evelyn tuvo que llevarse a Walter a rastras y que, con toda probabilidad, Gargery nos iba a escuchar desde detrás de la puerta.

Sethos regresó casi de inmediato. Su cara y sus manos estaban más limpias pero su uniforme de comandante del ejército egipcio seguía estando completamente arrugado.

- Sé que tengo un aspecto deplorable, Amelia -dijo, pasándose la mano por la barbilla sin afeitar-, pero, por favor, no me riñas. No he podido afeitarme en una semana. Traje algo de ropa para cambiarme, pero no mucho más; uno no puede cargar demasiadas

cosas en esos aviones.

- ¿Qué le ha pasado a tu cara?

Sethos se sentó en la silla más cómoda.

- Me topé con unos cuantos tipos que pensaban que no tenía derecho a estar donde estaba.

- ¿Haciendo qué?

- Eso no importa. -Se inclinó hacia adelante, juntando las manos-. ¿Dónde está ella?

- Trabaja como señora de compañía para una anciana y su nieto, un perturbado mental. Viven en una dahabiyya en Luxor.

Su semblante no se alteró.

- Eso no parece muy propio de ella. ¿Qué ha sido de ese marido tan rico que tenía?

- Por lo visto, toda una serie de inversiones imprudentes dieron al traste con su fortuna. Murió dejándola sin un centavo.

- Generalmente no sueles ser tan lacónica, querida. ¿Qué es lo que tratas de ocultarme?

Gargery entró con una bandeja y la dejó sobre la mesa. Tuve que dirigirme a él en tono cortante para que se marchara de allí, lo que hizo refunfuñando.

- Creo que es conveniente que sea la misma Maryam la que te cuente los detalles -dije, sirviendo té en una taza-. Pero no aquí.

Bebió sediento y le volví a llenar la taza.

- Supongo que ya habrás pensado en todo.

- Por supuesto. No creo que sea aconsejable que vayas a verla. No me parece necesario que su patrona te conozca o que se entere de la relación que os une por el momento. Iré a buscarla a Luxor y la traeré hasta aquí.

- No hay prisa, puedes hacerlo mañana. -No me digas que tienes miedo. Yo, en cambio, creo que cuanto antes lo hagamos, mejor. Aquí estamos ya algo apiñados y me imagino que querrás tener algo de intimidad, así que lo mejor será que te alojes en el Amelia. Estarás muy a gusto. Fátima lo tiene siempre a punto para los huéspedes. Gargery, cuando vuelva el profesor dígale que nos hemos marchado.

- Sí, madame -me contestó una voz desde justo detrás de la puerta.

- Sí, madame -repitió Sethos.

Tan sólo necesité unos minutos para explicarle a Fátima lo que había que hacer; luego nos encaminamos de inmediato hacia la dahabiyya. Tras dejar a Sethos allí, pedí a un miembro de la tripulación (siempre había dos personas de servicio) que me llevara al otro lado del río. A pesar de que no iba lo que se dice adecuadamente vestida para una visita social, ya que no había tenido tiempo de quitarme mi ropa de trabajo, me había puesto mi segundo mejor sombrero, uno que tenía una bonita guirnalda de rosas rosa y que se ataba bajo la barbilla con una cinta de gasa. Sombrilla en mano, atravesé la pasarela del Isisy, después de anunciarme a los guardianes, fui conducida al salón.

Acababan de servir el té y todos estaban allí: Justin y Maryam, Mrs. Fitzroyce y el doctor. Este fue el único que, de hecho, pareció alegrarse de verme dado que se levantó de un salto con las mejillas redondeadas por una sonrisa. Su chaleco estaba bordado con los colores más brillantes del arco iris. Con las manos apoyadas en la empuñadura de su bastón, Mrs. Fitzroyce me miró de arriba abajo, pasando de mis botas polvorientas a mi sombrero adornado con rosas, del mismo modo en que la última de sus reinas habría contemplado a un perro callejero.

- Pido disculpas por la intrusión -dije-. No tengo la intención de quedarme. He venido sólo a preguntarle si puedo llevarme a Miss Underhill por una noche. Un viejo amigo nuestro ha llegado inesperadamente y le gustaría verla.

La imperceptible exclamación de Maryam fue la única respuesta. La sonrisa congelada del doctor no se alteró; Mrs. Fitzroyce no movió un dedo. En circunstancias normales, no es fácil desconcertarme pero, a medida que el silencio se prolongaba, empecé a sentirme un poco inquieta. Había algo extraño en aquella habitación en penumbra, en aquellas figuras inmóviles, en los ojos brillantes de Justin, como los de un gato.

Finalmente, la anciana se movió y carraspeó.

- No puedo permitir que Miss Underhill se ausente. Aceptó este trabajo consciente de que yo esperaba que estuviera siempre de servicio, sin faltar un día y durante toda la jornada.

- ¿Quiere usted decir que no ha tenido ni siquiera una hora para ella misma desde que la empleó usted?

Mi tono era, a la vez, de incredulidad y reproche; me parecía, y

pensaba que así le sucedería también a la mayor parte de las personas, que aquel arreglo era cruelmente injusto.

Mrs. Fitzroyce me respondió con un seco: «Así es».

- Bueno, seguramente… -dije, suavizando el tono-. Dado que Miss Underhill la ha servido con tanta lealtad durante todo este tiempo, ¿no podría prescindir de ella poruñas horas? Le estaría enormemente agradecida. Se la traeremos de vuelta apenas acabemos de cenar.

Inesperadamente y de modo inquietante, el semblante de Mrs. Fitzroyce se iluminó con una amplia sonrisa, lo que añadió al mismo una nueva e interesante colección de arrugas. Me di cuenta de que estaba teniendo otro de sus «ataques».

- De acuerdo -masculló-. Vaya a coger su sombrero, Miss Underhill. Ése tan bonito que le regalaron.

Maryam se puso lentamente de pie. Era evidente que sabía de sobra quién era «aquel amigo». No podía ver bien su cara pero por el modo de inclinar la cabeza y de encoger los hombros deduje que se había resignado a tener que enfrentarse a su padre.

- ¿Ha invitado usted a Miss Underhill a su casa? -La voz atiplada y clara de Justin sonó sorprendida-. En ese caso, voy con ustedes.

- Lo siento -empecé a decir.

La anciana me atajó con una risa chirriante.

- No, Justin, a ti no te han invitado.

- Pero ella es sólo una sirviente -protestó Justin-. ¿Por qué no puedo ir? Quiero ver a la hermosa Mrs. Emerson, y a los niños, y a los gatos.

La puerta se abrió, dando paso a uno de los guardianes, un tipo atezado con un turbante en la cabeza y una túnica a rayas. Jadeaba.

- Hay un caballero…

- Sí, sí -dijo el caballero en cuestión, haciéndolo a un lado-. Disculpe, señora. He venido a buscar a mi mujer.

A pesar de lo grosero y lo inesperado de su aparición, ésta tuvo la virtud de hacer que se desvaneciera la misteriosa atmósfera que flotaba en aquella habitación, igual que la brisa fresca hace evaporarse la niebla. Jamás se le habría ocurrido vestirse adecuadamente, por descontado, pero lo cierto es que a Emerson le favorece particularmente la ropa que suele llevar puesta en las excavaciones, con el cuello de la camisa desabrochado y las mangas

arremangadas hasta el codo. Mrs. Fitzroyce lo examinó con mayor interés del que me había concedido a mí. Emerson producía ese efecto en las mujeres y mi experiencia me dice que, además, una mujer nunca es demasiado vieja para apreciar a un hombre bien parecido.

- ¿No quieren quedarse, usted y su mujer, a tomar el té con nosotros, profesor?

- No -dijo Emerson. Tosí significativamente, lo que le hizo corregir su respuesta-. Esto… gracias, pero no tenemos tiempo. Mrs. Emerson se ha comportado ya de un modo extremadamente grosero, presentándose aquí de esa manera, pero las circunstancias… Hum. ¿Nos vamos, Amelia? ¿Dónde está la chica? Miss Underhill, quiero decir…

Tuve que golpearle con la sombrilla para impedir que siguiera metiendo la pata.

Mientras tanto, Maryam se había deslizado fuera de la habitación. Confiaba en que sólo hubiera ido a coger su sombrero pero, dado que no quería arriesgarme a que se me escabullera, me despedí precipitadamente y saqué a Emerson de allí. Me sorprendió que Justin no insistiera en venir con nosotros. Al ver entrar a Emerson, había retrocedido y se había quedado de pie, con la espalda apoyada en la pared, como si se tratase de un animal acorralado.

- No le gusto -dijo Emerson, quien había observado también la reacción del muchacho.

- No dejas de ponerle la mano encima. Pero mejor así; estaba decidido a venir con nosotros antes de que tú llegaras. Y ahora veamos, ¿dónde se ha metido esa muchacha? La esperaremos junto a la pasarela, así no podrá escapar.

- ¿Piensas que puede querer huir?

- No lo sé, Emerson, pero prefiero no correr el riesgo. Por eso vine aquí enseguida, antes de que ella se enterara de que un misterioso desconocido había llegado en avión. ¿Por qué me has seguido?

- Quería estar seguro de que te encontrabas exactamente donde habías dicho que ibas a estar, Peabody.

- ¿No confías en mí?

- Ni un ápice -dijo Emerson. Su mirada recorrió con curiosidad

la cubierta, deteniéndose en los elegantes accesorios y en la tripulación que, por su parte, lo miraba también a él con idéntica curiosidad-. Esa anciana debe de ser inmensamente rica. Se ha rodeado de todos los lujos posibles. No reconozco a nadie de la tripulación. Menudos grandullones, ¿no te parece?

- Supongo que es gente de El Cairo. Debió de contratarlos con el barco.

Maryam llegó luciendo el sombrero de flores. Se había quitado el maquillaje de la cara y se había soltado el pelo. Parecía muy joven y asustada. Mi marido se apresuró a ofrecerle el brazo y le dijo que no se preocupara.

Emerson nos dejó en el Amelia: detesta las escenas melodramáticas y suponía que aquélla iba a ser una de una particular intensidad. Acompañé a Maryam hasta el salón, donde encontramos al joven Nasir quitando enfurecido el polvo a varios muebles. Fátima debía de haberlo sacado de su casa en el pueblo y lo debía de haber enviado al barco para que cumpliera con sus anteriores obligaciones como camarero. Estaba claro que podía dejar todo en manos de Fátima; su nivel de exigencia era mucho mayor que el mío.

- Las camas están hechas, Sitt -me anunció orgulloso, agitando el trapo de tal modo que el polvo no tardó en volver a depositarse sobre las superficies que acababa de limpiar-. Y el té está listo, y la comida ya está aquí y Mahmud está ya preparado para cocinar y…

- Excelente -dije-. ¿Dónde está el señor?

- En su habitación, Sitt. Hay agua caliente, y toallas y…

Tras decirle a Maryam que se sentara, fui a buscar a Sethos. Por casualidad, o a propósito, mi cuñado había elegido la misma habitación que había ocupado cuando estuvo enfermo de malaria. Se encontraba junto a la ventana, contemplando a través de ella las ondas rosadas y doradas del río.

- Está aquí-le dije, a pesar de que estaba segura de que sabía que habíamos llegado-. Os dejaré a solas.

- No. -Lentamente, se volvió hacia mí-. Quédate, por favor.

- Vamos, vamos, no seas tan cobarde. ¿Tienes miedo de ella?

- Tengo miedo de decir algo que no debo. -Se pasó, nervioso, una mano por el pelo. Sólo entonces me di cuenta de que no era una peluca, a pesar de que aquel tono cobrizo en su cabellera

habitualmente castaña resultara un tanto peculiar.

- De acuerdo -consentí. Había hecho aquella oferta por pura cortesía. Sentía una gran curiosidad por saber lo que se dirían el uno al otro y, por otra parte, era también probable que necesitaran un mediador, ¡o incluso un árbitro!

Nasir había dispuesto ya el té; le dije que nos serviríamos nosotros solos y le pedí que se marchase. Tras un pequeño intervalo en el que Maryam permaneció con la cabeza gacha y Sethos con la mirada perdida en el vacío y, por una vez, sin saber qué decir, me senté.

- Maryam -dije bruscamente-, ¿quieres ocuparte tú de servir, por favor? Sólo yo quiero leche. Tu padre lo toma con limón y sin azúcar.

Los usos sociales son considerados por algunas personas como algo carente de sentido pero la experiencia me ha enseñado que pueden resultar muy útiles para ayudar a la gente a enfrentarse a ciertas situaciones comprometidas. Maryam siguió mis instrucciones de modo mecánico. Le di a Sethos un codazo, indicándole que tomara la taza que ella le ofrecía. En ese momento, Maryam lo miró por primera vez a la cara.

- Has cambiado -susurró.

- Para peor. -Sethos había recuperado su habitual sangre fría. Sabía muy bien cómo agradar-. Al contrario que tú. Te has convertido en una mujer preciosa.

- ¿Como mi madre?

Sethos pareció vacilar.

- No te pareces en nada a tu madre -respondió sin embargo, manteniendo el aplomo-. Cuando llegue el momento contestaré a tus preguntas y haré lo que sea necesario para remediar mis pasados errores, Maryam. Pero ahora, ¿por qué no hablamos un poco y nos conocemos mejor?

Su humildad logró que ella se sintiera más segura. Levantando la barbilla, sonrió levemente.

- ¿De qué quieres que hablemos?

- De ti. -Recordando sus modales, me ofreció la taza y se sentó junto a ella en el sofá-. Mrs. Emerson me ha descrito tu actual situación. Las cosas no pueden seguir así.

- ¿Le ha dicho también que el muchacho depende de mí y que

he dado mi palabra a Mrs. Fitzroyce de que me quedaré con ella mientras me necesite?

- Encontraremos a alguien que pueda ocupar tu lugar.

- Y entonces ¿qué? -respondió como cualquier mujer de carácter habría hecho, con los ojos relampagueantes y las mejillas encendidas-. ¿Pretende llevarme a vivir con usted y con la última de sus amantes?

Temí que aquello provocara una de las respuestas tajantes que eran la especialidad de Sethos.

- La señora a la que te refieres es mi querida compañera -le respondió sin embargo sin perder la calma-, y tan pronto como la convenza para que acepte mi propuesta de matrimonio se convertirá en mi mujer.

- ¿Te ha rechazado? ¿Por qué?

Aunque mi intención no era la de hacerle un cumplido, mi tono de voz hizo que lo pareciera.

- No se fía de mí. No alcanzo a comprender por qué. -Su sonrisa de arrepentimiento era difícil de resistir y ella, tal como había notado desde un principio, tampoco tenía demasiadas ganas de hacerlo. Las dificultades y el sufrimiento habían dulcificado su carácter; sólo la terquedad de su orgullo le había impedido rendirse a él desde un principio. Sus labios temblaban y sus grandes ojos castaños estaban anegados de lágrimas. Se volvió hacia él; lentamente, casi con timidez, él abrió sus brazos y la estrechó entre ellos.

Era una escena conmovedora. Emerson no habría dejado de sorber por la nariz y de carraspear al contemplarla. Puse mi taza sobre la mesa y me levanté.

- Creo que tenéis ya todo lo que os hace falta.

Sethos me miró por encima de los rizos castaños que caían sobre su pecho.

- Absolutamente todo -dijo-. Gracias, Amelia.

Los demás me estaban esperando en la galería. Nada más entrar, tuve que admirar seis o siete garabatos que los niños habían dibujado con el lápiz; sólo entonces, cuando se retiraron a hacer algunos más, pude satisfacer la curiosidad de los adultos. Con un gesto de la mano, rechacé el té que Evelyn me ofrecía. Emerson se apresuró a tenderme un whisky con soda bien cargado.

- Todo está arreglado -dije-. La he dejado sollozando en brazos de su padre.

Las reacciones fueron algo variadas. La dulce cara de Evelyn se iluminó, Emerson exhaló un gran suspiro, y David y Lía murmuraron palabras de aprobación y felicitación. La flemática expresión de mi hijo no se alteró.

- Me cuesta imaginarme a Sethos en el papel de afectuoso padre -dijo-. ¿Qué sucederá ahora, madre?

- Ya lo he dispuesto todo -le contesté, devolviendo a Emerson mi vaso vacío. Me sentía con derecho a aquella pequeña concesión ya que aquél había sido un día realmente agotador-. Cenarán juntos en la dahabiyya, donde se aloja Sethos, y después él la acompañará hasta el Isis. Ella presentará su dimisión y entonces… Bueno, entonces supongo que lo mejor será que Maryam se quede con nosotros hasta que su padre decida definitivamente lo que hacer con ella. Tengo ya algunas ideas al respecto, pero no quise estropear la calidez del momento con sugerencias de orden práctico.

La oscuridad fue en aumento a medida que el sol se hundía por entre las montañas del oeste; al anochecer, las luces de la lejana Luxor brillaban como estrellas caídas. La genial bebida -me refiero, en este caso, al whisky con soda-, tuvo su habitual efecto relajante; puede que por eso tardara en darme cuenta del silencio que había seguido a mis palabras en lugar de las preguntas entusiastas (y los elogios) que me esperaba.

- Espero que el teniente Wickins y el avión hayan podido partir sin dificultad -dije.

- Despegó sin problemas -dijo Ramsés-. Que pueda llegar a El Cairo es ya otra cosa. Si lo hace, será por los pelos, la autonomía de ese avión es de unos quinientos o seiscientos kilómetros, pero él parecía tomárselo a broma. Lleva gasolina de reserva. Nefret, ¿los niños no deberían irse ya a la cama?

Aquel proceso solía llevar un cierto tiempo. Mientras los jóvenes progenitores metían prisa a sus vástagos para que éstos dieran los correspondientes besos y abrazos de buenas noches, empecé a intuir que algo había pasado, algo que ellos no querían discutir en presencia de los niños. El afecto me hacía imaginar angustiada un desastre tras otro: Selim mutilado por la hélice del avión, Cyrus sufriendo un ataque al corazón, Bertie pálido y muerto a causa del

veneno con una nota suicida apretada en su ya rígida mano… No, todo aquello era ridículo. Tenía demasiado sentido común para hacer una cosa así, a pesar de que sospechaba que escribía poesía a escondidas.

Sennia fue la última en marcharse… se consideraba en su derecho a hacerlo, ya que era la mayor. Horus salió tras ella y el Gran Gato de Ra surgió de detrás del diván, haciendo oscilar su cola como si se tratara de un penacho de humo oscuro.

- ¿Y bien? -grité-. No me tengáis en vilo, Emerson. Algo terrible ha pasado, lo sé. ¿Se trata de Cyrus, o de…?

- Nada de eso, Peabody. Dios mío, tienes que aprender a controlar esa desbordante imaginación.

Han encontrado un cuerpo. Los restos de un cuerpo, más bien.

- ¡Ah! -dije aliviada-. Nadie conocido, entonces.

- Ese parece ser el problema -dijo Emerson-. La policía piensa que el tipo en cuestión no era un egipcio. Han pedido a Nefret que vaya al zabtiyeh para examinarlo. Examinarlos, vaya. Huesos.

- ¿Dónde los han encontrado?

- En el desierto, al este de Luxor.

- En ese caso -dije, poniéndome de pie-, le diré a Fátima que sirva inmediatamente la cena. Esperaba no tener que volver a montar hoy a caballo.

- Estás deseando ver ese cadáver, ¿me equivoco? -preguntó Emerson, mostrando al hacerlo su amplia y blanca dentadura-. Olvídalo, Peabody. Puede esperar hasta mañana. Ese tipo no se irá ya a ninguna parte.

Tal como Ramsés nos explicó durante la cena, habían determinado el sexo y la raza gracias a los jirones de tela que habían encontrado junto a los huesos. No pude por menos que manifestar mi sorpresa ante la capacidad deductiva del oficial de policía así como por el hecho de que hubiera requerido los servicios de Nefret. Podía haberse ahorrado un montón de problemas deshaciéndose de aquellos restos sin molestarse siquiera en mencionárselos a las autoridades británicas.

- Es un recién llegado -me replicó Ramsés-. Hace unos meses, el antiguo jefe llegó, tambaleándose, a la edad de jubilación. Ibrahim Ayyad es joven, ambicioso, enérgico y lo bastante astuto como para saber evitar los problemas a menos que esté seguro de sus

conclusiones.

Yo también había llegado a las mías pero, al igual que el admirable Mr. Ayyad, era también lo bastante astuta como para no expresarlas abiertamente. Si los otros compartían mis sospechas, tampoco lo dijeron.

Quería pasarme por la dahabiyya antes de acompañar a Nefret a Luxor pero no fue necesario. Sethos se presentó en casa a primera hora de la mañana. Informado de su llegada por Gargery, me apresuré a acabar de vestirme y me dirigí de inmediato a la galería, donde comprobé que Fátima le había servido ya el café. Tenía un aire bastante respetable con sus pantalones de franela y su chaqueta de tweed que Nasir debía de haberle planchado. Las magulladuras habían adquirido una tonalidad verde amarillenta y la barba estaba ya bien crecida.

- Servirán el desayuno enseguida -le informé.

- Eso me ha dicho Fátima, disculpándose por el retraso. Siéntate, Amelia, y contemplemos juntos el amanecer. No dudo que sabrás apreciar el simbolismo.

Pálidas nubes rosa y ámbar atenuaban el azul verdoso del cielo. Era la misma vista que había contemplado en tantas ocasiones con Abdullah, desde mayor altura. El simbolismo de todo aquello no se me ocultaba.

- Eso quiere decir que has hecho las paces con Maryam.

- Acabamos de compartir unas cuantas horas cargadas de emoción -dijo Sethos con desenvoltura-. Es una joven algo propensa al llanto, ¿verdad? No recuerdo haberla visto llorar tanto nunca.

- Motivos no le han faltado.

El tono de mi voz, más que las palabras, expresaba el reproche que trataba de hacerle. Sus ojos evitaron los míos.

- Mi comentario ha sido de mal gusto. Tienes razón al considerarme un mal padre, pero pasé con esa niña todo el tiempo que pude. No… La verdad es que… Maldita sea, Amelia, tenía la sensación de estar hablando con una desconocida… Una joven bonita y educada, tan distinta de la niña rebelde que conocí hace tiempo que apenas podía creer que se tratara de la misma persona.

- El cambio ha sido para mejor, ¿no te parece?

Asintió con la cabeza, sin añadir palabra y evitando aún mi mirada.

- Los niños cambian mucho cuando se hacen adultos -dije-. Hasta podría decirse que se convierten en otra persona. ¡Basta ver a Ramsés!

Alzó la mirada. A causa de la luz, el extraño color de sus ojos oscilaba entre el castaño pálido y el gris, aún más pálido.

- Un ejemplo realmente alentador, es cierto. Bueno, nos hemos entendido bastante bien, evitando de mutuo acuerdo algunos temas delicados como la carrera de su madre como asesina.

- Tendrás que abordar ese tema con ella tarde o temprano -le dije en tono cortante. Sethos se valía del cinismo para defenderse de las emociones pero, en mi opinión, ya iba siendo hora de que dejara caer la barrera que había erigido contra su hija-. Debes hablarle abiertamente de ello y contárselo todo. Dudo que ella haya oído la verdadera historia.

- Parece escarmentada. Habló de ti con agradecimiento.

- Razón de más para aclarar las cosas. Si tú no lo haces, lo haré yo.

- Mejor que lo hagas tú, entonces. Sabes cómo enfrentarte a la gente.

- Buscaré el momento más adecuado -le prometí-. Entonces, ¿la llevaste de nuevo al Isis}

- Sí, la anciana se había retirado por lo que no pude presentarle mis respetos. Tengo que ir más tarde a recogerla, a ella y sus cosas, estén como estén; luego la llevaré de nuevo a la dahabiyya.

- No me parece correcto que se quede contigo.

- ¡Por el amor de Dios, Amelia, se trata de mi hija!

- ¿Quieres acaso que todo Luxor lo sepa?

Sethos se rascó el mentón. Supuse que aquella barba desaliñada y los cortes todavía abiertos debían de hacerle daño.

- Estoy harto de inventarme nuevas identidades y planes absurdos, Amelia. Por lo que concierne a su patrona, soy un viejo amigo de su padre. Maryam dice que la anciana es un tanto despistada así que no creo que haga preguntas inoportunas; el incansable chismorreo de Luxor las hará, sin embargo. He decidido convertirme de nuevo en el comandante Hamilton. Retirado, por supuesto. Es posible que alguien de fuera recuerde a Molly y éste es el modo más fácil de explicar mi interés por ella.

- Hamilton era pelirrojo -le dije, mirándole con aire crítico el

pelo.

- Me están saliendo canas. Es triste comprobar que los años no perdonan, ¿no te parece?

- Hum -masculló Emerson, cruzando el umbral de la puerta-. Esto… ¿ha ido todo bien con la muchacha?

- Sí, bastante -dije, consciente de que no quería mayores explicaciones sino sólo asegurarse de que no iba a tener que hacer nada-. ¿Está listo el desayuno?

- Sí, supongo -me respondió mi marido malhumorado-. Imagino que será una perdida de tiempo pedirte que no vengas al zabtiyeh.

- Correcto. Sería conveniente que Sethos nos acompañara también, dado que conocía bien al difunto.

La única reacción de Sethos al saber la noticia de la muerte de Martinelli fue enarcar las cejas y emitir un silencioso silbido. No me extendí en detalles y el tema tampoco fue tratado durante el desayuno. Evelyn preguntó por Maryam; Walter hizo varios intentos, nada delicados, para saber el verdadero nombre de Sethos y

Ramsés, tratando de entretenernos, nos describió la fascinación que Selim había demostrado por el avión.

- Acariciaba aquella lona mugrienta como lo habría hecho un amante y preguntó al teniente si era muy difícil de pilotar.

La mayor parte de los extranjeros no se relacionaban nunca con la policía local. Para empezar, no estaban sujetos a las leyes egipcias pero es que, además, preferían resolver los casos ocasionales de robo y extorsión a través de sus militares y agencias de viajes. La policía de El Cairo -al igual que el resto del país- se encontraba a las órdenes de un «consejero británico» pero la mayor parte de la policía de las provincias estaba bajo la jurisdicción del mudir local. Había visitado ya el zabtiyeh (puesto de policía) en el pasado y me agradó ver que su aspecto había cambiado. Los escalones y las ventanas rotos habían sido reparados; había dos policías, elegantemente ataviados con uniforme blanco y tarbush, apostados junto a la puerta y atentos a lo que pasaba a su alrededor en lugar de dedicarse a dormir sobre la escalera como estaban acostumbrados a hacer en el pasado. Era un signo de que los tiempos estaban cambiando, de que últimamente se respiraba un aire nuevo en Egipto; y lo mismo se podía decir del joven que se

levantó al vernos entrar en su oficina. Más alto que la mayoría de los egipcios, su negra barba y su mostacho estaban bien recortados, tenía la tez suave y oscura de un sudanés y las maneras de un francés a pesar de que, cuando me besó con respeto la mano que le tendí, pude detectar un destello de ironía en sus penetrantes ojos negros.

- Es un honor inesperado, Sitt Hakim -dijo.

Interpretando aquellas palabras como el sutil reproche que pretendían ser, le repliqué en mi mejor árabe.

- No he podido resistir la tentación de venir a ver a alguien a quien he oído alabar tanto.

- Que la paz, la misericordia y la bendición del Señor sean contigo -añadió mi marido. Dando por concluidas las formalidades, al menos en lo que a él concernía, prosiguió-: Creo que conoce ya a mi hijo. Esta es mi nuera… una auténtica Sitt Hakim… y… esto…

- Un amigo -dijo Sethos haciendo una reverencia-. Sabah el-kheir, effendi.

Los ojos de Ayyad se detuvieron en él por un momento, antes de volver a posarse sobre Nefret.

- Gracias por haber venido. He ordenado que traigan todas las cosas aquí. El depósito no es un lugar muy agradable para una dama.

Nefret podía haberle recordado que su experiencia con repugnantes cadáveres era, casi seguro, mucho mayor que la suya, pero se dio cuenta de que lo único que intentaba era ser amable y se lo agradeció con una sonrisa.

La habitación era bastante grande y estaba abarrotada de muebles viejos: un canapé de felpa, un gran escritorio y dos armarios de madera en pésimas condiciones. Bajo las ventanas de la pared orientada a este había una larga mesa, cubierta con una tela de algodón. Sin más preámbulos, Ayyad la apartó con un movimiento brusco.

Es inevitable pensar en momias en Egipto. Sin embargo, un cuerpo sin enterrar tiene pocas posibilidades de llegar a secarse antes de que los depredadores se abalancen sobre él: buitres, perros salvajes, chacales, y, tras ellos, una variada gama de insectos. De aquel cuerpo no quedaba nada, aparte un montón de huesos astillados, roídos y desarticulados. Nefret se inclinó absorta sobre el

asqueroso conjunto.

- Estaban dispersos por todas partes -dijo entonces Ayyad-, y no fuimos capaces de encontrarlos todos a pesar de que rastreamos con detenimiento la zona.

Al detectar el tono defensivo que había en su voz, Nefret le hizo el cumplido que él estaba esperando.

- Los ha dispuesto usted correctamente -dijo, sin alzar la mirada-. Me impresiona que pudiera encontrar tantos. Faltan los pequeños huesos de las manos y los pies, pero eso es frecuente en este tipo de casos. Algunas de las costillas… -Mientras hablaba, sacó un metro del bolsillo de su falda-. Sin los pies sólo puedo estimar la altura que debía de tener el muerto.

- ¿Qué quiere decir con estimar? -preguntó Ayyad, acercándose a ella.

- Existen tablas de proporciones. Puedo enseñárselas un día, si quiere.

- Ha dicho usted «el muerto», ¿cómo sabe que era un hombre?

- Usted también lo sabía. -Nefret le dedicó entonces una sonrisa de camaradería, de profesional a profesional-. Por la ropa. Nos dijeron que habían encontrado restos de unos pantalones, de un chaleco y de una chaqueta de estilo europeo.

- Sí, están en esa caja. Pero hay otros métodos… ¿por medio de los huesos?

Nefret le dio una pequeña conferencia sobre el tema que él escuchó sin pestañear, su cabeza junto a la de ella.

- El cráneo indica también que se trata de un hombre -finalizó-. ¿Ve usted esos huesos que sobresalen en las órbitas de los ojos? La mayoría de las mujeres no los tiene tan prominentes y el ángulo de la mandíbula es más redondeado.

- ¿Edad? -le preguntó bruscamente Ayyad.

- No era ya un muchacho, desde luego, pero tampoco era viejo. Lo intuyo por experiencia; basándome sobre todo en los dientes: tiene los cuatros molares posteriores fuera y están moderadamente desgastados. No le puedo decir mucho más. Esos condenados chacales no me han dejado lo suficiente para poder trabajar.

Nefret le había hablado en inglés y él le había respondido en el mismo idioma, tan absorto en el tema que el modo de dirigirse a ella no se diferenciaba en nada del que habría empleado con un

hombre. A pesar de que siento profunda simpatía por el deseo de cualquier persona a mejorar su comprensión de las cosas, se nos estaba haciendo tarde y Emerson empezaba a agitarse.

- Lo suficiente como para que sepamos de quién se trata -dije, anticipándome a una nueva pregunta de Ayyad-. Se trata de Martinelli. Mira sus dientes.

Eran los mismos dientes marrones y verde amarillentos; sus labios descarnados habían dejado al descubierto los incisivos inferiores, completamente picados, en algo que parecía ser un amago de sonrisa.

* * *

Los trozos de tela confirmaron mi identificación. El descolorido tejido a cuadros era el mismo que el de los pantalones que llevaba puestos Martinelli la noche en que desapareció. Junto a él, lo único que había en la caja eran unos cuantos botones y corchetes pertenecientes a varias prendas de vestir. Su ostentoso alfiler de corbata y su reloj de bolsillo no estaban allí. Como tampoco, huelga decirlo, las pulseras de oro y el pectoral.

Sethos intervino para hacerse cargo del problema de qué hacer con los huesos. Declarando ser un conocido del muerto, trató valerosamente de ocultar la impresión y la tristeza que le había producido aquella terrible noticia.

- Le advertí un montón de veces de lo peligrosos que podían resultar esos paseos solitarios -musitó-. Tenía el corazón delicado, debió de sufrir un ataque y murió luego en ese yermo, bajo la fría e indiferente luz de la luna, no mucho antes de que… -Se estremeció-. Ahora descansa en paz.

Estuve tentada de darle un golpe con la sombrilla pero él se había mantenido a una cierta y prudente distancia.

Tras prometerle que recogeríamos los huesos y que informaríamos a las autoridades competentes sobre lo acaecido, abandonamos la oficina. Zabtiyeh Square era una zona ecuménica donde se concentraban, junto al puesto de policía, una mezquita, una iglesia católica y dos hoteles. El centro estaba ocupado por un bonito jardín; el color y el perfume de las flores resultaban particularmente refrescantes después de lo que acabábamos de ver.

- Esto complica más las cosas -comenté-. Martinelli nunca salió de Luxor. Deben de haberlo matado la misma noche en que

desapareció.

- No sabes si fue un asesinato -murmuró Emerson quien sabía de sobra que mi conclusión era correcta pero se negaba a admitirlo.

- No es propio de un hombre como él dedicarse a dar largos y solitarios paseos -le repliqué-. Alguien debe de haberlo conducido hasta allí, a la fuerza o valiéndose de alguna estratagema, abandonándolo una vez muerto. En mi opinión, es muy probable que se trate de un asesinato. Esa historia del corazón delicado te la inventaste, ¿no es cierto?

Mi cuñado me miró, encogiéndose de hombros y sonriendo.

- No era necesario complicar aún más la situación, visto que las autoridades piensan que se trató de un accidente. ¿Cómo murió, Nefret?

Al oír que se dirigía a ella, Nefret se sobresaltó ligeramente y lo miró con ojos inquietos.

- No se le escapa a usted casi nada.

- Se te ve en la cara, querida. Algo relativo a los huesos del cuello, ¿verdad?

- Habían sufrido algún tipo de daño, no podría jurarlo pero podría haber sido estrangulado. O -añadió con acritud-, podrían haberlo golpeado en la cabeza hasta la muerte, es difícil determinar si los golpes se produjeron antes o después de muerto, ¡o podrían haberlo envenenado, o apuñalado, o incluso haberle metido una bala en el cuerpo!

Tomando su mano, le di unas palmaditas.

- ¿Vamos al Savoy a tomarnos una buena taza de té?

- ¡Cielo santo, no! -Emerson apretó el paso-. Tengo trabajo pendiente. Hay que informar a Cyrus. Ocúpate tú, Peabody.

- Si el robo fue el motivo del asesinato… -empecé a decir.

- ¿Qué otro motivo podía haber si no? -preguntó Emerson-. Puede que el fellahin que encontró sus restos se haya apropiado de algo de valor pero es más probable que lo robara alguien a quien había sido lo suficientemente estúpido de enseñarle las joyas mientras se pavoneaba por los cafés y los bares de la ciudad. El valor del botín era tan fabuloso que incluso un prudente ladrón de Luxor podría haber llegado a matar por él. La maleta que transportaba Martinelli al salir de casa debe de encontrarse en el fondo del río, llena de piedras. Eso es, al menos, lo que yo habría

hecho con ella -concluyó Emerson. Asiéndome con fuerza de la mano, me obligó a pasar a toda prisa por delante de las tiendas que se alineaban alrededor de la explanada.

Era evidente que no tenía ningunas ganas de continuar discutiendo lo que no impidió, sin embargo, que yo siguiera adelante con mis especulaciones. Su teoría (la nuestra, diría yo más bien) era probablemente correcta sólo que, en ese caso, ¿qué había sido de las joyas de las princesas? ¿Se encontraban todavía en casa del ladrón, escondidas en un agujero secreto semejante al que había excavado el viejo Abd el Hamed en el suelo de la suya? ¿Habían sido vendidas a un comerciante de Luxor? Esto último me parecía poco probable. Aquellas joyas eran muy especiales y tanto su dueño como su origen perfectamente conocidos; si alguien se las hubiera ofrecido a un posible comprador, nos habríamos enterado tarde o temprano y Emerson se habría precipitado sobre el comerciante en cuestión como un rayo. Puede que nuestra primera teoría fuera la correcta: el tesoro había sido llevado hasta El Cairo por una persona que, obviamente, no era Martinelli.

Algo después, aquella misma tarde, me senté sola en la galería para esperar la llegada de Sethos y de su hija. Agradecía aquel pequeño interludio de reflexión. El resto de la familia -et quelle famille!- no tardaría en llegar y, aunque rara vez tengo dificultades para mantenerme al tanto de toda la plétora de problemas que nos suele circundar, era incapaz de concentrarme. Mi mente revoloteaba de aquí para allá como una mariposa, saltando de un pensamiento a otro: unos importantes, otros completamente insustanciales. Qué ponerse para asistir a la fantasía pertenecía, desde luego, a la segunda categoría y lo mismo se podía decir del menú para la cena que ya había decidido con Fátima, y del resto que había encontrado aquella tarde: otro fragmento de la tablilla que había causado tanto embarazo a Ramsés. La disposición de los extremidades inferiores era realmente sorprendente pero mi hijo se había negado a hablar del tema conmigo.

Hice un esfuerzo para concentrarme en pensamientos más importantes. Todavía no había tenido ocasión de hablar a Cyrus de Martinelli. No tenía prisa en ver a los

Vandergelt dado que aún no habíamos decidido qué contarle a Cyrus sobre Sethos. Los tres estaban al tanto de la relación que le

unía a Emerson. Selim era la única otra persona en Luxor que lo sabía aunque desconocía, en cambio, que aquella gris acompañante fuera en realidad su hija. ¿O acaso sí que estaba al tanto?

Me dolía la cabeza. La culpa la tenía Emerson, por haberme arrastrado hasta las excavaciones antes de que pudiera tirar de la lengua a mi esquivo cuñado. Lo habíamos dejado en Luxor donde, según nos explicó, tenía todavía que comprar algunas cosas de primera necesidad antes de ir a recoger a su hija. Luego habíamos acordado que vinieran directamente a nuestra casa y por eso me extrañaba que tardaran tanto. Puede que las cosas no se hubieran resuelto con tanta facilidad como había pensado Sethos. Mrs. Fitzroyce tenía razones para organizar un alboroto y no me cabía ninguna duda de que Justin lo haría.

Emerson fue el primero en reunirse conmigo.

- ¿Dónde están los demás? -preguntó.

- Imagino que no tardarán en llegar. Todos.

Y así fue. Todos excepto Sethos y Maryam. Los niños se pusieron enseguida a pedir a voces el té de modo que le pedí a Fátima que lo sirviera.

- ¿No deberíamos esperar a nuestros invitados? -preguntó Sennia.

De repente caí en la cuenta. Me había olvidado de Sennia. La niña era más lista que el hambre y muy preguntona. ¿Cuánto le había contado? ¿Cuánto debía contarle? Había conocido a Maryam cuando ésta era todavía Molly. En cambio, a Sethos lo había conocido como el «primo Ismael» y no como el comandante Hamilton… Lo dejé estar.

- ¿Cómo sabes que esperamos invitados? -le pregunté con un hilo de voz.

Sennia era un poco vanidosa y siempre insistía en ponerse su mejor vestido para el té. Tras alisar los pliegues de su falda, alzó la mirada.

- Fátima me lo dijo. ¿De quién se trata? ¿Acaso es uno de ellos Mr. Badger, el señor que llegó en el avión?

- Es una sorpresa -me limité a decirle ya que no tenía ni idea de cuál iba a ser la apariencia que Sethos iba a asumir o el nombre que emplearía en aquella ocasión. Era muy probable que ella no se acordara de él y que tampoco fuera capaz de reconocer al «primo

Ismael».

Conociendo la predilección de Sethos por las apariciones teatrales -la del avión era, hasta la fecha, la más impresionante de todas-, debería haberme imaginado que esperaría hasta tener una gran audiencia antes de presentarse. Vimos el carruaje a lo lejos, acercándose hacia la casa; era de los mejores que se podían alquilar en el desembarcadero. Tras detenerse con aire triunfal a la entrada de la casa, Sethos se apeó de él y, acto seguido, se abalanzó como un halcón sobre Davy quien en ese momento pasaba junto a él corriendo todo lo deprisa que le permitían sus piernas en dirección al coche. El niño era extraordinario, la puerta había permanecido abierta apenas unos segundos.

Sethos alzó al pequeño hasta que los ojos de ambos se encontraron al mismo nivel.

- Veamos, ¿quién es el joven aventurero? -preguntó. Davy soltó una risita.

Aquel diminuto truhán había superado la primera dificultad. Sethos se lo pasó a Ramsés y ayudó a Maryam a bajar del carruaje mientras el resto de nosotros trataba de apartar a los otros niños quienes, de todos modos, no tardaron en rodear a Sethos. Davy parecía encantado con su nuevo amigo y las niñas respondieron a su calculado encanto como lo hubiera hecho cualquier otra mujer.

- ¿Qué le ha pasado a tu cara? -preguntó Ewie, apoyándose en su rodilla-. ¿Te ha pegado alguien?

- Tres alguien -dijo Sethos, mostrándose impasible-. Tres hombres corpulentos y crueles. Estaban a punto de hacer daño a un pobre gato. Conseguí que se detuvieran.

Los gemelos gorjearon en señal de aprobación y Ewie pestañeó, mirándolo con coquetería. -¿Dónde está el gatito?

- Está en mi casa. La he llamado Florence. Tiene rayas negras en la piel y la frente blanca.

- Ha sido usted muy noble, señor -dijo Dolly.

La cara de Sethos se suavizó ligeramente al mirar al niño.

- Tú debes de ser el joven Abdullah. Conocía bien a tu abuelo. El hubiera hecho lo mismo.

- ¿Por qué no hacéis un dibujo de Florence} -les sugerí, fulminando con la mirada a mi fantasioso cuñado. Abdullah odiaba los gatos.

El grupo se dispersó; sólo Sennia permaneció con nosotros.

- ¿Era cierta esa historia? -le preguntó a Sethos con una mirada interrogante.

- Ni una palabra -le respondió mi cuñado con presteza.

Sennia se rió alegremente.

- Eres muy divertido. Pero ¿quién eres realmente? ¿Su padre? Me acuerdo de ella, estuvo ya aquí, hace mucho tiempo.

Al decirlo indicó a Maryam, quien se había sentado junto a Evelyn. La muchacha llevaba puesto el sombrero que yo le había regalado y un vestido nuevo -el mejor que se podía comprar en Luxor, suponía- de muselina de seda rosa. Papá la había llevado de compras.

- ¿Por qué no vas y te presentas? -sugerí.

Era imposible mantener una conversación general en un grupo tan grande. A Sethos no le costó mucho arreglárselas para poder mantener un tete-a-téte conmigo, mientras Maryam respondía tímidamente a las amables preguntas de Evelyn y los niños realizaban innumerables dibujos de presuntos felinos. Mi marido hizo inmediatamente extensible a él el susodicho tete-a-téte, estrujándose junto a mí en el canapé y clavando unos severos ojos zafíreos en su hermano.

- Supongo que esperáis mi informe -dijo este último.

- Espero que nos aclares quién se supone que eres para la totalidad de los habitantes de Luxor -le repliqué-. ¿Qué le contaste a Mrs. Fitzroyce?

- No la vi. -Sethos se inclinó hacia atrás y cruzó las piernas-. Dos tipos fornidos me interceptaron al principio de la pasarela. Cuando les di mi tarjeta me dijeron que la Sitt estaba descansando pero que la otra señora me esperaba. No me dejaron subir al barco. Maryam apareció algo después con su patéticas maletitas y nos marchamos.

- Entonces ¿no viste a Justin?

- Lo entreví sólo, asomado a la entrada de las cabinas. Supongo que era él; se mostraba tan cauteloso como un animal asustado, así que hice como si no lo hubiera visto.

- ¿Qué tarjeta les dejaste? -pregunté.

- La del comandante Hamilton, por supuesto. Siempre llevo unas cuantas.

- ¡Ja! -dijo Emerson-. Los Vandergelt conocen tu verdadera

identidad.

- Supongo que no es posible evitarlos -dijo Sethos con un suspiro de mártir.

- Creo que tendrás que quedarte unos días en Luxor -le dije-. Los Vandergelt están organizando una velada para el domingo y Selim espera que acudas mañana a su fantasía.

Sethos lanzó un teatral gemido.

- Me recuerdas a Emerson -le dije, preguntándome si lo estaba haciendo adrede para molestar-. Sería aconsejable aparentar que se trata de la visita ordinaria de un viejo amigo. Esa costumbre tuya de aparecer y desaparecer disfrazado de modo rocambolesco, como si fueras el Rey de los Demonios en una pantomima, hace que las cosas resulten mucho más difíciles.

- Pero también más interesantes, mi querida Amelia.

* * *

Nos demoramos degustando la excelente cena que Fátima nos había preparado ya que, aquella noche, todos se mostraban extremadamente amables e incluso Sethos hizo lo posible por resultar agradable. Cuando estaba a punto de sugerir que nos retiráramos al salón, nos anunciaron una visita. Puedo decir que, más o menos, la esperaba; nada es un secreto en Luxor.

- Lleva a Mr. Vandergelt al salón -le dije a Gargery-. Y asegúrate de que no le falte whisky.

Cyrus era demasiado caballero como para pasar por alto las disculpas y los saludos de bienvenida pero en ellos se detectaba, no obstante, un cierto reproche.

- Me imaginé que el tipo del avión eras tú-dijo, estrechando la mano de Sethos-. Hubiera venido antes si alguien se hubiera molestado en decirme que estabas aquí. ¿Qué nos tienes preparado ahora, montar en elefante?

- ¿Whisky, Cyrus? -le pregunté.

- Por supuesto. Gracias. -Dio unos tirones a su perilla y me miró con aire recriminatorio-. ¿Por qué me llegan todas las noticias de segunda mano? ¿Acaso ya no confiáis en mí, amigos?

- Esto, mmm… -farfulló Emerson, ocupado con sus botellas-. El hecho es que… eh…

- No hemos tenido tiempo -concluyó Nefret. Tras colocarse a su lado, sobre un cojín, le acarició la mano-. ¿Le han hablado de la

identificación de los huesos? No se enfade, mi querido Cyrus. Si hubiéramos encontrado las joyas de las princesas se lo habríamos dicho de inmediato.

- Supongo que pensáis que soy un poco egoísta -refunfuñó Cyrus-. Ese pobre diablo, ahí fuera durante todo este tiempo, y yo pensando de él lo peor…

- Este descubrimiento no altera las circunstancias, como tampoco la opinión que pudieras tener sobre Martinelli, Cyrus -dije-. Robó las joyas, eso es indudable, y, a pesar de que nunca sabremos el motivo que lo empujó a hacerlo, no tenía ningún derecho a llevárselas sin tu permiso.

- ¿Estás segura de que fue él? ¿Dónde lo encontraron?

- Si está pensando en rastrear la zona, le suplico que abandone la idea -dijo Ramsés; al igual que yo, había percibido el testarudo brillo de codicia arqueológica en los ojos de Cyrus-. Créame, Cyrus, lo habría hecho yo mismo si hubiera creído que había la menor posibilidad de encontrar las joyas. Fue Martinelli, sobre eso estamos de acuerdo, pero si no le robaron y lo asesinaron, el hombre que encontró su cuerpo debe de haberse llevado esos objetos de valor.

Cyrus sabía que tenía razón, sólo que no era un hombre que abandonara fácilmente una esperanza. Al contrario, siguió haciendo preguntas y proponiendo teorías. Su última súplica iba dirigida a Sethos.

- ¿No puedes hacer nada?

Las comisuras de los labios de mi cuñado se retorcieron ligeramente.

- De poco sirve tener a un Maestro del Crimen como amigo de la familia si éste no puede hacer nada por sacaros del apuro, ¿verdad?

- Disculpa, no quería… -empezó a disculparse Cyrus.

- Por supuesto que sí que querías. Y con razón, además. Haré más pesquisas, pero no confíes demasiado en lo que pueda resultar de ellas.

- Te lo agradezco -dijo Cyrus, a todas luces más esperanzado-. Bueno, creo que lo mejor será que vuelva a casa. Siento haber irrumpido de este modo. -Hasta entonces había evitado mirar directamente a Maryam. Ahora, en cambio, se encaminó hacia ella y le tendió la mano-. Me alegro de tenerte de nuevo en la familia, señorita. Espero verte en la velada que hemos organizado para el

domingo.

Su delicadeza y amabilidad hicieron que Maryam se sonrojarse.

- Gracias, señor. No sé… -dijo, mirando en dirección a su padre.

- Aceptamos encantados -dijo Sethos con soltura-. Transmite mi agradecimiento y mis respetos a Mrs. Vandergelt. Estoy deseando volver a verla, a ella y a su hijo.

- Oh, eso me recuerda… -Con el sombrero en la mano, Cyrus se volvió hacia mí-. Katherine me dijo que os preguntara si alguno de vosotros querría quedarse con nosotros en El Castillo. Tenemos sitio de sobra y aquí debéis de estar ya un tanto apretados.

Así era, en efecto. Me había visto obligada a sacar a Sennia de sus confortables habitaciones para alojar en ellas a David, a Lía y a sus hijos. Sennia ocupaba ahora la que antes había sido la habitación de David, y el cuarto contiguo a la misma le servía como aula. Evelyn y Walter ocupaban las habitaciones de invitados que había en la otra casa. Lo que, unido a toda una serie de estudios y habitaciones de depósito adicionales, hacía que las dos casas se encontraran en aquel momento llenas a rebosar. Hasta había tenido que pedirle a Sennia que accediera a compartir su aula con Maryam, cosa que no le había gustado nada a la niña. Si por mí hubiera sido, habría mandado todas las habladurías de Luxor al diablo y habría permitido que Maryam se quedara con su padre en el Amelia, pero lo cierto es que la muchacha necesitaba algo más de tiempo para habituarse a él. Además, quería tenerla bien cerca, para no perderla de vista. La habían atacado ya en una ocasión y el incidente seguía sin haber sido aclarado.

Estuve tentada de mandar a Sennia a El Castillo acompañada de Basima y Gargery, cuya constante vigilancia empezaba a crisparme ya los nervios. El problema era que, de hacerlo, había que mandar también a Horus con ellos y éste carecía de los modales adecuados, sobre todo en lo tocante a sus relaciones con el gato de los Vandergelt, Sekhmet.

- Tu mujer está realmente en todo, Cyrus -dijo Evelyn, cuando yo estaba ya a punto de decirle a nuestro amigo que consideraría su propuesta-. Si de verdad no os importa, Walter y yo nos aprovecharemos de vuestra amable oferta. Mañana hablaré con tu mujer al respecto.

Evelyn era la más dulce y complaciente de las mujeres pero

cuando se expresaba en aquel tono tan decidido yo nunca osaba contradecirla. Esperé a que Cyrus se hubiera marchado para preguntarle por el motivo de su decisión.

- Tener huéspedes durante demasiado tiempo resulta incómodo -me respondió sonriente-. Ramsés y Nefret no lo reconocerán nunca pero estoy segura de que nuestra presencia es un estorbo. Katherine y yo nos llevamos muy bien y, además, creo que últimamente se debe de haber sentido algo desatendida.

Ramsés se reclinó sobre el respaldo del sofá y rodeó sus hombros con su brazo.

- No debe mostrarse tan delicada, tía Evelyn. Reconozco que compartir casa con mis hijos sería capaz de poner a cualquiera al borde de un ataque de nervios.

Mi hijo se reía y ella también hizo lo propio, mientras alzaba los ojos para mirarlo. Ramsés se había sentado entre ella y Maryam; la muchacha cambió ligeramente postura.

- Estupendo -dije-. Alejarte un poco de los niños te ayudará a descansar, Evelyn. Las habitaciones de El Castillo cuentan con todo tipo de comodidades y te van a tratar como a una reina.

Con algo de retraso, pensé que quizás habría que preguntar también a Walter por su opinión. En realidad, los pequeños no habían molestado a mi cuñado en lo más mínimo ya que éste resultaba sordo y ciego ante cualquier distracción cuando se sumergía en su trabajo.

- Claro, querida, lo que tú quieras -dijo con aire ausente, incitado por su mujer-. Me llevaré los papiros. Están resultando ser muy interesantes.

- Me temo que soy yo la causante de tanta molestia -musitó Maryam.

- En absoluto -le repliqué-. Este arreglo nos conviene a todos. Mañana te trasladarás a la otra casa. Supongo que estarás cansada; ven, te enseñaré dónde vas a dormir esta noche.

El aula -que no podíamos llamar ya el cuarto de juegos- no estaba directamente conectada con la habitación de Sennia -a la que tampoco podíamos llamar ya el dormitorio de los niños. Las puertas de ambas habitaciones daban al patio que había en la parte posterior de la casa. Habían instalado un catre y Fátima se había asegurado de que todo estuviera limpio y aseado sin reparar, sin

embargo, en el mal estado en el que se encontraba la habitación. Las cortinas de calicó, que ahora ondeaban suavemente mecidas por la brisa nocturna, estaban raídas y las baldosas del suelo cubiertas por toda una serie de manchas indelebles: tinta, pintura y pruebas indiscutibles de una anterior presencia felina.

- Me temo que no es muy elegante -dije para disculparme-. Pero es sólo por una noche.

Maryam murmuró algo para sus adentros, algo parecido a «no mucho más de lo que me merezco». Visto que soy una firme partidaria de aprovechar las ocasiones cuando se presentan, decidí coger el toro por los cuernos. Le indiqué con un gesto que se sentara.

- Llevo ya algo de tiempo queriendo hablar contigo sobre tu madre, Maryam. Fue una mujer desgraciada que se comportó malévolamente y que murió en un modo violento, pero no a manos nuestras o de tu padre.

Ahogando un grito, como si la hubiera golpeado, me miró, alzando los ojos.

- Veo que no le gusta andarse por las ramas, ¿verdad?

- No tiene ningún sentido en este caso. No sé lo que te habrán contado de ella pero lo que intento es poner las cosas en su sitio y recordarte que no debes sentirte responsable por ninguna de sus acciones.

- ¿Mi padre no estaba presente cuando ella… cuando ella murió?

- No. ¿Debo contarte lo que sucedió ese día? Asintió con la cabeza, abriendo los ojos desmesuradamente.

- Su… esto… asociación con tu padre fue seguida de otras… eh… de similar naturaleza-dije-. Te estoy contando simplemente los hechos, Maryam, sin intentar interpretarlos o disculparlos, a pesar de que debes recordar que tu madre no podía aspirar a una vida mejor. Esta es, desgraciadamente, la suerte de muchas mujeres pero Bertha no era de las que se someten fácilmente. Fundó una organización criminal constituida únicamente por mujeres y fue, de un modo poco ortodoxo, desde luego, una defensora de los derechos de la mujer. Si acabó odiándome fue porque pensaba que… esto… Bueno… ella creía…

- Que mi padre estaba enamorado de usted.

- Resumiendo, así es -dije tosiendo ligeramente-. Aunque ése ya

no es el caso, si es que alguna vez lo fue; los celos la llevaron, sin embargo, a tratar de matarme en varias ocasiones. El último intento tuvo lugar el mismo día del que te estoy hablando. Me había cogido prisionera la tarde anterior. Gracias a tu padre pude escapar pero al salir de casa de mi amigo Abdullah, donde me había refugiado la noche anterior, me encontré con que ella me estaba esperando. Me salvé gracias a Abdullah, quien se arrojó delante de mí, recibiendo las balas que iban dirigidas a mí. Algunos de los hombres presentes, amigos nuestros y de Abdullah, tuvieron que tirarla al suelo para arrebatarle la pistola. No sé, y dudo que nadie lo sepa, quién efectuó el disparo fatal. Yo no tenía ojos más que para Abdullah, quien en esos momentos moría en mis brazos. No querían matarla, Maryam; la rabia y el dolor los volvió locos y, de todos modos, ella habría seguido disparando si ellos no lo hubieran impedido.

- Abdullah -repitió Maryam-. El bisabuelo de Dolly, ¿no es así? El padre de Selim y el abuelo de David. Todos ustedes lo querían mucho, ¿verdad?

La calma que demostraba me preocupó. No era normal.

- Sí, así era.

- ¿Estaban allí… Selim y David?

- Bueno, sí. Y también… Vamos, Maryam, si lo que sospechas es que cualquiera de los dos pudo efectuar el disparo que acabó con la vida de tu madre…

- Eso no es lo que quería decir.

- ¡Dios mío! -exclamé horrorizada al empezar a caer en la cuenta de lo que de verdad querían decir sus palabras-. ¿Estás sugiriendo que uno de ellos, uno de nosotros, te culpa de lo que hizo tu madre y quiere vengarse? ¿Que uno de ellos, uno de nosotros, contrató a un asesino para matarte? Tonterías, muchacha. Dejando aparte el hecho de que ninguno de nosotros sería capaz de cometer un acto semejante, te recuerdo que sólo conocimos tu verdadera identidad después de que se produjera aquel incidente. Quítatelo ahora mismo de la cabeza.

Las cortinas se agitaron violentamente. Maryam lanzó un pequeño grito y yo solté una palabrota contenida al ver cómo una forma obesa entraba por la ventana con cierta dificultad. Tiempo atrás, Horus era capaz de franquearla de un salto. La edad y el exceso de peso no perdonaban: ahora se veía obligado a trepar por

la pared. Posándose torpemente en el alféizar, lanzó un bufido, antes de desvanecerse en la noche.

- Buscaba a Sennia -le expliqué-. Espero que no te den miedo los gatos.

- Me gustan mucho. Nunca he tenido uno.

- No pierdas tiempo tratando de hacer buenas migas con Horus. Detesta a todos, excepto a Sennia y a Nefret. Pero no te preocupes, no volverá a molestarte esta noche. ¿Crees que ahora podrás conciliar el sueño?

- Sí. -Movida por un impulso, puso su mano sobre la mía-. Gracias. Ha conseguido borrar de mi mente algunos pensamientos realmente terribles.

Fue un bonito gesto, y la conversación había resultado también muy agradable.

- ¿Eso quiere decir que me crees? -le pregunté-. Es una historia algo triste pero no debemos juzgar a los demás o sentirnos culpables por sus acciones. Cada uno de nosotros tiene ya bastante cargada la conciencia como para tener que asumir, además, las culpas de los demás.

Manuscrito H:

Las esperanzas de Emerson de poder reanudar la totalidad de su programa de trabajo estaban condenadas al fracaso desde un principio. Sólo él, tal como su mujer comentó agriamente, podía ser capaz de trotar alegremente hasta Deir el Medina cuando un sinfín de obligaciones, tanto domésticas como de orden investigador, requerían precedencia. Nada más desayunar, Amelia se dispuso a ayudar a Evelyn y a Walter a hacer las maletas para trasladarse a El Castillo, a la vez que hacía los preparativos necesarios para que Maryam se pudiera instalar en sus habitaciones. Dio a Lía la orden (disimulada bajo la apariencia de un ruego pero a nadie se le podía escapar su carácter ineludible) de ver si podía encontrar algo en su armario que pudiera ponerse Maryam. Por medio de un largo monólogo, que Ramsés escuchó sólo en parte, expuso sus razones: algo relativo a las tallas y a la ausencia de ropa adecuada en el vestuario de la muchacha. En el último momento, a Nefret la llamaron urgentemente de la clínica; se había corrido ya la voz de que había vuelto a abrir y sus servicios eran cada vez más solicitados.

Emerson asistió boquiabierto a aquella brusca reducción de mano de obra.

- ¡Maldita sea! -exclamóˆ. Los escombros no hacen sino amontonarse, Peabody. ¿Cuánto tiempo te va a llevar empaquetar unos cuantos trapos?

- No tienes ni idea de estas cosas, Emerson, así que te ruego, por favor, que te abstengas de meterte donde no te llaman. -Obviamente complacida con aquella jerga, añadió, en tono más amable-: Puede que vaya más tarde. De todos modos, puedes llevarte a Ramsés y a David, si quieres.

- Qué considerada -rezongó Emerson-. Vamos, muchachos, ya hemos perdido media mañana.

Acababan de dar las siete.

A pesar de las quejas de Emerson, lo cierto era que habían conseguido descifrar ya los planos de algunos santuarios situados al norte de la aldea y del templo Tolemaico. Algunos estaban mejor conservados que otros pero todos habían sido víctimas del paso del tiempo y de la intervención de excavadores aficionados, de modo que para desenmarañar su disposición original eran necesarias habilidad y experiencia. Bertie, el mejor dibujante del grupo, no había faltado ni un solo día al trabajo. Aquella mañana llegó algo más tarde que ellos y, tras disculparse por su tardanza, les mostró los planos en los que había estado trabajando durante la última semana.

- ¡Ja! -dijo Emerson, mientras los examinaba-. Sí, esto parece aceptable, visto el estado en que se encuentra. Quiero identificar la deidad a la que estaba dedicada esta estructura. -Sacando su pipa, clavó su boquilla en el boceto incompleto de lo que parecía ser una capilla de dimensiones reducidas.

En opinión de Ramsés, se trataba de una tarea inútil. Aquellas pequeñas capillas privadas no habían sido construidas con piedras sino con ladrillos de adobe, posteriormente enyesados y pintados. A esas alturas, el yeso se había desprendido y desintegrado ya. No habían encontrado un solo fragmento que mera mayor que la uña de un pulgar.

Se tomó la libertad de comentárselo a su padre.

- Una estela votiva -dijo Emerson dogmáticamente-. Es lo único que necesitamos. Bastaría incluso una tablilla con una oración.

Puede que encontremos algo en la zona que aún nos queda por vaciar. En cualquier caso, el plano es incompleto. ¿Dónde está el muro posterior? ¡Selim!

Selim no los había estado escuchado. Con la cabeza inclinada hacia atrás, miraba fijamente el intenso azul del cielo con expresión confusa. «Debe de estar buscando otro avión», pensó Ramsés secretamente divertido. Emerson tuvo que llamarlo dos veces antes de que respondiera.

La suerte de Emerson era proverbial. Encontraron la estela votiva, o parte de ella, al menos, dedicada por el trabajador Nakhtmin al faraón deificado Amenhotep I y a su madre, Ahmose Nefertari. Emerson la llevó hasta el refugio mientras los hombres de Selim proseguían con el vaciado del santuario.

- ¿Dónde demonios está tu madre? -preguntó Emerson, tratando de quitar delicadamente con un cepillo la arena incrustada en la breve inscripción-. ¡Ese montón de escombros no deja de aumentar!

Su madre llegó poco antes de mediodía, cargada con la cesta de comida que Emerson se había olvidado y acompañada de Lía y Sethos. Emerson les salió rápidamente al encuentro.

- Los escombros… -empezó a decir.

- Sí, Emerson, ya lo sé. Pero ahora más vale que hagáis una pausa para comer. Como puedes ver, tenemos un invitado.

- ¡Ja! -dijo Emerson, examinando el elegante traje que lucía su hermano y su salacot inmaculado-. Podría echarte una mano con…

- Hoy no -dijo Sethos afablemente-. Sólo vine para acompañar a las señoras y para echar un vistazo a los alrededores. Aunque no parece que haya nada susceptible de provocar interés o entusiasmo por aquí -añadió, recorriendo con mirada desdeñosa los monótonos cimientos marrón grisáceo y las piedras dispersas aquí y allá.

- Acabamos de encontrar la prueba de que Amenhotep I y su madre eran adorados aquí -exclamó Emerson-. Un fragmento de estela.

- Qué excitante -dijo Sethos arrastrando las palabras-. Si se tratara de una estatua…

- Tratarías de robarla -dijo Emerson frunciendo el entrecejo.

- Tus hallazgos no tienen nada que temer de mí -dijo Sethos enfatizando el posesivo.

Emerson fue lo bastante sensato como para cambiar de tema.

- ¿Dónde están los demás? -preguntó.

Su mujer empezó a sacar la comida de la cesta.

- Donde ya te he dicho que estarían, Emerson. Evelyn y Walter instalándose en El Castillo, Nefret atendiendo a un paciente, y los niños fuera de control, como siempre. Creía que era tu intención pasar algo más de tiempo con ellos.

El golpe estaba sabiamente calculado. Emerson cerró la boca y se pasó la mano por la barbilla, aparentemente cohibido.

- No importa, no importa -gritó, alzando la voz de tal modo que hizo dar un salto a todos-. ¡Selim! Hacemos una pausa. Un cuarto de hora.

Cuando todavía no habían terminado de comer, vieron aproximarse a alguien a caballo. Era Cyrus Vandergelt, tratando de poner al trote a su reluctante caballo y agitando un sobre grande en una de sus manos. Desmontando con más prisa que habilidad, se acercó corriendo hasta ellos.

- Acabo de recibirlo, es de Lacau -dijo, casi sin aliento-. Debe de ser la lista de los objetos que quiere. ¡Mirad lo abultado que es el sobre! He venido hasta aquí para que me deis vuestro apoyo moral, no tuve fuerzas para abrirlo solo.

- Cálmate, hombre -dijo Emerson, arrancándole el sobre de las manos y desgarrándolo.

Desgraciadamente, en su interior había un grueso montón de papeles. Emerson les echó un vistazo.

- Quiere los ataúdes y las momias. Bueno, ya contábamos con eso. La túnica que restauró Martinelli, los cofres con el resto de las prendas de vestir, los vasos canopes…

- ¿Todos? -gritó Cyrus angustiado.

- Hum -masculló Emerson en señal de asentimiento. Tras concluir que iba a ser más rápido leer directamente los objetos que Lacau no quería, procedió a hacerlo.

- La mitad de los ushebits, a su elección, claro está, tres pequeños tarros cosméticos sin inscripciones, un reposa cabezas de marfil…

Todos esperaron ansiosos a que terminara.

- Dos pulseras de abalorios y dos anillos.

Cyrus soltó un gruñido y se dejó caer sobre la base de una columna.

- Mala suerte, Cyrus -le dijo Ramsés comprensivo mientras su madre daba palmaditas sobre la espalda encorvada de su amigo.

- Dice que es excesivamente generoso -les comunicó Emerson, tras leer la carta que acompañaba a la lista-. El museo está en su derecho de exigir todo. Exceptuando la de Tetisheri, ésta es la única tumba real hallada hasta la fecha y el museo dispone de muy pocas piezas de ese periodo.

- No es una tumba original, sin embargo. ¿No cambia eso los términos?

- Es Lacau el que los define. Nos pide que empecemos a embalarlo todo. Va a mandar un barco de vapor del gobierno para recogerlas.

- ¿Y por qué no se los lleva en el tren?

- Como medio de transporte es demasiado violento -le contestó Ramsés-. A bordo de un barco recibirán menos golpes. ¿Cuándo está previsto que llegue?

- No lo dice.

- Que nos mande su condenado barco -dijo Emerson entre dientes-. Luego se puede sentar aquí a esperar, mano sobre mano, a que acabemos de embalar las cosas, lo que haremos al ritmo que mejor nos parezca.

- No. -Cyrus se puso lentamente de pie-. ¿Para qué? Dado que, de todos modos, tenemos que hacerlo, cuanto antes mejor. Sé que puedo contar con tu ayuda, Amelia.

- Tu fortaleza en encomiable, Cyrus -dijo ella-. Puedes contar con nuestra ayuda, por supuesto. Emerson frunció el ceño. -Pero ¡bueno, Peabody!

- Nadie espera que nos ayudes en estas tareas domésticas -le dijo a su marido-. Es un trabajo propio de mujeres, como de costumbre. Al menos podremos quitárnoslo finalmente de la cabeza. Creo que conservamos todavía el material de embalaje que utilizamos para transportar los objetos hasta El Castillo. Empezaré mañana por la mañana con Lía, Evelyn y Nefret, siempre y cuando ésta no tenga ningún paciente que atender.

- Veo que ya ha resuelto usted todo -dijo David con una sonrisa, mientras Emerson rezongaba descontento-. ¿Y qué hay de mí, tía Amelia? Yo también soy bastante bueno en ese tipo de tareas femeninas.

- Sí, querido, ya sé que lo eres. Estupendo. Sennia también; bajo control, por supuesto, puede manejar los objetos menos frágiles. Y Maryam, si quiere.

- Ven conmigo a El Castillo, Amelia -le rogó Cyrus-. Podemos empezar a hacer algo ahora.

- Esta tarde tengo ya una cita, Cyrus. Aún está pendiente ese pequeño asunto de los huesos de Martinelli.

* * *

# Capítulo 9

- Tenemos que hacer algo con él -comenté, después de que Emerson hubiera agotado su repertorio de palabras malsonantes-. Sería indecente por nuestra parte abandonarlo en ese puesto de policía. Le he pedido al padre Benedict que haga los preparativos necesarios y he quedado con él en el cementerio esta misma tarde. Martinelli era italiano, así que presumo que debía de ser católico.

- Dudo que creyera en algo más que en su propia conveniencia -murmuró Sethos.

- Podría haberse arrepentido al final -le repliqué-. Debemos concederle el beneficio de la duda. No es necesario que vayamos todos pero yo me siento en la obligación de hacerlo.

- No sé cómo lo consigue, tía Amelia -dijo entonces Lía, sacudiendo su melena rizada-. Admiro su energía y su bondad, pero creo que yo no asistiré.

- Supongo que a mí no me queda más remedio que hacerlo -dijo Cyrus-. Debería haberme ocupado yo mismo de los preparativos.

La única otra persona que se ofreció voluntaria fue Sethos. Cyrus decidió a última hora -en atención a una cuantas insinuaciones que yo le hice con gran delicadeza- que no estaba obligado a presentar sus respetos por última vez a un hombre que le había robado pasando por alto sus sentimientos de aquel modo. Si se había ofrecido a acudir era sólo porque no quería que yo fuera sola.

- No la pierdas de vista -dijo a Sethos-. Y no permitas que se escabulla para emprender una de sus expediciones privadas. Suele hacerlo.

- ¿Por qué crees que voy si no? -preguntó Sethos de modo retórico.

El pequeño cementerio cristiano, situado en el camino que conducía hasta Karnak, presentaba mejor aspecto que la última vez que había asistido allí a un funeral. La visión de todas aquellas tumbas abandonadas y de los animales salvajes que rondaban por él me afligieron hasta tal punto que acabé organizando un comité. Puse a mi amiga Marjorie a la cabeza y ésta hizo todo lo posible por mejorar las cosas; habían arrancado la maleza de las tumbas y habían enderezado las lápidas. Respecto a los animales, no se podía hacer mucho. Cuando conseguían alejarlos de allí, volvían a introducirse en el cementerio apenas se marchaban los guardianes del mismo. Al andar, uno tenía que ir esquivando excrementos y huesos roídos. Era un lugar tétrico, a pesar -o, precisamente, a causa- de las flores marchitas que había sobre las tumbas de aquellos que tenían parientes y amigos en Luxor. Las flores no aguantan mucho el calor. La sombra de mi parasol era de agradecer. Era negro, no por razones de luto sino por puro sentido práctico, y era, además, uno de los más contundentes.

El bueno del padre Benedict nos esperaba ya allí, con su calva descubierta bajo el sol implacable. Puso todo su empeño sólo que, aparte repetir las oraciones de rigor, allí no había mucho más que hacer. Una vez finalizada la ceremonia, Sethos, quien únicamente había abierto la boca para reconocer una cierta relación con el muerto, sacó un puñado de monedas.

- Le ruego que tenga también la amabilidad de decir una cuantas misas por su alma -dijo. Sólo cuando nos alejábamos de allí, seguidos por el lúgubre tamborileo de la tierra al caer sobre el sencillo ataúd, añadió-: Si alguien las necesita realmente es Martinelli.

No le contesté. En ese momento pensaba en algunas de las tumbas que se encontraban también en aquel cementerio: recuerdos de varios encuentros previos con el mundo del crimen. Los pobres Alan Armadale y Lucinda Bellingham, por ejemplo. No había sido capaz de salvarlos pero sí de vengarlos más tarde. (Con la colaboración, en el segundo caso, de Ramsés.)

Había también otra tumba similar; cuando Sethos se encaminaba ya hacia la entrada del cementerio, lo agarré por el brazo y lo conduje al rincón más recóndito del mismo. Sobre la tumba, cuyo estado era de total abandono, había repantingado un perro

callejero; al vernos llegar, se alejó gruñendo. Se trataba de una hembra, con un cachorro.

- Muy apropiado -dijo Sethos-. ¿Por qué me has traído hasta aquí, Amelia?

- ¿No has visitado nunca su tumba?

Su brazo se había puesto rígido.

- En una ocasión. Quería asegurarme de que estaba realmente muerta. Supongo que fuiste tú la que te encargaste de poner la lápida. ¿Sólo su nombre? ¿No se te ocurrió algún epitafio adecuado?

- Hay uno. -Arrodillándome, aparté las malas hierbas que habían crecido sobre la base de piedra. Bajo el nombre, aparecieron inscritas las siguientes palabras: «Descanse en paz».

- Dios mío. -Tirando de mí para ponerme de nuevo de pie, me rodeó con sus brazos-. Eres increíble, Amelia. Ella intentó asesinarte y mató, de hecho, a uno de tus amigos más queridos. ¿Cómo puedes perdonarla?

A pesar de que se trataba de un simple abrazo amistoso, me deshice de él con la mayor delicadeza y rapidez de la que fui capaz. Bertha no habría sabido hacer la distinción y, aunque no comparto la antigua creencia egipcia según la cual el alma permanece siempre junto a los restos mortales de una persona, preferí no correr el riesgo.

- Es deber de todo buen cristiano perdonar al que nos hace daño -dije-. Lo que, desde luego, resulta mucho más fácil cuando el individuo en cuestión ha fallecido, soy la primera en reconocerlo.

Sethos soltó una alegre carcajada, tapándose a continuación la boca con la mano.

- ¿Sabe Maryam que su madre está enterrada aquí?

- No tengo ni idea. ¿Tú se lo has dicho?

- No. No lo sé. Maldita sea, Amelia, ¿no te cansas nunca de hacer de gusanillo de la conciencia? Puedo perdonar a Bertha todo lo que me hizo, puedes estar segura de que no sabes ni la mitad de las cosas, pero no lo que os hizo a Maryam y a ti. ¿Podemos irnos ya o aún tienes algo que decirme?

- A ti no. -Cogiéndome de su brazo, dimos juntos la espalda a aquella desoladora tumba-. Creo que voy a mantener una pequeña conversación con Maryam.

Sethos dio una patada a un montón de matojos.

- ¿Crees que es ella la responsable de los accidentes que habéis sufrido?

- Esa posibilidad se me ocurrió, por descontado, después de que la diosa Hator se apareciera con el velo a mi hijo -dije, mintiendo ligeramente porque lo cierto era que no había incluido a Maryam en mí lista original-. Ella era una más entre tantas otras mujeres que podían haberse sentido despreciadas por Ramsés…

- Dios mío -Sethos se detuvo bruscamente-. Nunca me habías hablado de eso. ¿Voy a tener que echarle la bronca a Ramsés por haber seducido a mi hija?

- Me cuesta creer que consideres a Ramsés capaz de aprovecharse de una cría de catorce años -exclamé indignada-. Fue ella la que se le insinuó. Creo que es innecesario decirte que él se comportó de un modo impecable.

- No hace falta, es todo un caballero -asintió Sethos, torciendo cínicamente los labios-. Bueno, esto es realmente interesante, pero sigue sin ser un motivo tan imperioso como el de la venganza por la muerte de su madre.

- Ya he hablado con ella sobre eso y creo que puedo asegurarte que ha comprendido las cosas… o lleva camino de hacerlo. Más aún, es imposible que una muchacha de su edad sea capaz de urdir un plan semejante. Ella no puede ser de ningún modo la mujer que se disfrazó de Hator, dado que durante la aparición más reciente de la diosa, Maryam estaba junto a Ramsés y, además, Mrs. Fitzroyce me dijo que la muchacha se encontraba con ella en Luxor cuando se produjo la primera aparición.

El carruaje que habíamos alquilado nos esperaba junto a la carretera. Acepté la mano que me ofrecía Sethos para ayudarme a subir. Creo que consentir cortesmente este tipo de gestos no significa necesariamente traicionar los principios feministas.

- Discutiremos más tarde sobre ello -proseguí, mientras el carruaje se ponía en marcha-. Cuando todos estén presentes. ¡Ha llegado la hora de celebrar un consejo de guerra!

Manuscrito H:

Aquella tarde, Emerson envió a los hombres a casa más pronto de lo habitual. Ni su mujer ni Nefret estaban todavía de vuelta cuando regresaron a la suya.

Ramsés se dirigió de inmediato a la clínica. En la sala de espera había dos personas: una chica de catorce años en avanzado estado de gestación y un niño atormentado por una tos seca e incesante. Nisrim estaba con ellos; llevaba encasquetada una cofia blanca y vestía una galabiyya de hombre, acortada en el dobladillo y en las mangas, lo que le confería un aspecto muy profesional.

- Nur Misur está muy ocupada, pero le permite entrar -le anunció.

- Muy amable -dijo Ramsés, entrando en la sala de operaciones.

Se quedó sorprendido al ver que el paciente era Daoud. El hombre miró tímidamente a Ramsés.

- Marhaba Ramsés -le dijo Kadija, quien se encontraba de pie junto a su marido con los brazos cruzados-. Marhaba, Ramsés. Dígale a este cabezota que le enseñe la mano a Nur Misur. Tuve que obligarle a venir a verla.

Al sentirse en minoría, Daoud obedeció.

- Hay que darle unos puntos -dijo Nefret, examinando los feos cortes que se extendían por la ancha palma de su amigo, alcanzando incluso el interior de los dedos.

- ¿Cómo demonios te has hecho esto?

Daoud farfulló algo.

- Alguien dejó un hegab (un amuleto) delante de nuestra casa. Daoud fue lo bastante estúpido como para cogerlo.

- Era un bonito hegab -protestó Daoud-. Grande, de plata y con piedras rojas. Hubiera preguntado quién lo había perdido pero, al cerrar la mano, me corté.

- ¿Qué hiciste con él? -preguntó Nefret.

- Lo enterré -dijo Kadija-. Era un objeto sagrado, pero estaba roto y era tan afilado como una cuchilla por ambos lados.

Nefret eligió un instrumento y se inclinó más cerca.

- Hiciste bien. Hay algo clavado profundamente en el interior de la herida. Sostenía, Daoud. -Cambiando la sonda por unas pinzas, apenas tardó unos minutos en extraerlo: un trozo de metal similar a una aguja de apenas unos centímetros de largo-. Dios mío, Daoud, esto tenía que hacerte mucho daño. ¿Por qué no viniste a verme enseguida?

- Lo cubrí con el ungüento -se defendió Daoud.

Era obvio, la palma estaba completamente verde.

- Es muy probable que eso evitara la infección -dijo Nefret, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza a Kadija-. Bueno, al menos ahora sabemos por qué su dueño se deshizo de él. Déjame comprobar que no haya más piezas clavadas.

Daoud permaneció sentado como una gran estatua color marrón mientras Nefret le desinfectaba los cortes y los cosía con habilidad antes de vendarle la mano.

- Cambia el vendaje todos los días -le dijo a Kadija, dándole una caja de vendas-. Creo que sabrás de sobra cuándo está curado.

- Sí, Nur Misur. Gracias.

- ¿Cómo se siente uno al volver al trabajo? -le preguntó Ramsés a su mujer mientras ésta limpiaba el instrumental y lo guardaba.

- Maravillosamente bien. Tendría que haberlo hecho mucho antes. Nisrim, haz entrar al siguiente paciente, por favor.

- ¿Te has pasado aquí todo el día? -le preguntó Ramsés-. ¿Puedo ayudarte?

- No, gracias. Si quieres hacer algo útil, ve a jugar con los niños.

«Eso me pone en mi sitio», pensó Ramsés. Niñero. Los niños estaban en el patio. Su llegada fue saludada por los gritos de alivio de los adultos presentes y por los de bienvenida de su hija, quien se precipitó sobre él con los brazos abiertos. Ramsés la cogió en brazos. Ella le chapurreó algo en tono imperativo, mirándolo con unos ojos negros brillantes e inquisitivos.

- Mamá ha estado ocupada con un pobre enfermo -le dijo, dando por sentado que era eso lo que la niña quería saber. Por lo visto era sólo una parte; aferrándose a su camisa, metió las rodillas en su tripa. Había aprendido a interpretar aquel gesto, de modo que la ayudó a subirse a sus hombros.

- Ya era hora de que vinieras -le reprochó Lía-. Como de costumbre, vosotros los hombres dejáis siempre para las mujeres las tareas más duras.

- Yo no -protestó su marido, quien en ese momento se encontraba a cuatro patas sobre el suelo, mientras Ewie montaba sobre él.

- Todos menos tú -corroboró Lía.

Las mujeres parecían haber pasado por un duro momento. El pelo de Lía estaba completamente enmarañado, mientras que Evelyn se había recostado sobre el respaldo del sofá con los ojos

entornados. Llamaba la atención la ausencia de Sennia. No se le podía reprochar nada, sin embargo, ya que no era justo condenarla a hacer de niñera. Maryam, en cambio, se había visto obligada a echar una mano. No obstante, parecía haber sufrido menos que las demás, tal vez porque se había concentrado en Dolly. El niño se había sentado a su lado y ella lo rodeaba con un brazo. Alzando la mirada del libro de cuentos del que había estado leyendo, sonrió a Ramsés.

- ¿Dónde están todos? -preguntó éste.

- Katherine comió aquí -le contestó su tía con un hilo de voz-. Nos ayudó a entretenerlos durante un rato pero finalmente claudicó. Walter está jugando con sus papiros, tu madre y Sethos se fueron a ese funeral. Supongo que tu padre debe de estar todavía en sus malditas excavaciones.

- Una acusación inmerecida -dijo Emerson, saliendo de la casa-. Me sorprende oírte hablar de ese modo, querida.

Antes de volverse para hacer frente al asalto de los niños, se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada. Charla formaba parte del grupo; se había deslizado hasta el suelo tan pronto como vio aparecer a su abuelo.

- ¿Os lo habéis pasado bien? -preguntó éste.

- Los niños han estado muy activos. Mucho -dijo Evelyn detenidamente.

- La verdad es que parecen incansables -le concedió Emerson, mientras miraba con aire de benevolencia a los gemelos, que se habían pegado a sus piernas mientras Ewie trataba de apartar de allí a Charla-. Los habéis tenido encerrados durante demasiado tiempo. Si algo necesitan los niños es corretear y mantenerse ocupados.

Emerson nunca necesitaba descansar tanto como una persona normal. Sus ojos azules brillaban y su sonrisa era amplia y alegre. Parecía no darse cuanta de las miradas de hostilidad que en ese momento tenía clavadas sobre él.

- Gracias por recordárnoslo, Emerson -le dijo agriamente su cuñada-. No dudo que tendrás alguna sugerencia al respecto.

- Hum. ¿Qué os parece un agradable paseo en burro?

Los gritos de aprobación de los niños no fueron seguidos por otros similares de los adultos. Aquella actividad requería, cuando

menos, tanto esfuerzo como la anterior vigilancia. No obstante, haciendo caso omiso de su falta de entusiasmo, Emerson los sacó de allí por lo que, cuando Sethos y Amelia volvieron a casa, el asunto estaba ya en marcha.

- Ya es hora de que nos echéis una mano -dijo Emerson, dirigiéndose a los recién llegados-. ¿Por qué llegáis tan tarde?

- Me detuve un momento en la clínica para ver si Nefret necesitaba mi ayuda -le respondió su mujer.

La mirada de Sethos se había posado sobre su hija, quien en ese momento trotaba junto a Ewie, sujetándola de la mano. Ewie no quería que la cogiesen de ese modo y así se lo dijo prolijamente. Maryam se echó a reír.

- Entonces no vayas tan deprisa. Sólo te soltaré si pones al pobre burrito al paso. -Parecía estarse divirtiendo mucho con los niños y la severa boca de Sethos se curvó en una leve sonrisa mientras los contemplaba.

Los burros fueron los primeros en dar muestras de descontento.

- Basta -dijo Emerson, haciendo desmontar a Davy de su corcel. El niño se había quedado como paralizado y se negaba a moverse-. Es hora de que vayáis a descansar un poco antes del té, ¿eh?

- Ellos no lo harán, pero yo sí -aseguró Lía-. ¿David?

- Le prometí a Maryam que la enseñaría a montar a caballo -dijo David-. Se ha portado maravillosamente bien con Dolly.

- Es un niño encantador -dijo Maryam, sonrojándose graciosamente al oír el cumplido-. Leerle historias es un auténtico placer: escucha atentamente y no deja de hacer preguntas inteligentes. No quiero que me recompenséis por ello y, además, debéis de estar cansados y… -Sus mejillas enrojecieron aún más-. Si he de ser franca, me dan miedo los caballos.

- Razón de más para que te acostumbres a ellos -le dijo su padre-. ¿No estás de acuerdo, Amelia?

- Absolutamente -respondió ésta rápidamente-. Nuestros caballos son muy pacíficos y están muy bien adiestrados.

- Yo le daré la lección si prefieres, David -dijo Ramsés-. Has pasado con los niños mucho más tiempo que yo.

David le sonrió mientras se pasaba una mano por la maraña de rizos: Ewie los había usado como riendas.

- No digo que no. En cualquier caso, eres mucho mejor jinete

que yo. Ella puede coger aAsfiír.

- No tengo ropa adecuada -objetó Maryam.

- No permitas que te obliguen a montar si no te apetece -dijo Lía con afabilidad-. Pero, si quieres, puedes ponerte uno de mis equipos. No sé, sin embargo, qué hacer con las botas, tienes unos pies realmente pequeños. Puede que te vayan bien las de Sennia.

Ramsés se detuvo un momento en la cocina antes de ir al establo, donde se encontró a su padre y a Sethos inspeccionando los caballos.

- Son unos animales magníficos -dijo este último-. ¿Cabría la posibilidad de que vendierais uno?

- ¿A ti? -dijo Emerson desconfiado-. ¿Para qué?

- Para montarlo -le explicó su hermano.

Antes de que a Emerson se le ocurriera una respuesta lo suficientemente mordaz, llegaron las chicas. Maryam iba perfectamente vestida, del salacot a las botas -prestadas por Sennia, supuso Ramsés-, y estaba muy favorecida.

Pero Asfur no le gustó.

- Es muy grande -dijo, retrocediendo cuando el caballo de David fijó en ella sus apacibles ojos-. ¿No hay otro más pequeño?

Emerson emitió una especie de gruñidos tranquilizadores y dio la impresión de que le quería dar unas palmaditas en la cabeza. Incluso la sonrisa de Sethos estaba exenta de su habitual toque de cinismo.

- Los caballos árabes son los más pequeños de todos -le explicó Ramsés-. Y Asfurno se desbocaría aunque encendieras un fuego por debajo de ella.

- ¿Y qué hay de ésta? -preguntó Maryam, recorriendo una por una las casillas-. Es muy bonita.

La potra, nieta de la pareja originaria, sacó con curiosidad el morro por encima de los barrotes. Era completamente blanca, como el unicornio fantástico, y, al igual que el resto de los caballos árabes, tan mansa como un gato doméstico.

- No lo sé -dijo Emerson dudoso-. Todavía es joven y un poco fogosa. ¿Por qué no Moonlight}

- ¿Puedo montar ésta? -Maryam dejó escapar una risita cuando le acarició la frente con el hocico-. Le gusto.

- Lo que quiere es un regalo -dijo Ramsés, tendiéndole uno de

los terrones de azúcar que había cogido de la cocina-. Está bien, padre, yo mismo adiestré a Melusine. Puede usar la silla de Nefret.

El mozo de cuadra, que había contemplado la escena con divertida condescendencia, los ayudó a ensillar y a embridar a Risha, a la potra, y al caballo castrado de Emerson para Sethos, quien finalmente se había decidido a unirse al grupo.

Fue él el que la ayudó a montar sobre el animal y el que le dio unas cuantas indicaciones de pasada.

- Afloje las riendas y relájese. Está acostumbrada a que la traten con delicadeza… ¿no es cierto, Ramsés?

Tras hacer andar a los caballos arriba y abajo por un momento, se encaminaron hacia Gurna. A aquella hora del día el camino estaba poco transitado de modo que se cruzaron con pocas personas, unas a pie, otras a caballo o en carro. Maryam soltó un alarido al ver cómo un camello se acercaba pesadamente hacia ellos, con el inefable aire burlón que suelen tener siempre estos animales en su alargada cara.

- Mantén las riendas flojas -le indicó Ramsés-. Conoce a los camellos, así que sabrá evitarlo. Lo estás haciendo muy bien.

Tras ver como la potra circunvalaba perfectamente al animal, Maryam se relajó.

- Esto es muy divertido, ¿podemos ir más deprisa?

- No en medio de esta multitud -le respondió Ramsés. A medida que se iban acercando a Gurna, el camino se iba llenando de gente. Todos se iban haciendo a un lado amablemente, haciendo gestos con las manos y chillando. Sethos se había quedado rezagado.

- ¡Miren! Ese hombre… -gritó Maryam de repente, señalándolo con el dedo.

Antes de que Ramsés pudiera identificarlo, la potra se desbocó.

Ramsés tardó algunos segundos en reaccionar y en echar a correr tras ellas. Melusine había abandonado el camino, desviándose hacia la izquierda a través del desierto. A pesar de que se había puesto al galope, Risha no tuvo ninguna dificultad en alcanzarla y en mantenerle el paso. Una rápida mirada le bastó a Ramsés para darse cuenta de que Maryam había soltado las riendas y se había agarrado a la perilla de la silla de montar. Inclinándose hacia un lado, la cogió por la cintura.

- ¡Mantén los pies en los estribos! -le chilló.

Pero los había perdido ya. Alzándola, Ramsés la colocó en su silla. Respondiendo de inmediato a una leve indicación, Risha aminoró el paso hasta detenerse. La potra pasó por delante de ellos como una exhalación. Tras constatar que su hija estaba a salvo, Sethos salió tras ella.

- Me haces daño -le dijo Maryam con debilidad.

Ramsés exhaló un largo suspiro y aflojó su abrazo.

- Lo siento, no me quedaba más remedio.

- Lo sé. -Apoyándose en su pecho, Maryam alzó un rostro congestionado y manchado de polvo. Tenía los ojos enrojecidos pero no había rastro de lágrimas en ellos.

- Gracias. ¿Está bien el caballo?

- Tu padre le ha dado alcance. No sabes cuánto lo siento, Maryam; no puedo imaginar qué fue lo que hizo que se desbocara, no le había sucedido nunca.

- Tengo que decirte algo. Nunca tengo la oportunidad de hablar a solas contigo… -Al sentir cómo se ponía rígido, Maryam prosiguió, en medio de un torrente de palabras-. No, no, no es lo que piensas. Sólo quería pedirte perdón por el día en que entré en tu habitación y traté de… -. El rubor que le cubría la cara, desde el cuello hasta el nacimiento del pelo, se hizo aún más intenso-. Te puse en una situación violenta y yo me comporté como una idiota pero sólo tenía catorce años y ahora sé que…

Ramsés trató de ayudarla a salir del paso.

- Yo no valía hasta ese punto la pena.

- Oh, no. Eres un hombre maravilloso; cualquier mujer se sentiría orgullosa… Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

- Un poco. Ya está olvidado, Maryam. -Ahora que os he podido ver juntos, a ti y a Nefret, he entendido que estáis hechos el uno para el otro. -Sus

largas pestañas cayeron, ocultando en parte sus extraordinarios ojos castaños-. Me gustaría que fuéramos amigos. Primos. ¿Podemos? -Ya lo somos.

Sethos se acercó, guiando a la potra.

- ¿Todo bien, Maryam?

- Sí, señor. Gracias a Ramsés.

- Sí, he de reconocer que ha sido una actuación formidable -dijo Sedios. La sonrisa era de esas que siempre lograban que a Ramsés le

entraran ganas de golpearlo.

- Parece bastante tranquila ahora -dijo Ramsés, observando a la potra-. No puedo entender qué fue lo que la asustó.

Sethos llamó su atención sobre el rastro de sangre que había en el costado derecho de Melusine.

- Esto, un objeto punzante clavado en el costado.

Maryam se llevó la mano a la boca.

- El hombre. Lo vi, justo antes de que hiciera salir corriendo a mi caballo. Era el mismo que me atacó la primera vez.

- Otro incidente más que añadir a la lista -dije. Habíamos convocado un consejo de guerra y yo había insistido en que acudiéramos todos ya que, de este modo, cada uno de nosotros podía aportar nuevos indicios que a los demás se les hubieran pasado por alto. Fátima estaba sentada, inquieta, sobre el borde de su silla. Hubiera preferido dedicarse a trotar a nuestro alrededor ofreciéndonos comida. La única que no estaba presente era Kadija. En cualquier caso, jamás hablaba en presencia de otros.

- Por lo visto ahora nos enfrentamos a un aborigen con cerbatana. -Ramsés se paseaba nervioso arriba y abajo de la habitación con las manos en la espalda.

- Un proyectil, arrojado de uno de los tantos modos posibles -le corrigió Sethos-. El objeto era tan puntiagudo como una tachuela y penetró menos de dos centímetros.

- Veamos, ¿qué tenemos entonces? -Dando un refrescante sorbo a mi whisky, procedí a leer la lista en voz alta.

El robo de las joyas y el asesinato de Martinelli.

La primera aparición de la diosa Hator velada en

El Cairo.

El hundimiento del barco.

El primer ataque a Maryam.

La segunda aparición de Hator.

El segundo ataque a Maryam.

- No está completa -dijo Emerson, mordiendo su pipa-. Si mal no recuerdo, acordamos incluir cualquier incidente inusual, incluso en el caso de que, aparentemente, tuviera una explicación lógica.

- Bien hecho, Emerson -dije, haciéndole un gesto afirmativo con la cabeza-. Esa es la razón de que haya querido que todos estuvierais presentes, para asegurarme de que no nos dejábamos

nada en el tintero. Dejad volar vuestra imaginación. No os detengáis ante ninguna hipótesis, por descabellada que os parezca. Pensad en todo, aunque os resulte inverosímil.

Una vez encarrilados, hicieron rápidamente un sinfín de sugerencias. El disparo que casi había alcanzado a Selim, la herida que Daoud se había hecho con el hegab, los escorpiones que había encontrado en su casa… e incluso la serpiente cobra en Deir el Medina.

- Cielo santo -comenté al examinar la lista una vez revisada-. O nos hemos dejado llevar por nuestra imaginación o últimamente no hemos tenido la mente particularmente despejada. Tengo que confesaros, sin embargo, que no consigo ver el modo en que todo esto está relacionado.

- ¿De verdad? -David había sacado la pipa-. Suponiendo que sea correcto pensar que todos esos incidentes están relacionados, hay algo que llama inmediatamente la atención: los únicos que han sido físicamente agredidos han sido Daoud, Selim y Maryam.

- ¡Eso es inaudito! -exclamé-. Normalmente, ese tipo de ataques iban siempre dirigidos a nosotros. Ni que decir tiene, sin embargo, que el hecho de que nuestros seres queridos se encuentren en peligro nos afecta igualmente…

Querido lector, ¿conoce usted la sensación que se tiene cuando uno trata de aferrar un pensamiento esquivo… esa idea que se nos insinúa desde el umbral de la conciencia? Estoy segura de que sí. Mientras trataba de obligarla a concretarse, Emerson tomó la palabra.

- Un buen golpe, ¿verdad, Peabody? Tu método preferido para atrapar criminales es, precisamente, provocarlos para que te ataquen a ti. Pero bueno, todos hemos salido inmunes; incluso esa Hator velada sólo pretendía… eh… es decir…

- Pero ¿qué conexión puede haber entre Maryam, Daoud y Selim? -Ramsés, mirando atemorizado a su mujer, se había apresurado a cambiar de tema.

- Confieso que no consigo encontrar el común denominador -reconocí. El pensamiento errante había acabado por hundirse en las tenebrosas profundidades del subconsciente. No me atreví a perseguirlo. -Intentemos otro método. ¿Qué sabemos de nuestro enemigo?

- Dispone de un rifle y es un buen tirador -dijo Ramsés-. Eso sugiere un hombre pero la Hator velada era a todas luces una mujer. Me temo que nos encontramos en otro callejón sin salida, madre; un sinfín de personas podrían estar envueltas.

- Una banda -musité-. Qué engorro. Prefiero tenérmelas que ver con delincuentes aislados.

- ¿Cómo puede hablar usted con tanta calma? -Los ojos de Maryam habían ido pasando de uno a otro. Se había sentado bastante cerca de su padre, en una postura que habría empujado a muchos hombres a pasarle un brazo consolador por los hombros. Sethos no lo había hecho aunque parecía sentirse mucho más cómodo en su presencia. Aquella tarde, Maryam había salido airosa del aprieto, volviendo a montar a Melusine (quien se había comportado como un corderito en el camino de vuelta a casa) restando importancia a su dolor. Ser arrojada de golpe sobre una dura silla de montar, con un brazo apretando las costillas como si se tratara de un torno de banco de acero, no puede por menos que dejar unas cuantas magulladuras en algunas zonas sensibles del cuerpo.

- Es el particular modo de hacer de nuestra madre -le dijo Nefret dulcemente-. Ella simplemente espera que todos nosotros seamos capaces de no alterarnos por nada. ¿Estás segura de que no se te ocurre nadie que pudiera querer hacerte daño, Maryam? No quiero meterme en tus asuntos, pero…

- La respuesta es no -dijo Maryam mirándola a los ojos-. Si quieren que les cuente con todo lujo de detalles mis experiencias de los dos últimos años…

- No -se apresuró a interrumpirla Sethos.

- No -corroboré-. Lo que estamos buscando es un común denominador, un motivo que nos ayude a explicar los deseos de venganza hacia Daoud y Selim. Maryam ni siquiera ha estado en Egipto durante los últimos…

Ahí estaba de nuevo, entrando y saliendo precipitadamente de mi cabeza como una sombra. Los otros aprovecharon mi silencio para seguir discutiendo. No llegaron demasiado lejos, sin embargo, aunque David hizo algunas sugerencias sobre cómo ordenar los hechos de que disponíamos… o de los que creíamos disponer.

Uno de los posibles «esquemas» eliminaba la posibilidad de que

se hubiera tratado de meros accidentes, pero con ello y todo, seguíamos teniendo toda una serie de sucesos aparentemente inconexos que no podíamos pasar por alto tan fácilmente: la diosa Hator velada, el robo de las joyas, el asesinato de Martinelli, y el daño que alguien había causado deliberadamente al barco de Daoud que -tal como Emerson apuntó, llevado por el optimismo-, tal vez estuviera destinado a uno de nosotros y no a su dueño. Otro de los esquemas eliminaba la posibilidad de que el asesinato y el robo estuvieran relacionados y se tratara de actos criminales puramente fortuitos; otro de ellos eliminaba incluso de la ecuación a la diosa velada, suponiendo que sus motivos tenían sencillamente que ver, tal como David dijo con delicadeza, con ciertos sentimientos personales.

A Ramsés no le gustó este último planteamiento. Se había puesto de nuevo a andar nervioso de un lado a otro.

- No podemos eliminarla a ella o a Martinelli -aseveró con vehemencia-. Ninguna de esas teorías tiene más sentido que cualquier otra. Tiene que haber una conexión. Lo único que pasa es que no la hemos encontrado todavía, eso es todo.

- Bueno, yo desde luego no la veo -afirmó Cyrus-. Perfecto, Amelia, pero ¿y si lo dejamos por el momento?

- Sí, vámonos. Si a alguno de vosotros se le ocurre algo que hayamos podido pasar por alto, que lo escriba.

- Todo está en la lista, creo que no nos hemos dejado nada -dijo Cyrus.

Se equivocaba, y yo también. Se nos había olvidado un «incidente peculiar» que más tarde resultaría ser la clave de todo el misterio. Si alguno de mis lectores lo ha descubierto ya, permítanme que le baje los humos recordándole que mientras él se encuentra sentado cómodamente leyendo este diario… yo me las tenía que ver con cuatro niños bastante moviditos, un impredecible cuñado, unas excavaciones arqueológicas y un sinfín de tareas domésticas. Por no mencionar a Emerson.

Manuscrito H:

Mientras caminaban por el sendero en penumbra que conducía hasta su casa, las hojas de las flores de Pascua y de las mimosas se agitaban, susurrando como si estuvieran conversando en un lenguaje desconocido. «Como los gemelos», pensó Ramsés.

El Gran Gato de Ra caminaba delante de ellos, tras haber asumido el mando como suelen hacer los gatos, sin importarles la conveniencia de sus dueños. De vez en cuando se detenía sin previo aviso y clavaba la mirada en la oscuridad. En algunas ocasiones, dicha mirada iba seguida de un repentino salto y de los crujidos ocasionados por la frenética actividad que se desarrollaba en el interior de los arbustos; en otras, se limitaba a sentarse hasta que alguno de ellos tropezaba con él.

- Tenemos que poner más luz aquí -dijo Nefret, cogiéndose de su brazo.

- O un gato mejor adiestrado. Maldita sea, ha apresado algo. Espero que no sea una serpiente.

- Se esconden en sus agujeros durante la noche -dijo Nefret-. No te molestes en chillarle, Ramsés, te ignorará con soberano desdén.

- Párate un momento.

- ¿Por qué?

Se lo mostró, rodeándola con sus brazos y estrechándola mientras su boca vagaba por su rostro antes de alcanzar sus labios. Éstos se abrieron, acogedores y cálidos, mientras sus dedos acariciaban el pelo de Ramsés.

- Te ruego que no empieces algo que no puedas finalizar -le susurró ella al cabo de un rato.

- Puedo rematarlo en cualquier momento pero antes sentémonos. Es una noche maravillosa y lo cierto es que no tenemos muchas oportunidades de estar a solas.

Cogiéndola en brazos, se sentó en un banco cercano, sujetándola en su regazo. La brisa levantó un mechón del pelo de Nefret y rozó la mejilla de Ramsés como si se tratara de una caricia. Mientras la besaba, le dijo a su mujer todo lo que sentía y rara vez le decía; ella le respondió murmurándole las palabras de afecto que solo él había oído.

El grito que vino a interrumpir su discurso fue nítido, agudo y humano. Ramsés se puso en pie de un salto, dejando a Nefret en el suelo y empujándola para que se pusiera a sus espaldas, mientras él se volvía para encararse a los arbustos que eran presa de una repentina agitación.

- ¿Quién está ahí? -preguntó, haciendo ademán de ir a coger su cuchillo antes de darse cuenta de que no lo llevaba consigo.

- ¡No me hagas daño! ¡Lo siento!

Salió de detrás de un rosal: una sombra imposible de identificar en la oscuridad… si no hubiera sido porque él había reconocido su voz.

- ¡Maldita sea! -exclamó Nefret por encima de su hombro.

- No te haré daño -dijo Ramsés con voz ahogada. Hubiera preferido un ataque armado a la vergüenza que en aquellos momentos lo estaba haciendo ya enrojecer. ¿Cuánto tiempo llevaba aquella condenada muchacha escondida, escuchando lo que decían?

- Fue el gato -se disculpó Maryam-. Estaba dando un paseo… es una noche tan bonita, cuando él me saltó encima, me asusté y… lo siento.

El Gran Gato de Ra la había seguido, moviendo la cola con aire triunfal. Esta vez sí que había conseguido hacer salir de su escondite a una presa fenomenal.

- No pasa nada -dijo Ramsés-. Pero no deberías pasear sola durante la noche.

- Lo siento, no lo haré más. Sólo quería…

- Buenas noches -dijo Nefret.

- Buenas noches. -Maryam se alejó corriendo, dando tumbos y tapándose la cara con las manos.

El Gran Gato de Ra se restregó contra el pie de Nefret, solicitando sus muestras de admiración y sus alabanzas.

- Oh, sí, bien hecho -dijo Nefret-. ¿Cuánto crees que ha podido escuchar?

- Habría oído mucho más si el gato no hubiera intervenido -masculló Ramsés-. Y habría visto también mucho más. Me siento como un completo idiota.

- Lo que decías no eran idioteces, querido -dijo Nefret-. Pero bueno, creo que lo mejor será que entremos.

- Sí. Maldito gato -añadió él injustamente. -Es una criatura magnífica, a pesar de todo.

El Gran Gato de Ra los precedió al entrar en la casa, sin prisas, de modo que ellos tuvieron que esperarlo, sujetándole la puerta; a continuación se encaminaron a la cocina.

- Sí, es precioso. Y también uno de los gatos más inútiles que hemos tenido nunca. ¿Quieres beber algo, un vaso de leche?

Su mujer le respondió con un bostezo. Ramsés se echó a reír y la

rodeó por la cintura con su brazo.

- Vamos a la cama, entonces. A pesar de la interrupción, y a menos que tú estés demasiado cansada, estoy listo para terminar lo que empecé hace un rato. Casi preferiría que no hubieras vuelto a abrir la clínica, ahora trabajas demasiado

- Me encanta, ya lo sabes. Pero nuestro querido tío Sethos me saca de mis casillas.

- Creía que te gustaba. -Cerró la puerta de su habitación. Nefret se sentó en el tocador y empezó a quitarse las horquillas del pelo.

- Y me gusta, pero cuando lo tengo cerca me siento como un gato en medio de una de las avenidas de El Cairo, tratando de mirar en todas las direcciones al mismo tiempo. ¿Qué era lo que decía de él el-Gharbi? Camina siempre entre puñales desenvainados… y éstos lo siguen adondequiera que vaya.

- Bueno, lo mismo se podría decir de nosotros. El se ha metido ahora de lleno en nuestro nido de puñales.

Nefret no respondió. El modo rápido y brusco de pasarse el cepillo por el pelo y de sostener con sus dedos sus largos rizos dorados le indicaron que no estaba de humor para palabras supuestamente tranquilizadoras o destinadas a hacerla entrar en razón.

- Cuando todo esto haya acabado… -empezó a decir. Una diminuta y silenciosa voz en el interior de su cabeza se mofó de él: «Oh, claro. Se trata tan sólo de resolver el asesinato de Martinelli, localizar las joyas robadas, identificar al bastardo que hundió el barco de Daoud y a esa loca que se hace pasar por Hator…»-. Cuando todo esto haya acabado -prosiguió, tras una pequeña pausa-, ¿por qué no nos vamos unos días, nosotros dos solos?

- ¿Y dejar a los niños? -Nefret abrió un cajón y sacó de él un camisón.

- Tienen a una docena de personas ocupándose de ellos.

En ese inoportuno momento, un alarido capaz de poner los pelos de punta rompió el silencio. Nefret se sobresaltó y dejó caer el camisón. Ramsés volvió a coger la camisa que acababa de quitarse y se la puso de nuevo.

- Voy a ver qué pasa -dijo. Charla estaba teniendo una de sus pesadillas. Sus gritos atacaban directamente el sistema nervioso de sus padres.

Elia, la niñera, dormía en la misma habitación. A pesar de que se trataba de una mujer joven y competente que ambos niños adoraban, era incapaz de calmar a Charla cuando se encontraba en ese estado. Cuando Ramsés llegó, la encontró angustiada en la puerta, retorciéndose las manos.

Ramsés sacó a la niña, que seguía bramando, de su cuna y la estrechó entre sus brazos. Ella se aferró a él, clavándole las manos como si fueran garras, y, lentamente, los alaridos se fueron transformando en sollozos.

- Chss -le susurró su padre-. Todo va bien, cariño, ya estoy aquí.

Había dejado la puerta abierta. Al oír unos pasos que se acercaban corriendo se volvió, pensando que se trataba de Nefret. Pero era Maryam, con semblante preocupado. No le había dado tiempo a ponerse una bata. El ajustado camisón que llevaba puesto debía de pertenecer a su mujer; no era el tipo de prenda que uno puede encontrar en el guardarropa de una señora de compañía.

- ¿Qué sucede? -preguntó-. La oí… esa pobre criatura… ¿puedo hacer algo?

- Nada -dijo Nefret, empujándola al pasar por delante de ella-. Vuelve a la cama o ponte algo encima.

Su tono de voz fue, en opinión de Ramsés, innecesariamente duro. Sonrió a Maryam.

- Has sido muy amable al venir en su ayuda. Como ves, ya está bien.

Nefret se acercó a Davy, quien se había incorporado y estaba ahora sentado en su cama, con su rubio pelo enmarañado y las manos en los oídos. Tenía un sueño más profundo que el de su hermana y le molestaba que el ruido lo despertara. Al ver a su madre, apartó una de sus manos del oído y le indicó la ventana.

- ¿Ha visto algo? -preguntó Ramsés-. ¿Algo en la ventana?

Sabía de sobra que la respuesta que le dieran sus dos hijos sería igualmente incomprensible, pero aun así no perdió la esperanza. En momentos como aquél era cuando le enojaba realmente que los gemelos estuvieran tardando tanto en aprender a hablar.

Sueño o no sueño, aquella cosa espantosa era real para Charla y él habría podido hacerle frente mucho mejor si ella le hubiera podido decirle al menos de qué se trataba.

Davy gorjeaba solícito, en tanto que Charla, que había dejado de

llorar y ahora sorbía simplemente por la nariz, soltó una risita. Lo peor había pasado; lo único que quería era que la abrazaran y que la arrullaran para tranquilizarla. Ramsés la volvió a poner en su cuna. Elia, sonriendo aliviada, le tendió un pañuelo. Enjugó los ojos y la nariz de Charla y apartó los rizos en desorden de su cara.

- Dile a papá lo que era -le suplicó con voz melosa.

Se lo contó, con todo lujo de detalles y gesticulando. Era algo que por lo visto tenía que ver con la ventana. La cuna se encontraba justo debajo pero, aun así, ella debía de haberlo soñado: la abertura estaba enrejada y las cortinas echadas.

Apartándolas, Ramsés miró fuera. La ventana carecía de cristales y estaba únicamente cubierta por una red suelta para evitar que entraran los insectos. La luz de la luna bañaba los riscos lejanos, aclarando el yermo arenoso que se podía contemplar desde aquel lado de la casa. Nada se movía.

- Se ha ido -dijo, inclinándose sobre su hija-. Lo he hecho escapar y no volverá, nunca. Nada puede hacerte daño. Duérmete ahora.

Obtuvo un beso húmedo (los ojos y la nariz de la niña seguían goteando) y un apretón en el cuello de Davy, quien se había desvelado por completo y estaba ahora preparado para relacionarse. Tras abrazar a su madre, abrió los brazos indicando a Maryam.

- ¿Puedo? -preguntó ella tímidamente.

- Sí, claro -dijo Ramsés-. Siento que te molestaran.

- No debería haberme entrometido -murmuró ella-. Pero su llanto era tan lastimero… Reaccioné sin pensar. Buenas noches, queridos.

La única respuesta que le dio Charla fue un gruñido somnoliento. Davy tenía ganas de conversación pero aceptó tener los ojos y la boca abotonados con las risas subsiguientes que este juego siempre provocaba.

Las pesadillas eran muy recientes. Según la madre de Ramsés -la mayor autoridad en la materia-, un buen número de niños las sufrían a aquella edad, y luego se les pasaba.

Lo que no suponía ningún problema, sólo que Ramsés se dio cuenta de que, mientras duraran, no había muchas posibilidades de que él y su mujer pudieran disfrutar juntos de unas románticas vacaciones. No se vanagloriaba de ser el único capaz de tranquilizar

a Charla; había llegado siempre el primero a la escena por pura casualidad y Elia, con todas sus admirables cualidades, era incapaz de entender que lo único que quería la niña en aquellos casos era que le dieran un fuerte abrazo y que le hablaran con dulzura. Su padre, David -o su madre- hubieran podido actuar con la misma eficacia. Sólo que no habría sido justo pedirles que durmieran en la habitación de al lado mientras Nefret y él se encontraban ausentes.

Le llevó un cierto tiempo volver a poner a Nefret en el estado de ánimo que tenía cuando los interrumpieron por segunda vez. Estaba molesta por algo -había aprendido a reconocer los síntomas- pero no alcanzaba a comprender por qué.

* * *

Aunque la fantasía no iba a tener lugar hasta la noche, incluso Emerson tuvo que reconocer sombrío que era inútil ir a Deir el Medina aquella mañana. Selim, Daoud y el resto de sus amigos estaban decididos a organizar la representación más extravagante que jamás se había visto en Gurna. El pueblo entero era un hervidero de excitación y a nadie se le pasaba ni remotamente por la cabeza trabajar aquel día. El coche estaba aparcado frente a la casa, resplandeciente como el azabache. Selim se había pasado toda la noche lavándolo y sacándole brillo.

Finalizado el desayuno, su madre reunió a su tropa y la condujo hasta El Castillo para empezar a embalar los artefactos. Rechazó la oferta poco sincera de Emerson de ayudarles: «Te pasarías el tiempo gruñendo a nuestro alrededor y soltándonos alguno de tus discursos». Sethos dijo que tenía cosas que hacer en Luxor. Cyrus estaba ya preparado cuando llegaron; habían sacado del almacén el material de embalaje que habían usado anteriormente y lo habían llevado hasta la habitación donde se encontraban los objetos. Un carpintero local estaba, además, volviendo a montar las cajas. Ramsés comprendió la razón de que Cyrus quisiera acabar de una vez por todas con aquella tarea. Contemplar todas aquellas maravillas dándolas por perdidas era una auténtica tortura. Aunque, en teoría, Ramsés compartía con su padre la opinión de que los tesoros egipcios pertenecían a su país de procedencia, la cara de perro apaleado que tenía en aquellos momentos su amigo le hizo desear que Lacau se hubiera mostrado algo más generoso.

Empezaron con los objetos más pequeños y menos frágiles: las

vasijas de piedra y de metal. Incluso éstos eran envueltos con algodón o retales de tela. Cuando acababan de llenar una caja, Bertie y David la cerraban con clavos. Cyrus no confiaba en nadie excepto en las personas presentes en aquella habitación. A Ramsés le asignaron la tarea de hacer un inventario del contenido de cada caja, con Lía como ayudante

El trabajo resultaba más fácil en esta ocasión, puesto que ya lo habían hecho antes, pero dado que el viaje iba a ser esta vez más largo, y la manipulación de los objetos, según se temía Ramsés, menos cuidadosa, era necesario tomar precauciones adicionales. Las cajas con los objetos más frágiles de porcelana y cerámica iban a ser cerradas con tornillos en lugar de con clavos.

Era la primera vez que Maryam los veía. Impresionada y sin aliento, fue de una mesa a otra con las manos apretadas detrás de la espalda, como un niño temeroso de no poder resistir la tentación de tocar algo. Como mujer que era, se detuvo sobre todo a admirar las joyas.

- ¿Cómo pueden tolerar que se los lleven? -preguntó ingenua, alzando los ojos para mirar a Cyrus.

- No me queda otra elección, querida. Tómate tu tiempo; nunca volverás a ver algo semejante.

- Creo que es muy desconsiderado por su parte no dejarles más cosas.

- Estoy de acuerdo -dijo Bertie con una triste sonrisa. Enderezándose, se estiró-. ¿Qué joya te gusta más?

- ¡Oh, Dios mío! -Inconscientemente, Maryam se humedeció los labios con la lengua. Extendió la mano pero luego, mirando a Bertie con aire de culpabilidad, la volvió a retirar. Él se echó a reír entonces con indulgencia-. Puedes tocarlos, no se romperán. ¿Qué te parecen esos pendientes?

- Son preciosos, pero muy grandes. -Tímidamente, indicó un anillo con el dedo-. Ese es muy bonito.

Era uno de los más modestos del lote, una banda de oro con un chatón plano en el que habían tallado toscamente la figura sentada de una diosa coronada.

- Pruébatelo -dijo Bertie tomando su mano.

- ¡Oh, no, no puedo!

- Tienes las manos menudas y los dedos delgados, no puedes

romperlo.

Ramsés se dio cuenta de que su madre miraba a la pareja con una expresión enigmática. Había criticado el «abatimiento» que sentía Bertie a causa de Jumana; y no porque desaprobara su relación, por muy unilateral que ésta fuese, sino simplemente porque ella era contraria a cualquier tipo de abatimiento. Katherine no había ocultado su esperanza de que el interés de Bertie por la muchacha egipcia no pasara de ser un capricho temporal.

Ramsés se preguntó si sentiría menos prejuicios hacia la hija ilegítima de un Maestro del Crimen y de una asesina. Maryam era una jovencita muy guapa y era evidente que apreciaba las atenciones que le dedicaba aquel joven. Alzando la mano, admiró el anillo.

- Hay otros más bonitos -comentó Sennia, quien también se había dedicado a observar a la pareja atentamente-. A mí me gusta éste, el que tiene el gato de cornalina. Pero nunca me lo probaría.

- ¿Por qué no? -exclamó Cyrus de repente-. ¿Por qué demonios no? ¡Probáoslos todos! Amelia, Lía, todas ustedes, señoras. Al fin y al cabo, van a acabar expuestos en las vitrinas de un museo polvoriento y jamás volverán a adornar una bonita mano o a rodear un cuello. Obsequiémosles por última vez.

- Es usted un buen perdedor, Cyrus -reconoció Ramsés.

- Y un poeta -afirmó Bertie-. Aquí está tu gato, Sennia. ¿Qué prefiere usted, madre?

Ramsés suponía que aquello constituía para Cyrus un acto de desafío, un último gesto de posesión. Las mujeres rodearon la mesa, comportándose como si de repente hubieran sido atacadas todas a la vez por la misma fiebre benigna que coloreaba sus mejillas y hacía resplandecer sus ojos. Incluso su madre, que aseguraba que aquellas chucherías no le importaban lo más mínimo, inclinó la cabeza y permitió que Cyrus le colgara un magnífico medallón en el cuello. Era un ariete de lapislázuli tridimensional con una corona de oro, recostado sobre un plinto del mismo metal. Ya había notado que las joyas producen un extraño efecto en las mujeres…

Lo había notado pero lo había olvidado también. ¿Cuánto tiempo hacía que no le regalaba una joya a Nefret? Su mujer contaba con su propio dinero y podía comprarse cuanto quisiera, gemas más caras que cualquiera de las que él se hubiera podido

permitir. Pero, de vez en cuando, ella seguía poniéndose la ajorca que él le había regalado cuando eran niños, y luego estaba también la pequeña broma sobre las pulseras que había hecho la otra noche… Si es que de verdad era una broma. ¿In vino ventas? Nefret parecía particularmente interesada en algunos de los brazaletes que quedaban y él la ayudó a abrocharse una pulsera rígida alrededor de la muñeca. David no dejaba de reírse mientras engalanaba a su mujer con pectorales y pulseras. Después insistió en que todas posaran para una fotografía.

- Nunca nos atreveremos a enseñársela a nadie fuera de la familia, sin embargo.

- No importa -dijo Lía-. Nos divertiremos mirándola de cuando en cuando y recordando esta experiencia maravillosa. Gracias, Cyrus.

La fiebre había pasado. Lentamente, y con evidente desgana, las mujeres empezaron a despojarse de las joyas. A pesar de que las mismas habían sido hábilmente restauradas y reparadas, había que manejarlas cuidadosamente. Ramsés ayudó a su madre a quitarse el pesado medallón que colgaba de un collar de cuentas cilíndricas de oro.

- Adecuado para la esposa de un dios, el ariete es, por supuesto, Amón Ra, pero me pregunto si ella lo habrá podido lucir en vida -comentó, acariciándose la parte posterior del cuello-. A mí no me importaría hacerlo. Bueno, hemos pasado un buen rato pero ahora tenemos que volver al trabajo. Hoy tenemos que abandonarlo algo pronto para ir a prepararnos para la fantasía.

* * *

Habían discutido sobre la conveniencia de llevar o no a los niños. La mera idea de los tres bribones más pequeños corriendo de aquí para allá en la oscuridad entre fosas de tumbas abiertas, antorchas deslumbrantes y perros medio salvajes bastaba para poner a Ramsés los pelos de punta. Por eso se sintió muy aliviado cuando su madre puso fin a la discusión afirmando en tono decidido:

- De eso ni hablar. Sólo nos acompañará Dolly.

- ¿No es eso un poco injusto? -preguntó Nefret mientras Lía la miraba con aprensión al imaginarse, sin duda, la respuesta de Ewie.

- De otro modo, no sería entonces justo para Dolly. No tiene por

qué sufrir las consecuencias de que los más pequeños resulten incontrolables. No es culpa suya, a esa edad son como pequeñas bestias.

Dicha comparación no fue muy apreciada ni por Nefret ni por Lía.

Su madre había dicho a los Vandergelt que acudieran a su casa con un poco de antelación. Durante la fantasía no se iban a servir bebidas alcohólicas y a Cyrus le gustaba beber siempre un trago de whisky como aperitivo. Viajarían confortablemente, detrás de los rucios que tiraban del carruaje de Cyrus. Este, Bertie y Walter irían a caballo, vestidos impecablemente en honor a Selim. Eso permitiría que varias de las señoras viajaran en el coche junto a Katherine, tal como Cyrus observó, añadiendo un delicado cumplido sobre su reducida talla y sobre su delgadez.

- Podemos coger… -empezó a decir Emerson.

- No, Emerson, no podemos -le atajó su mujer-. Prometiste a Selim que sería él el que lo condujese. -Mirando estimativamente al grupo, arregló el problema con su brusquedad habitual-. Evelyn, Sennia y yo iremos en el carruaje.

- Creo que ya he demostrado que no soy una buena amazona -dijo Maryam mirando al suelo-. No quiero causarles ninguna molestia. Tal vez debería quedarme con los niños.

- No, no, querida, te vas a divertir -dijo Emerson, contestándole con su habitual galantería. Alzando los ojos, Maryam lo miró sonriente haciendo aletear sus largas pestañas.

Sethos no le prestó atención: en ese momento estaba hablando con Cyrus. Su equipaje debía de haber llegado por tren; lucía un traje de tweed bien cortado y unas botas de montar. Su pelo era ahora de un castaño ceniciento. Ramsés imaginó que aquella tonalidad grisácea iba a ir siempre en aumento de modo artificial aunque comedido.

Esperaron a que el sol se hubiera puesto y a que la llamada de los muecines se hubiera apagado antes de salir. Sennia, que últimamente se había aficionado a una versión nada ortodoxa del vestido egipcio, se pavoneaba con una túnica que Nefret le había ayudado a diseñar; era inquietante comprobar cómo se parecía a la diosa Hator en miniatura sin cuernos ni corona, vestida de blanco y engalanada con cuentas de cristal. Dolly, hecho un brazo de mar

con su mejor chaqueta y unos pantalones, iba a montar con su padre.

- ¿Dónde está Selim? -preguntó Emerson-.Alo mejor ha cambiado de opinión y ya no quiere conducir el coche. Podríamos…

- ¡No, Emerson! Lo ha preparado todo, quiere hacer una entrada triunfal.

La de ellos no dejó de tener también su éclat. Sus anfitriones habían enviado portadores de antorchas para que les salieran al encuentro a mitad camino y una multitud de chiquillos los siguió también mientras ascendían por la colina. Selim y Daoud los esperaban a la puerta de casa para acompañarlos a su interior donde una sofisticada comida estaba ya preparada. Rabia y Taghrid, las mujeres de Selim, debían de haber estado cocinando todo el día. Dolly se sentó con las piernas cruzadas junto a su padre, pendiente de todos sus movimientos. Le habían enseñado cómo tenía que comportarse y estaba decidido a no cometer ningún error. No era la primera vez que los Vandergelt asistían a un evento semejante por lo que incluso Katherine se valió pulcramente de sus dedos, con una sonrisa de buen humor en los labios. Las gafas de Walter estuvieron empañadas todo el tiempo.

Volvieron a salir, no sin antes haber comido mucho más de lo aconsejable. A medida que aumentaba la oscuridad, las antorchas y las hogueras iban iluminando la escena. La casa de Daoud, que anteriormente había pertenecido a Abdullah, daba a uno de los pocos espacios abiertos que había en el pueblo. Siendo como eran los huéspedes de honor, los acomodaron en una fila de sillas que habían colocado frente a la casa. Luego, empezó el espectáculo.

Bailarines y cantantes, músicos y magos fueron realizando por turno sus actuaciones. Mirando a los ojos a Ramsés, Selim le hizo un guiño y se retiró. El narrador más famoso de Luxor empezaba en ese momento a contar un cuento.

Una mano asió a Ramsés por la manga. Maryam estaba sentada a su lado.

- ¿Qué dice? -le susurró.

Las llamas conferían a su rostro un resplandor sonrosado y hacían brillar sus ojos. Daba la impresión de estarse divirtiendo así que no tuvo valor para hacerla callar, a pesar de que hablar durante la representación estaba muy mal visto.

- Es sólo un pequeño cuento de hadas sobre una princesa y un mago. Luego te lo traduzco, ¿te parece?

- Gracias. -Maryam le dedicó una tímida y encantadora sonrisa. Luego, se llevó la mano a la boca-. Oh… ¿qué pasa?

El narrador debía de haberse excedido con el tiempo. Daoud se precipitó al centro de la explanada, haciendo aspavientos y dando órdenes a gritos. El público retrocedió. Algunos de ellos sabían el secreto; sonriendo y saltando excitados, ayudaron a Daoud a despejar la zona, arrojando a los niños en brazos de sus madres y arrastrando a las cabras y a los burros fuera de allí. Uno de los tamborileros dio un golpe a su instrumento y los otros le siguieron, acompañando el creciente rugido que producía el coche que Selim había puesto a toda velocidad por el camino.

«Va demasiado deprisa», pensó Ramsés, aunque nunca llegó a saber si la cosa se había producido antes o después del espantoso chirrido que produjo el metal al ser torturado. Premonición o reconocimiento, el caso es que, cuando se produjo el choque, él se había puesto de pie y corría ya en aquella dirección.

El coche se había volcado a media pendiente al dar contra un promontorio. Uno de los faros se había roto pero el otro seguía milagrosamente encendido y arrojaba un pálido haz de luz sobre la escena. Selim estaba tendido de espaldas, exangüe e inmóvil. Su túnica estaba completamente arrugada y llena de manchas.

Ramsés fue el primero en alcanzarlo. Trató de encontrarle en pulso en su flácida muñeca. La sangre hacía que se le resbalase y sus manos temblaban. No conseguía encontrarlo. Nefret lo apartó.

- Que nadie lo toque. Quedaos ahí atrás. ¡Apartaos de la luz, maldita sea! Ramsés, haz que retrocedan. Llévate de aquí a Rabia y Taghrid, no deben verlo de este modo.

Ramsés podía oír a las mujeres de Selim plañendo e implorando que las dejaran acercarse a él; su tía Evelyn trataba de tranquilizarlas con voz serena y autoritaria. Su madre, como no podía ser de otro modo, se encontraba ya en medio de la escena e iluminaba el cuerpo del herido con una antorcha. Era la única que había tenido el sentido común de pensar en ello. Ramsés casi deseó que no se le hubiera ocurrido. El haz de luz parecía hacer renacer las manchas de sangre, todavía húmeda, roja y reluciente.

- ¿Necesitas algo? -preguntó Ramsés.

Nefret ni siquiera alzó la mirada.

- Tu chaqueta. La tuya también, David. Tablillas. Vendas. Para empezar.

- Gracias a Dios -susurró Ramsés. Tenía miedo de hacer aquella pregunta-. ¿Está vivo?

- Por el momento sí.

Como era natural, las dos mujeres de Selim querían que éste fuese llevado a su casa. Nefret se lo impidió tajante, dando muestras de sangre fría. La responsabilidad era ahora suya y Ramsés sabía, sintiendo dolor al comprenderla, que su mujer estaba desesperadamente asustada. Siempre le había angustiado la idea de perder un paciente. Perder a éste la devastaría.

Cargando con la camilla en la que yacía Selim, tapado y tan rígido como una momia, Emerson y Daoud se pusieron camino de casa. Cyrus había ofrecido su carruaje pero Nefret lo había rechazado con la misma frialdad en la voz. El paciente no debía sufrir ninguna sacudida y los dos hombres podían transportarlo con mayor delicadeza que cualquier otro medio. Los Vandergelt se marcharon, sumisos y silenciosos, acompañados de sus huéspedes. Sennia y Dolly también fueron con ellos. Nefret no esperó al resto del grupo. Montando sobre Moonbeam, condujo al animal colina abajo.

- ¿Quieres que me quede? -le preguntó Ramsés.

Selim estaba extendido boca abajo sobre la mesa que había en su consulta; la habían fregado y luego la habían cubierto con una sábana blanca. Las luces relumbraban sobre el cuerpo desnudo, lleno de sangre coagulada allí donde las magulladuras no lo habían oscurecido.

- Sí -dijo Nefret-. Lávate y ponte una bata. Y usted también, madre. Todos los demás, fuera.

Su madre asintió y empezó a arremangarse.

- A Selim le va a dar algo cuando se entere de que lo hemos desnudado -dijo con calma.

Era justo lo que necesitaban: su inagotable optimismo y sus «pequeñas bromas». Los labios de Nefret se relajaron levemente.

- Tiene algunas costillas rotas, además de los cortes y las magulladuras. No demasiado grave. Pero… -Acarició dulcemente la oscura cabeza de Selim-. Ponga los dedos aquí, madre.

Su madre obedeció.

- Tiene fractura de cráneo -dijo con un hilo de voz.

- La fractura ha producido una hendidura así que es probable que haya una hemorragia en el cerebro.

- Entonces tendrás que operarlo.

- ¡No puedo, madre! Sólo he hecho una operación semejante en una ocasión y fue hace años.

- Para encontrar otro cirujano tan competente como tú tendríamos que ir hasta El Cairo -dijo su madre sin apiadarse-. ¿Crees que sobreviviría a un viaje semejante? ¿No haría el retraso empeorar sus condiciones?

La respuesta podía verse en el pálido rostro de Nefret.

# Capítulo 10

El sol ascendía a mis espaldas mientras subía, de modo que mi sombra, pálida y alargada, me precedía veloz en dirección a la cima. Abdullah me estaba esperando en el mismo sitio de siempre, en lo alto de la pendiente rocosa que se encontraba detrás de Deir el Medina. En lugar de tenderme la mano para ayudarme, permaneció de pie con los brazos cruzados y con una sonrisa en su rostro barbado.

- ¿Vivirá? -le pregunté con voz entrecortada, desplomándome sobre una piedra.

- Gracias a la misericordia divina y a la habilidad de Nur Misur. Podía haber prevenido todo esto, Sitt Hakim.

La crueldad de la acusación hizo que me pusiera de pie, temblando encolerizada.

- Yo no podía hacer nada pero tú, en cambio, sí. ¿Por qué no me lo advertiste?

- Hay muchos futuros posibles y la configuración del definitivo no se conoce hasta que no se produce. -Sus finos labios se curvaron en una sonrisa-. Nunca pensé que la vería comportándose como una mujer, Sitt.

- No estoy muy segura de querer saber lo que intentas decir con eso.

- Ocupándose de los niños, ordenando que preparen la comida, que hagan las camas, mientras una red diabólica va tejiéndose a su alrededor.

Tras él, el sendero, blanco en el amanecer, proseguía por entre las rocas desperdigadas de la meseta que conducía al Valle de los Reyes. Se trataba de un camino bastante transitado pero en aquellos

sueños no había rastro alguno de ser humano aparte de nosotros. Un escorpión traqueteaba en lo alto de una roca con su cola venenosa alzada. Una sombra marrón y alargada, tan fina como el rabo de una rata, dejó un rastro serpenteante en la arena.

- Como de costumbre -dije amargamente-, hablas del peligro y no de cómo prevenirlo.

Abdullah dejó escapar un imperceptible sonido de exasperación.

- No me lo permiten. Ya se lo he dicho… tratando de evitar un peligro, podría meterse de cabeza en otro. Tiene que resolver la trama usted misma. Porque hay una trama, Sitt. Inténtelo y la verá. Vamos -prosiguió en tono más afable-, contemplemos el valle.

Me dejé conducir hasta el lugar donde se hundía el sendero.

- El sol vuelve a nacer de las profundidades de la noche -dijo-. Mire cómo se extiende la luz, creando de nuevo el mundo.

Los contornos de las montañas, los cultivos, los templos en ruinas y las casas familiares parecían renacer del mismo vacío de la noche. Estaba tratando de decirme algo pero no tenía ni la más remota idea de lo que podía ser. Mi malhumor se atenuó un poco, sin embargo. Su mano era tan firme y cálida como la de un hombre aún con vida.

- De modo que te has convertido en un poeta y en un santo, Abdullah.

- Ah, eso. -Abdullah pareció complacido pero sacudió la cabeza-. Esto también forma parte de la trama, Sitt. Váyase ahora. Tenga cuidado por el camino… no sólo en éste, sino también en el que tiene aún por recorrer.

Nunca había bajado conmigo, ni siquiera unos cuantos pasos. Se encaminaba siempre hacia el oeste.

* * *

Al día siguiente, ni siquiera Emerson tuvo ánimos para trabajar. Prácticamente ninguno de nosotros había pegado ojo; nadie pudo descansar hasta verme llegar con la noticia de que Selim había sobrevivido a la operación. En aquel momento sólo les pude ofrecer aquel consuelo pero Nefret, que había pasado la noche con él, llegó a la hora de desayunar y nos dijo que Selim no se rendía y que, incluso, parecía ir mejor.

- Tengo que volver -continuó, mirando con disgusto el plato abarrotado de comida que Fátima se apresuró a poner ante ella-.

Kadija está con él ahora pero…

- Come algo y luego vete a la cama -le ordené- No puedes correr el riesgo de ponerte enferma. Kadija y yo lo cuidaremos.

- Se pondrá bien, ¿verdad? -Sennia alzó sus ojos negros con aire trágico.

- Sí -dije.

- No se atreverá a morirse sabiendo que tu tía Amelia y Nefret son las que se ocupan de él. -Quien había hablado era Sethos, que acababa de entrar, después de haber arrebatado algunas horas al sueño en la dahabiyya. Dando unas palmaditas en la cabeza cubierta de rizos negros de la niña, miró a su hija pero se limitó a saludarla con un gesto de la cabeza y una sonrisa.

Puse mi servilleta sobre la mesa y me levanté.

- Ahora me voy a ver a Selim. Descansa, Nefret. Si se produce algún cambio te lo haré saber de inmediato. Supongo que confías en que lo haré.

- Sí, madre.

- El resto de vosotros continuad. Manteneos ocupados.

- Sí, madre -dijo Ramsés.

- En cuanto a ti, Emerson… -empecé a decir.

- Sí, Peabody -me respondió mi marido con un levísimo tono de ironía en la voz-. ¿Estás segura de que puedes confiar en que yo realice unas cuantas pesquisas mientras tú estás ausente?

- En este caso -le concedí-, es probable que tú estés mejor cualificado que yo.

- Dios mío -dijo mi marido- ¿Es probable?

Manuscrito H:

La noche anterior estaban demasiado preocupados y tristes como para ponerse a discutir sobre la causa del accidente. En cualquier caso, no habría servido de nada especular antes de contar con todos los hechos y antes de que los restos del coche hubieran sido examinados a la luz del día. Al final, seis de ellos se encaminaron en dirección a Gurna. Walter no quiso que lo dejaran atrás -a pesar de que, que Ramsés supiera, apenas sabía algo de coches-y Bertie se presentó en su casa cuando estaban a punto de salir para ofrecerles su ayuda. Pasaron un poco de tiempo con las mujeres de Selim, quienes los acogieron con los habituales gestos de hospitalidad y con un estado de ánimo mejor del que se esperaba Ramsés. Ambas

sabían que Selim había salido bien de la operación.

- Sitt Hakim envió a Daoud para que nos diera la noticia -les explicó una de ellas.

«Por supuesto», pensó Ramsés. Su madre no podía por menos que pensar en ello. A él no se le había ocurrido.

Sintiéndose culpable y esperando no levantar con ello falsas esperanzas, quiso tranquilizarlas ulteriormente.

- Esta mañana está mejor. Ella asegura que vivirá.

Las mujeres de Selim nunca lo habían puesto en duda. No con Sitt Hakim aplicando sus poderes mágicos sobre él. Todos querían y confiaban en Nur Misur pero un toque de magia no le ha hecho nunca daño a nadie.

Medio pueblo los siguió hasta el lugar donde se había producido el accidente. Nadie había tocado nada. Emerson había dado órdenes al respecto.

A la luz del sol, el aspecto del coche parecía aún peor que la noche anterior. Se había salido del camino desviándose hacia la izquierda y, tras vencerse hacia un lado, se había deslizado pendiente abajo antes de volcarse del todo, dejando un rastro de cristales rotos y trochos de metal, y chocar contra el promontorio. Si aquel saliente no hubiera estado allí el coche habría seguido deslizándose hasta el final del camino y, a menos que Selim no hubiera salido despedido antes, habría quedado aplastado dentro del mismo.

La mayor parte del daño se había producido en el lado izquierdo del vehículo: la puerta se había salido de las bisagras, el parabrisas estaba doblado y el cristal hecho añicos. Había desaparecido una rueda; los rayos de madera de la otra se habían quebrado y el neumático estaba deshinchado. El radiador se había quemado y el depósito de gasolina estaba roto. Para entonces, la gasolina se había evaporado ya, aunque su olor flotara todavía en el aire.

- Aquí está la rueda -les chilló David desde un punto algo más alto de la colina. Treparon para reunirse con él. Emerson recorrió la zona con ojo de águila, midiendo la distancia y la trayectoria.

- Si se hubiera salido a consecuencia del choque debería estar debajo del coche o algo más abajo -musitó.

- Las tuercas han desaparecido -dijo Ramsés-. Las seis. -A pesar de que no le sorprendía, aquello le producía una cierta náusea-.

Alguien debe de haberlas aflojado deliberadamente. El coche volcó al salirse la rueda.

- Entonces, ¿no fue un accidente? -Bertie parecía compartir la angustia de Ramsés.

- No existe la más mínima posibilidad de que haya sido así -le respondió Emerson con aire grave-. Selim es un mecánico de primera y mantenía ese maldito trasto en perfecto estado.

Un murmullo se elevó de entre el público que los contemplaba. Algunos de ellos entendían inglés; se iban pasando las noticias de uno a otro. Una mujer esbelta vestida con una túnica negra cogió en brazos al niño que jugaba a sus pies y lo hizo callar. Uno de los hombres que estaban acuclillados se encendió un cigarrillo. Aparte de ellos, nadie se movió. Con ojos penetrantes y oscuros siguieron todos y cada uno de sus movimientos mientras inspeccionaban el coche, milímetro a milímetro. Emerson insistía en que, para aflojar los tornillos, era necesaria la fuerza de un hombre. Ramsés no estaba tan convencido; una llave inglesa podía realizar el mismo trabajo manipulada por una mujer resuelta y que supiera algo de coches.

- ¿Cuándo lo hicieron? -preguntó.

Emerson se tocó el hoyuelo de su mejilla con un dedo.

- Volvimos a colocar la rueda anteayer. Era la rueda delantera derecha, no ésta. Debieron de hacerlo durante aquella noche. Si hubiera metido ese condenado coche en el establo, tal como tu madre no dejó de repetirme…

Las arrugas que tenía en el contorno de la boca se hicieron más profundas.

- Eso no habría cambiado nada -dijo Ramsés-. Es muy fácil entrar en el establo y Alí duerme como un tronco. Para aflojar esas tuercas sólo hacían falta unos minutos.

- El responsable de todo esto, quienquiera que sea, contaba con que la rueda se saliera cuando Selim llegara a un tramo empinado -dijo Sethos pensativo.

- El coche no podía por menos que volcar apenas perdiera la rueda -argumentó Ramsés-. Sin importar dónde sucediese. Selim tenía que mantener una velocidad constante: es el único modo de conducir por un terreno escabroso.

- De acuerdo. Pero el daño, tanto para Selim como para el

vehículo, podía haber sido considerablemente menor si el accidente se hubiera producido en un terreno llano. Era un riesgo que había que correr… suponiendo que el objetivo fuera asesinarlo.

- Como en los otros casos -murmuró Ramsés.

Emerson miró a su alrededor.

- Daoud. Quiero que traigáis el coche de nuevo a casa. Recoged todas las piezas que encontréis.

- Lo que queda es pura chatarra, señor -exclamó Bertie-.Jamás conseguirá repararlo.

- ¿Supones que eso me importa ahora mínimamente? -preguntó Emerson.

Daoud dobló sus grandes manos morenas y asintió vigorosamente con la cabeza.

- Haremos lo que nos ha ordenado, Padre de las Maldiciones. Selim puede reparar el coche. Ya verá.

Los rasgos de Emerson se retorcieron en una mueca dolorosa. Su voz era más ronca de lo habitual al replicar:

- Tienes razón, Daoud. Selim puede y lo hará.

- Y -añadió Daoud plácidamente-, usted encontrará al hombre que hizo esto y me lo entregará a mí.

- lnshaalá-dijo Sethos para sus adentros. Daoud repitió la palabra y, pocos instantes después, Emerson también.

* * *

Aquella mañana había mandado una nota a Katherine y a Cyrus ya que sabía que nuestros amigos querrían conocer el último boletín. Poco después, vinieron en persona.

- No nos quedaremos a menos que podamos serte útiles, Amelia -me aseguró Katherine, sentándose junto a mí y tomándome las manos-. ¿Qué podemos hacer para ayudar? ¿Está realmente mejor?

Acababa de dejar la habitación del enfermo donde Kadija permanecía sentada, como un gran ídolo de ébano, transmitiendo la calma a su alrededor con su mera presencia.

- Sigue inconsciente pero respira mejor.

- Debe de haber sido una experiencia horrible para Nefret -murmuró Katherine estremeciéndose-. Saber que la vida de una persona que ella conoce y aprecia tanto se encontraba en sus manos…

- Ella ha sabido siempre salir del apuro cuando se ha visto

obligada a hacerlo -dije-. Firme y serena como una máquina. Puede que se derrumbe más tarde pero no hasta que se asegure de que Selim se encuentra fuera de peligro. Os quedáis a comer, ¿verdad?

Fátima, quien estaba intentando que recuperara el apetito, dejó escapar un murmullo de placer y se adentró precipitadamente en la casa. Cyrus dejó de dar vueltas -había ido de un extremo a otro de la galería una docena de veces- y puso su mano sobre mi hombro.

- ¿Estás segura de que no estorbamos?

- En absoluto -le aseguré-. Podríais ayudarnos con los niños. Os agradezco que os hayáis llevado a Dolly y a Sennia enseguida pero los demás se han dado cuenta ya de que hay algún problema y se están comportando como unos auténticos demonios.

- Eso me recuerda… -Katherine se levantó-. ¿Dónde están?

- Lía y Evelyn los han acorralado en el patio de Sennia. O, al menos, eso espero.

Katherine se encaminó apresuradamente en aquella dirección. Detuve a Cyrus, quien no había dejado de dar zancadas de un lado a otro.

- Siéntate, Cyrus. Los hombres no tardarán en regresar. Han ido a Gurna a inspeccionar el coche. ¿Quieres esperarlos aquí? Le prometí a Nefret que me sentaría un rato junto a Selim mientras ella descansaba.

Al entrar precipitadamente en la habitación del enfermo me la encontré allí, inclinada sobre la cama.

- Lo siento, Nefret. Sólo he estado ausente… -empecé a decir, sintiéndome culpable.

Ella alzó la mirada. Sus ojos resplandecían.

- Está consciente. Kadija vino a buscarme.

Caí de rodillas junto a la cama. Los ojos de Selim estaban abiertos. Me vio, me reconoció. Sus labios se entreabrieron.

- No hables -le dije dulcemente-. No te muevas. Tuviste un accidente y resultaste gravemente herido pero Nefret se ha ocupado de tus heridas. Ahora estás en su clínica y te vas a poner bien.

Pensé que contestando a las preguntas más obvias lo tranquilizaría pero él tenía otra cosa en la cabeza.

- Le dijo mi padre…

- Me dijo que sobrevivirías.

- Ah. -Fue un suspiro dulce, de alivio. Llevo mucho tiempo

convencida de que la mente afecta al cuerpo de modos que no somos capaces de determinar. Aquellas palabras de aliento le confirieron nuevas fuerzas y ganas de vivir. ¿Quién puede negar la sabiduría de un santo?

Nefret apretó con sus dedos la muñeca de Selim.

- Tienes varios huesos rotos y una herida en la cabeza -dijo-. No debes moverla. Ahora te daré algo para el dolor.

Selim abrió los ojos de par en par.

- ¿Un pinchazo? ¡No! No quiero…

- Está bien, no hay pinchazo -se apresuró a decir Nefret-. No te alteres.

Selim gruñó. Sus expresivos ojos se posaron en mí.

- ¿Quién me quitó la ropa?

Nefret se echó a reír. Era el tipo de risa que normalmente precede al llanto así que me sentí aliviada cuando se abrió la puerta, dando paso a Ramsés.

- ¿Qué…? -empezó a decir.

- Nos ha preguntado quién fue el que lo desvistió -dijo Nefret con voz entrecortada, luego se dejó caer en brazos de Ramsés con la cara cubierta de lágrimas.

- Fui yo, Selim -dijo mi hijo, por encima de la cabeza inclinada de su mujer. Su voz era firme pero sus ojos negros tenían un brillo sospechoso mientras contemplaba a su amigo-. Que Dios te bendiga, amigo.

- No quiero que me pinchen -susurró Selim.

- No lo haremos si te portas bien -dijo Ramsés-. Duérmete ahora.

Los párpados de Selim se cerraron. Miré a Kadija. Con una bonita y afectuosa sonrisa en los labios, asentía con la cabeza. Noté que, por debajo de las vendas que cubrían la cabeza afeitada de Selim, se veía algo verde.

Lo celebramos como Dios manda ya que incluso Nefret se mostró moderadamente optimista sobre el paciente. Parecía exhausta pero estaba radiante y las ojeras moradas que había bajo sus ojos no hacían sino intensificar su color azul.

- Siempre hay un peligro de recaída pero se está recuperando de un modo sorprendente. Si creyera en los milagros…

- Al infierno con los milagros -dijo, cómo no, mi marido-. Si se ha salvado ha sido gracias a tu habilidad. Bien hecho, mí querida

niña.

- Bien hecho, desde luego -asintió Katherine-. He mandado varios mensajes esta mañana posponiendo nuestra velada.

- Así es. ¿Cómo íbamos a poder celebrar una velada sin contar con Selim para bailar el vals con las damas? -preguntó Cyrus-. Cuando se recupere del todo, y el canalla que trató de matarlo esté muerto o en la cárcel, organizaremos una fiesta por todo lo alto.

- ¿Estáis seguros de que el ataque iba dirigido contra Selim? -preguntó Sethos

Yo me había hecho ya la misma pregunta, por supuesto.

- Mucha gente sabía que Selim iba a conducir el coche hasta la fantasía -le respondí-. En cualquier caso, ese bellaco no podía estar seguro de que Emerson no se sentaría al volante de ese trasto antes que Selim.

- Del mismo modo que el sinvergüenza que hundió el barco de Daoud no podía saber de antemano a ciencia cierta quién iba a resultar herido -dijo Ramsés pensativo-. Hay una negligencia en todos esos actos que resulta extraña. Si lo que intenta hacer ese tipo es cometer un asesinato, he de decir que no me parece demasiado hábil para hacerlo.

Fátima entró de nuevo con otra bandeja de su famoso cordero condimentado, acompañado de arroz. Sethos se inclinó hacia atrás y se llevó las manos al estómago.

- Gracias, Fátima, pero creo que ya he comido más de lo que debía. Como siga aquí mucho tiempo me voy a poner gordo.

- ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? -le pregunté. Maryam, que hasta ese momento había comido en silencio con la cabeza inclinada, alzó los ojos.

- Todo el que haga falta para encontrar a vuestro enemigo -fue la respuesta-. La verdad es que os estáis mostrando mucho menos eficaces de lo que suele ser habitual. ¿Cuál es la dificultad? Hace tiempo que estoy esperando que Amelia se presente con uno o dos sospechosos.

- La dificultad consiste en que no sabemos qué incidentes son relevantes y cuáles, en cambio, son sólo meros accidentes o puras coincidencias -le repliqué indignada.

- Es como tratar de encontrar el modo en que originariamente estaba engarzado lo que ahora no es sino un revoltijo de cuentas -

añadió David-. Algunas de las cuales pertenecen, además, a otra pieza de joyería.

Sethos había clavado en él sus ojos, de un color cuando menos particular, y lo observaba.

- Una interesante analogía. Tú eres una especie de experto de la restauración, David; ¿cómo procederías a separar los elementos dispersos?

- Colocándolos sobre una mesa y examinándolos, disponiéndolos de diversas maneras -fue la rápida respuesta-. Después de una larga experiencia, uno adquiere el instinto para estas cosas.

- Como el instinto de Amelia para el crimen -dijo Walter ansioso-. Y… esto… el de… eh…

- ¿El mío? -Sethos enarcó las cejas-. Olvidas Walter, que he investigado menos crímenes de los que he cometido. Sin embargo, no tengo intención alguna de dejaros sin mi protección.

Emerson soltó un gruñido.

* * *

Selim mejoraba día a día. Hasta podía incorporarse ya durante un rato y su apetito era bueno a pesar de que nadie, ni siquiera Daoud, sería capaz de comerse toda la comida que Fátima trataba de obligarle a ingerir. Su aspecto, a causa del yeso y del pequeño turbante de vendas que cubría su cabeza rapada, debería haber sido patético pero su querida barba no había sufrido daño alguno y eso parecía alegrarlo enormemente. Sus primeras palabras fueron un tanto confusas lo que no le impidió hacer innumerables preguntas, en su mayor parte sobre el coche.

- No fue culpa tuya -dijo Emerson, a quien le habían permitido ver a Selim unos minutos-. Alguien aflojó deliberadamente los tornillos de las ruedas delanteras. Tan pronto como te encuentres bien lo repararemos. Para entonces ya habremos encontrado al responsable de lo sucedido.

- Daoud se está ocupando de tu familia -añadí-, al igual que nosotros. De lo único de lo que te tienes que preocupar ahora es de ponerte bien.

- Las excavaciones -dijo Selim-. No deben permitir que…

- Olvida también eso -dijo Emerson-. Seguiremos adelante con ellas lo mejor que podamos hasta que puedas volver al trabajo.

Sabiendo lo penoso que iba a resultar para una persona con la

energía de Selim permanecer inmóvil, organicé un pequeño programa de entretenimiento. En mi opinión, Emerson no era precisamente el tipo de persona que relaja a un enfermo pero Ramsés y Bertie acudían a verlo todos los días para contarle lo que había sucedido en las excavaciones y Sennia y Evelyn leían para él. Cuando Selim le pidió a Evelyn que le leyera un manual sobre mantenimiento y reparación de coches, no me quedó ya la menor duda de que su recuperación iba por buen camino.

No crea, mi querido lector, que los cuidados que prodigaba a nuestro amigo me hicieron olvidar el resto de mis deberes. Desgraciadamente, era exasperante ver el poco tiempo que podía dedicar al más inapelable de ellos. Emerson pasaba el rato meditando tristemente sobre los destrozos causados al coche que, mientras tanto, había sido llevado hasta el establo. Hasta él acabó por reconocer que del mismo ya no se podía sacar nada más en claro. Daoud se puso a buscar de nuevo, con más ahínco esta vez, al primer atacante de Maryam y a consecuencia de ello trajo a rastras hasta la casa a unos cuantos desconocidos temblorosos con el fin de que la muchacha y Ramsés los pudieran ver. Ninguno de los dos fue capaz de identificar entre ellos al hombre en cuestión.

Si dijera simplemente que todos estábamos alerta y actuábamos con cautela me quedaría corta. Fátima recorría la casa varias veces al día blandiendo una escoba a la caza de criaturas venenosas. Kadija y dos de sus hijas se instalaron definitivamente en ella y se ocupaban de hacer compañía a Selim y de tener estrechamente vigilados a los niños. Prohibí a Emerson ir solo a las excavaciones, lo que dio lugar a que protestara enfurecido a pesar de que él me había impedido hacer exactamente la misma cosa. El resultado inevitable de aquello fue, como no podía ser de otro modo, que todos acabamos por sentirnos nerviosos e irritables, especialmente los niños.

El embalaje de los artefactos proseguía. Tal como Emerson no dejaba de señalar -con creciente mordacidad e inventiva en el uso de palabrotas-, Lacau podía muy bien sentarse a esperar a que acabáramos con nuestra tarea; sólo que yo tenía mis buenas razones para querer tener todo aquello terminado antes de que el director del museo se dejara caer por allí. Una de ellas -no siento el menor reparo en admitirlo- era que no tenía la más mínima intención de

mencionarle las joyas robadas, o de permitir a los demás que lo hicieran. No era muy probable que Lacau quisiera volver a abrir las cajas cuidadosamente embaladas. Le entregaríamos las listas y el inventario y no me cabía ninguna duda de que él las repasaría concienzudamente tras abrirlas en el museo. Si para entonces se daba cuenta de que faltaban algunas piezas… «bástale a cada día su afán», tal como las Escrituras nos recuerdan tan sabiamente. Confesaríamos cuando no nos quedara más remedio, pero no antes… y, además, aún quedaba la posibilidad, por remota que fuese, de encontrar al ladrón y al asesino. Lo cierto era, maldita sea -según palabras literales de Emerson-, que más nos valía encontrarlo antes de que volviera a atacar de nuevo.

El proceso de embalaje, al menos, nos mantuvo ocupados. Todos colaboramos con entusiasmo, incluida Maryam. Manejaba con delicadeza las cosas y demostró un auténtico interés por los objetos más valiosos.

- Puedes ayudarme con esto si quieres -le dije, indicándole un cofre pintado-. La verdad es que no sé qué vamos a hacer con el material de embalaje. Hemos usado ya toda la tela y casi no nos queda algodón aunque, de todos modos, me temo que las prendas que hay dentro se romperán cuando las muevan.

- ¿Qué quiere decir lo que hay escrito?

- Es una lista de su contenido: guantes, sandalias, dos rúnicas y algunos otros artículos. Ramsés la ha copiado y la ha traducido. Lee la escritura hierática con la misma facilidad que el inglés.

- Me gustaría aprender más cosas, así podría ayudarles en su trabajo. Tal vez podría usted darme algunas lecciones.

- Si realmente te interesa, podemos hacer de modo que estudies la materia. -Echándome a reír, añadí-: Sólo que necesitarás algo más que unas cuantas lecciones. Nos has resultado ya muy útil, Maryam. Quería agradecerte toda la ayuda que nos has prestado con los niños.

- Sólo pretendo ser de utilidad y, además, me encantan los niños. -A continuación habló tan quedamente que tuve que hacer un esfuerzo para entender lo que decía-. Soy muy feliz aquí, me va a dar mucha pena marcharme.

- Para eso aún queda un poco. Tenéis que quedaros, por lo menos, hasta Navidad.

- ¿Y después? Ya sé que es pedir mucho pero… ¿podría quedarme con ustedes por un tiempo? Han sido ustedes maravillosos conmigo y creo que podría resultarles útil… con los niños, o incluso en las excavaciones, si me enseñan.

No era que se sintiera bien con nosotros sino más bien que todavía no se sentía a gusto con su padre. Me preguntaba qué demonios pretendía hacer con ella. Estaba siempre viajando de aquí para allá, al igual que Margaret. No tenían una residencia permanente donde ella pudiera recibir los cuidados que necesitaba. Y, además, ¿cómo desempeñaría Margaret el papel de madrastra? Bien, desde luego no, conociéndola como creía conocerla.

- Lo discutiré con tu padre -le prometí, a pesar de que eso hizo que me sintiera como un burro cargado hasta las orejas al que le acabaran de añadir un nuevo saco de grano-. Tal vez podamos encontrar una solución.

Manuscrito H:

Ramsés estaba sentado junto a Selim, leyéndole el manual del coche (su tía Evelyn se había dado por vencida), cuando se abrió la puerta y Sethos asomó la cabeza por ella.

- ¿Se permiten visitas?

Era la primera vez que Sethos visitaba a Selim después del accidente. Al verlo aparecer, los ojos negros de Selim brillaron y se llevó la mano a la barba. Era, desde luego, más impresionante que la de Sethos, a pesar de que la de este último estaba creciendo bastante bien. Su cara casi había vuelto a la normalidad; sólo le quedaban algunas magulladuras que apenas se notaban ya.

- Sí, entre -dijo Selim animado-. ¡Todavía sigue usted aquí!

Apoyado contra la puerta, la imagen misma de la elegancia con su traje de tweed bien cortado, Sethos le dedicó una afectuosa sonrisa.

- Espero que no me creas capaz de abandonar a la familia en un momento como éste. Contigo fuera de juego, les hacía falta toda la ayuda que pudieran recibir.

- Eso es cierto -dijo Selim, empezando a asentir con la cabeza pero deteniéndose de inmediato al recordar que no debía hacerlo.

- Os agradezco la confianza -dijo Ramsés.

- Usted es demasiado honrado -le explicó Selim-. El no.

Sethos echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

- Justo en el blanco, Selim. ¿Puedo hacer algo por ti? -Cuénteme cosas del avión -dijo Selim con entusiasmo.

- En otra ocasión. Fátima me dijo que no me podía quedar. Ahora te trae la cena.

- Fátima me trae comida -rezongó Selim-, Rabia y Taghrid me traen comida, Kadija me trae comida. Si sigo así me voy a poner como una bola.

- Bueno, dígame ahora a qué ha venido realmente -le dijo Ramsés a su tío mientras caminaban por el sendero que conducía hasta la casa principal-. Visitar enfermos no es muy propio de usted.

- Qué cínico eres, me gusta Selim. -Sethos se detuvo para aspirar el perfume de una rosa roja-. Tienes razón, sin embargo. En realidad te estaba buscando a ti. ¿Te importaría hacer conmigo una visita a la alegre y fascinante vida nocturna de El Cairo? Qué sitio tan bonito -añadió, mirando con sentimentalismo una parra cubierta por flores azules-. Puede que cuando me retire venga a vivir aquí, a Luxor. Toda la familia reunida, ¿qué te parece?

Ramsés no mordió el anzuelo.

- ¿Por qué?

- Para pasar mis últimos días rodeado de mis seres queridos. Oh… te refieres a lo de Luxor. Puede que haya descubierto algo.

Se negó a dar más detalles, alegando que quería un juicio objetivo. Cuando anunciaron sus intenciones, los demás se limitaron a enarcar las cejas sin más comentarios, al menos no durante la cena. Cuando Ramsés fue a cambiarse, Nefret quiso acompañarlo.

- ¿Qué significa todo esto? -le preguntó.

- Asegura que puede haber descubierto algo. Nefret observó con curiosidad a su marido mientras éste elegía el traje que se iba a poner. -¿Corbata negra? ¿Adonde vais a ir? -No me lo ha querido decir.

- Por lo menos se trata de un lugar respetable -dijo Nefret-. Eso es ya un alivio. ¿Vas a llevarte el puñal? -No le va demasiado a estas galas. Ella no le devolvió la sonrisa. -Pero al tío Sethos sí. Por favor.

* * *

La llamada «vida nocturna» de Luxor oscilaba entre lo repugnante y lo respetable. Los cafés y los bares que abastecían a los turistas se encontraban a lo largo del camino que bordeaba el

río; algunos de ellos eran relativamente inofensivos pero la ropa de etiqueta habría desentonado en cualquiera de ellos.

Los hoteles, en particular aquellos de categoría elevada, eran los centros de actividad social de los visitantes y residentes de clase alta. Los barcos de vapor de los turistas y las dahabiyya se alineaban junto a la orilla formando una larga calle residencial flotante. Las luces brillaban en sus cubiertas y salones.

Para empezar, se detuvieron en el Winter Palace, donde Sethos era obviamente conocido y bienvenido. A la hora de elegir la mesa puso muchas pegas y cuando el camarero se acercó a ellos apresurado para ver lo que querían se negó a tomar nada.

- Esta noche nada, Habib -le dijo-. Pero te daré bacshish si le dices al Hermano de los Demonios lo que me contaste el otro día.

- ¿Sobre el caballero italiano y la señora? -preguntó Habib, saludando con un gesto de la cabeza a Ramsés al mismo tiempo que le tendía una mano menuda y morena.

Después visitaron otros dos hoteles, el Savoy y el Tewfikieh, situados en el camino hacia Karnak, y allí les contaron la misma historia, a pesar de que la descripción de la «señora» no coincidía. En el último establecimiento, denominado con no poco optimismo «Gran Hotel», Sethos pidió que le sirvieran un whisky y quiso saber la opinión de Ramsés.

- Una pelirroja, una morena y una rubia -dijo. La brisa hizo crujir las hojas del emparrado que había sobre sus cabezas-. Martinelli era todo un donjuán.

- Vamos, vamos -dijo Sethos con una sonrisa.

- ¿Cree que se trataba de la misma mujer?

- Martinelli hacía sus conquistas femeninas en otros sitios. Ya he eliminado a ese grupo y he de decir que lo he encontrado condenadamente aburrido. Esta era distinta. Toda una dama, bien vestida, sosegada y muy tímida. Si exceptuamos el pelo, las descripciones eran idénticas. Poco más de metro y medio de altura, un cuerpo bien proporcionado, joven.

- ¿Ninguno de los camareros la reconoció?

- Todos dicen que no la habían visto nunca pero creo que tú sí.

- ¿Hator? -Ramsés se quedó pensativo por un momento-. La descripción encaja.

- Tiene que tratarse de la misma mujer. Es lo que conecta las dos

partes aparentemente sin relación de este asunto y lo que explica cómo fue atraído Martinelli hasta el lugar donde lo mataron. Hubiera ido a cualquier parte en pos de una mujer.

Ramsés se acarició el pelo. Era tarde y estaba cansado pero algunas otras piezas del puzzle empezaban a encajar.

- Así que «tomó» prestadas las joyas para impresionarla o puede que para retribuirle los favores que ella le había negado. No tenía intención, sin embargo, de pagar por ella un precio tan alto. Eso habría significado el final de su lucrativo empleo con Cyrus y tener a la policía pisándole los talones. Menudo puerco estaba hecho.

Sethos levantó su vaso y lo volvió a poner de nuevo sobre la mesa dibujando con él una serie de anillos entrelazados.

- Un moralista diría que recibió lo que se merecía. Ella accedió a venderle sus favores, con no mucha más intención de cumplir su parte del trato que él, y Martinelli la siguió jadeando como un perro, tan cegado por el deseo que ni siquiera fue capaz de preguntarse por qué lo estaría conduciendo a un lugar tan apartado de Luxor, y, finalmente, en un callejón, se topó con su destino, tal como diría Amelia. Es probable que muriera antes incluso de darse cuenta de lo que estaba pasando.

- Después lo ataron y, a lomos de burro, lo llevaron hasta el desierto -Ramsés prosiguió con la historia-. Le quitaron las joyas y todo aquello que podía servir para identificarlo, tras lo cual lo abandonaron allí para que fuera pasto de los chacales.

- Fue tan fácil como quitarle un caramelo a un niño -dijo Sethos, tranquilo e impasible. Incluso parecía sentir algo de admiración-. Un plan realmente brillante. A uno le bastaba conocer a ese pobre bastardo para saber que nunca iba a tener éxito con el tipo de mujer que realmente deseaba. Cualquier mujer con algo de buen gusto no lo habría querido ver ni en pintura. Era la víctima ideal y lo desplumaron como a un bobo.

- Pero ¿por qué? Si lo que busca esa señora es el tesoro de las princesas… -Se preguntó por qué no habría pensado en ello antes-. ¿Podría tratarse de eso?

- ¿Por qué me lo preguntas a mí? He cambiado -dijo su tío con aire virtuoso-. Si yo pretendiera hacerme con un botín semejante, y no me mires así, esta vez no hay gato encerrado, no lo pretendo, no actuaría de un modo tan desorganizado. Lo que desde luego no

haría sería organizar una serie de ataques inconexos como ésos; lo único que han conseguido con ellos es poneros en el qui vive. No. Yo me tomaría mi tiempo, os arrullaría en un falso sentimiento de seguridad y, sólo entonces, daría el golpe. Podría entrar en una habitación cerrada a cal y canto en sesenta segundos y, ayudado por una media docena de bribones, me llevaría de ella todo lo que se pudiera transportar y estaría ya lejos de Luxor antes de que se volviera a hacer de día.

- Apuesto a que podría hacerlo -refunfuñó Ramsés.

- Un reto bastante atrayente, desde luego -musitó Sethos. Echándose hacia atrás, se encendió un cigarrillo. Su rostro adquirió una expresión soñadora-. Habría que organizar de antemano el transporte… facilitar el acceso a El Castillo por medio de un amigo de confianza… los sirvientes dormidos en sus habitaciones… escoltar a Cyrus amablemente hasta su habitación y encerrarlo en ella con su mujer…

Suspirando apenado, exhaló un vacilante anillo de humo.

- Debe de ser toda una tentación -dijo Ramsés, divertido a su pesar. La expresión de su tío era la de un hombre que evoca un episodio amoroso particularmente dichoso-. Cómo debe usted echar de menos los viejos tiempos, antes de que mi madre lo obligara a reformarse. ¿O acaso no fue así?

- Mmm. -Sethos apagó su cigarrillo y se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa. Su sonrisa se había desvanecido-. Te ruego que creas lo que te voy a decir, si puedes. Le prometí que no volvería a interferir en vuestro trabajo. Eso incluye también a Cyrus. Yo no robo a mis amigos. -Eso significa…

- Será mejor que nos vayamos o, de otro modo, tu mujer mandará a alguien en tu búsqueda.

Aquella respuesta evasiva hizo sentir a Ramsés una terrible sospecha. No era la primera vez que pasaba por su mente. ¿Qué hacía Sethos en Jerusalén cuando se suponía que tenía que estar en Constantinopla? Desde la guerra, los anteriores campos de batalla seguían siendo presa de la confusión y la preservación de antigüedades ocupaba, desde luego, uno de los últimos lugares en la lista de los poderes ocupantes. Era una oportunidad de oro para aquellos que se dedicaban a apoderarse de fruslerías y Sethos era un experto en la materia.

«No puedo hacer nada al respecto, se dijo Ramsés, incluso en el caso de que sea verdad. Y, además, no puedo probarlo.»

La luz de los faroles de colores se iba atenuando cuando abandonaron el hotel y tomaron el camino que había en lo alto del ribazo. Ramsés se aflojó la corbata.

- Así que, si no es el tesoro, lo que busca es otra cosa. ¿Cree que la muerte de Martinelli formaba parte del plan?

- Nuestro amigo se había ganado unos cuantos enemigos -dijo Sethos vagamente.

- ¿Mientras trabajaba para usted?

- Entonces, y también cuando trabajó a las órdenes de otros. Dada su debilidad por las mujeres es posible que… esto… ofendiera a una de ellas. No era demasiado difícil seguirle la pista. Todo Luxor sabía que trabajaba para Cyrus. -Su tío era una sombra a su lado. Pasaron por delante del Savoy y del Hotel de Karnak, ahora iluminados tan sólo por unas cuantas lámparas junto a la entrada. Los murciélagos aleteaban a su alrededor y se dejaban caer precipitadamente entre los árboles. Se oyó un prolongado y penetrante silbido que, poco a poco, fue aumentando: el tren nocturno procedente de El Cairo, con algunas horas de retraso.

Lo ahogó un estruendo. Al este, el cielo oscuro enrojeció y tembló.

- Dios mío -dijo Ramsés con voz entrecortada-. ¿Qué ha sido eso?

Sethos había alzado la cabeza como si mera un perdiguero y olfateaba el aire.

- Ha sido cerca de la estación. Vamos.

* * *

# Capítulo 11

Ninguno de nosotros oyó la explosión, que fue grande, ya que, de otro modo, nos habríamos preocupado lo bastante como para tratar de averiguar lo que había pasado. Cuando un estruendo como aquel va unido a la ausencia de Ramsés, uno da por sentado que él debe de tener algo que ver. Nefret me contó más tarde que no regresó hasta las tres de la madrugada. Intentó desvestirse sin que ella lo oyera, pero no lo consiguió. Cuando Nefret encendió la luz y lo vio casi se le cayó la lámpara de las manos. Su mejor traje de etiqueta estaba hecho un guiñapo: arrugado, manchado de sangre, ceniza y otras sustancias que era mejor no mencionar, y sus manos estaban, palabras textuales de Nefret, condenadamente asquerosas. Los demás no nos enteramos de lo que había pasado hasta que bajamos a desayunar.

- No estoy herido, y Sethos tampoco -insistió Ramsés, tratando de sujetar con fuerza su tenedor-. Estábamos a poco menos de un kilómetro cuando se produjo la explosión. Me hice algunos cortes tratando de sacar a la gente de entre los escombros. Maldita sea, Nefret, no necesito esas vendas. Tú siempre…

Ramsés cogió una salchicha con los dedos.

- Han tratado de hacer volar por los aires la estación justo en el momento en el que el expreso procedente de El Cairo entraba en ella. Gracias a Dios fue una chapuza.

Las vías no están dañadas y sólo saltó una parte de la estación. Hay un muerto y una media docena de heridos… todos egipcios. La sala de espera de los europeos y la plataforma no han sufrido ningún daño.

- Han tratado ellos… -dijo Emerson-. ¿Quiénes son los

responsables?

Ramsés había dado un mordisco a su salchicha. Se encogió de hombros.

- Los campesinos han organizado una revuelta -dijo David. Sus labios se retorcieron-. ¡Esos malditos locos!

Ramsés se tragó lo que llevaba en la boca.

- Eso es lo que se supone. Durante la revuelta de la pasada primavera realizaron actos parecidos de sabotaje.

- Maldita sea. -Emerson sacó su pipa.

- No salpiques de tabaco los huevos, Emerson -le ordené.

- Ya he terminado -dijo Emerson, salpicando los restos de su desayuno y toda el área circundante-. Imagino que ahora mandarán un contingente de tropas de El Cairo. Qué engorro. David, tal vez sería aconsejable que tú… eh… desaparecieras por un cierto tiempo.

David apretó sus delgados labios.

- No pretendo salir huyendo, señor. No tengo nada que ver con esto y ellos no pueden probar lo contrario.

- Los militares no necesitan pruebas -refunfuñó Emerson.

- Sí, Dios mío, claro que las necesitan -dijo Ramsés con vehemencia-. David es un ciudadano británico y algunos de los peces más gordos del gobierno responderán por él.

- Incluyéndome a mí-dijo Sethos en pose, a la entrada de la habitación-. ¿Es demasiado tarde para desayunar, Fátima?

- Pero ¿es que no puedes entrar nunca en una habitación sin hacer de ello una representación teatral? -le pregunté.

- Pura costumbre -nos explicó.

- Déjame ver tus manos.

Sethos se las mostró.

- ¿Te parecen lo bastante limpias?

- Tú también has estado cavando -dije, observando las uñas rotas, los arañazos en los nudillos y las palmas llenas de llagas-. Vamos a la clínica y allí te…

- Bueno, claro que he estado cavando. ¿Acaso esperabas que me quedara de brazos cruzados mientras Ramsés se dedicaba a comportarse como un héroe?

Ramsés dejó escapar un sonido semejante a la versión dulcificada del gruñido de su padre.

- Los dos nos comportamos heroicamente -dijo Sethos en tono apaciguador-. No te inquietes, Amelia, les he aplicado ya media botella de whisky… e incluso algo de jabón y agua.

Se sentó en una silla junto a Maryam y Fátima se apresuró a ponerle el servicio de mesa.

- ¿Está usted bien, señor? -Maryam volvió hacia él su bonita cara, con expresión de ansiedad.

- Bastante. ¿Por qué estáis todos tan alterados? Es un incidente aislado y, por el momento, se desconoce la causa. Lo primero que he hecho esta mañana ha sido mandar un telegrama a El Cairo. A menos que suceda algo más, imagino que se limitarán a dejar el asunto en mis manos y en las de la policía.

- Eso espero. Puede que sea una ingenua -manifesté-, pero en este momento me importan un comino todas esas revueltas e insurrecciones y, además, la explosión no debe añadir más peso a los problemas que ya tenemos.

- El problema -me corrigió Sethos-. Todos tienen una causa común y ayer por la noche Ramsés y yo… Oh, gracias, Fátima. Tiene un aspecto delicioso. Como estaba diciendo, ayer por la noche descubrimos uno de los nexos. ¿Se lo has dicho ya, Ramsés?

- No he tenido ocasión -dijo Ramsés bruscamente-. Lo descubrió usted, en cualquier caso.

Tengo que confesar, en las páginas de este diario privado, que las palabras de Sethos hicieron que, antes de nada, me sintiera herida en mi amor propio. Debería haber pensado en ello. ¿Acaso no es «cherchez la femme» uno de los axiomas preferidos? No en mi caso, sin embargo, y ante un posible estrangulamiento, una mujer no era, desde luego, lo primero que me venía a la mente.

- Bien hecho -le concedí-. A pesar de que, si me permites decirlo, algunas de tus conclusiones están basadas en extrapolaciones sin verificar. Yo no… perdona, Emerson, me ha parecido oírte decir algo sobre los cazos y las sartenes

[13].

- Jamás recurriría a tan vulgares aforismos, Peabody.

- Hum. Como iba diciendo, no veo de qué modo eso nos lleva mucho más lejos. Habíamos hablado de una banda, ¿recordáis?

- Pero ahora sabemos… -Al ver mi mirada, Ramsés corrigió su

frase-. Podemos suponer razonablemente que las apariciones de Hator no son ajenas a la trama que estamos tratando de componer. Hay una mujer involucrada.

- Una mujer joven y hermosa -masculló por su parte Nefret.

- Bastante -dijo Ramsés, dando un nuevo mordisco a su salchicha.

- Pero ¿cuál era el objetivo de esas ridículas apariciones? -grité exasperada-. Y además, ¿quién demonios es ella?

- Una persona que vive permanentemente en Luxor o una turista que se estableció aquí hace más o menos un mes -dijo Sethos.

- ¿Un mes? -pregunté.

- He calculado el tiempo -explicó Sethos, mirándome altivo. Sabía que yo no lo había hecho ya que, de otro modo, lo habría dicho-. Martinelli desapareció hace unas tres semanas. Imagino que ella necesitó más o menos una semana para poder entrar en contacto con él. En caso de que se trate de la misma mujer, hizo un rápido viaje a El Cairo, coincidiendo con el de vosotros y después regresó a tiempo para hundir el barco de Daoud y para efectuar su segunda aparición. Todo apunta a que ella se encuentra todavía aquí.

- Eso limita, desde luego, el número de sospechosos -dijo David meditabundo-. La mayor parte de los turistas sólo se queda unos días y no hay demasiados residentes fijos que sean mujeres.

- Y joven y hermosa… eh… aún menos -asentí-. No puede ser nadie del grupo de residentes y os aseguro que si alguien nuevo se hubiera establecido aquí, me habría enterado.

- Tiene razón sobre eso -dijo Emerson, dirigiéndose al grupo en general-. Esas mujeres están siempre dispuestas a contar el último chismorreo.

- En cualquier caso, no hay ningún mal en preguntar -dijo Sethos. Había aprovechado el pequeño intervalo para vaciar su plato, que Fátima se apresuró a volver a llenar-. No, Amelia, tú no; una pregunta directa dirigida a cualquiera de tus amigos despertaría su curiosidad y eso es algo que tenemos que evitar a toda costa. Me mostraré dispuesto a acudir a cualquier tipo de acontecimiento social famoso entre las damas de la buena sociedad de Luxor. Las caras nuevas son siempre bienvenidas, sobre todo si se trata de un buen partido.

- Será mejor que hagas algo con tu cara si lo que pretendes es atraer a esas damas -le repliqué-. Esa barba…

- He estado esperando, precisamente, a que creciera -explicó Sethos, pasándose la mano por el mentón-. Espera un poco, Amelia, en cuanto la recorte y la retoque un poco, y haga, además, algunos otros cambios, te caerás al suelo desmayada de admiración en cuanto me veas.

- ¡Bah! -dijo Emerson-. Lo único que aprenderás es que hay varias mujeres en Luxor, no digo nombres, Peabody, que no se detendrían ante nada con tal de casar a sus hijas aún solteras. La mujer que buscas no pertenece a nuestros círculos más próximos.

- Yo creo, en cambio, que podría no ser así -dijo Sethos, mientras su sonrisa se desvanecía-. Todos saben que soy amigo de Mr. Cyrus Vandergelt, ¿no?

- En pocas palabras -dijo Ramsés tras un momento de silencio-, lo que pretende es hacer usted mismo de anzuelo, ¿me equivoco?

Maryam soltó un chillido y su padre se volvió hacia ella con una sonrisa tranquilizadora.

- No hay ningún peligro, Maryam. Dudo mucho que ella intente el mismo truco dos veces. Si lo hace, te prometo que no la seguiré hasta un callejón a oscuras.

Constatando la seriedad de los semblantes que había a su alrededor, se encogió de hombros.

- Es nuestra mejor pista y debemos seguirla.

- Sería deseable que solucionáramos este asunto lo antes posible -dije-. Se acerca la Navidad; jamás he permitido que un criminal se interfiera en mis celebraciones y, por descontado, no voy a empezar ahora a hacerlo.

- ¡Navidad! -Exclamó mi marido con los ojos saliéndosele de las órbitas-. Vamos a ver, Peabody, nunca he puesto peros a los esfuerzos innecesarios que dedicas a lo que es, en esencia, una vacación pagana con añadidos de una superstición igualmente absurda…

- Lo que, desde luego, no podemos hacer es desilusionar a los niños -dijo Lía-. Tengo que confesar que no he pensado todavía mucho en ello.

- Yo sí -dije- pero todavía nos quedan algunas semanas.

- Hay otro problema -dijo David, mirando a su suegro-. La

comisión Milner no tardará en llegar a Egipto y todos conocen ya la posición británica. El protectorado sigue adelante. Zaghlul Pacha ha hecho correr la voz de que hay que boicotearla. Habrá huelgas y manifestaciones por todo el país.

- ¿Cómo lo sabes? -preguntó Lía.

- Leo los periódicos -le contestó su marido exasperado-. Espero que Sethos tenga razón pero me temo que El Cairo se va a tomar la explosión en la estación mucho más en serio de lo que piensa.

- Eso no tiene nada que ver con nosotros -dijo Ramsés, mirando a su amigo con el entrecejo fruncido-. Mantente al margen, David. Prometiste que lo harías.

- Lo mantendremos al margen -aseveré-. Cielo santo, ¿no teníamos ya bastantes cosas de las que preocuparnos?

Fátima entró.

- Tiene usted un paciente, Nur Misur. ¿Va a atenderlo?

- Por supuesto -dijo Nefret, poniéndose de pie.

- Y el resto de nosotros debemos volver también a nuestros quehaceres -afirmé-. ¿Quién viene a El Castillo conmigo?

- Yo no -gruñó Emerson.

- Nadie espera que lo hagas, querido. Anímate; en un día o dos habremos acabado con el trabajo y entonces podremos proseguir con nuestra investigación.

- ¿Qué investigación? -preguntó Emerson. Empujó su plato con tal violencia que hizo caer una copa. El agua se derramó por el mantel-. Maldita sea -gritó-. Lo siento, Fátima. ¡Es culpa tuya, Peabody, ese insulso optimismo tuyo me saca de mis casillas! No hay nada que investigar. Hemos llegado a un punto muerto. ¡Sabes perfectamente que no podemos hacer otra maldita cosa que no sea sentarnos a esperar que se produzca otro de esos malditos ataques!

- Eso no es del todo correcto, Radcliflfe -dijo Walter, ajustándose las gafas-. Esto… el plan de Sethos…

- Trata sólo de impresionarnos sin motivo -rezongó Emerson. Su dura mirada azul pasó de un hermano a otro. Sethos lo miró agradecido y Walter, que conocía a Emerson desde hacía aún más tiempo, untó tranquilo de mantequilla otro pedazo de pan.

* * *

Cuando llegué a El Castillo, encontré a Cyrus caminando arriba y abajo en la habitación donde estaba expuesto el tesoro, tirando de

su perilla. Katherine trotaba a su lado, dándole palmaditas y pronunciando, casi sin aliento, frases del tipo «Vamos, Cyrus» o «Cyrus, querido». Su marido caminaba a buen paso y mi querida amiga estaba algo gruesa; cuando Cyrus se detuvo al verme entrar, Katherine soltó un grito ahogado de alivio.

- ¿Y ahora qué? -pregunté-. Siéntate, Katherine, querida, y recupera el aliento.

Cyrus se volvió lleno de remordimientos hacia su mujer.

- Lo siento, Cat. Estaba tan alterado que no prestaba atención.

Tenía un papel arrugado en la mano… un telegrama, a deducir por el color.

- ¿Por esto te has acalorado tanto? -le pregunté-. Déjame adivinar. ¿Otro mensaje de Mr. Lacau? ¿Qué quiere ahora… todo?

- No es tan terrible como todo eso -Cyrus desplegó el telegrama y trató de abanicar a su mujer con él-. No sé por qué me ha enfurecido tanto. El tono, supongo. Salió de El Cairo ayer… imagino que el telegrama debe de haber tardado en llegar unas veinticuatro horas, como suele ser habitual. Espera llegar el jueves y quiere cargarlo todo en un día, ¿podéis creéroslo? Sólo que no dice confío, me gustaría o podría usted, por favor. Haz esto y lo otro es más bien el estilo.

- Los telegramas no son, precisamente, el medio más adecuado para los circunloquios corteses -le repliqué-. ¿A qué vienen tantas prisas?

- Dice algo al respecto. -Cyrus leyó lo que había escrito-. Rumores alarmantes de disturbios. Stop. Transporte seguro artefactos Cairo primordial. Stop.

- Espera a que se entere de la explosión -murmuró David-. Le entrará aún más prisa por abandonar Luxor lo antes posible.

- Ha tenido la cara dura de insinuar que los artefactos no están a salvo en El Castillo -intervino Cyrus con brusquedad-. Están más seguros aquí de lo que lo estarán nunca en ese maldito museo… Oh, vaya. ¿Pensáis que puede haberse enterado del robo de las joyas?

- No alcanzo a imaginar cómo podría haberlo llegado a saber -le respondí-. Creo que simplemente se está comportando de un modo autoritario y excesivamente receloso. Pero esto no cambia nada, Cyrus, realmente; cuando llegue le tendremos preparados sus preciosos artefactos de modo que pueda cargarlos e irse al infierno

con ellos, como diría Emerson. Si hacemos los arreglos necesarios para los porteadores podría de verdad cargarlo todo en un solo día.

Hacia mediodía nos habíamos quedado ya sin paja y algodón. Habíamos acabado prácticamente con todos los objetos pequeños, quedaban tan sólo por embalar los ataúdes, las momias y la túnica con los adornos de abalorios.

- No sé cómo empaquetarla -confesé-. Tengo miedo de enrollarla o de doblarla de nuevo y si la clavamos con alfileres para evitar que se mueva de un lado a otro mientras la transportan, es posible que los mismos le causen un daño aún mayor. ¿Se te ocurre algo, David?

- No podemos hacer mucho -me respondió con pesar mientras se sacudía los restos de paja de su camisa-, aparte cubrirla por completo con una sábana limpia y, después, envolverlo todo con vendas y colocar unas cuantas capas más de relleno por encima. Si la manejan con delicadeza…

- No lo harán -dije con un suspiro-. Ay, bueno, no nos queda más remedio que soportar aquello que no podemos solucionar. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos. Si dispusiéramos de más material de embalaje creo que podríamos acabar mañana.

- Iré a Luxor a ver qué puedo encontrar -dijo David-. Debe de haber algún fabricante de telas al que todavía no hemos saqueado.

- ¿Quieres que vaya contigo? -le pregunté.

- No es necesario. De paso, trataré de encontrar también algo de paja limpia.

Cogiendo su chaqueta, salió de la habitación antes de que me diera tiempo a contestarle. Todas aquellas prisas y el hecho de que evitara mis ojos me hicieron preguntarme si no andaría metido en algo. David rara vez hacía algo a escondidas (a menos que hubiera sido empujado a ello por Ramsés), pero podía llegar a ser tan testarudo como mi hijo, de aquel modo suyo, tan sosegado. A pesar de que lo negaba, sospechaba que no había roto por completo sus relaciones con el movimiento nacionalista y este último brote de violencia, obviamente, le preocupaba.

Corrí detrás de él, llamándolo. Hizo como que no me oía pero yo lo alcancé cuando estaba ensillando a Asfur.

- Vas a ir a la estación, ¿verdad?

David nunca había sido capaz de mentirme. La fuerza moral,

inculcada desde temprana edad, es algo irresistible. (Nunca lo había sido del todo para Ramsés pero, en su caso, se trataba de la excepción que confirma la regla.) David me miró tratando de mostrarse duro pero, casi de inmediato, se derrumbó, tal como estaba segura que sucedería.

- Maldita sea, tía Amelia, ¿cómo se ha enterado?

- Todo Luxor sabe que soy una maga poderosa -le contesté con una sonrisa. David no me la devolvió.

- Lo único que quiero es ver el daño con mis propios ojos.

- ¿Con qué fin? David, por favor, no vayas solo. Deja que Ramsés o Emerson te acompañen.

- ¿Sacar al Padre de las Maldiciones de sus excavaciones para que juegue al guardaespaldas? No veo qué es lo que puede pasar que no sea capaz de resolver por mí mismo. Esto es Luxor, no Gallípoli.

Exhalé un suspiro de exasperación. El ego masculino es insoportable.

- No tengo ganas discutir o de perder el tiempo con explicaciones, David. Limítate a hacer lo que te digo. Ramsés está en casa trabajando en sus tablillas. Eso no te desvía mucho de tu camino. Y no maldigas -añadí, al ver cómo se iba formando la palabra en sus labios. Estos se retiraron hasta adquirir una forma que respondía, al menos parcialmente, al hecho de experimentar una cierta diversión.

- Está bien, tía Amelia, usted gana… como siempre. Imagino que han acabado ustedes por el momento. ¿Puedo llevarla de vuelta a casa?

Tras montar en su caballo, me ofreció la mano pero yo retrocedí.

- No, gracias, querido muchacho, he disfrutado ya en muchas ocasiones de esa romántica pero incómoda experiencia. Dile a Fátima que comeremos aquí. Y tú procura comer algo antes de…

Sonrió y remedó una especie de saludo militar antes de ponerse en marcha. Sumida en mis pensamientos, volví a la habitación donde estábamos trabajando.

Manuscrito H:

Ramsés debería haberse alegrado de que lo dejaran trabajar en sus inscripciones pero lo cierto era que no conseguía concentrarse. Sabía por qué su padre no había insistido para que fuera con él

aquella mañana. No habían cruzado una palabra al respecto; no era necesario. Selim estaba todavía convaleciente y los niños eran vulnerables y si uno de sus adversarios pretendía entrar en aquella casa siempre más concurrida y sin vigilancia, los únicos que había allí para detenerlo eran las mujeres y Gargery. Ese pobre y viejo idiota moriría por defender a cualquiera de ellos… si no lo abatían de un disparo antes de que pudiera hacerlo.

Después de que los otros se hubieran marchado a El Castillo, Ramsés deambuló sin rumbo por el jardín, yendo a parar a la clínica. La sala de espera estaba llena a rebosar. La reputación de Nefret era bien conocida, aunque las necesidades y la carencia de asistencia sanitaria mínimamente decente eran tan grandes que cualquier otro médico mucho menos competente que su mujer habría tenido mucha más gente de la que hubiera sido capaz de atender. Ramsés sintió la misma rabia impotente que debía de experimentar Nefret a diario, a todas horas, al ver todas aquellas heridas supurando, aquellos ojos llorosos, niños enfermos o adolescentes con su barriguita de embarazadas. La obstetricia había constituido y constituiría siempre una parte considerable del trabajo de Nefret.

Nisrin salió del quirófano. A pesar de que tenía la parte delantera de su bata salpicada de sangre, lo saludó con una sonrisa impasible.

- ¿Quiere usted ver a Nur Misur? En estos momentos está cosiendo a un paciente.

- No, ya veo que está ocupada. A menos que haya algo que pueda hacer para ayudar.

Ella le indicó que se marchase con un gesto de la mano, con el aire condescendiente de la enfermera experta que trata de deshacerse de la incompetencia masculina. Ramsés se dirigió entonces a ver cómo se encontraba Selim. Sennia estaba con él, devorando pastelitos de miel y discutiendo sobre el Segundo Periodo Intermedio. Era ella la que llevaba la voz cantante.

- Hablábamos de los Hiksos

[14] -balbuceó, mirando a Ramsés.

- Ya os he oído -dijo Ramsés. Una pata, con las garras completamente extendidas, salió inesperadamente de debajo de una

silla. Ramsés se apresuró a hacerse a un lado. El inmundo temperamento de Horus no se había suavizado con el pasar de los años pero el animal iba perdiendo sus fuerzas.

- ¿Estás segura de que Selim está interesado en oír hablar de los Hiksos?

Sennia tragó lo que tenía en la boca.

- Le interesa mucho la historia egipcia, ¿verdad, Selim?

Selim miró a lo alto sonriendo.

- Pajarito es una buena maestra.

- También sé cuidar enfermos -dijo Sennia satisfecha de sí misma.

- Y la comida aquí es excelente -dijo Ramsés, al ver como la niña cogía otro pastel de miel-. Por lo que parece, estáis pasando un buen rato. Que no se canse demasiado, Pajarito.

- De lo que estoy cansado es de estar aquí tumbado -dijo Selim-. Ya me siento bien. Dígale a Nur Misur que tiene que dejar que me levante.

Decir a su mujer lo que tenía que hacer era, precisamente, uno de los temas que él prefería no tocar con ella. Salió de allí.

A continuación se detuvo en el patio, donde los niños estaban jugando. Pasado un cuarto de hora, Fátima le dijo que se marchara ya que era la hora de comer y él los estaba poniendo muy nerviosos. Los gritos de protesta que lo siguieron parecían más vehementes de lo habitual. Según su madre, los niños eran sensibles al ambiente que los rodeaba; la inquietud de los adultos debía de estarles afectando.

Tras haber agotado todas las posibles fuentes de diversión, se encaminó de nuevo hacia el estudio. Cuando justo se acababa de poner manos a la obra, Gargery entró.

- Ah, está aquí, señor -dijo en tono de acusación-. Lo hemos buscado por todas partes. Mr. David…

- No era necesario que me anunciaras, Gargery -dijo David.

- ¿Va a comer usted aquí, señor? No lo esperábamos. Puedo preguntar…

- No -dijo Ramsés-. Quítate de en medio, Gargery, y dile a Fátima…

- Dile que no se alborote -dijo David-. Me basta con un sándwich.

Gargery «se quitó de en medio», resoplando. Ramsés se inclinó hacia atrás en su silla.

- ¿Puedo preguntarte…?

- Voy camino de Luxor. Nos hemos quedado sin tela y algodón. La tía Amelia me hizo prometerle que me acompañarías. Pero si estás ocupado…

- No te escabullirás de ésta tan fácilmente. -Ramsés hizo a un lado sus papeles-. He estado traduciendo ese texto del horóscopo para nuestra madre. No podía concentrarme en nada más difícil. ¿Qué es lo que le hace pensar que debo acompañarte?

- Voy a la estación.

- ¿Y?

- Y nada, espero.

- ¿Crees que puede haber problemas? David esbozó una leve sonrisa. -Tengo un presentimiento.

Era algo más que un mero presentimiento; sabía perfectamente hasta qué punto es fácil que un grupo de holgazanes se convierta en una muchedumbre airada. Era más que probable que el gentío se hubiera congregado en los alrededores de la estación movido por la curiosidad y por la esperanza de poder arramblar con algo. Ramsés se reprochó no estar al tanto de lo que iba sucediendo, como había hecho David. La situación había llegado a ser explosiva. La más mínima provocación, real o imaginaria, podía dar lugar a una revuelta.

Y David intentaría detenerla. «Maldita sea -pensó Ramsés-, eso no es precisamente lo que necesitamos.»

- Iré contigo -dijo-. Cuando estés listo.

Llegaron a la estación a primera hora de la tarde. La temperatura superaba los treinta grados. A una cierta distancia, se podía oír ya el alboroto.

Un cordón irregular de la policía mantenía alejada a la multitud de las vías y de la estación, donde había apostados algunos hombres vestidos de caqui junto a los escombros, ignorando los insultos y los puños amenazadores con admirable aplomo británico. Ramsés no alcanzaba a imaginar cómo habían podido llegar los soldados con tanta rapidez; Allenby debía de haber tomado la precaución de mandar columnas móviles a los puntos más neurálgicos. Los oficiales de policía, ataviados con sus viejos uniformes, no parecían

muy felices. Muchos de ellos simpatizaban con los manifestantes, algunos de los cuales blandían pancartas con una grosera (e incorrectamente escrita) descripción de los inglizi. El sol caía a plomo sobre ellos y el polvo que levantaban sus pies enturbiaba el aire.

- Detente un minuto -dijo Ramsés sujetando a David antes de que éste se metiera de lleno en aquello-. Lo único que hacen es desahogarse. ¿Qué está pasando?

El hombre al que se había dirigido vestía una galabiyya andrajosa y un trapo sucio enrollado alrededor de la cabeza. Se volvió gruñendo hacia Ramsés pero, al reconocerlo, cambió el gruñido por una afable sonrisa.

- Sólo queríamos llevarnos los trozos de madera rota, los clavos y los ladrillos, Hermano de los Demonios. ¿Qué mal puede haber en ello? Pero esos malditos… uf… esos ingleses nos lo impidieron.

- Quieren averiguar qué fue lo que causó la explosión -dijo David-. Podréis llevaros los restos cuando hayan acabado. Dile a tus amigos que se vayan a casa.

- ¿Yo? ¿Acaso me toma por loco? Están furiosos.

- Y, a la vez, se divierten -dijo Ramsés a David en inglés-. Nada mejor que una entretenida revuelta en un día caluroso como éste para matar el aburrimiento.

- Alguien los está arengando -dijo David, tratando de vislumbrar algo por encima de aquella marea de turbantes agitados, con algún que otro fez aquí y allá.

El tipo en cuestión no era un orador, pero se expresaba con contundencia e indignación. Palabras como opresión e injusticia -unidas al nombre del patriota exiliado, Zaghlul- dieron lugar a un bisbiseo enfurecido. Tras soltar una maldición, David empezó a abrirse paso entre la muchedumbre.

Ramsés lo siguió, empujando aún con más fuerza y dejando caer aquí y allá alguna que otra sugerencia.

- Marchaos a casa, no seáis estúpidos. Marchaos de aquí. Pensad en vuestras mujeres e hijos. ¿Queréis que os peguen un tiro?

Fueron abriéndole paso y algunos de ellos, incluso, se tomaron en serio su consejo pero el orador seguía gritando y las primeras filas de la multitud avanzaron hacia delante. Los policías no iban armados pero los soldados sí. Esperando que ninguno de ellos

tomara a él o a David por agitadores, Ramsés esquivó las manos de un manifestante que, con mirada furibunda, estaba a punto de echarle las manos al cuello y le dio un patada. Los hombres que había en la fila delantera eran los más valientes o, mirándolo de otro modo, aquellos con menos sentido común. David golpeó con dureza a algunos de ellos, luchando con la imperturbable eficiencia que Ramsés recordaba tan bien. Los que se encontraban más cerca de las víctimas empezaron a cambiar de parecer y se fueron retirando, dejando a Ramsés y a David en el espacio vacío que había frente a la hilera de policías.

- ¿Dónde está ese bastardo? -preguntó David jadeando, refiriéndose, según suponía Ramsés, al orador.

- Oculto en la oscuridad, por lo visto. Mira a ver si puedes chillar más que él.

Alzando ambos brazos, David gritó aún más fuerte. Tras pronunciar algunas frases, el público se calmó y empezó a escucharlo. Los egipcios son, en su mayoría, gente tranquila y disfrutan con los buenos discursos. Acogieron la serena súplica de David con gestos afirmativos de la cabeza y tímidas miradas. Ramsés estaba seguro de que aquellas palabras le salían a su amigo del corazón.

- La violencia sólo traerá más daño, a vosotros y a vuestras familias, hermanos. ¿Acaso Dios no prohíbe matar a menos que sea en defensa propia? Tened paciencia. La libertad llegará. Estoy seguro. He luchado por ello y seguiré haciéndolo.

Era el héroe del momento. Voluble como cualquier otra muchedumbre, los mismos que hasta hacía unos instantes habían tratado de impedirle el paso se acercaron ahora a él en oleadas para abrazarlo. Ramsés, a quien no le importaba reconocer que su mente era más malévola que la de su amigo, se había dedicado a observar con ojo crítico aquellos cuerpos agitados y miradas llenas de excitación. Vio como aquel brazo alzado se movía hacia detrás y luego, bruscamente, hacia delante, vio también como la piedra salía despedida por el aire, y se arrojó sobre David. Llegó medio segundo tarde.

* * *

Tras considerar el asunto, decidí que nosotros podíamos dar también por concluido el día. No había prisa. La mayor parte de los

objetos más valiosos estaban ya embalados. Todavía no había decidido qué hacer con la túnica bordada de abalorios y con los rollos del Libro de los Muertos. La túnica había sufrido después de que Martinelli la tratara y la desdoblara; el color de la misma había oscurecido perceptiblemente y daba la sensación de que la tela se iba a deshacer apenas la tocaran. Suspiré apenada, admitiendo lo que había sospechado desde un principio: la íbamos a perder de todos modos, poco importaba lo que hiciéramos para salvarla. Así que, ¿por qué no hacer que fuera Lacau el que cargara con la última responsabilidad? En caso de que nos pidiera que la preparáramos para el viaje le daríamos gusto, luego tendría tiempo de divertirse en El Cairo recogiendo las cuentas sueltas y los jirones de lino.

En cuanto al Libro de los Muertos, esperaba poder convencer a Mr. Lacau de que nos lo dejara por el momento. Alisar y desenrollar el frágil papiro era una tarea para la que Walter estaba particularmente dotado. Dudaba que hubiera alguien en El Cairo que lo pudiera hacer con la misma maestría y, por si fuera poco, él era, además, uno de los mayores expertos mundiales en textos antiguos.

Una vez llegada a esta conclusión y después de habérsela comunicado al resto del grupo, disfrutamos de uno de los excelentes almuerzos de Katherine y luego nos dispersamos… Evelyn a descansar un poco, Walter regresó a sus papiros y Lía de vuelta a casa.

- ¿Adonde vas? -me preguntó Cyrus al ver que me ponía los guantes y me ajustaba el sombrero.

No vi ninguna razón para ocultarle la verdad.

- Creo que haré una pequeña visita a la tumba de Abdullah antes de volver a casa.

- No puedes ir sola. -afirmó Cyrus, haciendo una seña al mozo de establo para que ensillara a Quennie.

- No entiendo qué te hace suponer que necesito escolta, Cyrus. Acabas de dejar que Lía se fuera sola.

- Confío en ella pero en ti no -me respondió mi amigo, tirando de su perilla-. ¿Es eso todo lo que quieres hacer… visitar a Abdullah y pedirle consejo?

- Lo necesitamos, ¿no te parece? Te aseguro que no tengo ningún otro objetivo en la cabeza.

- En cualquier caso, iré contigo -insistió Cyrus.

El clima egipcio es muy seco, pero cuando la temperatura supera los treinta grados se puede decir que hace realmente calor, sea cual sea el grado de humedad. La sombra del pequeño monumento constituyó un auténtico alivio después de cabalgar bajo el aplastante sol del desierto. Cyrus pagó su cuota al diligente Abdulrassah y se sentó, abanicándose y mirando cortésmente hacia otro lado mientras yo entraba en la tumba.

No me arrodillé, ni tampoco recé en voz alta. Apoyándome contra la pared, cerré los ojos y pensé en Abdullah. No sabía lo que podía suceder. Nunca se había dirigido a mí estando despierta y no había ninguna razón para que respondiera ahora a mi silenciosa súplica. Si he de ser franca, más que una súplica se trataba de una pregunta irritada. ¿Qué sentido tenía contar con un informador en el «otro lado» si éste no podía o no quería contarme nada?

La oscuridad que había tras mis párpados cerrados se veía animada por pequeñas manchas de color, espirales y remolinos de luz. Los sonidos se intensificaron: el arrastrar de las sandalias de Abdulrassah, el crujido de su escoba, el aleteo de las alas de los pájaros que se encontraban bajo la cúpula, voces lejanas…

Una mano se apoyó en mi hombro. Al abrir los ojos, vi la cara de Cyrus junto a la mía.

- Te balanceabas como si fueras una peonza aminorando su velocidad -dijo-. ¿Qué tratabas de hacer, entrar en trance?

- Entrar en un estado semejante en posición vertical no es muy sensato -dije-. Tampoco me considero una persona con poderes paranormales, en el sentido habitual de la palabra.

- Sin embargo, crees en tus sueños. -Me ofreció su brazo. Abdulrassah se apresuró a apoyar su escoba contra la pared y se sentó de una manera que no dejaba lugar a dudas junto a su cuenco de pordiosero. Añadí unas cuantas monedas al mismo y procedí a responder a la pregunta implícita de Cyrus.

- «Creer» no es, justamente, el término más adecuado. Los acepto. Supongo que eres escéptico.

- No sé. -Cyrus me ayudó a montar de nuevo en el caballo-. He visto ya un sinfín de cosas extrañas y me gustaría mucho volver a echarle la vista encima al bueno de Abdullah. ¿Has tenido suerte?

- No lo vi, si es eso lo que quieres decir. Me pareció… puede que

me equivoque, pero me pareció oír su voz: «Está usted en el punto de partida, Sitt. Prosiga ahora y mire bien por dónde pisa».

- ¿Qué quiere decir eso? -preguntó nuestro amigo.

- Maldición si lo sé, Cyrus.

Nuestro intento de comportarnos con toda normalidad a la hora del té por el bien de los niños no tuvo demasiado éxito. Era imposible pasar por alto el trozo de esparadrapo que David llevaba pegado en la ceja. Los niños más pequeños aceptaron sus explicaciones y se creyeron que aquello era el resultado de un accidente desafortunado, pero David John no dejó de besarlo en nariz, cejas y orejas hasta que, finalmente, conseguí atraerlos a todos hasta su trinchera ofreciéndoles puñados de galletas. (En momentos desesperados, medidas desesperadas.) Cuando la situación estaba volviendo a la normalidad, Sethos se asomó a la puerta, pidiendo permiso para entrar. Supuse que había estado almorzando en Luxor ya que iba hecho un figurín, ataviado con un traje verde de tweed y una corbata militar que, no me cabía ninguna duda, no debía de estar autorizado a llevar. La barba y el pelo eran ahora color gris acero y sus facciones regulares habían recuperado sus proporciones normales. La única nota discordante era su ceño fruncido, tan terrorífico como cualquiera de los de Emerson.

- Buenas tardes -le dije, haciéndole entrar.

En lugar de contestarme, miró enfurruñado a David.

- ¿Qué demonios crees que estás haciendo? -preguntó.

- ¿Se ha enterado ya? -preguntó David mansamente.

- Claro que me he enterado. Todo Luxor lo sabe y, mañana como muy tarde, todo El Cairo sabrá también que hoy organizaste una revuelta. Tú, condenado niñato…

- ¡Por favor! -exclamé-. ¡Los niños!

- David no organizó una revuelta, al contrario, evitó que se produjera -aseveró Ramsés, devolviéndole la mirada con interés-. Había soldados británicos presentes. Ellos lo oyeron.

- Ellos oyeron a un «nativo» hablando en árabe. -Sethos alzó las manos con brusquedad, agitándolas-. No entendieron una palabra. Nadie creerá la versión de los egipcios. El estaba ya bajo sospecha…

- Trató de salvar algunas vidas -dijo Lía. Se había erguido en su silla, con las mejillas encendidas.

- Me importa un comino lo que tratara de hacer. He hecho todo cuanto estaba en mi mano por acallar las sospechas oficiales pero si él persiste en meter las narices…

Algunos de los presentes lo refutaron indignados. La voz de Emerson era la más alta de todas y su discurso el más incoherente. Sonriendo para mis adentros, me abstuve de intervenir. Pocas veces había visto a Sethos tan enfadado. Era una conmovedora demostración de interés.

Durante la calma que siguió a la tormenta, se pudo oír una suave voz.

- Pido disculpas… esto… Sethos…

- ¿Estás de acuerdo conmigo, Walter? -Sorprendido pero confiando en su apoyo, Sethos se volvió hacia él-. Dile a tu impetuoso yerno que se retire.

- No, no lo haré -dijo Walter.

Aquella asombrosa afirmación nos dejó a todos con la boca abierta, circunstancia que él aprovechó para continuar con la misma voz, dulce e insegura.

- Un hombre debe seguir el dictado de su conciencia. Me equivoqué al pedirle a David que se comportara de otro modo. La suya es una voz poderosa en favor de la moderación y de los medios pacíficos de protesta. Yo… eh… creo en su causa y lo apoyaré en todo lo que pueda.

- Hum -masculló Emerson-. Bien dicho, Walter. -Gracias, señor -murmuró David. Sus ojos y los de Evelyn estaban anegados en lágrimas.

- Oh, padre. -Lía se acercó a él y lo abrazó.

- Maldita sea. -Sethos se sentó y se aflojó la corbata-. No pretendía dar inicio a una monumental orgía sentimental. Si alguien se pone a chillar me marcho.

- Nadie va a chillar -le respondí mirando duramente a Maryam, quien parecía estar a punto de hacerlo-. Soy perfectamente consciente de que el afecto que sentís por David ha sido el causante de vuestro enfado pero, para aquellos que no están acostumbrados a las explosiones de cólera que caracterizan a los hombres de esta familia, resulta, cuando menos, alarmante.

- Bastante -dijo Ramsés, resentido todavía por las críticas que Sethos había expresado sobre su amigo-. Sería más útil que

intentara descubrir qué fue lo que causó el problema. Dice usted que tiene contactos en los niveles más altos de los servicios de inteligencia. ¿Acaso no cuentan con informadores en el seno del movimiento radical?

- Desgraciadamente, cuando David y tú os retirasteis, perdimos a nuestros mejores agentes -dijo Sethos-. ¿Estás sugiriendo que estos disturbios podrían haberlos causado agitadores externos?

Tratándose de Ramsés, el cumplido cayó en saco roto. No se sentía particularmente orgulloso de su habilidad para el engaño.

- Le aseguro que así fue. Pude ver a algunos desconocidos mezclados entre la multitud. Hasta creo que reconocí a uno de ellos… el hombre que arrojó la piedra. ¿David?

- No lo pude ver bien -reconoció David-. Pero supongo que podría haber sido… ¿Te refieres a François, el guardaespaldas del muchacho? Pero él…

- Es un apache parisino -le interrumpió Ramsés-. O, al menos, pelea como si lo fuera. ¿Qué sabes sobre él, Maryam?

La muchacha se encogió asustada, llevándose las manos temblorosas al cuello de su vestido.

- Nada. De verdad. Formaba ya parte del grupo cuando me uní a ellos. Nadie me dijo de dónde venía. Yo… me da miedo. Siempre me lo ha dado.

- ¿Te… esto… te molestó alguna vez? -le preguntó Emerson furibundo.

- Vaya, no, nada de eso. -La caballerosa indignación de su tío la hizo sonreír-. Me cuesta creer que esté involucrado en alguna causa, no es ese tipo de hombre. Justin es su causa, si usted quiere; lo protege de modo casi fanático. Pero es rencoroso. ¿Está usted seguro…? -Dudó por un momento-. ¿Está usted seguro de que esa piedra iba dirigida a David?

Aquella sugerencia no dejaba de tener sentido, lo que no se podía decir, desde luego, de la posibilidad de que François fuera un revolucionario. En caso de que hubiera ido hasta allí movido por la simple curiosidad, podía muy bien haber aprovechado la ocasión para vengarse de alguien que le hubiera hecho daño… o, aún peor en el caso de una persona de su carácter, derrotado. Ramsés admitió que había dado por descontado que el proyectil iba dirigido a David.

- Es intolerable -afirmé-. La verdad es que preferiría no tener nada que ver con ellos, pero si ese perverso francés va por ahí arrojando cosas a la gente que no le gusta habrá que detenerlo. Cielo santo, Emerson, tú podrías ser el próximo.

- Eso me encantaría -dijo Emerson con un brillo especial en sus ojos zafíreos-. Voy a hacer una pequeña visita a esa anciana y si por casualidad me topo con ese François…

- No harás nada por el estilo, Emerson.

- Pero, Peabody…

- Puedo hablar con ella, si quieren -dijo Maryam cohibida-. De hecho había pensado ir a verla para saber también cómo sigue Justin. Es lo menos que puedo hacer después de haberme marchado sin avisarles.

- Un sentimiento encomiable -comentó su padre arrastrando las palabras-. Te acompañaré. Puede que esa anciana permita que le presente mis respetos.

- Dudo que lo haga -replicó Maryam.

En tanto que la muchacha iba a buscar su sombrero, hice un aparte con Sethos.

- ¿Por qué has de ser tan sarcástico con ella? Hace lo que puede y tú no intentas en absoluto ser algo más… eh…

- Paternal -completó Sethos, haciendo una mueca con la boca.

- Te asusta dejarte llevar por lo que sientes.

Sethos ahogó un grito y miró al resto del grupo por encima de su hombro.

- No hagas eso, Amelia -dijo sin apenas abrir los labios-. Soy perfectamente consciente de mis motivos y de mis sentimientos. No necesito que me los expliques.

Era, probablemente, el momento adecuado para sacar a relucir los principios básicos de la psicología. Me contuve, sin embargo, con una sonrisa clemente.

- Está bien -dijo, irritado, al cabo de un rato-. La invitaré a cenar a Luxor, ¿qué te parece? Tenía la intención de cenar con vuestra amiga, Mrs. Fisher, que por lo visto conoce a todas las señoras de los alrededores, pero le mandaré mis excusas.

- Eso sería muy amable por tu parte -dije.

Nada más cenar, Emerson se fue a su estudio para dar, ostensiblemente, «un buen ejemplo a todos» poniendo su diario de

excavaciones al día. Los demás también se retiraron, aunque lo más probable es que no fuera con el propósito de emular a Emerson. El valeroso comportamiento de David y el inesperado elogio de Walter habían renovado la conciencia de un afecto que, muchas veces, se da por descontado; mientras Walter conducía a su mujer hasta el carruaje que los estaba esperando, ella se colgó de su brazo y él volvió a caminar con el paso firme de antaño. Cuando regresé a la sala de estar después de haberme despedido de ellos, Lía y David se habían marchado ya y Ramsés estaba de pie.

- Nosotros también nos retiramos, madre -dijo mi hijo.

- ¿Estáis seguros de que no queréis otra taza de café? -les sugerí-. ¿O charlar un poco?

- Ramsés tiene que descansar -dijo Nefret, tomando la mano que su marido le ofrecía y levantándose-. Ha tenido un día bastante largo. Buenas…

- Ya lo creo que lo ha tenido. Me siento obligada a decirte, Ramsés, que al elogiar merecidamente a David, te hemos descuidado un poco. Evitaste que David fuera seriamente herido arriesgándote, como siempre has hecho, en nombre de la amistad y de la causa…

- No pronuncie ahora uno de sus discursos, madre. -Se reía, sin embargo e, inclinando la cabeza, me dio un afectuoso beso en la mejilla-. Usted hubiera hecho lo mismo y es probable que incluso con mayor eficacia. A esa gente le habría bastado ver su sombrilla para poner pies en polvorosa chillando. Ah, casi lo olvido. He traducido algunas páginas de ese papiro para usted. Están sobre su escritorio.

- Gracias, querido. Nefret, ¿cómo va Selim…?

- Le echaré un vistazo antes de irme a la cama -dijo Nefret con una dulzura no exenta de firmeza-. Buenas noches, madre.

No era que considerara necesario esperar a Maryam sólo que, por casualidad, mientras estaba sentada en la galería disfrutando de la tranquilidad de la noche, regresaron.

- Buenas noches, Amelia -dijo Sethos, ayudando a su hija a salir del carruaje-. Ya que te has quedado esperando, como corresponde a toda buena carabina, yo me marcho. Buenas noches, Maryam.

Maryam se habría adentrado en el jardín de no haber sido porque el modo perentorio en que abrí la puerta no dejaba lugar a

dudas.

- Siéntate un momento -le indiqué con amabilidad-. ¿Te ha gustado cenar en compañía de tu padre?

- Sí, ha sido muy agradable. -Mi expectante silencio evocaba algún comentario adicional-. No me había dado cuenta de que era tan popular. Mucha gente se detuvo a hablar con él. Una de sus amigas, Mrs. Fisher, me parece, me dijo que la saludara.

- Después de sonsacarte, me imagino. Los recién llegados a Luxor se convierten siempre en el centro de la atención. ¿Recordaba haberte visto hace años, cuando viniste aquí con tu marido?

- ¿La conocí entonces? No me acuerdo. Fue hace mucho tiempo y yo he cambiado mucho desde entonces.

La puerta de la casa se abrió y Emerson se asomó por ella.

- ¿Qué estáis haciendo aquí fuera? Es hora de… Oh. Vaya. Hola, Maryam. ¿Cómo te lo has pasado esta noche? -Bien, señor, gracias.

- ¿Qué hay de ese canalla de François? -preguntó mi marido-. ¿Lo viste?

- Sí, señor. Mrs. Fitzroyce lo hizo venir al salón después de que le contara que había arrojado la piedra. El… yo…

- No tartamudees, niña -dijo Emerson afablemente-. Lo negó, me imagino.

- No, señor, no lo hizo. -Alzó los ojos para mirarlo-. Dijo cosas terribles, sobre Ramsés y sobre usted. Les odia.

- No te preocupes -dijo Emerson alegremente-. Si asoma la cara por aquí yo mismo me ocuparé de él.

- No lo hará. La señora le habló de un modo muy duro: lo amenazó con despedirlo si vuelve a hacer una cosa semejante. Es el peor castigo que le pueden imponer: separarlo de Justin.

- En cualquier caso, estaremos alerta por si aparece -afirmé.

- No será por mucho tiempo -dijo Maryam-. Se marchan a El Cairo en unos días. Justin ha estado algo indispuesto.

* * *

Emerson esperaba encontrar una excusa para poder pelear con François pero pasaron dos días sin que éste diera señales de vida o sucediera ningún imprevisto. El tesoro estaba ya embalado y listo para partir, excepto las cosas que había decidido dejar aparte, de modo que pude calmar a mi marido devolviéndole su personal y dejándole proseguir con sus excavaciones. El descubrimiento de

varias estatuas votivas y estelas que habían sido pasadas por alto por los excavadores precedentes le permitieron identificar un grupo de cimientos en ruinas como pertenecientes a un santuario de la Decimoctava Dinastía; Bertie acabó, además, su plano del templo de Amenhotep I. Mientras excavaba la bodega de una casa del pueblo, Ramsés encontró una nueva colección de tablillas. Nos tradujo algunas de las más interesantes mientras comíamos un día.

- Entran dentro de la categoría de lo que podríamos llamar «Cartas a los muertos» -nos explicó-. Este parece haberlo escrito un viudo a su mujer fallecida: «Al bien dotado espíritu de Baketamón: ¿Qué te he hecho yo para que hagas caer la desgracia sobre mí? Te tomé como esposa, no te repudié, te ofrecí muchos bienes y, cuando caíste enferma, hice venir al médico principal para que te atendiera; te cubrí con el mejor lino y te di un buen entierro y, desde entonces, no he vuelto a estar con otra mujer, a pesar de que un hombre como yo tiene derecho a ello. ¡Y, aun así, me atormentas y haces caer la desgracia sobre mí!».

- ¿No dice qué tipo de desgracia? -preguntó Nefret abrazada a sus rodillas.

- No. Probablemente tenía una racha de mala suerte.

- Y le echaba la culpa a ella -dijo Lía echándose a reír-. No lo diga, tía Amelia.

- Como hacen todos los hombres, ¿es eso lo que querías decir? Todas las personas, poco importa de qué sexo sean o de qué cultura provengan, suelen cometer el mismo error -admití generosa-. Siempre resulta reconfortante atribuir la desgracia a las influencias malignas ya que, de este modo, cabe siempre la esperanza de poder alejarla recurriendo a la magia en lugar de tener que aceptarla como inevitable.

- O como consecuencia de las propias acciones -dijo Lía-. A mí me parece que si la acusaba de ese modo, pobre mujer, era porque se consideraba merecedor de su cólera. Aunque lo no admitiera.

- No podía -dijo Ramsés, colocando cuidadosamente el fragmento en una bandeja almohadillada-. Dice que va a denunciarla ante el tribunal de los dioses. Es una reclamación formal… un documento legal, en cierto sentido.

- Como ampararse en la Quinta Enmienda de la Constitución americana -dijo Bertie sonriendo-. No se le puede pedir que

testimonie en contra de sí mismo.

Emerson, quien hasta ese momento nos había estado escuchando a medias, nos ordenó que volviéramos al trabajo.

Cribar escombros es una tarea que no requiere una especial atención, sobre todo cuando uno tiene ya tanta experiencia como yo. No dudo que mis lectores serán capaces de adivinar el tenor de mis divagaciones de aquel momento. Auna persona menos perspicaz le habría relajado la relativa tranquilidad de aquellos días en los que no se produjo ni un solo incidente que pudiera ser considerado como hostil. Yo, en cambio, lo encontraba altamente sospechoso… la calma que precede a la tormenta, la tregua antes de la batalla. Algo se estaba cociendo, lo podía sentir en mis huesos. Pero a pesar de que había repasado una y otra vez los hechos, seguía siendo incapaz de recomponer el puzzle.

Una de aquellas noches me quedé a solas, sin nadie con quien conversar, y me fui a mi pequeño estudio. Los trabajadores, agotados, se habían dispersado: Walter y Evelyn se habían marchado a El Castillo, los otros a sus habitaciones y Emerson a su propio estudio. Mi escritorio estaba abarrotado, con montones de trabajo pendiente que incluían mis propias notas arqueológicas, pero me entretuve con tres hojas de papel emborronadas con la enfática caligrafía de Ramsés. Se trataba de la traducción de parte del papiro con el horóscopo de Walter que mi hijo me había prometido; hasta entonces no había tenido ocasión de echarle un vistazo.

Comenzaba con una memorable introducción relativa a los «hijos de la tempestad». Memorable y, aparentemente, significativa aunque, al hojear el resto de las páginas, no pude encontrar nada de interés. «Hoy es un día de enfrentamiento entre Horus y Set» iba seguido de «Hoy reina la armonía entre Horus y Set». No era sorprendente que el primero fuera considerado un día «muy desfavorable» y el segundo un día «muy favorable». Tampoco parecía tener razonablemente nada que ver con nuestra situación.

Después de todo, ¿qué esperaba? Descifrar la escritura de Ramsés siempre me producía dolor de cabeza. Aparté los folios. Bajo ellos había una de mis listas con los nombres de las mujeres que habían tenido algún tipo de relación con mi hijo. Con algo de remordimiento, me pregunté si mi hijo la habría visto. Y,

efectivamente, lo había hecho. Al final de la página había añadido un nuevo punto, escribiéndolo con su habitual vehemencia: «Debería avergonzarse, madre».

Empecé a garabatear, ociosa, en una hoja en blanco. Yo no dibujo muy bien pero, como corresponde a todo buen arqueólogo, había aprendido algunas nociones y sentía que aquella actividad mecánica me ayudaba a pensar. Cuando las manos están ocupadas, la mente es libre de vagar por donde quiera. Era la primera vez que no conseguía solucionar un caso.

Dibujé una bonita jarra, añadiéndole toda una serie de elementos decorativos: flores de loto, uno o dos pájaros jeroglíficos, un escarabajo con alas… Me recordaron las joyas con las que nos habíamos engalanado. ¡La vanidad es un pecado pero yo me había divertido tanto como los demás! Traté, con no muy buenos resultados, de esbozar el carnero con cuernos que representaba a Amón y que había reposado de modo tan significativo sobre mi pecho. Era uno de los adornos más sencillos a pesar de la complejidad del animal, bellamente esculpido; la mayor parte de las joyas egipcias se componen de varios elementos, como el pectoral que había sido robado y que tenía un escarabajo en el centro, con una hilera de flores de loto por debajo, y estaba flanqueado por dos cobras. Tras dibujarlas, les coloqué dos pequeñas coronas blancas sobre las cabezas; y mientras mi lápiz recorría sin rumbo fijo la hoja de papel, mi mente se movía también al azar, tocando mentalmente los diferentes elementos que componían la trama que habíamos tratado de establecer, disponiéndolos de un modo, luego de otro. ¿Acaso no me había dicho Abdullah que la explicación estaba ante nuestros ojos? Me sentía inclinada a creer que aquel día había escuchado verdaderamente su voz ya que era más propio de él dejar caer una frase tentadora y equívoca como aquélla en lugar de dar una respuesta directa.

- Está usted en el punto de partida -Mis dedos apretaron con tanta fuerza el lápiz que la punta se rompió.

- Esto también forma parte de la trama… -había dicho antes, cuando comentamos el hecho de que lo hubieran elevado al rango desbeikh. Y su tumba era el principio… contemplé de nuevo el dibujo incompleto del pectoral y entonces me di cuenta de que había una posibilidad que no habíamos considerado y una posible

fuente de información que no habíamos explorado.

Llena de nuevos bríos, me puse de pie de un salto y me precipité fuera de la casa.

A pesar de que nadie contestó a mis golpes imperiosos sobre la puerta durante un buen rato, yo no dejé por ello de insistir. Sólo cuando Ramsés me abrió finalmente, me di cuenta de lo tarde que era.

- Oh, querido -dije-. ¿Te he despertado?

- No estaba dormido -me respondió, mientras se anudaba el cinturón de la bata y se pasaba la mano sobre sus rizos en desorden-. ¿Qué pasa?. Entre y cuéntemelo.

- No, no. Siento haberte molestado. Sólo quería hacerte una pregunta.

Cuando se la hice, abrió los ojos desmesuradamente y se quedó con la boca abierta.

- No me acuerdo. ¿Qué demonios…?

- Entonces ¿nunca habías oído el nombre de ese lugar?

- Puede que sí. Nuestro padre debe de saberlo. ¿Se lo ha preguntado ya?

- Prefiero no mencionar ese tema a tu padre. Trata de hacer memoria. Puedo mandar un telegrama a Thomas Russell, pero el tiempo es vital.

Ramsés sacudió su cabeza.

- Han pasado varios años y no entiendo por qué…

- Bueno, tal vez se te ocurra algo esta noche, mientras tienes la mente ocupada en otra cosa -le dije amablemente-. Así es como funciona la memoria. No dudes en venir a verme inmediatamente, sin importarte la hora.

Aunque estaba ya completamente despierto, había aprendido a no insistir con las preguntas que sabía que yo no tenía intención de contestar. Sus labios se curvaron en una expresión que podía muy bien significar que se estaba divirtiendo, aunque lo dudaba bastante.

- No osaría despertarla, madre. O molestarla cuando tiene la cabeza en otra cosa.

- No te preocupes por eso, querido. Tengo un sueño ligero.

- Si usted lo dice. Vamos, la acompañaré hasta la casa -dijo mi hijo, reprimiendo un bostezo.

- No, gracias, querido. No debes salir fuera descalzo y antes de que hayas conseguido encontrar tus zapatillas habrás despertado a Nefret.

- Está despierta. ¿Quiere decir que tampoco quiere que le mencione esto a ella? Vamos, madre…

- Nos vemos más tarde, entonces -dije y me marché antes de que él pudiera poner alguna objeción.

La mayor parte de las antorchas que había distribuidas a lo largo del camino se habían consumido ya. La zona me pareció mucho más oscura que antes cuando, acelerada por el descubrimiento, la había cruzado en sentido contrario. Algo más grande que un ratón o que una musaraña susurró entre los arbustos. Aunque sabía que lo más probable era que se tratara de uno de los gatos, no me avergüenza confesar que corrí todo lo deprisa que me atreví.

A eso de las tres de la mañana me desperté al oír que alguien estaba rascando en la ventana. Emerson no se movió: sería capaz de seguir durmiendo en medio de una tempestad. Antes de acercarme a la ventana y asomarme fuera, me aseguré de que mi bata estuviera decentemente abotonada. Siempre dejamos una lámpara encendida en el patio. Su luz me permitió distinguir la alta silueta de mi hijo. Tanto su postura como el grado de inclinación de su cabeza indicaban que estaba algo irritado.

- ¿Te has acordado? -susurré.

- Sí. Me vino a la mente -añadió mi hijo con un murmullo inexpresivo- mientras estaba pensando en otra cosa. El sitio está a unos cincuenta kilómetros al sur de aquí, en la orilla oeste. Supongo que no servirá de nada preguntarle…

- Sabrás la respuesta mañana. Quiero que vengas conmigo. Y no se lo digas a tu padre.

- ¿Y a Nefret?

- Tampoco.

Miré hacia atrás. Emerson se había vuelto en la cama y farfullaba algo. Solía agitarse cuando trataba de alcanzarme con la mano y no me encontraba.

- Yo me ocupo de preparar las cosas -siseé-. Vete ya, tu padre se está moviendo.

Emerson se incorporó.

- ¡Peabody! -gritó. Ramsés desapareció en la oscuridad.

No era fácil ausentarnos de casa sin que Emerson se enterara pero me las arreglé diciéndole que podía disponer de Lía y de David durante todo el día.

- Ramsés… -dijo entonces mi marido.

- Me prometió que acabaría esa traducción para mí esta mañana. Iremos más tarde.

Emerson tuvo el buen sentido de conformarse con aquello que podía conseguir, de modo que, temiendo que pudiera cambiar de opinión, arrastró a la pareja fuera de casa tan pronto como acabaron de desayunar. Nefret y Maryam no habían bajado. Supuse que la primera debía de estar con un paciente, y la verdad es que no me preocupé mucho de dónde pudiera estar la otra; bastaba con que no se cruzara en mi camino. Al igual que yo, Ramsés se había vestido como si fuera a pasar un día en las excavaciones; eso nos evitaría retrasos. Al salir de casa, cogí una sombrilla particularmente contundente.

No había vuelto a estar en la estación desde la explosión y me sorprendió ver que el daño no era muy grande. Las cosas habían vuelto a la normalidad. Nos reconocieron, por supuesto, y yo me vi obligada a responder a unas cuantas preguntas amistosas y a escuchar los últimos chismorreos. El tren llegó con una hora de retraso, lo que no dejaba de ser habitual. Era un tren local, compuesto únicamente de vagones de segunda y tercera clase. Mientras Ramsés me ayudaba a subir a uno de los primeros, vi una cara familiar en el andén. Al captar mi mirada, el doctor Khattab se quitó el fez y, llevándose la rolliza mano a su chaleco, hizo una reverencia. Supuse que debía de haber quedado con alguien, ya que no subió al tren.

Aquel viejo vagón avanzaba por las vías entre chirridos y trompicones, a la vez que un polvo fino y arenoso entraba flotando por la ventanilla abierta. Ramsés me sujetó firmemente con un brazo y me ofreció un pañuelo.

- No te has traído el puñal -le dije.

- ¿Piensa que va a haber problemas? Podía habérmelo dicho.

- No es que piense que los puede haber, sino que creo que hay que estar siempre preparados. No importa, he traído mi cinturón de herramientas y mi sombrilla.

- Eso debería bastar -asintió Ramsés-. Le dijo usted a todos los

que nos lo preguntaron adonde nos encaminábamos.

- También le dejé un mensaje a tu padre. En caso de que no regresemos…

- ¡Maldita sea, madre! -El tren dio una fuerte sacudida: yo di un brinco y mi hijo me sujetó aún con más fuerza-. Perdone. ¿Piensa confiar en mí ahora?

A la fría luz de la mañana, la brillante inspiración de unas horas antes había dejado de parecerme tan deslumbradora. Casi lamenté desperdiciar un día entero por una idea tan remota y, por si fuera poco, ir dando tumbos en aquel duro asiento era, además, condenadamente incómodo.

- Lo verás claro cuando llegue el momento -dije, confiando en que a mí me pasara exactamente lo mismo.

Ramsés soltó otra palabrota. Esta vez no se disculpó.

* * *

Visto desde una cierta distancia, el pueblo resultaba incluso pintoresco, rodeado de palmeras y con un bonito y pequeño minarete sobresaliendo por entre sus ramas. La experiencia me había enseñado que, a medida que uno se iba acercando, el efecto iba dejando de ser pintoresco para resultar algo más prosaico y luego, una vez en él, el pueblo no se distinguía en nada de los miles de pueblos que ya había visto con anterioridad: los mismos tejados planos, las mismas casas de ladrillo enlucidas; las mismas gallinas y palomas picoteando aquí y allá en la inmundicia que había bajo los árboles; el mismo grupo de niños abalanzándose sobre nosotros con las manos extendidas, pidiendo bacshish; las mismas mujeres vestidas de negro dejando de moler grano o de amasar el pan para observarnos con curiosidad.

No obstante, mientras aquellos pequeños depredadores nos rodeaban, me di cuenta de que sus cuerpos medio vestidos (o medio desnudos) eran rollizos y de aspecto saludable y en sus ojos no había rastro de infección. Había, además, algunos otros signos de prosperidad; hileras de jarras de agua de bonitas formas puestas a secar al sol fuera de la casa del alfarero, o varias redes de hilos entramados estiradas entre troncos de palmeras donde trabajaban atareadas unas tejedoras. Dejé que fuera Ramsés el que se ocupara de los depredadores cosa que él hizo prometiéndoles bacshish, mucho bacshish, si nos conducían hasta la casa del hombre que

andábamos buscando.

Antes de que hubiéramos avanzado mucho por la estrecha callejuela donde nos encontrábamos vimos a un hombre corriendo hacia nosotros con las manos extendidas y una sonrisa en los labios, como si se dispusiera a saludar a unos viejos amigos. Era joven y bien constituido, aunque con algún kilo de más.

- ¡Que Dios le bendiga, Hermano de los Demonios! -gritó mientras se echaba en brazos de Ramsés-. Bienvenido. ¡Estoy muy contento de volverle a ver!

- Yo también, Musa -dijo Ramsés, liberándose del abrazo de su amigo con un imperioso empujón-. Ésta es…

- ¡Ah!, pero bueno, ¿quién no conoce a Sitt Hakim? -Nuestro amigo se tiró al suelo para besar mis polvorientas botas-. Es un honor. Mi amo se enteró de su llegada y está impaciente por verlos.

Se deshizo de nuestra joven compañía con apenas unas palabras y, sorprendentemente, todos se dispersaron sin chistar. La casa a la que nos condujo era de piedra -probablemente robada de antiguos monumentos- y estaba rodeada de árboles y de un diminuto pero bonito jardín. El-Gharbi nos esperaba en la mandarah, la sala principal de recepción, una acogedora habitación amueblada con mesas bajas y con un diván cubierto de almohadones.

Aunque había oído hablar mucho de él, era la primera vez que lo veía. En lugar de las túnicas femeninas y de las joyas por las que sentía predilección en el pasado, ahora llevaba puesto un sencillo caftán de seda azul y un turbante a juego. Su cara redonda y morena estaba, sin embargo cuidadosamente maquillada: había hecho resaltar sus ojos con kohl y había pintado sus labios y mejillas de rojo con henna. Una emanación dulzona y penetrante de perfume flotaba a su alrededor.

- No se levante -le dije, al ver alarmada cómo culebreaba y se retorcía para hacerlo.

Le había hablado en inglés. A pesar de que me entendió, me respondió en árabe.

- Sitt Hakim es misericordiosa. Desgraciadamente, he envejecido y estoy incluso más gordo que antes. -Dio unas palmadas y Musa salió al trote de la habitación-. Siéntense, por favor -prosiguió el alcahuete-. Beberemos juntos el té. Me honran ustedes con su presencia, usted y su ilustre hijo. Tan atractivo como siempre, por

lo que puedo ver.

Miró entonces amistoso, aunque con malicia, no a mí, sino a Ramsés, quien le replicó impasible.

- Y usted tan floreciente como de costumbre. El pueblo parece próspero.

El-Gharbi elevó los ojos con aire piadoso.

- No puedo soportar que los niños sufran hambre o que los ancianos y enfermos se mueran. Les he ayudado… sí, les he ayudado un poco. Uno debe reconciliarse con Dios antes de que llegue el final y expiar los propios pecados.

Ninguno de los dos fue lo bastante grosero como para decirle que la lista de lo que tenía que expiar era algo extensa pero él debió de adivinar nuestros pensamientos. Sus ojos negros resplandecieron y su abultado cuerpo se sacudió en una risa silenciosa.

- ¿Acaso no está escrito: «Aquel que haga el bien y tenga fe, ya se trate de hombre o mujer, entrará en el paraíso»?

La cita era correcta y la suya no era la única religión que aseguraba la salvación a los pecadores arrepentidos. Pero al menos el Corán exigía buenas acciones en lugar del desesperado balbuceo de última hora mediante el cual uno declaraba su fe.

Musa volvió acompañado de varios sirvientes cargados con bandejas. Todos hombres, jóvenes y bastante atractivos. Mientras servían el té y nos ofrecían algo de pan recién hecho, el-Gharbi trató de mantener una conversación de cortesía.

- Y, ¿cómo está su adorable esposa? Que Dios la proteja. ¿Y el Padre de las Maldiciones? Ay, qué amable fue conmigo. El coche que yo… esto… le procuré hace algunos años fue de su gusto, supongo. ¿Y los documentos falsificados? Me encantó poderle prestar esos pequeños servicios. ¡Qué Dios le proteja!

Aquella actuación tenía algo de parodia pero, aun así, no hubiera sido cortés interrumpirle. Finalmente, al pedirnos que nos quedáramos a cenar aquella noche, me dio la posibilidad de meter baza.

- Musa les mostrará el pueblo. Creo que lo encontrarán admirable.

- Es usted extremadamente amable pero me temo que no nos podemos quedar-dije-. Tenemos que estar de vuelta en Luxor esta misma noche. Sólo he venido para hacerle una pregunta.

- ¿Una pregunta? ¿Ha hecho usted todo este camino por una simple pregunta? -Apoyando sus rechonchas manos sobre sus rodillas, asintió bondadosamente con la cabeza-. Vivo sólo para servirles, Sitt Hakim. ¿Qué quiere preguntarme?

Ahora que había llegado, por fin, el momento, tuve que hacer esfuerzos para hablar. Ramsés y el alcahuete me miraban fijamente.

- Usted nos envió un aviso una vez -dije-. Decía usted, si recuerdo bien, algo sobre la joven serpiente… eh…

- Que también tenía los colmillos envenenados. Lo recuerdo, Sitt. Espero que mi advertencia llegara a tiempo.

- Eso aún está por ver -dije, evitando la mirada sorprendida de mi hijo-. Ahora ella se aloja en nuestra casa. No tengo ninguna razón para pensar que pretenda hacernos daño, pero debo saber qué fue lo que le hizo pronunciar aquellas palabras. Su matrimonio con el caballero americano acabó mal y ella está…

- ¿Matrimonio? ¿Americano? -Sus ojos se abrieron hasta tal punto que el kohl que los rodeaba se resquebrajó.

- Debería usted saberlo -dije-. Tiene usted fama de saberlo todo.

- Estaba al corriente. Sólo que, Sitt Hakim, yo no me refería a ella, sino a la otra.

# Capítulo 12

Manuscrito H:

Nefret no se enteró de la traición de su marido -pues así fue como lo consideró- hasta mediodía, cuando su suegro entró en la clínica. El paciente era una mujer, a la que Nefret estaba curando de una lesión en el pecho. Al verlo entrar, la mujer soltó un berrido al sentir ofendido su pudor y Emerson se retiró a la misma velocidad a la que había entrado.

- ¿Cuánto vas a tardar? -le gritó a Nefret desde la habitación de al lado.

- No mucho. -Tras dar a la mujer un pequeño tarro de ungüento, se despidió de ella y entró en la sala de espera, donde se encontró a Emerson dando zancadas de un lado a otro de la habitación e imprecando.

- Lee esto -dijo y le arrojó un trozo de papel arrugado.

Las sillas de la sala de espera estaban vacías; en caso de que hubiera habido otros pacientes esperando, éstos se habrían apresurado a poner pies en polvorosa. «Ningún hombre osa enfrentarse a la cólera del Padre de las Maldiciones.»

Porque estaba realmente encolerizado; sus ojos azules tenían una mirada furibunda y mostraba los dientes.

- ¿Y bien? -le preguntó-. ¿Sabes algo de esto?

Nefret se encolerizó a su vez al leer el mensaje: «Ramsés y yo nos vamos a hacer una pequeña expedición. Regresaremos esta noche. En caso de que no hayamos vuelto mañana por la mañana, buscad un pueblo llamado El-Hilleh, a unos cinco kilómetros al sur de Esna, en la orilla oeste. En cualquier caso, considero esta posibilidad altamente improbable. A bientot, mi querido Emerson».

- Maldita sea -dijo Nefret, arrugando el papel en su puño.

- Ah -dijo Emerson, moderando su tono acusador-, a ti tampoco te lo habían dicho.

- No. Ella considera que es altamente improbable que no regresen, ¿verdad? ¿Sabe algo de ese pueblo?

- El nombre no me dice nada. -Emerson sacó su pipa pero, al recordar que no podía fumar en la clínica, se encaminó hacia la puerta-. Preguntemos a Selim.

- ¡No! -Nefret se quitó la bata y la arrojó sobre una silla-. No quiero que se preocupe. Vayamos fuera, padre.

Un árbol de tamarisco, ligero como una pluma, procuraba algo de sombra al banco de madera que habían colocado a la entrada para que se pudieran sentar allí los pacientes, cuando la sala de espera estaba llena. Emerson se acomodó en él y llenó su pipa.

- Vamos, vamos, querida, no te enojes. Ella suele hacer ese tipo de cosas, ya lo sabes.

- Pero él no. Me prometió que no volvería a marcharse por su cuenta. -Nefret introdujo de nuevo en la cofia un mechón de pelo que se le había soltado. Sus dedos temblaban.

- No está solo -señaló Emerson-. No le eches la culpa a Ramsés; conociendo a mi mujer como creo que la conozco, estoy seguro de que fue ella la que insistió para que lo mantuvieran en secreto.

- Sí, pero él se podía haber negado. Tiene que ser también fiel a otras cosas. -Saber que su marido se encontraba con su madre no la consolaba, como pretendía Emerson-. Ella es tan terrible como él -explotó-. Los dos juntos…

- Hum, bueno, esto… -No pudiendo contradecirla, Emerson fumó en silencio por un momento-. Deben de haber tomado el tren que se dirige al sur. No hay otro hasta esta noche.

- Podemos coger los caballos. ¿Está muy lejos?

- A unos cincuenta kilómetros. Tengo la impresión de que ellos pretenden regresar a Luxor en el tren nocturno. Mmm. Eso les permite pasar apenas unas cuantas horas en ese condenado lugar. Me pregunto que… -Sacudió la cabeza exasperado-. No tiene sentido seguir especulando, como tampoco lo tiene seguirles. Si el tren del norte llega a tiempo, ellos deberían estar de vuelta en Luxor más o menos al mismo tiempo que nosotros llegaríamos a ese pueblo.

- ¿Cómo puede usted sentirse tan tranquilo? ¿No está usted enfadado?

- Me irrité un poco -reconoció Emerson-. Pero, en cualquier caso, tendría que estar ya acostumbrado a los pequeños trucos de Peabody. Llevamos años con este juego, tratando de ser el primero que resuelve el caso. Ella suele hacer trampas, ya lo sabes.

- En ese caso, no nos queda otra cosa que hacer que esperar -musitó Nefret.

- Eso es lo que creo yo también. Podría incluso volver al trabajo por unas horas. Cuando vuelvan, dímelo.

Nisrin asomó, cautelosa, la cabeza por la puerta. Emerson, que hasta entonces no había notado su presencia, le dedicó una afable sonrisa. Animada por ella, se atrevió a hablar.

- Nur Misur, ha vuelto uno de sus enfermos. Y, además, ha recibido este mensaje.

- ¿De Ramsés? -preguntó Emerson expectante.

- No. -La letra, curvada y florida, le resultaba familiar. Nefret desgarró el sobre-. Es del doctor Khattab, el médico de Mrs. Fitzroyce. Justin está enfermo. Me pregunta si puedo echar un vistazo al muchacho.

- Voy contigo.

- Eso sería una tontería -dijo Nefret con impaciencia-. ¿Qué daño pueden hacerme a plena luz del día y con toda esa gente a mí alrededor? Atenderé al paciente, lo más probable es que se trate de ese conocido hipocondríaco, que quiera un poco más de agua azucarada, y volveré en unas horas.

Cuando finalmente se puso en camino hacia Luxor, estaba ya mucho más tranquila. Ramsés no podía estar en graves dificultades; si estuviera en peligro lo habría sentido, como siempre. No obstante, cuando regresara le iba a decir unas cuantas cosas sobre las promesas rotas y la confianza traicionada aunque, en un cierto sentido, no podía reprocharle nada. Su madre era una fuerza elemental, tan difícil de resistir como una tormenta de arena.

Al acercarse al Isis, percibió signos de inusual actividad y pensó que la dahabiyya se estaba preparando para partir. El doctor la esperaba a la cabeza de la pasarela, con el sombrero en la mano. Su chaleco resplandecía de modo particular a causa de los hilos de oro con los que había sido bordado.

- Mi querida señora, qué amable ha sido usted al venir. -Estrechó su mano y se la habría besado si no hubiera sido porque Nefret se la retiró.

- ¿Qué le pasa? -preguntó.

- Tiene fiebre. -La amplia sonrisa con la que la había recibido fue reemplazada por un ceño de preocupación-. He tratado sin éxito de bajársela. Estamos a punto de marcharnos, como ya habrá observado, pero tardaremos unos días en llegar a El Cairo y la señora quiere que se tomen todas las medidas necesarias para aliviar al muchacho antes de que… Nefret lo interrumpió.

- No perdamos tiempo hablando. Lléveme junto a él. -Por supuesto. Sígame.

Le indicó un pasillo en penumbra que conducía al salón pasando por delante de las cabinas. Las puertas que se alineaban a ambos lados estaban cerradas de modo que la única luz era la que provenía de la entrada que habían atravesado.

- Después de usted -dijo el doctor con una reverencia-. Es la última puerta a la derecha.

Se adentró en la oscuridad mientras una mano la asía por el codo como si pretendiera guiar sus pasos. Estaba justo detrás de ella, podía oír su respiración entrecortada, y se detuvo, resistiéndose a la presión que sentía en su brazo, presa de un pánico repentino. Demasiado tarde. El la aferró, sujetando sus brazos, y le puso una mano sobre la boca. Ella se debatió pero era imposible desasirse de él, su cuerpo corpulento se mostraba tan indiferente a los golpes como un colchón de plumas y su mano enorme le cubría la mitad de la cara. Nefret dio una patada hacia atrás. Cuando su talón chocó violentamente contra la espinilla de su atacante, sintió un fuerte dolor en la cadera. Con un gruñido de fastidio, él le apretó la nariz, dejándola sin apenas poder respirar. La oscuridad que la rodeaba empezó a llenarse de luces flotantes, verdes y moradas, a medida que sus piernas flaqueaban. Cuando él apartó finalmente la mano de su cara, ella sólo pudo jadear, chupando literalmente aire, mientras él abría una de las puertas y la metía de un empujón en una habitación. Nefret cayó a cuatro patas. La puerta se cerró de golpe, dejándola de nuevo a oscuras.

Nefret rodó hasta ponerse de espaldas y permaneció inmóvil durante un rato, recuperando el aliento e intentando, sin apenas

conseguirlo, poner en orden sus ideas. Había cometido un terrible error pero eso era ya irrelevante. Lo que importaba era lo que pretendían hacer con ella… y el modo en que podía evitarlo.

Una sonrisa irónica cruzó sus doloridos labios. Acababa de encontrar la banda que iba buscando su suegra y, además, con el método preferido por aquella estimable señora. ¿Cuántas personas había involucradas? Toda la tripulación, casi seguro; era imposible que el doctor tuviera a alguien prisionero sin que ellos se enterasen. Era también posible que la anciana y el muchacho no estuvieran al tanto, que un grupo de criminales se estuvieran valiendo de ellos para lograr sus propósitos. Ninguno de ellos era mentalmente capaz. Maryam lo era, en cambio, y no dejaba de ser hija de su madre.

El suelo vibró con más fuerza a sus pies a medida que el traqueteo del motor aumentaba. Khattab no había mentido: el barco estaba a punto de partir. Se incorporó con la idea de ponerse de pie, pero luego prefirió quedarse de rodillas. No sabía a ciencia cierta cómo era de grande la habitación, o lo alto que estaba el techo. La oscuridad era palpable, casi podía sentirla haciendo presión sobre las órbitas de sus ojos, sobre su cara, sobre su cuerpo. El aire era sofocante, irrespirable, con un cierto gusto metálico. Luchando contra la tentación de cerrar los ojos y acurrucarse en posición fetal, se inclinó hacia delante con los brazos abiertos.

Había encontrado una pared y la iba siguiendo, tratando de hacerse una idea de las dimensiones de aquella especie de celda, cuando la puerta se abrió de golpe. A pesar de que aquel chorro de luz, después de la oscuridad claustrofóbica en la que había estado sumergida durante los últimos minutos, era de agradecer, no le permitió, sin embargo, ver mucho ya que varios cuerpos obstruían la abertura de la puerta.

- Le traemos a un amigo, mi querida señora, y también a un paciente -dijo la voz familiar y odiosa del doctor.

«Justin», fue lo primero que pensó Nefret. Pero eran dos los hombres que transportaban aquel cuerpo fláccido. Tras dejarlo caer sin demasiados miramientos sobre el suelo, retrocedieron al mismo tiempo que Nefret se arrodillaba apresuradamente junto a Emerson, clavando los dientes en su labio inferior para impedir que se le escapara un grito. Tenía los ojos cerrados y uno de los lados de su cara estaba cubierto de sangre.

- Bastardos -dijo Nefret con voz entrecortada-. ¿Qué le habéis hecho?

- Ese lenguaje no es propio de una señora -dijo el doctor con una risita aguda-. Lamento que fuera necesario, pero es tan difícil de detener como un elefante al ataque. No creo que esté malherido. Ocúpese de él.

- Espere -le dijo Nefret desesperada mientras cerraban la puerta-. Necesito algo de luz… agua… mi maletín médico…

- Imagino que no creerá usted que le voy a dar su maletín con toda esa bonita colección de bisturís y de sondas. -Una nueva risita.

«Cielo santo -pensó Nefret-, este hombre está tan loco como Justin. O incluso más. Lo está demostrando ahora.»

- Por favor -susurró.

- Supongo que puedo dejarle una lámpara -le concedió el médico-. Aquí hay agua. Tendrá que arreglárselas con esto hasta que podamos disponer otra cosa. No lo esperábamos, ¿sabe?

Ordenó algo en voz baja, en árabe. Uno de los hombres puso una lámpara en el suelo. La puerta se cerró.

Nefret miró frenéticamente a su alrededor. Había una jarra, presumiblemente llena de agua, en una de las esquinas a las que no había llegado en su exploración a tientas, y, junto a ella, una tosca copa de arcilla. Eso era todo lo que necesitaba. Tras verter un poco de agua en la copa, mojó en ella su pañuelo y regresó junto a Emerson.

- Padre, padre, por favor, diga algo -susurró.

La sangre provenía de un corte que había sangrado abundantemente, como suelen hacer las heridas de bisturí. Sus dedos tantearon la zona, encontrando sólo un bulto. La ansiedad la llevó a ser algo brusca en su exploración y Emerson se movió.

- ¡Maldita sea! -comentó.

- Soy yo, padre. -Pudo oír su propia risa, un sonido tan poco cuerdo como el del doctor-. Ah, padre, ¿está usted bien?

- Soy un completo idiota -dijo Emerson, tumbado de espaldas con una expresión ceñuda propia de una gárgola-. Metiéndome de cabeza en la mismísima boca del lobo. Peabody nunca me dejará tranquilo con esto. Nefret, querida, ¿estás llorando? No llores. No puedo soportarlo. ¿Te han herido?

- No. Lo siento, padre, es sólo que me siento aliviada de que

usted…

- Hace falta algo más que un simple golpe para acabar conmigo -dijo Emerson ufano-. Yo soy el único que debería pedir disculpas. Fui yo el que cayó de lleno en la trampa y ahora nos han encerrado a los dos. ¿Dónde estamos? Echemos un vistazo.

- No se mueva todavía. -Su pañuelo estaba completamente empapado de sangre. Arrojándolo a un lado, empezó a desabrocharse la blusa.

- Por lo visto, ha llegado el momento de desgarrar unas cuantas prendas superfluas -dijo Emerson sereno-. Pero no las tuyas, tu madre lo desaprobaría. Mi camisa. De todos modos, hace un calor asqueroso en esta habitación.

Emerson permitió que le vendara el corte pero se negó a beber algo.

- Es mejor que no. Podrían haber metido alguna droga dentro. Veamos lo que tenemos por aquí. -Se puso de pie, sujetándose con una mano en la pared para soportar el balanceo del barco-. Estaban preparados para tu llegada -dijo, mirando a su alrededor-. O la de alguien. Esto no es un camarote, es una celda.

El camarote había sido desprovisto de cualquier tipo de mueble exceptuando una estera de unos dos metros de largo y varios centímetros de ancho, la jarra de agua, y otro recipiente algo más grande. Las ventanas habían sido cubiertas con unos pesados tablones. Los clavos, recientes y aún sin oxidar, brillaban con la luz.

- Deben de haber dejado alguna abertura para que circule el aire -dijo Emerson tanteando los tablones-. ¿Tienes algo con lo que podamos arrancar estos clavos?

Nefret hizo un gesto negativo con la cabeza. Emerson se desabrochó el cinturón.

- No es lo bastante fuerte -dijo, examinando la hebilla-, pero tal vez deberíamos intentarlo de todos modos. Cuéntame lo que pasó. ¿Llegaste a ver a la anciana?

- No. -Era perfectamente consciente de lo que estaba tratando de hacer su padre: mantener su mente ocupada y su esperanza viva y, al mismo tiempo, tratar de encontrar algún indicio que los pudiera ayudar-. Ese maldito doctor me salió al encuentro y me trajo directamente hasta aquí. Puede que Justin y Mrs. Fitzroyce no sepan lo que está pasando pero Maryam sí. Los ataques que sufrió

no tenían demasiado que ver con el resto de lo sucedido. Eran una pura pantomima. Fue ella misma la que pinchó a la pobre Melusine, clavándole una aguja gruesa o un clavo.

- Hum. -El metal raspaba como una lima mientras trataba de hacer un agujero en la madera alrededor de uno de los clavos-. Pero ¿cómo se explica entonces la segunda aparición de Hator?

- Podría haber recurrido a alguna muchacha de los alrededores para que representara el papel. Ese incidente estaba destinado a procurarle una coartada indiscutible. -Nefret se sentó con las piernas cruzadas sobre la estera. No podía hacer otra cosa que mirarlo y mientras sus ojos recorrían la imponente figura de su suegro, sintió cómo se iba animando. Se necesitaba, desde luego, algo más que un simple golpe en la cabeza para matarlo o para dejarlo fuera de juego durante un buen rato. Emerson empezó a tararear por lo bajo. A pesar de que desentonaba terriblemente, Nefret pudo reconocer la melodía.

- «Ella nunca vio las calles de El Cairo; ella nunca vio la danza del vientre…» ¡Maldita sea! -dijo Emerson. Tras arrojar a un lado la hebilla, se sentó junto a ella.

Nefret se cogió con ambas manos de su brazo y apoyó su mejilla contra su hombro.

- No es que me alegre de que esté usted aquí, padre, pero sólo hay otro hombre que preferiría tener a mi lado.

- Caramba -dijo Emerson cohibido-. ¿No te estarás refiriendo a mi ingenioso hermano?

- El no está nada mal, desde luego -le concedió Nefret-. Pero no es como usted. O como Ramsés.

- Él es encantador, sin embargo -le replicó Emerson con aire sombrío-. Y yo no.

- Yo, en cambio, creo que usted lo es. -Pero tu madre no.

- Eso no es cierto, padre. -Al decir esto apretó su brazo, reconfortada al sentir bajo sus manos su fuerte musculatura y su calma inquebrantable.

- Me he comportado como un patán -musitó Emerson-. Justo desde que llegó. Saca lo peor que hay en mí. Y levanta la peor de las sospechas.

En un primer momento, Nefret pensó que se estaba refiriendo a los celos que, durante tanto tiempo, había sentido hacia su

hermano. Pero, acto seguido, sofocó un grito.

- Es imposible que él tenga algo que ver con todo esto.

- Me gustaría estar tan seguro. Esa muchacha no puede haber planeado este asunto por su cuenta, Nefret, es demasiado perverso y complicado. Hay algo más detrás de todo esto, algún motivo mucho más fuerte que la mera venganza por una muerte acaecida hace ya tanto tiempo.

- ¿Cuál?

- Es un error fatal -dijo Emerson, citando, obviamente, palabras ajenas-, especular sin disponer de todos los datos. Aunque he de decir que contamos ya con unos cuantos y la especulación ayuda, además, a matar el tiempo.

- ¿Es eso lo que hacen usted y mi madre cuando los encierran en sitios como éste?

- Generalmente discutimos sobre quién ha tenido la culpa. - Emerson se rió entre dientes como si no tuviera ningún motivo de preocupación-. Vamos, mi querida niña, piensa. ¿Qué motivo se te ocurre de inmediato tratándose de Sethos? ¿Qué estaba haciendo en Jerusalén?

Smith dejó bien claro que no estaba trabajando para el Ministerio de la Guerra. ¿Alguien le dio acaso una paliza, que, no dudo, tuvo que ser bien merecida, porque había tratado de entrometerse en sus asuntos? Desde la guerra, Palestina y Siria se han convertido en un auténtico paraíso para los saqueadores y los ladrones de tumbas. ¿Qué es lo que hay en esa habitación de El Castillo tan cuidadosamente embalado y listo para ser transportado?

Nefret sintió como si alguien le golpeara repentinamente en el estómago.

- El tesoro. ¡Dios mío! No, no me lo puedo creer.

- Lacau llegará mañana y cargará las cajas en el barco de vapor - dijo Emerson con lógica inexorable-. Hacerlo no le llevará demasiado tiempo. Luego se pondrá de inmediato rumbo a El Cairo. El his es una embarcación moderna con una tripulación numerosa… lo bastante numerosa como para derrotar a los guardias que se encuentren a bordo del barco del gobierno y para vaciar su carga. La llegada de la comisión Milner ha causado inquietud en Egipto. El robo del tesoro será atribuido a los radicales.

- Tendrán que matar a los testigos -le respondió ella medio

dormida-. Y hundir el barco de vapor.

- No necesariamente. Sethos no es un hombre violento pero no hay nadie en el mercado mejor equipado que él para hacerse con un cargamento como ése. La luz de la lámpara parpadeaba. Sus sombras se precipitaban arriba y abajo, como presas del frenesí de la huida. Nefret sintió cómo sus labios rozaban delicadamente su pelo tras lo cual, Emerson apartó sus manos y se puso de pie.

- Si Sethos es el cabecilla no tienes nada que temer. Jamás te haría daño. Será mejor que coja esa lámpara antes de que se caiga. Estamos acelerando.

El movimiento del barco era más pronunciado. Emerson empezó a hurgar en sus bolsillos.

- Me dejé la chaqueta en casa -dijo, sacando del bolsillo una mezcla confusa de objetos e inspeccionándolos-. Ni pipa, ni tabaco… ni cerillas.

- Ni pistola, ni cuchillo -añadió Nefret, tratando de imitar su calma.

- Se dejaron esto. -Emerson entresacó del revoltijo una media docena de clavos y volvió a introducir el resto en el bolsillo de su pantalón-. ¿Te registraron?

Nefret volvió a experimentar la sensación de unas manos recorriendo su cuerpo. Hizo una mueca.

- Superficialmente. El doctor buscaba una arma. Pero yo no llevaba ninguna encima.

- Coge esto. -Emerson le dio tres de los clavos-. Y escóndelo pero no en el bolsillo; podrían volver a registrarte. -Regresó entonces a la ventana y se puso de nuevo a rascar-?. Ese tipo habló de disponer otra cosa -dijo, por encima de su hombro-. Si nos separan…

- ¡Oh, no! -susurró Nefret.

- En caso de que eso llegue a ocurrir… Bueno, querida, un clavo no es gran cosa como arma pero un fuerte pinchazo en la zona de los riñones de un hombre o, esto… en algún que otro sitio, lo haría detenerse por un momento. No te preocupes; encontraré el modo de sacarte de ésta. Es culpa mía. Si no fuera porque soy un maldito idiota, a esta hora la ayuda estaría ya en camino.

Respirando profundamente, Nefret trató de mantener firme tanto a ella misma como a su voz.

- Si usted es un maldito idiota, mejor entonces no hablemos de

mí. Debería haber sospechado algo cuando él me condujo hasta aquí.

- Aun en ese caso, ¿podrías haber hecho algo para remediarlo? - le preguntó Emerson.

- Puede que no. Es fuerte como un toro y, aunque hubiera podido reducirlo, habría tenido que esquivar después al resto de la tripulación. Todos deben de estar involucrados.

- Sin duda. Tres de esos bastardos se abalanzaron sobre mí tan pronto como subí a bordo. Si bien he de reconocer que mi comportamiento no fue el propio de un caballero que va de visita.

Abrazada a sus rodillas, Nefret se echó a reír al imaginarse a su suegro a la carga por la pasarela, con los puños apretados e imprecando.

- Deje de hacerse reproches. Si usted se hubiera entretenido buscando ayuda, es muy probable que el barco hubiera zarpado antes de que lo hubiera podido alcanzar. ¿Por qué me siguió?

Emerson seguía rascando.

- Bueno, ¿sabes?, se me ocurrió de repente, mientras pensaba en otra cosa. Recordé el nombre de la persona que vivía en El-Hilleh y por eso… Maldita sea. Esconde esas cosas y ven aquí.

Apenas había acabado de introducir los clavos en sus zapatos, se oyó la llave en la cerradura y la puerta se entreabrió.

- Retrocedan -dijo el doctor. Parecía nervioso-. Tengo una pistola.

- Estupendo -le respondió Emerson. Permaneció de pie, delante de Nefret, aparentemente relajado, aunque ella ya lo había visto antes adoptar aquella pose, también a su hijo. Ambos podían moverse con la velocidad del león cuando ataca.

- Todos llevamos pistola.

Alguien tiró de la puerta hacia detrás. La abertura parecía la entrada del infierno, abarrotada de cuerpos corpulentos e iluminada de rojo.

- No se arriesgue, padre -le susurró Nefret, cogiéndolo del brazo. Conocía demasiado bien a Emerson y sus ojos, acostumbrados ya a la luz, podían distinguir al menos tres hombretones junto al doctor.

- Mmm. -Emerson volvió a apoyar los talones en el suelo-. En este reducido espacio podrían darte a ti al intentar golpearme.

El doctor dio un paso hacia adelante pero pareció pensárselo

mejor. Obedeciendo a su escueta orden, dos de los hombres se introdujeron cautelosamente en el camarote. Ambos iban armados con pistolas y uno de ellos llevaba también un farol. El doctor no se movió de donde estaba.

- Capitaneando a su regimiento desde la retaguardia, veo -constató Emerson-. Y ahora, ¿qué?

- Muévase hacia delante. Lentamente. Un paso a la vez. Las manos fuera. No, madame, usted no. Quédese donde está.

Su voz temblaba, al igual que la pistola que empuñaba. No les quedaba más remedio que obedecer. Su desventaja era enorme y ambos iban desarmados. Emerson se encogió de hombros.

- Debería haber hecho esto antes de arrojarme aquí dentro -le hizo notar, cuando uno de los hombres le puso un par de esposas en las muñecas-. Se habría ahorrado todo este alboroto y no poco desasosiego. Como organización deja bastante que desear. ¿Quién está al cargo del barco ahora?

- ¡Odio toda esa cháchara! -La voz del doctor se elevó en falsetto.-. ¡Los odio a todos ustedes, condenados ingleses, su arrogante desdén y sus aires de superioridad! ¿Cómo se atreve a despreciarme? ¿Cómo se atreve a mirarme en ese modo? ¡No me mire así!

El temblor de sus manos se incrementó. Acto seguido, golpeó la cara de Emerson con la pistola, éste cayó de espaldas contra la pared al fallarle las rodillas.

- Por favor -dijo Nefret-. No le haga daño, por favor. -Aunque tenía apretados los puños, con las uñas clavadas en las palmas de las manos, estaba dispuesta a suplicar a aquel tipo si lo que quería era hacerse de rogar.

- Tiene usted más sentido común que él -masculló el doctor-. Vosotros dos, sacadlo de aquí.

Los hombres a quienes había dado la orden intercambiaron una mirada dubitativa. Ponerse al alcance de la mano de un colérico Padre de las Maldiciones, aunque apenas se pudiera mantener en pie, no era precisamente una orden que pudiera apreciar cualquier hombre medianamente prudente. Uno de ellos consiguió reunir el valor suficiente como para asir el brazo izquierdo de Emerson. El otro hundió el cañón de su pistola en sus costillas.

- Vaya con ellos, padre -le dijo Nefret-. No tiene sentido oponer

resistencia.

Emerson levantó las manos y se limpió la sangre que tenía en la barbilla.

- No trataba de resistirme -dijo ofendido-. Soy dócil como un corderito.

- ¡Fuera! -gritó el doctor-. ¡Sacadlo de aquí!

Emerson consintió sin más comentarios que lo condujeran hasta la puerta. «No puedo permitir que se vaya así, sin decir una palabra -pensó Nefret-. Puede que sea la última vez que lo vea. Al infierno con el orgullo.»

- Padre, yo…

- Sí, querida, lo sé. -Mirándola brevemente por encima de su hombro, le sonrió. -A bientot -le dijo Nefret.

El-Gharbi se despidió de nosotros con evidente regocijo. Habíamos contraído una importante deuda con él y yo sabía que, tarde o temprano, nos exigiría, disfrazándolo de empalagoso ruego, la correspondiente recompensa. Era sólo cuestión de tiempo. Cortando en seco el ceremonial de despedida, nos marchamos apresuradamente de allí. No quería perder el tren. Los trenes suelen retrasarse cuando uno llega a tiempo y, al contrario, suelen ser puntuales cuando uno se demora. A pesar de que no dejaba de repetirme que no había por qué tener prisa, no conseguía convencerme del todo. Lo que acabábamos de descubrir había alterado nuestra visión de las cosas.

Llegamos a la estación de Esna con mucha antelación. El tren llevaba retraso. Tan sólo había unos cuantos ingleses en el andén; estudiantes, a juzgar por su juventud y por el modo informal en que iban vestidos. Los vendedores de antigüedades falsas nos reconocieron de inmediato (aquellos que no conocían a Ramsés personalmente identificaron, sin embargo, mi sombrilla y mi cinturón de utensilios) y nos dejaron en paz. Había también algunos comerciantes más vendiendo agua, fruta y verdura.

Tomé asiento en el único banco existente, junto a un caballero de barba gris que transportaba un gallo. El caballero en cuestión me saludó efusivamente mostrándome una boca atiborrada de dientes marrones. El gallo ladeó la cabeza y me lanzó una mirada furibunda, enloquecida. Ramsés daba zancadas, arriba y abajo, rodeando a los grupos de egipcios que, acostumbrados a esos

retrasos, trataban de matar el tiempo mordisqueando golosinas y cotilleando. Yo también estaba acostumbrada a aquellos retrasos pero, a medida que el sol se hundía en el horizonte y las sombras se iban alargando, lo que habíamos descubierto aquel día pesaba más y más sobre mis espaldas.

El gallo estiró el cuello y me dio un fuerte picotazo en el brazo. Acepté las disculpas de su propietario sólo que, como había llegado un punto en el que ya no podía seguir sentada por más tiempo, me levanté y me acerqué a Ramsés, quien conversaba en ese momento con una pareja que llevaba un niño en brazos. La joven madre amamantaba despreocupada a su hijo mientras su marido hablaba con Ramsés en tanto que se rascaba la tripa.

- ¿Tiene usted hambre, madre? -me preguntó-. Se han ofrecido amablemente a compartir su cena con nosotros.

El hombre extrajo un grueso trozo de pan de un cesto y me lo ofreció. Tanto sus manos como el pan estaban extremadamente sucios y, estaba casi segura, debían de estar llenos de pulgas, pero su generosidad y su sonrisa eran tan enternecedoras que, de no haber sido porque sospechaba que en aquel cesto no había mucha más comida, habría sido capaz de aceptarlo, arriesgándome a las pulgas y a contraer alguna enfermedad. Eran muy jóvenes y sus vestidos estaban completamente raídos.

Les expliqué en mi mejor árabe que les agradecía su amabilidad pero que acababa de comer, y me llevé a Ramsés de allí.

- ¿Puedes darles algo de dinero? -bisbisé-. ¿Sin ofenderles?

- La pobreza no consiente al hombre el privilegio del orgullo -dijo Ramsés retorciendo la boca-. Me ocuparé de ellos, pero si empiezo a dar bacshish abiertamente todos los demás me pedirán también.

Las vías del tren se alejaban vacías en la distancia, brillando a la luz del ocaso.

- ¡Maldición! -estallé-. ¿Se puede saber dónde está ese condenado tren? Vamos a llegar muy tarde y tu padre estará echando chispas.

- Lo mismo que Nefret. Pero nos perdonarán, inshaalá!, cuando les contemos lo que hemos averiguado. Estamos a pocas horas de dar por zanjado este asunto, madre. Tenga un poco de paciencia.

- Esta vez sí que le voy a dar a Emerson sopas con hondas -

asentí, con un cierto alivio.

El semblante de Ramsés se relajó.

- No creo que sea eso lo que quiere decir, madre.

- ¿No es la expresión adecuada? Estoy haciendo lo que puedo por mejorar mi dominio del lenguaje corriente -le expliqué-. Algunas de esas nuevas palabras coloquiales son enormemente expresivas. No importa, sabes de sobra lo que quería decir.

- Creo que sí. -Una paloma aleteó a mis pies. Ramsés me cogió del brazo-. La verdad es que a mí también me ha dejado sin habla. ¿Quién hubiera imaginado que Bertha tuvo dos hijas?

- Las hijas de la tempestad -musité-. ¿Será sólo una extraña coincidencia que Set sea el dios de la tempestad y del caos?

- Sí-se limitó a decir Ramsés.

- Bueno. Creo que nunca me has visto sucumbir a… Oh, gracias a Dios, aquí llega el tren.

Manuscrito H:

Nefret había envuelto la cabeza del clavo con un trozo de tela. Servía como protección, aunque sus dedos no dejaban por ello de sufrir calambres. La madera era blanda. Había excavado lo suficiente en ella como para dejar a la vista apenas un centímetro de la hendidura. El clavo del tablón se movió un poco cuando trató de arrancarlo pero estaba demasiado hundido como para poderlo sacar con los dedos y no tenía nada a mano que pudiera servir de palanca.

Hacía mucho rato que la lámpara se había apagado. O así se lo había parecido a ella, ya que era imposible medir el tiempo en aquella oscuridad sofocante. Tenía la garganta seca y el chapoteo del agua en la jarra invisible era una tentación constante.

Ahora sabía que ya nada la podría detener. Estar junto a uno de los hombres de la familia Emerson -y, al menos, una de sus mujeres-, incluso por un breve periodo, era como una especie de inyección de adrenalina para cualquier corazón desfallecido. No alcanzaba a imaginar lo que estaría haciendo Emerson, pero le había prometido que la sacaría de estay ella le creía contra toda lógica.

Los otros tampoco se iban a quedar de brazos cruzados pero puede que les llevara un cierto tiempo atar ambos cabos… su ausencia y la partida del Isis. Al menos podrían saber adonde había

ido: Nisrin se lo diría. Era muy posible que Emerson no se hubiera molestado en decirle a nadie adonde iba él. Había salido tras ella apenas le había venido a la mente aquel misterioso recuerdo… camino de Deir el Medina, dado que había llegado al barco apenas unos minutos después que ella.

Si no los hubieran interrumpido, ella se habría enterado de lo que había recordado Emerson y de la razón que lo había empujado a seguirla de inmediato apenas había hecho memoria. Si el pueblo de El-Hilleh era la clave de todo, Ramsés y/o su madre debían de saberlo también y si el saberlo era, de verdad, tan importante, entonces era posible que ellos también se encontraran en peligro. Pensó en su marido, representándoselo mentalmente -su enorme fuerza, el pelo negro y rizado que él no dejaba de aplastarse con la mano, la sonrisa que caldeaba su delgada y morena cara-, tratando de alcanzarlo, estirando aquella sensación mental que los mantenía unidos. Siempre había percibido cuándo él se encontraba en peligro de muerte o de ser herido. Ahora no tenía aquella sensación.

Se enjugó sus ojos escocidos con la manga. Sudor y no lágrimas, se dijo.

Maryam. Todo apuntaba a ella. Emerson se negaba a creer que la muchacha fuera la principal responsable, pero eso era sólo porque su suegro era una persona bondadosa y sentimental. Nefret excavó con virulencia. El clavo se deslizó, abriendo un agujero largo e inútil en la madera, y se resbaló de sus dedos entumecidos. Lo oyó caer y saltar en el suelo. Se arrodilló y palpó a su alrededor. No hubo suerte.

«Descansaré un poco», pensó, dejándose caer pesadamente contra la pared. Descansar y tratar de pensar. Emerson, bondadoso y sentimental… Y celoso. Los celos eran los causantes de las acusaciones que había vertido contra Sethos. Sonaban convincentes cuando las expuso, pero las acusaciones contra Maryam eran aún más fuertes. Sabía algo sobre el arte del disfraz, lo suficiente como para engañar a una anciana despistada y para seducir a un hombre vanidoso. Su madre conocía muy bien los bajos fondos. Bertha había llegado incluso a formar su propia banda, una organización criminal femenina. Reclutar prostitutas había sido una de sus ideas más brillantes; explotadas y maltratadas, aquellas desgraciadas tenían al alcance de su mano oportunidades únicas para reunir

información que luego podía servir para chantajear o para cometer asesinatos. ¿Qué había sido de aquellas mujeres? Mujeres como Layla quien, al final, se rebeló contra su jefa y salvó la vida de Ramsés; o como la extraordinaria mujer, fuerte y robusta como un hombre, que había sido la mano derecha de Bertha en algunos de sus últimos crímenes.

Aquellas historias formaban ya parte de la leyenda familiar: contadas una y otra vez, indómitas como un relato de aventuras, recamadas con el pasar del tiempo. Luego estaban también las historias absurdas sobre Sethos en sus días de mayor crueldad, o sobre Bertha, que había sido la amante de Sethos después de abandonar a un tipo llamado Schlange… uno más de los innumerables enemigos con los que sus padres se las habían tenido que ver… una lista bastante extensa…

Su cabeza cayó con una sacudida, haciéndole recuperar la conciencia. Respirar era difícil. Tragar saliva imposible. No había aire en la habitación, sólo la oscuridad, el calor y la sed. Tenía que beber algo lo antes posible ya que, de otro modo, caería en ese sopor que puede ser la antesala de la muerte. Tal vez fuera eso lo que pretendían. Ninguna marca en el cuerpo, ninguna señal de violencia.

Era imposible imaginarse a uno mismo como un cuerpo, una cosa, la mente que piensa, la risa y el amor destruidos para siempre, representarse al mundo que sigue adelante prescindiendo de uno. Al pensar en sus hijos, se retorció angustiada. Pero ellos eran tan pequeños y estaban tan rodeados de afecto; en unos años no sería más que una cara borrosa en una fotografía. Ramsés no la olvidaría, del mismo modo en que ella no podría olvidarlo nunca. Pero habría otras mujeres. No podía pretender que permaneciera solo para siempre, Ramsés no. Se volvería a casar, aunque sólo fuera por el bien de los niños.

La mera imagen de su marido abrazando a otra mujer, besando la cara de ella vuelta hacia arriba, le dio la energía suficiente para arrodillarse. «Si lo hace, volveré a este mundo para perseguirlo», pensó. Como esa mujer a la que su marido había escrito para preguntarle qué había hecho para ofenderla, ya que ella no había dejado de atormentarlo después de muerta. Puede que sólo quisiera asegurarse de que él no la olvidara.

Se arrastró a lo largo de la pared, buscando a tientas la jarra de agua. Sus torpes manos la encontraron al fin, en el suelo, en medio de un charco de agua. Se había roto al caerse.

Mientras, tumbada cuan larga era, chupaba el líquido templado, con arena y todo, el camarote se iluminó. Se incorporó, apoyándose en los codos, y volvió la cabeza. Incluso aquellas pocas gotas de agua la habían ayudado, y lo mismo hizo el aire, fresco como la brisa nocturna comparado con la nociva mezcla que había estado respirando. Para unos ojos como los suyos, que habían permanecido durante tanto tiempo en la oscuridad, la luz resultaba cegadora. Sólo podía distinguir una silueta, de pie e inmóvil, en el umbral de la puerta. El resplandor que había tras ella se hizo más intenso, formando una especie de aureola sobre sus rizos dorados. Trató de hablar pero sólo pudo graznar como una rana.

- Hola, hermosa Mrs. Emerson -le dijo aquella voz, clara y dulce-. ¿Le gustaría salir ahora?

* * *

Era ya bien entrada la noche cuando el tren llegó a Luxor, con un traqueteo complacido y toda una serie de silbidos de felicitación. O eso fue, al menos, lo que me parecieron a mí; le había tomado una personal aversión a aquella máquina, tenía la sensación de que todo aquel retraso sólo estaba destinado a fastidiarme. No veía la hora de poder contarle a Emerson que había resuelto el caso.

Mientras el tren aminoraba su marcha y el andén empezaba a dibujarse, saqué la cabeza por la ventanilla, enfrentándome valerosa al humo y al polvo. Confiaba en ver a Emerson, al frente de toda la gente que había esperando en el andén, con las manos en jarras y una terrible expresión ceñuda en la cara. Busqué en vano su silueta inconfundible. Esperándonos, sin embargo, había otra persona. Al verme, agitó la mano y empezó a correr a lo largo del tren.

- Es David -dije-. ¿Por qué Emerson lo habrá enviado en lugar de venir él mismo a recogernos?

Ramsés miró fuera de la ventanilla.

- Le pasa algo. No me gusta la mirada que tiene, madre. Venga conmigo.

Lo seguí, pisándole los talones, mientras se abría paso empujando y dando codazos hasta llegar al final del vagón de modo que pudiéramos ser los primeros en bajar del mismo. El tren se

detuvo con un estremecimiento. Ramsés se precipitó fuera sin esperar siquiera a que pusieran la escalerilla, y me ayudó a bajar.

- ¡Gracias a Dios! -exclamó David-. Confiábamos en que cogeríais este tren. Os llevo esperando casi una hora.

No hizo falta que le preguntara si pasaba algo. Las profundas arrugas de preocupación que había en su cara o el modo de aferrar mi mano con la suya eran signos que cualquiera podría interpretar sin dificultad.

- Los niños -chillé, al recordar la advertencia de Abdullah-. Ha pasado algo…

- No, ellos están bien. Y lo seguirán estando, he tomado ya todas las precauciones. -Sin detenerse, prosiguió, casi corriendo, en dirección a un coche de caballos que había esperándonos. Yo me vi forzada a trotar para poder seguirle el paso, lo que, desde luego, puede creerme, mi querido lector, hice.

Ramsés dijo suavemente.

- ¿Nefret?

David sabía de sobra que tenía que decírselo.

- Se ha marchado. Al igual que el profesor y Maryam. El Isis zarpó hace seis horas.

Sin apresurarse, pero sujetándome con más fuerza de la estrictamente necesaria, Ramsés me ayudó a entrar en el coche.

- Hace seis horas. ¿Qué habéis hecho mientras?

David se dejó caer en el asiento que había frente al nuestro e hizo un gesto al cochero para que se pusiera en marcha.

- No nos dimos cuenta de que se habían ido hasta hace unas pocas horas. El profesor había vuelto a casa, o eso supusimos, pero no estaba allí, y…

Las luces de Luxor pasaban como una exhalación por delante de nosotros y el vehículo daba unas enormes sacudidas.

- Ve con calma, David -le dije-. Lo que dices no resulta muy coherente que digamos. Y dile al cochero que aminore la marcha. Creo que está dando latigazos al caballo y ya sabes que jamás hemos permitido que traten así a los animales.

- Sigue, David. Ve por orden. Nuestro padre no estaba en casa…

La voz de David se elevó.

- ¡Ninguno de ellos estaba! Cuando nadie se presentó a la hora del té pensé que os habríais ido todos a El Castillo, así que mandé a

Alí para que averiguara si estabais allí. Hemos desperdiciado tanto tiempo…

Se cubrió la cara con las manos. Le di un leve empujón con el codo.

- Echarse la culpa no sirve de nada, David. No veo de qué modo has podido comportarte como un irresponsable. Continúa.

David empujó su sombrero hasta la parte posterior de su cabeza, inspiró con fuerza y reanudó su relato con voz más tranquila.

- Entonces vinieron los Vandergelt, con nuestros padres. Estaban preocupados; dijeron que ninguno de vosotros habíais estado allí. Empezamos a contar cabezas. Sólo entonces me di cuenta de que no había vuelto a ver a Maryam desde la noche anterior, o a Nefret desde el mediodía. Encontramos el mensaje, vuestro mensaje, en la clínica, así que al menos nos enteramos de dónde estabais vosotros. Fuimos a la búsqueda de Nisrim había cerrado la clínica y se había marchado a casa; fue ella la que nos dijo que el médico del bis había mandado a buscar a Nefret. Por lo visto dijo que el muchacho estaba enfermo.

Aún al galope, el caballo embocó el camino a orillas del río mientras yo me abalanzaba sobre Ramsés. Mi hijo me volvió a colocar en mi asiento con unas manos tan frías como el hielo.

David chilló al cochero, quien moderó finalmente nuestra apresurada marcha. El camino estaba lo suficientemente transitado como para que fuera absolutamente necesario; tratándose de Luxor, seguía siendo pronto, de modo que los turistas que buscaban el placer por encima de la instrucción y aquellos que se lo procuraban abarrotaban la calle, que se encontraba por ello en plena efervescencia. Los hoteles resplandecían con la luz blanca de la electricidad; el brillo más suave de las velas y faroles provenía de las tiendas y de las casas.

- Tan pronto como supimos adonde había ido Nefret, Bertie y yo cruzamos el río en dirección a Luxor. Entonces descubrimos que el bis se había marchado. Los buhoneros y los dueños de las tiendas de esa calle habían visto a Nefret subir a bordo. No había vuelto a bajar.

- ¿Y Emerson? -pregunté, enderezándome el sombrero.

- Me acaba de decir usted que vaya por orden -me replicó David-. ¿Está usted bien, tía Amelia?

- Perfectamente. -Entonces sentí algo así como el impacto de una bala de cañón en el estómago y me entraron ganas de chillarle.

- Casi hemos llegado -dijo David, mirando por la ventanilla-. Bueno, poco después de que Nefret subiera a bordo del barco, llegó el profesor a todo correr. Cruzó como un rayo la pasarela y ésa fue la última vez que lo vieron, igual que a Nefret. Al poco tiempo, retiraron la pasarela y el barco zarpó.

- Nos habían visto visitar el Isis en varias ocasiones -musité-. Los que les vieron no tenían por qué imaginarse que estaba sucediendo algo raro. ¿Hacia dónde se dirigió el Isis}

- Estamos trabajando en eso. -El coche se detuvo. David se apeó de él de un salto y me tendió la mano para ayudarme a bajar-. Se lo diré en un minuto. Sabir nos espera con su nuevo barco.

Los barcos de vapor de los turistas se alineaban en la orilla, resplandeciendo de luz. No había ningún hueco en la hilera que formaban. El lugar donde había estado amarrado el Isis había sido ya ocupado por otro barco. Al vernos llegar, Sabir se puso de pie, listo para partir.

- ¿Cómo están las cosas ahora? -pregunté, entrando en el barco.

- Decidimos que Bertie debía ir a la casa a advertir a los demás mientras yo esperaba el tren. El Isis partió río abajo, eso es todo lo que sabemos; Bertie dijo que mandaría un telegrama a la policía de Hammadi y de Qena para ponerlos en alerta.

- Será inútil -dijo Ramsés, inmóvil como una estatua y con las manos entrelazadas-. Todo lo que tiene que hacer es amarrar en algún sitio, apagar las luces y hacer algunos cambios al amparo de la oscuridad. Un nuevo nombre, una nueva bandera en popa y, a continuación, apenas será posible reconocerlo.

David no se dejó engañar, como tampoco lo hice yo, por la aparente calma que había en su voz.

- Ramsés, lo siento. Debería haber…

- ¿Hecho el qué? No ha sido culpa tuya. De nadie.

Cuando llegamos a casa, nos encontramos con que ésta zumbaba como una colmena y resplandecía como si se tratara de un árbol de Navidad; todas las lámparas estaban encendidas y -por lo visto- una buena parte de los habitantes de Gurna montaban guardia en ella. Algunos iban de un lado a otro dando zancadas, todos hablaban sin cesar y, sólo unos pocos, empuñaban rifles. Era ilegal que los

egipcios dispusieran de uno pero las autoridades solían hacer la vista gorda cuando el propietario era una persona responsable. A pesar de que no me gustan las armas de fuego, no puedo por menos que reconocer que me sentí reconfortada al verlos.

Evelyn fue la primera en precipitarse fuera de la casa y en rodearme con sus brazos.

- Gracias a Dios estás sana y salva, Amelia.

- No he estado ni por un momento en peligro, querida -le repliqué, apartándola con delicadeza-. Ahora no tenemos tiempo para este tipo de cosas. Debemos tener… ¿Adonde vas, Ramsés?

- No tardaré mucho.

Lo contemplé alejarse con unas zancadas largas y regulares y no tuve valor para llamarlo. Nada es tan convincente como la evidencia que nos procuran nuestros propios ojos. Se dirigía a ver a los niños.

El resto del grupo se encontraba en la sala de estar. Cyrus, Katherine, Bertie, Lía, Walter, Gargery, Daoud, Kadija, Fátima…

- ¡Selim! -grité-. Vuelve de inmediato a la cama.

Su morena cara estaba algo más pálida de lo habitual pero se había vestido por completo y su turbante, cuidadosamente enrollado, ocultaba las vendas que seguía llevando en la cabeza.

- ¿Quedarme en la cama mientras Emerson y Nur Misur se encuentran en peligro? Mi honorable padre se revolvería en su tumba.

- Eso es cierto -asintió Daoud-. Pero ahora está usted aquí, Sitt Hakim, Dios sea loado. Usted nos dirá lo que tenemos que hacer.

El nudo que sentía en la garganta se aflojó un poco al mirar a mí alrededor. Ninguna mujer podría contar con aliados más valerosos que aquéllos. No protesté, ya que era consciente de que iba a tener que atar a Selim a la cama si de verdad quería que se quedara en ella. El y Daoud llevaban un cuchillo en el cinturón, Cyrus iba también armado, con la pistola enfundada en su pistolera. Cuando vi que Evelyn había cogido mi sombrilla con la espada estuve dudando entre echarme a reír o a llorar. Estaban dispuestos a obedecer la menor de mis órdenes. ¡Si sólo hubiera sabido qué pedirles! Externamente había conseguido mantener la calma pero en mi interior había una confusión tal de rabia y preocupación que era incapaz de pensar con sensatez.

Tratando de ganar tiempo, tomé asiento.

- ¿Dónde está Sethos? -pregunté.

- Debe de estar rodando por aquí cerca -me respondió Cyrus-. Dijo que no podía estar sentado de brazos cruzados y no se lo reprocho.

Ramsés y Sethos debían de haber coincidido fuera, ya que entraron juntos.

- Ah, aquí estáis -dijo el último de ellos, saludándome con la cabeza-. ¿No te ha ofrecido nadie un whisky con soda?

Cyrus soltó una prolongada exclamación.

- ¡Válgame Dios, debería haber pensado en ello! ¿Tú qué quieres, Ramsés?

Mi hijo hizo un gesto negativo con la cabeza.

- Lo que necesitamos es uno de los famosos consejos de guerra de nuestra madre.

Todos me miraron expectantes.

- Antes de nada -dije, tomando el vaso que me ofrecía Cyrus-, tenéis que contarnos los pasos que habéis dado. ¿Mandaste el telegrama, Bertie?

Bertie asintió con la cabeza. Parecía completamente apabullado.

Sethos se había servido también un whisky. Sospeché que no era el primero.

- Ese paso era necesario aunque me temo que no servirá de mucho. Me he tomado la libertad de mandar a un cierto número de amigos vuestros para que den la alerta en los pueblos que se encuentran entre Luxor y Nag Hammadi, y también río arriba, hasta Esna, por si acaso hubieran cambiado el rumbo. Eso hará correr la voz.

- El habitual Pony Express -dijo Cyrus, con un ademán de aprobación.

- Burro Express -le corrigió Sethos-. Al que habría que añadir unos cuantos camellos.

- Todo eso está muy bien -los interrumpió Walter con acritud-, pero ¡no entiendo qué hacemos aquí sentados, bebiendo whisky, en lugar de actuar!

- ¿Qué más podemos hacer? -pregunté.

Walter dio un puñetazo sobre la mesa. Su apacible semblante había perdido la habitual calma. Sus ojos echaban chispas.

- ¡Ir en su búsqueda! Tenemos el Amelia, ¿o no?

Sethos puso su vaso sobre la mesa mientras el resto de nosotros miraba boquiabierto a Walter.

- Me preguntaba si pensaríais en ello.

- Tú ya lo habías hecho, ¿verdad? -le preguntó Walter.

- Se le ocurrió a Selim. Por eso está aquí. Lo necesitamos. La tripulación que hay a bordo del Amelia es muy reducida e ir a buscar al rais Hassan y a su mecánico nos llevaría demasiado tiempo.

- Hum -masculló Walter, quien apenas se había apaciguado y que sonaba tan combativo como Emerson-. En ese caso, ¿por qué no nos hemos puesto ya en marcha?

- Porque -le respondió Sethos con un ceño que daba muestras de gran irritación-, no podemos zarpar antes de que se haga de día. No sólo es peligroso navegar de noche, es que, además, en la oscuridad, podríamos pasar de largo el Isis sin darnos cuenta. Y, además, estábamos esperando a que llegaran Amelia y Ramsés. Y, lo más importante de todo, porque tenemos que reunir todos los elementos y trazar un plan antes de lanzarnos al ataque. Supongamos que les damos alcance, ¿qué haremos entonces? ¿Abordarlos empuñando nuestras espadas?

Walter se puso en pie de un salto. Parecía dos veces más grande que cuando había llegado a El Cairo y, por primera vez, pude constatar el parecido que había entre él y el hombre al que se enfrentaba en ese momento. Quitándose las gafas, las arrojó a un lado.

- Maldito seas, esto… Sethos, ¿me estás tomando el pelo? ¡Si hacen falta las espadas, yo mismo empuñaré una!

- Lo siento… hermano -le respondió Sethos en un tono bastante diferente-. Sabía que lo harías. Cuánto desearía no haber llegado a esto. Siéntate, te lo suplico, y deja que hablemos de la situación con calma. Amelia, ¿quieres ocuparte tú de llevar adelante la discusión?

Antes de que pudiera empezar, Selim se levantó con algo de dificultad.

- Me voy al Amelia para empezar a revisar el motor. Estará listo para zarpar al amanecer.

- Iré contigo -manifestó Walter-. ¿Qué demonios he hecho yo con mis gafas?

- Están aquí. -Evelyn se las dio-. Walter, querido…

Walter sabía lo que su mujer estaba a punto de decir. Poniéndose las gafas, la asió por los hombros y le sonrió.

- Tal vez pueda echarle una mano a Selim o hacerle algún recado, si es que no sirvo para nada más.

- Yo también les acompañaré -se ofreció Bertie-. Sé algo sobre motores.

- Selim, te prohíbo terminantemente que pongas al galope a ese caballo -le chillé mientras se marchaban-. Walter, asegúrate de que me obedece.

- ¿Perdiendo el control de los subalternos? -me preguntó Sethos-. Me tienes a tus pies, como siempre. Ordéname lo que quieras. ¿Otro whisky, tal vez? "

- No estoy de humor para bromas -le informé.

- Sólo trataba de aliviar un poco la tensión, querida. Lo cierto es que creo que las cosas, al menos aquí, están bajo control. Los niños están en la casa principal que, a su vez, está rodeada por hombres apostados a menos de medio metro el uno del otro; todos al acecho y con ganas de pelea. Los niños y las mujeres estarán a salvo…

El grito que lanzaron al unísono todas las mujeres presentes en la habitación lo hizo callar.

- Si piensa que me voy a quedar aquí… -empezó a decir Lía.

- ¡O yo! -gritó Evelyn blandiendo la sombrilla.

- Las dos haréis lo que se os ordene -les dije-. Y seré yo la que os lo diga. Tenemos que determinar cuál es el mejor modo de aprovechar las fuerzas de las que disponemos. Alguien tiene que quedarse para tratar con Mr. Lacau. Su llegada está prevista para mañana.

- Ya está aquí -dijo Cyrus-. Llegó esta tarde. ¿Cómo puedes preocuparte por él en un momento como éste?

- Por una razón: podríamos convencerlo para que saliera con nosotros a la caza del Isis.

- No es muy probable -dijo Cyrus-. Estará ya muy preocupado por su maldito tesoro. ¿Qué hay de los otros barcos de turistas?

- Mi conciencia no me permite pedir a una partida de inocentes que tomen parte activa en este asunto. Podríamos pedir a los barcos de cruceros que traten de encontrar al Isis, pero supongo que mañana por la mañana habrán alterado ya su apariencia. Dado que

nuestros enemigos nos han abandonado en masa, no creo que nadie de los que nos hemos quedado aquí estemos en peligro…

- Eso es algo que yo no me atrevería a dar por descontado -dijo Sethos-. Pensamos que la familia más cercana estaba fuera de su punto de mira pero eso es, precisamente, lo que querían hacernos creer. Ahora tienen en su poder a Nefret. No contaban con Emerson pero ahora que lo tienen también en sus manos no creo que lo suelten así como así. Ahora sabemos el motivo y éste apunta con la misma insistencia a cualquiera de vosotros… y también a mí.

Acercándose de nuevo al aparador, volvió a llenar de whisky su vaso. Yo también me habría tomado otro. Habíamos dado muchos rodeos pero había llegado la hora de abordar de una vez por todas, la cuestión.

- Lo siento -dije titubeante-. Esperaba que fuera inocente.

Sethos se volvió repentinamente para mirarme.

- Lo parece, ¿verdad? Con esas pecas tan infantiles y sus grandes ojos castaños… A mí también me engañó, Amelia, si eso te consuela.

Pude ver cómo hacía esfuerzos por ocultar su dolor tras un semblante en apariencia sereno. Evelyn también lo notó y se acercó a él para darle un abrazo fraternal.

- Podría ser una prisionera, querido… eh…

La ternura que demostraba y el modo en que se trabó al decir su nombre fueron demasiado para Sethos. El afecto y la risa lo hicieron atragantarse.

- Querida Evelyn. ¿Quieres que te diga mi verdadero nombre?

- No hace falta que me lo digas si no quieres.

- Seth.

- ¿Qué? -grité-. ¿No te llamas Gawaine, o George, o Milton, o…?

Visiblemente divertido, Sethos alzó el vaso en mi honor.

- Menuda imaginación que tienes, Amelia. ¿Dónde supones que adquirí mi nombre de guerra? Mis padres me pusieron un nombre bíblico perfectamente respetable, pero cuando me di cuenta de lo que se parecía al de un antiguo faraón egipcio no pude resistir la tentación. ¡Y qué apropiado! Sethos, el seguidor de Set, el dios de la tempestad y del caos, enemigo mortal de su noble hermano… -Se interrumpió haciendo chasquear la lengua-. Ramsés, ¿podrías por favor servirte una copa, o decir algo, o, al menos, sentarte? Me pone

nervioso verte ahí plantado, como si fueras una condenada estatua de granito. Tranquilízate, conseguiremos que regrese.

Tuvo que ser el pensar en la otra joven, en la adorada hija que Sethos había perdido para siempre, lo que hizo que Ramsés abandonase su pétrea actitud.

- Lo siento… -empezó a decir.

Sethos gruñó.

- No quiero tu compasión. Lo que quiero es información. No podemos hacer nada por unas horas, así que podríamos hablar un poco. No creo que nadie quiera dormir. ¿A alguien le queda alguna duda sobre el motivo de toda esta cadena de sucesos extraordinarios?

- No -dije-. Cuando caí en la cuenta de que la venganza por la muerte de Bertha era el motivo, todos los incidentes fueron encajando perfectamente en el puzzle. El primero, que pasé totalmente por alto hasta hace poco, fue la muerte de Hassan… o, mejor dicho, su repentino interés por la religión. ¿Qué sería lo que lo hizo sentir tan necesitado de perdón?

Ramsés asintió con la cabeza.

- Eso es justo lo que dijo Selim, casi con las mismas palabras. Yo también lo pasé por alto. Hassan era uno de los hombres que estaba con nosotros aquel día en Gurna, cuando Abdullah murió y Bertha… ¿Está sugiriendo que fue Hassan el que disparó el tiro que acabó con la vida de ella?

- Supongo que, aunque no lo hiciera, creía de todos modos haberlo hecho o reclamaba el honor ya que, una cosa así, hubiera sido considerada loable por aquellos que honraban a Abdullah y vivían de acuerdo con las viejas creencias tribales: ojo por ojo y muerte por muerte. ¿Recuerdas la carta que nos leyó Ramsés? ¿La carta que escribió aquel viudo a su mujer ya fallecida? No me sorprendería que Hassan hubiera creído, él también, que la causa de su mala suerte era un espíritu maligno. Hassan había pedido a su mujer y por aquel entonces empezaba ya a sufrir los efectos de la vejez. El sentimiento de culpabilidad y la esperanza de ser perdonado lo condujeron a buscar la protección de un hombre santo… ¡aunque para ello tuviera que inventárselo! La mayor parte del resto de los hombres han muerto ya, excepto…

- Selim y Daoud -resopló David-. Cielo santo. No tuvo que

costarle mucho matar a Hassan, bastaba con echar veneno en uno de los platos de comida que le servían, pero no me puedo creer…

- Selim y Daoud -dijo Sethos con voz dura e impasible-, eran los próximos. Ha estado jugando con ellos al ratón y al gato. Ninguno de los accidentes resultó ser fatal pero cualquiera de ellos lo podría haber sido. Dispuso que la atacaran también a ella para alejar cualquier posible sospecha. El asunto de Martinelli debía parecer una aberración. No entiendo por qué fue tras él. Que yo sepa, ella no lo conocía.

- Hay muchas cosas que no sabes -dije. Las revelaciones de el-Gharbi se habían visto empañadas por la magnitud de la catástrofe que había caído sobre nosotros pero eran vitales para resolver el caso. Evelyn y David habían manifestado una esperanza, una duda, que debía de estar también presente en las mentes de los demás. Era difícil imaginarse a una jovencita de rostro saludable como ella capaz de cometer un asesinato. Es importante que todos nosotros seamos conscientes de aquello a lo que nos enfrentamos -proseguí-. En este caso no se trata de… esto… una muchacha perturbada al mando de una banda de asesinos a sueldo. Tiene que haber al menos otra persona involucrada, un delincuente empedernido con un motivo idéntico al de Maryam. Maryam no es la única hija de Bertha.

Fue casi la primera vez desde que lo conocía, que vi a Sethos perder la compostura. Su rostro palideció.

- No. Otro hijo más… ¿Quién te lo ha dicho?

- El-Gharbi -dijo Ramsés-. Es con quien hemos pasado el día, donde lo exiliaron. Nuestra madre se acordaba de algo que él había dicho… sobre una serpiente joven con colmillos venenosos. ¿Por qué no le pareció adecuado mencionárselo a nadie más?

- Lo olvidé -reconocí-. Era algo tan vago… como una de esas profecías de Nostradamus que uno puede interpretar de mil modos. En aquel tiempo nos enfrentábamos a ese depravado de Jamil que, desde luego, encajaba perfectamente con una descripción como ésa. Emerson también lo sabía pero, como yo, se olvidó de la advertencia o, simplemente, no hizo caso de ella. Sólo anoche, cuando empecé a recomponer la trama que habíamos estado buscando, me di cuenta de que el-Gharbi podía tener información con la que nosotros no contábamos.

- Tenías que habérnoslo dicho -dijo Evelyn en tono acusatorio.

- Es fácil comprender lo que uno debería haber hecho cuando todo ha concluido -dijo David dulcemente-. Me gustaría saber algo más sobre ese segundo niño.

Lía soltó un grito.

- ¡Justin! ¿Es Justin? Pero él es incluso menor que Maryam, no puede tener más de catorce años. Él…

- Él -dije- es, en realidad, una muchacha. La escasa estatura, la cara sin barba, la voz atiplada deberían habernos puesto sobre alerta. Tenía casi veinte años cuando el-Gharbi la conoció en El Cairo. Uno de los más… eh… exclusivos, supongo que debería decir, burdeles de esta ciudad estaba regentado por una mujer algo más mayor, una europea, que también tomaba parte en algunos negocios ilegales más. Ella y el-Gharbi no fueron nunca rivales; operaban, por decirlo de algún modo, en niveles diferentes, aunque él estaba al tanto de sus actividades. Entre sus clientes se encontraban oficiales de alto rango y algunos de los turistas más ricos y exigentes. Justin era su protegida y su mano derecha en cualquier actividad criminal, pasando de las drogas al asesinato.

- Entonces no es mía -susurró Sethos enfurecido-. No es mía.

Comprendía perfectamente sus sentimientos. Si la información le podía procurar algún alivio, estaba dispuesta a dársela.

- Según las fuentes de el-Gharbi, su padre era un inglés llamado Vincey, el hombre con el que convivió Bertha durante varios años antes de que lo elimin——ramos y Bertha se fuera contigo. No. Tú no eres su padre. Ella y Maryam son hermanastras. No tengo ni idea de cómo o cuándo se conocieron pero Justin es, sin duda, el eslabón de enlace. Ella es la mayor y, a diferencia de Maryam, se ha pasado la vida entre delincuentes.

- Eso no absuelve a Maryam -dijo Sethos. A excepción del sudor que bañaba su frente, podía haberse referido a una desconocida-. Estuvo involucrada desde un principio. El ataque que sufrió era un montaje y tuvo como resultado que Ramsés la «rescatara» y la condujera hasta aquí donde, fingiendo estupendamente una cierta renuencia, consiguió ganarse vuestra compresión y apoyo. Durante todo este tiempo os ha estado espiando e informando a los suyos sobre vosotros.

- Puede que la obligaran a hacerlo -sugirió Evelyn.

- Vamos, Evelyn -replicó Sethos-. Es hija de su madre… y, que el cielo se apiade de mí, mía.

# Capítulo 13

Manuscrito H:

El muchacho no estaba enfermo. Tendría que haber intuido que se trataba de una trampa. Estaba de pie, balanceándose ligeramente con el vaivén del barco, y su rostro era tan hermoso e inexpresivo como el de una muñeca de cera.

- ¿Ha estado lamiendo el agua como un perro? -le preguntó Justin.

Cierto tono en su voz hacía sonar campanas de alarma en el interior de la cabeza de Nefret. Trató de hablar pero sólo fue capaz de emitir un chirriante graznido.

- Lo que necesita es una buena taza de té -dijo Justin alegremente-. ¿Puede andar o necesita que François la lleve?

La última esperanza de Nefret se desvaneció al comprobar que Justin no estaba solo. No era capaz de establecer muy bien qué papel jugaba en todo aquello pero, en el mejor de los casos, se trataba de una persona que no servía para nada, incapaz de discernir y demasiado frágil para resistir. François tenía que estar involucrado, sin duda. Cuando trató de asirla, sonriendo desagradablemente. Nefret se puso de pie tambaleándose, y apartó su mano.

- Como prefiera -dijo Justin-. Venga conmigo.

Nefret lo siguió por el pasillo hasta llegar al salón, con François a sus espaldas. Sonriéndole con dulzura, Justin le indicó una silla y Nefret se sentó agradecida en ella. El té estaba servido sobre la mesa, en un bonito servicio de plata, pero la habitación, exceptuando a ellos tres, estaba vacía. Sus ojos se volvieron hacia la ventana. Fuera era de noche. Y el barco se había detenido.

- Beba un poco de té -dijo Justin mientras se lo vertía en una taza-. Debe de estar usted sedienta.

Algo en su gesto, en el giro de su muñeca, le llamó la atención. Lo observó mientras se echaba sobre los almohadones del diván, colocando una mano tras la cabeza y dejando caer la otra con gracia.

- ¿Quién eres? -le preguntó.

La suave carcajada, un tono más alta que la de Justin, le dio la última pista. «¡Dios mío! ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta?», se preguntó. La chaqueta de «él» estaba desabrochada y la fina camisa se adhería a lo que era el pecho de una mujer, ahora liberado.

- ¿Mi nombre quieres decir? He tenido varios. Puedes seguir llamándome Justin. Suena a justicia y eso es precisamente lo que me llevo entre manos en estos momentos.

Nefret sacudió la cabeza aturdida.

- ¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres de nosotros?

- Justicia. Para una mujer muerta y sus hijas. Vamos -dijo impaciente mientras Nefret la miraba con la boca abierta-. Qué estúpidos sois. Tu familia mató a mi madre y yo misma me habría muerto, desamparada y explotada, si no hubiera sido porque pude contar con la ayuda de los amigos de mi madre y con mi propio talento.

- Tu madre -repitió Nefret. Cogió su taza y, al ir a beber, se quemó la lengua con el té hirviendo-. ¿Quién…?

- No debería de resultarte tan difícil. ¿Cuántas mujeres han encontrado la muerte a manos de los virtuosos miembros de su propia familia?

- Ninguna. Ni siquiera… Oh, cielo santo. -Nefret sofocó un grito-. ¿Bertha? ¿Tú eres hija suya? Pero… eso no es justo. Ni siquiera sabíamos que existías. Mis padres te habrían ayudado. Te ayudarían ahora.

- No quiero su ayuda. Me apoderaré de lo que quiero, como algo a lo que tengo derecho y no como algo que se me concede por caridad.

Nefret no sabía qué decir. En sus especulaciones, nunca se les había ocurrido una cosa semejante. Dio un sorbo a su té, tratando de ganar tiempo para recuperarse.

- ¿Qué le has hecho al profesor?

- No tanto como se merece. -François se había colocado junto a su… ama. Su cara marcada de cicatrices se retorció en una mueca-. Sólo lo hemos encadenado y encerrado en esa habitación. Ella no me permitiría…

- No te he autorizado a hablar. -Aquella voz aguda lo atravesó como una espada afilada. François retrocedió y luego se tiró al suelo de rodillas balbuceando palabras de disculpa.

- Se lo tiene bien merecido -dijo Justin, ignorando a su rastrero sirviente-. Ha echado por tierra todos nuestros planes. ¿Te gustaría saber cuáles eran y cómo han cambiado? François, ¿dónde están tus modales? Ofrece a nuestra invitada una galleta.

- No tengo hambre -dijo Nefret-. Cuéntame.

Justin seguía recostada sobre los almohadones, con las manos en el cogote y el pecho erguido.

- Hator -dijo Nefret entre aturdida e incrédula.

- En las dos ocasiones, sí. Sospechabas de Maryam, ¿verdad? Lo hice por ella. Le gusta tu marido. Si el profesor no hubiera intervenido hoy, ella se habría hecho con él.

- Eso jamás -afirmó Nefret rotunda.

- Bueno, creo que sus posibilidades eran excelentes. ¿Sabes?, nuestro plan era, en un principio, conseguir que tú subieras a bordo. Después, yo habría desembarcado de nuevo vestida con tu ropa y me habría ido a pasear por las calles de Luxor, tratando de hacerme notar. Luego habría vuelto a asumir mi propia identidad para volver al barco. De este modo, para cuando tus amigos hubieran empezado a buscarte, el Isis habría zarpado ya y al menos una docena de testigos embobados les habrían asegurado que tú habías abandonado el barco.

Al contemplarla, Nefret recordó algo que Ramsés había dicho una vez sobre el arte del disfraz. Que no era tanto una cuestión de cambio físico como de comportamiento, de los gestos, del modo de hablar y de moverse. Había desempeñado muy bien el papel del muchacho aunque tal vez no habría logrado hacerlo si no hubiera sido porque ellos pensaban que él no era normal. Ahora comprendía por qué reaccionaba con tanta vehemencia cuando se le tocaba. A pesar de que debía de vendarse el pecho y vestía ropa suelta masculina, su cuerpo no dejaba por ello de ser el de una mujer.

- Pero ahora eso ha quedado fuera de toda cuestión -prosiguió Justin vivamente-. Esos mismos testigos boquiabiertos os vieron subir a ti y al profesor al barco; ellos le dijeron que tú estabas aquí y él habría sido capaz de destrozarlo con tal de encontrarte. No nos quedaba otra alternativa que ponernos en marcha de inmediato y llevaros con nosotros. -Exhaló un suspiro-. Pobre Maryam. Ahora ya no puede regresar y pretender que es inocente.

- ¿Dónde está? -preguntó Nefret.

- Enfurruñada en su camarote. Lleva todo el día lamentándose -añadió Justin con desdén.

Los ojos de Nefret recorrieron la habitación. Daba a cubierta. Las contraventanas estaban abiertas. Podía contemplar las estrellas y el oscuro perfil de la tierra a lo lejos. El corazón le dio un vuelco al pensar en la posibilidad de abandonar a Emerson, pero si conseguía alcanzar la orilla…

Nefret se precipitó hacia la ventana. Todavía le temblaban las piernas de modo que, en realidad, más que precipitarse lo que hizo fue tambalearse en aquella dirección. François fue tras ella apenas empezó a moverse. Sujetándola por la espalda la ayudó a mantenerse de pie.

Nefret se apartó el pelo que le caía sobre la cara. Saber que una está hecha un adefesio, sucia, cubierta de sudor y desgreñada, desmoraliza a cualquier mujer. La que yacía en el diván lo sabía; sonriendo, acarició su cuerpo con sus manos. Era realmente hermosa, con una cabeza cubierta de rizos brillantes como virutas de oro y un cuerpo joven y esbelto.

Nefret trató de contenerse pero no pudo. Debería habérselo imaginado.

- ¿Por qué cogiste a Ramsés prisionero? ¿Qué le habrías hecho si él no hubiera conseguido escapar?

- Era una especie de prueba para comprobar cómo era capaz de actuar mi gente -dijo Justin, estirándose como un gato-. Y, además, sentía curiosidad por saber lo que había visto Maryam en él. Entonces… bueno, lo vi. Pensé que sería divertido conseguir que me hiciera el amor.

- Estás loca -dijo Nefret-. Jamás habrías conseguido que él hiciera una cosa así.

- Oh, sí, lo habría conseguido si me hubiera dejado un poco más

de tiempo. Digamos que lo deseaba bastante. Me gustan los hombres y él es uno particularmente atractivo… en todos los sentidos. Maryam no sabe apreciar ese tipo de cosas. Sólo se casó con ese vulgar americano por su dinero. Cree que está enamorada. -El tono era de profundo disgusto.

- ¿Tú nunca lo has estado? -preguntó Nefret. Se estaba limitando a seguir una de las reglas básicas de la familia: hacer que la otra persona siga hablando y esperar a que cometa un desliz o a que se distraiga por un momento. ¡Nunca se sabe lo que puede resultar! Pero no se trataba sólo de eso, había algo terriblemente fascinante en aquella conversación. Nunca había conocido a una mujer como aquélla. «Pero claro -se dijo-, no llegué a conocer a Bertha.»

- ¿Enamorada? -Su bonita boca se retorció en una mueca-. Lo deseaba, sin embargo, y habría sido mío si no hubiera escapado. Pero aún no me he dado por vencida. Generalmente consigo todo lo que quiero y confío en que él esté dispuesto a hacer lo que sea con tal de que no te haga daño.

- Todo no -dijo Nefret-. Y cometerás una locura permitiendo que se acerque mucho a ti estando como estará tan furioso.

- Qué inocente eres -murmuró Justin-. Hay modos… y yo conozco la mayoría de ellos.

Estaba azuzando a su prisionera… con demasiado éxito. Nefret tragó el malestar que le subía por la garganta.

- ¿Qué vas a hacer con nosotros? -preguntó.

- Nada por el momento -fue la distraída respuesta-. Podríais sernos útiles.

- ¿Para qué?

- Espera y verás. -Riéndose, Justin se sentó y entrelazó las manos-. ¿No te gustaría refrescarte un poco antes de cenar?

El camarote al que la condujo François era mucho mejor que el otro. Las contraventanas estaban cerradas y atrancadas desde fuera pero las aberturas que había entre las láminas permitían que entrara el aire. Había una cama, un lavabo e incluso una lámpara colgando de una abrazadera junto al mismo. Una celda improvisada, aquella, menos terrible que la otra pero, aun así, no habían dejado nada en ella que pudiera servir como arma o herramienta. La cama y el lavabo estaban sujetos al suelo con tornillos; hasta se habían llevado la robusta barra de madera que permitía cerrar las

contraventanas desde el interior.

Nefret deambuló por la habitación, fisgoneando en el armario que había sobre el lavabo y bajo la cama. La jarra de agua no consistía en un pesado recipiente de cerámica sino que era una delicada pieza de porcelana, decorada con pensamientos. Formaba parte del servicio habitual. El resto de los recipientes eran igualmente refinados; golpeando a alguien con uno de ellos en la cabeza lo máximo que se podía conseguir era irritarlo. En la jabonera había una pastilla de jabón perfumado. Aparentemente, aquella diabólica mujer quería que se aseara antes de… ¿cenar? Le habían dejado también una toalla y un paño para lavarse.

¿Por qué no? Al menos podría refrescarse la cara y las manos. El agua tibia le pareció maravillosa al mojar con ella sus mejillas ardientes.

Quitarse la ropa y poder lavar con una esponja el sudor que llevaba pegado a la piel habría sido aún más maravilloso pero no había modo de cerrar la puerta desde dentro. Se contentaría quitándose la sucia camisa y lavándose la parte superior de los brazos y la garganta. La camisa, tan fresca y blanca cuando se la puso aquella mañana, estaba ahora tan mugrienta como el resto de su ropa. El fino algodón se adhería a su pecho y a sus costillas. En un momento de debilidad puramente ilógica y, a la vez, totalmente femenina, comparó su cuerpo con la grácil figura que había visto yacer en el diván y se quitó de golpe la camisa. ¿Qué edad tendría aquella condenada mujer? Unos diez años menos que ella. Maryam era incluso más joven. Ninguna de ellas había dado a luz dos hijos.

Y tampoco ninguna de ellas tenía a Ramsés, recordó. Empezó a quitarse las horquillas de su enmarañado pelo, recordando el modo en que las manos de su marido le solían acariciar la espalda. Se había comportado como una idiota al permitir que los celos le nublaran la mente y le afilaran la lengua. Ramsés no descansaría hasta encontrarla y su formidable suegra debía de estar buscando ya a Emerson como una furia. Pensó en él, ahogándose de calor en su anterior celda, esposado y herido, y apretó los dientes. «Le pediré que me deje verlo -pensó-. Le suplicaré. De rodillas, si eso es lo que quiere esa bruja.»

Buscó en vano un peine. No estaban dispuestos a correr ningún riesgo. Los dientes afilados, aun no siendo metálicos, pueden hacer

daño al arañar la cara. Resignada, se pasó los dedos por sus largos rizos, alisándolos lo mejor que pudo. De pie, se puso de nuevo la camisa. Cuando la puerta se abrió ella se había escondido ya tras ella, con la jarra en alto. ¡Se debe dar lo mejor de sí, sin importar cuáles sean las probabilidades! Empujaron con fuerza la puerta, aplastándola violentamente contra la pared. La jarra se le cayó de las manos y se estrelló contra el suelo. Una mano la asió, aforrándola por la muñeca y la sacó de su escondite.

- Has estropeado el servicio -dijo el doctor, estudiando los fragmento de loza rosa y azul. Sus dedos se hundieron en su carne como unas pinzas.

Agarrándola de aquel modo tan doloroso, la condujo por el pasillo hasta llegar al salón. Habían colocado una mesa en el centro, cubierta con un mantel de damasco blanco, una vajilla y una cristalería. Había flores en el centro. La mesa estaba puesta para cuatro personas pero sólo dos de las sillas estaban ocupadas. Nefret se detuvo, acariciándose la dolorida muñeca. Los hombres apostados tras las sillas no tenían el aire de ser camareros. François era uno de ellos.

Entonces se dio cuenta de qué era lo que no cuadraba en aquella habitación. Era tan artificial e irreal como un escenario, una recreación de aburrida respetabilidad. Su artificialidad venía enfatizada por la extraña concurrencia: los musculosos ayudantes de mirada fija y la mujer que ella sólo conocía como Justin.

El nombre resultaba ahora particularmente inapropiado ya que iba ataviada con la túnica de Hator, adornada con una peluca negra y unos cuernos de vaca. Maryam estaba sentada a su derecha. Tenía la mirada clavada en el plato. Uno de los vestidos sueltos de acompañante la hacía parecer tan andrajosa como se sentía Nefret, pero el pectoral robado brillaba en su pecho; lapislázuli azul oscuro rodeado por las curvas doradas de dos serpientes.

- ¿Dónde están las pulseras? -preguntó Nefret con firmeza.

- Caramba, que admirable sangre fría-musitó Justin-. Enséñaselas, Maryam.

La muchacha elevó las manos sin alzar por ello la vista. La pulseras adornaban sus muñecas.

- Siéntate ahí -le ordenó Justin-. A mi izquierda. Eso es todo, Khattab.

- ¿El bueno del doctor no cena con nosotros? -preguntó Nefret, acomodándose en la silla que le ofrecía uno de los camareros.

- No es un doctor, es un barato practicante de abortos que trabajaba para mí en El Cairo -explicó Justin con menosprecio-. Alguien socialmente inferior.

Khattab se enderezó sobresaltado y abandonó la habitación sin replicar y dando un portazo.

- No es que tú resultes una compañía muy adecuada para una cena -prosiguió Justin, mientras examinaba con ojo crítico a Nefret-. ¿Es eso todo lo que has conseguido hacer?

- Dadas las circunstancias, sí. -A Nefret le importaban muy poco las burlas de la mujer-. Si encuentras mi presencia tan ofensiva, ¿por qué estoy aquí?

- Por dos razones. La primera es que no hemos acabado aún con nuestra pequeña charla. Me divertí mucho estudiando tus reacciones. Se puede leer en tu cara, no la sabes controlar. Y, además, todavía hay muchas cosas que desconoces.

- ¿Y la otra razón? -No volvió la cabeza para mirar por la ventana. Habían corrido las cortinas pero podía oír ruidos de actividad fuera, en cubierta.

- Para que podamos celebrarlo juntos -dijo Justin. Quitándose la pesada peluca, se la arrojó a François-. Mañana, o pasado, como muy tarde, completaremos nuestra misión. Nos ha costado un año llevarla a cabo pero ha valido la pena esperar.

Nefret apenas podía pensar en otra cosa que no fuera la familia… sus hijos, Ramsés, su suegra… todos los demás, amigos y parientes… todos atrapados en la misma red en la que también habían caído prisioneros Emerson y ella. Se dijo a sí misma que era imposible que los golpearan a todos al mismo tiempo. A algunos de ellos, entonces. Pero ¿a quiénes? Y ¿cómo?

Involuntariamente, miró hacia la ventana. Por lo visto algún objeto pesado debía de haber caído al suelo, golpeando con un ruido sordo en cubierta; alguien soltó una maldición en árabe seguida de una imprecación siseada ordenando silencio.

Justin rió regocijado y aplaudió.

- Como un libro abierto, tu cara. ¿Por qué no preguntas directamente qué es lo que están haciendo? No me importa decírtelo.

- ¿Qué hacen? -preguntó entonces Nefret.

- Mañana por la mañana el Isis será un barco totalmente diferente: recién pintado, un nuevo nombre, las estrellas y las rayas ondeando valerosamente en popa.

Nefret asintió con la cabeza.

- Hábil, pero no lo bastante. ¿Dónde estamos?

- Tampoco me importa decirte eso. Hemos atracado cerca de una isla al sur de Qena.

A apenas unas horas de Luxor, río abajo. Así pues, Ramsés estaba sólo a unas horas. Trató de imaginarse lo que él -y los otros- estarían haciendo en ese momento, cuánto les habría costado descubrir lo que le había pasado a ella… y a Emerson. Entonces recordó la afirmación complacida de su suegra: «Considero esta posibilidad altamente improbable» y sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Si habían sido retenidos en aquel pueblo, a la fuerza o por un accidente, Ramsés podía no haberse enterado aún de que ella había desaparecido.

- Estás pensando en él, ¿verdad? -la arrulló Justin-.Yo te lo puedo decir. Que yo sepa, no está en peligro, querida, y estoy segura de que se precipitará en tu búsqueda. Pero no abrigues falsas esperanzas. Tienen que seguirnos por agua y no podrán atar cabos antes de que se haga de noche. Les llevamos bastante delantera y tendrían que ser realmente inteligentes para cogernos antes de que hayamos alcanzado nuestro objetivo. Incluso en el caso de que lo hagan, no se atreverán a intervenir mientras tengamos a dos rehenes en nuestro poder. Por si fuera poco, vosotros sois, además, rehenes el uno del otro. Si te comportas mal, el castigo recaerá sobre él.

- ¿Está herido? -preguntó Nefret-. ¿Puedo verlo?

Los labios de Justin se curvaron en una sonrisa que no dejaba ver sus dientes, tan enigmática como la de una estatua arcaica.

- Di, «por favor».

- Por favor.

- Puede que más tarde. No está gravemente herido pero no creo que se encuentre muy cómodo que digamos.

Maryam no había movido un solo músculo, ni tampoco había pronunciado una palabra; el movimiento fue casi imperceptible, apenas una sacudida de sus delgados hombros.

- Entonces supongo que no se reunirá con nosotros -dijo Nefret. Ella también se había encogido de miedo al percibir la satisfacción maligna que había en la voz de Justin pero trató de mantener el tipo como habría hecho Emerson-. ¿Quién es el cuarto invitado? ¿Alguien que conozco?

- Sí y no -dijo Justin-. Me pregunto por qué estará tardando tanto. Supongo que querrá hacer una aparición espectacular. François, ve y dile… ¡ah!… ¡finalmente!

La mujer que entraba en aquel momento era alta y delgada. Su cara llena de arrugas y su pelo canoso eran muestra evidente del inclemente pasar del tiempo, aunque aún caminaba con paso firme y mantenía erguida la espalda. Había abandonado la ropa de luto y los velos; su vestido negro era de una severidad pragmática, sin concesión alguna a la vanidad, sin volantes o lazos.

Justin empujó su silla hacia atrás y se levantó, seguida con mayor lentitud por Maryam. A Nefret le habían enseñado que había que ponerse de pie cuando una persona mayor entraba en una habitación. No obstante, permaneció sentada.

- Una organización criminal de mujeres -dijo-. Al menos usted no es otra de las hijas de Bertha.

La anciana, cuyo nombre no era, desde luego, Fitzroyce, acarició con la mano los brillantes rizos de Justin. Luego, esa misma mano dio una fuerte bofetada a Nefret en la cara, el tipo de bofetada que una institutriz daría a uno de los niños a su cargo.

- Veo que tu belleza supera a tus modales. Hay que ponerse de pie delante de las personas de más edad.

Encogiéndose de hombros, Nefret obedeció. La anciana se dirigió entonces a la cabecera de la mesa y se sentó.

- Gracias por esperarme, querida -dijo a Justin-. François, ya puedes abrir el champán.

- ¿Por qué ha tardado usted tanto? -preguntó Justin.

La botella se abrió con un ruido seco y la espuma salió burbujeante de la botella.

- Estúpido zoquete -le dijo bruscamente la anciana-. Sírvelo sin derramar más. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, fui a hacer una visita al profesor. Lo dejé de mala gana.

- ¿Está bien? -preguntó Nefret mientras le llenaban la copa de champán.

- No, no lo está. Tiene un carácter endemoniado, es fuerte como un roble y no quiero arriesgarme a que se escape. Pero ahora, brindemos por nuestro éxito. -Levantó su copa.

- No creo que pretenda que yo beba por eso -dijo Nefret.

Se esperaba una reprimenda, u otra bofetada, pero la anciana se limitó a sonreír. Su colección de arrugas recordaba al plano de El Cairo, con su red de callejuelas sinuosas. «El resultado -pensó Nefret-, de la pérdida de peso en una mujer que antes debía de haber sido robusta y fuerte.» No es que ahora fuera débil. Su mano era huesuda y fibrosa.

- Podría pedirle a François que te tapara la nariz y te lo metiera por la boca -dijo su anfitriona-. Pero eso arruinaría el efecto. Maryam… Justin…

Ceremoniosamente, todas levantaron su copa y bebieron.

El primer plato consistía en una especie de sopa. Estaba tibia y llena de cebolla. «Hasta el cocinero debe formar parte de la banda», pensó Nefret. El vino era, en cambio, excelente, un pálido vino del Rin, y Nefret se concedió un sorbo. Fuera, los ruidos de actividad habían cesado.

- ¿Qué es eso por lo que me he negado a brindar? -preguntó-. ¿Quién es usted? ¿La vengadora de Bertha?

- ¿Crees acaso que me tomaría todas estas molestias por una simple venganza? -La anciana se inclinó hacia delante, apoyando sus macilentas manos sobre la mesa-. El sentimentalismo es una debilidad propia de los más jóvenes. No me importó que Justin amañara sus pequeños accidentes sin importancia y sus apariciones. Sólo consiguió matar a uno de los asesinos de Bertha pero causó graves molestias a los otros y ella, de todos modos, disfrutó con el miedo y la confusión que provocó. En lo que a mí respecta, yo hace ya mucho tiempo que dejé de preocuparme por ese tipo de cosas.

- Si es dinero lo que quiere… -insinuó Nefret.

- Eso es, precisamente, lo que quiero y lo que tengo intención de conseguir. Ésta ha sido una operación muy cara-prosiguió la anciana, con un pragmatismo en la voz propio de un banquero-. Nos hemos gastado en ella todos mis ahorros y todo el dinero que Maryam heredó del chocho de su marido pero creo que no tardaremos en comprobar que la inversión ha valido la pena.

Los camareros retiraron los platos de sopa y los reemplazaron

con otros en los que habían servido un pescado sin rastro de sangre en los ojos y tan seco como una momia. Nefret se alegró de haber hecho esfuerzos por acabar su sopa. No se creía capaz de afrontar aquel cadáver de pez y era absolutamente imprescindible que mantuviese su presencia de ánimo.

- Tal vez podamos llegar a un acuerdo -dijo en el mismo tono impasible de la anciana-. Yo puedo igualar…

- Es posible que puedas, aunque lo dudo. -Mrs. Fitzroyce contempló el pescado-. Asqueroso. Lleváoslo. No es sólo dinero lo que quiero. Lo cierto es que no soy tan impermeable a la emoción como había pensado. Tres de vosotros fuisteis los principales responsables de la muerte de una mujer que yo quería como a una hermana y admiraba como a un líder. No me refiero con ello al pobre idiota que hizo el disparo sino a los que la atormentaron y la frustraron antes. La satisfacción que experimenté al tener a uno de ellos finalmente en mi poder, desamparado y sufriendo como ella había sufrido, me sorprendió a mí misma. Echarles el guante a los demás me causaría un placer aún mayor.

Una mano callosa y morena hizo caer de sopetón un plato con carne delante de Nefret. La sangre formaba un repugnante charco alrededor del filete.

- Así que es usted una de las ayudantes de Bertha -dijo Nefret lentamente-. Uno de los miembros de su famosa organización de mujeres. Usted ocupó su puesto después de su muerte. Debe de ser… No consigo recordar su nombre.

- Era un nom de guerre. Nunca nos llegamos a conocer pero puede que recuerdes a la enfermera que asistía a una señora embarazada. Embarazada de ésta -añadió, frunciendo el ceño a Maryam. Sus cejas se retorcieron como dos orugas blancas y ciegas-. Ponte tiesa, muchacha. ¿Por qué reniegas? ¿El fracaso de tus fantasías románticas? Espero que no tengas segundas intenciones.

- No fue una fantasía -le replicó Maryam con hosquedad-. Podía haber funcionado. -Sus ojos castaños iban pasando de la anciana a Nefret y viceversa.

- Tonterías. Como sea, ya es demasiado tarde.

- Matilda -resopló Nefret-. Así se llamaba. Nuestra madre nos habló de usted. Nuestra madre y…

- El hombre que abandonó a mi niña por ella. El amante de ella.

- No eran amantes -replicó Nefret indignada.

La anciana soltó una carcajada.

- ¿No? Entonces ella es aún más idiota. A mí también me gustaba un poco pero él no me prestó la más mínima atención. Me pregunto… ¿Estaría dispuesto a cambiarse por ti, mi pequeña Maryam? Así tú podrías quedarte con tu precioso Ramsés, siempre y cuando seas lo bastante mujer como para conquistarlo.

Maryam apretó los dientes.

- El no querrá. A estas alturas deben de saber ya que soy tan culpable como usted.

- Podemos pensar en algo -dijo Justin entusiasta-. Me gustaría conocerlo mejor. Mucho mejor.

- Controlaos -les dijo Matilda con severidad-. No tengo nada en contra de la venganza, a condición de que no interfiera en nuestro objetivo principal.

A Nefret no le hizo falta preguntar de qué se trataba. Emerson tenía razón. Había sólo un medio de recuperar su «inversión»: robar el tesoro de las princesas.

- ¿Cómo piensa capturar el barco de vapor? -le preguntó como quien no quiere la cosa.

Matilda le dedicó una sonrisa.

- Inteligente, la muchacha. Ya que lo eres, imagínatelo tú misma. Eso mantendrá ocupada tu cabeza mientras permaneces con nosotros.

Antes de que amaneciera, estábamos ya a bordo. No creo que ninguno de nosotros durmiera aquella noche, a pesar de mis recomendaciones. Sabía que Ramsés, al menos, no lo había hecho. Las oscuras ojeras que había alrededor de sus ojos parecían manchas de carbón. Mientras esperábamos, muy a nuestro pesar, a que hubiera bastante luz para poder ver algo, permanecí de pie junto a la barandilla contemplando el perfil de las montañas occidentales, atenta también a los preparativos para evitar que nada se nos pasara por alto. Los mensajeros habían partido ya camino de los pueblos que había dispersos a orillas del río; habíamos organizado un sistema de señales para que nos pudieran comunicar cualquier noticia. Nuestra tripulación constaba de veinte personas, todas ellas sedientas de sangre; hubiera sido mejor poder contar con cincuenta, pero a bordo no había sitio para tantos. Cyrus se había

traído su entero arsenal de pistolas y rifles.

Lo más difícil había sido convencer a algunos miembros de nuestra familia para que se quedaran en tierra. Mis órdenes fueron menos eficaces que la súplica de Ramsés.

- Si algo va mal, los niños no pueden quedarse sin todos sus padres y abuelos. Lía, tía Evelyn, prometedme que cuidaréis de ellos.

Al llegar a este punto, Gargery estalló en lágrimas.

- Tú también, Gargery -añadió Ramsés resignado.

- Les dedicaré mi vida, señor, mi vida -sollozó Gargery-. Pero usted, señor, no debería hablar de un modo tan desalentador. Usted regresará.

- No sin ella -dijo Ramsés antes de alejarse.

A pesar de que quería a Nefret como si fuera una hija, en aquellos oscuros momentos previos al amanecer, era en Emerson en quien tenía puestos mis pensamientos. Si conocía bien a mi marido -y tengo que decir que así era- era imposible que lo hubieran apresado sin tener que recurrir a la fuerza. ¿Yacía entonces en aquel momento herido y doliente en una prisión improvisada y terriblemente incómoda? O lo habían llegado a… No. Mejor no pensar en ello.

Nuestra tropa estaba compuesta por Cyrus y Bertie -ambos buenos tiradores-, Ramsés -mejor aún que ellos desde que había superado su aversión a las armas de fuego-, David, Selim, Daoud, veinte hombres leales y una servidora, por supuesto. Yo iba armada hasta los dientes con una pistola, un cuchillo, mi cinturón de herramientas y la sombrilla provista de una espada que Evelyn me había devuelto. Estaba furiosa y esperaba tener la ocasión de usar el último de aquellos objetos. Sólo un combate cuerpo a cuerpo podía aplacar mi más que justificada cólera.

Ramsés se acercó a la barandilla.

- Le rechinan a usted los dientes -observó.

- Estoy furiosa -le expliqué-. Voy a decirle a Selim que estamos listos para zarpar.

- No tiene que decirle nada a Selim. -La brisa se hizo más fresca, apartando el mechón de pelo que le caía sobre la frente; nos estábamos moviendo, deslizándonos suavemente mientras nos alejábamos de la orilla-. Lo único que me gustaría es poder contar

con un timonel. Bertie y David saben un poco, igual que yo, pero ya puede ir rezando para que no encallemos.

El sol se asomaba por las montañas del este, rojo sanguíneo, acorde con mi estado de ánimo. Los templos de Luxor se vieron gradualmente envueltos en la niebla matutina.

Si mi lectora (o mi lector, por qué no) tiene un mapa ante sus ojos verá que el Nilo no fluye recto en dirección al norte sino que se curva ligeramente hacia el noreste. A algo más de cien kilómetros gira de nuevo hacia el oeste describiendo una pronunciada curva. Lo que el lector no podrá ver, sin embargo, son los innumerables recodos, curvas y bahías o incluso las islas o bancos de arena que interrumpen el suave fluir del río en su camino. Lo que parece pequeño en el mapa ocupa cientos de kilómetros en la realidad. El barco que buscábamos podía estar oculto en cualquier parte… o podía también encontrarse muy lejos de nosotros, navegando a toda velocidad en dirección desconocida.

El viento tiró con fuerza de mis vestidos. El Amelia era capaz de alcanzar una considerable velocidad, sobre todo río abajo. ¡Qué satisfactorio hubiera sido poder competir con ellos mientras los perseguíamos, equiparando la rapidez de nuestros progresos con nuestra furiosa ansiedad! Pero éste era un lujo que no nos podíamos permitir. Teníamos que estar al tanto de las señales que nos pudieran mandar nuestros exploradores desde la orilla, así como de la dahabiyya que íbamos buscando.

Pasado un rato, Sethos se acercó a mí.

- Nasir ha hecho café. ¿Te traigo una taza?

- Sí. No. Nasir no debería haber venido. No sabe luchar, es sólo un camarero y no de los mejores, que digamos.

- Fátima lo envió. Cargado con comida suficiente para alimentar a un regimiento durante una semana.

- Cada uno ayuda como puede -murmuré agradecida.

- Es cierto. Vamos, Amelia, aferrar angustiada la barandilla no te servirá de nada. Vuelvo enseguida.

Regresó acompañado de Nasir, quien trataba de mantener en equilibrio una bandeja. Tras rescatar una copa antes de que se deslizara y cayera al suelo, le di las gracias, observando alarmada que el muchacho se había atado a la estrecha cintura un cuchillo del tamaño de mi antebrazo.

- Oh, querido -le dije a Sethos, cuando Nasir nos dejó solos-. Tenemos que evitar que pelee.

- Reconócelo, Amelia. -Sethos se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en la barandilla-. Si fuera necesario, serías capaz de sacrificar a Nasir o a quien fuese con tal de salvar a Emerson.

- Sí -reconocí.

Ninguno de los dos miraba al otro. Nuestros ojos estaban clavados en la orilla.

Cobijada entre palmeras, en medio del verde de los cultivos, pudimos ver una aldea de casas encaladas. El minarete de una mezquita sobresalía entre los tejados. Dos mujeres ataviadas con túnicas negras descendieron por la orilla hasta llegar al río con unas jarras sobre sus cabezas.

- ¿Por qué aminoramos la marcha? -pregunté.

- Estamos buscando la primera señal -me respondió Sethos-. Esa aldea insignificante es Tukh. El cauce se acerca aquí a la orilla oeste y, cuando ven aproximarse un barco, todos los comerciantes locales se apresuran a coger sus barcas con la esperanza de vender alguna pieza de chatarra a los turistas.

Todos nos agrupamos entonces en el lado izquierdo del barco (cuyo nombre correcto es estribor… o, tal vez, babor). Un búfalo del agua se revolcaba en el bajío y, por encima de él, en la orilla, un grupo de personas hacía cabriolas agitando una bandera. Su color era de un verde intenso.

- La han visto -grité-. Ha pasado por aquí. Pero ¿cuándo?

- El verde significa ayer -dijo Sethos imperturbable.

- Eso no nos sirve de mucho -musité, agitando a mi vez la fuente del pan que Nasir me había puesto de un empujón bajo la nariz, en señal de respuesta.

- Estamos a dos horas de Luxor -dijo Sethos-. Eso significa que tuvo que pasar por aquí por la tarde. Ahora sabemos que vamos en la buena dirección. Siempre podía haber cambiado de rumbo, río arriba.

- Pero, aun en el caso de que se detuvieran durante la noche, nos llevan una ventaja de al menos seis horas.

- Tienen que haberse parado -dijo Sethos con impaciencia-. No seas tan pesimista, Amelia, no es propio de ti. Ningún capitán se atrevería a navegar por el río de noche.

- En ese caso, anoche tuvo que amarrar en algún sitio pero… ¿dónde?

- En algún lugar no lejos de Qena -contestó Ramsés-. A unas tres horas de aquí, si mantenemos la velocidad. Es mejor no arriesgarse a ir más deprisa, ninguno de nosotros conoce el río lo suficiente. Coma algo, madre.

Cogí un trozo de pan ya que, de otro modo, Nasir no me habría dejado en paz, y volví a mi sitio al otro lado del barco.

La luz del sol hacía resplandecer el agua. Una vez en medio del cauce, habíamos aumentado la velocidad. No podía apartar la mirada del paisaje que iba pasando ante mis ojos, hasta deseé tener otro par para poder ver lo que sucedía a mis espaldas. Habíamos apostado hombres en proa, popa y a ambos lados del barco, atentos como yo a lo que ocurría en tierra, pero no me bastaba; sentía que sólo podía confiar en mis ojos. El agua del río, tan clara y resplandeciente a una cierta distancia, era en realidad una masa de barro marrón tan llena de basura como una de las callejuelas de El Cairo. El río serpentea constantemente, corroyendo una orilla u otra; pasamos por delante de lo que en el pasado debía de haber sido un floreciente palmeral y en el que ahora, en cambio, algunas de las palmeras se mantenían en equilibrio sujetas al suelo por una mínima parte de sus raíces mientras que el resto se había caído por completo, dejando que el río arrastrara sus hojas. Frondas resecas de palmeras y ramas muertas pasaban de largo flotando, con algún que otro animal muerto de vez en cuando para mantener el suspense. Ni que decir tiene, mi querido lector, que mis ojos seguían cada uno de aquellos objetos con morboso terror y cada vez me quedaba sin aliento hasta haberlos identificado.

El río ya no estaba tan transitado como durante mis primeros años en Egipto, cuando era el único medio para viajar y transportar cosas. El tren era más barato y también más rápido, excepto para las distancias cortas. En el Egipto central, era posible ver todavía barcazas que transportaban azúcar de caña a las fábricas pero, pasado Asiut, sólo algunas barcas locales y los barcos de vapor de los turistas frecuentaban el río. Nos cruzamos con uno de estos últimos, de bandera británica, y reconocí al Amasis, uno de los barcos de Cook. Pasamos tan cerca de él que pude vislumbrar las caras pálidas de los turistas que, de pie junto a la barandilla, no nos

quitaban ojo… demasiado cerca, aparentemente, para el gusto de su capitán, ya que, al hacerlo, nos agitó el puño y nos dedicó algunos insultos.

Ramsés se colocó junto a mí. Había perdido su sombrero y el viento le tiraba el pelo sobre la cara.

- He dejado a David al timón -dijo-. Espero que lo sepa hacer mejor que yo.

- Vamos demasiado deprisa. Acabamos de pasar ante una isla bastante grande. ¿No tendríamos que haber investigado por el otro lado?

Ramsés se volvió para mirarme; uno de sus brazos estaba apoyado sobre la barandilla pero sus ojos, como los míos, no dejaban de escrutar la orilla.

- No podemos rodear todas las islas y todos los bancos de arena, hay demasiados. No sabemos llevar bien el timón así que es probable que acabáramos por encallar, y eso nos retrasaría aún más.

- ¿Para qué sirve entonces esta persecución? -pregunté.

- ¿Podría haberse quedado en Luxor sabiendo que a cada minuto, a cada hora, ellos se iban alejando más y más de nosotros?

Me sonrojé avergonzada. El y yo éramos los más afectados por todo aquel asunto pero Ramsés lo estaba llevando mejor que yo… al menos en apariencia. No me dejé engañar por su semblante impasible y por la firmeza de su voz.

- No mucho más que tú.

Su expresión no se alteró.

- En esta parte del río hay poco tráfico de modo que es posible, e incluso fácil, que alguien haya visto un barco tan llamativo como el Isis. Estoy rezando porque haya encallado, aunque lo más fácil es que lo hagamos nosotros. Madre, se va a quedar exhausta aquí fuera. Venga al salón a comer algo. Nasir no deja de cocinar, no consigo detenerlo.

- Esperaré hasta llegar a Qena. ¿Cómo está Selim?

- Tampoco lo puedo detener a él -admitió Ramsés-. No abandona ni por un momento el motor. Parece encontrarse bien.

Pasó otra hora. Conté todos sus minutos, deseando que las manecillas de mi reloj se movieran más deprisa. En Qena podía haber nuevas noticias. Un tronco podrido pasó flotando por delante del barco: su forma y tamaño eran, exactamente, los de un cuerpo

humano.

Cyrus fue el siguiente en acudir a mi lado.

- Ven a comer, Amelia -dijo, cubriendo mi mano, aferrada fuertemente a la barandilla, con la suya-. Tenemos a doce personas haciendo guardia, aquí no puedes hacer nada.

- Enseguida voy. Nos estamos acercando a Qena, supongo. Eso es Bailas, en la orilla oeste.

Qena es una próspera ciudad situada en medio de campos bien cultivados y conocida por la calidad de su arcilla. De hecho, a lo largo de la orilla se alineaban filas y filas de recipientes de cerámica, ollas tripudas y esbeltas jarras de agua listas para ser transportadas. Más allá de las filas de recipientes se podía ver en lo alto una pancarta, sostenida con dos largos palos por dos hombres. Era blanca. El Isis no había sido avistado.

El resto de la tripulación se había agrupado a nuestro alrededor. Bertie soltó una moderada maldición y Daoud invocó a su dios.

- ¿Significa eso que el barco no llegó hasta aquí? -preguntó.

- No necesariamente -dijo Ramsés. Se asomó a la barandilla, bizqueando a causa de la fuerte luz. El tráfico del río era allí más intenso, los barcos se acercaban para cargar recipientes y volvían a partir con ellos a bordo; un barco de vapor aminoraba para amarrar delante, donde los turistas pudieran desembarcar para visitar el templo de Denderah. Las fahicas se deslizaban como grandes mariposas blancas por entre los barcos más altos. Uno de ellos parecía dirigirse directamente hacia nosotros.

Ramsés dejó escapar un grito.

- ¡Alto! ¡Decidle a Selim que pare el motor!

El barco se dirigía, en efecto, directamente hacia nosotros. Erguido, aferrando con una mano el mástil y agitando frenéticamente la otra, había un hombre cuya fisonomía y cuerpo robusto me resultaban extrañamente familiares. Su cara barbada se partió en una sonrisa cuando vio que el Amelia aminoraba la marcha. La pequeña embarcación se puso a nuestro lado. Aferrando una de las manos que le tendíamos, trepó ágilmente a bordo.

- Rais Hassan-grité-.¿Cómo…?

- El rumor se ha expandido río abajo como la pólvora. Les esperábamos. ¿Qué le han hecho a mi barco?

- Por el momento nada pero nos hemos visto envueltos en

algunas situaciones comprometidas últimamente -dijo Ramsés, con la primera auténtica sonrisa que había visto en su cara durante horas-. Marhaba, rais Hassan… mil veces bienvenido. Algo me decía que te veríamos por aquí.

- Nada en cambio, me lo hizo suponer a mí -admití-. Y, en cambio, debería de habérmelo imaginado. Gracias, amigo, eres un digno hijo de tu padre.

Hassan restó importancia a mis palabras de agradecimiento.

- Ahora no es el momento de hablar. ¿Cuál es el plan? ¿Adonde quieren ir? ¿Y, además -su voz se cascó-, quién pilota mi barco?

Manuscrito H:

Nefret había pedido más aceite para su lámpara. No se lo habían llevado. Se habían negado también a dejarle ver a Emerson pero ella sabía dónde se encontraba: en la habitación contigua a la suya. Mientras la conducían por el pasillo había elevado la voz, pronunciando una retahíla de palabrotas que había obtenido una respuesta inmediata e igualmente profana. El doctor añadió algunas maldiciones de su propia cosecha y la introdujo con un empellón en su habitación.

Al menos ahora sabía que seguía vivo y consciente y ella había podido también tranquilizarlo sobre su propio estado. La luz de la lámpara se iba haciendo cada vez más tenue. No tardaría en apagarse. Examinó la pared que dividía ambas habitaciones, milímetro a milímetro, y casi se echó a reír al oír cómo rascaban fuertemente al otro lado, en la base del tabique. Extendida boca abajo sobre el suelo, recuperó uno de los clavos que llevaba escondidos en el zapato.

Al causar el primer ruido, dejaron de rascar al otro lado. Sonaron tres golpes suaves. Ella respondió, golpeando a su vez tres veces, preguntándose qué sistema de comunicación estaría tratando de utilizar. Recorrer el alfabeto a base de golpecitos podía ser eterno.

Aparentemente, Emerson llegó a la misma conclusión, ya que se puso de nuevo a rascar. Apoyando la oreja contra la pared, Nefret localizó el punto de donde provenía el sonido y se puso a cavar en el mismo con el clavo. La madera del tabique era delgada pero ninguno de ellos tenía lo que se dice una herramienta adecuada; tuvo la sensación -y, probablemente, así fue- de que habían pasado

horas antes de que una punta afilada le pinchase en la mano. Retirándola, oyó el chasquido que producían las astillas mientras Emerson trataba de agrandar el agujero. Al oír su voz, se tumbó de nuevo y apoyó la oreja contra la minúscula abertura.

- Nefret, querida, ¿me puedes oír?

- Sí, padre. ¿Está usted herido?

- Estoy completamente en forma, querida. Escucha, no nos queda mucho tiempo. No tardará en hacerse de día. Antes me tuvieron encerrado en esa habitación que ocupas ahora tú. Creo que podrás abrir la barra que cierra las contraventanas desde fuera.

- No tengo nada que me pueda servir como palanca. Traté de robar un cuchillo durante la cena pero…

- Escucha, te digo. Cerca del lavabo verás que hay una abrazadera para colocar la lámpara. Conseguí aflojarla un poco. Si sigues doblándola ligeramente de un lado a otro no debería tardar en soltarse. Hazlo ahora.

- Sí, señor.

El aceite acabó de consumirse con una especie de parpadeo mientras tiraba de la banda metálica. Ésta se desprendió tan repentinamente de la pared que la hizo tambalearse. Tuvo que volver a buscar el agujero a tientas.

- Lo tengo -le informó Nefret-. Tan pronto como salga de aquí iré hasta su ventana y…

- Tan pronto como salgas de allí te tirarás al agua desde cubierta. No sé lo lejos que podemos estar de tierra. ¿Estás dispuesta a arriesgarte?

- El riesgo no me importa. No pienso abandonarlo.

Estaban muy cerca. Sentía su aliento en la mejilla.

- No puedes sacarme de aquí. Y aunque pudieras, me resultaría muy difícil nadar con veinte kilos de chatarra a cuestas. ¿Estás llorando? ¡No llores, maldita sea! ¿Te has enterado de cuáles son sus planes?

- Sí. Esa horrible vieja me los contó durante la cena. Pero no puedo… -Sabía, sin embargo, que tenía razón.

No podía liberarlo, y no es que ella fuera precisamente muy buena como compañera de cautiverio.

- También me lo contó a mí. O casi -dijo Emerson satisfecho-, ya que en realidad se limitó a confirmar mis deducciones. Si no fuera

porque ya estaba en el suelo, podría haberme desplomado cuando me dijo quién era. Lo que demuestra que uno no debe dejar nunca sueltos a los viejos enemigos. Vamos, ahora. Esto…

- A bientot, padre.

- Eh… sí, querida.

Tenía miedo de hablar de nuevo ya que sabía que su voz la traicionaría. Se guió por la luz que entraba por las rendijas de las contraventanas. Necesitó de toda su fuerza para introducir el romo extremo de la abrazadera en la abertura que había entre la contraventana y el marco de la ventana y, por un momento, dudó que pudiera ejercer la presión necesaria para levantar la barra. Concentró todas sus fuerzas y su corazón se detuvo al oír cómo se movía, ya liberada, golpeando la contraventana con un ruido que le pareció tan fuerte como el disparo de una pistola. Emerson lo oyó y empezó entonces a dar alaridos y a golpear la puerta, causando el mayor alboroto posible con el fin de ahogar el ruido que ella producía al trepar fuera de la ventana. En el estrecho tramo de cubierta que había frente a ella no se veía un alma.

Nefret se sintió como si otro ser hubiera tomado el control de su cuerpo, bloqueando todas las emociones que ella no se podía permitir en aquel momento. Con delicadeza y rapidez, volvió a cerrar las contraventanas y a colocar la barra en su sitio antes de trepar por la barandilla e introducirse en el agua.

La impresión que le produjo la inmersión le dejó sin aliento. Colgada de uno de los lados, trató de orientarse. La luna estaba en menguante y era poco más que una fina tajada de plata; las estrellas, sin embargo, tenían el brillo de los luceros egipcios. Detrás de ella, no muy lejos, un promontorio oscuro de escasa altura ocultaba un trozo de cielo. Una isla, no muy grande… pero sí lo suficiente para ocultar al Isis de una de las direcciones.

Las pisadas de unos pies desnudos retumbaban en cubierta, a escasos centímetros sobre su cabeza. El estallido de Emerson debía de haber alejado a algunos de ellos de sus puestos por un momento. Ahora, sin embargo, lo habían hecho callar ya.

Nefret inspiró profundamente y se dio impulso para alejarse del barco con un largo movimiento, suave y silencioso. Cuando se veía obligada a volver a la superficie para tomar aire, se volvía de espaldas y daba suavemente unas cuantas brazadas. Ahora podía

ver ya el perfil fantasmagórico de los despeñaderos del altiplano. En la distancia, su aspecto era terrible, ¿orilla oeste o este? Flotó, dejando que la corriente la transportara durante algunos metros río abajo. Los riscos eran los de la orilla oeste, entonces. Tal vez la orilla este estuviera más cerca. Algo blando y de olor nauseabundo se le vino encima. Nefret lo apartó, tratando de sobreponerse a la repugnancia que sentía. En el Nilo siempre había flotando animales muertos. Mejor no saber de qué se trataba. Tras volverse de nuevo para ponerse boca abajo, empezó a nadar en dirección a la isla.

Era apenas un banco de arena; ni siquiera tenía dos metros de largo y apenas varios de ancho pero los juncos habían echado allí sus raíces y las malas hierbas luchaban por subsistir. Nefret salió del agua y miró a su alrededor. La orilla este estaba, pues, a la misma distancia. Si había algún pueblo en cualquiera de las dos orillas, no se veían luces. Sus habitantes no podían permitirse malgastar aceite. Buscó en vano alguna señal familiar. Emerson habría sabido encontrarla -conocía el río palmo a palmo- pero a ella los riscos le parecían todos iguales. A su izquierda -en dirección norte, río abajo- distinguió lo que, aparentemente, eran algunas pequeñas islas más.

Una cosa era cierta. No podía quedarse allí. Apenas descubrieran su ausencia se pondrían a buscarla y los juncos no eran, lo que se dice, un buen escondite. Se sentó y se puso a luchar con los cordones de sus botas. Quitárselos le costó una uña rota. Sin perder tiempo, se despojó también de su camisa y de los pantalones mojados, hizo un fardo con ellos y se lo ató a la cintura con el cinturón. Algo estúpido, quizás, pero si era lo suficientemente afortunada como para alcanzar la orilla, la idea de presentarse ante un grupo de conservadores lugareños cubierta únicamente por algunas piezas reducidas y empapadas de ropa interior era algo que no le apetecía lo más mínimo.

El cielo palidecía sobre los despeñaderos de la orilla oriental. El alba estaba próxima. Vadeando por entre los juncos, se deslizó en el agua y empezó a nadar hacia la orilla este, río abajo, dejándose llevar por la corriente pero también en sentido perpendicular a la misma.

Sabía que todos arrojaban basura al Nilo sólo que una cosa era saberlo y otra muy distinta encontrarse en medio de aquel revoltijo, cara a cara con vegetación en estado de descomposición, ramas

muertas y otras cosas en las que prefería no pensar. Los objetos orgánicos que se hundían en un principio volvían a salir a flote cuando los gases originados por la putrefacción los hinchaban. Hacía años que había escuchado una conferencia de su suegra sobre aquel interesante tema; Emerson se había sentido absolutamente escandalizado…

El objeto se aproximó a ella por detrás, flotando río abajo. Le dio primero un fuerte golpe en el brazo que mantenía alzado y luego, al sumergirse de nuevo a causa de él, tragando con ello una buena cantidad de agua, otro en la espinilla. Luchó por volver a la superficie, jadeaba. Aquella cosa se encontraba ahora a su lado, girando al azar en un pequeño remolino: se trataba de parte de un tronco de palmera, con algunas ramas todavía sobre él. Mareada a causa del dolor y sin casi poder respirar ya, Nefret alcanzó un manojo y con las últimas fuerzas que le quedaban se acercó al tronco hasta poder pasar un brazo por encima de él. Era imposible seguir nadando, le dolía mucho el brazo derecho, tenía el estómago encogido y estaba exhausta. Completamente exhausta. Se colgó, dejando que aquella improvisada balsa la transportara con la corriente, recuperando fuerzas, gastando sólo la energía necesaria para mantener la cabeza por encima del agua. El cielo empezó a clarear. Le dolía todo: caderas, pierna, brazo izquierdo, brazo derecho, espalda.

De repente, una jarra la obligó a soltar su torpe asidero. Su cabeza se hundió de nuevo bajo el agua al mismo tiempo que sus pies chocaban contra una superficie sólida. Se puso de pie, tambaleándose sobre una pierna, y apartó la masa de pelo empapado que le caía sobre los ojos. El leño, que había sido a la vez su desastre y su salvación, había encallado contra un banco de barro. Pero no había alcanzado ninguna de las dos orillas… se encontraba, de nuevo, en una maldita isla.

Una ola lamió sus caderas. El tronco se sumergió, como en ademán de cortés despedida, y se alejó arrastrado por la corriente. Nefret se inclinó hacia delante y empezó a vomitar.

Una vez que se hubo deshecho de toda el agua que había tragado y de toda la comida que había ingerido, se dio cuenta de que estaba hambrienta. Tras realizar un breve y tambaleante examen de su situación, llegó a la conclusión de que la misma no le

ofrecía muchas esperanzas de poder remediar el hambre o la sed que sentía. Aquella isla era algo más grande que la anterior, apenas un poco más, y seguía estando en medio del río, no mucho más cerca de cualquiera de las dos orillas de lo que lo había estado antes, a pesar de que se había alejado algo río abajo. Sus únicos habitantes eran los pájaros: níveas garcetas y algunos martines pescadores. Asustó a un ganso que estaba anidando y que alzó el vuelo aleteando y graznando. A la luz siempre más intensa del día, Nefret consideró la presa. No, no tenía hambre hasta ese punto. Todavía no.

Sentándose, examinó su pierna. A pesar de que le dolía mucho, no estaba rota, tan sólo tenía una magulladura grande como su puño. Maldiciendo con una mueca de dolor, Nefret examinó el brazo herido y diagnosticó una contusión del bíceps. No iba a poder usar aquel brazo durante un tiempo. Pero no tardarían en aparecer barcos sobre el río. Debería de ser capaz de detener uno de ellos, asegurándose de antemano de que la dahabiyya en cuestión no tenía el tamaño del Isis.

No tardó mucho en descubrir que el cauce principal estaba demasiado lejos como para que se pudieran oír sus gritos. Se quedó ronca de tanto chillar. Entre los juncos verde grisáceo, su cuerpo era prácticamente invisible. No tenía nada que hacer ondear ni tampoco el modo de encender un mego.

Cuando el sol estaba ya alto en el cielo, vio pasar el Amelia. Agitó sus brazos y chilló hasta que lo perdió de vista, entonces se desplomó y ocultó la cara entre sus brazos.

Tras llegar a la conclusión dé que bien podía abandonar mi puesto por un rato, convoqué a los otros al salón. Nadie tenía hambre pero siempre he considerado que es necesario conservar las fuerzas cuando uno puede tener ante sí un extraordinario esfuerzo que realizar.

- ¿Te refieres a una pelea? -preguntó Cyrus-. Me encantaría tener una pero ¿alguno de vosotros ha pensado ya en lo que vamos a hacer si… cuando… les demos alcance?

- Hacerlos encallar -sugirió Selim. Había ordenado tajantemente que lo separaran del motor. Me permitió tomarle el pulso y tocarle la frente para comprobar si tenía fiebre pero eso fue todo, se negó a que le hiciera algo más, aunque, la verdad, he de reconocer que no

había mucho más que yo pudiera hacer. Tenía la ropa completamente cubierta de manchas negras de grasa, del turbante al dobladillo de su galabiyya, pero, aparte de eso, me pareció que estaba soportando el esfuerzo bastante bien.

Daoud cogió con la cuchara una porción de pollo y verdura con un poco de pan doblado y se lo introdujo de inmediato en la boca. Asintió con la cabeza.

- Veamos dónde estamos -dijo Sethos. Había acabado de comer y cogió de nuevo el mapa que Nasir había apartado a un lado al servir la comida-. El Isis fue avistado desde Tukh ayer por la tarde. El rais Hassan jura que el barco no pasó ayer por Qena. Si decidimos creer en su palabra, y supongo que todos estáis inclinados a hacerlo, sólo nos quedan dos posibilidades: o ha cambiado su nombre y aspecto, o en estos momentos se encuentra varado en algún punto entre aquí y Tukh.

- ¿Por qué? -El autor de la pregunta era Ramsés. De pie junto a la ventana, miraba a través de ella con las manos detrás de la espalda. Se dio la vuelta-. ¿Por qué se han detenido? ¿Qué es lo que pretenden? ¿Nos habrían hecho prisioneros a todos, uno a uno, si mi padre no les hubiera arruinado sus planes? ¿O no lo hizo? Maldita sea, mientras estamos aquí sentados examinando mapas y horarios, Cyrus es el único que hace preguntas sensatas. Supongamos que, efectivamente, les damos alcance. ¿Qué haremos entonces? ¿Disparar un cañón apuntando a su proa? Eso sería divertido si tuviéramos uno. ¿Abordarlos con un cuchillo entre los dientes?

Se interrumpió de golpe, respirando con dificultad. Me acerqué a él y deslicé mi brazo por el suyo.

- Ese me ha parecido siempre un procedimiento poco práctico -dije-. Para llevarlo a cabo, uno debe estar provisto de unos dientes extremadamente duros y de una mandíbula resistente y, aun así, cualquier movimiento involuntario, por ligero que sea, puede causar fácilmente la pérdida tanto de los dientes como de la mandíbula en cuestión.

Por un momento, temí que mi intento de hacer una pequeña broma estuviera fuera de lugar. Sus ojos negros echaban chispas.

- Yo también estoy muy preocupada -le dije.

Las pronunciadas arrugas que tenía alrededor de su boca se

suavizaron. Agachó la cabeza.

- Lo siento, madre. Sé que soy un egoísta al alegrarme de que mi padre se encuentre con ella pero…

- Yo también me alegro -dije, lo que era sólo parcialmente verdad-. No sé qué fue lo que hizo suponer a Emerson que Nefret se encontraba en peligro pero es muy propio de él precipitarse a rescatarla por su propia cuenta. Su ímpetu ha tenido, sin embargo, un aspecto positivo. Esos canallas saben ahora que los estamos buscando denodadamente. Si eso formaba parte o no de su plan original ellos no… ellos los retendrán como rehenes.

Walter tosió.

- He estado pensando -dijo.

- ¿Sí, Walter? -Le dediqué una sonrisa de aliento. El pobre estaba deseando ayudar pero lo único que había conseguido por el momento era estorbar a los demás. Selim había rechazado educadamente aunque con firmeza cualquier ulterior ayuda por su parte después de que se hubiera quemado el brazo con el metal al rojo vivo del motor o de que su intento por usar el palo de sondeo casi nos hiciera chocar con un invisible banco de arena.

- Porque lo cierto es que no sirvo para mucho más -explicó Walter impasible. Se ajustó las gafas-. Hasta ahora hemos actuado dando por sentado que la causa de todos estos acontecimientos es la venganza.

- ¿Qué otra podría haber si no? -pregunté.

- La del his es una operación muy cara -dijo Walter-, y las ansias de venganza se debilitan con el pasar de los años. Eso me hace pensar que van detrás de algo más lucrativo. ¿Qué otra cosa puede ser sino el tesoro de las princesas? En caso de que fuera así -prosiguió, elevando un poco la voz para ahogar las maldiciones que en ese momento estaba soltando Cyrus-, eso alteraría toda nuestra estrategia. Supongamos que Mr. Lacau acaba de cargar los artefactos hoy. Si tiene la suficiente prisa, tratará de encontrarse ya a varios kilómetros de Luxor, río abajo, antes de que caiga la noche. Creo que Ulsis, con un nuevo nombre, tratará de interceptar el barco de vapor esta noche, al amparo de la oscuridad.

- ¿Y si Lacau no zarpa hasta mañana por la mañana? -preguntó David.

- Entonces darán el golpe mañana por la noche. La cuestión es…

-Walter alzó un índice admonitorio-, que ellos tampoco conocen sus planes. Tendrán que esperar a que pase el barco de vapor y seguirlo hasta que éste, a su vez, se detenga a pasar la noche, ya sea hoy o mañana. Tenemos que dar la vuelta. Aun en el caso de que no seamos capaces de identificar al Isis bajo su nueva apariencia, el barco del gobierno no puede pasársenos por alto y, si tengo razón, la dahabiyya no se encontrará muy lejos de él.

- ¿Y si te equivocas? -le pregunté, medio convencida aunque resistiéndome todavía a abandonar la persecución-. Si han seguido adelante nunca les daremos alcance.

- Creo que tiene razón -dijo Sethos haciendo un ademán aprobatorio con la cabeza en dirección a su hermano-. Es indudable que hay una clara inclinación al robo en la familia. Me avergüenza no haber pensado en ello yo mismo. Voto porque cambiemos de rumbo y nos dirijamos río arriba.

- No -dijo Ramsés, volviéndose a colocar junto a la ventana.

Miré a David. Él también había notado aquella tensión creciente que había privado a Ramsés de la capacidad de razonar. La idea de que alterásemos nuestra ruta le resultaba insoportable.

Cogiéndolo por los hombros, David hizo que se diera la vuelta. Ramsés tenía la mirada perdida, sin un destello de conciencia. Trató de asestar un golpe a David pero éste fue capaz de esquivarlo y se lo devolvió, con la suficiente fuerza como para hacerlo volver en sí.

- Se necesita algo contundente para frenarlo cuando es presa de un estado de ánimo como ése -nos explicó David imperturbable.

Los ojos de Ramsés recuperaron la capacidad de ver. Acariciándose la mejilla, miró parpadeando a David.

- ¿Era necesario que hicieras esto?

- Mi querido amigo, has estado medio enajenado durante horas. Párate a pensar un poco. La teoría de mi padre nos proporciona finalmente un motivo racional. Todo cuadra, ¿no lo ves? Hasta el hecho de que hicieran saltar por los aires la estación de trenes. El asalto armado al barco del gobierno será atribuido a los terroristas. Es verdad que con ello corremos un cierto riesgo pero ésta es también nuestra mejor esperanza. Si retrocedemos ahora podremos llegar a Qena antes de que se haga de noche.

Ramsés asintió con la cabeza.

- Está bien.

- Se lo diré al rais Hassan -dijo Walter feliz y salió al trote del salón.

- Está bien -repitió Ramsés.

Sentía una profunda pena por él.

- ¿Te apetece un whisky con soda? -le sugerí.

- Si usted quiere uno, madre.

Sentí el temor de que hubiera que administrarle otra bofetada terapéutica en la cara. Pero Ramsés es un hijo digno de su padre (y de mí). Pasándose la mano por la boca, se sacudió un poco y esbozó una sonrisa.

Todos se unieron a nosotros. Todos menos Selim, quien no se separaba de su motor ni a sol ni a sombra. El rais Hassan nos hizo dar la vuelta con una serie de maniobras que ocasionaron algunos alaridos espeluznantes y un buen número de imprecaciones de las personas así incomodadas. La vela blanca de una faluca nos pasó tan cerca que cubrió por completo la abertura de la ventana. Pero, finalmente, no pusimos de nuevo rumbo al sur.

Al atardecer, Bertie entró en el salón para informarnos de que alguien nos estaba llamando a gritos.

- Parece una barca de pescadores de la zona.

- Lo más probable es que quieran vendernos algo -gruñó Cyrus.

- Lo mejor será que comprobemos qué es lo que quieren -dije-. Podría haber novedades.

Seguimos a Bertie hasta cubierta. El sol estaba ya bajo en el horizonte. Una pequeña flotilla de pequeñas barcas se acercaban a la carrera en nuestra dirección: sus velas blancas aleteaban como si se tratara de una bandada de pájaros. Los ocupantes gritaban todos a la vez. Era imposible entender lo que decían.

- Cielo santo -dije-. Es algo así como una armada en miniatura: según parece, todos las barcas del pueblo están aquí. Dile a Selim que pare el motor. Deben de tener noticias para nosotros.

Agitada de modo más que comprensible, así el brazo de Ramsés, que estaba junto a mí. Mi hijo, absorto, me apartó con fuerza y levantó ambas manos para colocárselas a modo de visera sobre los ojos, protegiéndolos así del resplandor que producía la puesta de sol. Entonces, su rígido cuerpo se inclinó sobre la barandilla y exhaló un largo y tembloroso suspiro.

Mi vista no se puede equiparar a la suya pero creo que fui la

siguiente persona en verla, de pie sobre la barca más cercana, sujetada por uno de los hombres. La diadema de pelo dorado era inconfundible pero aquella visión era tan increíble y tan de agradecer que me negué a dar crédito a mis propios ojos hasta que la pequeña barca se acostó al Amelia y sus sonrientes tripulantes la alzaron para que Ramsés pudiera estrecharla entre sus brazos.

- Es un milagro -dijo Walter reverente. Quitándose las gafas, se las limpió en el faldón de su camisa.

- ¡Qué milagro ni qué ocho cuartos! -le replicó mi otro cuñado-. Nefret, apenas puedo expresar lo aliviado que me siento de volver a verte pero…

- Déjale un minuto -dije. Los brazos de Ramsés la estrechaban contra su cuerpo y su cara se hundía en su pelo.

Nefret alzó la cabeza y, rodeada aún por los brazos de su marido, se dio la vuelta y me tendió las manos.

- Está vivo, madre. Hablé con él a primera hora de esta mañana. No quería abandonarlo allí pero…

- Hiciste lo que debías, querida -dije. A pesar de que la situación seguía siendo grave, sentía como si me hubiera quitado un enorme peso de encima-. Ahora ven a descansar y a comer algo.

- No tengo hambre -dijo Nefret-. Ellos me dieron de comer y lavaron mi ropa y la secaron. Ellos…

David había estado hablando hasta entonces con los barqueros. Estaban tan satisfechos de sí mismos que no se querían ir pero después de que los colmáramos de cumplidos y agradecimientos -y les diéramos todo el dinero que teníamos en nuestros bolsillos-, se marcharon de mala gana. Frente a nosotros, las luces de Qena brillaban en el anochecer.

Nos llevó algo de tiempo volvernos a poner en marcha dado que todos los hombres de la tripulación querían ver a Nefret y tocarla para poder creer que estaba de verdad sana y salva. Nasir estalló en sollozos y se arrojó a sus pies. La visión de Selim, grasiento, cansado y sonriente, provocó un grito de protesta por parte de su médico pero, aun así, nuestro amigo no le permitió que lo examinara.

- Cuéntenos -le dijo-. Todo.

Mientras Nasir, después de haberse recobrado, iba de un lado a otro dando traspiés para encender las lámparas, el resto de nosotros

rodeamos a Nefret, quien se había sentado en el sofá recostada en su marido. No me avergüenza reconocer que el whisky fluía en abundancia. Nefret hizo un gesto negativo con la cabeza cuando Cyrus le ofreció una copa.

- Tengo el estómago todavía revuelto y ya sabe cómo me afecta ese brebaje. Os contaré todo a su debido tiempo pero antes tenéis que escuchar esto: ¡están planeando robar el tesoro de las princesas!

El anuncio no causó, lo que se dice, una gran impresión.

- Maldita sea -dijo Nefret-. ¿Lo sabíais ya? ¿Cómo? Yo no lo descubrí hasta anoche.

- Walter se lo imaginó -dijo Sethos-. ¿Sabes cómo y cuándo piensan dar el golpe?

- No.

- Maldición. Si Lacau ha zarpado ya de Luxor, podrían tratar de atacar su barco esta misma noche.

- He estado pensando… -empezó a decir Walter.

Esta vez, sus palabras obtuvieron de inmediato la atención de todos.

- ¿Sí? -preguntó Sethos respetuoso.

- Algunas de mis primeras suposiciones pueden ser erróneas -explicó Walter con el tono meticuloso del erudito-. Uno da por sentado que ese tipo de vilezas se cometen al amparo de la oscuridad pero lo cierto es que no se puede viajar por el río durante la noche, ¿verdad? No dudo que querrán ponerse en marcha apenas se hayan apoderado del tesoro.

- Puede llevarles un cierto tiempo descargar el barco de Lacau -dijo Cyrus, acariciándose la perilla.

- No, no -dijo Walter presa de una gran excitación-. ¿Por qué deberían hacerlo? Les costaría, como muy bien decís, demasiado tiempo y la dahabiyya es muy fácil de identificar por muchos cambios que le hagan. Todas las embarcaciones del Nilo podrían salir en su búsqueda. El barco de vapor del gobierno, por el contrario…

- ¡Claro! -exclamé, sofocando un grito-. Abordarán el barco… eliminarán a la tripulación… hundirán el Isis…Caramba. ¿Qué le harán al pobre Mr. Lacau?

Nadie parecía especialmente preocupado por él. Sethos sacudió la cabeza.

- Llevo demasiado tiempo fuera del negocio. Ya no estoy al día. Es una pena que Walter sea un hombre honesto. ¡Menudo socio sería!

Walter sonreía alegremente.

- ¿Creéis que tengo razón, entonces?

- Sé que tienes razón. -Sethos golpeó la palma de su mano con el puño-. Ese es exactamente el modo en que yo mismo lo habría planeado si no fuera porque me falta la sangre fría necesaria para matar a una docena de hombres inocentes. En cualquier caso, tenemos de tiempo hasta mañana. Alguien debe ir a Qena para tratar de enterarse de si Lacau ha abandonado ya Luxor y, en caso de que así sea, cuándo lo ha hecho.

- Iré yo -dijo Ramsés. Era la primera vez que hablaba después de abrazar a su esposa y su cara seguía estando iluminada por la alegría y la incredulidad.

- Antes tenemos que escuchar la historia de Nefret -dije, dedicando una afectuosa sonrisa a la pareja-. Es posible que haya visto u oído algo que pueda influir en nuestros planes. Empieza desde el principio, querida, si eres tan amable, y trata de no pasar nada por alto.

Era, diciendo poco, un relato apasionante. Los semblantes de sus oyentes iban reflejando sus sentimientos -sorpresa, indignación, admiración- pero nadie la interrumpió hasta que describió la transformación de Mrs. Fitzroyce.

- ¡Dios mío! -grité apenada-. Ni por un momento sospeché de ella.

- No me extraña que me evitara -dijo Sethos furibundo-. Conocí a esa… la conocía bien. Eso explica lo de Martinelli. Eran enemigos encarnizados. No es una buena noticia. Ella era una de las ayudantes más despiadadas de Bertha.

- Justin es igualmente despiadado -dijo Nefret-. El… ella… no es muy normal.

Prosiguió contando su última conversación con Emerson y el modo en que éste le había pedido que lo dejase allí.

- Jamás habría sido capaz de hacerlo si él no hubiera estado allí -dijo-. No podía por menos que sentirme alentada por su fe en mi habilidad y en mi valor. Pero cuando vi pasar el Amelia esta mañana a primera hora casi llegué a perder toda esperanza.

- Debe de haber sido horrible -le dije comprensiva-. ¿Dónde estabas?

- En una de las islas del centro del río. Un tronco me golpeó mientras trataba de alcanzar la orilla a nado. Me las arreglé para cogerme a él cuando volvió a salir a flote, pero tenía un golpe en el hombro…

Ramsés apartó su brazo.

- ¿Por qué no me lo dijiste cuando te abracé? ¿Te hice daño?

Ella le puso la mano sobre la mejilla.

- Ni siquiera lo sentí. No esperaba volver a verte tan pronto, incluso cuando conseguí llamar la atención de los pescadores del pueblo. Apenas me identificaron, se desvivieron por mí. A última hora de la tarde, cuando se enteraron de que el Amelia se dirigía hacia aquí, el pueblo entero subió a sus barcas deseosos de ser los primeros en dar la noticia. Ahora contadme lo que pasó después de que abandonara la clínica. Están todos… están ellos…

- Oh, querida -dije-. Debería haberte tranquilizado sobre ellos de inmediato. Los niños están a salvo… todos están a salvo… y la casa está bien custodiada.

- Bueno -dijo Daoud, quien había escuchado el relato con interés aunque también con muestras crecientes de nerviosismo-, ahora tenemos que pensar en cómo vamos a rescatar al Padre de las Maldiciones.

# Capítulo 14

Después de que Ramsés se hubiera ido a tierra acompañado del rais Hassan, convencí a Nefret para que descansara un rato. A pesar de que me dijo que estaba demasiado excitada como para poder dormir, apenas puso la cabeza en la almohada sus ojos cansados se cerraron de inmediato. Permanecí de pie a su lado, contemplando sus arrugas de dolor y preocupación, suavizadas ahora por la mano bondadosa de Hipno, y dando gracias al cielo por haberla salvado. Si bien había bromeado sobre su propio sufrimiento y las cosas a las que se había tenido que enfrentar, yo era muy consciente de aquello por lo que tenía que haber pasado. No quería ni pensar en lo que debía de estar soportando Emerson.

Mientras ella dormía, el resto de nosotros nos sentamos y nos pusimos a hablar en voz baja para no despertarla. Con la perspicacia que a veces le caracterizaba, Daoud había dado en el clavo. Incluso en el caso de que encontráramos el Isis antes de que atacara el barco de vapor, no íbamos a poder hacer nada para prevenir el ataque mientras Emerson siguiera prisionero.

- Les entregaría gustoso ese maldito tesoro con tal de evitarle cualquier daño -manifestó Cyrus.

- Eso es muy noble por tu parte, Cyrus, considerando que no eres tú el que puede disponer de él -repliqué, arrepintiéndome de inmediato al ver la expresión de pesar que causaron mis palabras-. Disculpa, Cyrus. No me he expresado bien. Lo que quería decir es que es posible que Mr. Lacau no comparta tus sentimientos.

- No te preocupes, Amelia, lo entiendo.

- No podemos permitir que se apoderen del barco -proseguí-. Y, por otra parte, no podemos atacar al Isis mientras Emerson siga en

su poder.

- ¿Atacar? -repitió Bertie-. ¿Con qué? ¿Con unos cuantos rifles cuando ellos van armados hasta los dientes? Las posibilidades no son muy buenas, Mrs. Amelia. Cyrus tiene razón, dejemos que se apoderen de ese condenado tesoro. No irán muy lejos con él. Les seguiremos.

- No se trata del tesoro, lo que me preocupa son las vidas de los hombres que se encuentran a bordo de ese barco.

Bertie frunció el entrecejo.

- Oh, cielos. ¿Cree de verdad que los matarán a todos?

- Estoy segura. Recuerdo a Matilda perfectamente; era una buena alumna de su ama. Y, en mi opinión, la joven es aún más peligrosa. Ha dado muestras de graves trastornos mentales.

- Y luego está mi querida y pequeña hija -dijo Sethos, cogiendo un cigarrillo. Su pulso era firme-. Lo cierto es que forman un bonito trío.

Un violento silencio siguió a aquellas palabras. Cyrus desvió la mirada y Bertie se mordió el labio. Había notado el creciente interés que parecía sentir por Maryam. Para un muchacho como él es siempre doloroso comprobar que la atención que le demuestra una damisela puede deberse a un ulterior motivo. Lo cierto es que consideraba a Maryam menos culpable que al resto de sus compinches pero decirlo no habría ayudado a consolar a su padre. Era, a pesar de todo, culpable y no alcanzaba a imaginar qué íbamos a hacer con ella si la capturábamos.

En cualquier caso, en un momento como aquél, lo que me preocupaba realmente era otra cosa.

- Tenemos que subir a bordo del Isis -dije-. Procurando que no nos oigan o se den cuenta de que lo hemos hecho.

- Bien pensado -dijo Daoud asintiendo con la cabeza.

Los otros se reservaron de hacer cumplidos.

- Es un buen plan -dijo Sethos-. ¿Cómo piensas ponerlo en práctica?

- Tengo unas cuantas ideas…

Ramsés regresó casi a medianoche. Había tenido que esperar en la oficina de telégrafos a que respondieran a sus telegramas urgentes. (Se abstuvo de explicarnos cómo había convencido al empleado de permanecer en su puesto más allá del horario habitual

de apertura y yo me abstuve a mi vez de preguntárselo.) Lacau seguía en Luxor pero había acabado de cargar el barco y tenía previsto zarpar a la mañana siguiente.

Pero eso no era todo lo que habían hecho él y el rais Hassan. Ramsés tenía sus propias ideas. Habían enviado correos -jinetes a lomos de burro, para ser más precisa- desde Qena en dirección sur y desde Luxor en dirección norte. Habría gente haciendo guardia desde primera hora de la mañana y emplearían el mismo sistema de señales para informar del paso de cualquier dahabiyya privada.

- Según parece, has pensado en todo -rezongó Sethos-. Excepto en cómo vamos a rescatar a Emerson sin ser vistos. El Amelia no pasa, lo que se dice, desapercibido.

El ademán de advertencia que hice con la cabeza evitó que Ramsés le dedicara una furibunda respuesta. Tragó saliva y miró a Nefret. Se había despertado nada más llegar él y estaba acurrucada en el sofá, contemplando cómo iba de un lado a otro del salón, dando zancadas.

- También he pensado en eso, señor. Remolcaremos una pequeña barca. Es una embarcación insignificante de modo que no llamaremos la atención de la tripulación del Isis cuando nos vean aparecer con la vela desplegada. Mientras los que vayan en la barca los entretienen suplicando ayuda a gritos, cosa que no nos ofrecerán, yo me acercaré nadando hasta ellos.

- Iré contigo -dijo Sethos.

- ¿Cuánto es capaz de resistir bajo el agua? -le preguntó Ramsés con amabilidad. -Lo suficiente.

- No. Soy yo el que dirige este espectáculo -dijo Ramsés con el mismo tono imperturbable-. Y quien no lo acepte así puede quedarse en el Amelia. La barca tiene capacidad para cuatro personas. Los que nos acompañen tendrán como cometido distraer a la tripulación mientras David y yo subimos a la dahabiyya. Después… bueno, todo depende de lo que suceda que, probablemente, no será muy agradable.

Todos querían ir, por supuesto. Daoud rugió esperanzado. Ramsés sonrió y le hizo un gesto negativo con la cabeza.

- Es imposible disfrazarte, Daoud, o a usted, Cyrus. Selim todavía no está totalmente recuperado. El resto de nosotros usaremos los habituales andrajos. Yo, David, Bertie… y usted,

Sethos, si me promete obedecer mis órdenes.

Yo seguía sentada tranquilamente en un rincón, con las manos en el regazo.

- No, madre -me dijo mi hijo sin ni siquiera mirarme-. Ni lo sueñe. ¿Ha oído lo que le he dicho?

- Claro que sí, querido. Todas y cada una de tus palabras.

* * *

- Ahí está, anclada cerca de la orilla oeste. -Ramsés alzó un brazo e hizo una señal a rais Hassan.

El sol todavía estaba bajo sobre los riscos orientales y el hermoso rubor del amanecer seguía tiñendo el horizonte. Nos encontrábamos al sur de Qena y nos íbamos acercando al tramo del río donde, según el rais Hassan, había más posibilidades de que el Isis estuviera escondido. Apenas había unas cuantas aldeas en aquella zona y el tráfico fluvial era mínimo.

- ¿Nos han visto? -pregunté.

- No creo. Gracias al rais Hassan -añadió, mientras el Amelia se detenía chirriando y empezaba a dar marcha atrás-. Sería capaz de hacer saltar el Amelia por un aro. Es hora de que nos pongamos en marcha.

Tras echar el ancla, tiramos de la barca. Era, desde luego, una embarcación miserable, con las velas llenas de remiendos y una tripulación cuyo aspecto no era menos patético. Ramsés y David llevaban poquísima ropa, dado que tenían que estar preparados para nadar. El resto de nosotros íbamos ataviados con unas harapientas galabiyyas.

Cuando aparecí en cubierta luciendo mi disfraz un tanto improvisado Ramsés fue lo bastante grosero como para chillarme. Lo disculpé, naturalmente, ya que era consciente de la tensión que estaba soportando.

- No le hables como si fuera una mujer, Ramsés -le dijo Nefret.

- Pero ¡es una mujer! ¡Es mi madre! No le permitiré…

Alcé ligeramente la voz.

- De vuelta en Luxor dijiste que no regresarías sin Nefret. Pues bien, yo no estoy tampoco dispuesta a regresar sin tu padre.

- No se lo puedes impedir -dijo Nefret. Le acarició el brazo desnudo del mismo modo en que uno trataría de apaciguar a un caballo intranquilo-. No tienes derecho.

- Estás de su parte -gimió Ramsés.

- Por supuesto. Si se tratara de ti, yo también subiría a bordo de esa barca.

- Hagamos un pacto -dije tratando de ser útil-. No cogeré mi sombrilla.

En el semblante de Ramsés se libraba en ese momento una batalla entre la risa, la ansiedad y la cólera. Supe que había ganado.

- Está bien, madre. Pero por favor… ese parche en el ojo no.

- Ayuda a ocultar mi cara -le expliqué-. He decidido no llevar barba.

Los otros se habían abstenido sabiamente de entrar en la discusión. Tras darme un vigoroso abrazo, Cyrus me ayudó a subir a la barca.

- Esperaremos vuestra señal -dijo-. Buena suerte.

David soltó las amarras e izó la vela. Sethos me atrajo hacia sí e hizo que me sentara a su lado.

- Eres una condenada molestia, ¿lo sabías, Amelia?

- Creo que os puedo resultar útil -le repliqué modestamente.

Mi hijo, que iba al timón, me dedicó una ambigua mirada.

- Sacad los remos -dijo.

Aunque el viento hinchaba las velas, la corriente era muy fuerte. Con Bertie y Sethos a los remos, avanzábamos mucho más deprisa.

- Nos han visto -dijo mi hijo finalmente. David, empecemos con la pantomima, pero aléjate bien de ella río arriba antes de bajar la vela. Bertie, si alguien hace algún movimiento hostil o apunta un rifle en vuestra dirección, asegúrate de que eres el primero en disparar.

Teníamos dos rifles, envueltos en una tela grasienta, y munición extra. Si alguien hubiera querido escucharme, podríamos haber cogido tres, sólo que Ramsés no me dejaba tener uno.

- Madre, por el amor de Dios -prosiguió mi hijo-, si lo que pretende es hacerse pasar por una mujer egipcia, con parche y todo, deje de mirarlos de esa manera tan fija.

Alcé mi brazo de modo que la manga me cubriera la cara pero aun así seguí mirando por encima de ella. Pasamos con las velas ondeando por delante de ellos, lo bastante cerca como para ver las caras de los hombres de la tripulación que se habían congregado para burlarse de nuestros erráticos progresos. Algunos de ellos,

entre los que se encontraba el doctor Khattab, aparentemente al mando, iban armados. Incliné la cabeza.

- Es sólo una barca de pescadores, señora -le oí decir, obviamente, en respuesta a una pregunta-. Apunto de zozobrar, por lo que veo.

Los pasamos de largo.

- Vamos -dijo Ramsés, tirándose al agua con un grito de miedo y un escandaloso chapoteo. La barca se tambaleó, la vela se plegó y David se cayó al agua. El resto de nosotros hacía todo el ruido posible. Sethos se colocó las manos alrededor de la boca.

- Arrojen una cuerda -chilló-. Socorro, nos vamos a ahogar. ¡Tengan piedad de nosotros!

Aquellos duros rostros no parecían ser capaces de sentir nada semejante. Riéndose, uno de ellos señaló un par de brazos y una cara desfigurada que sobresalía del agua entre nosotros y la dahabiyya. Los brazos se agitaron patéticamente antes de desaparecer. Bertie remaba como un desesperado describiendo círculos. El público encontró esto aún más divertido. Empezaron entonces a darle consejos, algunos de ellos algo rudos, otros realmente groseros. Con las manos sobre la cabeza, me balanceé y gimoteé. Apenas podía respirar y mi corazón latía con todas sus fuerzas.

Los alaridos de Sethos se interrumpieron bruscamente. Asomándome por debajo del dobladillo de mi manga, vi que había dos personas más en la barandilla. Justin iba vestida con ropa masculina pero todo lo demás -el modo de estar de pie, el gesto con el que apartaba hacia atrás los rizos que movía el viento- era tan evidentemente femenino que no pude por menos que preguntarme cómo era posible que no me hubiera dado cuenta hasta entonces de que era una mujer. Rodeaba con su brazo a Maryam, quien sujetaba con fuerza la barandilla y no nos quitaba ojo.

Justin tenía una expresión ceñuda en su bonita cara.

- Traedlos a bordo o hundidlos definitivamente -dijo, en un árabe idiomático y con acento de El Cairo.

Uno de los hombres levantó un fusil; era evidente que la segunda alternativa le había parecido la más interesante. Maryam le susurró algo a su hermana. Un instante después, Justin asentía con la cabeza.

- Supongo que tienes razón. Los disparos podrían llamar la atención -prosiguió en árabe-: No disparéis. Arrojadles una cuerda.

Bertie la cogió al segundo intento. Los hombres a bordo de la dahabiyya no hicieron ningún esfuerzo por ayudarnos; uno de ellos había atado el otro extremo de la cuerda a la barandilla, de modo que fuéramos nosotros los que tuviéramos que tirar de ella para acercarnos, si es que podíamos.

- ¿Y ahora qué hacemos? -susurró Bertie-. ¿No les reconocerá?

- A mí y a la dama del parche sí -dijo Sethos con el mismo tono tenue de voz-. Tiremos de la cuerda. Cuando nos encontremos a unos tres metros, coge el rifle y empieza a disparar.

Bertie apretó los labios. Disparar el primero se le hacía cuesta arriba pero sabía que no tenía otra alternativa razonable. Teníamos que dejar fuera de juego al mayor número posible de hombres antes de subir a bordo. Al menos el muchacho no llevaría sobre la conciencia haber tenido que disparar a una mujer. Justin y Maryam habían abandonado la cubierta.

Agachado en el fondo de la barca, Sethos desenvolvió los dos rifles. Yo cogí la pequeña pistola que había escondido entre mis harapos. Los próximos diez minutos iban a ser decisivos: victoria o derrota, vida o muerte.

Manuscrito H:

Ramsés emergió de nuevo por el punto más alejado de la dahabiyya y se colgó de ella tratando de recuperar el aliento. Miró frenéticamente en derredor intentando ver a David y casi habría podido gritar de alivio al ver asomar su cabeza a poca distancia de él. Asiéndolo por una mano, tiró de su jadeante amigo hasta que estuvo lo bastante cerca. David había perdido su turbante. Su pelo negro, lustroso como la piel de una foca, chorreaba. Ramsés se quitó también su propio turbante empapado y se apartó el pelo de la cara.

No necesitaban hablar, habían elaborado un plan de antemano, procurando prever cualquier posible contingencia. Aferrándose a la barandilla, Ramsés se alzó para poder ver lo que pasaba en cubierta. En aquel lado había tres puertas, todas abiertas o entornadas. Ninguna correspondía a la celda de su padre; según el plano que les había trazado Nefret, la misma se encontraba al otro lado del barco. La cubierta estaba desierta; el espectáculo había

atraído a todos los miembros de la tripulación. Podía oír sus chillidos y los gritos de la cohorte. Al reconocer una de las voces, se alzó y se abalanzó por encima de la barandilla. David lo seguía muy de cerca. Luchando contra el instinto que le exigía acudir en ayuda de su madre, fueran cuales fuesen las dificultades, se introdujo por la ventana que se encontraba más cerca. Todavía no habían comenzado los disparos. Era un pobre consuelo, desde luego, pero él tenía que ajustarse a su plan. La mejor y única esperanza que le quedaba era capturar él mismo un rehén.

La cabina pertenecía a una mujer. Había varios vestidos femeninos desperdigados por ella y el sombrero que su madre le había regalado a Maryam colgaba de un gancho junto a la puerta. En ese preciso momento oyó el sonido que tanto había temido, el rápido disparo de un rifle, y, abandonando toda prudencia, se precipitó de nuevo al pasillo encaminándose al salón, con David pisándole los talones.

Todas estaban allí: la anciana, Justin y Maryam. Y el doctor. Ramsés se lo dejó a David, oyó un gruñido y un golpe, y cogió a Justin por el cuello.

- Ordénales que dejen de disparar -jadeó-. Maryam, diles que la mataré si no se rinden.

Sin cruzar una palabra o tan siquiera una mirada, Maryam salió de allí como una flecha. Ramsés aflojó la presión que ejercía sobre el cuello de Justin, sintiéndose como un animal. Ella no se inmutó mientras la aferraba; su garganta era fina y suave y en sus ojos azules se podía leer el reproche.

- No me harás daño, ¿verdad? ¿A tu linda Hator?

- Has perdido -dijo Ramsés-. Se ha terminado.

Justin soltó una carcajada, dejando a la vista unos dientes blancos y regulares. David permanecía junto a la anciana, quien no se había movido de su silla. Miraba con desdén el cuchillo que David le había puesto en la garganta.

- Aparta eso, muchacho. Ninguno de los dos seríais capaces de herir a una mujer y, de todos modos, somos nosotras las que tenemos la sartén por el mango. Si queréis que os devolvamos al profesor sano y salvo seréis vosotros los que tendréis que rendiros. Apenas consigamos lo que vamos buscando, os devolveremos a tierra ilesos.

- Está mintiendo -dijo Ramsés-. Déme las llaves de su habitación.

- Están en ese cajón.

Mientras se encaminaba hacia el escritorio, Justin se echó a reír de nuevo.

- No te servirán de mucho. El profesor no está solo, ¿sabes? François está con él y si alguien abre esa puerta sin dar la señal acordada, le cortará la garganta. Él no se podrá defender -añadió alegremente-, porque lo hemos encadenado de pies y manos.

Ramsés era incapaz de pensar. El ruido en cubierta se había acallado pero Maryam no había vuelto y su madre podría estar… Dividido entre dos intereses filiales en conflicto, estaba a punto de decirle a David que saliera a ver lo que había pasado cuando las cortinas que había en la ventana se abrieron y su madre asomó la cabeza entre ellas. Había perdido su turbante, el pelo le caía en desorden sobre los hombros y tenía la cara manchada de sangre… pero el parche del ojo seguía impertérrito en su sitio.

- Ah, aquí estáis -dijo, blandiendo su pistola-. Supongo que todo está bajo control.

- Bueno, no exactamente -dijo Ramsés, con gran dificultad para respirar-. Madre, está usted… Sethos y Bertie…

- Los dos están heridos pero se trata tan sólo de unos rasguños. Han sometido a la tripulación. -Su madre trepó con habilidad por la ventana-. Esta sangre no es mía -añadió-. Mi querido muchacho, estás más blanco que una sábana. No estarías preocupado por mí, ¿verdad?

- ¿Preocupado? ¿Por usted? -De nuevo, se quedó sin aliento.

- Gracias a Dios -exclamó David-. Pero el profesor está…

Se interrumpió al oír un ruido de pisadas en el pasillo. Emerson entró de golpe por la puerta.

- Oí disparos. ¿Dónde…? ¡Maldición, Peabody, sabía que eras tú! ¿Por qué llevas puesto ese estúpido parche?

Dejó caer la pistola y Ramsés, aturdido a causa del alivio que sentía, fue obsequiado con el espectáculo de ver a sus dos eminentes padres -cuyo aspecto era el de dos supervivientes de una pequeña guerra- abalanzarse el uno en brazos del otro. Notó que la incoherencia de sus comentarios era la usual entre ellos.

- ¿Cómo te has atrevido a hacerme una cosa así, Peabody? Ramsés, ¿por qué no…?, bueno, no importa, en cualquier caso, no

habrías conseguido detenerla. Mi querida Peabody, ¿estás herida?

Mezclados con ellos estaban también los comentarios de ella.

- Otra camisa… Oh, mi querido Emerson, ¿qué es lo que te han hecho?

- ¿Y qué ha sido de François? -preguntó Ramsés-. Nos dijeron que le habían encerrado con él.

- Bueno, tenía que matar a ese bastardo, ¿no os parece? - Emerson se separó de los brazos de su mujer y recorrió con mirada furibunda la habitación. Emerson «el invencible» dedicó una envarada reverencia a la anciana-. Buenos días, esto… Matilda.

La anciana seguía sentada con una expresión en la cara propia de una muerta.

- De modo que has ganado. La última batalla.

- ¿Hemos ganado, Ramsés? -preguntó Emerson.

- Sí, señor, eso creo -le respondió su hijo- Pero ¿cómo…? Estaba usted encadenado, bajo llave y desarmado…

- No necesito una pistola para enfrentarme a una escoria como ésa -dijo su padre imponente-. De todos modos, tenía una. Y ella me liberó a primera hora de esta mañana. Cuando metieron a François conmigo tuve que…

- ¿Ella? ¿Quién?

- La pequeña Maryam, por supuesto. Ya os dije que esa muchacha era… Pero ¿dónde está? Iba detrás de mí.

- Y ¿dónde está Justin? -preguntó su mujer.

Aprovechando su distracción, ambas se habían escabullido y lo mismo había hecho Khattab. Encontraron a Maryam tumbada en el pasillo. La habían dejado inconsciente de un golpe -no era muy difícil adivinar quién se lo había propinado- pero estaba empezando a volver en sí y cuando Emerson la alzó, se aferró a él tratando de hablar.

- Rápido… Tienen que abandonar el barco. Ella ha encendido la mecha.

* * *

Matilda se puso en pie de un salto y se precipitó hacia la puerta. Era bastante ágil para una persona de su edad. No era la primera vez que constataba cómo la perspectiva de la muerte es capaz de poner alas a los pies. Ramsés fue más rápido que ella. Agarrándola por los hombros, la sacudió sin demasiada delicadeza.

- ¿Adonde ha ido?

Ella trató de desasirse de él.

- Está en su habitación. Le encanta la dinamita. ¡Lo que es por mí, podéis malgastar vuestro tiempo tratando de tirar la puerta abajo pero dejad que me vaya! Si ha prendido la mecha, sólo Dios sabe cuánto tiempo nos queda.

- Tiene razón -grité-. No hay tiempo para fanfarronadas o para hazañas caballerescas. ¡Deprisa!

Bertie y Sethos retenían a los malhumorados gorilas a punta de pistola. Algunos cuerpos yacían sobre cubierta. Los ojos de Sethos pasaron de Emerson a Maryam pero el bramido que lanzó su hermanastro impidió que pudiera decir nada.

- ¡Abandonad el barco! ¡Todos! ¡Va a explotar!

Los gorilas fueron cayendo al río como escarabajos sacudidos de una rama. Sethos se acercó cojeando. Le había dado una bala en una pierna e iba dejando un rastro de sangre.

- La barca -dijo-. Haz subir a las mujeres a ella.

La pequeña embarcación estaba amarrada a uno de los lados de la dahabiyya. Matilda fue la primera en alcanzarla, trepó hasta su interior y empezó a desatar la cuerda.

- Aparta esas manos, Matilda, o disparo -dijo Sethos. Matilda retrocedió, maldiciéndolo. Emerson me hizo subir a ella de un empujón y me pasó a Maryam-. Ahora tú -dijo mi marido volviéndose hacia su hermano-. Y Bertie. Entrad y remad lo más deprisa que podáis. Ramsés, David, nos tiraremos por este lado.

Tengo que decir que los miembros de mi familia saben muy bien cuándo una cuestión no admite demora. Todos se movieron tan rápidamente que casi parecía que hubiéramos ensayado. Bertie sonreía, ajeno al creciente charco de sangre que había a su lado; siempre había deseado tomar parte en una de nuestras aventuras. Deseé de todo corazón que pudiera salir con vida de aquella.

Tras apartar a Matilda de mi camino, me senté, sujetando a Maryam, quien parecía encontrarse en estado de shock; tenía la mirada perdida y su cuerpo parecía haber sido privado de toda energía. Bertie y Sethos agarraron los remos y Emerson desató la cuerda desde el Isis. Mientras nos alejábamos de aquel barco sentenciado a muerte ayudados por la corriente, vi a Ramsés y a David flotando sin moverse en el agua mientras miraban a Emerson

que se inclinaba por encima de la barandilla.

- ¿Quién demonios crees que eres, el capitán? -rugí-. Abandona el barco de inmediato.

Emerson subió a la barandilla y se arrojó al agua. Los muchachos se apresuraron a rodearlo aunque, tal como sus enérgicas brazadas ponían en evidencia, su ayuda no era necesaria.

Tres metros… seis… Mi mirada seguía clavada en el Isis. Su aspecto, anclado y con la cubierta desierta, era realmente apacible. Nueve metros. Nadando con fuerza, los hombres casi nos habían dado alcance. Bertie les tendió un remo, lo que le valió unos cuantos regios insultos por parte de Sethos y de mi marido.

- Sigue remando -le gritó este último. Doce metros.

El Isis saltó en mil pedazos. El estruendo de la explosión me ensordeció. Fragmentos de madera y de la barandilla, pequeñas piezas metálicas y residuos de todo tipo salieron volando por los aires. La barca se balanceó salvajemente con el impacto de las olas. Cuando finalmente se calmaron seguíamos a flote y la dahabiyya era devorada por el fuego. Ardía tranquila y hermosa, con el resplandor de las llamas oscilando sobre ella como una cortina.

Seguíamos sentados, completamente atónitos y, en mi caso, además, con la cabeza llena de profundos y mortificantes pensamientos. Creo que fui la única que vio pasar, flotando entre los restos, una forma mutilada pero perfectamente reconocible. Si su intención había sido escapar antes de que la dinamita explotara, era evidente que había esperado demasiado.

Inclinando la cabeza, aproveché que nuestra fe ofrece esperanzas de redención incluso a los peores pecadores y murmuré una pequeña oración. Añadí también otra breve de agradecimiento por habernos salvado y luego alcé la cabeza para asegurarme de que no me había precipitado. Sí, todos estaban allí, a salvo y más o menos sanos. Y, más allá de ellos, acercándose hacia nosotros a toda velocidad, estaba también el Amelia.

Nos ayudaron a subir a bordo e incluso el rais Hassan abandonó su puesto para unirse a las felicitaciones y a las preguntas. Cyrus estrechó a su hijo en un impetuoso abrazo, lo que hizo que Bertie se sintiera un poco avergonzado; Nefret se precipitó hacia Ramsés y Selim abrazó a todos por turnos.

Cuando estaba a punto de sugerirles que aplazáramos las

celebraciones para cuando los heridos hubieran sido debidamente atendidos, vi algo que me hizo lanzar un grito y apuntar mi dedo en aquella dirección. Magullados y apaleados, chorreando agua y sangre, los supervivientes de aquella terrible aventura vieron pasar, inmóviles y en silencio, al barco de vapor del gobierno que navegaba sublime camino de El Cairo, completamente a salvo.

* * *

Nuestra inesperada y, creo innecesario decir, bienvenida llegada a Luxor causó no poca agitación. Nadie sabía exactamente dónde estábamos y todos estaban preocupados por nosotros. La gente se fue congregando a nuestro alrededor mientras recorríamos la distancia que separaba el muelle de nuestra casa donde, de nuevo, fuimos objeto de otra ronda de abrazos. Tras permitir que Evelyn, Lía -y Gargery-, expresaran sus emociones, atajé el torrente de preguntas.

- Os contaremos todo a la hora del té. Todos necesitamos ahora darnos un baño y cambiarnos de ropa; algunos requieren, incluso, asistencia médica. Cyrus, vete ahora a casa y vuelve a la hora del té con Katherine. Daoud, saca a esa mujer del almacén y enciérrala; con las comodidades necesarias, por supuesto. Selim, Bertie, id de inmediato a la clínica.

- Sethos también -dijo Nefret-. Quiero sacarle esa bala de la pierna.

No había soltado a su hija desde que Emerson le dijo que debía a ella su salvación; de hecho, le debíamos el éxito de la entera operación ya que de haber seguido Emerson en peligro, no habríamos podido vencerlos de aquel modo. Lo que no sabía era lo que le había dicho a su padre cuando ambos hicieron un aparte para mantener una larga conversación en privado pero, ni que decir tiene, esperaba enterarme a su debido tiempo. Lo que fuera, había bastado para causar la total reconciliación entre ambos tantas veces pospuesta.

- Preferiría dejarla donde está -dijo Sethos ahora con un ramalazo de su vieja ironía-. He sido ya objeto de las atenciones médicas de Nefret en el pasado.

Naturalmente, rechacé su propuesta. El y Maryam siguieron a Nefret. Mientras el brazo de ella lo sostenía, el de él rodeaba los hombros de su hija.

- En cuanto a ti, Emerson… -empecé a decir.

Nefret lo había limpiado todo lo posible pero, aun así, su aspecto seguía siendo abominable. El único que tenía más o menos su talla era Daoud, quien no llevaba ropa de más, por lo que mi marido seguía vestido, por así decirlo, con la misma ropa que llevaba puesta cuando salió precipitadamente en pos de Nefret. Tenía vendas por todas partes y estaba cubierto de magulladuras. La jovialidad con que minimizaba el hecho de que François hubiera intentado asesinarlo no restaba importancia a la magnitud de aquel enfrentamiento contra un oponente despiadado y sin escrúpulos.

- En cuanto a ti, Peabody -dijo Emerson, cruzándose de brazos-. Todavía no he acabado de decirte lo que me parece ese comportamiento tuyo, tan temerario y desconsiderado. Ven conmigo.

- Sí, querido -dije.

* * *

En mi opinión, nos teníamos bien merecida una fiesta. Fátima, quien solía expresar sus sentimientos a través de la comida, se dedicaba a atiborrar las mesas para el té. Daoud estaba presente, lo mismo que Kadija e incluso

Selim, quien se había negado a volverse a meter en la cama. Toda la familia, incluyendo a los Vandergelt, Sennia y Gargery, ambos gatos (quienes se mostraban completamente indiferentes a nuestras desgracias pero sabían que Fátima había preparado sándwiches de pescado) y nuestros queridos niños… todos sin faltar uno. El alboroto que organizaban habría sido suficiente para levantar a un muerto pero consideré que tenían derecho a estar con sus padres. Los únicos que faltaban eran Sethos y Maryam.

Algunos de los presentes habrían preferido un whisky con soda al té.

- Brindemos por otro resonante éxito -comenté, alzando mi taza.

- No sé cuantos resonantes éxitos más vamos a ser capaces de soportar, Peabody-dijo Emerson, removiéndose incómodo en su silla-. No me importa reconocer que estoy un poco cansado y Bertie y Sethos tuvieron…

- Una suerte enorme -dijo Bertie con una amplia sonrisa. El valeroso muchacho estaba tan orgulloso de sí mismo que hasta se atrevió a interrumpir a Emerson-. Mi herida era, en realidad un

rasguño, nada digno de mencionar, y Nefret ha dicho que Sethos volverá a estar bien en unos días. No me lo habría perdido por nada del mundo.

- Se pasan buenos momentos, ¿verdad? -dije, devolviéndole la sonrisa-. Siempre había deseado oírle decir a alguien: «Él ha encendido la mecha». O quizás sea más propio en este caso: «Ella ha encendido la mecha».

- Imagino que no pudiste resistir la tentación de ponerte ese parche en el ojo -dijo Emerson igualmente sonriente.

- Otra de mis grandes ambiciones en esta vida es abordar un barco pirata -confesé.

- Sólo que lo del machete en los dientes no me parece muy razonable, madre -dijo mi hijo.

- Bueno, una no puede tenerlo todo. Davy, ¿has acabado ya de besuquear las heridas de todos? Gracias, querido. Ahora vete a dibujar con Ewie y Charla. Tengo la impresión de que están a punto de decirse unas cuantas cosas sobre ese lápiz morado.

- Por el amor de Dios, Amelia, cuéntanoslo ahora -me suplicó Katherine-. Cyrus y Bertie se niegan a hablar de ello, dicen que prefieren que lo hagas tú.

- Estamos esperando a que vengan Sethos y Maryam -le contesté.

Sethos, en cambio, llegó solo.

- La he convencido para que descanse -dijo. Nos miró esbozando una leve sonrisa-. Todavía no tiene la resistencia de la familia.

- Tal vez sea mejor así -dije-. Siéntate y levanta esa pierna. Emerson… podrías… oh, gracias, Walter.

Su hermanastro acababa de ponerle un vaso en las manos.

- Estamos esperando, Amelia -dijo Evelyn.

- ¿Por dónde empiezo? -dije, dando un sorbo a mi whisky-. Es una historia algo complicada.

- Como la mayor parte de ellas -dijo Cyrus.

- Supongo que tienes razón. Tal vez debería empezar repasando mi lista de Acontecimientos Extraordinarios, que casualmente tengo aquí, y explicar de qué modo encajan cada uno de ellos en el plan que nuestros adversarios habían trazado con el fin de ocultarnos su verdadero objetivo.

- Creo que todos nos lo imaginamos ya, madre -dijo Nefret. Los demás asintieron con la cabeza.

- ¡Oh! -exclamé-. ¿Incluyendo el hecho de que Justin se disfrazara de Hator? El segundo incidente estaba destinado a dejar a Maryam fuera de toda sospecha y fue organizado con mucha astucia. Justin llevaba puesta su ropa de hombre bajo aquel ridículo disfraz; lo único que tenía que hacer era deslizarse fuera de él mientras Maryam y los otros se ocupaban de distraeros a vosotros cuatro. El trozo de tela que encontró Emerson…

- Fue colocado allí deliberadamente -me atajó Ramsés-. Perdone madre, pero todos hemos llegado ya también a esa conclusión.

- Oh, mmm. La trama empezó a tejerse cuando Matilda se enteró del descubrimiento del tesoro de las princesas. Por aquel entonces regentaba una casa de… esto… en El Cairo y estaba mezclada en algunas otras actividades de tipo delictivo. Fue la misma Matilda la que, hace algunos años, le contó a Maryam una sarta de mentiras sobre su madre, induciéndola a escapar. Maryam era joven y rebelde, ambas palabras son, prácticamente, sinónimas, y se conmovió al saber que tenía una hermana y una especie de protectora maternal. Matilda arregló el matrimonio de Maryam con el pobre Mr. Throgmorton y luego, en cuanto él hizo testamento a favor de ella, sospecho que se ocupó de hacerlo pasar a mejor vida. Estoy segura de que Maryam no tuvo nada que ver en todo ello.

- El se portó bien con ella -dijo Sethos-. Maryam sentía afecto por él. No sospechó nada de todo ese juego sucio hasta que, después de su muerte, volvió junto a Matilda.

- Lo que no entiendo -dijo Cyrus-, es cómo pretendían descargar los artefactos. No podían ir hasta El Cairo con ellos.

Todas las miradas -incluida la de Emerson-, recayeron entonces sobre Walter. Una sonrisa modesta, pero complacida, iluminó el semblante del erudito.

- He estado pensando sobre eso, Cyrus -dijo-. Creo… y lo que voy a decir es fácil de confirmar… que lo que pretendían era amarrar en algún punto entre Qenay Hammadi, puede que, incluso, tuvieran que esperar a que alzaran el puente, lo que los habría dejado a la vista de todos, y descargar el barco al amparo de la oscuridad. Podían esconder provisionalmente los objetos más pesados en una tumba vacía o en una cueva y luego recuperarlos más tarde, cuando… me parece que la expresión dice algo así como: «cuando las aguas se hubieran calmado». Al día siguiente, algunos

de los hombres podían haber conducido el barco de vapor a algún lugar río abajo donde abandonarlo o destruirlo.

- Estoy segura de que tienes razón, Walter -dije-. Pero, si me permites, creo que estamos perdiendo el hilo de la historia.

- Es culpa mía -dijo Cyrus-. Lo siento, Amelia, continúa.

La historia de nuestra visita a el-Gharbi era nueva para algunos y, si se me permite decirlo, la conté bastante bien. (Al ver cómo Daoud movía los labios con la mirada perdida supe que estaba memorizando todo para repetirlo más tarde, tras haberlo aderezado un poco.)

- Me produjo una auténtica conmoción -reconocí con elegancia-. Fui a ver al el-Gharbi porque deduje que los accidentes de Maryam eran, por decirlo de algún modo, las únicas piezas que no encajaban en el puzzle, pero lo único que esperaba era enterarme de algo más sobre su pasado. Ella me oyó hablar con Ramsés; había cogido la costumbre de pasearse de noche por el jardín. Las razones que pudiera tener para ello no son asunto nuestro -añadí con una ligera tos.

Nefret miró a Ramsés, quien procuraba a su vez no mirar a nadie en ese momento, y se acercó a él. Si bien parecia cansada, estaba realmente guapa; su cara brillaba de satisfacción. Había aprendido una lección muy importante: que el matrimonio de dos corazones apasionados no se conmueve por el mero hecho de que se produzca una conmoción y que el amor no es el periodo de la estupidez, tal como afirma Shakespeare con tanta elegancia. Tras dedicarle un ademán de afecto con la cabeza, proseguí.

- Cuando me oyó mencionar el pueblo de el-Gharbi, Maryam se dio cuenta de que éste podría hablarnos de Justin y, con ello, poner bajo sospecha a todos los ocupantes de la dahabiyya. Creo que puedo aseguraros confidencialmente que la explicación que le di sobre los verdaderos hechos que rodearon la muerte de su madre, así como la afectuosa acogida que dicha explicación tuvo por su parte, hicieron que cambiaran sus sentimientos hacia nosotros. En un primer momento, se dirigió a Luxor para tratar de convencer a Justin y a Matilda de que cambiaran sus planes o, al menos, la parte de ellos que preveía el secuestro de Nefret. A pesar de que juró que no les traicionaría, su agitación debía de ser tan grande que consideraron que no se podían fiar de ella por lo que la encerraron

en un camarote y enviaron al doctor Khattab a la estación para comprobar que Ramsés y yo subíamos efectivamente a bordo de aquel tren. No iban a tardar en ser descubiertas pero sabían que no volveríamos antes de cayera la noche, de modo que lo único que tenían que hacer era adelantar su partida algunas horas. Cuando obligaron a Maryam a asistir a esa terrible cena en la que también tomó parte Nefret, la muchacha simuló que las obedecía y que estaba de su parte.

- Consiguió engañarme, desde luego -admitió Nefret.

- Lo que necesitaba era engañarles a ellos, de modo que la dejaran con las manos libres. Al enterarse de que habían capturado a Emerson y que Matilda abrigaba la intención de vengarse de él, se dio cuenta de que era la única persona que podía salvarlo. Con gran valor y también con gran riesgo de su vida, anoche robó las llaves, se arrastró dentro de su habitación y lo liberó de sus cadenas. Trató de convencer a Emerson de que escapara aquella misma noche pero él se negó, comportándose como el necio que es -añadí.

- Tenía la vaga esperanza de poder impedir el ataque al barco de Lacau -dijo Emerson, mientras fumaba apaciblemente.

- ¿Tú solo? -le pregunté enarcando las cejas.

- La verdad es que esperaba que Matilda me hiciera otra visita -explicó Emerson-. Se divirtió mucho durante la primera. Entonces, ¿sabéis?, la habría tomado como rehén y habría obligado a los otros a rendirse.

- Un plan excelente -dijo Sethos con excesiva cortesía.

- Bueno, maldita sea, no esperaba que me metieran a François. Cuando oí que se abría la puerta volví a colocarme las cadenas de manera que pensasen que seguía atado a ellas y les hice creer que me encontraba muy débil. Esperaba sonsacarle sobre el momento en que pensaban dar el golpe y sobre el método que emplearían pero ese bas… esto… tipo se limitó a mirarme hoscamente y a pasarse el cuchillo por las manos. Cuando casi había decidido que no tenía sentido seguir esperando, oí los disparos. Apenas acabé con François, Maryam llegó para liberarme. Es una muchacha muy valiente y se ha arriesgado mucho por nosotros.

- Más de lo que tú crees -dijo Sethos. Se levantó no sin cierta dificultad-. Cuida de ella, ¿quieres, Amelia? Tengo que coger sin falta el tren nocturno para El Cairo.

- Ni hablar -exclamé-. No deberías usar esa pierna y, de todos modos, tu obligación principal es ahora tu hija. Dile a Mr. Smith que se vaya al infierno.

- Estoy perfectamente bien -aseguró Sethos recordando alarmantemente a Emerson al hacerlo-. Y esta obligación pasa por encima de todas las demás. Vas un poco desencaminada, Amelia. Evelyn fue la que acertó, de todos modos.

- La estaban coaccionando -exclamó Evelyn-. Lo sabía. ¿Qué poder tenían sobre ella?

- El más poderoso que podáis imaginar. -Aunque me sonrió con su viejo aire burlón, había un cierto brillo en sus ojos-. Puede que alguien considere que ya hay bastantes niños en esta aventura…

- Nunca serán bastantes -dijo Emerson con sentimentalismo. Acto seguido, abrió la boca de par en par-. ¿Qué quieres decir? ¡Oh, Dios mío! ¿Quieres decir…?

- Acaban de decirme que soy abuelo -dijo Sethos-. Se trata de un niño. Tiene un año y Matilda se apoderó de él poco después de nacer.

- ¡Cielo santo! -chillé, poniéndome de pie-. En manos de esa malvada, carente de escrúpulos… ¡Tenemos que ir de inmediato! Esto… ¿dónde?

- Yo sé dónde -dijo Sethos-. Tuve una pequeña conversación con Matilda hace poco. Siéntate, Amelia, y bébete otro whisky. No eres necesaria. Tengo que subir a ese tren, sin embargo. Le prometí que lo traería hasta aquí tan pronto como fuera posible.

- Por supuesto -murmuré-. ¡Cuánto debe de haber sufrido!

Emerson dio un golpe a su pipa.

- Voy contigo. No estás bien para viajar.

Tampoco lo estaba él. Ramsés dejó de mirarlo para posar sus ojos en su mujer, cuya mano reposaba en la suya.

- No, señor, iré yo.

- ¿Y yo? -preguntó Bertie.

- Tú ya has hecho bastante -le dije con afecto.

- No, ma'am, la verdad es que no. El resto de vosotros, amigos… -Sus afables ojos castaños pasaron de Ramsés a David, Emerson, Walter-. El resto de ustedes quiere estar junto a sus mujeres. Yo… esto… me gustaría ir. Si… eh… Sethos está dispuesto a llevarme. Sólo para… esto… servirle de apoyo de vez en cuando, ya saben.

Según me parecía entender, durante los últimos minutos de desesperación, cuando Bertie, disparando con una calma y una puntería similares a las de Sethos, había eliminado a cuatro de los hombres armados que había apostados junto a la barandilla antes de que pudieran darse cuenta de lo que estaba pasando, se había establecido alguna especie de vínculo entre ellos. Mientras él y Sethos se abrían paso en cubierta, yo me quedé rezagada sólo por un momento, el tiempo suficiente para atar nuestra pequeña barca antes de unirme a ellos. La pelea no duró mucho. Yo siempre digo que los gorilas a sueldo no son gente de la que uno se pueda fiar.

- Gracias -dijo Sethos. Lo que, viniendo de él, era una notable concesión.

Los vimos partir juntos, acompañados de los mejores deseos y cargados con algunos paquetes de sándwiches que Fátima les había obligado a coger. La oscuridad suavizaba la luz mortecina del atardecer y las estrellas brillaban ya sobre Luxor.

- Eso me recuerda -dije-, que ya va siendo hora de que empiece con mis compras navideñas. ¡Menuda fiesta vamos a tener este año!

- Hum -masculló Emerson. Era un «hum» bastante débil, sin embargo, y no fue acompañado de mayores objeciones.

- ¿«Tenes» prisionera a la señora?

Por un momento, pensé que aquella voz atiplada era la de Ewie, sólo que la niña no solía comerse los diptongos ese modo. Sólo conocía uno o dos niños más que pudieran hacerlo. Todos nos volvimos al mismo tiempo. Asomada sobre la barricada de cajas estaba Charla.

- No «quero» que venga más a mi ventana -dijo.

Ramsés se abalanzó sobre su hija y la alzó en brazos.

- ¿Qué has dicho?

- No «quero» que la señora con el pelo amarillo…

- Estás hablando. ¡Habla! -gritó mi hijo.

- Ya te dije que lo haría cuando estuviera preparada -dije, previendo resignada algunos años de diptongos mutilados. Justo como su padre. Al menos su vocabulario parecía ser el de una niña normal. A diferencia de su padre.

Ramsés se desplomó sobre una silla y rodeó a su hija con su brazo.

- ¿Qué te hizo esa señora para asustarte?

- Susurraba cosas. -Charla abría asustada los ojos de par en par-. Cosas que les pasan a los niños malos. Dijo que yo era mala. Una vez trató de poner una «serpente» en la ventana pero vosotros llegasteis y ella se escapó.

- Oh, Dios mío -musitó Ramsés, estrechándola entre sus brazos e inclinando su cabeza sobre la de la niña-. Tú no eres mala, cariño. Tú eres una niña buena, maravillosa y valiente. La… la señora se ha ido y no volverá nunca más.

Charla parecía contenta, aunque no completamente convencida.

- ¿Está muerta?

- Sí -aseveré-. Está muerta. Y los muertos no vuelven.

- Era Justin, ¿verdad? -dijo Nefret con voz temblorosa-. Otra de sus pequeñas jugarretas. ¡Atormentar a un niño de ese modo!

- Tus premoniciones eran correctas -dije-. Ella era una amenaza para los niños.

Nefret acarició las dos cabezas rizadas. Luego se acercó con calma, con aire de quien no quiere la cosa, hacia la barricada.

- ¿Davy? -tanteó.

El niño alzó la mirada y le mostró sus cuatro dientes.

Nefret le tendió sus brazos.

- ¿Vienes a hablar con mamá?

- Si no le importa, madre, de ahora en adelante preferiría que se me llamara por mi nombre completo -dijo David John, pronunciando las palabras con monstruosa precisión-. ¿De qué tema prefiere usted hablar?

Me derrumbé sobre la silla más próxima.

- Emerson -dije con un hilo de voz-. Emerson… otro whisky con soda, por favor.

***Fin***

[1] Escila y Caribdis: En la Odisea, monstruos marinos que vivían a ambos lados del estrecho de Mesina, amenazando a las naves que tenían que atravesarlo. (N. de la T.)

[2] Karl Baedeker (1801-1859): editor alemán que se dio a conocer por una colección de guías turísticas. (N. de la T.)

[3] Pueblo nómada del desierto de Libia que estuvo involucrado en la I Guerra Mundial. (N. de la T.)

[4] El nombre quiere decir «poderosa», se la representa con figura humana y cabeza de leona. (N. de la T.)

[5] Esposa de Príamo, rey de Troya, madre de Héctor y París. (N.del T.)

[6] Se refiere a la reina Victoria de Inglaterra (1819-1901) que enviudó en 1861. (N. de la T.)

[7] Comisaría de policía. (N. de la T.)

[8] Dulce árabe a base de almendras y miel. (N. de la T)

[9] Hija de Tántalo, mujer de Anfión, rey de Tebas. Tenía siete hijos y siete hijas y desdeñaba a Leto, quien sólo tenía como descendencia a Apolo y a Artemisa. Estos, para vengar a su madre, los mataron a todos a flechazos. Níobe, transida de dolor, se transformó en una roca. (N. de la T.)

[10] Soberano de los dioses en la mitología romana. (N. de la T.)

[11] Escritura usada en el antiguo reino de Meróe (Sudán), muy similar a la egipcia. (N. de la T.)

[12] Emmeline y Sylvia Pankhurst, madre e hija, conocidas sufragistas inglesas de finales del siglo XIX. (N. de la T.)

[13] Se refiere al refrán «La sartén le dijo al cazo, aparta, que tiznas». (N. déla T.)

[14] Pueblo semítico de origen asiático que invadió Egipto y que gobernó en el mismo durante el Segundo Periodo Intermedio. (N. de la T.)

***This file was created***
***with BookDesigner program***
***bookdesigner@the-ebook.org***
***27/05/2010***